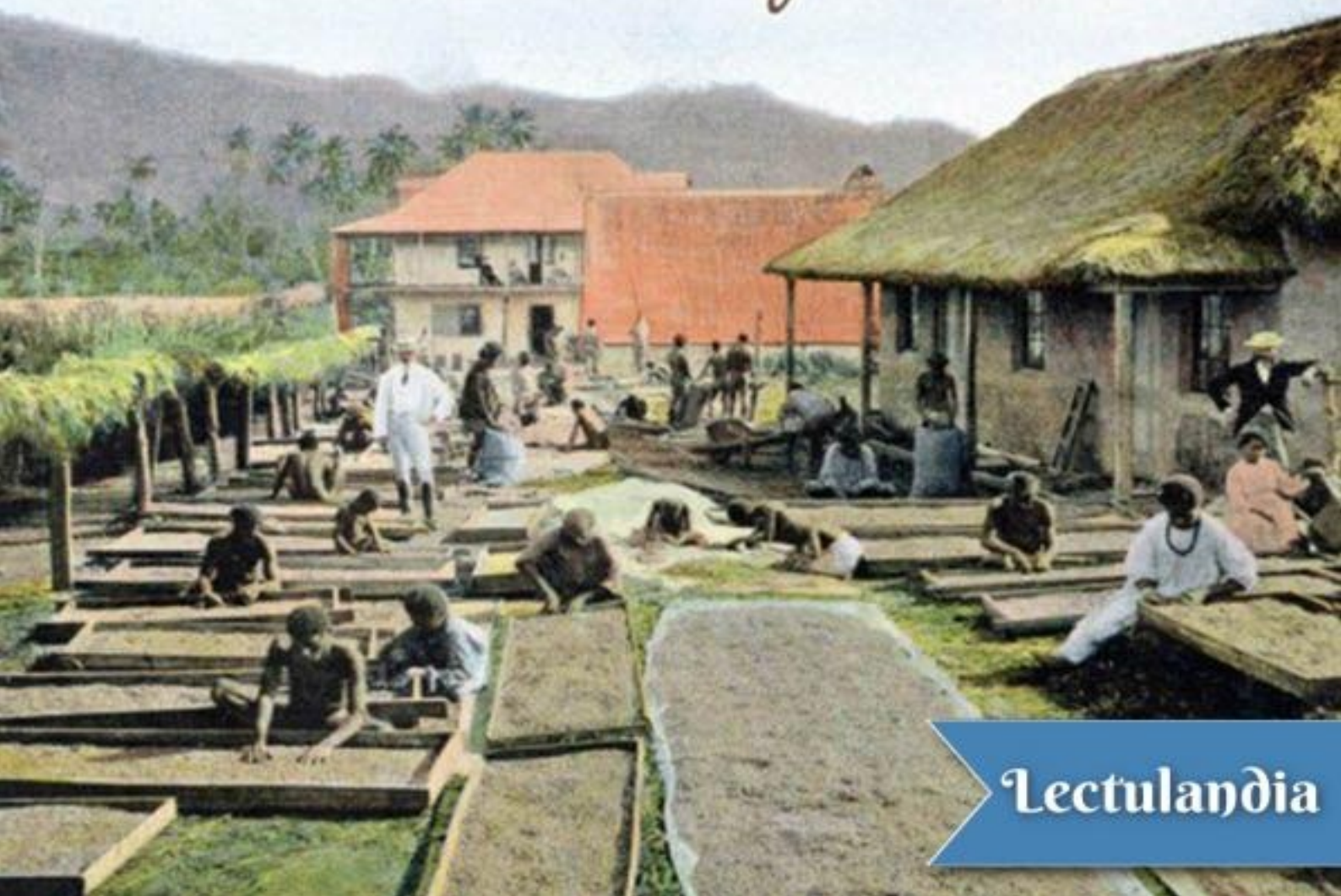




ANTHONY CAPELLA

*Catálogo de los aromas
del café*



Lectulandia

Londres y África de principios del siglo xx. Robert Wallis es un joven aspirante a poeta que se ve abocado a aceptar una misteriosa propuesta por parte de un comerciante de café, Samuel Pinker. El cometido de Wallis es emplear sus aptitudes lingüísticas y poéticas en la elaboración de una guía que posibilite a los comerciantes de café del mundo hacer adquisiciones y catalogar sus productos sirviéndose de unos parámetros comunes y prefijados. Para sorpresa de Wallis, esta empresa habrá de desarrollarla en estrecha colaboración con la joven y hermosa hija de Pinker, Emily. Pronto surgirá una ineludible atracción entre Robert y Emily, pero el padre de ésta impondrá como condición para conceder su bendición al matrimonio que Robert pase cinco años en África al frente de un plantación que habrá de comenzar y dirigir él mismo.

Lectulandia

Anthony Capella

Catálogo de los aromas del café

ePub r1.0

Titivillus 26.10.15

Título original: *The Various Flavours of Coffee*
Anthony Capella, 2008
Traducción: Elisabete Fernández Arrieta

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Ayer una gota de semen, mañana un puñado de especias o cenizas.

MARCO AURELIO
Meditaciones

Primera parte

EL SEMENTAL

Y

EL CARRUAJE

Gran parte del sabor del café sigue siendo un misterio.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

UNO

¿Quién es ese joven que se aproxima hacia nosotros por la calle Regent, con un clavel en el ojal y un bastón en la mano? Podríamos deducir que es adinerado, pues viste muy elegante, pero nos equivocaríamos; podríamos pensar que le gustan los artículos de primera calidad, ya que se detiene a observar el escaparate de Liberty, una nueva tienda a la última moda, ¿o quizá simplemente sólo admira su propio reflejo, con los mechones rizados que rozan sus hombros, muy distinto del resto de los transeúntes? Podríamos inferir que tiene hambre, puesto que sus pasos se aceleran de forma perceptible a medida que se acerca hacia el Café Royal, ese laberinto de chismes y comedores que da a Piccadilly; y que es un cliente habitual, por la forma como saluda al camarero por su nombre, y coge un ejemplar del *Pall Mall Gazette* del estante mientras camina hacia una mesa. Quizá incluso podríamos concluir que es escritor, por cómo se detiene a anotar algo en esa libreta de piel de becerro que lleva consigo.

Acompáñeme, les presentaré. Sí, lo admito: conozco a ese ridículo joven, y pronto usted le conocerá también. Tal vez después de una o dos horas en su compañía, le parecerá que le conoce demasiado bien. Dudo mucho de que le agrade demasiado: no importa, a mí tampoco me acaba de gustar. Él es... bueno, ya verá cómo es. No obstante, quizá sea capaz de ver más allá, e imaginar en qué se convertirá. De la misma manera en la que el café no muestra su verdadero sabor hasta que se recoge, se descascarilla, se tuesta y se prepara, este individuo en particular cuenta con una o dos virtudes que acompañan sus vicios, aunque puede que tenga que fijarse un poco más para verlas... Verá, a pesar de sus defectos, guardo cierto afecto exasperado por el chico.

Estamos en 1896. Se llama Robert Wallis. Tiene veintidós años. Ése soy yo, un yo más joven, muchos años atrás.

DOS

En 1895 me habían expulsado de Oxford después de haber suspendido los exámenes preliminares. Mi expulsión no había sorprendido a nadie excepto a mí: había trabajado poco, y había elegido como compañeros a jóvenes conocidos por su holgazanería y su carácter disoluto. Aprendí muy poco... o quizá sea más justo decir que aprendí demasiado; tal y como recordará, en aquella época, los estudiantes universitarios coreaban a Swinburne mientras causaban disturbios por la calle Mayor: «¿Podríais herirme, dulces labios, a pesar de que yo os he herido? *Los hombres los tocan, y cambian al instante* los lirios y la languidez de la virtud / por el arrobamiento y las rosas del vicio». Y los empleados de la universidad aún hablaban en tono escandalizado de Pater y Wilde. Entre los claustros de aire monacal predominaba un ambiente de lánguido romanticismo que valoraba la belleza, la juventud y la indolencia sobre todas las cosas, y el joven Robert Wallis se empapaba de aquella peligrosa doctrina junto con otros aromas embriagadores del lugar. Pasaba mis tardes escribiendo poesía, y gastaba la asignación de mi padre en chalecos de seda, buenos vinos, brillantes plumas de pavo real, finos volúmenes de poesía encuadernados en vitela amarilla, y otros *objetos* fundamentales de la vida artística, todos ellos disponibles a crédito con los comerciantes de la calle Turl.

Puesto que mi asignación, al igual que mi talento para la poesía, era más escasa de lo que quería reconocer, era evidente que, con el tiempo, aquella situación llegaría a su fin. Para cuando me expulsaron, ya había agotado mis fondos y la paciencia de mi padre, y pronto me enfrenté a la necesidad de encontrar una fuente de ingresos (necesidad que, me avergüenza admitir, pretendía ignorar durante todo el tiempo que fuera posible).

Por aquella época, Londres era un fantástico y bullicioso pozo de humanidad. No obstante, incluso en aquel estercolero, los lirios crecían; de hecho, florecían. Parecía que, de la nada, había llegado a la capital un flujo repentino de frivolidad. La reina, de luto, se había retirado de la vida pública.

Liberado de su atención, el príncipe comenzó a divertirse, y los demás le seguíamos allí donde fuera. Los cortesanos se relacionaban con las cortesanas, los dandis se movían por el *demi-monde*, los aristócratas cenaban con los estetas, y el libertinaje se mezclaba con la realeza. Nuestra revista de cabecera era el *Yellow Book*; nuestro símbolo, el clavel verde; nuestro estilo, el que se conocería como *nouveau*, y nuestra forma de discurso, el epigrama (cuanto más paradójico mejor, preferiblemente empleado en la conversación con cierta melancolía hastiada y ensayada). Celebrábamos lo artificial por encima de lo natural, lo artístico sobre lo práctico y, a pesar de Oscar Wilde, reivindicábamos vicios extravagantes que pocos de nosotros teníamos intención de satisfacer. Era una época gloriosa para ser joven y

estar en Londres, y yo me iba a perder la mayor parte ¡maldita sea!, por un comentario casual que realicé y que un hombre llamado Pinker oyó.

TRES

El factor fundamental que afecta al sabor es la selección de los granos.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Estaba desayunando en el Café Royal (unas ostras y un plato de gruesas lonchas de jamón con salsa verde) cuando el camarero me trajo el café. Sin levantar la vista de mi periódico, bebí un poco, fruncí el ceño y dije:

—Maldita sea, Marsden, este café sabe a óxido.

—Es el mismo que están bebiendo el resto de los clientes —dijo el camarero con tono altivo—. Hasta donde yo sé, ninguno ha sentido la necesidad de quejarse.

—¿Insinúas que soy quisquilloso, Marsden?

—¿Tomará algo más, señor?

—Como camarero, Marsden, has dominado todas las habilidades, excepto el servicio. En lo que al ingenio se refiere, has logrado todos los requisitos, excepto el sentido del humor.

—Gracias, señor.

—Y sí, soy quisquilloso. Pues una buena taza de café es el inicio adecuado para un día de ocio. Su aroma es cautivador, su sabor es dulce y, a pesar de ello, sólo deja un rastro de amargor y pesar. En ese aspecto se asemeja, seguramente, a los placeres del amor. —Bastante satisfecho con este *aperçu*, volví a tomar un sorbo del café que había traído Marsden—. Aunque en este caso —añadí—, parece que no sabe nada más que a barro. Tal vez, con un leve regusto a albaricoques podridos.

—Un placer, señor.

—No lo dudo. —Volví mi atención al *Gazette*.

El camarero se entretuvo un momento.

—¿Pagará el joven caballero su desayuno esta mañana? —preguntó, con cierto rastro de elegante melancolía hastiada.

—Póngalo en mi cuenta, por favor, Marsden. Es un buen muchacho.

Al cabo de un rato me di cuenta de que alguien se había sentado en mi mesa. Eché un vistazo por encima de mi periódico y vi que mi acompañante era un pequeño caballero similar a un gnomo, cuya sólida levita lo diferenciaba de los personajes y dandis habituales que frecuentaban el lugar. Yo estaba esperando la llegada de mis amigos Morgan y Hunt en cualquier momento, pero, puesto que era temprano y la mayor parte de la sala estaba vacía, no sería un gran inconveniente trasladarnos a otra mesa cuando llegaran. No obstante, tenía cierta curiosidad, ya que el mismo exceso de mesas hacía aún más sorprendente que un extraño se sentara en la mía sin haber sido invitado.

—Samuel Pinker, señor, a su servicio —dijo el enano caballero, inclinándose

ligeramente la cabeza.

—Robert Wallis.

—No he podido evitar oír su comentario al camarero. ¿Me permite? —Y, sin más preámbulos, cogió mi taza, se la llevó a sus orificios nasales y la olisqueó con la misma delicadeza que yo había empleado para oler la flor que había elegido para mi ojal.

Le observé, sin saber si sentirme receloso o divertido. Muchos excéntricos frecuentaban el Café Royal, seguro, pero se trataba de una excentricidad más afectada: llevaban un ramillete de violetas, bombachos de terciopelo, o hacían girar un bastón con un diamante en la empuñadura, por ejemplo. Hasta donde yo sabía, oler el café de otro cliente era algo insólito.

Samuel Pinker parecía impasible. Con los ojos semicerrados, inhaló el aroma del café dos veces más, de forma muy pausada. A continuación, lo acercó a sus labios, y dio un sorbo. Inmediatamente después, realizó un curioso ruido de succión, junto con un pequeño movimiento de lengua parecido al de una serpiente, como si estuviera removiendo el líquido alrededor de su boca.

—Neilgherry —dijo con pesar—. Pasado, sin mencionar que está demasiado tostado. Sin embargo, está usted en lo cierto. Parte del lote se estropeó. El sabor a fruta podrida es ligero, pero bastante pronunciado. ¿Puedo preguntarle si se dedica al negocio?

—¿Qué negocio?

—El negocio del café, por supuesto.

Creo que reí en voz alta.

—Santo cielo, no.

—Entonces, ¿me permite preguntarle, señor —insistió—, a qué negocio se dedica?

—No me dedico a ningún negocio.

—Discúlpeme, lo que quería decir es: ¿cuál es su profesión?

—No profeso mucho. No soy médico, ni abogado, ni nada útil.

—¿A qué se dedica, señor? —dijo impaciente—. ¿Cómo se gana la vida?

La verdad es que, por aquel entonces, no me ganaba la vida, puesto que mi padre acababa de avanzarme una suma tan pequeña que impedía mi grandeza literaria, y había dejado muy claro que no habría más. No obstante, parecía absurdo discutir por definiciones.

—Soy poeta —confesé, con cierta melancolía cansina.

—¿Famoso? ¿Uno de los grandes? —preguntó Pinker, ansioso.

—Desgraciadamente, no. La fama no me ha estrechado aún contra su veleidoso pecho.

—Bien —masculló, sorprendentemente. A continuación, dijo—: Pero ¿sabe escribir? ¿Emplea bien las palabras?

—Como escritor, me considero el maestro de todo, excepto del lenguaje...

—¡Malditos epigramas! —chilló Pinker—. A lo que me refiero es a si es capaz de describir. Bueno, por supuesto que es capaz. Ha descrito usted este café.

—Ah, ¿sí?

—Ha dicho que sabe a «óxido». Sí... y sabe a «óxido». Nunca se me hubiera ocurrido, nunca se me hubiera ocurrido la palabra, pero «óxido» es el, el...

—¿El *mot juste*?

—Exacto. —Pinker me lanzó una mirada que me recordó a mi tutor de Oxford: una mirada que combinaba la duda con cierta determinación férrea—. Basta de charla. Le daré mi tarjeta.

—Y yo la aceptaré, por supuesto —dije, perplejo—, aunque creo que es poco probable que requiera sus servicios.

Garabateaba algo con brío en la parte posterior de su tarjeta de visita. No pude evitar darme cuenta de que se trataba de una tarjeta muy fina, hecha de grueso papel marfil.

—No me ha entendido, señor. Soy *yo* quien le necesita a *usted*.

—¿Qué quiere decir? ¿Como una especie de secretario? Me temo que...

Pinker negó con la cabeza.

—No, no. Ya tengo tres secretarios, todos ellos extremadamente competentes en sus deberes. Usted, si me permite decirlo, sería una aportación muy pobre.

—¿Qué, entonces? —pregunté, un tanto ofendido. No tenía ningún deseo de convertirme en secretario, pero siempre me había gustado pensar que sería capaz de hacerlo, si se diera la ocasión.

—Lo que necesito —dijo Pinker, mirándome a los ojos— es un esteta, un escritor. Cuando encuentre a dicho individuo de talento, se unirá a mí en una empresa que nos hará extraordinariamente ricos a los dos. —Me entregó la tarjeta—. Pregunte por mí en esta dirección mañana por la tarde.

Mi amigo George Hunt opinaba que el misterioso señor Pinker pretendía crear una revista literaria. Como aquélla había sido una de las ambiciones de Hunt durante mucho tiempo (principalmente porque ninguna de las revistas literarias existentes en Londres se había dignado a aceptar sus versos), creía que debía aceptar la oferta del comerciante de café y visitarle.

—No parecía estar interesado en la literatura. —Le di la vuelta a la tarjeta. En el dorso, a lápiz, decía: «Háganlo pasar a mi despacho, por favor. S. P».

—Mira a tu alrededor —dijo Hunt, agitando la mano hacia nuestro entorno—. Este lugar está lleno de esos que se agarran con firmeza a las enaguas de la Musa. —Era cierto que, a menudo, había tantos parásitos como escritores o artistas en el Café Royal.

—Pero lo que más le gustó fue que dijera que mi café sabía a «óxido».

El tercer miembro de nuestro grupo, el artista Percival Morgan (que hasta entonces no había participado en la especulación), soltó una carcajada repentina.

—Ya sé lo que quiere el señor Pinker.

—¿Y qué es?

Dio un golpecito a la contraportada del *Gazette*.

—«Polvos vigorizantes patentados de Branah —leyó en voz alta—. Garantizan la plena recuperación de la salud de los convalecientes. Disfrute del vigor efervescente de la cura de reposo alpina, en una sola y eficaz cucharada». Está claro, ¿no? El hombre quiere que redactes su publicidad.

Tenía que admitir que aquella hipótesis parecía mucho más verosímil que la de la revista. De hecho, cuanto más lo pensaba, más probable parecía. Pinker había preguntado específicamente si se me daba bien la descripción, una cuestión extraña para el propietario de una revista, pero que tenía pleno sentido para alguien que quería publicidad. Tenía un nuevo café que quería promocionar, sin duda. «Mezcla estimulante para el desayuno de Pinker. Bien tostado para un aspecto sano», o alguna tontería semejante. Tuve un extraño sentimiento de decepción. Por un instante había esperado... bueno, esperaba que fuera algo más emocionante.

—La publicidad —dijo Hunt, pensativo— es la indescriptible expresión de una era infame.

—Al contrario —dijo Morgan—, me encanta la publicidad. Es la única forma de arte moderno que se corresponde, aunque de forma remota, con la realidad.

Me observaban con expectación. No obstante, por algún motivo, ya no estaba de humor para epigramas.

La tarde del día siguiente me encontraba sentado frente a mi escritorio, trabajando en la traducción de un poema de Baudelaire. A mi lado tenía una copa de cristal veneciano amarillo, llena de vino claro del Rin; escribía con un lápiz plateado sobre papel malva impregnado de aceite de bergamota, y fumaba innumerables cigarrillos de tabaco turco; todo ello de la manera establecida pero, aun así, era un trabajo tremendamente tedioso. Baudelaire, por supuesto, es un gran poeta, emocionantemente perverso, pero también tiende a ser algo impreciso, lo cual hace que la labor del traductor sea lenta, y si no fuera por las tres libras que un editor me había prometido por el trabajo, hacía varias horas que lo hubiera dejado. Mis habitaciones estaban en St John's Wood, cerca de Regent's Park, y en un día soleado como aquél, podía oír los gritos distantes de los vendedores de helado, mientras caminaban de un lado a otro frente a las puertas. Esto hacía que quedarse en casa resultara bastante difícil. Y, por alguna razón, la única palabra que se me ocurría como rima para «vicio» era «solsticio».

—Caramba —dije en voz alta, dejando el lápiz.

La tarjeta de Pinker se encontraba en un lado del escritorio. La recogí y la volví a mirar. «SAMUEL PINKER, importador y distribuidor de café». Una dirección en la calle Narrow, Limehouse. La idea de salir de mis habitaciones, aunque fuera una o dos horas, tiraba de mí como hace un perro con la correa de su amo.

Al otro lado de la mesa había un montón de facturas. Naturalmente, era inevitable que un poeta tuviera deudas. De hecho, uno apenas podía hacerse llamar artista si no

las tenía. Sin embargo, por un instante, me desanimé ante la idea de que algún día tendría que encontrar un medio para pagarlas. Toqué la primera, el recibo de mi comerciante de vinos. El oro no era únicamente el color de aquel vino del Rin: había costado casi tanto como si lo fuera. Mientras que si accedía a crear los anuncios del señor Pinker... no tenía ni idea de lo que se cobraba por escribir estupideces. No obstante, razoné, el hecho de que Pinker hubiera recurrido a andar por el Café Royal en busca de un escritor sugería que era tan novato como yo en aquello. ¿Y si podía convencerle de que me diera, no sólo un pago único, sino un anticipo? Digamos... (pensé una suma razonable y después, al considerarla insuficiente, la cuadruplicué). ¿Cuarenta libras al año?

Y si el comerciante de café tenía otros amigos, contactos del negocio, que quisieran el mismo tipo de servicio... no tardaría mucho en tener unos ingresos de cuatrocientas libras al año, todo ello a costa de escribir líneas como «Disfrute del vigor efervescente de la cura de reposo alpina, en una única y eficaz cucharada». Aún tendría tiempo de sobra para Baudelaire. Ciertamente, la Musa podría sentirse algo desairada por el hecho de que prostituyera mis talentos de aquella manera, pero ya que, en cualquier caso, tendría que ocultar todo el negocio a todos mis conocidos literarios, quizá la Musa tampoco se daría cuenta.

Tomé una decisión. Deteniéndome únicamente para recoger la tarjeta de Pinker y ponerme un abrigo estampado de cachemira que había comprado en Liberty la semana anterior, me apresuré hacia la puerta.

Crucemos ahora Londres, desde St John's Wood hasta Limehouse. Dicho así, no parece tan emocionante, ¿verdad? Entonces, permítame reformular mi invitación. Crucemos la ciudad más fantástica y poblada del mundo, en su punto más álgido (un viaje en el que, si me acompaña, tendrá que emplear cada uno de sus sentidos). Aquí, junto a Primrose Hill, el aire, ¡huélalo!, es relativamente fresco, con apenas un levísimo dejo sulfúrico de las chimeneas de carbón y cocinas que, incluso en esta época del año, arden en todas las casas.

Sólo tras dejar atrás Marylebone comienza la verdadera diversión. Los coches de caballos y los carruajes exudan un fuerte olor a cuero y a sudor de caballo; sus ruedas traquetean sobre las piedras, las alcantarillas están llenas de su suave y húmeda bosta. Todas las calles están paralizadas por el tráfico: coches, carruajes, berlinas, cabriolés, cupés, coches Landau y Clarence, y calesas, que se mueven con dificultad en distintas direcciones. Algunos incluso tienen la forma de enormes chisteras, con los nombres de los sombrereros estampados en letras doradas. Los conductores de los ómnibus son los peores infractores, virando de un lado a otro, arrojándose a los viandantes, intentando tentarlos a montarse dentro por tres peniques, o sobre el techo por un penique menos. Después están los velocípedos y las bicicletas, las bandadas de gansos que se dirigen a los mercados, los hombres-anuncio pluriempleados que se abren paso entre la multitud con sus pancartas que anuncian paraguas y otros artículos, y las lecheras que se limitan a pasear por las calles con un cubo y una vaca,

esperando a que las paren para comprar leche. Los vendedores ambulantes hacen ostentación de bandejas de bollos y pasteles; las floristas ponen altramuces y caléndulas en tus manos, mientras que las pipas y los puros añaden su perfume acre a la mezcla. Un hombre que prepara arenques ahumados de Yarmouth en un brasero agita uno, pinchado con un tenedor, bajo tu nariz.

—¡Excelentes tostadas! —grita con voz quebrada—. ¡Dos peniques por tostada!
—Inmediatamente, como si le respondieran, se inicia un coro de gritos alrededor.

—Castañas, veinte por un penique...

—Betún, un penique el pellejo...

—Nueces selectas, dieciséis por un penique... —chillan los vendedores callejeros.

—Aquí tiene sus nabos. —Ruge un granjero sobre un carro de burros. Las ruedas de las afiladoras de cuchillos chirrían y centellean cuando se encuentran con los filos. Los mendigos ofrecen cajas de fósforos a penique con las manos extendidas en silencio. Y en el exterior de la multitud (siempre, siempre) se arrastran las figuras espectrales de los indigentes: descalzos, hambrientos, sin hogar, sin dinero, esperando cualquier oportunidad que se les presente.

Si nos subimos al metro desde la calle Baker hasta Waterloo, compartiremos los estrechos andenes con el caliente y húmedo vapor lleno de hollín de las locomotoras; si caminamos por espléndidas vías como la avenida Northumberland, construidas para dividir los barrios del centro de Londres, nos encontraremos con un tumulto de sucia humanidad (dado que cada bella avenida está aún rodeada de solares, y cada solar es una colonia que contiene hasta cien familias, viviendo codo con codo en un fétido estofado de sudor, ginebra, aliento y piel). Pero hace buen día: caminaremos. Pese a que muchos nos observan mientras nos apresuramos por las callejuelas de Covent Garden, buscando un pañuelo desprotegido o un par de guantes que quitarnos, sólo las adolescentes meretrices vestidas con sus mejores galas, baratas y chillonas, hablan mientras pasamos, murmurando sus lascivos saludos, con la esperanza de encender una momentánea chispa de lujuria. Pero no hay tiempo para eso, no hay tiempo para nada; ya llegamos terriblemente tarde. Quizá, después de todo, tomaremos un coche de caballos: mire, ahí pasa uno.

Mientras traqueteamos por Drury Lane, percibimos un tenue olor, bastante desagradable, que avanza sigilosamente por estas callejuelas como una niebla ponzoñosa. Es el olor del río. Cierto, gracias a las alcantarillas de Bazalgette, el Támesis ya no es el responsable de un hedor a podredumbre tan repugnante que, en una ocasión, los miembros del Parlamento se vieron forzados a empapar las cortinas con sulfato cálcico; sin embargo, las alcantarillas son sólo eficaces para aquellos que han unido sus modernos retretes a ellas, y en los solares, los enormes y pútridos pozos negros siguen siendo la norma, filtrando sus excrementos malolientes al metro de Londres. Después están el resto de los olores procedentes de las industrias que se agrupan, por razones de acceso, por el muelle. Lúpulo tostado de las cervecerías (lo

cual es bastante agradable, al igual que el aroma de las exóticas plantas de las destilerías de ginebra); pero después llega un hedor a huesos de caballo hirviendo desde las fábricas de pegamento, de grasa que hierve desde las fábricas de jabón, de entrañas de pescado de Billingsgate, de heces de perro podridas desde las curtidurías. No es sorprendente que aquellos que son de constitución sensible lleven ramilletes o broches llenos de sales de eucalipto prendidos en sus solapas.

A medida que nos acercamos al puerto de Londres, pasamos por debajo de enormes e impresionantes almacenes, elevados y oscuros como acantilados. De éste llega el olor suntuoso y pesado de las hojas de tabaco, del siguiente una dulce bocanada de la melaza, y de otro, los vapores enfermizos del opio. Aquí, el camino está pegajoso por un barril reventado de ron; allí, el camino está bloqueado por el paso de una falange de soldados de abrigo rojo. Por todas partes se oye parlotear en una docena de lenguas distintas: alemanes rubísimos, chinos con su pelo negro recogido en trenzas, negros con brillantes pañuelos anudados alrededor de sus cabezas. Un carnicero de bata azul lleva una bandeja de carne al hombro; después de él viene un contraamaestre tocado con un sombrero de paja, transportando con cuidado un periquito verde en una jaula de bambú. Los yanquis cantan escandalosas canciones marineras; los toneleros hacen rodar barriles sobre los adoquines con una ensordecedora cacofonía parecida al ruido de los tambores; las cabras balan desde sus jaulas de camino a los barcos. Y el río está lleno de naves, con sus mástiles y las chimeneas extendiéndose tan lejos como alcanza la vista: balandros, goletas y veleros, barcos llenos de barriles de cerveza y mineros cargados de carbón; barcos de anguilas, clípers de té y cruceros de placer, barcos de vapor con cubiertas de caoba brillante y mugrientas barcazas de trabajo, todos pasando lenta y desordenadamente a través del caos, que resuena con penetrantes chillidos de los silbatos de los vapores, los gritos de los hombres que descargan el carbón, los cláxones de las lanchas de los prácticos, y las incesantes bocinas de las barcazas.

La mente estaría moribunda si no sintiera cierta excitación ante la inagotable y atareada energía que se desprende, ante la laboriosidad y el esfuerzo que manan desde esta gran ciudad hasta el resto del globo, como abejas que se apresuran desde y hacia el panal cargado y chorreante del centro de su colmena. No obstante, no veía fuerza moral en ello; era emocionante, pero irreflexivo, y yo lo veía pasar como quien aplaude un desfile circense. Era necesario un hombre como Pinker para ver más allá, para ver que la Civilización, el Comercio y la Cristiandad eran, en última instancia, una y la misma, y para captar que el mero comercio, desatado por el gobierno, podía ser el instrumento que traería una gran luz a las restantes partes oscuras del mundo.

CUATRO

«Cedro»: este agradable, fresco y rústico aroma es el de una madera sin tratar, y es casi idéntico al de las virutas de un lápiz. Se caracteriza por el aceite esencial natural del cedro del Atlas. Es más pronunciado en cosechas maduras.

JEAN LENOIR, *Le Nez du Café*.

El joven de edad similar a la mía que abrió la puerta de la casa en la calle Narrow era, evidentemente, uno de los muy competentes secretarios de los que había hablado Pinker. Vestía de forma impecable, aunque conservadora; su cuello blanco estaba cuidadosamente almidonado y su pelo, que brillaba con aceite de Macasar, era corto, mucho más corto que el mío.

—¿Puedo ayudarle? —dijo, lanzándome una mirada fría.

Le entregué la tarjeta de Pinker.

—¿Puede decirle a su patrón que Robert Wallis, el poeta, está aquí?

El joven examinó la tarjeta.

—Debe pasar. Sígame.

Le seguí dentro del edificio que, según podía ver, era una especie de almacén. Los jefes de las barcazas descargaban sacos de arpillera del embarcadero, y una larga cadena de estibadores se apresuraba hacia diversas partes del almacén, con un saco en cada hombro. El olor del café tostado me golpeó como una bocanada de sabor. Aquel olor... El edificio contenía más de mil sacos de café, y Pinker tenía sus enormes tostadoras en marcha día y noche.

Era un olor a medio camino entre delicioso y tan picante que hacía saltar las lágrimas, un olor tan oscuro como la brea ardiente; un perfume amargo, negro y seductor que se quedaba en la parte posterior de la garganta y llenaba los orificios nasales y el cerebro. Uno se podía volver adicto a aquel olor tan rápido como al opio.

Apenas pude atisbar todo aquello mientras el secretario me hacía subir unas escaleras y me hacía pasar a un despacho. Una de las ventanas asomaba a la calle, pero había otra, mucho más grande, que daba a un almacén. Samuel Pinker estaba frente a aquella ventana, observando el ajeteo. Junto a él, bajo una campana de cristal, un pequeño instrumento de latón repiqueteaba silenciosamente, desenrollando un carrete de fino papel blanco, con símbolos impresos. Los bucles enredados, que caían como una complicada flor de lis sobre el piso lustrado, constituían el único desorden de la habitación. Otro secretario vestido como el primero se sentaba frente a un escritorio, escribiendo con una pluma de acero.

Pinker se volvió y me vio.

—Quiero cuatro toneladas del brasileño, y uno de Ceilán —dijo con severidad.

—¿Disculpe? —dije, perplejo.

—El pago se hará en el momento de la carga, con la condición de que nada se estropee durante el viaje.

Me di cuenta de que estaba dictando.

—Ah, claro. Prosiga.

Frunció el ceño ante mi impertinencia.

—Se retendrá el diez por ciento para futuras muestras. Le saluda, etcétera, etcétera. Siéntese. —Puesto que aquel último comentario estaba claramente dirigido a mí, me senté—. Café, Jenks, por favor —le dijo al secretario—. El cuatro con el nueve, con el dieciocho a continuación. Firmaré esto mientras se pone a ello. —Volvió la vista hacia mí—. Me dijo usted que era escritor, señor Wallis —dijo agriamente.

—Así es.

—No obstante, mis secretarios han sido incapaces de encontrar una sola obra suya en ninguna de las librerías de Charing Cross. La librería de suscriptores del señor W. H. Smith nunca ha oído hablar de usted. Ni siquiera el editor literario del *Blackwood's Magazine* está familiarizado con su obra.

—Soy un poeta —dije, un tanto desconcertado por la diligencia de las investigaciones de Pinker—, pero no he publicado. Pensaba que se lo había dejado claro.

—Dijo usted que aún no era famoso. Ahora descubro que ni siquiera han oído hablar de usted. Es difícil entender cómo se puede ser lo uno sin lo otro, ¿verdad? —Se sentó pesadamente al otro lado de la mesa.

—Lamento si le di la impresión equivocada. Pero...

—Deje a un lado las impresiones. *Precisión*, señor Wallis. Lo único que le pido a usted, a cualquiera, es precisión.

En el Café Royal, Pinker había parecido tímido, incluso inseguro de sí mismo. Allí, en sus propias oficinas, sus modales eran más autoritarios. Sacó una pluma, le quitó el capuchón y alcanzó el montón de cartas; fue firmando cada una con una rápida fioritura mientras hablaba.

—Míreme a mí, por ejemplo. ¿Seguiría siendo un comerciante si nunca hubiera vendido un solo saco de café?

—Es una pregunta interesante...

—No lo es. Un comerciante es alguien que comercia. Ergo, si no comercio, no soy comerciante.

—Pero, según esa norma, un escritor debería ser alguien que *escribe* —señalé—. No es estrictamente necesario que sea leído. Tan sólo deseable.

—Mmm. —Pinker parecía sopesarlo—. Muy bien. —Tenía la sensación de haber superado alguna clase de prueba.

El secretario volvió con una bandeja en la que había cuatro tazas del tamaño de un dedal y dos jarras humeantes, que colocó frente a nosotros.

—Bien —dijo su patrón, haciendo un ademán hacia mí—. Dígame qué le

parecen.

Era evidente que el café estaba recién hecho, el olor era profundo y agradable. Probé un poco, mientras Pinker observaba expectante.

—¿Y bien?

—Es excelente.

Bufó.

—¿Y? Usted es escritor, ¿no? ¿No son las palabras su especialidad?

—Ah. —Comprendí lo que quería. Inhalé profundamente—. Es completamente... vigorizante. Como un sanatorio alpino. No. Como una cura de reposo en la costa. No se me ocurre un estimulante mejor, más agradable y más vigorizante que la mezcla para el desayuno de Pinker. Ayuda a hacer la digestión, refuerza la concentración y eleva el ánimo, todo a la vez.

—¿Qué?! —El comerciante me observaba.

—Evidentemente, hay que trabajarlo más —dije con modestia—, pero que el rumbo general es...

—Pruebe el otro —dijo impaciente.

Comencé a servirme de la otra jarra.

—¿Pero no en la misma taza! —bufó.

—Lo siento. —Llené una segunda taza del tamaño de un dedal, y tomé un poco—. Es distinto —dije sorprendido.

—Sí, claro —dijo Pinker—. ¿Y?

Hasta entonces no se me había ocurrido que había distintos tipos de café.

Naturalmente, el café puede estar aguado, o pasado, o recocado (de hecho, a menudo cumplía todas esas características), pero ahí había dos cafés, ambos manifiestamente extraordinarios, y su excelencia variaba entre sí como la tiza y el queso.

—¿Cómo se puede describir semejante diferencia con palabras? —dijo, y aunque su expresión no había cambiado, tenía la sensación de que aquél era el quid de nuestra conversación.

—Éste —dije lentamente, mientras señalaba la segunda taza— tiene un sabor casi... ahumado.

Pinker asintió.

—Así es.

—Por el contrario, éste —señalé la primera taza— es más... florido.

—¿Florido! —Pinker seguía observándome—. ¡Florido! —No obstante, parecía interesado, hasta impresionado, según me pareció—. Espere... deje que... —Acercó la libreta del secretario, y anotó la palabra «florido»—. Siga.

—Esta segunda taza tiene... un sabor penetrante.

—¿Qué tipo de sabor?

—Parecido a las virutas del lápiz.

—Virutas de lápiz. —Pinker anotó aquello también—. Exacto.

Era como un juego de salón, placentero pero sin sentido.

—El otro, sin embargo... a castañas, ¿es posible? —dije.

—Quizá —dijo Pinker, mientras lo anotaba—. ¿Qué más?

—Éste —señalé la segunda taza— es especiado.

—¿Qué especia?

—No estoy seguro —confesé.

—No importa —dijo Pinker, mientras tachaba «especias»—. Ah, aquí está.

Fantástico. Sírvelo, ¿quieres?

Me volví. Una joven acababa de entrar con otra jarrita de café. Observé rápidamente que era bastante atractiva (por aquel entonces me consideraba un entendido en ese campo en particular). Vestía según la moda racional que muchas mujeres profesionales estaban adoptando por aquel entonces. Una chaqueta hecha a medida y abotonada hasta el cuello, sobre una larga falda sin miriñaque, revelaba poco de la menuda figura que había debajo. No obstante, sus rasgos eran despiertos y alegres, y su pelo, aunque cuidadosamente sujeto con alfileres, era elegante y dorado.

Llenó una de las tazas y me la entregó con cuidado.

—Gracias —dije, buscando su mirada con una franca sonrisa mientras la cogía. Si percibió mi interés, no lo reveló; su cara era una máscara de indiferencia profesional.

—Quizá podrías tomar nota, Emily —dijo Pinker, acercándole la libreta—. El señor Wallis intentaba decidir a qué especia le recuerda nuestro mejor café brasileño, pero la inspiración le ha abandonado temporalmente.

La secretaria se sentó a la mesa y alzó la pluma. Por un instante, mientras esperaba a que yo acabara, hubiera jurado percibir cierta diversión (de malicia, incluso) en la profundidad de sus ojos grises. Pero resultaba difícil estar seguro de ello.

Bebí un poco del nuevo café pero, para empezar, no me sabía a nada.

—Lo siento —dije, meneando la cabeza.

—Sople —sugirió Pinker.

Soplé y bebí un poco más. Me di cuenta de que era muy común en comparación con los otros dos.

—¡Esto es lo que sirven en el Café Royal!

—Muy similar, sí. —Pinker sonreía—. ¿Sabe a óxido?

—Un poco. —Probé un poco más—. Y apagado. Con un ligero regusto a... toallas húmedas. —Eché un vistazo a la estenógrafa. Estaba ocupada apuntándolo todo o, más bien, según podía ver, haciendo una serie de curiosos y casi arabescos garabatos en su libreta. Debía de tratarse del Método Fonográfico de Pitman sobre el que había leído.

—Toallas húmedas —repitió Pinker con una risita—. Muy bien, aunque me temo que nunca he probado una toalla, ni seca ni húmeda.

La pluma de la secretaria se detuvo a la espera.

—Y huele a... alfombra vieja —dije. Mis palabras fueron traducidas a más rayas

y trazos de forma inmediata.

—¡Alfombra! —asintió Pinker—. ¿Algo más?

—Un tufillo a tostada quemada. —Más garabatos.

—Tostada quemada. Bien. Creo que será suficiente por el momento.

Las notas de la chica no ocupaban ni una página completa de su cuaderno.

Sentí un tonto deseo de impresionarla.

—Entonces, ¿cuál de éstos es el suyo? —le pregunté al comerciante, señalando las jarritas.

—¿Qué? —Una vez más, Pinker parecía sorprendido por la pregunta—. Ah, todos ellos.

—¿Y cuál de ellos quiere publicitar?

—¿Publicitar?

—Sobre éste —dije, señalando la primera jarra—, podría decirse... —Levanté la taza—: «Un brebaje exquisito, la crema de las colonias, con un delicioso sabor a castaña». —¿Era mi imaginación, o a la secretaria se le había escapado una pequeña risita que había reprimido instantáneamente?—. Aunque he notado que la mayoría de los anuncios tienden a resaltar el aspecto saludable de las cosas. Quizá: «Es el selecto sabor a castaña que reconforta el cuerpo».

—Mi querido Wallis —dijo Pinker—, usted sería un publicista terrible.

—Yo no lo creo.

—La gente quiere que su café sepa a café, no a castañas.

—Podríamos explicarles lo buena que es la parte de la castaña.

—Naturalmente, la base de la publicidad —dijo, pensativo— es ocultar la verdad, revelando *únicamente* aquellos aspectos que coinciden con lo que el público quiere oír. Por otra parte, el fundamento de un código es, precisamente, amañar la verdad para el beneficio de unos pocos.

—Eso está muy bien —dije impresionado—. Es casi un epigrama. Pero... ¿qué es eso del código?

—Joven —dijo Pinker, mirándome con intensidad—, escuche bien lo que le voy a decir. Voy a hacerle una propuesta muy importante.

CINCO

—Señor Wallis, vivimos en una era de progreso. —Pinker suspiró y sacó un reloj de su bolsillo. Lo observó con una expresión de desgana, como si se tratara de un asunto que requiriera más tiempo del que él podía emplear en aquel momento—. Este reloj, por ejemplo —dijo, sujetándolo por la cadena—. Es más preciso que ningún otro que se haya fabricado en décadas anteriores, y más barato. El año que viene será aún más barato y más preciso. ¿Sabe por cuánto se vende el último reloj de la marca Ingersoll?

Confesé mi ignorancia sobre el asunto.

—Un solo dólar —asintió Pinker—. Y considere los beneficios. La coherencia es el primer requisito del comercio. ¿Lo duda? Relojes más precisos implican ferrocarriles más exactos. Ferrocarriles más exactos suponen más comercio. Más comercio supone relojes más baratos y precisos. —Cogió una pluma de la mesa—. O esta pluma, por ejemplo. Tiene su propio tintero ingeniosamente escondido dentro del tubo, ¿lo ve? Esto implica que mis secretarios pueden escribir más rápido, de forma que podemos llevar a cabo más negocios, etcétera, etcétera. O... —Volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó algo con su pulgar y su índice—. Fíjese en esto. —Miraba fijamente una tuerca y un tornillo diminutos—. Esto es algo excepcional, Wallis. El tornillo se fabricó en... digamos que Belfast. La tuerca quizá se fabricó en Liverpool. Y, sin embargo, encajan con precisión. Verá, las roscas se han *estandarizado*. —La pluma de la estenógrafa volaba por la libreta en aquel momento (debía de haber recibido órdenes de registrar todos aquellos discursos improvisados de su jefe, o tal vez lo hacía para su propia educación)—. Hace unos años, todos los talleres y salas de máquinas del país producían su propio diseño de rosca. Era un caos. Era poco práctico. Ahora, gracias al impulso del progreso, sólo hay uno. ¿Cree en las teorías del señor Darwin?

Desconcertado ante el brusco cambio de tema, y con cuidado para no provocar ofensa, pues Darwin era un tema sobre el que mis tutores de Oxford tendían a encenderse, dije que, en general, probablemente sí que creía en ellas.

Pinker asintió con aprobación.

—Lo que Darwin nos muestra es que el progreso es inevitable. Para las especies, naturalmente, pero también para los países, las razas, los individuos, incluso para las tuercas y los tornillos. Ahora bien. Consideremos cómo pueden beneficiar las ideas del señor Darwin al comercio cafetero.

Traté de aparentar que existía la posibilidad de que tuviera algunas sugerencias útiles con las que contribuir al asunto, y había preferido no expresarlas en deferencia a la gran sabiduría de mi compañero. Era una expresión que a menudo me había visto obligado a emplear en el despacho de mi tutor en Oxford. No obstante, ahora no era necesario: Pinker estaba en pleno discurso.

—En primer lugar, la elaboración. ¿Cómo se puede mejorar el proceso? Yo se lo diré, señor Wallis. Mediante el vapor.

—¿Vapor? Se refiere a... ¿a un molinillo?

—Por decirlo de alguna manera. Imagine que todos los cafés y hoteles tuvieran su propia máquina de vapor para preparar café. Del mismo modo que sucede en la producción del algodón o el maíz, veríamos coherencia.

¡Coherencia!

—¿No provocaría mucho... calor en los cafés?

—El motor que le describo es en miniatura. Jenks, Foster, traigan el aparato, por favor.

Tras una breve pausa y bastante estrépito, ambos secretarios presentaron un carro sobre el que había un curioso mecanismo. Parecía contar con una caldera de cobre y una serie de tubos de latón, palancas, diales y tuberías.

—La cafetera a vapor del señor Toselli —dijo Pinker, con orgullo—. Tal y como se presentó en la Exposición de París. Se fuerza el vapor a través de los granos molidos, taza por taza, y se obtiene un sabor muy superior.

—¿Cómo se calienta?

—Por gas, aunque prevemos un modelo eléctrico con el tiempo. —Hizo una pausa—. He pedido ochenta.

—¡Ochenta! ¿Dónde las pondrá?

—En las Tabernas de Abstinencia de Pinker. —Pinker se puso de pie de un salto, y comenzó a pasear de un lado a otro. Detrás, Jenks encendía la caldera: el aparato siseó y silbó con suavidad mientras su propietario hablaba—. Sí, ya sé lo que va a decir. Quiere señalar que, en la actualidad, no existe ni una sola Taberna de Abstinencia de Pinker en el país. Pero llegarán, Wallis; llegarán.

—Tengo la intención de aplicar los principios de la pluma y el reloj Ingersoll. Mire Londres. ¡Una taberna en cada esquina! La mayoría son palacios de ginebra, donde el obrero es despojado del salario que tanto le ha costado ganar. ¿Cómo le beneficia la intoxicación? Le convierte en esclavo, en maltratador. Lo hace tan inútil que, a menudo, es incapaz de tambalearse para llegar hasta casa, y debe pasar la noche en la cuneta, lo que le impide trabajar al día siguiente. Sin embargo, el café, ¡el café!, no tiene tales inconvenientes. No incapacita: de hecho, vigoriza. No embota los sentidos, sino que los agudiza. ¿Por qué no ponemos una cafetería en cada calle en lugar de tabernas? Sería una mejora, ¿no le parece? Sí, ¿verdad? Entonces, si es un progreso, debe ocurrir: *ocurrirá*. ¡Lo dice Darwin! Y yo seré quien *haga* que ocurra. —Se sentó, frotándose suavemente la frente con la manga.

—Ha mencionado usted un código —dijo—. Aún no entiendo bien...

—Sí. Demanda y suministro, señor Wallis. Demanda y suministro.

Hizo una pausa, esperé, y la delicada mano de la secretaria se detuvo sobre la libreta. Tenía unos dedos extraordinariamente largos y elegantes. Podía imaginarlos tocando el violín o pulsando las teclas de un piano. De hecho, podía imaginarlos

haciendo todo tipo de cosas, algunas deliciosamente indecorosas...

—La dificultad de mis planes —explicó Pinker— es el coste. El café es un material caro, mucho más que la cerveza o la ginebra, por ejemplo. Bien, viene de mucho más lejos, por supuesto. Se pide a través de un agente que, a su vez, lo consigue de otro agente... resulta extraordinario que llegue hasta nosotros. —Me miró—. Por tanto, ¿qué nos preguntamos?

—Nos preguntamos —sugerí, volviendo mi atención hacia él— ¿cómo se puede mejorar el suministro?

Pinker chasqueó los dedos.

—¡Exacto! Hemos empezado con la Bolsa. Imagino que ha oído hablar de la Bolsa, ¿no?

No sabía nada de la Bolsa.

Puso su mano sobre la campana en la que la máquina impresora aún chasqueaba y repiqueteaba para sí misma, desenrollando su interminable hilera de símbolos hasta el suelo.

—La Bolsa de Café de Londres revolucionará la forma hacer negocio. Está conectada con Nueva York y Ámsterdam mediante un cable submarino. Los precios se estandarizarán... en todo el mundo. El precio caerá: está destinado a hacerlo. —Me lanzó una mirada astuta—. ¿Puede detectar la dificultad?

Pensé.

—En realidad, no sabe lo que está comprando. Está comprando por cifras, únicamente en función del coste. Usted quiere encontrar el mejor material para sus tabernas, y pasar del resto. Así, se beneficia de precios más bajos, y los demás se quedan con la escoria.

Pinker se recostó y me recompensó con una sonrisa.

—Así es, señor. Así es.

De repente, el aparato soltó una especie de chirrido resollante y burbujeante. Jenks tiró de algunas palancas, y surgió un desagradable sonido parecido al de las gárgaras de sus diversas gargantas, mientras que el líquido y el vapor siseaban al caer en una diminuta taza.

Proseguí.

—Si tiene un código... no, código no es la palabra. Si tiene un *vocabulario* comercial, una manera de describir el café que usted y sus agentes han fijado antes, aunque estén en distintos países...

—¡Exacto! —Pinker levantó la tuerca, tomó el tornillo con la otra mano y los unió—. Tenemos nuestra tuerca y tenemos nuestro tornillo. Juntos, encajarán.

Jenks colocó dos pequeñas tazas frente a Pinker y frente a mí. Alcé la mía.

Contenía el equivalente a una huevera de denso líquido negro, sobre el que flotaba una ligera espuma de color marrón avellana. Giré la taza: el contenido era denso y lento, parecido al aceite. Me lo llevé a los labios...

Era como si la mismísima esencia del café se hubiera concentrado en aquel

diminuto bocado líquido. Ascuas quemadas, humo y fuego carbonizado bailaban en mi lengua, quedaron retenidos en la parte posterior de mi garganta, y de allí parecieron subir directamente a mi cerebro... y, a pesar de ello, no era acre. La textura era similar a la de la miel o la melaza, y había un ligero dulzor a galleta que perduraba, como el chocolate más oscuro, como el tabaco. Terminé mi tacita en dos sorbos, pero el sabor pareció crecer y profundizar en mi boca durante un largo rato.

Pinker, que me observaba, asintió.

—Tiene paladar, señor Wallis. Es basto y no está instruido, pero puede trabajar en ese ámbito. Y, lo que es más importante: tiene usted el don de las palabras. Búsqueme las palabras que puedan capturar, que puedan estandarizar, el escurridizo sabor del café, de forma que dos personas de distintas partes del mundo puedan telegrafarse una descripción, y saber exactamente lo que quieren decir. Hágalo fidedigno, evocador, pero, sobre todo, preciso. Ésa es su tarea. Lo llamaremos... Lo llamaremos el Método Pinker-Wallis para la Aclaración y la Clasificación de los Diversos Sabores del Café.

¿Qué le parece?

Me miraba expectante.

—Parece fascinante —dije, educado—. Pero no puedo hacer lo que sugiere.

—Soy escritor, artista, no un fabricante de frases. —Dios mío, el café de aquella máquina era fuerte: podía sentir cómo comenzaba a acelerárseme el corazón por sus efectos.

—Ah. Emily ya dijo que probablemente ésa sería su respuesta. —Pinker hizo un gesto hacia la secretaria, cuya cabeza seguía gacha con recato sobre su libreta—. Por sugerencia suya, me he tomado la libertad de buscar la dirección de su padre y enviarle un telegrama sobre esta oferta de empleo. Quizá esté interesado en saber cuál ha sido la respuesta del reverendo Wallis. —Pinker empujó el sobre del telegrama a través de la mesa. Lo recogí: comenzaba con la palabra «¡Aleluya!»—. Parece bastante ansioso por quedar relevado de la carga de mantenerle —dijo con sequedad.

—Entiendo.

Dígale que la asignación se ha acabado. *Stop*. Oportunidad agradecida.
Stop. Dios le bendiga, señor. *Stop*.

—Ah.

—Y dado que ha sido expulsado (su padre lo menciona de pasada), parece que obedecer órdenes o ser maestro son opciones poco probables para usted.

—Sí —dije. Mi garganta parecía haberse secado. Jenks colocó otra tacita de café frente a mí. Me la bebí de un trago. El aromático carbón y el chocolate oscuro inundaron mi cerebro—. Mencionó usted fantásticas riquezas.

—Ah, ¿sí?

—Ayer, en el Café Royal. Dijo que si entraba en su... plan, ambos nos

convertiríamos en hombres maravillosamente ricos.

—Ah, sí. —Pinker reflexionó—. Era una figura retórica. Empleaba... —Dirigió una mirada a su secretaria—. ¿Qué era lo que empleaba?

—La hipérbole —dijo. Era la primera vez que hablaba. Su voz era suave pero, una vez más, me pareció discernir un ligero tono de diversión.

La miré, pero su cabeza seguía inclinada sobre la libreta, mientras registraba cada palabra con aquellos malditos garabatos.

—Exacto. Empleaba la hipérbole. Usted, como literato, estoy seguro de que lo apreciará. —Los ojos de Pinker brillaron—. Naturalmente, en ese momento yo no era plenamente consciente de su apurada situación.

—¿Qué remuneración sugiere... exactamente?

—Emily me ha informado de que la señora Humphry Ward recibió diez mil libras por su última novela. Pese a que ella es la escritora más conocida del país y usted es completamente desconocido, le propongo pagarle la misma tarifa.

—¿Diez mil libras? —Repetí, atónito.

—He dicho la misma *tarifa*, no la misma *cantidad*. He de advertirle de nuevo de los peligros de la imprecisión. —Sonrió. El muy animal lo estaba disfrutando—. La obra de la señora Ward cuenta aproximadamente con doscientas mil palabras: lo que supone seis chelines y tres peniques por palabra. Le pagaré seis chelines y tres peniques por cada adjetivo descriptivo adoptado para nuestro código. Y una prima de veinte libras cuando esté completo. Es justo, ¿no le parece?

Me pasé la mano por la cara. La cabeza me daba vueltas. Había bebido demasiado de aquel maldito café.

—El Método Wallis-Pinker.

—¿Disculpe?

—Debe llamarse el Método Wallis-Pinker. Y no al revés.

Pinker frunció el ceño.

—Puesto que Pinker es el creador, debería obtener la mayor parte del crédito.

—Como escritor, la carga del trabajo recaerá sobre mí.

—Si me lo permite, Wallis, aún no ha entendido bien los principios mediante los que se rige este negocio. Si quiero un empleado más dócil, puedo volver tranquilamente al Café Royal y encontrar uno. Después de todo, a usted lo encontré a los cinco minutos. Mientras que, si usted quiere buscarse otro jefe, tendrá que pelear para conseguirlo.

—Es posible —dije—. Pero no hay dos escritores exactamente iguales.

¿Cómo puede estar seguro de que el siguiente lo hará tan bien como yo?

—Mmm —consideró Pinker—. Muy bien —concedió bruscamente—. El Método Wallis-Pinker.

—Y, puesto que se trata de una obra literaria, necesitaré un anticipo. Treinta libras.

—Es una suma considerable.

—Es lo habitual. —Insistí.

Para mi sorpresa, Pinker se encogió de hombros.

—Treinta libras, entonces. ¿Estamos de acuerdo?

Dudé. Iba a decir que tendría que pensarlo, que necesitaba consejo. Podía imaginar ya las burlas de mis amigos Hunt y Morgan, si les hablaba de este encargo. Sin embargo, sin poder evitarlo, eché un vistazo a la muchacha. Sus ojos brillaban, y me lanzó... no era exactamente una sonrisa, sino una especie de señal diminuta, cuando sus ojos se abrieron con un mínimo gesto de ánimo. En aquel instante me perdí.

—Sí —dije.

—Bien —dijo el comerciante, levantándose y ofreciéndome su mano—. Empezaremos en esta oficina mañana por la mañana, señor, a las diez en punto.

—Emily, ¿me harás el favor de mostrarle la salida al señor Wallis?

SEIS

«Acerbo»: una sensación acre y ácida en la lengua.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

A medida que nos acercábamos al final de las escaleras, la detuve.

—¿Sería posible ver el almacén? Me gustaría saber más sobre el negocio del que el señor Pinker ha decidido que tengo que aprender.

Si entendió que la estaba invitando a reírse de su patrón, no dio muestras de ello.

—Por supuesto —dijo, sencillamente, y me llevó a la amplia despensa que había atisbado antes.

Era un lugar curioso, infernalmente caliente, pues, desde la hilera de tambores de tostado que había en un costado, las llamas de sus quemadores brillaban en la penumbra. Ya habían descargado el barco, y los enormes portones del embarcadero estaban cerrados, con un único y grueso filo de luz que se filtraba por el hueco sinuoso que había entre ambos. En la parte superior había ventanas, pero dejaban pasar poca luz. De hecho, el aire estaba lleno de una peculiar neblina causada, según podía ver, por un grueso polvo de fibras similares a las del algodón que flotaban a nuestro alrededor. Lo intenté alcanzar, y el aire se arremolinó alrededor de mi mano.

—Pergamino de café —explicó—. Algunos de los granos que recibimos no han sido molidos aún.

Sus palabras no significaban nada para mí, pero asentí.

—¿Y todo este café es de Pinker?

—El señor Pinker —dijo, con cierto énfasis en el apelativo— es el propietario de cuatro almacenes, y los dos más grandes están en depósito. Esto no es más que el almacén de distribución —señaló—. El café llega del río en barco. A continuación, se cata, se pesa, se muele, se tuesta y se coloca en su lugar, según su procedencia. Es como si en este almacén tuviéramos el mundo entero. Allí está Brasil, ahí está Ceilán. Indonesia está aquí atrás, pero no hay mucho: los daneses se llevan la mayor parte de la cosecha. Los arábigos puros los tenemos aquí, por seguridad.

—¿Por qué hay que guardar con mayor seguridad los arábigos puros?

—Porque son los más valiosos. —Dio un paso hacia una pila de enormes sacos de yute. Uno ya estaba abierto—. Mire —dijo, y su voz parecía entusiasmada.

Miré. El saco estaba lleno de granos de color hierro que relucían como si se hubieran engrasado y pulido uno a uno. Sacó un puñado para mostrármelo.

Eran pequeños, todos con una muesca parecida a la de un cacahuete, y siseaban como la lluvia al caer entre sus dedos.

—Moca —dijo con veneración—. Cada grano es una joya. —Metió el brazo hasta el codo, y lo giró con un gesto suave e hipnótico parecido a una caricia, que liberaba

una bocanada de aquel aroma oscuro y carbonizado—. Un saco como éste es como un saco lleno de tesoros.

—¿Me permite? —Deslicé mi brazo junto al suyo. Era una sensación curiosa: veía cómo los granos se cerraban alrededor de mi muñeca, igual que haría el líquido, pero estaban secos y ligeros, y eran tan insustanciales como la paja. El vivo y amargo olor inundó mis fosas nasales. Empujé más hondo y, entre la resbaladiza y aceitosa suavidad de los granos, por un instante, creí sentir algo más: el tacto suave y seco de sus dedos.

—Su señor Pinker es todo un personaje —dije.

—Es un genio —contestó pausadamente.

—¿Un empresario del café? —Casi de forma accidental, deslicé mi pulgar con suavidad por su muñeca. Ella se puso tensa y sacó el brazo pero, por lo demás, no reaccionó. Yo estaba en lo cierto: había una curiosa especie de malicia, o quizá sería más apropiado decir una especie de confianza. Se trataba de una mujer que no soltaba risitas tontas ni chillaba sin motivo.

—Un genio —repitió—. Quiere cambiar el mundo.

—¿Con sus Tabernas de Abstinencia?

Debí de parecer divertido, porque dijo con brusquedad:

—Ésa es una parte, sí. —Como arrastrada por alguna fuerza sensual, volvió a introducir la mano en el saco, viendo cómo los granos se escurrían entre sus dedos, oscuros como cuentas de ébano o azabache.

—¿Y el resto? —pregunté.

Me lanzó una mirada fría.

—Le parece ridículo.

Negué con un movimiento de cabeza.

—Me parece desencaminado. El obrero nunca preferirá el arábigo a la ginebra.

Se encogió de hombros con desdén.

—Quizá.

—¿No está de acuerdo?

En lugar de responder, sacó otro puñado de granos y los dejó caer lentamente mientras los pasaba de una mano a otra. De repente, me di cuenta de a qué me recordaba aquel almacén oscuro y sepulcral. El intenso olor a café era parecido al del incienso, y la tenue luz llena de polvo se asemejaba a la penumbra de una gran catedral.

—Esto no son simplemente granos, señor Wallis —dijo, con los ojos fijos en las gotas negras que caían—. Son semillas. Las semillas de una nueva civilización.

Miró hacia arriba. Seguí su mirada, que se dirigía hacia la ventana que daba al despacho de Pinker. El comerciante de café estaba frente al cristal y nos observaba.

—Es un gran hombre —dijo sencillamente—. También es mi padre.

Sacó la mano del saco y la limpió con delicadeza con un pañuelo mientras caminaba hacia los quemadores.

—Señorita Pinker —dije, alcanzándola—. Permítame disculparme. No tenía ni idea... si la he ofendido...

—Si hay alguien a quien debe pedir disculpas es a él.

—No obstante, su padre no conoce mis comentarios.

—Bien, yo no se lo diré si usted no lo hace.

—Y debo disculparme por... —dudé— por mi comportamiento hacia usted, que ha sido muy inapropiado para alguien de su posición.

—¿Y qué comportamiento es ése? —preguntó inocente. Abrumado por la confusión, no respondí—. Espero, señor Wallis, que me trate igual que al resto de los empleados de mi padre.

¿Era un reproche o una invitación? Si se trataba de esto último, estaba muy oculta. Me sostuvo la mirada durante un instante.

—Los dos estamos aquí para trabajar, ¿no es así? Cualquier sentimiento personal debe dejarse de lado. «Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano». Eclesiastés.

Incliné la cabeza.

—Así es. En ese caso, esperaré ansioso a que llegue la noche, señorita Pinker.

—Y yo la mañana, señor Wallis.

Abandoné el almacén alborozado y confundido a partes iguales. Por un lado, parecía haber encontrado un empleo remunerado. Por otro, había una naciente erección dando bandazos en mis pantalones, como consecuencia de mi flirteo con la adorable Emily Pinker. Bueno, aquello podía solucionarse con facilidad. Cogí un bote hacia el Embankment, y crucé el Strand hacia la calle Wellington. Allí había varios establecimientos baratos y alegres que ya había frecuentado en otras ocasiones, todos ellos de una calidad aceptable. No obstante, aquella noche era de celebración: tenía la promesa de mi anticipo de treinta libras.

Tan sólo me detuve para comer un pudín de carne en la ventana de la Taberna Savoy, y luego entré en la casa de baños más espléndida del número 18.

En la primera planta, detrás de unas gruesas cortinas, había un recibidor forrado de damasco rojo, donde media docena de las chicas más bonitas de Londres se recostaban en ropa interior sobre divanes tapizados. Pero ¿cuál elegir? Había una chica con gloriosos tirabuzones rojos; otra cuya cara empolvada parecía la de una marioneta. Había una robusta belleza alemana de metro ochenta, una coqueta francesa de piel oscura, y algunas más.

Elegí una cuyos dedos largos y elegantes me recordaban a los de la señorita Emily Pinker.

SIETE

Pinker levanta la vista mientras su hija entra en el despacho y comienza a recoger las tazas y las jarritas que reposan sobre el escritorio.

—¿Y bien? —dice suavemente—. ¿Qué te parece nuestro esteta, Emily?

Ella coge un trapo y frota un poco de café molido que ha caído sobre la caoba pulida antes de responder.

—Desde luego, no es lo que yo esperaba.

—¿En qué sentido?

—Para empezar, es más joven. Y bastante engreído.

—Sí. —Coincide Pinker—. Pero, tras sopesar el asunto, he decidido que puede que eso no sea malo. Un hombre de más edad puede ser más testarudo en sus opiniones. Éste, espero, no estará tan dispuesto a huir con tu idea.

—No es mi idea —murmura.

—No seas tan modesta, Emily. Si vas a trabajar con el señor Wallis, sospecho que ése será un lujo que no podrás permitirte. Por supuesto que es tu idea, y así debe permanecer. —Hace girar su pluma entre los dedos—. Me sorprende que no lo haya considerado. ¿Te has dado cuenta de que, cuando he dicho que el creador era un Pinker, ha dado por hecho que era yo?

—Es una suposición razonable, ¿no te parece? Sobre todo, porque en ese momento aún no se había dado cuenta de que yo era tu hija.

—Quizá. —Pinker la observa mientras coloca la vajilla en la bandeja—. ¿Se lo dirás? Que tú tuviste la idea del catálogo, quiero decir.

Ella amontona las tazas.

—No —dice tras un instante.

—¿Por qué no?

—Creo que en esta fase, cuanto menos conocimiento tenga de nuestros planes, mejor. Si se lo digo, quizá quiera saber más sobre los propósitos para los que fue concebido el catálogo. Y cualquier cosa que podamos decir podría llegar a nuestros competidores. Incluso a Howell, posiblemente.

—Eres muy lista, como siempre, Emily. —Su padre vuelve la cabeza, observando la cinta de cotizaciones de Bolsa, mientras tartamudea y picotea su interminable rollo de papel—. Esperemos, entonces, que esté a la altura del trabajo.

OCHO

Mantenga la sala de ahuecamiento libre de interferencias externas y, especialmente, de miradas, sonidos y olores. Además, concéntrese completamente en la tarea que está llevando a cabo.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

A la mañana siguiente le tocó a Jenks, el secretario principal, mostrarme las instalaciones. Si la noche anterior el almacén me había parecido una catedral o una iglesia, en compañía de Jenks pronto me quedó claro que se trataba de una máquina: un mecanismo muy vasto pero muy sencillo para la acumulación de beneficios. «El material», tal y como él denominaba el café, llegaba con la marea alta; se amontonaba de punta a punta del almacén; se descascarillaba, se molía, se tostaba y en algunos casos se trituraba, antes de enviarlo fuera de nuevo con la marea. Su valor se cuadruplicaba. Me mostró los libros, que él mismo llevaba; eran enormes libros de contabilidad que registraban el movimiento de cada saco, de cada grano, a medida que progresaban inexorablemente de una columna a otra.

La mayoría de los cafés que llegaban a ese almacén estaban destinados a una de las cuatro mezclas: la Mezcla de Moca Pinker, el Java del Antiguo Gobierno de Pinker, el Ceilán de Pinker y el Fancy de Pinker. Aquellas mezclas no eran lo que parecían. El Java del Antiguo Gobierno, por ejemplo, se llamaba así porque el gobierno danés envejecía sus cafés antes de venderlos, creando un sabor añejo muy popular en el continente. No obstante, debido a los impuestos sobre el café danés, la verdadera proporción de java en la mezcla de Pinker se reducía a un tercio, y el resto procedía de sus propiedades en la India y Brasil.

De la misma manera, Jenks explicó que la mezcla de Ceilán procedía originariamente de las plantaciones de Pinker en aquel país: ahora, después de que la peste acabara con la cosecha, el nombre era más una descripción del estilo que del origen, puesto que el ochenta por ciento de la mezcla procedía de un café brasileño más barato.

Debí de parecer sorprendido, porque dijo severamente:

—Es una práctica empresarial común. No hay nada de malo en ello.

—Por supuesto.

—Otros comerciantes adulteran sus mezclas habitualmente con sustancias extranjeras. Achicoria, avena, maíz tostado, incluso sorgo, condimentado con cenizas de madera y melaza. Pinker no lo hace.

—¿Aunque sea una práctica empresarial habitual, tal y como dice? —pregunté inocentemente.

Me lanzó una mirada feroz.

—He dicho que es habitual. Entre los comerciantes más bajos, quiero decir.

—Como Seymour, o Lambert. Incluso Howell, aunque lleven la Garantía Real. —Mencionó los nombres (especialmente el último) con cierto desdén enojado.

—Entiendo. —Para cambiar de tema, pues ya le había tomado suficiente el pelo, dije—: El fracaso de sus propiedades en Ceilán ha debido de ser un golpe duro.

—En realidad, no. La tierra era barata, y la mano de obra se redirigió fácilmente hacia otras cosechas como la del té. Hubo una pequeña pérdida en los libros, que hemos cancelado con nuestros activos.

Naturalmente, términos como «pérdida en los libros», «activos» y «cancelar» no significaban nada para mí por aquel entonces. Asentí y continuamos.

En el despacho, Jenks me mostró cómo cata, o «degusta» según dijo, un comerciante. Se coloca una cantidad exacta de granos en una taza de tamaño estándar. Tras añadir agua, se espera exactamente dos minutos, antes de empujar los granos al fondo con una cuchara y probar el resultado.

—Así —dijo Jenks. Sumergió su cuchara en la taza con un rápido movimiento ensayado y delicado, la llevó hasta su boca y la sorbió de forma sonora. Resultaba un sonido muy ordinario para un hombre como aquél, hasta que me di cuenta de que estaba sorbiendo aire deliberadamente junto con el líquido, al igual que había hecho Pinker en el Café Royal.

—¿Cómo sabe? —pregunté.

Se encogió.

—No lo sé. No tengo mucho paladar. —Había cierto aire de desdén en su voz, como si quisiera decir era mejor dejar el sabor del material a gente como yo.

—Eso será una desventaja para alguien de su posición.

—Yo me preocupo del aspecto empresarial de las cosas.

—Pero sería un mal negocio si el café no supiera a nada.

—Entonces somos afortunados de tenerle a usted —dijo con desprecio. Le miré sorprendido por el tono que empleó: no se me había ocurrido antes que los empleados de Pinker podían verse amenazados por mi contratación.

En aquel instante, Pinker se unió a nosotros.

—¡Ah! Veo que nuestro nuevo alumno está trabajando duro —comentó—. Me alegro de verle tan laborioso, señor Wallis. Confieso que sentí cierto nerviosismo anoche. Después de todo, no se puede expulsar a nadie de aquí. —Tomó la taza que su secretario acababa de degustar, metió la nariz en ella y la olisqueó profundamente—. Observará —dijo pensativo— que el olor difiere en la taza y —alejó un poco la nariz— a unos centímetros de distancia. Es más, mover la nariz de un lado a otro, *así*, parece intensificar los aromas. Al girar el líquido con un suave movimiento —giró la taza—, libera una serie distinta de volátiles. Éstos son temas que consideraremos a su debido tiempo.

—El señor Wallis expresaba sus reservas en cuanto a la mezcla —dijo Jenks, mordaz.

Pinker me observó con el ceño fruncido.

—Ah, ¿sí?

—Sólo observaba —dije suavemente (¡aquella víbora de Jenks!)— lo dificultoso que debe de resultar comprar tantas variedades de café y vender tan pocas.

—Cierto, cierto. El aficionado encontrará algo que admirar en el café de cualquier zona, al igual que un amante del vino se deleitará con la comparación de los claretes de Burdeos y los riojas de España. Pero debemos obtener beneficio y, al contrario de lo que sucede con el vino, una vez tostado, el café no mejora con la edad.

Caminó hacia la ventana que daba a su almacén y, por un instante, observó el gran espacio, melancólico.

—Piense en ello como en un ejército —dijo, casi para sí mismo. Tuve la tentación de acercarme a su hombro para oírle—. Cada regimiento tiene su origen, su carácter. A pesar de ello, cada regimiento se compone de individuos, luchadores que han renunciado a su propia identidad por el todo. Ahí fuera tengo a mis guerreros de las Tierras Altas, a mis soldados irlandeses, a mis gurkhas. Y al igual que un ejército despliega a su caballería o a sus ingenieros en función de la tarea, la mezcladora puede equilibrar un aburrido brasileño con una pequeña cantidad de Sumatra, o enmascarar las deficiencias de un lote con los mejores atributos de otro.

—Entonces, si es un ejército, usted debe de ser su general, listo para enviarlos a la guerra —dije. Estaba bromeando, pero la expresión de Pinker cuando me miró no delató ni una pizca de sentido del humor: es más, sus ojos resultaban feroces ante la idea de lo que podían conseguir sus batallones.

—Exactamente —dijo con suavidad—. Exactamente.

Comenzamos a trabajar de forma inmediata. Trajeron un quemador y lo conectaron al gas. Nos proporcionaron una enorme cantidad de tazas y teteras de agua, así como un tipo tosco llamado South, cuya labor consistía en traernos las muestras de café a medida que las requeríamos. También había dos cubos de acero, cuyo propósito al principio desconocía.

—Para el café —explicó Pinker—. Si se lo bebe todo, acabará perdiendo los nervios.

También nos proporcionaron a Emily, que ocupó su lugar a un lado de la mesa con su libreta. Le sonreí pero, aunque asintió a modo de respuesta, se trataba de un saludo profesional, nada más. Naturalmente, ella no debía de saber que la noche anterior habíamos copulado durante un rato sobre un diván forrado de terciopelo, en el número 18 de la calle Wellington. (La chica que había elegido era bonita, pero apática. Había aumentado su lubricación natural con una generosa cantidad de manteca Clayton. Mucho después, cuando volví a mis propias habitaciones, vi que mi miembro, que se estaba desentumeciendo, tenía una gruesa capa de aquella sustancia. Resulta curioso que uno pague un extra a las putas por su inexperiencia y falta de habilidad. Probablemente sea la única profesión en la que se da este caso. Pero estoy divagando).

—Sugiero que partamos de los comentarios de Linnaeus respecto a las diversas categorías de olor —dijo Pinker. Consultó su libreta—. Aquí está.

Linnaeus agrupa los aromas en siete clases, en función de sus propiedades hedónicas, es decir, agradables. Así pues, tenemos los *fragrantes*, los olores fragantes como el azafrán o el saúco; los *aramaticos*, aromáticos, como el cidro, el anís, la canela y el clavo; los *ambrosiacos*, olores almizclados; los *alliaceous*, los olores de las cabezas de ajo o cebolla; los *hircinos*, que rememoran a las cabras, como el queso, la carne o la orina; los *tetros*, olores fétidos como el estiércol o las nueces; y los *nauseosos*, olores nauseabundos, como la goma de la planta asafétida. ¿Está de acuerdo conmigo?

Lo pensé durante un momento.

—No.

Pinker frunció el ceño.

—Puede que el sistema de Linnaeus haya servido a sus propios propósitos —dije airadamente—, pero los principios estéticos imponen un enfoque distinto. En primer lugar, debemos ocuparnos del aspecto: el color y la apariencia. Y sólo después procederemos con el olor, el sabor, el regusto y demás.

Pinker lo consideró.

—Muy bien.

Una vez establecimos que lo haríamos a mi manera, envié a South a buscar un puñado de café de cada saco del almacén. Finalmente, se colocaron los granos en distintos montículos sobre la mesa que había frente a mí.

—Entonces —dije con más seguridad de la que sentía—, estas de aquí son tan negras como la desesperación, mientras que éstas son tan doradas como la virtud...

—No, no, no —interrumpió Pinker—. Es demasiado poético. La desesperación de un hombre es la melancolía de otro, y ¿quién dice que la melancolía y la desesperación son del mismo color?

Entendía su argumento.

—Entonces tendremos que decidir las palabras que utilizaremos para describir las distintas tonalidades de negro.

—Exacto, señor. Ése es, precisamente, mi objetivo.

—Mmm. —Medité. Si lo pensaba con detenimiento, se trataba de un asunto bastante desconcertante—. Comenzaremos —anuncié— fijando el negro más negro que existe.

—Muy bien.

El silencio se instaló entre nosotros. De hecho, resultaba bastante difícil pensar en una palabra para describir el negro más puro de los granos más oscuros.

—El negro absoluto del morro de una vaca —dije finalmente. Pinker hizo una mueca—. O el negro brillante de una babosa al alba...

—Demasiado estrambótico. Y, si me lo permite, muy poco apetitoso.

—El negro de una Biblia.

—Inaceptable.

—El negro de una noche sin luna.

Pinker chasqueó la lengua.

—¿Demasiado poético para usted? ¿Qué le parece el carbón, entonces?

—Pero el carbón no es completamente negro. Es una especie de gris, entre el gris de la pizarra de Cornualles y el gris de la piel de un ratón. —Aquellas palabras procedían de Emily—. Discúlpeme —añadió—. Probablemente no necesita la opinión de otra persona, cuando la suya es ya tan rotunda.

—No. Tiene usted razón —dije—. Además, cuanto más... colaboremos todos, más oportunidades de éxito tendremos. —En mi interior, como es lógico, lamentaba profundamente no haber estipulado que este catálogo debía ser algo que produjera yo solo. Habíamos estado debatiendo sobre el color negro durante diez minutos, y ni siquiera había recuperado los diez chelines que con tanta energía había gastado la noche anterior.

—¿La marta? —sugería.

—El cuervo. —Rebatió Pinker.

—Antracita.

—Alquitrán.

—Azabache —dije yo.

Pinker asintió a regañadientes. Nadie podía discutir que el azabache era muy negro.

—Tenemos nuestra primera palabra —dijo Emily, anotándola—. Pero, quizá, debería tener en cuenta que los granos son sólo negros porque los hemos tostado para que sean así. En realidad, en su estado natural son de un marrón suave.

—Sí, por supuesto —dije—. Ya lo sabía. —Y no hace falta decir que lo había olvidado—. Naturalmente, el tostado es un detalle más que hay que considerar.

—Mientras tanto, nos preguntamos, si éstas son azabache, ¿de qué color son estas otras? —Empujé otros granos con un dedo.

—Éstas son... hierro —dijo Emily.

—Efectivamente —acepté—. Ciertamente, son de color hierro.

—Esto es cada vez más fácil —comentó mientras lo anotaba—. ¿Y éstas de aquí? —dijo Pinker, señalando un tercer montón.

—Ésas son perla.

—Las perlas son blancas. Cualquier idiota lo sabe.

Cogí un grano y lo inspeccioné de cerca. Tenía cierto brillo opalescente, parecido a una moneda lustrada.

—Peltre, entonces.

—Estoy de acuerdo —dijo Emily, escribiéndolo.

—Y así llegamos al marrón.

—Pero hay muchos tonos de marrón, y todos se denominan simplemente marrón —objetó Pinker—. No hay palabras para diferenciarlos.

—No es así exactamente. Piense, por ejemplo, en el marrón de los distintos tipos de madera. —Lancé una mirada a los granos—. Algunos pueden ser caoba, otros fresno, otros roble.

Pinker se levantó bruscamente.

—Tengo otros asuntos que atender. Sigán ustedes dos. —Más adelante descubriría que aquel comportamiento era típico en él. Era incapaz de perseverar en ninguna tarea durante más de una hora; en parte, porque tenía demasiadas obligaciones, pero también porque estaba predispuesto a la emoción de la novedad. Caminó con grandes zancadas hacia la puerta y la abrió.

—¿Jenks? —llamó—. Jenks, ¿dónde estás?

Y se marchó.

Miré a Emily. Ella mantuvo la mirada fija en su libreta.

—He estado intentando —dije suavemente— fijar en mi mente una palabra que describa el color exacto de sus ojos.

Ella se puso rígida, y vi que sus mejillas se teñían de cierto rubor mientras se inclinaba sobre su libreta.

—También son de una especie de gris —sugerí—, pero creo que más claros que el carbón o la pizarra de Cornualles.

Se produjo un instante de silencio. A continuación, dijo:

—Deberíamos continuar. Tenemos mucho que hacer.

—Por supuesto. En cualquier caso, no es una cuestión que urja. Tendré que pensar mucho en el asunto.

—Por favor, no haga tal cosa por mí. —Había un deje helado en su voz—. No hace falta que se moleste.

—No, será un placer.

—No obstante, mientras tanto, podríamos volver nuestros pensamientos al color de estos granos.

—Es usted una jefa dura, señorita Pinker.

—Sólo soy consciente de que la tarea a la que nos enfrentamos es considerable.

—Tal vez sea considerable, pero no es tediosa —dije galante—. No hay trabajo pesado en semejante compañía.

—Pero temo estar convirtiéndome en una distracción para usted. —El deje helado se había convertido definitivamente en glacial—. Quizá debería ver si el señor Jenks o el señor Simmons están libres para ocupar mi lugar...

—No es necesario —dije presuroso—. Atenderé mis obligaciones aún más concienzudamente porque usted así lo ha ordenado.

Observamos las pilas de crudos granos de color gris verdoso. Estoy convencido de que ninguno de los dos pensaba en el café. La miré de nuevo.

—Sin embargo, el color de sus mejillas me recuerda a una manzana madura...

—Señor Wallis. —Tiró la libreta enérgicamente sobre la mesa—. Si mis mejillas están coloradas es porque estoy enfadada con usted por burlarse de mí de esta

manera.

—En ese caso, le pido disculpas. No quería ofenderla. De hecho, todo lo contrario.

—Pero debe entender —dijo en voz baja y urgente— que me coloca en una situación imposible. Si abandono la habitación, mi padre querrá saber el motivo, y le despedirá. El catálogo no se redactará, y ésa es una responsabilidad que no deseo. Sin embargo, si me quedo, estoy realmente en sus manos, y por cómo se ha comportado hasta este momento, no puedo más que sospechar que se aprovechará de ello para burlarse aún más.

—Le juro por mi honor que no haré tal cosa.

—Debe prometerme que hará caso omiso de mi condición de mujer.

—La creía demasiado moderna como para encogerse cual violeta ante una atracción perfectamente natural por mi parte —dije—. No obstante, si así lo prefiere, en el futuro intentaré pensar en usted como si fuera un muchacho.

Me lanzó una mirada desconfiada, pero levantó el lápiz sobre la libreta.

—Estos granos —alcé un puñado y cerré mi puño a su alrededor, agitándolos— podrían compararse al color de las hojas.

—¿Cómo?

—La hoja nueva es de un verde pálido. Naturalmente, la hoja de verano es más oscura. La hoja de otoño es más parecida a los granos más pálidos, más amarillos.

—Muy bien. —Lo anotó.

—Y así llegamos al aroma. Para eso, creo que debemos preparar algunas muestras.

—Encenderé el quemador.

Se entretuvo hirviendo agua, y yo la observaba. Me había equivocado al pensar que aquellas prendas racionales suyas no la favorecían. Es más, aunque la privaba de la voluptuosa silueta que había estado de moda hasta hacía poco, la ausencia de corsé permitía apreciar cuál sería su forma natural; en otras palabras, su figura desnuda. Era esbelta, aunque hay quien diría que huesuda.

Incluso sus caderas, cuando se inclinaba sobre la mesa, eran tan insustanciales que la comparación con un muchacho era perfectamente apropiada.

Entrecerrando los ojos, la comparé mentalmente con las diversas prostitutas con las que había estado. De ese modo, fui capaz de crear una especie de imagen compuesta de su cuerpo desnudo, un agradable ensueño que Emily bien podría tomar por una actitud de estudiada concentración.

Justo entonces entró Pinker y me encontró observando a su hija. Seguro que fue capaz de adivinar lo que pasaba por mi mente.

—¿Avanza el trabajo? —dijo con aspereza—. ¿Da muestras de ser diligente el señor Wallis, Emily?

Ése, por supuesto, era el instante en el que el más mínimo indicio por su parte haría que me echaran. Maldije mi temeridad en mi fuero interno.

Necesitaba aquel anticipo, especialmente después de los gastos en los que había incurrido la noche anterior.

Me miró con frialdad.

—El señor Wallis progresa bastante bien, padre. Aunque creo que no tan rápido como le gustaría. Me temo que el charloteo femenino ha resultado ser una distracción.

—Al contrario, la señorita Pinker ha sido una inspiración —dije suavemente—. Tal y como lo fue Beatriz para Dante, o Maud para Tennyson, así lo es Emily Pinker para el Catálogo Wallis-Pinker.

Pinker entrecerró los ojos.

—Muy bien. Tal vez, Wallis, pueda ayudarle a catar su primera muestra.

—No es necesario —dije con cierto aire de despreocupación—. Jenks ya me ha explicado los principios que debo tener en cuenta.

—Entonces observaré.

Se colocó junto a la puerta con los brazos cruzados, y me observó mientras medía los granos, los molía en el molinillo y añadía agua caliente. Esperé exactamente dos minutos según mi reloj y, a continuación, empujé la gruesa y espumosa corteza de café molido hacia el fondo con la cuchara. Sin embargo, no tenía tanta práctica como el secretario, y, cuando levanté la cuchara, el líquido aún era grueso a causa de los diminutos granos de café. Me la acerqué a los labios de todas formas, e intenté sorberla de la misma manera que lo habían hecho Pinker y Jenks, inspirando cierta cantidad de aire junto con el líquido caliente. El resultado inevitable e inmediato fue que me atraganté, y acabé escupiendo café sobre toda la mesa.

Pinker rugió.

—Mi querido Wallis —bramó—, se supone que debe degustarlo, no pulverizarlo como si fuera una ballena que sale a la superficie.

—Se me ha ido por el otro lado —dije, o más bien grazné, cuando la voz me lo permitió—. Le ruego que me disculpe. Lo intentaré de nuevo. —Estaba muy avergonzado. Intenté sorber de nuevo el café como había visto hacer a los demás, pero era más difícil de lo que parecía: esta vez, conseguí mantener el líquido en mi boca mientras tosía y me atragantaba, pero era algo parecido.

—Emily, querida, me temo que tu nuevo compañero será incapaz de hablar durante el resto de la mañana —rió Pinker.

—Eso no será ningún problema —dijo Emily. Torció la boca—. Al menos, para todo el mundo excepto el señor Wallis.

—Quizá... Quizá... —Pinker se secó los ojos con el dedo—. ¡Quizá su chaleco hable por él!

Ahora era el turno de Emily Pinker de toser y atragantarse. Observé a los dos con asombro. Entendí que, de alguna manera, yo era la causa de su diversión, pero era incapaz de entender por qué. Era cierto que, aquel día, mi chaleco era, al igual que mis zapatos, de un intenso tono amarillo, pero incluso un comerciante de café de

Limehouse podría entender que iba *à la mode*.

Pinker se secó los ojos.

—Discúlpennos, mi querido Wallis. No es nuestra intención ofenderle.

Espere, permítame enseñarle. Hay un truco que aquellos que estamos acostumbrados damos por hecho. Observe. —Se llevó a la boca una cucharilla con un poco de café, y la sorbió sonoramente haciendo una especie de gárgaras—. El truco está en aspirar el líquido con los labios y la lengua. Aspirar, *aerear* y, finalmente, expulsar.

Seguí su ejemplo, y esta vez conseguí controlar el líquido un poco más (al menos, la reacción de mi audiencia fue algo más contenida). Sin embargo, su hilaridad volvió cuando me dijeron que escupiera el café degustado en el cubo.

Pinker hizo una demostración, expulsando eficientemente un fino chorro con un sonido metálico al tocar el metal, pero, incluso antes de que se volviera hacia mí, supe que aquello resultaría difícil.

—Imagine que está silbando —explicó—. Y, haga lo que haga, que sea con decisión.

Miré a Emily. Su cara reflejaba una expresión de estudiado desinterés.

—Quizá su hija preferiría... —Sugerí.

—Preferiría, ¿qué?

—No estar presente ante lo que me temo será una exhibición poco decorosa.

Pinker se volvió a su hija, que respondió:

—Vamos, señor Wallis. Seamos modernos, y no nos encojamos como violetas ante algo perfectamente natural.

—Sí —dije—. Por supuesto. —Me volví con desgana hacia la mesa.

—¿Lo hacemos juntos? —dijo Pinker. Tomó un poco de café en su boca.

Seguí su ejemplo. Aspiramos, *aereamos* y, a continuación, escupió con precisión al cubo un fino chorro de líquido marrón.

Me incliné hacia el cubo, me detuve a recomponer mis pensamientos, y expulsé el líquido tan delicadamente como pude. Por desgracia, mi delicadeza fue contraproducente, pues me limité a rociar de café los alrededores del receptáculo. Una parte ni siquiera llegó a rozar el objetivo.

—Lo siento —dije, rojo como un pimiento. Ninguno de los Pinker me escuchó. Los hombros del padre se agitaban. Tenía los ojos cerrados, y las lágrimas se escapaban por debajo de sus pestañas. Emily había escondido las manos bajo las axilas, y se balanceaba adelante y atrás en su silla, mientras su cabeza encorvada se agitaba vigorosamente con el esfuerzo para contener la risa.

—Veo que esto es divertido para ustedes —dije fríamente.

Pinker colocó su mano en mi hombro.

—Si fracasa como poeta —jadeó— tiene un futuro seguro en los auditorios.

Es la pose preparatoria, señor... esa pose es fantástica. Como si fuera a recitar, en lugar de babear.

—No creo haber babeado.

—¡Y la expresión de su cara! —continuó con entusiasmo—. ¡Esa solemnidad!
¡La expresión de sorpresa cómica que pone!

—Creo que no sé a qué se refiere. —Aún estaba sonrojado.

—Mi querido amigo —dijo, con una seriedad repentina—, ya le hemos acosado lo suficiente. Discúlpenos. Les dejaré terminar sus obligaciones.

Caminó hacia la puerta. Cuando se hubo marchado se hizo el silencio. Dijo amargamente:

—Supongo que piensa que soy ridículo.

Emily dijo en voz baja:

—No, Robert. Pero quizá ahora usted mismo se ve ridículo, y ése era el propósito de mi padre.

—Entiendo.

—Si vamos a trabajar juntos, debemos sentirnos cómodos el uno con el otro.

Y no podemos sentirnos cómodos si uno de los dos está intentando sacar ventaja.

—Sí. Lo comprendo.

—Le prometo no reírme de usted, si usted promete no flirtear conmigo.

—Muy bien. Le doy mi palabra. —Me senté pesadamente.

—Créame —añadió, torciendo la boca—, soy yo la que sale perdiendo con el trato.

NUEVE

La dificultad fundamental de la terminología del sabor del café es inherente a nuestro lenguaje.

Aunque existen muchas palabras que describen las sensaciones de la vista, el sonido y el tacto, hay pocas palabras que definan el olor y el sabor.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Quizá Pinker seguía dudando de mis intenciones. En todo caso, pronto se nos unió una joven de pelo oscuro, un par de años más joven que Emily. Colocó una enorme pila de libros sobre la mesa con un golpe.

—Mi hermana, Ada —explicó Emily—. Ada, éste es Robert Wallis.

El seco «encantada de conocerle» de Ada me sugirió que probablemente no lo estaba. Cogí uno de los libros y examiné el lomo.

—*Análisis del agua para fines sanitarios*. Santo cielo.

Me quitó el libro de las manos.

—La obra del profesor Frankland es el texto habitual sobre las valencias de los compuestos.

—Ada espera entrar en Oxford —dijo Emily—. Usted estuvo allí, ¿no es así, Robert?

Aquello captó la atención de Ada.

—Ah, ¿sí? ¿Qué facultad?

—Christ Church.

—¿Son buenos sus laboratorios?

—No tengo ni idea.

—¿Y qué tal Clarendon? ¿Está bien?

Durante diez minutos, me interrogó sobre las nuevas clases de ciencias, las facultades para mujeres, las salas de examen y demás. La decepcioné. Podía describir cómo cruzaba el parque de ciervos de la facultad al alba, del brazo de un par de amigos borrachos, o las salidas a Wytham para comer trucha a la brasa, pero no sabía casi nada de las aulas ni de los académicos que mencionó.

No obstante, resultó útil tener una tercera persona en la habitación.

Después de todo, el objetivo de nuestro glosario era comunicar, y teníamos la oportunidad de probar nuestros avances con Ada. También resultó útil de una manera más práctica, cuando hubo que crear una caja de muestras... pero me estoy adelantando.

Hacia las doce, Emily se estiró.

—Quizá sea a causa de este inusual examen a mis propias percepciones —dijo—, pero tengo un hambre feroz.

—Es de esperar —dijo—. Al igual que la música debe estudiarse y practicarse

antes de sentarse y leerla con la vista, uno debe practicar con diligencia todas las escalas y los arpeggios del placer, antes de poder afirmar que son competentes.

Puso los ojos en blanco.

—¿Es ésa una manera rebuscada de decir que usted también tiene hambre?

—Exacto. ¿Dónde se puede comer por aquí?

—Hay un lugar en la calle Narrow que prepara unos pasteles de anguila exquisitos. De hecho, no he pensado en mucho más durante los últimos veinte minutos. Los sirven con puré de patata y un poco de jugo de anguila a modo de salsa...

—Tengo que ir a Hoxton, a comprar unas sustancias químicas —terció Ada.

—Entonces parece que sólo seremos usted y yo —le dije a Emily.

—Emily, ¿puedo hablar contigo? —dijo Ada con rapidez.

Conversaron en el rellano en voz baja. Naturalmente, me acerqué a la puerta a escuchar.

—... Le he prometido a padre que no ocurriría nada indecoroso.

—No seas tan papanatas, Ada. Existen las mismas probabilidades de que sucumba a los cumplidos grandilocuentes del señor Wallis durante una inofensiva comida que de que se hiele el río. Pero si estás tan preocupada, ven con nosotros.

—Sabes que no puedo. Tendrás que llevarte a la Rana.

Oí a Emily suspirar.

—Preferiría no hacerlo.

—¿Por qué no?

—Nos resultará imposible hablar con la Rana allí.

—Robert no hace otra cosa *más que* hablar, según he podido ver. Pero muy bien, si puedes soportar ir con él, vete.

Mientras caminábamos por la calle Narrow, se hizo un silencio. A decir verdad, seguía resentido con el comentario de Ada, cuando había dicho que no hacía nada más que hablar.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para su padre? —dije por fin.

—Casi tres años.

—¡Tres años! —dije, sacudiendo la cabeza—. ¡Es una sentencia más larga que la que recibió el pobre Oscar^[1]!

—No lo entiende. Para mí, poder trabajar es un lujo. —Me miró de reojo—. Mientras que para usted, supongo, es una novedad.

—Sin duda. Tal y como aquel gran escritor dijo: la única obra que merece la pena es la obra de arte.

—Mmm. Resulta evidente que usted ha encendido su antorcha con la llama de ese hombre, como tantos otros artistas actuales.

—Oscar Wilde es un genio... el hombre más grande de nuestro tiempo, digan lo que digan otros.

—Bueno, espero que no esté demasiado influido por él.

—¿A qué se refiere?

—A que sería una pena si le emulara en... ciertos sentidos.

Me detuve.

—¿Está usted flirteando conmigo, señorita Pinker?

—Por supuesto que no —dijo ruborizada.

—Porque si es así, me veré obligado a quejarme a su padre. O quizá a Ada, que aún es más aterradora.

Nunca hubiera creído posible que una criatura tan delicada pudiera comer tanto. La observé boquiabierto mientras terminaba un pastel de anguila con salsa y puré, una docena de ostras, una porción de pastel de trucha y un plato de caracoles con mantequilla de perejil, todo ello regado con media pinta de vino con sifón.

—Le dije que tenía hambre —dijo, mientras se limpiaba la mantequilla de perejil de los labios con una servilleta.

—Estoy verdaderamente impresionado.

—¿Va a terminarse esas ostras? ¿O pedimos más?

—No me había dado cuenta —dije mientras ella alcanzaba mi plato— de que mi almuerzo con usted se convertiría en una competición.

Durante aquella comida descubrí más detalles sobre su familia. La madre de las chicas había muerto muchos años atrás, y Pinker había heredado un próspero negocio de su suegro y tres hijas, de las cuales Emily era la mayor.

Decidió educar a las muchachas de la forma más avanzada posible. Las institutrices y los tutores procedían de diversas sociedades: la Sociedad para el Avance del Conocimiento, las Reales Sociedades Científicas y otras. Habían fomentado el hecho de que las niñas leyeran libros y asistieran a conferencias públicas. Mientras, su padre se había ocupado de quitar el mobiliario pasado de moda de su hogar, instalar luz eléctrica, baños y un teléfono, sustituir los muebles por otros a la última moda y, en general, de adoptar todos los avances de la modernidad.

—Por eso le parece bien que trabajemos —explicó—. Tras invertir tanto en nuestra educación, quiere vernos devolver algo.

—Ésa parece una actitud un tanto... prosaica para con quienes son de su propia sangre.

—No, todo lo contrario. Cree en el negocio, cree en sus principios. Es decir, en su poder para hacer el bien.

—¿Y usted? ¿También lo ve así?

Asintió.

—Tal y como le he dicho, trabajar es un lujo para mí, pero también es la expresión de mis creencias morales. Sólo demostrando que las mujeres valemos tanto como los hombres en el lugar de trabajo, demostraremos que merecemos los mismos derechos políticos y legales.

—Santo Dios. —De repente, trabajar para pagar a mi comerciante de vino parecía bastante innoble.

Hacia el final del almuerzo, saqué mi pitillera.

—¿Le importa si fumo? —dije automáticamente.

—La verdad es que sí —dijo Emily.

—¿Disculpe? —dije, sorprendido.

—No podremos catar los cafés de mi padre con precisión tras respirar el humo del tabaco —explicó.

—Éstos no producen humo. —Me sentí un poco ofendido. Mis cigarrillos eran de Benson, en la calle Old Bond; finos óvalos de buen tabaco turco que llenaban la habitación de una neblina adormecedora y perfumada—. Además, fumar es una de las pocas cosas que hago bien.

Suspiró.

—Entonces, de acuerdo. Fumemos uno antes de volver.

—Excelente —dije, aunque aquello resultó aún más sorprendente: que una mujer de buena educación fumara delante de un hombre se consideraba bastante picante por aquel entonces. Le ofrecí la pitillera y encendí una cerilla.

Es un placer sensual encender el cigarrillo de una mujer: sus ojos se posan en el punto de unión de la llama contra la punta, lo que implica que los tuyos se posan en la curva descendente de sus pestañas y la delicada forma de su labio superior, fruncido alrededor del tubo de papel.

—Gracias —dijo, expulsando un pequeño hilo de humo por un costado de su boca. Asentí, y me encendí el mío.

Le dio otra calada, y miró pensativamente el cigarrillo que tenía en la mano.

—Si mi padre percibe nuestro olor —dijo de repente— debe decir que ha sido únicamente usted, y no yo, el que ha fumado.

—¿No da su aprobación?

Mantuvo sus ojos fijos en los míos, mientras daba otra calada al cigarrillo.

—No lo sabe. —Pequeñas bocanadas y nubes de humo se arremolinaban alrededor de cada palabra.

—Una mujer tiene derecho a tener secretos.

—Siempre he odiado esa expresión. Hace que parezca que no tenemos derecho a nada más. Pronto dirá que somos el sexo débil.

—¿No lo cree así?

—Oh, Robert. Es usted un anticuado sin remedio, ¿no es cierto?

—Al contrario. Voy totalmente *à la mode*.

—Uno puede ir a la moda y seguir siendo anticuado... bajo sus finas prendas. Lo siento, ¿le estoy haciendo enrojecer?

Respondí en voz baja:

—No creí que le importara lo que hay bajo mi indumentaria.

Me observó durante un instante. Es un fenómeno que he observado en numerosas ocasiones: fumar hace a una mujer más audaz en sus modales, casi como si una libertad provocara la otra.

—Me refería a sus pensamientos.

—Vaya, intento no tener ninguno de éstos. Encuentro que obstaculizan mis delicados sentimientos.

—¿A qué se refiere, exactamente? —preguntó con el ceño fruncido.

—No tengo ni idea. Es demasiado ingenioso para mí. Al menos tres cuartas partes de lo que digo me supera completamente.

—Entonces debe de ser tres cuartas partes ingenioso.

—¿Sabe?, si yo hubiera dicho eso hubiera sido bastante gracioso.

—Pero, naturalmente, una mujer no puede ser ocurrente.

—No cuando es tan hermosa como usted.

Expulsó humo al aire.

—Está flirteando conmigo de nuevo, Robert.

—No, la estoy adulando, que no es, de ninguna manera, lo mismo. Las mujeres son un género ornamental. Es el secreto de su éxito.

Suspiró.

—Dudo que llegue a ser tan ornamental como usted. Y, a diferencia de un ornamento, yo no tengo intención de sentarme en una repisa para coger polvo.

¿Qué le parece si apagamos esto y volvemos al trabajo? Los paladares no nos servirán, pero quizá podamos redactar algunas notas.

Pensé que era una gran lástima que Emily Pinker fuera una respetable burguesa de clase media y no una bohemia o una prostituta. Había algo combativo, incluso desafiante en sus modales, que me resultaba irresistible.

Lo que aprendí en aquellas primeras semanas en las oficinas de Pinker es algo muy evidente para mí ahora: la traición absoluta de las palabras. La palabra «medicinal», por ejemplo. Para una persona, puede suponer el olor ácido y penetrante del yodo; para otra, el empalagosamente dulce olor a cloroformo; para una tercera, la picante calidez de un bálsamo o una pomada para la tos. O «mantecoso». ¿Es un atributo positivo o negativo? Para mí, cuando describe la sensación húmeda que los granos de café recién molidos deberían tener (como pastel desmigajado) es positivo; cuando describe la sensación de un café preparado en la boca (viscoso, grueso, lo opuesto a «aguado») también es bueno; pero cuando describe un sabor, como cuando un café es demasiado aceitoso, prácticamente «rancio», resulta indeseable. Por tanto, nuestro trabajo no consistía únicamente en definir los sabores de los cafés, sino también las palabras y las expresiones que empleábamos para describirlos.

Las siguientes palabras, por ejemplo: «perfume», «fragancia», «buqué», «aroma», «olor», «olfato». ¿Significan lo mismo? Si es así, ¿por qué? Al carecer de palabras que describieran los distintos tipos de olor (el de los granos, el aroma del café molido, el bouqué del café en la taza), adjudicábamos palabras existentes en función de nuestras necesidades. De esta manera, pronto abandonamos el lenguaje corriente y comenzamos a hablar en un dialecto privado y particular.

También aprendí algo más: que nuestras percepciones aumentan de forma

considerable cuando empezamos a examinarlas. Pinker había hablado de entrenar mi paladar: una expresión muy evidente, excepto porque por aquel entonces no tenía ni idea de lo que significaba en realidad. Día a día, me volví más seguro en mis juicios, más preciso en mis palabras. Parecía entrar en un estado de sinestesia, esa situación en la que todos los sentidos se interconectan, de manera que los aromas se convierten en colores, los sabores en imágenes, y todos los estímulos del mundo físico se sienten con la misma intensidad de las emociones.

¿Suena descabellado? Piense en los siguientes sabores. El humo es un fuego que chisporrotea en un montón de hojas muertas en otoño; fresco en el aire, cierta acidez en los orificios nasales. La vainilla es cálida y sensual, una isla de especias caldeada por el sol tropical. La resina tiene la marcada acritud de las piñas o el aguarrás. Al examinarlos con cuidado, todos los cafés tienen un ligero olor a cebollas asadas: algunos, sin duda, también huelen a hollín, lino fresco o hierba cortada. Algunos producirán el olor afrutado y harinoso de las manzanas recién peladas, mientras otros tienen el sabor almidonado y ácido de la patata cruda. Algunos le recordarán más de un sabor: descubrimos un café que combinaba el apio y las moras, otro que unía el jazmín y el jengibre, un tercero que juntaba el chocolate con la escurridiza fragancia de los pepinos frescos y crujientes... Y Pinker entraba y salía constantemente, supervisando nuestros avances y chillando: «¿Qué habéis encontrado?» y «¿Podemos modificar su esencia? Rosas, ¿verdad? Mejorémoslo: ¿qué tipo de rosas?»

Aquello se convirtió en una especie de obsesión. Iba caminando por el Strand una noche cuando oí un grito: «¡Ásalas!», y pude oler el aroma a nueces calientes, con las cáscaras abrasadas por las brasas ardientes. Me volví: había un golfillo junto a un brasero, metiendo nueces en un cono de papel. Era exactamente el mismo aroma de un java cuando el agua toca los granos por primera vez. En otra ocasión, estaba en una librería en Cecil Court, examinando un volumen de poesía, cuando me di cuenta de que el olor a cera de abejas en las encuadernaciones de piel bien conservadas es casi idéntico al regusto de un moca de Yemen. O el sencillo olor de una tostada oscura con mantequilla me hacía recordar un mysore indio, y nada me satisfacía más que una taza del mismo brebaje (para entonces, ya me había llevado muestras a mis habitaciones, de forma que pudiera satisfacer mi adicción en cuanto me levantaba, y también aclarar la mente).

Y es que, la mayoría de las mañanas mi cabeza estaba muy espesa. Pasaba mis días con Emily y Ada; pasaba mis noches, y gastaba mi anticipo, con las chicas de la calle Wellington y Mayfair. Hubo una ocasión memorable en la que una prostituta del establecimiento de la señora Cowper, en la calle Albemarle, me preguntó a qué me dedicaba, y cuando le expliqué que me dedicaba al análisis organoléptico de los sabores y los aromas, sólo quería que oliera sus partes y le dijera qué distinguía (para que conste: almizcle, melocotones, jabón Pears y cigala); cuando se lo contó orgullosa al resto de las chicas, todas me pidieron que les hiciera lo mismo. Les expliqué los principios de la cata comparada, y conseguí que cuatro o cinco se

metieran juntas en la cama. Fue una experiencia interesante, en particular porque todas eran sutilmente distintas: la nota de base era el almizcle, que estaba presente en todas en mayor o menor grado, y estaba acompañado por una serie de aromas individuales que iban desde la lima hasta la vainilla. Una chica tenía una fragancia escurridiza que no pude identificar, aunque sabía que la conocía; como si se tratase de un nombre que hubiera olvidado, me dio la lata toda la noche. Lo recordé al día siguiente: era el aroma del endrino en flor, ese olor fragante y meloso de los campos en primavera.

Aquella noche tuvo dos consecuencias importantes. En primer lugar, me di cuenta de que, de la misma manera que el cuerpo humano tiene algunos de los mismos aromas que el café, algunos cafés tienen un olor almizclado y asilvestrado que es casi erótico. Hay cafés africanos, concretamente, que tienen algo oscuro, terroso, incluso arcilloso, que evoca la estampa de los pies descalzos en un suelo quemado por el sol. No les mencioné aquello a Emily ni a Ada, como es natural, pero en mi mente empleaba un término de Linnaeus para describirlo: *hircinos*, a cabra. En segundo lugar, me di cuenta de que, si íbamos a hacer una guía verdaderamente práctica para abarcar todas las distancias, tendríamos que hacer una caja de muestras.

El asunto era sencillo: el código sólo funcionaba si dos personas se referían al mismo sabor u olor cuando empleaban una palabra concreta. En el caso de algunos sabores, aquello no era problema: el alquitrán, por ejemplo, o los clavos. Pero el ciruelo en flor, la vainilla, e incluso las nueces... eran olores fáciles de evocar en el ambiente tranquilo de las oficinas de Pinker; pero asumíamos que, en el futuro, al menos una de las partes comunicantes estaría sobre el terreno, en África, Ceilán o Brasil, donde era posible que el endrino en flor fuera escaso. La solución fue crear una pequeña y sólida caja de viaje que contuviera alrededor de una docena de aromas clave, a los que el catador pudiera remitirse.

Fue Ada quien captó los aspectos prácticos de aquello. Como científica, conocía las técnicas mediante las que se podía destilar un aroma, y creo que le gustó encontrar su papel. Al igual que la paleta del pintor no necesita tener todos los colores, puesto que los distintos tonos pueden mezclarse a partir de la combinación de los primarios, decidió que no era necesario que nuestra caja de muestras tuviera todos los aromas: una esencia de naranja, por ejemplo, era suficiente para evocar las cualidades generales de todos los cítricos, y así con todos. Se encontró e informó un perfumista, el señor Clee. A partir de ese momento, Ada se encargó de los aspectos técnicos para componer los aromas de manera que pudieran soportar el calor de los trópicos.

Una tarde, daba grandes zancadas por la oficina, hablando de forma locuaz (creo que intentaba dilucidar las cualidades de un brasileño especialmente astringente; pese a la presencia del cubo, aún tendía a ingerir más café del que debía y, por consiguiente, me ponía muy nervioso; además, aquella misma mañana acababa de comprar un magnífico bastón de mango de marfil, y un espléndido bastón nuevo no se puede hacer girar si no es en movimiento), cuando miré hacia abajo y vi una pierna

bajo la mesa.

Alcé la vista. Emily estaba sentada en un extremo, tomando notas; Ada estaba en el otro, absorta en su libro de ciencias. Volví a mirar hacia abajo. La pierna debía de haberse dado cuenta de que era visible y se movió lentamente, como un caracol que se esconde en su concha.

—Huelo... —olfateé el aire ostentosamente— huelo un intruso. —Emily me miró con curiosidad—. Hay un tufillo —expliqué— a... a... —olfateé de nuevo— a cachorros desobedientes y maldad. *Fe fi fo fum*^[2].

Evidentemente, Emily creyó que había perdido la cabeza.

—Es el olor —anuncié— de niños pequeños que se esconden donde no deberían. —Golpeé con mi bastón solemnemente la superficie de la mesa—. ¿Quién hay ahí?

Una pequeña y asustada voz surgió de debajo de la madera.

—Yo.

—No es más que la Rana —dijo Emily.

—Largo —dijo Ada, sin levantar la vista de su libro—. Vete, anfibio molesto.

Una pequeña niña saltó de debajo de la mesa. Se agachó en el suelo cual si fuera una rana, y croó.

—¿Por qué no estás en el aula de estudio, Rana? —dijo Ada, severamente.

—La señora Walsh está enferma.

—La señora Walsh sólo está enferma porque tú la pones enferma —le reprendió Emily—. La institutriz —me explicó—. Sufre neuralgia.

—En cualquier caso, prefiero estar aquí con todos vosotros —dijo la niña, dando un salto. Tendría unos once años: sus piernas parecían demasiado largas para su cuerpo, y sus ojos tenían unas ligeras bolsas que le daban, ciertamente, aspecto de rana—. ¿Puedo quedarme? No daré problemas, y puedo ayudar a proteger a Emily de las licencias poéticas de Robert tan bien como cualquiera.

—Para ti es el señor Wallis —dijo Ada. Parecía un poco avergonzada—. Y no hay que proteger a Emily de nada.

La niña frunció el ceño.

—Pero ¿por qué me excluís siempre? Seré buena.

—Tendrás que pedirselo a padre.

—Entonces puedo quedarme —dijo la niña, triunfante—. Porque padre dijo que podía quedarme si os lo pedía a vosotras.

—... A condición de que no digas ni una palabra —añadió Emily con severidad.

La niña dio otro salto y croó.

—Ni hagas ese ridículo sonido.

—Soy una rana.

—En Francia —dije suavemente— cuecen las ranas y se las comen con salsa verde.

Volvió sus enormes ojos hacia mí.

—No soy una rana de verdad —dijo con excitación—. Soy Philomena.

Cuando era pequeña, Ada no podía decir Philomena, así que me llamaba Rana.

Pero la verdad es que me gusta bastante ser una rana. —Dio un salto a una silla—. Haga como si no estuviera. Acaba de decir que era como limones.

A partir de entonces, con frecuencia se reunía una multitud en nuestra pequeña sala de cata. Ada me ignoraba tanto como le era posible, pero South el mozo y la niña Rana me observaban boquiabiertos mientras cataba, como si fuera una criatura de algún país exótico. Me avergüenza decir que se trataba de una audiencia con la que jugaba en ocasiones, inventando descabelladas descripciones y juegos de palabras que provocaban gritos de admiración por parte de la Rana y suspiros inaudibles por parte de Emily.

—¿Quiere embelesar a Emily? —exigió saber la Rana. Emily y yo acabábamos de volver de uno de nuestros almuerzos; Emily había ido a colgar su abrigo, así que estaba solo con la niña.

—No creo que ésa sea una pregunta educada.

—Ada cree que sí. La oí preguntarle a Emily si lord Byron la había embelesado ya. Así es como le llama Ada, ¿sabe? —Se hizo el silencio durante un instante—. Si embelesa a Emily, tendrá que casarse con ella. Es la norma.

Entonces podré ser dama de honor.

—Creo que tu padre puede tener algo que decir en ese asunto.

—¿Tengo que preguntarle *a él* si puedo ser dama de honor? —dijo la Rana, esperanzada.

—Me refiero a que puede querer opinar en cuanto al novio. Depende de él, ¿sabes?

—Tiene muchas ganas de casarla —me aseguró—. Estoy segura de que servirá. ¿Es usted rico?

—Ni de lejos.

—*Parece* rico.

—Eso es porque soy un despilfarrador.

—¿Qué es un despilfarrador?

—Alguien que no gana tanto como debería. Y que sigue comprando cosas bonitas aunque no debería hacerlo.

—¿Como anillos de boda?

Reí.

—No, anillos de boda, no. Los anillos de boda no son cosas bonitas.

DIEZ

—Tengo algo que enseñarles —anunció Pinker un día, entrando en el despacho en el que Emily y yo estábamos trabajando—. Pónganse los abrigo. No puedo esperar.

Fuera, esperaba su carruaje y nos pusimos en marcha al trote por las concurridas calles de la ciudad. Yo me sentaba junto a Emily, de espaldas. El carruaje era estrecho, y podía sentir la calidez de su muslo allí donde se juntaba con el mío. Cuando girábamos las esquinas, nos balanceábamos suavemente hasta quedar pegados: ella se movía para evitar caer en mis brazos, pero ninguno de los dos podía hacer gran cosa.

—¿Ha oído hablar sobre la última máquina autocinética, Robert? —preguntó Pinker. Se asomó por la ventana ante un atasco en el tráfico—. He pedido una desde Francia. Cuatro ruedas, un pequeño motor de combustión, y tan rápida como un carro de correo al galope. Ya no habrá más ridículos retrasos como éstos, una vez se hayan convertido en algo habitual.

—Si eso sucede, echaré de menos los caballos —dijo Emily—. ¿Qué será de ellos?

—Estoy convencido de que los caballos siempre serán necesarios en las granjas —dijo su padre—. ¡Ah! Ya hemos llegado.

Nos detuvimos cerca de Tower Bridge, en la calle Castle. En la esquina había una taberna o, más bien, lo que antes había sido un *pub*. Los obreros le estaban dando los últimos toques a una elegante puerta nueva; había cristales transparentes donde antes hubo cristal esmerilado, y por encima había un letrero en negro y oro que anunciaba que aquélla era una Taberna de Abstinencia de Pinker.

Nos bajamos e inspeccionamos la propiedad. El señor Pinker estaba henchido de orgullo, y nos hizo una visita guiada a una velocidad vertiginosa.

Dentro, todo estaba pintado en negro y oro.

—No es una combinación de colores, sino unos colores distintivos. Se repetirán en todos los establecimientos a medida que se vayan abriendo.

—¿Por qué, padre?

—Para que todos tengan el mismo aspecto, naturalmente. Y el personal, los camareros, tendrán uniformes negros con un motivo dorado. Y delantales blancos, como los que llevan en Francia. Cogí la idea del Café Royal. —Me hizo un ademán—. Las mesas, aquí tienen una, tendrán superficie de mármol. Como el Florian de Venecia, según creo.

Observé a mi alrededor. El lugar era extraordinario; elegante a su manera, pero raro. Cada centímetro de madera estaba pintado de negro, y el otro color era el dorado. Se parecía más al interior de una carroza fúnebre que a una taberna. En la parte posterior, detrás de lo que antes había sido la barra, estaba el artilugio que

Pinker había mostrado en nuestra primera reunión en su despacho, resoplando suavemente para sí. A su lado, de rodillas, Jenks hacía algunos ajustes en los diales.

—¿Funciona? —preguntó Pinker.

—Casi, señor.

Mientras Jenks hablaba, una ráfaga de vapor silbó desde una válvula e hizo saltar a Emily.

—¿Y bien? —Pinker se volvió hacia nosotros, frotándose las manos de entusiasmo—. ¿Qué les parece?

—Es fantástico, padre.

—¿Robert?

—Extraordinario. —Acordé—. Definitivamente impresionante. Sólo hay una cosa...

—¿Sí?

—El nombre.

—¿Qué le pasa?

—¿Cree que la gente, la gente corriente, querrá entrar a tomar café en un lugar llamado Taberna de Abstinencia? Lo mismo podría anunciar un restaurante sin comida o un vino sin uva.

Pinker frunció el ceño.

—¿Cómo lo llamaría entonces?

—Bueno, cualquier cosa. Podría llamarlo... —Miré a mi alrededor. Mis ojos se posaron en el letrero que decía «Calle Castle», y recordé su predilección por las analogías militares—. Podría llamarlo Café Castle.

—Castle. —Meditó Pinker—. Mmm. Castle. Café Castle. Sí, suena bien.

Suena fiable. ¿Emily? ¿Tú qué opinas?

—Creo que Robert tiene razón cuando dice que la palabra «abstinencia» puede resultar poco atractiva para algunos clientes —dijo con cuidado—. Así que, quizá, Castle sea mejor.

Pinker asintió.

—Castle, entonces. Gracias, Robert. Su contribución ha sido muy valiosa.

Haré que los obreros cambien el letrero inmediatamente.

Así nació una de las marcas más famosas de la historia del café: un nombre tan conocido como Lion, Ariosa o Maxwell House en su tiempo. Pero aquel día, entre aquel bullicioso trabajo, también se concibió otra cosa; los obreros, el olor de pintura nueva que se mezclaba con el vapor de café que emitían los pitorros gemelos del aparato del señor Toselli y que recordaba al humo de los orificios nasales de un dragón... Cuando Pinker salió a buscar al capataz, su hija se volvió hacia mí.

—Sí, gracias, Robert. Lo ha hecho con mucho tacto. Y Castle es, sin duda alguna, el mejor nombre.

Me encogí de hombros.

—No es para tanto.

Me sonrió. Fue una sonrisa que duró una fracción de segundo más de lo que debiera. Entonces, repentinamente tímida, bajó la mirada.

—¡Vamos! —nos llamó Pinker desde fuera.

En el carruaje, mientras volvíamos a Limehouse, me pareció que no evitaba tanto como antes la presión de su muslo contra el mío.

ONCE

«Terroso»: es la característica de la tierra recién cavada, del suelo tras una tormenta y se asemeja a la remolacha.

JEAN LENOIR, *Le Nez du Café*.

Aquella noche, mientras caminaba por Piccadilly, pasé junto al caballo de un carruaje, que intentaba copular con una yegua. Naturalmente, la mayoría de los animales de carruaje estaban castrados pero, evidentemente, aquélla era la montura de algún rico, y era lo suficientemente dócil como para atarlo a una berlina. La yegua estaba atada fuera de la tienda Simpson, y el conductor del carruaje estaba desaparecido.

Era una imagen extraña: el semental, aún enjaezado al carruaje, intentaba trepar sobre el lomo de la yegua, empujando su enorme miembro entre sus cuartos traseros. Resbalaba una y otra vez a causa del peso pesado de la berlina que tiraba de él; no obstante, sin amilanarse, volvía a intentarlo de forma inmediata, subiéndose torpemente con sus cascos delanteros, como si fuera un chino intentando coger un pedazo de carne con palillos. Por su parte, la yegua esperaba pacientemente, sin moverse apenas, incluso cuando el semental agarró el pellejo de su cuello entre sus dientes y la mordió. La parte trasera del carruaje se había levantado y rebotaba en la carretera con cada asombroso empujón de las patas traseras del semental.

Se había congregado allí una pequeña multitud. Las damas más respetables pasaban de prisa pero, entre los espectadores, se encontraban varias mujeres jóvenes más atrevidas, y yo alternaba mi mirada entre el encuentro de las bestias y la fascinación de las chicas de ojos grandes y risita tonta.

Finalmente, el conductor de la berlina volvió y comenzó a chillar al animal, mientras intentaba obligarle a que parara. Evidentemente, el semental no tenía ninguna intención de detenerse, incluso cuando su amo empezó a golpearlo con un látigo (con un riesgo considerable para sí mismo, si se me permite añadir): los cascos delanteros del semental se sacudían salvajemente mientras luchaba por subirse al lomo de la yegua, y sus patas traseras hacían una especie de baile mientras intentaba liberarse a coces de la crinolina del carruaje. Casi parecía que el hombre estuviera azuzando el caballo a latigazos. Por fin el semental terminó, y se bajó de la yegua por voluntad propia, haciendo que la maltrecha berlina volviera al nivel del suelo con un golpe. El miembro del animal aún goteaba sobre los adoquines cuando su amo consiguió por fin hacerlo trotar para marcharse, ante la aclamación irónica de los espectadores.

Mientras tanto, un par de mujerzuelas habían tenido la idea de recorrer la multitud en busca de negocio. Una se frotó contra mí, murmurando: —¿Estamos de humor,

señor? —Por aquel entonces, en Londres, aquella expresión se refería a una prostituta. Me devolvió la mirada: era una muchacha bastante bonita, más corriente de lo que me solía gustar, y no tendría más de dieciséis años. Negué con la cabeza—. Mi hermana está aquí —dijo. Entonces debí de parecerle interesado, porque hizo señas a una muchacha para que se acercara. Definitivamente se parecían, con sus ojos y pelo castaños, y pícaras caras redondas. Era una novedad; nunca había estado con hermanas, y tenía la sangre caliente a causa del espectáculo del semental—. Rápido —dijo, percibiendo que había conseguido una venta—. Aquí.

Había una nota en el escaparate del estanco que teníamos detrás: «Se alquilan habitaciones». Las seguí dentro de la tienda y escaleras arriba: tras pagarles media corona a cada una y otra para el dependiente, me desabroché los pantalones y las tomé a las dos, una después de la otra en una rápida sucesión, sin detenerme siquiera para quitarme los pantalones. Tal y como dice Richard Le Gallienne:

¡Ah, ésa es la emoción!

Primero bebe las estrellas, después gruñe en el lodo.

Supongo que ahora debería contar algo sobre mí mismo. En este aspecto, no he hecho ningún intento por reflejarme a mí mismo con una luz atractiva, más bien lo contrario. Cuando rememoro el joven *poseur* afectado y vanidoso que debía de ser en aquella época, me sorprende mucho que ninguna chica se enamorara de mí: si me hago parecer ridículo es porque creo que probablemente lo era. En ese aspecto, no me importa que me juzguen. Pero soy consciente de que ahora me estará juzgando por mi moral.

He de recordarle que, entonces, las cosas eran distintas. Sí, andaba con prostitutas: guapas cuando podía permitírmelo, y feas cuando no. Era un joven saludable, y ¿qué otra opción tenía? Se creía que la abstinencia era perjudicial para la salud, y la masturbación se consideraba aún más peligrosa, pues causaba debilidad, lasitud y mal humor. La prostitución ni siquiera era ilegal, aunque la Ley de Enfermedades Contagiosas, que permitía a la policía arrestar a cualquier mujer y examinarla en busca de señales de enfermedades venéreas, había provocado una gran protesta entre las damas respetables, que se sentían desairadas por asociación. Asimismo, acostarse con una prostituta no era motivo para el divorcio (pese a que el adulterio de la mujer, en cambio, sí sería un motivo para que el marido se divorciara *de ella*). La prostitución no era algo que se discutiera entre la sociedad educada; no obstante, había muchas cosas que no se discutían, o al menos no hasta que las damas se excusaban de la mesa.

Entonces, entre los hombres, se podía murmurar: uno no tenía por qué tener necesidad de semejantes criaturas, pero a nadie le sorprendía que hubiera otros que sí. Era una de las grandes ventajas de vivir en una sociedad en la que los pobres eran tan pobres: los criados, los obreros y las mujeres eran baratos y abundantes (circunstancia

que hacía que los hombres se resistieran instintivamente a la reforma social, mientras que la mayoría de las mujeres instintivamente la apoyaran).

Muchas de mis conversaciones durante mis almuerzos con Emily versaban sobre este mismo tema, es decir, la reforma: para ella, la modernidad era sinónimo de la conciencia social, y daba por hecho que, como poeta, yo tenía tantas ganas como ella de cambiar el mundo. ¿No era Shelley quién había dicho que los poetas eran los legisladores no reconocidos del mundo? ¿No se había enfrentado lord Byron a los ejércitos turcos?

No me atrevía a decirle que, mientras admiraba el corte de pelo de Byron y las camisas sueltas de Shelley, sus conciencias políticas me resultaban extrañas.

La mía era una generación de fruslerías y adornos: sólo buscábamos «experiencias». Nuestro único objetivo era «pasar rápidamente de un punto a otro, y estar siempre presentes en el foco donde se une el mayor número de fuerzas vitales». Sin embargo, me gustaba hacer creer a Emily que era más radical de lo que realmente era. ¿Qué puedo decir? Quería que tuviera buena opinión de mí, y pensaba que, si no mostraba interés en esos temas, ella creería que yo era superficial (cosa que, naturalmente, era cierta, aunque la misma superficialidad que me había parecido gloriosamente decadente en Oxford empezaba a parecerme un poco *jejeune*).

Intenté decírselo. Cuando mencionó el tema del Mal Social por primera vez, le respondí que no me interesaba la política, a lo que añadí:

—En ese aspecto, probablemente soy como la mayoría de los políticos.

No respondió, aunque su cara reflejó una expresión de reproche.

Dije con ligereza:

—Naturalmente, los pobres malgastarían la riqueza. Sólo hay que ver las cosas tan horribles en las que se gastan su dinero las clases inferiores, y dar las gracias de que nadie les haya dado más.

Emitió un profundo suspiro.

—Y no se me ocurre por qué querría una mujer tener derecho al voto, al ver la gente tan horrorosa que lo tiene. Creeríamos mucho más en la democracia si no fuera tan terriblemente ordinaria.

—Robert —dijo—, ¿habla usted en serio alguna vez?

—Sólo cuando no me importa en absoluto el tema que se discute.

—Creo que ni entonces —murmuró.

—Lo tomaré como un cumplido, mi querida Emily. Odiaría tener una reputación inmerecida por sinceridad.

—Robert, cállese.

Me callé.

—Esos epigramas. No son sólo poco originales, ni siquiera son entretenidos.

No puedo evitar sentir que no son más que un tic o hábito verbal, una forma de presumir, sin mayor sentido que ese terrible sonido que la Rana ha aprendido a hacer.

Abrí la boca.

—Espere —dijo, alzando la mano—. Va a decir que el sentido común está tremendamente sobrevalorado: lo que el mundo necesita es más tonterías; o que los epigramas no tienen sentido: por eso son tan profundos; o que la presunción es la base de todo arte: en eso consiste su genio; o... o... alguna otra expresión idiota que suene impresionante pero, en realidad, no tenga más ingenio o sentido que un pedo.

La miré fijamente.

—¿Acaba de decir...?

—Pedo. Sí. ¿Realmente creía que una mujer moderna no conocería dicha palabra?

—Alzó su barbilla con aire desafiante—. Bien, me tiraré un pedo cada vez que haga un epigrama.

—¡No lo hará!

—Sí que lo haré. ¿Tal vez cree que no sé tirarme pedos? Créame, mis hermanas y yo somos auténticas expertas.

—Es usted una muchacha extraordinaria.

—Si lo cura de sus epigramas, me atrevería a mucho más.

—¿Se arriesgaría a ser acusada de indecencia?

—Estoy segura de que a usted nunca le han acusado de eso.

—Cierto —dije, pensativo—. No obstante, la falta de decoro en una mujer no tiene nada que ver con la fanfarronería, sino con la falta de delicadeza.

Se produjo entonces un ruido parecido a una pedorreta procedente de la zona donde estaba la señorita Pinker. La miré fijamente.

—¿Acaba usted de...?

—Me ha llegado un inconfundible tufillo a epigrama.

—Creo que le parecerá que mis epigramas huelen a violetas y rosas, mientras que... —Se produjo otro ruido—. ¡Santo Dios!

—Lo digo en serio, Robert. Cada vez que pontifique, soltaré una flatulencia.

—¿Sabe?, eso es bastante...

—Ahora será mejor que abra una ventana —interrumpió— o mi padre se preguntará por qué su mejor java huele como un excusado.

Así pues, aprendí a no decir epigramas y a hablar seriamente sobre temas serios. Pero, naturalmente, eso de hablar en serio era una pose; a pesar de su vacuidad, los epigramas eran más cercanos a mi naturaleza. Aun así, ¿quién no querría deshacerse en elogios hacia la Reforma, cuando aquellos brillantes ojos absorbían cada una de mis palabras? ¿Quién no fingiría preocuparse por los pobres, cuando la recompensa era semejante sonrisa? ¿Y quién no se mostraría de acuerdo con que había que hacer algo con las mujeres perdidas, cuando la mujer que habla con tanta pasión sobre ello hace que me excite tanto con cada suave sílaba que pronuncian sus hermosos labios?

¿Le parece extraño que pudiera pasar tan fácilmente de flirtear con Emily Pinker en Limehouse por la tarde a fornicar por la noche con una prostituta de Covent Garden? Sin embargo, las dos eran tan distintas como el desayuno y la cena, el este y el oeste. El fornicio significaba mucho menos que el flirteo pero, a la vez, era mucho

más necesario... No puedo explicarlo: todo lo que sé es que, si no fuera por las prostitutas, probablemente me avergonzaría mucho más de lo que lo hacía durante mis flirteos vespertinos.

En cualquier caso, cada vez había menos tiempo para el flirteo: la señorita Pinker me obligaba a asistir a reuniones. ¡Cuánto le gustaban las reuniones!

Estaban las reuniones de la Sociedad para la Promoción de la Civilización Internacional, las reuniones de los Fabianos, las reuniones de la Sociedad para la Disolución de la Ley de Enfermedades Contagiosas... De hecho, empecé a sospechar que me estaban «mejorando». Había reuniones de medianoche en las que repartíamos té dulce a las prostitutas (y resulta que así encontré un fantástico polvo con una joven prostituta de dulce sonrisa; la seguí en silencio a la calle, y echamos un polvo rápido de diez chelines de pie en un callejón, antes de reunirme de nuevo con mis acompañantes). Había banquetes de los teosofistas. Había cenas de Abstinencia, en las que discutíamos la necesidad de subir el impuesto sobre la ginebra, mientras sosteníamos copas de fino clarete.

Hubo incluso una reunión profundamente incómoda de la Hermandad de la Nueva Vida, donde una extraña criatura de voz elevada y aflautada habló incesantemente sobre el Sexo Transicional, el futuro del Amor Homogéneo, y otras formas de Inversión. Estuve morado de vergüenza durante las dos horas que duró pero, para mi sorpresa, Emily y el resto de las damas no hubieran parecido más perturbadas si él... ¿ella?, ¿ello?, hubiera estado hablando de una excursión a la playa.

En algunas de aquellas reuniones se producían discusiones muy serias sobre lo que podría ser el Matrimonio Racional. La gente a menudo citaba con aprobación los versos de Shelley en el *Epipsychidion*: *Nunca le tuve apego a esa gran secta cuya doctrina dicta que cada uno debería elegir una amante o un amigo entre la multitud, y enviar el resto, aún justo y sabio, al frío olvido...*

No obstante, observé que hombres y mujeres solían entenderlo de distintas formas: ellas querían igualdad e independencia, mediante las que buscaban el mismo estatus que sus maridos, mientras que los hombres querían igualdad e independencia, mediante las que buscaban algo menos parecido a un matrimonio y más similar a la libertad de la soltería. En cuanto a mí, no daba mi opinión. Si me presionaban, siempre podía citar a Shelley.

Las opiniones de Emily sobre el matrimonio eran bastante más complicadas. Recuerdo una discusión que tuvimos mientras volvíamos al despacho después de una de aquellas reuniones. No puedo recordar cuál fue el punto de partida, aunque supongo que realicé un comentario frívolo sobre el conferenciante. Se volvió hacia mí y dijo enojada:

—¿Cree eso realmente, Robert, o no es más que otra pose?

—Es una de mis opiniones más firmes, y seguro que la habré desechado para la hora del té.

—La cuestión —dijo, ignorándome— es si los hombres y las mujeres deberían tener los mismos derechos políticos.

Ahora recuerdo que estábamos hablando sobre aquella vieja historia, el voto para la mujer, y, con un suspiro, me preparé para mostrarme serio.

—Pero los hombres y las mujeres tienen ámbitos separados...

—Ah, sí —interrumpió—. La mujer tiene la sala de estar, y el hombre, la política, los negocios y el resto del mundo. Eso no es igualdad: es como decir que la prisionera tiene la libertad de su celda.

—Pero toda mujer debe aceptar la autoridad de su esposo...

—¿Por qué? —Debí de parecer confuso, porque añadió—: Nunca se habla de ello, naturalmente. Queremos decir que el sufragio no puede minar el derecho del hombre a ser el amo de su casa. Es sólo que nadie sabe darme una buena razón por la que los hombres deben ser los amos en primer lugar.

—Pero mire los logros del hombre...

—Ése es un razonamiento circular. Los hombres han tenido las oportunidades.

—Pero el suyo también es circular, mi querida Emily. Está diciendo que las mujeres hubieran logrado más cosas si hubieran tenido oportunidades, ¿no es así? —Asintió—. Entonces, ¿por qué fueron los hombres quienes las tuvieron en primer lugar? Porque se hicieron con ellas, ésa es la razón.

Por algún motivo, aquello la encendió aún más.

—¿Entonces todo se reduce a la fuerza bruta y la violación?

—¿La violación? ¿De dónde sale la violación?

—Porque, según *su* definición, el matrimonio y la violación son la misma cosa. Mientras que *yo* creo que el hombre y la mujer sólo pueden amarse plenamente cuando son iguales.

—Pero los hombres y las mujeres son distintos —señalé—. El hecho de que estemos manteniendo esta extraordinaria discusión lo demuestra.

Se detuvo y dio una patada en el suelo.

—Y si estuviéramos casados, ¿usted podría decirme que, por ser mi marido, está en lo cierto y punto final?

—Puedo decirle ahora que estoy en lo cierto. No veo que esté de acuerdo conmigo.

—Porque no ha probado su argumento. —Estaba sonrojada y enfadada—. ¿Y debo suponer que piensa que no debería tener un empleo?

—Emily... ¿cómo hemos llegado a esa cuestión? Creía que estábamos hablando sobre el voto. Y, entonces, de alguna manera, hemos llegado al matrimonio...

—¿No ve... que es todo lo mismo? —Entonces dejó de hablarme, y caminó furiosa en silencio.

Encendí un cigarrillo y la alcancé.

—Le ofrecería uno —dije—, pero...

—Pero una mujer no debería fumar en la calle, ¿no?

—Iba a decirlo, pero usted ya está echando humo.

Después, cuando se calmó, le dije:

—Siento que nos hayamos peleado.

—No nos hemos peleado, Robert. Hemos discutido.

—¿Hay alguna diferencia?

—Tal y como diría mi padre, hay una distinción. Discutir es un placer, y pelearse no lo es —suspiró—. La limitación de los derechos de la mujer en el matrimonio es un tema con el que suelo calentarme. Es un desacuerdo que tengo con mi padre desde hace tiempo. Es totalmente moderno en todos los aspectos excepto en éste. Creo que puede tener algo que ver con el hecho de no tener una esposa. Siente que elegir, o al menos aprobar, nuestros maridos es su última responsabilidad hacia nosotras.

—¿Qué tipo de marido quiere para usted?

—Ése es el problema. En su cabeza, quiere a alguien moderno... alguien como él, un hombre trabajador. Sin embargo, en su corazón, quiere alguien con conexiones y estatus social.

—Es una extraña combinación. —La miré—. ¿Y usted? ¿Qué tipo de hombre conquistará su corazón?

Puso los ojos en blanco.

—¡Robert!

—¿Qué?

—«Conquistar su corazón». Suena a algo salido de una novela. Nadie va a conquistar ninguna parte de mí, muchas gracias. Mi mano, mi afecto, le será concedido a alguien... —Meditó durante un instante—. Alguien a quien pueda admirar. Alguien que ya haya conseguido algo en el mundo, y quiera seguir logrando cosas, grandes cosas. Alguien que pueda ver lo que está mal, pero que también sepa cómo solucionarlo; alguien con tanta pasión que pueda hacer que los demás piensen como él utilizando únicamente la palabra... Siempre lo imagino con acento irlandés, en realidad, pero puede que sea porque sé que tendrá opiniones muy claras sobre el orden doméstico. Probablemente sea el tipo de persona que no tenga demasiado tiempo para las mujeres, pero no importa porque, en cualquier caso, no me voy a quedar sentada como un objeto decorativo. Tengo intención de ser su compañera, ¿sabe?, y aunque nadie lo sabrá nunca, en privado siempre reconocerá que no hubiera logrado nada sin mí.

—Ah —dije. Siempre es desconcertante darse cuenta de que otra persona encuentra admirable exactamente el tipo de persona que uno jamás querría ser—. ¿Y si no encuentra ese hombre?

—Entonces tendré que conformarme con alguien que conquiste mi corazón —dijo, enlazando su brazo al mío.

—Claro, y ésa es una hermosa forma de pensar —dije con acento irlandés.

—¿Por qué habla con ese ridículo acento irlandés, Robert?

—Por ningún motivo.

DOCE

Entender el sabor del café es muy complicado debido al intrincado método que el paladar humano emplea para responder a múltiples sensaciones.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Emily se encuentra de pie en el despacho de su padre, observando a Robert mientras abandona el almacén Pinker hasta el día siguiente. Sigue observándole hasta que desaparece de su vista, inclinándose progresivamente hacia la ventana, de manera que puede observarle por la calle Narrow. Cuando ya no le ve, se da cuenta de que ha dejado dibujada en el cristal una flor con aroma a café.

Es una de las muchas cosas de las que no se hubiera percatado unas semanas atrás.

Sin pensar, posa la punta de su lengua en el frío y duro cristal. La flor adquiere un pistilo con forma de punta de lengua en el centro. Con la yema del dedo traza cuatro pétalos y un tallo. Al borrarlo, el borde de su mano chirría sobre el vidrio de la ventana.

Algo le sucede. No está segura de si debe sentirse intrigada o alarmada, si aprobar o rechazar esos cambios, ese despertar físico que la está atrapando poco a poco, calentándola como si fuera un albaricoque en un invernadero.

Vuelve a su escritorio y recoge sus últimas notas. Albaricoque: ése es uno de los sabores que han descubierto hoy en algunos de los mocas y los mejores sudamericanos; el concentrado aroma dorado de una conserva de albaricoque.

Tendrá su lugar en la carta de sabores, entre las moras y las manzanas. Y entonces, esta tarde, el excelsos colombiano había producido un descubrimiento verdaderamente extraordinario: el olor preciso de los guisantes frescos, justo cuando salen de sus crujientes y jugosas vainas...

Paja. El aroma de los tallos de cebada justo antes de la cosecha, susurrando suavemente en los campos soleados. Regaliz, oscuro, suave y dulce. Piel, suntuosa, vieja y lustrada, como el sillón favorito de su padre. Limón, tan astringente que hace fruncir los labios... Mientras sus ojos repasan las notas, se da cuenta de que recuerda cada uno de ellos: los sabores explotan en su paladar como flores exóticas, cada uno más poderosamente real que el anterior.

Cada uno de ellos abre el capullo duro y cerrado de sus sentidos un poco más.

Cuando se le ocurrió la idea del catálogo por primera vez, muchas semanas atrás, lo que más le interesaba era el potencial de la *sistematización*: para tomar el mundo caótico y siempre cambiante de las percepciones humanas y llevarlo al orden y la calmada disciplina de la investigación racional. Nunca hubiera imaginado que también podría funcionar al revés: que encontraría su propia paz interior, su

naturaleza práctica y sistemática, cambiando y desplegándose como una planta revoltosa y encantada.

No le ha contado a nadie lo que le está provocando el hecho de trabajar en la guía: ni a sus hermanas y, desde luego, tampoco a su padre. Él ya ha tenido un par de motivos para sospechar de las peligrosas pasiones de su hija mayor: ahora no debe sospechar nada. Además, tiene sus propias razones para encargarse de este trabajo; no sólo las evidentes que le ha mencionado a Robert, sino otros planes (planes comerciales) en los que podría desempeñar un papel; le alarmaría pensar que su precisión podría verse comprometida a causa de emociones díscolas de colegiala.

Colegiala: ése es el término, ése es exactamente el problema. Siente esa ridícula sensualidad, esa debilidad por la satisfacción física porque es una fémina. Y precisamente por eso debe luchar contra ello o, puesto que ya ha intentado hacerlo, y ha descubierto, paradójicamente, lo poderosa y fuerte que es la debilidad femenina, debe ignorarlo.

Se ha dado cuenta de que no es, de ninguna manera, una persona racional, aunque tiene intención de seguir comportándose como si lo fuera.

Está segura de que ningún hombre permitirá jamás que las mujeres trabajen junto a ellos, que voten junto a ellos, que formen un futuro con ellos, si las creen tan tontas como se ha dado cuenta que es ella.

Naturalmente, hay mujeres que se deleitan siendo estúpidas. Son el tipo de mujer que Emily desprecia. De hecho, Robert Wallis es el tipo de joven que ella desprecia. Comprender que su corazón (por no mencionar muchos otros órganos más secretos) parece incapaz de secundar los juicios de su mente la irrita sobremanera.

Alza una de las diminutas tazas en las que han estado catando las muestras del día. Aún contiene un pequeño resto de excelsos que hace tiempo que se ha quedado frío. Mucho más que eso: mientras lo aspira, imagina que puede discernir, atrapado en la taza, el suave aroma del aliento de Robert.

Lo inhala, y se permite cerrar los ojos, y que las breves y deliciosas fantasías revoloteen por su mente. «Su aliento y el mío, mezclándose, como un beso...»

Se vuelve hacia la ventana y respira de nuevo sobre el cristal, sobre la flor que ha borrado. Como si fuera algo escrito con tinta invisible, la flor reaparece lentamente durante un instante, antes de desaparecer de nuevo a la vista.

TRECE

«Verde»: un sabor agriado procedente de los granos verdes, inmaduros.

MICHAEL SIVETZ, *Coffee Technology*.

Emily y yo no sólo catábamos los cafés de su padre; por insistencia de Pinker, también los clasificábamos. Al inicio era reacio a hacerlo, y le señalé a mi jefe que bueno y malo eran juicios morales y, como tales, no tenían espacio en el arte.

Suspiró.

—Pero en el comercio, Robert, uno toma ese tipo de decisiones todos los días. Naturalmente, no se puede comparar directamente un java pesado y resinoso con un delicado jamaicano. Pero ambos se pagan con el mismo dinero, así que hay que preguntarse cuál es la mejor manera de gastarlo.

Era cierto que algunos cafés parecían sistemáticamente de mejor calidad que el resto. Observamos que, cuando un café nos gustaba especialmente, a menudo llevaba la etiqueta de «moca»... y, no obstante, la palabra parecía abarcar una multitud de estilos; algunos pesados, algunos ligeros, otros con un enigmático aroma floral.

Un día estaba solo en el despacho, probando un pequeño lote. El saco no tenía etiqueta, aunque había una marca en lo que parecía ser árabe, una marca que había visto en muchas de las bolsas que recibíamos de aquella región: Tan pronto como lo abrí, supe que se trataba de algo especial. El aroma seco era meloso, casi afrutado: cuando subí los granos al despacho y aguardé a que el agua hirviera, mi espera se vio acompañada de un delicado perfume a humo y cítricos. Molí los granos en un pequeño molinillo manual: el olor se intensificó, añadiendo una profunda nota *basso profundo* a regaliz y clavo. A continuación, con mucho cuidado, vertí el agua.

De repente, tan espeso e intenso que casi podía verlo, el buqué cobró vida.

Era como un genio escapando de su lámpara, o un motor resoplando un chorro de vapor, o una fanfarria de trompetas, majestuosa y a su vez desgarradoramente sencilla. El aroma a flores exóticas llenó la habitación... y no eran sólo las flores: había lima, tabaco e incluso hierba cortada. Sé que debe de parecer extravagante encontrar tantos elementos dispares en un solo olor, pero entonces mi paladar ya estaba acostumbrado a hacerlo, y aquello no era una quimera: eran elementos precisos e inconfundibles, tan reales en aquella habitación como las paredes y las ventanas.

El tiempo de maceración había finalizado. Empujé los granos hacia el fondo con una cuchara y me llevé la taza a la boca. Por una vez, no aspiré: no había necesidad. El sabor era exactamente lo que el olor había prometido: la textura en la boca era sólida y robusta, con el más ligero toque de viveza, y los sabores florales inundaban mi cabeza con coros celestiales. Tragué. Apareció una deliciosa sensación de dulzura

natural y un largo y tenue regusto a té verde y cuero. Era lo más parecido a la perfección si lo comparaba con todos los cafés que había probado.

—Los cafés de moca —dijo Pinker cuando le pregunté— no son como el resto de los cafés. ¿Lo ha encontrado en el mapa?

Negué con la cabeza. Se acercó a una estantería y sacó un gran atlas de páginas tan grandes como el letrero de un circo.

—Veamos —dijo, hojeando impacientemente el vasto tomo, hasta que encontró la página que buscaba—. Sí. *Aquí*. ¿Qué ve?

Miré el lugar que apuntaba su dedo. Allá donde Persia y África se encontraban, separadas por un pequeño charco, había un diminuto punto. Lo examiné de cerca. El punto se llamaba «Al-Makka».

—«Moca» —dijo—. O, como los árabes lo denominan, makka. Fuente de los mejores cafés del mundo. —Lo golpeó con el dedo—. Aquí es donde nació. Ésta es la cuna. No sólo la del café, sino la de todo lo demás. Matemáticas. Filosofía.

Narración. Arquitectura. Cuando Europa estaba perdida para la civilización, fue el Imperio otomano el que mantuvo viva la enseñanza cristiana. Y, sin embargo, en la actualidad, es como si estuvieran viviendo su propia era oscura, esperando a que llegue la historia y los libere.

—¿Por qué sus cafés son particularmente buenos?

—Ésa es una buena pregunta, Robert. Maldita sea si supiera la respuesta. —Se calló durante un instante—. Algunos comerciantes juran que los mocas tienen un ligero gusto a chocolate. Otros incluso adulteran otros granos con polvo de cacao para imitarlo. ¿Qué opina?

Rebusqué en mi memoria.

—Ciertamente, algunos tienen un toque a chocolate. Pero no los mejores.

En mi opinión, los mejores parecen tener una extraordinaria cualidad fragante, más cercana a la gama de la madreselva o la vainilla.

—Opino exactamente lo mismo. ¿Qué nos dice eso?

—¿Que el moca no es un solo café, sino varios?

—Exactamente. —Su dedo dibujó un círculo alrededor del mar Rojo—. Los árabes, desde luego, solían tener un monopolio en el cultivo del café. Entonces, los daneses robaron algunas semillas y las llevaron a Indonesia, y los franceses se las robaron a ellos y las llevaron al Caribe. Los portugueses se las robaron a los franceses y las llevaron a Brasil. Así pues, pensemos con lógica durante un momento y asumamos que los árabes también las robaron. ¿De dónde podrían haberlas robado?

»¿Lo descubriremos alguna vez?

»Tal vez no. ¿Conoce a Richard Burton?

Para entonces, ya estaba acostumbrado a los bruscos giros que tomaban las conversaciones con Pinker. Su mente siempre iba a toda velocidad, viendo a dónde te quería llevar y, a continuación, te guiaba hasta allí mediante pequeños pasos. Negué con un ademán.

—Me lo presentaron en una recepción —dijo Pinker—. Había más de quinientas personas allí, y era un gran hombre, celebrado en aquel tiempo por sus exploraciones del mundo islámico. Ahora ya no es tan conocido, naturalmente. Había rumores sobre su vida privada... bueno, no importa.

Cuando se enteró de que me dedicaba al café, vino a hablar conmigo. Da la casualidad de que me embelesó, al igual que al resto de la pequeña multitud que pronto se acercó a escuchar.

»No hacía mucho que Burton había vuelto de una de sus excursiones árabes. Había oscurecido su piel con jugo de nueces, había adoptado la vestimenta árabe y se había hecho pasar por un santo varón musulmán. Su árabe era casi perfecto, por supuesto, y su conocimiento de los textos era considerable. Me habló de una magnífica ciudad amurallada, en una parte exuberante y templada del África Oriental: una región donde crecía el café. De hecho, afirmó que había tanto café que, en realidad, nunca se había cultivado; los arbustos crecían salvajes, y se iban propagando allí donde los frutos sobrantes caían en el suelo. Los comerciantes de café se consideraban tan importantes para la economía que tenían prohibido abandonar la ciudad bajo pena de muerte. Aparentemente, era un lugar de gran riqueza; Burton hablaba de marfil, piedras preciosas, oro... y lo que él denominaba transacciones más oscuras. Esclavitud, supongo.

»Esa ciudad era tan cerrada que incluso los comerciantes habían desarrollado su propia lengua, bastante distinta a la de la región que la rodeaba.

Pero, según Burton, el café era el mejor que había probado en todos sus años de vagabundeo. Y esto es lo que se me quedó en la mente: dijo que olía como una fragante flor de madreSelva.

—¿Como ese moca?

—Exacto. Y hubo algo más que me resultó interesante: la ciudad se llama Harar, pero el nombre de la región en la lengua local es *Kaffa*.

—¿Como en «café»?

—Burton creía que las palabras probablemente compartían la raíz.

—Por tanto, los granos de café que crecen salvajes en *Kaffa*...

—... Los mercaderes de Harar los venden a los comerciantes, que los llevan, finalmente, a Al-Makka. De allí se envían al resto del mundo. Si usted fuera un comerciante en, digamos, Venecia o Constantinopla, probablemente etiquetaría los cafés que ha comprado según su puerto de origen, no según el lugar donde crecen. Dada la obsesión de los árabes por el secretismo, probablemente ni siquiera le dirían de qué país procede un lote concreto. Así que llamaría «moca» a cualquier cosa que pasara por Al-Makka, al igual que hoy en día algunos se refieren a todos los sudamericanos como «Santos».

—Fascinante. ¿Y dónde dijo Burton que estaba Harar?

Pinker recorrió sus dedos por el mapa. En aquellos días, los atlas se actualizaban y reeditaban aproximadamente todos los años, con los nuevos países teñidos con los

colores que los habían reclamado. Naturalmente, la mayor parte del mundo era roja (roja británica), con algo de azul, morado, amarillo y demás. Cuando era niño, África era prácticamente blanca. A medida que los viajeros volvían con noticias de los territorios explorados, nombrados y añadidos a la cuenta, el blanco se reducía y el rojo se expandía, cubriéndola hacia dentro, desde los bordes del gran continente hacia el centro. No todo era rojo, ni mucho menos: los franceses y los daneses no iban a permitirnos hacerlo todo a nuestra manera, y los límites entre los distintos colores a menudo se habían trazado con sangre.

Pinker tenía el atlas más actualizado, por supuesto. No obstante, aún había una pequeña parte de África que, aunque ya no era completamente blanca, no tenía color: ocupaba el espacio de la mano de un hombre en la parte central del continente.

La golpeó pensativo.

—Aquí —dijo—. Burton lo sitúa aquí.

Ambos miramos el mapa.

—Cuán extraordinario es el café, Robert —dijo por fin—. Capaz de hacer el bien en ambos extremos: abstinencia en Inglaterra y civilización en el resto del mundo.

—Extraordinario —dije—. Y más aún cuando uno considera el beneficio que genera entre medias.

—Exacto. Recuerde a Darwin: es el beneficio lo que hace que todo lo demás sea posible. No es la caridad la que cambiará el mundo, sino el comercio.

No le di más vueltas a aquella conversación: todos hablábamos sobre África en aquella época. No obstante, Pinker no era alguien que malgastara sus activos. Se debía emplear cada chelín, y cuando se terminara el catálogo, yo ya no sería una moneda empeñada.

Para entonces, el dinero fluía a través de mis manos como si fuera agua. En la calle Wellington no todo eran divanes y seda salvaje: cualquier chica hacía prácticamente de todo por uno o dos soberanos extra, y si el paladar se hastiaba con las posibilidades y variantes de *aquello*, había todo tipo de delicias disponibles cerca. Del mismo modo que Londres tenía un mercado de flores y otro de pescado, una calle de orfebres y otra de librerías, los establecimientos de las diversas zonas se especializaban en los distintos artes del amor. En ese barrio, uno podía encontrar casas de Safo; más allá, casas de Juventud. Festejaba aquellos placeres de la misma manera que otro podía hacer lo mismo con los platos orientales: no porque los prefiriera a la comida local, sino porque antes me eran desconocidos.

A veces, sin embargo, me veía arrastrado a pasatiempos más peligrosos.

Una tarde, pasaba junto a un tranquilo muelle cuando distinguí un soplo tenue y especiado a humo de amapola. Me llevó un instante identificar de dónde procedía el olor. Bajé por un callejón en dicha dirección y me encontré en un muelle desierto. El aroma me guió, como si siguiera un rastro bien marcado, hacia una entrada anodina. Desde las ventanas cerradas no se oía sonido alguno, pero, cuando llamé, la puerta se abrió con un crujido y un rostro chino marchito se asomó. Mostré algunas monedas.

La puerta se abrió en silencio y me permitieron entrar. En las numerosas literas y camastros que cubrían el interior de aquel almacén como si fueran enormes casillas, extendiéndose en la penumbra más allá del alcance de la vista, los hombres se tendían envueltos en sus abrigos como momias egipcias, o se sentaban apoyados sobre un brazo, dando chupadas a las curvadas pipas de arcilla con la mirada perdida.

En el centro de la habitación, colocados sobre un caballete, se encontraban los instrumentos con los que se comerciaba, vigilados por un viejo chino: más pipas, algunas tan largas como bastones; un pequeño brasero con brasas incandescentes y una serie de balanzas. Pagué mi chelín, le pusieron resina a una pipa y la acercaron al fuego para encenderla; cuando empezó a tirar, me encaramé al camastro que me indicaron y me rendí a los efectos del opio. Tras unas cuantas bocanadas, sentí cómo me sobrevénia un gran cansancio, y mi cuerpo se relajó tanto que apenas podía sostener la pipa. Los colores se tornaban más vivos, más precisos; de repente, aquel almacén silencioso y deprimente parecía el palacio más lujoso, lleno de brillo, sonidos tenues y hermosas melodías que se oían a medias. Las intrigas y las ideas me asaltaban.

Alcanzaba a oír excitantes fragmentos de conversación. Me sentí inspirado.

Empezaron a bailar en mi cabeza rimas brillantes, rimas que se enredaban con el álgebra. Recuerdo que se me pasó por la cabeza que las matemáticas y la poesía eran una, y ambas eran increíbles. Entonces, por alguna razón, imaginé un viaje por mar. Podía sentir la sal claramente en mi boca y en mis labios, y la tortuga fresca que había tomado para almorzar, regada con una copita de ron.

Incluso podía oler un débil aroma a especia en el cálido viento africano sobre mi cara. A continuación, me sumí en un profundo sueño.

Me desperté con las sacudidas del viejo chino, que me pedía más dinero: cuando me tambaleé para ponerme de pie, descubrí que habían pasado ocho horas. Huelga decir que no podía recordar ni una sola de aquellas brillantes y fantasmagóricas rimas. Salí de allí a trompicones y busqué un taxi que me llevara a casa. Al día siguiente me encontraba aún tan aletargado y sentía tantas náuseas que Emily se fue impacientando y me envió a casa. Juré no volver a repetir la experiencia pero, aun así, me encontré anhelando aquellas visiones brillantes e inspiradas; al igual que Calibán, una vez despierto, lloraba por volver a soñar.

Y así se acabó mi anticipo. De alguna manera, había gastado treinta libras en, aproximadamente, la misma cantidad de días.

La casa de empeños de la calle Edgware era un lugar repugnante. Ike, el viejo ruso que la llevaba, aceptaba cualquier cosa, desde joyas hasta chatarra, y al entrar, se sentía el golpe del olor agrio y fúngico que los tratantes llaman «madre», y que es similar al de la piel húmeda y putrefacta.

Detrás del mostrador, Ike se frotaba las manos.

—Buenos días, joven —dijo con una rápida sonrisa—. ¿Qué se le ofrece?

Le mostré una edición encuadernada en vitela de Coventry Patmore, tres chalecos

de seda que ya no me ponía, dos chisteras de piel de castor y un bastón tallado de marfil.

—Son buenos —dijo, recorriendo la mercancía lascivamente con sus manos—. Muy buenos.

—¿Cuánto?

Sacó un cabo de lápiz y se rascó la cabeza con él, mientras me contemplaba con astucia. Conocía su juego: la suma que mencionara no dependería tanto del valor de lo que vendía, sino de la desesperación que percibiera en mí. Hice lo que pude para parecer despreocupado.

—Tres guineas —dijo por fin, escribiendo la cifra en un mugriento trozo de papel, como si aquello lo hiciera más inalterable.

—Esperaba seis.

Sonrió y se encogió de hombros.

—Tendré que vender los artículos a otros. Quizá éste sea el lugar equivocado. Puedo llevarlos al West End.

—Son especialistas, señor. No encontrará mejor precio. —Se le iluminó la cara—. Naturalmente, si lo que desea es más dinero, siempre podría avanzarle una suma.

—No sabía que ofreciera semejantes... servicios.

—Normalmente no, señor, no. Pero para alguien como usted, alguien con posibilidades... Mis cuotas son muy razonables.

—¿Cobra intereses?

Se volvió a encoger de hombros.

—Un pequeño porcentaje, que se tiene que pagar semanalmente.

—¿Cuánto me podría prestar?

Sonrió de nuevo.

—Pase a mi oficina y arreglaremos el papeleo.

CATORCE

«Almendras tostadas»: este fantástico aroma es semejante a los dulces preparados con almendras azucaradas, o a las almendras cubiertas de chocolate y conocidas como pralinés.

JEAN LENOIR, *Le Nez du Café*.

Emily había decidido que deseaba salir a cenar. Había un baile de máscaras en Covent Garden, y tenía grandes deseos de ver lo que ella denominaba mis antiguos antros bohemios, por no mencionar a algunas de las hermosas actrices sobre las que había leído en los periódicos. Era incapaz de decidir a dónde llevarla: las salas privadas del Savoy eran demasiado grandes para un *tête-à-tête*, las salas privadas del Romano, con su papel de pared de estampado japonés, eran muy bonitas e íntimas, pero el Trocadero tenía aquellos preciosos rincones que daban a la avenida Shaftesbury...

—Parece conocer extraordinariamente bien los salones privados de esos establecimientos —comentó—. Supongo que los emplea para sus citas.

—Oh, uno oye hablar de ellos —dije vagamente—. Tengo una tía inválida que prefiere cenar *à deux*.

—Bueno, yo *no* quiero cenar en privado. Quiero actrices.

—Su padre nunca me lo perdonaría si la llevara a algún lugar inapropiado.

—Creo que puedo soportar un par de actrices, Robert. A menos que el impulso de subirse a un escenario se haya convertido en algo contagioso, estaré segura.

En aquella época, su actitud hacia mí era más suave. Cada vez nos sentíamos más cómodos el uno con el otro, aunque ella aún fingía reprenderme.

—Muy bien —dije—. Si son actrices lo que quiere, debemos ir a Kettner.

También está cerca del baile.

Al día siguiente, fui a discutir el menú con Henri, el pulcro francés que, como *maître d'hôtel*, administraba el laberinto de comedores de la calle Church.

Juntos sopesamos las opciones. Entrantes, naturalmente, que incluían ostras y un plato de caviar, y para la sopa, una sedosa *velouté* de alcachofas. Debatimos si el lenguado o la trucha eran más adecuados para el delicado apetito de una dama: puesto que me aseguró que la trucha era excelente en aquella época, la trucha salió vencedora. La siguiente sugerencia de Henri fueron las *côtelettes de mouton Sefton* a las que inmediatamente accedí, pero rechacé su faisán asado, que parecía excesivo para dos personas, a favor del *perdreau en casserole*.

Epinards pommes Anna, *haricots verts à L'Anglaise* y un *dauphinoise* como acompañamiento. A continuación, la ensalada, por supuesto. Espárragos con una *sauce mousseline*. Una tabla de quesos, helado de vainilla *en corbeille*, postre y *petits*

fours cerraron nuestro menú. En cuanto a los vinos, nos decidimos por un amontillado, el Liebfraumilch del 82, una pinta helada de Deutz y champán Gelderman, clarete y curasao para terminar. Elegí la mesa; situada en un rincón separado por cortinas, ofrecía la opción de la privacidad si era necesario, pero tenía vistas al comedor más grande del piso superior cuando se abrían las cortinas. Después concluyeron los prolegómenos, y me despedí del *maître* hasta el día siguiente.

Aún quedaba la cuestión de la vestimenta. El traje de etiqueta era una opción, pero aburrida. Habíamos optado por llevar nuestros dominós al restaurante y cambiarnos para el baile tras la cena, pero, aun así, el traje de etiqueta le parecía insuficiente.

Acababa de salir de Kettner cuando posé la vista en un escaparate de la calle Great Marlborough. En ella se exponía una hermosa chaqueta de piel de nutria azul oscuro. Era magnífica... y lo parecería aún más cuando la acompañara con una corbata de encaje francés, como la que había visto unos días antes en la calle Jermyn. El intercambio de palabras con Henri me había hecho sentir generoso, y entré en la tienda para preguntar por el precio de la chaqueta. Tres guineas. Una suma considerable pero, tal y como señaló el sastre, razonable para una prenda tan exclusiva, cuando se podía pagar casi lo mismo por un abrigo incapaz de distinguirse entre los que llevaban el resto de los zopencos de la sala.

—Ah, maestro Wallis —me saludó Ike—. Sólo un día de retraso.

—¿Retraso?

—Los intereses. Dos libras, aunque la próxima vez habrá un pequeño recargo adicional para cubrir el retraso. —Se encogió de hombros—. Ahora es usted un hombre de negocios. Ya sabe cómo es esto.

—¿Un hombre de negocios? ¿En qué sentido?

—Tengo oído que, al igual que yo, se ha convertido usted en un comerciante. ¿Del mundo del café?

—Ah... sí. Sí, supongo que sí.

—Pero estoy seguro de que su empresa va mucho mejor que la mía.

—Va bastante bien... pero necesito algo más de dinero.

—¿Más? —Ike levantó las cejas.

—Digamos... ¿otras quince libras? —Solté.

—Claro. Aunque... —dijo pensativo— si fueran veinte, la tasa de interés sería menor. Un descuento por una suma mayor, ¿entiende?

—Vaya, qué generoso. Que sean veinte entonces.

Finalizamos el papeleo y le entregué dos libras.

—Sus intereses.

Realizó una reverencia.

—Es un placer hacer negocios con usted, señor Wallis.

Llegué temprano a Kettner, y elegí la flor del ojal de Emily en el puesto de flores de la entrada. Había prometido actrices, y la clientela no nos decepcionó; había más

actrices bonitas a nuestra disposición que entre las bambalinas de muchos teatros de Drury Lane. Localicé a la coqueta protagonista de la última y brillante comedia de moda, cenando en una mesa con un miembro de la Cámara de los Lores. Un distinguido agente cenaba con un periodista teatral; un coronel entretenía a su amante o, posiblemente, su subalterno, y una joven y refinada actriz llamada Florence Farr fingía no reconocermme mientras sonreía diligentemente a su pretendiente de la noche que, según sabía, pagaría cinco libras por el privilegio de ser visto en público con ella: el revolcón posterior sería gratuito.

A continuación llegó Emily, y se me paró el corazón. Nunca la había visto sin su ropa de trabajo, su vestimenta racional. Aquella noche llevaba un sencillo vestido de terciopelo negro, bordado con diminutas lentejuelas de acero y corte bajo sobre el busto, y una capa de paño rojo ribeteada con piel gris. Mientras me saludaba, permitió que la capa se deslizara tímidamente sobre sus hombros desnudos: mientras lo retiraba, percibí un tentador olorcillo a Jicky de Guerlain, e inhalé la perfecta mezcla de cálida fragancia y cálida piel femenina.

El vestido de una mujer es una lucha entre la modestia y la majestuosidad: mediante los tesoros que revela, debe insinuar los placeres que oculta. En esta ocasión, la modista había convencido a su clienta de que se pusiera una prenda sensual, succulenta y opulenta; pero aquellas características sólo enfatizaban la inocencia aññada de la modelo.

—Puede decir algo, Robert —dijo con un tono totalmente encantador de vergüenza mientras se sentaba en la silla que el camarero sujetaba para ella.

Me recuperé.

—Está absolutamente preciosa.

—Aunque, como siempre, me siento pobremente vestida junto a usted —comentó, tomando su servilleta—. Gracias a Dios. Y ahora, ¿dónde están mis actrices?

Señalé las diversas vistas y las personalidades del teatro. Emily exclamaba ante cada chisme.

—Debería realizar visitas guiadas —dijo cuando terminé—. Pero, dígame, Robert, ¿no es este lugar un tanto insulso en comparación con el Café Royal?

—¡Oh! Ya nadie va al Café Royal —le aseguré—. Hay demasiada gente.

—Vaya. Supongo entonces que debo esperar epigramas esta noche, dado que hemos venido al hogar espiritual de los mismos.

—Desde luego, diré muchas tonterías. Es el único tema sobre el que puedo hablar con autoridad.

Miró a su alrededor y frunció el entrecejo.

—¿Huele algo?

Olfateé.

—No creo. ¿Qué clase de...? —Entonces, me di cuenta de que tiraba de mi pierna.

—Querido Robert —dijo cariñosamente—, ¿quién hubiera pensado, hace seis semanas, que usted y yo nos sentaríamos aquí de esta manera?

Llegaron nuestros entrantes, y disfruté observando el placer con el que ladeaba las conchas de las ostras hasta su boca: la tensión de su cuello, las delicadas convulsiones de su garganta mientras tragaba. Un día, pensé automáticamente, tendrás algo más salado que las ostras en esa preciosa boquita... y entonces pensé, ¿lo haría? ¿Cómo se le explica un acto tan lascivo a una joven inocente? ¿O sería la lujuria la que actuaría como maestra, impulsándola a iniciar dichas exploraciones por sí misma? Tuve una breve pero casi ridículamente vívida fantasía de los dos juntos en la cama, con el vestido de terciopelo negro en el suelo, y ella como voluntariosa pupila...

—¿Robert? —Emily me observaba con preocupación—. ¿Está bien?

—Oh. —Aparté el pensamiento de mi cabeza—. Por supuesto.

—Parece extrañamente callado.

—Me he quedado mudo ante su belleza.

—Ahora sólo está diciendo tonterías. No creo que se haya quedado mudo en su vida.

Nuestra sopa era excelente; el pescado, magnífico. Intentando mantener mi posición como hombre de gustos refinados, dije que la perdiz me parecía un poco seca, pero mi acompañante señaló que era un sibarita consentido, y acordamos que nos parecía casi perfecta. Henri se acercó, como un general que organizaba sus tropas a mitad de la batalla, y Emily le dijo que había decidido convertirse en actriz inmediatamente, si ése era el trato que recibían.

—¡Oh! —respondió categórico—, pero usted es mucho más bonita que cualquiera de las actrices que hay aquí esta noche.

Me lanzó una mirada, y creí detectar un mínimo temblor en su párpado izquierdo: un temblor que otro hombre hubiera tomado por un guiño.

La conversación fluía de un tema a otro. Apenas puedo recordar de qué hablamos; me concentraba en ser gracioso, pero había aprendido que la mejor forma de divertir a Emily Pinker era ser serio de vez en cuando, así que supongo que también hablamos un poco sobre cosas importantes. Finalmente, nuestra comida llegó a su fin. Firmé la factura (cinco libras, cuatro chelines y seis peniques), mientras Emily se marchaba a ponerse su disfraz. Por la actividad que había en el comedor, estaba claro que muchos de los clientes también iban al baile.

Emily volvió con un dominó de arlequín, un sombrero de Pierrot y media máscara de seda blanca. En cuanto a mí, llevaba un sencillo antifaz con plumas negras, que iba bastante bien con mi nueva chaqueta.

Cuando salíamos del restaurante, tropezó y agarró mi brazo.

—Estoy un poco achispada —me susurró al oído—. Debe prometerme que no se aprovechará.

—Deberíamos acordar una hora y un lugar para encontrarnos. Así, si nos separamos, podremos volver a reunirnos.

—¡Bien! ¿Dónde será?

—Digamos, ¿a las dos bajo el reloj de la Ópera?

Me apretó el brazo a modo de respuesta, y se mantuvo agarrada a él mientras nos dirigíamos a la calle. La avenida Shaftesbury estaba llena de carruajes que se dirigían al baile, y grupos de gente disfrazada abarrotaban las aceras. De repente, oí un grito.

—¡Wallis! ¡Wallis! ¡Espera! —Me volví. Un Pantaleón y un Polichinela con las caras maquilladas con enormes cantidades de pintura me hacían señas mientras se bajaban de un taxi, acompañados de dos marionetas femeninas.

Pese al maquillaje, reconocí a Hunt y a Morgan.

—¿Dónde te has metido? —chilló Polichinela.

—En Kettner.

—No. ¿Dónde te has metido? Hunt ha publicado por fin... ¡una villanella en el *Yellow Book*! ¡Y tú has estado desaparecido durante semanas!

—He estado ocupado...

Pantaleón chasqueó los dedos.

—Sabíamos que te debía de haber golpeado la inspiración.

—No con poesía. He encontrado un empleo.

—¿Empleo? —Polichinela se contrajo con fingido horror—. La última vez que te vimos te había ofrecido empleo aquel enano gracioso. ¿Cómo se llamaba...?

—¿Puedo presentaros a mi acompañante de esta noche, la señorita Emily Pinker? —dije rápidamente.

Morgan exclamó un «¡Ah!» exagerado con sus labios rojos.

—Encantado. Y ésta es... ésta es... mmm, la señorita Daisy. Y la señorita Deborah.

Las marionetas rieron cuando tomé sus manos. Me di cuenta con desazón de que, casi con seguridad, eran prostitutas. Y yo era totalmente responsable del bienestar de Emily aquella noche. Si hubiera cualquier indicio de falta de decoro, Pinker me culparía a mí.

—Nos han presentado antes —me dijo Daisy con un susurro—. ¿No me recuerdas?

Me puse tenso.

—Me temo que no.

—No tenía este aspecto, señor, eso seguro. —Su amiga rió histérica.

—¿Es usted actriz? —insinué desesperado.

—Podría decirse así —dijo Daisy—. Intérprete, en cualquier caso. —Deborah rió de nuevo.

Para entonces ya estábamos avanzando hacia la columnata de la Ópera, y era posible conseguir separarnos de nuestros acompañantes. En mi interior, maldije a Hunt y a Morgan por imbéciles. ¿En qué estaban pensando al llevar a semejantes fulanas a aquel lugar? Afortunadamente, Emily no había notado nada extraño.

—¿No es fantástico? —dijo, observando la multitud.

Debía de haber más de mil personas allí, todas disfrazadas. Incluso el vestíbulo, las barandillas y las salas de ensayo estaban engalanadas con adornos de carnaval. Una orquesta completa estaba afinando en el foso, aunque había demasiada gente para bailar y demasiado ruido para escuchar. Los camareros, con elaborados disfraces, se abrían paso entre la multitud llevando bandejas de vino; acróbatas con zancos actuaban allí donde encontraban espacio; los malabaristas y los bailarines nos empujaban contra la muchedumbre. Perdí de vista a Emily durante un segundo en las escaleras, y a continuación la encontré de nuevo, y la guié a una esquina tranquila en el gallinero, desde donde podíamos observar las travesuras de abajo.

—Esto hubiera sido impensable hace unos años —dije.

Tomó mi mano a modo de respuesta. Después, para mi sorpresa, se llevó mis dedos a su boca, mordiéndolos duramente con sus pequeños y afilados dientes.

—Está usted muy alegre esta noche —dije, sorprendido.

Sus manos rodearon mi cabeza, mientras acercaba sus labios a los míos.

Nuestras máscaras chocaron. Sus ojos risueños examinaron los míos (ojos risueños que eran oscuros, no grises), y me puse tenso cuando me di cuenta de que la mujer que estaba en mis brazos no era Emily Pinker, sino alguien completamente distinto. Con una risa ahogada, se volvió alejándose de mí: el cabello que había bajo el sombrero de Pierrot era oscuro, no rubio. Debía de haber ocurrido cuando nos separamos en las escaleras.

Volví rápidamente, pero allí donde miraba, sólo veía arlequines. Cogí a uno por el hombro y dije desesperadamente:

—¿Es usted Emily? —Ella soltó una risa aguda.

—Si es lo que desea, señor...

Vi a Hunt en el salón de baile, y me abrí paso hasta él.

—¿Has visto a Emily? —grité entre el barullo—. La he perdido.

—Perfecto —murmuró vagamente—. Por cierto, ¿qué tal va la escritura?

Me encogí de hombros.

—Lane dice que aceptará una historia breve el próximo trimestre. Pero he hablado con Max... ¿conoces a Max? Cree que lo ideal sería una secuencia de sonetos. Para hacerme un nombre, quiero decir.

—¿Max? Te refieres a... ¿Max Beerbohm?

Asintió.

—Nos presentó Ernest Dowson. ¿Conoces a Ernest?

—Sólo por su reputación —dije con envidia.

—Sí, últimamente formamos un grupo interesante en el Café Royal. —Miró detenidamente a su alrededor con estudiada despreocupación, sacando la pitillera—. Tengo que encontrar a Bosie. Le he prometido que le buscaría. Odia las multitudes.

—¡Bosie! —exclamé—. ¿No será lord Alfred Douglas?

Asintió.

—Oscar le ha escrito una carta de amor desde la prisión, ¿lo has oído? Está

completamente obsesionado.

¡Bosie! Ahora me sentía enfermo. El amante de Oscar Wilde, el fantástico muchacho original, el sonetista... ¡y Hunt había estado relacionándose con él!

¡Había prometido buscarle!

—¿Me lo presentarás? —dije, ansioso.

Su mirada parecía implicar que, como buen amigo de Bosie, su deber primordial era mantener alejadas a las hordas invasoras de aspirantes a poetas.

Si fuera necesario, repeliéndolas con un garrote.

—Hunt... por favor —rogué.

—Está bien. Si no me equivoco, es aquel de allí.

Seguí la dirección de su mirada, e inmediatamente atisé a Emily, o a la que podría ser Emily, abriéndose paso entre la multitud.

—¡Fantástico! —dije.

—¿Qué ocurre?

—Vuelvo enseguida.

Perseguí a la escurridiza figura hacia la parte trasera del escenario, un laberinto de pequeñas habitaciones decoradas con cortinas pintadas para la ocasión. Allí, la atmósfera era aún menos contenida. Hombres y mujeres se abrazaban abiertamente: las mujeres enmascaradas pasaban de boca en boca, chillando; vi pechos al descubierto, brazos que se deslizaban entre muslos, una mano enguantada que acariciaba un pezón desnudo. Más de un camerino estaba cerrado y, en algunos casos, las parejas hacían cola para usarlos, apenas capaces de contener su impaciencia mientras se besaban y se sobaban. Me sentí aún más enfermo: si Emily había llegado hasta allí, quién sabía qué habría visto.

Regresé al salón de baile a empujones. Hunt había desaparecido, y tampoco podía ver a nadie con aspecto de joven inocente buscando desesperadamente a su acompañante perdido. Pensé que, si no podía encontrarla, tal vez al menos podría encontrarme ella a mí. Caminé lentamente entre la multitud, de un lado a otro, intentando hacerme visible. Tras unos minutos, levanté la vista hacia la galería. Un arlequín con sombrero de Pierrot se abrazaba apasionadamente con una figura masculina enmascarada que llevaba una chaqueta de piel de nutria.

Después, más figuras se interpusieron entre nosotros y, cuando volví a mirar, habían desaparecido.

A las dos menos cuarto, enfermo de ansiedad, salí. Ella estaba bajo el reloj, esperando. Avancé con rapidez.

—¿Está bien?

—Por supuesto. —Parecía sorprendida—. ¿Estaba preocupado?

—Un poco.

Deslizó su brazo bajo el mío.

—¿Acaso creía que me había ofendido?

—¿Por qué?

Se inclinó para acercarse.

—Sé muy bien que era usted, así que no finja lo contrario.

—No sé a qué se refiere.

Su única respuesta fue una carcajada. Una carcajada sorprendentemente picante, debo decir.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó mientras caminábamos por Drury Lane.

—Preferiría subirla en un taxi.

—Quiero ir a la Cueva de la Armonía Celestial —anunció.

—Oh, Señor... ¿Dónde ha oído hablar de ese lugar?

—Lo he leído en el *Gazette*. Está bastante cerca de aquí, ¿no es así?

—Justo a la vuelta de la esquina. Pero no es nada apropiado...

—Si vuelvo a oír una vez más lo que no es apropiado para mí, echaré a correr —dijo—. De verdad, Robert, para ser poeta, tiene usted una perspectiva extraordinariamente convencional de la feminidad. No todas somos tan delicadas como usted parece imaginar.

—Muy bien —dije con un suspiro—. A la Cueva de la Armonía Celestial, entonces.

La Cueva era una lúgubre bodega que, dado que no merecía la pena ser visitada por ningún otro motivo, había puesto un pianista y un escenario. La idea consistía en decirle al pianista lo que ibas a interpretar, y él te acompañaba mientras cantabas para quienquiera que estuviera allí. Era uno de los lugares favoritos de los jóvenes aristócratas, que adoraban ir allí y bramar versos de cancioncillas de *music hall* subidas de tono. Efectivamente, había un grupo de petimetres cuando llegamos. Uno de ellos cantaba el estribillo con la ayuda de sus amigos:

Una pequeña y bonita novicia se levantó en su convento al alba, alba, alba, y, mirando desde su celosía, espiaba los pastos, pastos, pastos.

Un apuesto pastor estaba bastante concentrado jugando con su instrumento, ¡su largo, largo, largo instrumento!

Lancé una mirada a Emily, pero parecía ajena a las insinuaciones sexuales de la letra.

—Me voy a apuntar —dijo—. ¿Con quién debemos hablar?

—Con el camarero, supongo.

Hice una seña al hombre, que nos presentó una lista de canciones. Los petimetres terminaron el estribillo final ante ovaciones y aplausos. Un corpulento italiano se levantó y cantó un lúgubre lamento en su propia lengua, con una mano firmemente apoyada sobre el pecho durante toda la canción. A continuación, se anunció el nombre de Emily (debí recordarle que diera un nombre falso). Se puso de pie junto al piano, con aspecto repentinamente nervioso. La audiencia chilló. Ella tragó saliva. Después, el pianista inició la música y ella comenzó a cantar.

Era una balada desgarradoramente hermosa (tal vez un poco sentimental, pero, en su boca, los tópicos románticos parecían dulces y auténticos): *No son la riqueza ni el patrimonio los que allanan el camino, ni dan la bienvenida a la flor del desierto; el labrador puede ser feliz con sus surcos, el tejedor con su telar...*

Era preciosa. No obstante, no era la elección ideal para los clientes habituales de la Cueva. Ellos habían ido allí por los estribillos groseros y por la juerga, y no para perder el tiempo con baladas sentimentales. Pronto comenzaron a abuchear, a silbar y, en general, a dar la lata, y eso es todo lo que la pobre Emily pudo hacer para terminar. En cuanto acabó, un elegante joven saltó al escenario e inició un número de cabaré, ante los ruidos de aprecio.

—Oh —dijo Emily, volviendo a la mesa algo alicaída—. Quizá este lugar sea algo deprimente, después de todo.

—A mí me ha parecido que estaba estupenda —dije, dándole una palmadita en el hombro.

—En cualquier caso, probablemente ya sea hora de marcharse.

—Fantástico. Pagaré la cuenta.

Cuando salíamos de la Cueva, divisé un coche de caballos que giraba por la esquina, y silbé.

—A Limehouse —le dije al cochero, mientras hacía subir a Emily.

—Buenas noches, Robert —dijo ella, sonriéndome—. Lo he pasado estupendamente.

—Yo también.

Se inclinó, me besó rápidamente en la mejilla y, a continuación, el cochero chasqueó su látigo. Emití un suspiro de alivio. Habíamos superado la noche sin ningún desastre importante, gracias a Dios.

Volví sobre mis pasos hacia la multitud de la calle Wellington. Nunca había visto Covent Garden así. Era como si una especie de locura se hubiera apoderado de la multitud. Las calles estaban llenas de borrachos disfrazados y enmascarados, persiguiéndose por la columnata. Las parejas se abrazaban abiertamente. Me adentré en la relativa calma del burdel del número 18 con un suspiro, como cualquier otro hubiera suspirado de alivio al llegar a su club.

Pero incluso allí parecía reinar el caos. En la sala de espera me encontré media docena de chicas desnudas que sólo llevaban unas vendas en los ojos y jugaban a una especie de gallinita ciega: deambulaban con los brazos abiertos intentando atrapar a los hombres, con la idea de que aquél a quien cazaran iría con ellas. Naturalmente, al tener los ojos vendados, la mayor parte de las veces topaban las unas con las otras, y se sobaban con las manos para averiguar el sexo del otro, para diversión de la multitud que observaba. Me senté durante un rato, observando y bebiendo un vaso de absenta, pero no estaba de humor para aquellos juegos, y resultó un alivio cuando por fin conseguí llevarme a una de las chicas arriba, concluir rápidamente mis negocios con ella y volver en coche de caballos a St John's Wood.

QUINCE

Textura: la firmeza, la suavidad, la jugosidad o la acetosidad se miden en la boca, tanto como en mano.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

No estaba de mejor humor cuando me levanté a la mañana siguiente. No era difícil adivinar cuál era la causa de mi mal genio. Hunt había conseguido publicar. Debería estar contento por él pero, en realidad, lo único que podía sentir era una punzante envidia. Beerbohm... Dowson... Lane... ¡incluso Bosie!

Mientras yo estaba flirteando y bebiendo café, mi amigo se había dedicado al serio negocio de forjarse una reputación.

Ignorando el hecho de que mi mente estaba espesa, saqué un fajo de hojas de color malva. Maldita sea, yo mismo escribiría una *villanella*, a modo de calentamiento.

Media hora después había compuesto seis versos. Pero una de las características de las villanellas es que cada vez se vuelven más difíciles, no más fáciles. Y yo tenía que ir a las oficinas de Pinker.

Eché un vistazo al reloj. Quizá mi jefe me perdonaría una mañana de trabajo, dado que había llevado a su hija a un baile la noche anterior. Decidí seguir durante otra hora más.

Para cuando acabó el plazo, había tachado tres de los seis versos. Y ahora llegaba espantosamente tarde. Dejé de lado el poema con la intención de retomarlo cuando volviera.

Huelga decir que, cuando volví aquella noche, miré lo que había escrito, y me di cuenta inmediatamente de que no valía nada. Lo rompí y me dije a mí mismo que había tenido suerte de escapar (si no hubiera sido porque tenía que salir, puede que hubiera malgastado todo el día intentando convertirlo en algo).

O bien, me recordó una vocecilla en mi cabeza, era posible que finalmente lo hubiera logrado.

Durante los días siguientes, realicé un decidido esfuerzo por escribir un poco. Mis sentimientos hacia Emily, por lo visto el tipo de cosas en las que los poetas han encontrado inspiración durante siglos, sólo producían unos sonetos sosos e insípidos que quemaba inmediatamente. Mi verdadero poema para ella era el catálogo. Sé con seguridad que se alteró ligeramente a causa de nuestro creciente afecto; pues mi pasión perfumaba su prosa, al igual que se dice que un barril de vino adopta los sabores del ambiente en el que se conserva.

No obstante, Pinker siempre estaba cerca para olfatear cualquier dejo extravagante o fioritura. Cuando escribí que un mysore tenía «el aroma del *curry*, y

un olorcillo a las áridas calles indias, y a bosta de elefante rematada con el puro de un marajá», me envió al zoo, señalando que yo nunca había olido una árida calle india, nunca había comido *curry*, y que probablemente la bosta de elefante también me era desconocida. Tenía razón, por supuesto, aunque mantuve la referencia al puro. También se mostró indignado cuando intenté comparar el buqué floral de un moca yemení con «los vapores de pétalo de rosa del aliento de una doncella».

—No existe tal aroma, Robert. Usted sólo desearía que así fuera —chilló, exasperado. No obstante, me di cuenta de que no llamó a Emily para probarlo.

Evidentemente, el mismo pensamiento cruzó su mente: cuando su padre se marchó, sus mejillas estaban bastante coloradas.

—¿Qué hace, Robert? —exigió saber la Rana, durante un almuerzo.

—Escribo poesía —dije con un suspiro, sabiendo que ahora sería imposible hacerlo.

—Me gustan los poemas. ¿Conoce *Alicia en el País de las Maravillas*?

—¿Que si lo conozco? Solía vivir en aquel maldito lugar. —Aquella referencia a mi alma máter la sobrepasó, pero no impidió que siguiera dándome la lata.

—Robert, ¿me hará el favor de escribirme un poema sobre un cocodrilo?

—Está bien. Si me prometes terminantemente que después te marcharás. —En dos minutos, había escrito algo atropelladamente y leía en voz alta:

El hambre del cocodrilo es algo formidable de contemplar: desayuna cincuenta huevos, revueltos, y servidos fríos.

A continuación, come tostadas con mermelada, y ostras, té y zumo, y cuando ya no le queda más, le gusta el ganso asado.

Después toma un plato de jamón, servido con mostaza inglesa, una docena de arenques, ahumados por supuesto, sobre los que vierte crema caliente.

Pero lo que más le gusta comer es otra cuestión: su plato favorito son las chiquillas, que le provocan indigestión.

Me observaba boquiabierta.

—¡Es brillante! ¡Es usted un verdadero poeta!

Suspiré.

—Si la verdadera poesía fuera tan sencilla...

—¿Ahora me puede escribir otras sobre una oruga? —dijo esperanzada.

—Creía que me habías prometido marcharte.

—Prometo hacerlo durante el triple de tiempo si me escribe otro poema. Es una proposición muy ventajosa, ¿sabe? El triple de tiempo por dos poemas.

—Ah, el famoso don Pinker para la negociación. Veamos, pues...

«Curioso asunto el que me azuza», dijo el misionero.

«Parece que tengo una oruga viviendo en mi cabeza».

«Debía de estar dentro de aquellas peras que el cocinero sirvió para el té, y puesto que me comí su anterior domicilio, su nueva dirección soy yo».

«La oigo cantar en mi oído; mi boca es su puerta principal; y cuando ha bebido demasiado, oigo al mendigo roncar».

La Rana aplaudió. Emily, que había entrado en la habitación mientras improvisaba aquella tontería, dijo:

—Es muy bonito, Robert. Debería enviarlo a una editorial infantil.

—Soy un poeta —dije brevemente—. Heredero de una gloriosa tradición de rebeldes y decadentes. No soy un compositor de rimas infantiles y ripios.

Decidido a encontrar tiempo para escribir, intenté hacerlo por las noches, manteniéndome despierto con la ayuda de grandes cantidades del producto de Pinker. La primera vez que lo hice me sentí eufórico al descubrir que había completado veinte versos de una oda lírica. No obstante, la noche siguiente, la cafeína y la fatiga se batieron en duelo hasta llegar a un punto muerto, produciendo únicamente un sordo dolor de cabeza y algunos pareados más aburridos aún. Es más, al día siguiente, estaba demasiado exhausto para hacer mi trabajo adecuadamente. De hecho, estaba tan cansado que estuve algo brusco con Emily. Tuvimos una estúpida discusión sobre la formulación de un párrafo y, de repente, se echó a llorar.

Yo estaba estupefacto. Nunca había mostrado ningún signo de ser el tipo de chica que lloraba ante pequeñas provocaciones; más bien, todo lo contrario.

—Lo siento —dijo, mientras se secaba los ojos con un pañuelo—. Estoy un poco cansada.

—Yo también —dije con sentimiento.

—¿Por qué, Robert? —preguntó, y me pareció que me observaba de un modo un poco extraño.

—He estado intentando trabajar.

—Ambos lo hemos hecho.

—Me refiero a mi *verdadero* trabajo. La escritura.

—Entiendo... ¿y ése es el único motivo por el que ha estado tan... —dudó— tan ausente, últimamente?

—Supongo que sí.

Una vez más, parecía mirarme de forma extraña.

—Pensaba que quizá se había cansado de *mí*.

—¿A qué demonios se refiere?

—En el baile, Robert, cuando me besó, pensé que, tal vez... pero, naturalmente, usted es un bohemio, un beso no significa nada para usted...

—Emily —dije, exasperado—. Yo no... —Me detuve. Iba a decir «yo no la besé». Pero algo me hizo detenerme.

Pensé: la *hubiera* besado, si hubiera podido. Si hubiera sabido que no rechazaría mis avances, o que no iría corriendo a su padre. Y ahora, parecía que por una ridícula confusión la había besado un extraño y ella había creído que era yo.

Y no le importaba. De hecho, por lo visto, le había gustado.

Tenía una oportunidad.

Podía decirle la verdad, que la avergonzaría profundamente y le haría creer que no quería besarla; o podía aceptar su verdad de lo que había ocurrido aquella noche.

Dije lentamente:

—Si he sido un poco brusco con usted, querida Emily, es porque no estaba seguro de si me había pasado de la raya.

—¿Le he dado esa impresión... de alguna manera? —dijo en voz baja.

Yo no tenía ni idea.

—No lo ha hecho —dije. Di un paso hacia ella. Rogaba a Dios que mi sustituto besara bien. Aunque, por supuesto, no tan bien que no pudiera estar a la altura de su ejemplo—. Pero ambos habíamos bebido mucho aquella noche.

No estaba seguro...

—Si se pasa —dijo—, puede estar seguro de que se lo diré.

Sabía a crema, a merengues, a vainilla y a café con leche, con un tenue y lejano sabor a cigarrillos.

Hice una pausa.

—¿Me he pasado ya?

—Robert —chilló—, ¿es que nunca puede comportarse con seriedad?

La besé de nuevo. Esta vez, apreté mi mano contra el hueco de su espalda, acercándola suavemente hacia mí. Me pareció que, incluso en medio de aquel maravilloso beso, jadeó de placer. Deslicé mi lengua entre sus labios y, tras una ligera resistencia, sentí que se abrían y me invitaban a profundizar... Por el amor de Dios, pensé, estupefacto: es más apasionada de lo que jamás hubiera imaginado.

¡Pasos! Nos separamos justo cuando se abría la puerta. Era Jenks. Ambos dimos un paso atrás, y Emily se volvió confundida y ruborizada. El secretario nos lanzó una mirada suspicaz.

—Percibo madreSelva, aromas florales, muy vivos y suaves —dije rápidamente—. Tal vez algo cítrico, pero la textura es excelente.

Los ojos de Jenks barrieron la habitación. Estoy convencido de que vio que no había café sobre la mesa, pero no dijo nada.

—¿Emily? —dije.

—¿Sí? —Se volvió hacia mí.

—¿Qué le ha parecido?

—Era... era muy agradable, Robert. Aunque quizá un poco fuerte.

Discúlpenme... me he dejado algo... me he dejado algo abajo.

Pasó mucho tiempo hasta que volvió con una gruesa carpeta de papeles que colocó frente a ella sobre la mesa, y comenzó a revisarla ostentosamente.

—Cada minuto que ha estado ausente ha sido una eternidad. —Comencé.

—Ahora no —interrumpió—. Ambos tenemos trabajo que hacer.

Estaba desconcertado.

—Pensaba que... antes... parecía preferir mis atenciones que el trabajo.

Hubo un breve silencio.

—Eso era antes de que Jenks nos sorprendiera. Me ha devuelto la cordura.

—¿Jenks? ¿Y qué le importa? ¿A quién le importa?

—Ambos somos empleados de mi padre. No deberíamos... no deberíamos... hacer nada poco profesional. No podemos traicionar su confianza.

—Ahora se contradice.

—No debe haber más besos —dijo con firmeza—. Prométame eso, al menos.

—Muy bien. Intentaré no pensar en besarla más de... ¿qué? ¿Una vez cada seis o siete segundos? —Silencio—. Eso son ya dos... no, tres veces.

—¡Robert!

—No puedo evitar sentirme así, Emily. Y según creo, tampoco usted. Pero, si así lo desea, me abstendré de besarla otra vez.

Nos besábamos junto al río, nos besábamos a espaldas de sus hermanas, nos besábamos con la crema de un café recién hecho aún manchando nuestros labios. Algunas veces murmuraba:

—Robert... no debemos. —Pero me besaba de todas formas.

Una vez dijo:

—Desearía que no me gustara tanto. Tal vez así me resultaría más fácil parar.

—¿Por qué deberíamos parar?

—Porque está mal.

—¿Cómo puede estar mal? El arte nos muestra, sin duda, que la vida debería ser una sucesión de sensaciones exquisitas. Por supuesto que debe besarme.

—No estoy del todo segura de si ahora me está halagando a mí o a sí mismo —farfulló—. Besa bien, pero «sensaciones exquisitas» puede resultar un poco exagerado.

—Debemos aprovechar el momento, pues la dicha es breve y, además, creo que oigo a Ada que sube por las escaleras.

DIECISÉIS

—¿Dónde comeremos hoy?

—Desafortunadamente, no podré almorzar con usted hoy, Robert.

—¿Es por algo que he dicho?

—No, es por algo que he dicho yo. Una promesa que hice a la Sociedad Sufragista. Tengo que salir a vender sus panfletos.

—¿En público, quiere decir?

—Sí. No se muestre tan sorprendido. Alguien tiene que hacerlo.

Hubiera resultado muy fácil mostrar desacuerdo hacia esa afirmación en concreto, pensé. Pero vi la expresión en la cara de Emily, y me guardé mi consejo para mí.

—Entonces iré con usted. Podemos almorzar después.

Frunció el ceño.

—Supongo que podría quedarse junto a mí y parecer útil. Pero tendrá que prometerme que no realizará ninguno de sus frívolos comentarios.

Nos colocamos junto a la entrada de la estación de metro de la calle King William en la City. Emily alzó uno de sus panfletos, y con una vocecilla quejumbrosa dijo:

—¡Voto para la mujer! ¡La verdad por un penique!

Un par de personas nos miraron con curiosidad, pero nadie se detuvo.

—¡Vaya! —dijo con preocupación—. No parecen demasiado entusiastas.

¡Voto para la mujer!

Un caballero de edad con bigotes que se unían a sus patillas se detuvo.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo con voz agradable, tomando uno de sus panfletos y examinándolo.

—La verdad por un penique —dijo de inmediato—. La verdad sobre el sufragio femenino.

—¿Y cuánto por un revolcón? —dijo con la misma voz agradable.

Durante un instante, ninguno de nosotros reaccionó. Entonces, Emily jadeó y dijo, furiosa:

—¿Cómo se atreve?

—¿Está usted con esta criatura? —me dijo.

—Estoy con esta mujer. Y la ha insultado.

—Está en la calle vendiendo su mercancía, ¿no es así? Según mi experiencia, sólo hay una clase de mujer que hace eso. —Se marchó sin molestarse en devolver el panfleto.

—Lo mataré —dije acaloradamente, mientras salía detrás de él.

—Robert, no. —Emily me agarró del brazo—. Tenemos órdenes de no crear problemas.

—Puede que usted sí, pero yo no me quedaré...

—Por favor, Robert. En cualquier caso, he oído hablar peor a los porteadores de mi padre. —Alzó su brazo y su voz, simultáneamente—. ¡Voto para la mujer! ¡La verdad por un penique!

Un golfillo corrió hasta ella y chilló:

—¡Yo votaría por ti, hermosa! —Acompañó su comentario con un gesto inequívoco de caderas, esquivando mi pie mientras arremetía contra su escuálido trasero.

—Recuérdeme por qué hacemos esto —dije en tono grave.

—Porque hombres y mujeres han de tener los mismos derechos antes de poder comunicarse con el otro como iguales.

—Ah, sí, claro. ¿Y durante cuánto tiempo tenemos que hacerlo?

—Hasta que se acaben los panfletos —dijo firmemente.

Extendí la mano.

—Será mejor que me dé la mitad.

—¿Está seguro?

—Si eso implica que conseguiré almorzar, segurísimo. En cualquier caso, lo está haciendo fatal. Vender cosas es un arte.

—Lo estoy haciendo según las instrucciones precisas de la Sociedad.

—Entonces veremos quién tiene más éxito. —Crucé la carretera. Había una mujer mayor que se acercaba por la acera. La detuve—. Disculpe, señora... ¿puedo venderle este panfleto? Contiene todo lo que debe saber sobre el movimiento sufragista.

—Oh. —Sonrió y examinó el panfleto que había puesto en sus manos.

¿Cuánto cuesta?

—Un penique, aunque puede donar más, si lo desea.

—Tome seis peniques... no me hace falta el cambio —dijo, poniendo una moneda en mi mano.

—Gracias —dije, mientras me guardaba el dinero—. Que tenga un buen día.

—Voto para la mujer —gritaba Emily desde el otro lado de la carretera, agitando su panfleto en el aire. Tenía el entrecejo fruncido. Reí: conocía ese ceño; la irritaba que hubiera demostrado que tenía razón.

Dos jóvenes mujeres con las manos dentro de estolas de piel pasaron junto a mí.

—Disculpen —dije, alcanzándolas—. Tienen aspecto de querer leer algo sobre el voto para la mujer. —Introduje dos panfletos en sus manos—. Serán dos peniques, por favor.

Devolviéndome la sonrisa, la más joven me entregó el dinero.

—¿Sobre qué...? —comenzó, pero, una vez me entregó las monedas, ya no tenía tiempo para charlar. Volviéndome a un joven oficinista, dije:

—Amigo, ¿quieres averiguar lo que de verdad opinan las mujeres? Está todo aquí. —Un instante después, ya tenía mi siguiente venta realizada.

Eché un vistazo al otro lado de la calle. Emily se había dado cuenta de que mi

método consistente en abordar de forma directa a la gente funcionaba mejor que sus gritos, y ahora seguía mi ejemplo. La vi vender unos panfletos a dos mujeres mayores, y otro a una mujer que iba de compras con su hija.

Un hombre de mediana edad se acercaba a mí.

—Este panfleto —dije, caminando junto a él y mostrándole la portada— contiene todos los indecentes argumentos de las sufragistas. Igualdad sexual, amor libre... está todo aquí.

—Me llevaré dos —dijo, observando el panfleto con ansiedad.

—Buen hombre. Será un chelín. —Mientras se alejaba, pude ver cómo Emily me lanzaba una mirada furiosa: había vendido casi la mitad de mis panfletos, y ella sólo había vendido uno o dos—. ¡El que menos venda paga la comida! —Puso mala cara, pero observé que redoblaba sus esfuerzos.

—Buenas tardes, señoritas —dije a un grupo de dependientas—. Un material sensacional... todo el mundo lo lee. —Vendí cuatro panfletos, y volví mi atención a la matrona que se peleaba con su compra—. ¡No más bolsas de papel reventadas cuando las mujeres obtengan el derecho al voto! Está todo aquí, e incluso llevaré sus patatas a la acera.

Cuando terminé de recoger patatas, crucé al otro lado de la carretera.

—Todos vendidos —dije con aire de suficiencia.

—La gente sólo se los compra porque es usted un hombre —dijo Emily, enfadada—. Es el problema de siempre, una y otra vez.

—Bueno, en cualquier caso, parece que he obtenido buenos beneficios. Y ahora ni siquiera tendré el gasto del almuerzo, puesto que paga usted.

—Robert, ¿me recita un poema? —me preguntó la Rana, esperanzada.

Aún me sentía indulgente tras el almuerzo.

—Muy bien. ¿Qué clase de poema?

—El mismo que me recitó la otra vez, el de la oruga.

—No puedo recitarte ése. Como artista, debe ser original.

—Pero no lo terminó —dijo, ansiosa—. Dejó al hombre con la oruga dentro, y apenas he sido capaz de concentrarme en la aritmética desde entonces.

—Verá, Robert —murmuró Emily detrás de mí—. Después de todo, el artista tiene ciertas responsabilidades. Aunque, si tenemos en cuenta que la Rana nunca se concentra en la aritmética, no debe sentirse demasiado culpable.

—No me gustaría ser responsable de sumas incorrectas —le aseguré a la Rana—. Déjame ver...

Tras pensarlo un momento, y garabatear un poco en un trozo de papel, comenzaba a surgir...

—Le estoy cronometrando, Robert —dijo Emily—. Tiene que hacerlo en menos de un minuto.

—Eso no es justo.

—¿Es justo que haya vendido más panfletos porque es un hombre? Le quedan

cuarenta segundos.

—Necesito un poco más de tiempo...

—Si yo fuera usted, dejaría de protestar y me concentraría en escribir.

—Está bien...

—Demasiado tarde...

—¡Lo tengo! —Salté.

«Esto es verdaderamente irritante», dijo el misionero, «esa maldita oruga aún se aloja en mi mente».

«No le he ofrecido alojamiento gratuito, ni la he invitado a quedarse, pero ahora está tan cómoda que no quiere marcharse».

Así que ese afligido clérigo emitió un fuerte suspiro; y al hacerlo, de su boca, una mariposa despegó.

Naturalmente, era una tontería; pero rimaba a su manera, y seguía las normas de la métrica... casi. La Rana aplaudió, y Emily sonrió con cariño. Por un instante, sentí una sensación de triunfo mayor que la que me hubiera producido la publicación de cualquier soneto en el *Yellow Book*.

DIECISIETE

Su corazón canta. Su cabeza está confusa.

No por la pequeña mentirijilla que le ha dicho a Robert: Emily sabe perfectamente que no fue él quien intentó besarla en el baile, pero aquella noche se estaba tomando sus obligaciones de carabina con tanta seriedad que, al principio, la divirtió tomarle un poco el pelo; y después, cuando vio la envidia que le provocaba, había permitido que su malentendido progresara y, a la larga, se había convertido en mucho más. No; lo que la desconcierta es que esta relación, conforme a los códigos de la época, no existe.

Aquellos que practican el cortejo pueden enamorarse; aquellos que se enamoran podrían casarse. No hay espacio en los rituales de su clase para aquellos que no se cortejan oficialmente, aquellos que une el destino o, incluso peor, el trabajo.

Duda que su padre le permita casarse con él; ni siquiera ella sabe aún a ciencia cierta si es eso lo que quiere.

Así que hace lo que puede; entona discretamente sus virtudes, pero no tanto como para que su padre sospeche que ha perdido la cabeza.

Le dice que Robert, «aun siendo un joven ridículo, y el esteta más pesado», trabaja mucho y bien; que será un activo para la compañía cuando madure un poco. Señala que, como artista, tiene cierta pericia que ningún otro empleado posee; ve las cosas de una manera que podría resultar útil para ellos.

Su padre escucha, asiente y no sospecha.

No obstante, una persona que sí sospecha es Jenks. Y eso presenta sus propios problemas, porque durante algún tiempo ha sido consciente de que el secretario principal de su padre alberga cierto cariño hacia ella; un cariño que, está bastante segura, nace de un sincero aprecio hacia su profesionalidad, su reticencia, y el cuidado con el que se comporta en la oficina. De hecho, todas esas cosas han hecho posible que su afecto se mantenga implícito y, por tanto, manejable; y ahora las ha tirado por la borda en la locura de su aventura con Robert.

Así que se siente un poco culpable y un poco tonta. Sin embargo, dado que la naturaleza de su relación con Jenks es tácita, no cree que él se ponga en una situación embarazosa expresándolo.

No obstante, no ha tenido en cuenta la fuerza de su antipatía hacia Robert.

Una tarde, mientras transcribe sus notas taquigráficas, el secretario entra en la habitación y cierra cuidadosamente la puerta tras él.

—Señorita Pinker. —Comienza—, debo hablar con usted.

Sabe inmediatamente lo que le va a decir. Desearía poder saltar de alguna manera al final de la escena, cuando él cierra la puerta tras de sí, sin que ninguno de los dos tenga que pasar por el mal trago de lo que hay en medio.

Él la sorprende.

—Nunca se me ocurriría decirle lo que debe o no debe hacer —dice duramente, evitando mirarla a los ojos—. Jamás criticaría a un compañero, y mucho menos a uno lo suficientemente afortunado como para lograr su buena opinión. No obstante, he de decirle que, al menos en dos ocasiones, Wallis ha sido visto frecuentando cierta calle del centro de Londres, cuya naturaleza me lleva a... —duda— cuestionar su carácter.

—Entiendo —dice con calma—. ¿Y qué calle es ésa?

—Una parte de Covent Garden conocida por sus... asociaciones.

—¿Y usted estaba allí? ¿Le vio?

—Sí. Tengo un amigo que actúa en el Liceo. He ido a ver el espectáculo tres veces. Es un gran éxito.

—Bueno, ahí lo tiene —dice, aliviada—. Usted estaba allí inocentemente, y no tengo duda de que Robert también.

—Me temo que no. Estaba esperando en la entrada de los artistas. Da al lado de la calle a la que me refería. Wallis estaba... —Intenta encontrar las palabras—. Wallis no esperaba nada. Estaba entrando en uno de los edificios. Es un lugar bastante conocido por lo que ocurre allí.

—¿Está seguro de eso?

Asiente.

—Ensuciar el nombre de alguien sin pruebas irrefutables...

—¡No hubiera dicho nada! —chilla—. Si no hubiera estado seguro, si hubiera sido cualquier otro... pero ¿cómo podía quedarme callado, sabiendo lo que sé? Si hubiera ocurrido algo, si hubiera habido... —traga saliva— algún acto violento por su parte hacia usted. Imagine si hubiera ocurrido algo así, y yo no hubiera hecho nada por evitarlo.

—Sí —dice—. Sí, lo entiendo. Debo darle las gracias por hablar con sinceridad.

—Hablaré con su padre y haré que lo despidan.

—No. —Se oye a sí misma decir—, yo misma se lo diré a mi padre cuando llegue el momento oportuno.

—Seguramente sea mejor que esa información proceda de un hombre.

—Es un asunto delicado. Debería manejarse con delicadeza. Elegiré el momento más apropiado.

Frunce el ceño.

—No quiero que mi padre se vea obligado a actuar precipitadamente. El catálogo es muy importante para Pinker... fundamental, incluso, si queremos ir por delante de Howell. Robert debería acabarlo antes de mantener ninguna discusión.

—Entonces, ¿no va a decir nada? —dice, con una repentina desconfianza.

—Usted ha hablado conmigo. Ha debido de resultarle difícil, y lo valoro, pero, ahora que está hecho queda usted liberado de sus responsabilidades.

Después de todo, no es mi padre quien estaría en peligro...

—Si usted no habla con él, lo haré yo.

—Por favor, Simon —dice—. Dejémoslo, por favor. Por mí.

Puede ver que está dolido: no porque haya rechazado su consejo, sino porque, de repente, la ve con otra perspectiva.

—Bueno, le he dado mi opinión —dice bruscamente, volviéndose hacia la puerta. Mientras se marcha, ella pregunta:

—¿Cuándo ha ocurrido eso? La última vez que le vio, quiero decir.

—La última vez fue el viernes por la noche.

Medita: «Antes, esa misma tarde, nos habíamos besado».

Una mezcla de emociones se abren paso hasta su corazón. Enfado y asco, principalmente. No obstante, como mujer moderna que es, intenta pensar racionalmente.

Tal vez, en parte, sea culpa suya. Tal vez, de alguna manera, esté inflamando sus pasiones con sus besos, y deba encontrar alivio en... no soporta pensar en qué encuentra alivio.

Durante una semana se siente incapaz de tocarle. Y entonces descubren que las uvas de moscatel y las semillas de cilantro comparten algunas características florales iguales; que las nueces y la mantequilla recién batida tienen una fragancia lechosa y cremosa similar. A medida que unen las diversas partes de la guía descubren las conexiones ocultas entre distintos gustos y aromas: una gama que va del dulce al agrio, de lo floreado a lo especiado, una paleta de sentidos. Y, de alguna manera, cuando Robert la toma en sus brazos, todo lo que ocurre en ese otro mundo, ese reflejo oscuro en el que los hombres se guardan sus deseos ocultos, parece no tener importancia, no tener peso en el placer culpable que siente.

Hay otra emoción que no esperaba sentir. Cuando piensa en las otras mujeres, las mujeres sin rostro ni nombre que se acuestan con él en ese mundo paralelo, se sorprende al descubrir que lo que siente por ellas no es lástima ni asco, sino una repentina y alarmante sacudida de envidia.

DIECIOCHO

Por fin completamos la guía. El perfumista había construido una docena de sólidas cajas de caoba, que se abrían por un costado para revelar una ingeniosa serie de estantes que sostenían treinta y seis frascos de aromas con tapón de vidrio esmerilado. Mientras tanto, un impresor editaba el panfleto que explicaba cómo usar las fragancias. He de confesar un toque de vanidad personal en este aspecto: insistí en que el panfleto se encuadernara en vitela de becerro; en apariencia, para que soportara los rigores del terreno pero, en realidad, porque aquella era mi primera obra publicada y quería que se pareciera a un volumen de poesía tanto como fuera posible.

La conclusión del catálogo me puso en una especie de dilema. Puesto que me pagaban por palabra, no había razón evidente para que me quedara en Pinker. No obstante, de la misma manera, nadie podía afirmar que estaba despilfarrando su dinero. Le farfullé a Emily algo sobre querer refinar mi redacción cuando llegaron los primeros informes de los agentes de Pinker, pero ambos sabíamos que mis motivos eran muy distintos.

Pinker nunca decía nada sobre mi presencia. No obstante, en ocasiones, me encontraba pequeñas tareas para mantenerme ocupado. Aquello ocurría con tanta frecuencia que, de hecho, incluso comencé a preguntarme si era deliberado.

Un día, colocó frente a nosotros media docena de tarros rechonchos con etiquetas toscamente impresas. Uno llevaba un elaborado dibujo de un ángel, otro tenía el dibujo de un león.

—¿Qué es esto? —preguntó Emily, que evidentemente estaba tan poco familiarizada con ellos como yo.

Los ojos de su padre brillaron.

—¿Los probamos y lo averiguamos? —Hicimos que nos subieran agua hirviendo, y catamos el contenido del primer frasco. Era café, pero de baja calidad.

—¿Y bien? —exigió saber Pinker.

—Muy corriente.

—¿Y el siguiente?

Continué con el segundo frasco.

—Si no me equivoco, éste ha sido glaseado con agua azucarada para proporcionarle una dulzura artificial.

Lo mismo ocurrió con el resto: eran insípidos, estaban contaminados o habían sido aderezados con otros ingredientes.

—¿Puede decirnos de dónde proceden estas excrecencias? —pregunté.

—Por supuesto. —Pinker le dio un golpecito a uno de los frascos—. Éste es arbutle. He mandado traerlo por barco. Tiene una cuarta parte de todo el mercado estadounidense: más de un millón de libras al peso por año. Al pedir café en

cualquier lugar entre Nueva York y Kansas City, esto es lo que se sirve. —Señaló el segundo frasco—. Éste es chase and sanborn. Cubren desde Boston hasta Montreal. En ese territorio no hay taza que se sirva que no produzcan ellos. Éste es café lion... Éste es seal... Éste es folgers, de San Francisco y las tierras de la fiebre del oro. Y éste es maxwell house, que es natural de Nashville y el sur. En total, sólo seis... marcas, como las llaman allí... cubren el consumo de café de la nación más poderosa del mundo. ¡Seis! Inevitablemente, sus propietarios ejercen un poder colosal. Creo que me ha oído hablar de la Bolsa, ¿verdad, Robert? —Asentí—. La Bolsa es un lugar fantástico. Pero también es el escenario de un gran conflicto en curso: un conflicto entre aquellos que desean que nuestra industria sea libre, y aquellos que buscan controlarla para sus propios fines.

—¿Cómo puede nadie controlar una industria entera?

Caminó hasta colocarse junto a la teletipo, dándole vueltas incesantemente a su cadena de cinta blanca sobre las tablas del suelo y mirando los símbolos mientras hablaba.

—Estas seis empresas han llegado a un acuerdo privado con el gobierno brasileño. Han eludido eficazmente la Bolsa; tal y como dicen allí, han acaparado el mercado. Si el precio es muy bajo, compran todas las existencias para crear escasez y sacarlas a la venta cuando los precios mejoran. O si el precio es demasiado elevado, sencillamente se niegan a vender, y se sientan a esperar a que caiga al nivel que les conviene. Y todo ello porque el público ha aprendido a confiar en su nombre.

—Es la estandarización de la que me habló la primera vez que me entrevistó.

—Sí. —Pinker frunció los labios. Creo que estaba decidiendo cuánto revelarme sobre sus planes—. Es el futuro —dijo por fin—. Y debemos superarlo o quedarnos atrás. Recuerde a Darwin.

—Pero están en Estados Unidos. Inglaterra es algo completamente distinto.

Pinker negó con la cabeza.

—Ahora constituimos un solo mercado, Robert. Al igual que hay un precio para el producto crudo, con el tiempo habrá uno para el artículo acabado. Y lo que impulsa al ama de casa de Sacramento o Washington a desprenderse de su dinero también funcionará en Birmingham o en Bristol.

—Aunque no pretenderá vender un café tan malo como éste, ¿verdad?

Una vez más, Pinker dudó.

—Voy a reducir el número de mezclas a dos —dijo—. Ambas se comercializarán con la marca «Castle». Castle Premium se proveerá a las Tabernas de Abstinencia, y Castle Superior a las tiendas. Así, el cliente tendrá la seguridad de saber que está comprando la misma marca de confianza para uso doméstico, que aquella de la que disfruta cuando sale. —Las frases se atropellaban en su lengua, refinadas y resbaladizas.

—La misma marca, sí, pero no el mismo café —señaló.

—Sospecho que ésa es una distinción que la mayoría de la gente pasará por alto.

Es por un bien mayor, Robert... nuestro éxito implicará el éxito de las tabernas, y el del café y, por tanto, el de la abstinencia: crearemos una economía más sobria y eficaz que beneficiará a toda la nación, y a las naciones que nos abastecen, pero nadie nos ayudará a hacerlo. Hemos de participar en el juego para ganar. Por tanto, debemos mirar hacia Estados Unidos y observar los nuevos métodos que han demostrado que funcionan.

—Pero usted no controla el mercado.

—No.

—Entonces, sin duda, ése es un error en su plan.

—Digamos solamente que es algo que debe tener en cuenta.

—¿En qué sentido?

—Todo a su tiempo, Robert. Todo a su tiempo. Mientras tanto, ¿puede reflexionar un poco sobre la forma en la que se pueden elaborar mis mezclas?

Fue una conversación curiosa que volví a retomar con Emily cuando nos quedamos solos.

—Su padre parece muy entusiasmado con sus mezclas —comenté.

—No es nada nuevo. —Tomó algunos de los granos que estábamos examinando—. Por ejemplo, este Java tiene un cuerpo excelente, pero es un poco insípido en cuanto a sabor. El moca tiende a ser lo contrario: lleno de sabor, pero ligero en la boca. Combinados, producen un café muy agradable.

Le lancé una mirada.

—Es una especie de matrimonio de sabores.

—Así es —aceptó—. Pero...

—¿Qué?

Suspiró.

—Creo que es como mezclar colores en una paleta. Es fácil producir marrón juntando el resto de los colores, pero, sólo porque sea sencillo, no significa que haya que hacerlo.

»Exactamente. Los colores se aprecian mucho más por sí mismos. —Se quedó callada durante un instante. No solía criticar a su padre.

—Naturalmente, tiene factores comerciales en los que pensar.

—Desde luego, es muy bueno fabricando dinero.

—Tiene planes, planes fantásticos. Si conociera la mitad de ellos...

—Me gustaría.

Suspiró de nuevo.

—Ha de tener cuidado a la hora de decidir a quién se lo cuenta, y cuándo.

—Por supuesto. Y usted es familia, yo no. Aunque espero que un día se me considere más cercano de lo que soy.

Ante aquel comentario, se sonrojó.

—Y ahora —dije—, llevemos a cabo nuestro propio matrimonio. —Le extendí mi mano.

—¿A *qué* se refiere?

—Quiero decir, entre estos dos cafés —dije, señalando el moca y el java que había en la mesa ante nosotros—. Sus sabores llevan mucho tiempo flirteando, desde que los presentaron en un baile. Bendigamos su unión y ayudémoslos a consumarlo.

—¡Robert!

Alcé las cejas inocentemente.

—Hablo metafóricamente, por supuesto. —Junté los granos en el molinillo y lo accioné con fuerza—. Tal y como dice, será interesante ver cómo se combinan ambos cuerpos...

—¡Robert! Deténgase.

—Muy bien.

Puse algunas cucharadas en las tazas y añadí el agua. De hecho, la mezcla no era mala.

—Una unión feliz, después de todo —dije, pero ella intentaba ignorarme.

Le sonreí hasta que, finalmente, con cierto descaro, fingió pegarme.

Así, entre flirteos y falsos preparados, bailamos en mutua ignorancia hacia el mayor malentendido de todos.

DIECINUEVE

—¿Cómo vamos? —exigió saber Pinker por vigésima vez, entrando en la habitación

—. ¿Están terminadas mis mezclas?

—Casi —admití. Estaba solo con la Rana, pues Emily se había tomado la tarde libre para ir de compras.

Pinker se detuvo en seco.

—¿Qué demonios lleva puesto, Robert?

—Es una chaqueta de estilo indio.

—Y veo que los colores también lo son. Aunque quizá parecería menos... brillante bajo el resplandor del sol oriental.

—Tal vez —dije despreocupadamente.

—Costó ocho libras —dijo la Rana con entusiasmo desde el suelo, donde estaba agachada, en su postura habitual—. Es la única de su clase en todo Londres.

—No me sorprende. —Pinker me miró y suspiró—. ¿Quieres dejarnos solos, querida Philomena? El señor Wallis y yo tenemos algunos asuntos que discutir.

Solícita, la Rana salió brincando y croando.

—No tengo ni idea de por qué insiste en hacer ese extraño ruido —murmuró Pinker—. Supongo que dejará de hacerlo con la edad. —Me lanzó una mirada—. Mis hijas... mis hijas son todas originales a su manera, Robert.

—Puede estar orgulloso de ellas —dije educadamente.

—Son una gran preocupación. Seguramente, todos los padres se inquietan por sus hijos. Sin embargo, cuando sólo hay un padre, la preocupación se dobla, en lugar de dividirse.

—Lo imagino.

—¿Puede? —Volvió a mirarme—. Le debe de parecer extraño que les haya dado empleo en mi negocio.

—No lo había pensado —dije con cautela.

—Emily necesita estar ocupada. Le viene de mí, por supuesto. Pero necesita la sensación de tener un objetivo incluso más que yo: saber que lo que hace aporta algo positivo al mundo. Jamás sería feliz, por ejemplo, llevando la casa de un pequeño aristócrata. Supervisando criados, bailes, menús para la cena y demás.

Creía que comenzaba a entender a dónde quería ir a parar con todo aquello.

—Por supuesto —dije—. Es una mujer moderna. De ninguna manera debe verse empujada al pasado.

—¡Exacto! —Pinker asió mi brazo con fuerza—. Verse empujada al pasado... eso es exactamente lo que teme. Dice usted bien... tiene el don de las palabras.

—Hago lo que puedo —dije con modestia—. Pero si soy capaz de expresar el sentimiento es porque lo siento. Yo también deseo avanzar.

—Sí. —Liberó mi brazo—. Debe venir a cenar, Robert. Tenemos mucho de que hablar.

—Me encantaría.

—Bien. El sábado a las seis. Jenks le dará la dirección.

Estaba pensando que podría casarme con su hija.

Apenas podía creer lo afortunado que era. Él era un hombre rico, y estaba claro que se estaba haciendo cada vez más rico. Con una fortuna como la que debía de tener, hubiera podido comprarle un título a su hija o consolidar una alianza con otro rico comerciante. Yo era un artista, y no tenía un penique. Tenía educación, cierto, y me gustaba pensar que también tenía talento o encanto, pero, en la vida real era poco probable que un hombre como aquél me considerara el marido adecuado. Habérmelo ganado era un golpe maestro.

Nunca tendría que volver a trabajar. Podría viajar: siempre había querido hacer el Grand Tour, como tantos otros poetas y artistas antes que yo. Podría permitirme tener una casa en la ciudad y otra en algún lugar tranquilo en el campo. Podría dedicarme a escribir, libre de preocupaciones domésticas.

Esa noche celebré aquel giro fortuito de los acontecimientos comprando una jeringuilla y una solución de cocaína y llevándolas a la calle Wellington. No tuvo mucho éxito. Pese a que la droga aumentó mi entusiasmo, produjo un efecto anestésico en mi rendimiento, y me ralentizó hasta el punto de que sólo deseaba que todo acabara por fin. Sin embargo, en aquella ocasión, a la chica no le importó, pues se quedó con lo que no utilicé. Por lo visto, se está convirtiendo rápidamente en el estimulante preferido de las mejores putas: no repele a los clientes como sí lo hace el olor a ginebra, y hace que la chica parezca más entusiasmada, a diferencia de la morfina, que las amodorra. Ahora se puede conseguir cocaína en pastillas en cualquier farmacia de Covent Garden. Tal y como diría Pinker: así progresamos.

VEINTE

«Acre»: una sensación picante, punzante o penetrante, no necesariamente desagradable. Por ejemplo, la pimienta o el rapé.

MICHAEL SIVETZ, *Coffee Technology*.

Contemplé cuidadosamente lo que me iba a poner para ir a cenar a casa de Pinker. Por un lado, como esteta, era casi una obligación tener un aspecto llamativo en la mesa. Por la otra, quería que Pinker pensara en mí como un posible futuro yerno. Decidí que debía llevar algo impresionante, que pusiera de manifiesto que era, si no su igual, alguien de categoría en mi propio ámbito.

Después de algunas consideraciones, lo encontré: una vistosa chaqueta estampada de seda verde, con gemas incrustadas que parecían brillar con la opulenta iridiscencia del cuello de un pato real. Estaba expuesta en Liberty, junto con un magnífico turbante azul, sujeto con un suntuoso broche de granate rojo. El único problema era que el conjunto costaba seis libras, una suma que ya no me podía permitir.

Fui a ver a Ike, y le expliqué que necesitaba un poco más de dinero.

Ike alzó una ceja.

—¿Más? Si no le importa que lo comente, señor Wallis, lleva algo de retraso en sus préstamos anteriores.

—Esto es... una inversión.

—Ah, ¿sí?

Ike parecía esperar más información.

—Tengo la intención de hacer una propuesta de matrimonio —expliqué.

—Ahh. ¿Y tenemos buenas expectativas en cuanto a esta unión?

Financieramente, quiero decir.

Me sentí tentado a decirle que no era asunto suyo pero, naturalmente, ahora sí que lo era.

—Así es. La dama en cuestión... su padre... es acaudalado. Muy acaudalado. Pero, mientras tanto, inevitablemente, tendré más gastos.

Asintió pensativo.

—Digamos... ¿otras cuarenta libras? —Sugerí.

Una vez más, firmé algunos papeles y, de nuevo, cuando me entregó el dinero, le devolví dos libras.

—Sus intereses.

Hizo una reverencia.

—Permítame ser el primero en desearle éxito en su empresa. Aunque quizá debería señalarle que habrá de pagarme el préstamo en cualquier caso —rió—. No es que crea que no le irá bien en su iniciativa. Estoy seguro de que usted y la susodicha

dama serán muy felices.

Pinker vivía a poca distancia de su almacén, en una bonita manzana de casas de piedra negra de estilo georgiano. Un sirviente con librea abrió la puerta, y a su lado había una criada para recoger mi abrigo y mi bastón. Estaba impresionado. Si así vivía Pinker, su yerno también podía esperar vivir así.

Tener un sirviente y una criada también sería muy satisfactorio. Además, observé que la criada era bastante bonita.

—Están en la sala de estar —murmuró el sirviente, y me entregó una copa de madeira.

Atravesé la puerta que me indicó. El salón estaba iluminado con lámparas eléctricas que proyectaban un brillo favorecedor sobre las caras de las tres chicas Pinker, todas engalanadas para la ocasión. Ni siquiera Ada parecía tan poco agraciada como de costumbre, mientras que la Rana, incómoda con su vestido de colegiala, ponía mala cara, pero al menos por una vez parecía una chica. Sentado en una silla de respaldo alto, Pinker hablaba con un hombre rechoncho que llevaba un sobrio abrigo negro. Junto a ellos, Emily estaba deslumbrante con un vestido de terciopelo verde.

—Ah —dijo Pinker—, Robert, aquí está. Permítame que le presente a Hector Crannach.

—Bueno —dijo el hombre rechoncho con un fuerte acento escocés, observándome de arriba abajo mientras me machacaba la mano—, me habían avisado de que era usted poeta, Wallis, pero no de que probablemente se olvidaría la ropa.

—¿Disculpe? —dije, frunciendo el ceño.

—Ha venido a cenar en bata, hombre.

Pinker rió entre dientes.

—Hector, deberá refrenar su famosa y clara forma de hablar esta noche. Y Robert, usted deberá disculpar a Crannach si no está al día de la última moda de la calle Regent. Hace poco que ha vuelto de Brasil.

—Hector es el director general de mi padre —añadió Emily, ofreciéndome su mano—. Hola, Robert. ¿Es usted un mogul o mikado esta noche?

—Esta noche —dije, y besaba sus dedos—, soy el triunfo del estilo sobre el estilo. Aunque, si se refiere a mi chaqueta, creo que verá que el diseño es persa.

—He viajado mucho por Persia —anunció Crannach, o más bien silbó—, y nunca he visto una chaqueta como *ésta*.

Para entonces, ya le estaba tomando bastante antipatía a aquel escocés.

—Aunque una vez sí que vi una alfombra parecida en Marruecos —añadió, volviéndose hacia Ada y la Rana. Reí educadamente con ellos.

—Mi padre ha estado hablando sobre su catálogo, Robert —dijo Emily con rapidez. Entonces vi que habían colocado una de las cajas de muestras de caoba sobre la mesa. Los costados estaban abiertos, y se veían las hileras de frascos—. Hector está muy impresionado.

—Ah, sí —dijo Hector con desdén—. No niego...

Resoplé y él se detuvo.

—¿Perdón?

—Nada.

—No niego...

Miré a Emily y reí con disimulo. Puso una expresión seria, pero podía ver que ella también intentaba no reírse.

—¿Qué? —Saltó Hector, mirándonos a los dos.

—Nada. —Repetí aunque, de hecho, el maravilloso choque de vocales con el fuerte acento escocés que tenía Crannach al hablar había sido muy gracioso—. Continúe, por favor. ¿Qué es lo que no niega?

—Que dicho dispositivo pueda sernos útil —farfulló furioso.

—¿Cómo? —dijo Pinker—. ¿Tiene reservas, Hector?

—Fuera, sobre el terreno —dijo con pompa— y especialmente en los trópicos, temo que su guía no dure ni seis meses.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Termitas —dijo bruscamente—. Las termitas tropicales son tan grandes como mi puño. Estropearán la caja. Y el calor, hombre... el terrible calor que cocerá sus bonitos perfumes hasta dejarlos en nada.

—Bien —dije—, evidentemente, no conozco las termitas tan bien como usted. Pero los principios deberían permanecer en buenas condiciones sean cuales sean las circunstancias. Y la palabra escrita, el panfleto, debería soportar incluso el terrible calor de los trópicos, supongo.

Sentí un agudo dolor en mi tobillo. Bajé la vista. El zapato de punta afilada de Emily se retiraba de nuevo bajo su vestido.

—En cualquier caso —continué suavemente—, se equivoca al decir que se trata de mi catálogo. También es obra de la mayor de las señoritas Pinker, que ha sido mi servicial ayudante y secretaria infatigable durante estas últimas semanas. —Tomé su mano y la besé de nuevo. Hector miraba con el ceño fruncido. Se me ocurrió que no le gustaba demasiado haber vuelto de Brasil y encontrarme firmemente acurrucado en el seno, por decirlo de alguna manera, de las chicas Pinker.

—¿Ha estado en los trópicos alguna vez, Robert? —preguntó, con acritud.

Fue entonces cuando cometí el primero de mis errores de aquella noche.

—Aún no. Aunque tengo la intención de ir para escribir un poco —dije con aire despreocupado—. Parece ser el único lugar en el que se puede evitar que los amigos de uno te molesten.

Así que, según puede ver, todo se desató a partir de un epigrama. Qué ironía.

La noche transcurrió bastante bien. Hector nos aburrió con el relato de sus viajes por Malasia, Ceilán y el Caribe con su fuerte acento escocés. No obstante, dado que me da pereza reproducir fonéticamente su conversación, tendrá que emplear su imaginación.

También tendrá que emplear su imaginación para hacerse una idea de la gran

belleza de Emily en la cena de aquella noche. A la suave luz que proyectaban las luces eléctricas de Pinker, las redondeces de su pecho lechoso, acentuadas por el corte de su vestido, eran verdaderamente fascinantes. Vi cómo Hector las observaba clandestinamente mientras se llevaba la sopa a la boca: decidí inmediatamente no hacer nada tan vulgar.

Resultó que el trabajo de Hector consistía en ir de un país ecuatorial a otro, iniciando plantaciones para Pinker y supervisando las existentes, a la vez que se aseguraba de que todas funcionaran exactamente igual, tanto si estaban en Bangalore como en Buenos Aires. Llegados a cierto punto, el agrario escocés se lanzó a dar una larga explicación sobre las dificultades de cultivar café en las montañas de Jamaica.

—Vamos —murmuré—, no puede ser tan complicado.

Me fulminó con la mirada.

—¿Qué?

—Tras escuchar su relato —dije—, observo una clara incoherencia. Por una parte, nos dice que ahora el café es el cultivo más cosechado del mundo, más abundante que el algodón o la goma, incluso. Por otra, quiere hacernos creer que es endemoniadamente difícil de cultivar. Desde luego, no pueden darse ambas afirmaciones.

—Robert —murmuró Emily en tono reprobatorio.

—No, es un argumento válido —dijo Hector con ecuanimidad—. Pero me temo, Robert, que deja al descubierto su ignorancia... su desconocimiento de las condiciones del terreno. Sí, el café es fácil de cultivar. Pero eso no significa que sea fácil sacar beneficio de él. Pasan cuatro años desde que se despeja el bosque hasta que se recoge la primera cosecha... cuatro años plantando, desherbando, cuidando, irrigando, antes de ver el primer penique. Cuatro años en los que hay que pagar a los empleados, a menos, naturalmente, que tenga... —Se detuvo.

—¿A menos que qué? —pregunté.

—No permitiré la esclavitud, ni nada parecido, en una plantación Pinker —dijo Pinker rápidamente—. Eso nunca es negociable.

—Sí, claro —dijo Crannach, recuperándose—. Y es lo correcto. Tal y como decía, existen obligaciones que duran años antes de recoger una cosecha. Y, por su propia naturaleza, el café crece en regiones montañosas. Hay que secarlo, transportarlo... eso es lo más caro: no tanto los tres mil kilómetros por mar, sino los doscientos kilómetros que hay hasta el mar.

—Es por eso por lo que cada vez establecemos más plantaciones en zonas que ya tienen buenas rutas comerciales —añadió Pinker.

—Y por lo que debemos asegurar que... —comenzó Hector, pero Pinker le interrumpió.

—Hector, ya hemos hablado suficiente sobre negocios. Mis hijas se están aburriendo.

—Yo no estoy aburrida —dijo la Rana—. Me gusta oír hablar sobre los distintos

países. Pero me gustaría saber si se ha encontrado con algún caníbal.

Por lo visto, Hector no sólo se había encontrado con caníbales, sino que lo habían recibido las clases más elevadas de la sociedad caníbal. Tras diez minutos de perorata, sofoqué un bostezo.

—Menudas aventuras ha experimentado, mi querido Crannach. Y las relata de forma emocionante. ¿Dice que les disparó a todos? Cómo le envidio. Yo nunca he disparado nada más que palabras.

La Rana reía. Hector miraba enfurecido. Emily se limitaba a suspirar.

La comida resultó excelente. Pinker la sirvió como es debido: nada de esos bufetes *à la Russe*: había suficientes tenedores, cuchillos y cubertería de plata como para abastecer a todo un equipo de cirujanos. Junto a cada servicio había un menú escrito a mano. Si no recuerdo mal, el menú era el siguiente: *Huîtres natives. Petite bouchée norvégienne. Tortue claire. Crème Dubarry Homard sauté à la Julien Aiguillette de sole. Sauce Germanique Zéphir de poussin à la Brillat-Savarin. Selle d'agneau à la Grand-Veneur. Petits pois primeur à la Française. Pomme nouvelle persillade Spongada à la Palermitaine. Jambon d'York braisé au champagne Caille à la Crapaudine. Salade de saison. Asperges vertes en branche. Sauce mousseuse. Timbale Marie-Louise. Soufflé glacé Pompadour. Petits fours assortis. Postre.*

Entre unas cosas y otras, transcurrieron varias horas antes de que las damas se excusaran. El sirviente colocó una caja de puros sobre la mesa y se retiró.

Crannach se despidió. Creo que probablemente había bebido demasiado; si así era, fue casualidad, pues necesitaba hablar con Pinker de hombre a hombre.

Mi jefe se sirvió un vaso de oporto.

—Dígame, Robert —dijo pensativo—, ¿dónde se ve a sí mismo en... digamos, cinco años? Inspiré profundamente.

—Bueno... casado, supongo.

—¿Casado? —Pinker asintió—. Eso está bien. El matrimonio es algo maravilloso. Asienta al hombre, le da un propósito en la vida.

—Me alegro de que lo apruebe.

—Naturalmente, un hombre, con los gastos de una casa, necesita dinero para afrontarlos.

—Así es. —Concedí, sirviéndome un poco más de oporto.

—Y dígame algo más —dijo divertido, cortando el extremo de un puro—. He observado que, aunque la tarea concreta para la que contraté sus servicios está fundamentalmente acabada, aún viene a mi oficina casi todos los días.

—No puedo negarlo —dije con una débil sonrisa.

—¿Y existe, quizá, algún motivo para ello? ¿Algún motivo concreto?

—Así es —admití.

—Eso pensaba. —Se acercó a una vela para volver a encender su puro, y soltó una risita—. Yo era como usted a su edad.

—¿En serio?

—Sí. Estaba... lleno de ambición. Había conocido a Susannah, la madre de las chicas, y tenía un único pensamiento en mente.

Aquél fue un inesperado golpe de suerte. Si Pinker había estado alguna vez en el lugar de un pobre pretendiente, mi trabajo sería mucho más fácil.

—Entonces —aspiró satisfecho—, tal y como habrá observado, Pinker es un negocio familiar. Más aún: nuestro negocio es nuestra familia.

—Por supuesto.

—Es algo de lo que nos enorgullecemos. Y usted —me señaló con el puro— encaja muy bien en esa familia.

—Gracias —dije. Aquello iba mejor de lo que hubiera esperado.

—Usted es... bueno, digamos que cuando le conocí tenía mis dudas. Me preguntaba... para ser sincero, me preguntaba si usted era el hombre apropiado para el trabajo. Pero es usted un joven simpático, Robert, y le he cogido mucho afecto.

Asentí con modestia.

—Permítame que vaya al grano. Quiero que se convierta en un miembro permanente de la familia Pinker.

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. En lugar de tener que convencer a Pinker de mi idoneidad como marido, ¡casi parecía que él estuviera intentando convencerme *a mí!*

Le dio una bocanada a su puro.

—Quizá se pregunte si está a la altura.

—No, estoy seguro...

Soltó una risita.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué no iba a estarlo? Tiene la energía de la juventud. —Se inclinó hacia delante, subrayando sus palabras con la brillante punta de su puro—. Energía. Ése es el ingrediente fundamental. No lo olvide.

—No lo haré.

—Todas las mañanas debe levantarse y decirse a sí mismo: estoy preparado.

Soy capaz de enfrentarme a este reto. Soy suficientemente hombre. ¡Todas las mañanas!

—Así es —dije, ligeramente sorprendido por la insospechada actitud física de Pinker hacia el matrimonio.

—Usted está pensando en una aventura, un reto. Habrá ocasiones en las que resulte difícil.

Asentí.

—Pensará: ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué estoy haciendo esto? —Reí con él—. Mi consejo —dijo repentinamente serio de nuevo— es que no se exija demasiado, Robert. Nadie espera que sea un santo, ¿eh? No en esas circunstancias. Permítase unas vacaciones de vez en cuando. Después vuelva a su trabajo con renovada fuerza. ¿Entiende lo que le digo?

—Creo que sí —dije con cautela. Desde luego, aquélla era una conversación más

masculina de lo que hubiera esperado. Pero Pinker podía pensar sencillamente que animar a su yerno a visitar prostitutas de vez en cuando era algo racional, algo moderno.

—Naturalmente, su falta de experiencia lo hará más difícil. Supongo que no tiene ninguna, ¿no es así?

—Bueno, en realidad, ha habido alguna ocasión...

—Créame, aun así será un choque. Ah, sí, he estado en su lugar y es un impacto. Pero todos hemos sido novatos alguna vez... ¡y qué no daría yo por estar en su lugar, ser joven de nuevo, e iniciar este gran viaje! Ahora bien.

Hablemos de dinero.

—Muy bien. —Respiré profundamente. Aquél era el punto en el que todo se podía venir abajo—. No tengo gran cosa.

Para mi sorpresa, Pinker sonrió abiertamente.

—Lo imaginaba.

—Ah, ¿sí?

—Se ha gastado todo lo que le he pagado hasta ahora, ¿no es así?

—Eso me temo, sí.

—¿Tiene deudas?

—Alguna.

Envalentonado por su sonrisa inesperadamente indulgente, le hablé de Ike y sus préstamos.

—¿Así que ha estado pidiendo más préstamos para pagar los intereses? —Pinker hizo una mueca de dolor—. Eso no está bien. Nada bien. —Me lanzó una mirada sagaz y, durante un instante, se me ocurrió que su expresión se parecía muchísimo a la del prestamista—. Pero es una minucia, puede arreglarse cuando tenga ingresos. Digamos... ¿trescientos al año? ¿Con otros trescientos para sus gastos? ¿Y el anticipo de un año?

No era tanto como hubiera esperado, pero parecía poco noble regatear.

—Muy bien.

—Habrà una prima a los cuatro años, si la empresa es tan fructífera como ambos esperamos.

Le miré fijamente. ¡El comerciante de café me estaba proponiendo una prima por dejar a Emily embarazada! Por un momento reflexioné lo vergonzoso que era verme obligado a casarme con aquella familia. Entonces recordé los trescientos al año, con los trescientos para gastos, y todo por no hacer nada más oneroso que fornicar habitualmente con su hermosa hija.

—Acepto gustoso.

—Excelente.

—Espero que Emily también —bromeé.

Pinker frunció el entrecejo.

—¿Emily?

—Será mejor que vaya a preguntárselo, ¿no es así?

—¿Preguntarle el qué?

—Si se casará conmigo.

Su ceño fruncido se acentuó.

—No hará tal cosa.

—Pero... ahora que hemos acordado los términos... ¿qué nos lo impide?

—Dios mío. —Pinker se pasó la mano por la frente—. Tonto de remate... no se imaginará que... ¿qué cree que le estaba ofreciendo?

—Bueno... la mano... de su hija...

—Le ofrecía una carrera —dijo bruscamente—. Ha dicho que quería ir al extranjero, ha dicho que era ambicioso, que necesitaba empleo para poder casarse.

—Esperaba que el matrimonio implicara el fin de la necesidad de empleo —dije, nervioso.

—Por supuesto que no puede casarse con Emily. Es algo impensable. —Me miraba fijamente, horrorizado—. ¿Qué sabe *ella* sobre este asunto?

—Mmm...

—Si la ha tocado siquiera —siseó—, haré que lo fustiguen de aquí hasta la calle Threadneedle. —Se llevó la mano a la frente—. Sus deudas... oh, Señor... ese maldito prestamista debe esperar... debemos evitar otro escándalo. —Levantó su vaso de oporto, lo observó y después lo volvió a dejar sobre la mesa—. Tengo que hablar con Emily. Le veré en mi despacho, señor, mañana a las nueve de la mañana. Buenas noches.

Malentendidos, fines contrapuestos, mensajes contradictorios. Sí, sí, lo sé... es curioso que la primera consecuencia de escribir el catálogo fuera un follón de semejantes dimensiones.

VEINTIUNO

Caminé hasta la City. Llovía: la chaqueta estampada y el turbante pronto se empaparon; la tela pesaba tanto como un jubón y no era mucho más impermeable. Por fin encontré un coche de caballos que me llevara a Marylebone. Caminé con dificultad hasta mis habitaciones bajo la llovizna, preguntándome cómo era posible que todo hubiera ido tan mal.

Había un bar en la esquina. Desde el exterior, todo eran luces cálidas, reluciente metal y ventanas brillantes grabadas con los nombres de las cervezas.

No podía enfrentarme al silencio de mis habitaciones. Entré.

Estaba casi vacío. Pedí un *brandy* y me senté. Había unas cuantas chicas que se resguardaban de la lluvia: una de ellas buscó mi mirada y sonrió. Supongo que debí de devolverle la sonrisa porque alzó su vaso, les dijo algo a sus compañeras y se acercó.

—¿Adivina la fortuna? —preguntó.

—No —dije brevemente.

—Entonces, ¿es usted hindú?

—No, soy tan inglés como usted.

—Vaya. ¿Por qué...? —señaló mi ropa.

—He ido a cenar. —Me quité mi turbante empapado, y le di un trago al *brandy*.

—¿Quiere que me siente con usted?

La miré. Era bastante agradable, pero no me resultaba nada atractiva.

—Nada de negocios, me temo. Lo siento. No estoy de humor.

Se encogió de hombros.

—¿Para hacerle compañía, entonces?

—¿Cuánto cobra por la compañía?

Se sentó y empujó su vaso hasta mí.

—Si rellena eso, puede verme beber gratis. En una noche como ésta, prefiero estar aquí con una cerveza que fuera buscando negocio.

Hice señas a la camarera y señalé nuestros vasos.

—¿Cómo se llama? —le pregunté a mi acompañante.

—Anna. ¿Y usted?

Tenía una franqueza que me gustaba.

—Robert.

—¿Por qué está aquí, Robert?

—¿A qué se refiere?

—Nadie deambula una noche como ésta sin motivo.

—Ah. —Me terminé mi primer *brandy* y comencé con el segundo—. Esta noche le he pedido permiso al padre de la chica a la que amo para casarme con ella.

—Entonces, ¿no ha ido bien?

Aquella Anna no era tonta.

—Peor imposible —admití.

Anna colocó su mano sobre mi hombro.

—Invíteme a otro trago —sugirió—, y puede contármelo todo.

Huelga decir que, poco más de media hora después, la tenía en una de las habitaciones de arriba, apoyada contra el aguamanil, agarrando con mis manos sus sólidos y ondeantes muslos, mientras ella, por su parte, jadeaba sobre el lavabo, y yo miraba mi propio reflejo en el espejo.

A medida que me acercaba a mis habitaciones, me di cuenta de que dos hombres acechaban en el hueco de un portal. Los ignoré, pero mientras introducía la llave en la cerradura oí pasos. Algo pequeño, duro y muy pesado, parecido a una bola de billar, me golpeó el cuello. Cuando me di la vuelta, recibí otro golpe enorme en un lado de mi cabeza. Mi primer pensamiento a medida que iba cayendo al suelo fue que Pinker había enviado a sus matones para advertirme pero, incluso en mi estado semiinconsciente, sabía que era poco probable.

Uno de los hombres se inclinó hacia mí. Tenía una pequeña porra en la mano.

—Ni se te ocurra salir del país sin pagar tus deudas —siseó.

Naturalmente, una casa tan grande como la de Pinker no era mucho más privada que Trafalgar Square. Cualquiera podía sobornar a un sirviente para que informara cuando algo importante tenía lugar. Las noticias de mi discusión con el padre de Emily probablemente ya habían llegado a todas las partes interesadas en Londres.

—¿Vienen de parte de Ike? Díganle que pagaré. —Me di cuenta de que no podía hacerlo—. Le pediré otro préstamo mañana.

—No seas idiota. —Escupió el rufián—. ¿Por qué querría Ike prestarte más dinero?

—Para poder pagarle los intereses.

—No creo. —Alzó la porra. No era más larga que un par de guantes, y me miró intentando decidir dónde la iba a emplear. Me golpeó en el abdomen, y me inundó un dolor atroz.

—Ike reclama su deuda —dijo—. Entera. Tienes una semana para pagar.

A la mañana siguiente tuve una entrevista igualmente difícil con Pinker. No hubo garrotes, pero sólo porque no hacían falta.

Para mi sorpresa, cuando me hicieron pasar a su despacho, Emily también estaba allí. Estaba de pie frente al escritorio en el que se sentaba su padre, así que, tras dudar un instante, me acerqué a ella. No dijo nada, aunque sus ojos se volvieron aún más grandes cuando vio el moratón que había en mi frente.

—Emily y yo hemos pasado buena parte de la noche hablando —dijo Pinker. Me miraba con los ojos entrecerrados—. Hay algunas cosas que creo que debe saber. —Se dirigió a su hija—. Emily, ¿estás enamorada del señor Wallis?

—No, padre.

Las palabras me golpearon como un martillo, haciendo añicos todas mis esperanzas como cuentas de cristal.

—¿Le has sugerido alguna vez que podrías estar enamorada de él?

—No, padre.

—¿Quieres casarte con el señor Wallis?

—Tal vez, padre.

La miré perplejo. Aquello no tenía sentido.

—Explícanos, por favor, las circunstancias en las que accederías a tomarlo como esposo.

Dudó.

—No estoy enamorada de Robert, pero somos amigos, buenos amigos.

Creo que tiene los ingredientes para convertirse en un hombre bueno y capaz.

Creo que quiere hacer el bien en el mundo. Me gustaría ser capaz de ayudarlo.

Había más, mucho más, y todo ello perfectamente formulado: salió de sus hermosos labios como un discurso. No había encontrado a nadie más en su vida a quien amar y que la amara; debía casarse con alguien; por tanto, la cuestión era qué matrimonio ayudaría a potenciar más aquellas causas e intereses más cercanos a su corazón, así como los de su padre. Ella y yo nos gustábamos; ambos creíamos en el Matrimonio Racional, estábamos preocupados por la grandeza de la humanidad; no buscábamos ocultarnos del mundo en algún nido de amor y «enviar todo lo demás, aun siendo justo y acertado, al frío olvido»; es más, ella sabía que la idea de nuestra unión final me sostendría y me ayudaría a superar los largos y difíciles años que tenía por delante. Por tanto, ella creía que era su deber hacer aquella contribución a la causa de la Civilización (era una pequeña contribución, claro, pero era todo lo que podía dar).

Escuché estupefacto aquella noble estupidez. Parecía estar diciendo que quería sacrificar su virginidad en el altar de mi Progreso, como si la bondad y la virtud fueran una bacteria de transmisión sexual similar a la sífilis.

—Muy bien —dijo Pinker—. Por favor, Emily, ahora déjanos solos. Y déjame decirte que tus palabras te honran mucho a ti y a esta familia. —Sacó un pañuelo de la manga cuando se marchó y se sonó la nariz.

—Ya ha oído a Emily —dijo cuando fue capaz de hablar de nuevo—. Estoy convencido de que si antes la amaba, la amaré aún más ahora que entiende completamente la delicadeza de sus sentimientos. Es usted un hombre muy afortunado. —Hizo una pausa—. Después de todo, estoy dispuesto a dar mi permiso para su matrimonio.

—Gracias —dije sorprendido.

—Pero antes tiene que estar en posición de depositar mil libras por ella.

Era como una especie de enigma de cuento de hadas.

—Pero... ¿cómo podría hacerlo? No tengo dinero.

—África, por supuesto. Debe marcharse y hacer fortuna.

Me lo explicó todo como un general informa a su subalterno de que lo envía a una misión de cierto riesgo. Estaba claro que llevaba algún tiempo pergeñando el plan en su mente; que yo quisiera casarme con su hija no era más que un obstáculo que ahora había convertido en ventaja.

Sus plantaciones en Ceilán habían fracasado, y pronto habría que plantarlas de nuevo con té. Sus plantaciones en la India eran cada vez más caras, pues los cipayos se habían vuelto rebeldes; incluso se hablaba de independencia. No, África era el siguiente lugar. En el Protectorado, en Uganda, en países que aún no tenían nombre, hombres con visión de futuro y energía estaban instalando enormes plantaciones de café que algún día rivalizarían con las de Sumatra y Brasil. Naturalmente, había prisa para conseguir los mejores lugares: parte del Gran Botín, tal y como lo denominaban los periódicos. Pero él, Pinker, llevaba ventaja. Gracias a nuestro catálogo y al conocimiento de primera mano de Burton había podido constatar que las mejores condiciones para el cultivo de café estaban en aquella parte de Abisinia conocida como Kaffa, al sudoeste de Harar. Era un territorio que nadie más quería... aún. Ni siquiera pertenecía a nadie: los italianos no habían podido mantenerlo, así que Pinker se lo había comprado.

—¿Comprado? ¿Cuánto?

—Veinte mil hectáreas.

Le miré fijamente. Era incapaz de imaginar una superficie de tierra tan grande. Agitó la mano despreocupadamente.

—Naturalmente, usted no tiene que plantarlo todo. Sencillamente me protejo de la futura competencia.

—Tiene el tamaño de Londres —dije.

—Exacto. —Se puso de pie de un salto, y se frotó las manos—. Y usted es su gobernante... su regente, podría decirse. Pasará a la historia, Robert. El hombre que llevó la civilización a Kaffa.

Pero había más, por supuesto. Con Pinker siempre había más. No me enviaba a África solamente para cultivar granos de café. Tenía una misión.

—Una misión comercial, si lo prefiere; pero las semillas más preciosas que plantará serán las invisibles. Cuando vean lo que logra con sus modernos métodos de cultivo, cuando vean cómo se comporta; cómo los gobierna como es debido, de la misma forma que se gobierna a sí mismo, mediante los principios del libre comercio y el trato justo; cuando vean las maravillas que la prosperidad puede ofrecer... entonces, Robert, creo que se encomendarán a Dios con la misma seguridad con la que una planta que crece vuelve su cara al sol. Algunos dicen que debemos cambiar la mente de los salvajes antes de hacer lo propio con sus creencias. Yo digo que hay un paso previo a ambos cambios: modificar las lastimosas circunstancias en las que se encuentran. Dale caridad al pagano y seguirá siendo pagano, pero la caridad pronto desaparece; sin embargo, dale un contrato de trabajo y le estarás mostrando el camino a la vida eterna...

—¿Cómo llegaré hasta allí? —pregunté, con la mente puesta en los caminos. Suspiró.

—En camello, creo. Hay una ruta comercial desde la costa.

—¿Y qué haré mientras espero a que crezca el café? Tengo entendido que lleva cuatro o cinco años obtener la primera cosecha. —Cuatro años, pensé mientras lo decía. Dios mío, me marchaba durante cuatro años.

—También comerciaré, como agente de compra de Pinker en esa parte de África. Después de todo, nadie conoce la guía mejor que usted. Lo estoy organizando todo para que trabaje bajo el patrocinio de un comerciante local... puede que haya visto su marca en algunos de sus mocas. —Pinker sacó un pedazo de papel de las estanterías que había detrás de él y lo puso sobre la mesa. En la parte superior figuraba el mismo signo árabe que había visto en los sacos de café de Harar: Dibujo.

—Se llama Ibrahim Bey —continuó Pinker—. Es un gran hombre: su familia ha sido comerciante durante generaciones. Y Hector le acompañará hasta su destino, para ayudarle a elegir el lugar más apropiado para la granja, contratar al jefe de la tribu y demás, antes de marcharse a la India. Si tiene éxito, y estoy convencido de que así será, a su vuelta tendrá la mano de mi hija y mi bendición. —Frunció el ceño—. Ni que decir tiene que, hasta entonces, no hay nada oficial. Es un acuerdo privado entre nosotros... un periodo de prueba, por así decirlo; una oportunidad de mostrar de qué pasta está hecho. —Entonces, bruscamente, se relajó un poco de nuevo—. Todo este conocimiento está a su disposición, Robert. Y una fortuna que amasar, una hermosa dama que ganar y una historia que escribir. Cómo le envidio.

Segunda parte

EL CAMINO DE LAS CALAVERAS

El carácter del aroma depende principalmente del grado de tostado que se les haya aplicado a los granos verdes.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

VEINTIDÓS

SS Battula, 8 de junio de 1897

Mi querida Emily: Le escribo esta carta desde el gran barco Battula, mientras avanzamos a lo largo de la orilla septentrional de Egipto. Hace cinco días atracamos en Génova para cargar algunas provisiones. Nuestra estancia fue muy breve, pero qué gran placer poder divisar por fin la costa italiana, ¡y pisar tierra firme tras haber estado tanto tiempo en el mar!

Tal como predijo, me ha sido imposible llevar a cabo mi plan de continuar el viaje por tierra, visitar Venecia, de la que Ruskin ha escrito con tanta belleza, y reunirme con Hector en Súez; al parecer, estamos inmersos en una carrera ante la inminente llegada de la temporada de lluvias y Hector se muestra impaciente por levantar la plantación y empezar la producción, preferiblemente este mismo año. (Mi comentario sobre el hecho de que había incluido un paraguas en mi equipaje, por lo que un poco de lluvia no me podría amedrentar, dio lugar a una de esas graves miradas que se le dan tan bien. Al parecer, aún tengo mucho que aprender; lamento decirle que una relación más estrecha no ha contribuido a que su acento me resulte más comprensible). Todas las noches cenamos en la mesa del capitán, en la que nos reunimos un total de dieciséis pasajeros, entre los que se encuentran el capitán y el primer oficial. Hector es muy cordial con los miembros de la tripulación y se pasa horas enteras hablando sobre el viento del noroeste, los spinnakers, pantoques y otros asuntos de primer orden con una expresión grave en el rostro.

También nos acompañan en la mesa unos misioneros destinados en Sudán; cuatro tipos cuyo único objetivo es resolver algún asunto relativo al coleccionismo de marfil en Mambasa, y al menos seis señoras que viajan a la India, para visitar a unos familiares.

Hector es el único miembro de nuestro grupo que posee alguna experiencia en la zona a la que nos dirigimos y, como tal, se le requiere cual si fuera una autoridad en la materia, y esgrime opiniones de manera breve pero con un tono rotundo sobre temas tan diversos como el atuendo correcto para cubrirse la cabeza en caso de visitar una mezquita, o si es o no imprescindible que el hombre blanco se aventure a introducirse en la jungla armado con una pistola.

Queridísima Emily, no he olvidado la promesa que arrancó de mis labios justo antes de que me fuera, pero en ocasiones uno siente la tentación de mofarse un poco de él. Creo que le gustarían los misioneros, sin embargo; coinciden con su padre en el convencimiento de que debemos convertir a los salvajes al comercio y a la cristiandad de una vez por todas. Uno de ellos incluso me preguntó si tenía alguna intención ¡de construir una iglesia en mi plantación! Reconozco que ésa es una

cuestión que ni siquiera se me había pasado por la cabeza, pero que probablemente tendré que plantearme a su debido tiempo. Y quizá también la construcción de un teatro, como centro cultural.

A su debido tiempo... mientras escribo estas palabras me doy cuenta del largo tiempo que estaré fuera. Va a ser muy duro estar lejos de usted durante casi cinco años.

Por supuesto, no me estoy quejando —está en lo cierto cuando dice que es nuestro deber mantenernos alegres— y todo esto se verá recompensado cuando finalmente nos casemos. Es estupendo poder pensar en usted como mi compañera en este gran proyecto de salvar África, y como bien dice, el hecho de estar físicamente juntos en un mismo lugar no es tan importante a largo plazo como esta unión de mente e intenciones por la que estamos apostando.

De todos modos, será mejor que la deje ahora, pues ha llegado el momento de vestirse para la cena. No he tenido muchas ocasiones de lucir mi traje de alpaca —aún no hemos llegado al trópico, si bien los días son bastante cálidos— y el capitán es un poco puntilloso en lo que respecta al protocolo. La primera noche bajé vestido con mi chaleco y me llevó a un aparte para darme «un pequeño consejo» acerca de «la necesidad de mantener las formas aun estando en ambientes extranjeros». Intenté explicarle que en los círculos respetables vestir un traje de etiqueta para la cena se consideraba ciertamente anticuado, pero no hubo manera de convencerlo.

Con mucho amor de su futuro esposo, Robert

SS Battula Polo Norte, 12 de junio de 1897

Querida Rana: Bueno, aquí estoy, en el Polo Norte. Debo admitir que es un tipo de polo de lo más curioso, rodeado de mares azules por los tres lados, con la imagen visible de la costa egipcia hacia el sur, y aisladas palmeras que se alzan hasta el horizonte, pero Hector me ha tenido practicando con mi sextante y mi teodolito, aprendiendo a trazar nuestra posición en el mapa; y como el Polo Norte está en el punto en el que el sextante me señala que estamos, debe de ser cierto que estamos allí. He sorprendido a mis compañeros de viaje intentando conversar con ellos en polaco. —Polaco septentrional, más bien— sin mucho éxito.

Y te preguntarás: ¿por qué es necesario que uno sepa a ciencia cierta dónde se encuentra? Buena pregunta, mi perspicaz Rana. Es exactamente la misma pregunta que yo mismo le he planteado a Hector. Al parecer, pronto viviremos en un matorral, y, lo que es más importante, ese matorral no es un hermoso laburno inglés, ni una magnolia bien podada, ni siquiera una zarza espinosa, sino una especie de matorral más grande y temible que todos ellos juntos y en el que uno incluso podría llegar a perderse. Y Hector me informa de que, cuando vayamos a plantar nuestro café, es importante que lo plantemos en líneas rectas, de manera que todos puedan observar cuán cuidada y ordenada es la plantación del hombre blanco, y para ello será

necesario que sepamos medir. Pensaba que ya era capaz de medir por mí mismo — justo en este momento estoy midiendo una copa larga de whisky con soda—, pero al parecer soy un frívolo idiota o quizá un idiota irreverente, una de dos.

Mi querida Rana, ¿me podrías hacer un favor? Busca la palabra «Hectorear» en tu diccionario, y dile a tu hermana lo que significa. Pero no le digas que he sido yo quien te ha pedido que lo hicieras.

Saludos,

Robert

Hotel Pensión Collos Alejandría 20 de junio de 1897

Mi querido Hunt: ¡Por fin he llegado a tierra firme! El viaje ha sido más tedioso de lo que habría cabido imaginar, y la carencia de toda compañía femenina no ha hecho sino empeorar las cosas; mejor dicho, la falta de la compañía femenina adecuada, pues en realidad había una remesa de cotorras a bordo, que obviamente habían sido enviadas a la India con el único propósito de encontrarles un marido. Una de ellas quiso incluso coquetear con Hector, lo cual te demuestra el grado de desesperación al que había sucumbido. Más tarde él me dijo, de un modo un tanto brusco, que alguna vez había considerado la opción del matrimonio, pero que había decidido que era «incompatible con una vida enteramente dedicada a la aventura y a viajar». Me abstuve de señalarle que, si no fuera por el matrimonio, yo no estaría allí hablando con él, sino en el Café Royal, inmerso en cuestiones mucho más placenteras.

Consciente de que mis posibilidades de retomar esas actividades se verán limitadas en un futuro próximo, una vez hubimos pisado tierra, me zafé de Hector y me dirigí a la zona de burdeles de la ciudad. Fue, sin lugar a dudas, una experiencia interesante; me baila la memoria: la chica más bonita del local se acerca y actúa para ti mientras tú, reclinado en la silla, fumas un narguile, que viene a ser una pipa de tabaco filtrado a través de una especie de líquido aromatizado de manzana hirviendo. La chica que bailaba para mí llevaba una cinta de pelo adornada con monedas de oro, un casco hecho con discos de metal sujetos con una cadena que relucían y tintineaban a medida que su cuerpo se contorsionaba en cada movimiento. Al principio, iba vestida, pero poco después se fue bajando su faja hasta la cadera, donde la sostuvo en un punto realmente bajo. La «danza» consistía simplemente en deslizar los contornos de sus manos por su frente, mientras la pelvis temblaba y se estremecía imitando el acto sexual. Era extrañamente efectivo, y para cuando terminó la actuación yo tenía el miembro tan erecto como una barra de hielo. Una selección de mujeres desfiló delante de mí. La mayoría eran regordetas (al parecer, a la bailarina se la elige por sus miradas y sus aptitudes para el baile); las prostitutas de lujo, en cambio, son elegidas por sus extraordinarias cualidades en la cama. Insistí en quedarme con la bailarina, decisión que las demás recibieron con sonoras

carcajadas; supongo que, a sus ojos, no era más que el clásico novato. Así que fuimos al piso de arriba, a una habitación cubierta de sedas, con una ventana a través de la que se respiraba la suave brisa de la noche y se oían los gritos de la gente en la calle situada justo debajo de nosotros. La chica tuvo que ahuyentar a una camada de gatitos que se habían acomodado en la cama antes de que pudiéramos abalanzarnos sobre ella, y después se inclinó sobre una palangana de plata para lavarse. Era mi primera chica de piel morena. Totalmente rasurada, por cierto.

Pensé que era agradable que fuera tan flexible, en comparación con las chicas londinenses, aunque también era algo seca.

Si me quieres escribir, el mejor lugar para hacerlo es vía Adén. Me quedaré allí unos quince días, pues tenemos que esperar a un bote para ir a Suez, un retraso que disgusta tremendamente a mi compañero de viaje, y también a mí, aunque supongo que algo menos que a él.

Mis mejores deseos, Wallis

Hotel Pensión Collos Alejandría 27 de junio de 1897

Querida Rana: Saludos. Te escribo unas rápidas líneas garabateadas, compuestas en lo que a veces llamaron alejandrinos.

En realidad, eso no es del todo cierto, y Alejandría es una ciudad demasiado complicada y tediosa para describirla en una carta. Y hoy no tengo la energía suficiente para pensar en rimas: hace demasiado calor.

Había un hombre de Perú que buscaba sus poemas acudiendo a un gurú.

Sin embargo, debería hablarte sobre Alejandría. Llegamos a primera hora de la mañana del pasado viernes, justo en el momento en el que el almuecín llamaba a los creyentes a la oración de la mañana. Todos los pasajeros estaban despiertos desde el amanecer para poder observar la ciudad. Por un lado, el oscuro negro azulado del mar y unas pocas luces centelleantes en el horizonte. El cielo iluminándose... la neblina de color salmón de un amanecer africano... la impresión de las torres y los alminares; palacios con ventanas en forma de cebolla... y después, de repente, el cielo intensamente ardiente a medida que el sol se alza sobre nuestras cabezas cual si fuera una inmensa vela, mientras vemos cómo la gran ciudad blanca del este se desliza serenamente a nuestros pies saludándonos con una ligera reverencia.

A medida que nos íbamos acercando a puerto, un grupo de niños negros nativos se zambulleron en el mar en busca de los seis peniques que acabábamos de lanzar al agua.

La pasarela pronto estuvo rodeada por docenas de camellos de labios gruesos, que hacían gárgaras, escupían y eran golpeados en la cabeza por árabes chillones vestidos con blancas y largas camisas. La mayoría de las mujeres ocultaban su rostro tras un velo, pero hasta ahí llega su modestia: mostrar el pecho es aquí algo tan común como lo es para nosotros andar con la cabeza al descubierto.

Hoy he visto a un hombre que llevaba pinchos de hierro clavados en el pecho; en el extremo de cada uno de ellos había colocado una naranja; no podría decir si era una forma de prevenir a la gente de los peligros que podrían derivar de agujerear accidentalmente sus miembros o si no era más que una forma cómoda de trasladar su comida.

Con mis mejores deseos, tu futuro cuñado, Robert

Hotel Pensión Collos Alejandría 28 de junio de 1897

Estimado señor Pinker: Le escribo este informe preliminar desde Alejandría, donde estamos esperando nuestro próximo transporte.

Ocupo mi tiempo probando distintas variedades de café y verificando la eficacia de la guía. Los granos locales son principalmente arábigos, y se pueden encontrar pequeñas cantidades del longberry africano en algunos de los mejores mercados. He comprado todos los que he encontrado de esta segunda clase, pues su calidad es excelente. La mayoría del café que está a la venta aquí es bueno, aunque parece que todos los comerciantes retienen una cantidad de menor calidad con el único propósito de timar a los visitantes europeos. Una demanda del «mejor que tengas» dará lugar a una larga pantomima, en la cual cerrarán la tienda o puesto en el mercado mientras lanzan miradas recelosas a derecha e izquierda, fingiendo un cierto temor a que un competidor pudiera descubrir el acuerdo que se está consumando allí; luego abrirán una despensa, arrastrarán desde el fondo un gran saco y lo abrirán con gran ceremonia. Pondrán un puñado de granos en una fuente de plata y me lo pasarán para que dé mi aprobación, no sin que antes el comerciante lo haya olfateado por sí mismo, cerrando los ojos en éxtasis, informándome en un mal francés de que ese lote en particular es más precioso para él que sus propios hijos. A menudo me ofrecen la posibilidad de probarlos y preparan un brebaje; habitualmente lo hace un asistente. No se da ninguna instrucción, pero el factótum sabe bien lo que ha de hacer: los granos que tengo delante pueden asemejarse a un puñado de restos rancios rechazados incluso por las ratas —y oler como si acabaran de ser barridos del suelo del establecimiento—, pero la taza de muestra que se presenta pocos minutos después tendrá un sabor excepcional, como si se tratara del mejor café del que Yemen pudiera proveer, y probablemente lo sea. Mientras tanto, el comerciante me dará conversación, me preguntará sobre el viaje, mi familia, dónde he embarcado, etcétera, tratándome, por lo general, como a un viejo amigo al que hace mucho tiempo que no ve. Cuando me enfrente a él acusándolo de haber utilizado para el brebaje granos completamente distintos a los que me estaba intentando vender, se mostrará extremadamente ofendido y afirmará que le estoy insultando. En una ocasión, un comerciante llegó incluso al punto de «descubrir» que su asistente había intercambiado los sacos, por lo que ¡le propinó un buen golpe en la cabeza con una porra! La razón por la cual dan continuidad a esta puesta en

escena es un verdadero misterio, ya que tienen suficiente cantidad de provisiones de moca de alta calidad disponible. Es como si en un intento de evitar los grandes cambios, el hombre blanco se hubiera convertido en un ritual.

En cuanto al catálogo, su utilidad ha quedado comprobada. Uno se siente aquí tan abrumado con semejante plétora de esencias, gustos y otras sensaciones desconocidas, que resulta relativamente fácil olvidar, por ejemplo, el sabor de un trozo de tarta de manzana recién hecha. Ayer encontré en el mercado un gran lote de moca, que guardé en el hotel. Esencias de arándanos, cedro, humo de turba; encargué trescientos kilos.

También he estado buscando algo de ese extraordinario café que usted y yo tuvimos ocasión de probar en Limehouse, aunque de momento mi olfato no ha detectado nada parecido.

Con mis mejores deseos, su futuro yerno, Robert Wallis SS Rutalin, 30 de junio de 1897

Mi queridísima, queridísima Emily: Recibí su carta poco antes de abandonar Alejandría. Sus exhortaciones son innecesarias, se lo aseguro: estoy siendo encantador con Hector. Por ejemplo, le diré que anoche lo hice reír reproduciendo canciones infantiles con acento escocés. Y el día antes de dejar Alejandría, le acompañé a una expedición de caza en el desierto; disparamos a cormoranes y a urracas acuáticas, y almorzamos dátiles que le compramos a un beduino. Cuando ya estábamos a punto de ponernos en camino montados en nuestros camellos, pasó justo por delante de nosotros un árabe trotando sobre un burro; podría decirse que sus pies prácticamente barrían el suelo, y nos dirigió un saludo articulado en su propia lengua. Debo decir que Hector se tomó el hecho de que nos adelantaran como una afrenta personal e intentó obligar a su camello a ir más de prisa, pero cayó al suelo y tuvo que ser socorrido por nuestros portadores. Sin embargo, para demostrarle lo bien que me estoy portando, he de decirle que no me reí ni una sola vez, si bien cuando más tarde describí la caída en el hotel, las personas sentadas a nuestra mesa coincidieron en que debía de haber sido una situación muy graciosa.

Y sí, lamento mucho esa carta que le envié a la Rana. Prometo no volver a mencionarle nunca nada acerca del pecho desnudo de las mujeres. Supongo que fue algo inapropiado, pero, de verdad, si viera la falta de pudor con la que la gente se exhibe aquí, entendería por qué no presté mucha atención a mis palabras en esa carta.

En cualquier caso, estamos de nuevo a bordo de un barco, atravesando el canal de Suez. Uno de nuestros nuevos compañeros de viaje es un periodista llamado Kingstone, y ha elaborado un excelente escrito donde nos describe como «los últimos portadores de civilización, que llevan sus preciosas velas alumbradas a la oscuridad de África». Como él mismo dice, «algunas de esas luces parpadearán, y algunas se apagarán; pero otras permanecerán y se convertirán en faros, que alumbrarán la oscuridad que actualmente envuelve a toda la población de salvajes». Tengo

entendido que lo ha enviado al Telegraph.

Hablando de oscuridad, he tenido la ocasión de ver espléndidos amaneceres. Cada mañana, el cielo aparece teñido de los colores propios de un seto inglés, el rosa de las primulas y el amarillo de los narcisos: con el primer atisbo del sol todos los colores desaparecen. Todo adquiere un color blanco, y en un solo instante los únicos colores visibles son el resplandeciente verde del agua y el no menos deslumbrante azul plateado del cielo. El relumbrar es tan intenso que a uno le hiere los ojos. Hector ha optado por llevar una visera, lo cual le da un cierto aspecto de loro enfermizo.

Mi único deseo es que usted pudiera estar aquí, pero me basta con su recuerdo. Mi amor por usted será mi sustento en los largos años que están por venir.

Su siempre amante, Robert

Grand Hotel de l'Univers Avenida Prince of Wales Adén

2 de julio de 1897

Estimado señor Pinker: Me he puesto en contacto con los mayoristas de café aquí, en Adén, como usted me sugirió. Los hermanos Bienenfeld tienen una mercancía de una calidad excepcional: el lote que más me impresionó lo he clasificado como «fr-1 bou-4 no-4»: un moca ligero, de poco grano, que tostado adquiere un color marrón-caoba con un regusto de arándanos y lima y un grado de acidez muy bajo. En total, le doy un cinco. Compré toda la cantidad de la que disponían, y ordené que lo embarcaran a la máxima brevedad posible.

Estoy muy entusiasmado con la idea de reunirme con Ibrahim Bey: entre los comerciantes tiene fama de ser todo un personaje, aunque también existen muchos rumores que apuntan a que su negocio podría estar pasando por algunas dificultades no especificadas. En este momento, se encuentra en un viaje de negocios en el interior.

Tendremos ocasión de alcanzarle cuando crucemos a Zeilah, en el lado africano.

Mis mejores deseos, Robert Wallis *Grand Hotel de l'Univers Avenida Prince of Wales Adén*

2 de julio de 1897

Querido Hunt: Como podrás comprobar por el papel en el que te escribo, ya he llegado al *Grand Hotel de l'Univers*, que probablemente suene a algo parecido a un agradable palacio situado en medio de extensos llanos. En este caso, será mejor que saques tu atlas. Adén es tan sólo un pequeño grano en la nalga derecha de Arabia, y el *Grand Hotel* no es más que una inmunda casucha infestada de cucarachas. Sinceramente, este lugar es el mismísimo infierno: un terreno de rocas volcánicas al

nivel del mar, protegido de toda brisa pero completamente expuesto, en cambio, a la despiadada luz del sol. Y ésta no es, ni mucho menos, la época más calurosa del año, y el mercurio sigue alcanzando todos los días los cincuenta y cuatro grados. No hay una sola brizna de hierba, ni una palmera en este maldito lugar.

Lo cierto es que los británicos están aquí por la única razón de que este lugar constituye el punto medio entre África, la India, Australia y nuestro hogar, una especie de campamento base militar-mercantil para el Imperio Británico Sociedad Anónima. De hecho, nadie vive aquí, aunque hay gente que afirma haber estado «emplazada» aquí algunos años. La mayoría están de paso, y te aseguro que nosotros no seremos la excepción. Cuanto antes abandonemos este horno, mejor. Incluso los nativos llaman a este estrecho Bab al Mandeb (La Puerta de las Lágrimas).

El hecho es, amigo mío, que me encuentro algo decaído. Por un lado, supongo que este viaje y esta experiencia me serán, de algún modo, de gran utilidad para mis futuras obras literarias. Por otro lado, sigo sin poder creer que haya sucumbido a esa existencia burguesa que siempre juré que evitaría a cualquier precio. Ahora acarreo con una serie de responsabilidades y desventajas derivadas del matrimonio y el empleo, ¡con el agravante de que no disfruto de los beneficios que reportan las comodidades domésticas o las retribuciones financieras que implica dicho compromiso! No tengo ni idea de cómo voy a convertirme en artista, metido como estoy en una jungla apestosa y hedionda como ésta. Ese pensamiento es suficiente para hacer que uno quiera echarse a llorar. Si al menos hubiera algún lugar al que pudiera huir, estoy seguro de que dejaría a un lado todo esto. Pero como probablemente diría mi futuro suegro (alias el Carcelero Jefe), el simple hecho de estar en un apuro no es razón suficiente para que uno «se deje vencer»...

Tuyo en la adversidad, Robert

SS Carlotta Cala Zeilah ¡África!

7 de julio de 1897

Querido Morgan: Muchas gracias por tu carta, que por cierto, recibí en Adén. A día de hoy, gracias a Dios, ya hemos abandonado ese agujero infernal a bordo de un diminuto barco apenas más grande que una caja de galletas. Cargar nuestro equipaje fue todo un reto, pues habíamos acumulado más de treinta bultos, que incluían:

- anzuelos, collares, rapé, para el caftán.
- clavos, para construirme un bungalow.
- un rifle Remington, para procurarme mi propia comida.
- seis botellas de cerveza, para regar dicha comida; según mis cálculos, sale a una botella y cuarto por año.
- una botella de whisky escocés Baillie, para emergencias.

- un sifón recargable de soda.
- un asiento de baño de madera.
- corbatas y faldones blancos, para entretener a los dignatarios extranjeros.

•Kuma, nuestro cocinero. Kuma es un sujeto extraordinario, y viene con una recomendación escrita por un tal capitán Thompson de Bengala, que dice así: «No es el más valiente de los chicos, ni se puede confiar en él para que le cubra las espaldas cuando el animal al que uno está acechando se vuelve de pronto en una amenaza real para el cazador en cuestión, pero no se puede negar su extraordinaria habilidad para procurar una comida caliente al final de un día de marcha. En ocasiones, he creído que me estaba robando, pero él siempre lo ha negado. Veinticinco azotes propinados con un látigo de piel de buey resolvieron el problema. Por favor, no le pague un salario superior a un dólar por mes, y déjelo en Adén cuando ya no lo necesite, pues planeo volver para otro safari aproximadamente dentro de un año». A propósito, este «chico» tiene unos cuarenta años. Se muestra muy poco entusiasta acerca de volver al interior, pues aquella zona, afirma con cierta tristeza, «está llena de salvajes».

•mi biblioteca. Que consiste en: El Renacimiento, de Pater; un volumen titulado Café: cultivo y aprovechamiento, que Hector asegura reúne todo lo que hay que saber acerca de ese extraordinario cultivo; el guión teatral de un actor de la obra La importancia de llamarse Ernesto, seis cuadernos de bolsillo en blanco, el Yellow Book de abril de 1897, y la obra Hints to Travellers de Francis Galton.

Esta última obra me enseñó que «un hombre en buena forma que entra en un negocio con el apoyo de otros viajeros experimentados no corre muchos riesgos. Son raras las veces en las que los salvajes asesinan a los recién llegados; tienen miedo de sus armas, y se sienten intimidados por las supersticiones acerca del poder del hombre blanco: necesitan algún tiempo para darse cuenta de que no es muy diferente de ellos y es relativamente fácil hacerlo desaparecer». Menos mal que tan sólo estaré cinco años aquí. También tengo un libro publicado por la Organización para la Propagación del Gospel Cristiano, titulado Frases de uso común en el este de África: en él se incluyen frases tales como «Seis europeos borrachos han matado al cocinero», «Tienes menos seso que una cabra» y «¿Por qué no han enterrado todavía este cuerpo?».

•un cajón que contiene azadas, palas, hachas, cintas métricas y otras herramientas de labranza igual de misteriosas.

•un robusto arcón de dinero en efectivo, cerrado con candado, que contiene ochocientos dólares. Se trata de dólares austro-húngaros, que llevan grabada la imagen de la última reina María Teresa, que por alguna razón se ha convertido en la moneda local por estos lares; quizá porque cada una de ellas es del tamaño de un pequeño plato de plata. Entre los británicos asentados aquí, también está en uso la rupia, si bien los nativos a veces se muestran reacios a aceptarla, pues no tiene valor intrínseco en ningún lugar excepto en la India.

•dos trajes de alpaca de Simpson y una gran cantidad de pantalones, tanto largos como cortos, de franela, pues es el tejido que se considera más higiénico para climas calurosos.

Y, por supuesto, mi chaqueta de terciopelo rojo.

•un baúl de medicamentos. Me he provisto de ellos siguiendo las instrucciones de Galton, y contiene una serie de elementos que resultan un verdadero misterio para mí, a saber: (1) vomitivo, para el veneno (2) gotas Warburg, para la fiebre (3) polvos sudoríficos de Dover, para las infecciones (4) Clorodina, para las heridas (5) «un largo rollo de diaquilón», que no tengo ni idea de para qué sirve, y Galton tampoco lo aclara (6) cáustico-lunar, en un recipiente, «para tratar viejas llagas y para las picaduras de serpiente» (7) agujas, para realizar la sutura de los cortes (8) hilo de cera (9) comprimidos efervescentes Moxon, y (10) un gran frasco de preparado de láudano (fortalecedor), para cuando el resto de remedios (y los pantalones de franela) no tengan la eficacia deseada.

•doce pequeñas tazas de café exquisitas de Wedgwood, blancas, de porcelana china, regalo —¿irónico quizá?— de mi futuro suegro. Hector, quien, todo sea dicho de paso, se muestra cada vez más animado a medida que nos acercamos al Ecuador. Ha estado a cargo de toda la organización, dando órdenes a los nativos y elaborando listas. Me canso tan sólo de mirarle.

¿Qué diantres estoy haciendo aquí? ¿Dónde están la belleza, la verdad y la contemplación de cosas extraordinarias? A veces creo que todo esto es una pesadilla de la que pronto habré de despertar.

Mi único consuelo son las puestas de sol, de una inmensa belleza, más hermosas que cualquier otra que hubiera podido ver en el pasado. La luna se eleva a través de una bruma que cubre los mangles, cual si se extendiera sobre ellos una lámina de papel de calco: una esfera de un color naranja sanguino que parece adoptar distintas formas a medida que se alza en el cielo, y cuya imagen se alarga al mismo tiempo que se despega de su reflejo en el río de aceite negro. Por otro lado, el sol se hunde en la bruma, alcanza el agua y se disuelve en ella. El cielo se tiñe de destellos de oro, amatistas, y tonos violeta y carmesí y después poco a poco se van apagando en la oscuridad, dejando tras de sí únicamente el pío resplandor de la luna en la negrura de las marismas. Oh, y millones de pequeñas criaturas que surgen de repente de la nada y le hincan el diente a tu piel con una ferocidad más propia de las pirañas.

Saludos,

Robert

?

??

???

????

Querida Rana: Como seguro te habrás dado cuenta, esta carta no lleva remite: y es que ahora mismo nos encontramos en la mitad de la Nada. La Nada es un lugar en el que todo parece estar patas arriba: árboles que crecen en el río con la misma naturalidad con la que podrían hacerlo en tierra seca; los peces, por su parte, parecen haber olvidado que son seres subacuáticos y saltan sin descanso a la superficie en las marismas, probablemente para escapar de los cocodrilos, que pasan más tiempo en el agua que los propios peces.

En nuestro pequeño barco, la superficie entre proa y popa no supera los seis metros.

Solemos comer al aire libre, cubiertos por una especie de toldo, con el capitán y su primer oficial, un ruso. Avanzamos muy lentamente: vamos a contracorriente por un vasto riachuelo, de turbias aguas color marrón-moca, repleto de légamo que da la impresión de estar inmerso en una quietud absoluta, si no fuera porque en ocasiones vemos cómo un tronco sumergido pasa por delante de nuestros propios ojos a gran velocidad en dirección al mar. De vez en cuando, pasamos por delante de algún pueblo, y los nativos se agrupan en la orilla con la mirada fija en nosotros. Dile a Ada que recogerse el pelo en la nuca no es lo más adecuado para una chica en edad de merecer.

Aquí, el modo correcto de arreglarse consiste en arrancarse un par de dientes delanteros, embadurnar tu cabello con una pintura de color ocre y hacerse unos dibujos en zigzag en la frente con un cuchillo ardiendo. Entonces, eres considerada una belleza, y te llueven las invitaciones para ir a todos los bailes. Tienen lugar casi todas las tardes, con un acompañamiento musical de una alegre melodía resonante no muy distinto a las obras de Wagner. Todos los niños tienen grandes barrigas, como si se las hubieran inflado con una bomba de aire.

En cuanto a mí, estos días tengo un aspecto bastante similar al de un árabe, pues antes de irnos de Adén me corté el pelo en una barbería local. Tengo la cabeza completamente desnuda a excepción de la parte del hueso occipital, punto a partir del cual se extiende el único mechón de pelo que aún conservo y que representa el mechón a través del cual Mohammed te elevará el Día del Juicio Final. Hector suspira cada vez que me mira y me llama «pobre ignorante». Cosa que, sin duda, soy.

Tuyo desde mi absoluta ignorancia, Abu Wally

(¡así es como me llama Kuma! En árabe significa, o al menos eso creo, «Amo Wallis»)

Zeilah

Julio

Queridísima Emily: No puedo expresar con palabras lo mucho que la echo de menos. Cinco años es mucho tiempo. Cuando recuerdo ese tiempo fugaz que pasamos juntos, esos días inocentes en los que tomábamos café en la oficina de su padre, casi me parece que pertenecen a otra vida. ¿Me seguirá recordando después de una separación de media década? Lamento parecer tan desanimado; es sólo que, aquí y ahora, todo lo relacionado con Londres parece un sueño, un sueño tenue y cada vez más lejano. A veces, dudo siquiera que vaya a volver alguna vez... Sé que me dijo que debía ser optimista, pero en algunos momentos se me hace imposible no caer en la autocompasión.

Supongo que estos pensamientos pesimistas son, en parte, consecuencia de un incidente que tuvo lugar el día que llegamos aquí. En el puerto hay un único embarcadero, realmente desvencijado, y, mientras descargábamos el equipaje, uno de los baúles cayó al agua de forma accidental. Resultó ser el baúl que contenía mis libros, mis mejores galas y las tazas Wedgwood que me regaló su padre. Los libros ya se han secado, aunque algunas páginas se han quedado pegadas. La ropa, en cambio, se ha llevado la peor parte: todas las prendas de terciopelo desprenden ahora un intenso hedor a moho.

Sorprendentemente, en la caída, tan sólo se rompieron seis tazas, e intento convencerme a mí mismo de que ésa es una buena señal.

Hoy he abierto los frascos de muestras que incluye el catálogo y he olido algunos de los aromas que más me recuerdan a casa: manzanas, pan de jengibre, las rosas de té y avellanas... Y a continuación he intentado elaborar una esencia que me recordara a usted, esa esencia Jicky que suele llevar a veces: una mezcla de lavanda, romero y bergamota. Me hace sentir... bueno, algo emocionado, supongo. Durante unos minutos he llorado como un niño.

Mi queridísima Emily, le ruego que no se preocupe porque la echo de menos.

Mañana estaré más animado, o al menos eso espero.

Suyo siempre, Robert

VEINTITRÉS

«Suave»: influye en los sentidos de un modo tierno, agradable.

ROSE PANGBORN, *Principles of Sensory Evaluation of Food*.

Emily está sentada a la mesa del despacho, ocupada en copiar cifras de un enorme montón de recibos en un libro de contabilidad. Las pruebas que tiene delante ponen de manifiesto la valía de la guía. Pinker está comprando más cafés de alta calidad que nunca, principalmente maracaibos y mocas. Muchos de los cafés procedentes de regiones que antes habían sido consideradas las mejores, han pasado ahora a tener una puntuación notablemente inferior a las obtenidas en ocasiones anteriores: el jamaicana montaña azul es, en realidad, pobre y aguado, mientras que el monsooned malabar, tan valorado por algunos expertos, es sorprendentemente repugnante. Pero hay otras regiones que han lanzado algunos tesoros: especialmente, Antigua y Guatemala, con un toque ahumado, especias, flores y chocolate, y una textura estimulante...

Frunce el ceño. Entre toda esa cantidad de cafés de primera calidad que Pinker ha comprado, también parece haber una importante cantidad de un producto de una calidad inferior; se trata, concretamente, de la variedad más barata de todas, el liberica africano, fuerte, denso e insípido, con un tacto alquitranado y falta de acidez. Se puede obtener prácticamente a cambio de nada: además, en este momento existe una superabundancia de esa variedad en el mercado. Ningún comerciante respetable estaría interesado en adquirirla, a menos que...

Su padre le está mostrando la bodega a un visitante, un tipo bien vestido de mirada ágil y alegre sonrisa.

—Ah, Emily, estabas aquí. Brewer, quisiera presentarle a mi hija.

El hombre da un paso adelante y le da la mano.

—Encantado de conocerla, señorita Pinker. Tengo entendido que tenemos una amiga en común. ¿Millicent Fawcett?

Emily está sorprendida, incluso impresionada.

—No tengo el placer de conocer muy bien a la señora Fawcett. Pero soy miembro de su sociedad y una gran admiradora suya.

—El señor Brewer es miembro del Parlamento por Ealing. —Le cuenta Pinker—. Siente, al igual que yo, un especial interés por el libre comercio.

Emily observa al visitante, ahora con mayor interés.

—¿Es usted un liberal?

—En efecto. Y aunque todavía no estamos en el gobierno, no tengo ninguna duda de que con ayuda de hombres de ideas progresistas como su padre —Pinker inclina la cabeza, respaldando las palabras del joven—, en breve podremos liderar de nuevo un

mandato popular. Nuestro lema será la Libertad: libertad de pensamiento, libertad para gastar el salario como a cada uno le venga en gana, libertad para hacer negocios sin que haya ninguna intervención por parte del gobierno.

—Intercambio y superación. —Afirma Pinker—. Ésa es la única manera de lograrlo.

—¿Y su partido defiende también la libertad de la mujer? —pregunta Emily.

Asiente.

—Como sabrá, todos los años, y ya llevamos cinco, se presenta una propuesta de ley acerca del sufragio, y una y otra vez es invalidada por los partidos conservadores. Ése es el tipo de abusos de procedimiento con los que queremos acabar.

—Pero lo primero es lo primero, ¿eh, Brewer? —dice Pinker—. El libre comercio y después las cuestiones sociales.

Brewer dirige a Emily una mirada amable. Por un instante parecen compartir una mirada cómplice y divertida, y coincidente, quizá, en la idea de que ése es el camino que debe seguir el mundo; esos ideales se tienen que lograr paso a paso y con mucho cuidado.

—Primero tenemos que llegar al gobierno. —Afirma, pero ahora sus palabras van más dirigidas a ella que a su padre—. Y para ello necesitamos el apoyo del comercio. Por lo tanto, sí, primero el libre comercio. Está en la naturaleza de aquellos privados del derecho al voto que no nos puedan ayudar a obtener el poder que nos permita defender sus derechos.

Se detienen frente a la puerta de entrada. El tour de Brewer claramente ha llegado a su fin, y su padre está impaciente por retirarse, pero tanto ella como el Miembro del Parlamento (MP) están alargando la despedida.

—Quizá debiéramos volver a discutirlo en otra ocasión —dice él.

—Me gustaría —responde ella—. Mucho. —Se vuelve hacia su padre.

—¿Qué? Oh, por supuesto. —Debe usted venir a cenar con nosotros, Arthur. De todos modos, tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Así que, ¿va a prestar apoyo *económico* a los liberales? —le pregunta ella a su padre una vez el MP se ha marchado.

—Sí. Ésa parece ser la única manera de lograr algunas influencias. Y necesitarán fondos para desbancar a los conservadores. —Le lanza una mirada—. ¿Estás de acuerdo?

—Creo que es una idea excelente. Pero ¿para qué necesitamos esas influencias?

Su expresión se vuelve seria.

—Tal y como sospechábamos, Howell ha sumado sus plantaciones al sindicato. Ahora, él es también parte del problema. Incluso teniendo el catálogo, nos es prácticamente imposible competir con ellos.

—¿Y su señor Brewer puede ayudarle a resolverlo?

—Un gobierno liberal tiene tanto interés como yo en que el mercado se liberalice y deje de ser regulado por unos pocos representantes de la alta sociedad.

—¿Cómo podrían conseguirlo?

—Si fuera necesario, a través de la regulación. Pero a corto plazo... —dirige a su hija una mirada intensa, seguro de que ella comprenderá la importancia de lo que está a punto de decir— el señor Brewer cree que pueden ayudarnos a acabar con el monopolio.

—¿En serio?

—Están detrás del libre comercio. Ya están trabajando en este asunto por su cuenta, y para ello, están estableciendo las relaciones diplomáticas pertinentes con nuestros vecinos de Brasil.

Ella suspira.

—Parece un camino algo complicado únicamente para que uno pueda tomarse una buena taza de café.

—Lo es —le responde él—. Pero supongo que es así como funcionan los negocios, pasando constantemente de cuestiones simples a otras más complejas.

Ella acaba de recordar el motivo por el que lo estaba buscando.

—¿Tiene todo esto algo que ver con las grandes cantidades de liberica barato que hemos estado adquiriendo?

—Ah. —Asiente—. De alguna forma, sí. Será mejor que me acompañes a la oficina.

Media hora más tarde están todavía sentados frente al gran escritorio en el que ella y Robert solían trabajar. Sobre la mesa, está el catálogo completamente abierto, y delante de ellos se acumulan media docena de tazas sucias en las que han probado distintas muestras de café.

—Como ves —dice Pinker—, la guía ha resultado tener una doble función.

Se trata de las mezclas que Robert ha estado realizando para mí estas últimas semanas. —Mira a su hija: Robert sigue siendo un tema de conversación ante el que se muestra reticente. Señala una de las tazas—. Coge un café barato y basto como éste; clasifica sus deficiencias y después simplemente añádele la cantidad suficiente de esos otros cafés, que el catálogo nos dice pueden compensarlas. —Señala otras tres o cuatro tazas—. Y el resultado final será un café con unos pocos defectos apenas perceptibles.

—Un café que, sin embargo, tampoco tendrá ninguna particularidad en especial —observa ella.

—Sí, pero que puede ser una particularidad en sí mismo. Sabes muy bien, Emily, que la gente no siempre coincide en el gusto por el sabor de un café u otro. Tú y yo quizá nos inclinemos por uno africano, rico e intenso. Pero otros preferirán el sabor más fuerte y denso de uno americano. Tengo entendido que a Robert le gustan los mocas y yemenís de primera calidad, pero muchas personas encuentran esos componentes florales excesivamente aromáticos para su gusto. Según las instrucciones del catálogo, a través de estas mezclas podemos erradicar del producto esas cualidades que, de otro modo, podrían disuadir a la gente de continuar

comprando cafés de la marca Castle.

Obtendríamos un café cuyo sabor no disgustaría a nadie, de un sabor consistente, independientemente de las variedades que utilicemos en la mezcla.

Y todo eso a un coste mínimo.

—Creo que Robert se sentiría muy decepcionado si le oyera hablar así.

—Robert no es un hombre de negocios. —Le dirige una mirada prudente—. Tenía una buena razón para mandarle al extranjero, y no tiene que ver exclusivamente con el dinero.

—Sí —contesta ella—. Lo sé.

Evita mirar a su padre a los ojos. Siente cómo el rubor inunda sus mejillas.

Él añade en voz baja:

—Quizá, una vez la distancia haya enfriado vuestros sentimientos, te des cuenta de que, después de todo, no es el hombre adecuado para ti. Si eso llegara a pasar... No tienes ninguna obligación hacia él.

—No pienso romper nuestro compromiso, padre.

—En asuntos del corazón, como en los negocios, debemos hacer aquello que más nos conviene. No siempre hacemos lo que habíamos planeado en un principio. Un compromiso no es más que eso: la percepción que uno tiene de la verdad.

Ella no responde. En cambio, alcanza el catálogo, desliza sus dedos suavemente por las superficies de corcho que cubren los frascos y elige uno. Lo saca, lo abre y deja que el aroma que de él se desprende embriague sus sentidos.

—Lo entiendo —dice ella—. Tiene razón al aconsejarme que sea cauta. Y le prometo que no tomaré ninguna decisión precipitada.

VEINTICUATRO

Zeilah

31 de julio

Querido Hunt: Llevamos tres semanas esperando en este infecto agujero dejado de la mano de Dios. Sólo ahora me doy cuenta de cuán cómodo era el refugio de Adén; podría decirse que era un vertedero, pero un vertedero ordenado, bien provisto y bien dirigido al fin, compuesto de una serie de edificios adecuados entre los cuales se distinguían espacios regulares a los que se les podría dar el nombre de calles. Aquí no hay más que chabolas, fango y asfixiantes remolinos de polvo rojo y seco. Este polvo —áspero, acre, picante y ligeramente rancio— es, según parece, el olor de África: no consigo desprenderme de él.

La población local es somalí, pero están gobernados por los miembros de otra tribu a los que llaman danakils, que controlan las vías comerciales. Los danakils van armados con lanzas o espadas y lucen collares de los que cuelgan unos extraños objetos, encogidos y redondos, que se asemejan a dátiles secos pero son, en realidad, los testículos de sus enemigos. En efecto, la pena por cualquier infracción, por mínima que ésta pueda ser, como por ejemplo no pagar una factura a tiempo, consiste en cortarle con una espada los testículos al sujeto en cuestión. El castigo que reciben los adúlteros, en comparación, es mucho más benévolo, pues son condenados a la lapidación. El lugar está bajo la protección de un salvaje al que llaman Abou Bekr y sus once hijos. No digo «salvaje» en el sentido étnico de la palabra: el hombre ha destripado personalmente a más de un centenar de personas y su crueldad es legendaria. Huelga decir que no nos moveremos de este lugar hasta haber obtenido su permiso.

Cada pocos días aprendemos algo más de esta tierra (sic: una parcela de esta tierra roja, rodeada de acantilados, combina las funciones de una corte real y un corral). Un hombre de avanzada edad con una barba poco común se recuesta bajo un toldo y en un sillón cubierto con pieles animales. Incluso a cierta distancia se distingue el olor a cabra. Lleva puesta una túnica blanca sucia y un enorme turbante con forma de cebolla.

Detrás de él hay uno o dos somalíes, vestidos con túnicas ligeramente más limpias, que espantan a las moscas alrededor de su cabeza con un instrumento no muy distinto del que usarías en casa para sofocar un incendio.

En su mano izquierda sostiene un collar de cuentas que va pasando constantemente con sus dedos; con la mano derecha juguetea con un palillo. Sus ojos están apagados y cansados, son los ojos de un tirano. A lo largo de la conversación, en algún momento, escupirá, en silencio, sin previo aviso y sin preocuparse de

adónde ha dirigido el proyectil. Si estás de suerte, traerán café, un café excelente, servido en minúsculas tazas, por un kavedjabouchi que se mantiene todo el rato alerta, con una jarra con un pico diminuto bajo el brazo. A cualquier pregunta acerca de la caravana, Abou Bekr contesta «Insh' Allah», si Dios quiere. Lo que en realidad viene a decir «Si yo quiero». ¿Y qué es lo que él quiere? No lo sabemos. Estamos esperando algo, una señal, una petición. Cuando le preguntamos a Abou Bekr qué es lo que tenemos que hacer para que se nos permita viajar, frunce el ceño: cuando les preguntamos a sus cortesanos, se encogen de hombros y repiten la misma fórmula, «Pronto, inshallah, muy pronto».

A veces, cuando la suerte no está de nuestro lado o cuando Abou Bekr quiere jugar con nosotros, no nos concede el honor de ser escupidos, pero nos retienen allí y nos obliga a observar el funcionamiento de la corte hasta que decide echarnos. Hemos sabido que su disposición hacia nosotros es buena, que esta espera interminable no es más que una formalidad de rigor, como lo es la cola de la oficina postal. También hay un harour y una asamblea de ancianos, que debaten nuestra solicitud, y en ocasiones, Abou Bekr utiliza la dificultad de esas reuniones como excusa para justificar el hecho de que aún no se ha resuelto nada. Es una pantomima: todo el mundo sabe que la decisión la toma él solo.

Mientras tanto, ocupamos el tiempo organizando nuestra caravana. Hemos conseguido la ayuda de un tal Desmond Hammond, un antiguo militar que ahora se dedica a hacer fortuna con el comercio del marfil y otros bienes. Él y su socio, un bóer llamado Tatts, en ocasiones desaparecen durante una semana, provistos de Remingtons, Martini-Henrys y munición: a la vuelta, sus camellos aparecen cargados de enormes colmillos, como si provinieran de un extraño híbrido de mastodonte que a Darwin se le pasó por alto.

Otro aspecto curioso sobre esta parte del mundo: no puedes pagar por los servicios sexuales de una mujer. Y no porque tengan algún tipo de escrúpulo, sino más bien al contrario; cualquier mujer núbil ha sido previamente comprada. Como no existe un máximo que limite el número de esposas que un hombre puede tener, los hombres ricos las siguen adquiriendo todo el tiempo que se les antoja. Hammond me dice que las chicas son circuncidadas antes de alcanzar la pubertad, un concepto que me cuesta comprender y que mientras escribo esta carta me sigue revolviendo el estómago. Al parecer, la tradición es muy distinta en el interior del país, hacia donde nosotros nos dirigimos. Entre los gala, una mujer puede tener un amante incluso estando casada: si se deja la lanza de un hombre en la puerta de la choza de la mujer, ningún otro puede atravesar la puerta, ni siquiera su marido. No puedo evitar pensar que es preferible un acuerdo de esas características a la brutalidad de la pseudo-civilización de la costa; todo esto que estoy viendo aquí habla favorablemente de nuestro modo de hacer las cosas.

Es curioso cómo uno viene hasta aquí, ve todas estas cosas y se siente ajeno a aquello que tiene delante, a lo extraño y a lo nuevo y en cambio sí se siente reflejado

en todo aquello que ha dejado atrás, tan extraño y anticuado como es. ¿Cómo era aquel pasaje de Horacio que aprendimos en la escuela, a fuerza de tanto escucharlo? Coelum non animum mutant qui trans mare currunt. «Aquellos que cruzan el mar cambian de cielo pero no de alma». Me pregunto si habrá en ello algo de cierto.

Saludos, Wallis

Zeilah 2 de agosto de 1897

Mi queridísima Emily: Esperamos poder marcharnos de aquí muy pronto. Ibrahim Bey, el comerciante de café, va a venir a Zeilah, y, según las últimas noticias, estará aquí en pocos días.

Estamos convencidos de que, con su ayuda, podremos resolver las dificultades administrativas que nos retienen aquí. Desde luego, los cortesanos de Abou Bekr parecen alegrarse por nosotros: mencionan el nombre de Bey y sonrían.

Pobre Hector. Ha estado preocupado por las lluvias. En un momento dado, pensó en dejarme aquí, volver sobre sus pasos a Adén y después a Ceilán antes de que llegara el mal tiempo, pero al parecer las instrucciones de su padre fueron muy precisas: dejarme bien instalado, a toda costa. Nuestra relación sigue siendo difícil pero doy gracias de que siga aquí conmigo. Debe de ser muy duro estar aquí completamente solo.

Acabo de ver a una pareja de cormoranes comprometidos inmersos en una danza de cortejo: ha sido una escena verdaderamente divertida. El macho es el más alegre...

VEINTICINCO

Y fue entonces cuando *la vi*.

Estaba sentado en la cubierta de nuestro barco, escribiendo una carta, cuando de pronto vi cómo otro barco se acercaba por el meandro del río. Un dhow puesto en manos del hombre, cuatro pares de remos negros suben y bajan cual si fueran uno solo en un movimiento constante y rítmico. Y en cubierta, el siguiente cuadro: Un hombre con vestimenta árabe —una toga blanca— muy corpulento sentado en una silla plegable con forma de trono, con una mano apoyada en su rodilla: apoya su peso en ella, como si estuviera a punto de saltar sobre su pie.

Su postura denota un estado de alerta y un grado de impaciencia. El rostro, sensual y fuerte, es propio de una persona poderosa, pero los ojos —esos ojos caídos— escudriñan el muelle sin perder un solo detalle. Sus labios son grandes y carnosos y tiene una nariz curvada propia de los árabes. Detrás de él, de pie, hay un negro: un hombre alto, o más bien, un chico alto, pues, a pesar de su estatura hay algo juvenil en su rostro negro. Parece un centinela, a la espera de recibir órdenes, con sus manos juntas sobre el pomo de un arma grande, una especie de espada, apuntando a la cubierta de madera, exactamente igual que si un hombre en Londres llevara las dos manos apoyadas en su bastón.

Y detrás *de él*, al otro lado del árabe, hay una chica.

Viste una túnica de un amarillo azafrán que la cubre de la cabeza a los pies.

El rostro que se esconde tras el pañuelo es delicado, proporcionado, casi indio, pero el cuerpo... cuando una ligera brisa alborota el vestido, puedo ver que es fuerte y ágil, recto como el de un atleta.

Desde el primer momento, me doy cuenta de que su belleza es excepcional, y su piel es tan negra que, cuando la luz la ilumina, adquiere un tono plateado sin igual, cual si fuera un pedazo de carbón.

Se oye el sonido de un silbato. El dhow detiene el movimiento de los remos con la misma agilidad con que lo haría un cuatro sin timonel en el Támesis en Eton, y avanza en dirección al muelle. La gente corre de un lado a otro con cuerdas. De en medio de la nada aparece una multitud exultante que se acerca en tropel al barco; empieza el inevitable barullo. El dhow adopta una trayectoria que pasa muy cerca de la posición en la que está amarrado nuestro barco. Los dos hombres continúan mirando al frente, pero cuando el dhow pasa por delante de nosotros la chica desvía un poco la mirada y me mira directamente a mí. El efecto derivado de ese contacto visual es extraordinario; lo único que puedo hacer es no retroceder y sostenerle la mirada sin parpadear siquiera.

En el mismo momento en el que el barco arriba a puerto, el hombre se pone en pie. Es un hombre grueso pero ágil; no necesita de la ayuda de ninguna de las manos

que le ofrecen para bajar a tierra. El negro le sigue, rechazando él también dicha ayuda, empuñando con fuerza su espada de la misma forma que un cura llevaría la cruz.

A continuación desembarca la chica, con paso rápido y seguro: una pequeña insinuación del cuerpo oculto bajo la túnica que se pega al algodón justo en el momento en el que sube por la borda, coge el equilibrio un instante sobre sus pies descalzos, y salta —o, más bien, da un paso adelante, pues no le supone ningún tipo de esfuerzo— hacia el muelle, con un gran equilibrio, como los gatos.

Después llega el caos habitual: los porteadores y la descarga. Yo sigo mirándola, fascinado. Sus pies son negros, tan negros que casi son grises: pero en el momento del desembarco sus plantas se descubren de un color rosáceo.

Bajo el holgado pañuelo que cubre su cabeza, uno puede entrever ahora su cabello, largo y áspero. Negros mechones de pelo escapan de la cobertura del pañuelo dibujando un zigzaguo imaginario. La túnica amarilla, sari, debería llamarla, se pega a su cuerpo, marcando fugazmente el contorno de una parte de su anatomía, después otra... Levanta una mano para reajustar el pañuelo en su cabeza, y veo que la palma de su mano es también de un gris rosáceo.

Todavía no han descargado el equipaje, pero el árabe da un par de órdenes con una voz grave; después, los tres se dirigen hacia el pueblo, uno detrás de otro, siguiendo el mismo orden, en dirección al complejo real. Aún puedo distinguir la túnica de color amarillo azafrán entre la multitud de cabezas negras; la forma en la que se mueve es muy distinta de la de los demás: fuerte, ligera y relajada, echa los hombros hacia atrás, como los corredores profesionales. Hay algo que hace clic en mi cabeza, una llave que abre una cerradura que ni siquiera sabía que existía. Es una sensación aguda, inconfundible, si bien no sabría decir si estaba abriendo o cerrando la cerradura en cuestión. Me doy cuenta de que había estado conteniendo la respiración: cuando por fin expulso el aire retenido, emito una especie de exclamación. Miro abajo. En la mano tengo una carta para Emily a medio terminar. La arrugo y la tiro al agua, donde da un par de vueltas antes de ir a la deriva, primero lentamente, a una velocidad creciente después, río abajo, arrastrada en silencio por la corriente en dirección al mar.

VEINTISÉIS

«Picante»: agradablemente estimulante para el paladar. Placentero; agrio; ácido y penetrante; picante.

ROSE PANGBORN, *Principles of Sensory Evaluation of Food*.

Sigo aquí sentado media hora después, cuando Hector regresa.

—Hemos sido convocados —dice secamente—. Ibrahim Bey acaba de llegar, y parece que, después de todo, ese maldito rey negro quiere hablar con nosotros.

—Es bueno que las cosas empiecen a funcionar. Por fin.

—Si quiere saber mi opinión, le diré que eso es una maldita insolencia.

Me levanto de mi silla plegable y me preparo para desembarcar, cuando, de repente, él me detiene.

—Creo que tenemos que hacer un poco de teatro con este asunto, Robert.

No estamos aquí tan sólo como individuos, como es el caso de ese sinvergüenza ladrón de Hammond. Estamos aquí como representantes de la industria británica. Puede que no respete al hombre, pero eso sí lo tiene que respetar.

Y así fue como nos presentamos en la corte de Abou Bekr —un tirano de poca monta de un estercolero repleto de moscas dejado de la mano de Dios en tierra de salvajes— vestidos con la mayor ceremonia de la que fuimos capaces: corbata blanca, faldón, chaleco, y, en el caso de Hector, un espléndido sombrero blanco adornado con llamativas plumas rojas de cacatúa. Los africanos nos observaban con curiosidad. Me temo que, para ellos, aquello no significaba más que al fin nos habíamos decidido a vestir apropiadamente, como hacen en las tribus del interior del país.

Abou Bekr está holgazaneando en el sofá, comiendo dátiles. Ibrahim Bey se encuentra frente a él. Hay una bandeja de plata a los pies del tirano. Está llena de hojas, puede que de alguna especia, o de alguna droga, un regalo del comerciante para el rey. El negro permanece de pie a un lado de su amo. Busco con la mirada a la chica, pero no parece estar en ningún lugar visible al que mis ojos puedan acceder.

Nos reconocen y nos invitan a entrar. Abou Bekr hace las presentaciones en un idioma que ninguno de nosotros entiende, si bien sus gestos son suficientemente claros para entender el contenido de lo que está diciendo. Bey, Hector y yo nos damos la mano. El rey empieza a hablar de nuevo; traen un documento, moja la insignia real en tinta y la presiona contra el papel, esparciendo, mientras lo hace, unas pocas manchas de tinta en sus blancas vestiduras. Después, sin esbozar siquiera una sonrisa, extiende su mano hacia mí. Le doy la mía: su mano es áspera y basta como la de un leproso, pero de todos modos se la estrecho. Nos lanza una mirada feroz. Podemos marcharnos.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —nos pregunta Bey, solícito, una vez fuera.

Podría estar haciéndonos esa misma pregunta en el andén de una estación ferroviaria cualquiera.

—Aproximadamente un mes. —Gruñe Hector furioso.

—Oh. Entonces no ha sido para tanto. —Bey esboza una sonrisa—. Encantado de conocerlos. Por lo que tengo entendido, usted, debe de ser Crannach. Y usted —se vuelve hacia mí—, debe de ser Robert Wallis.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Mi buen amigo Samuel Pinker me escribió para informarme de que venía usted a África. Me pidió que hiciera todo lo que estuviera en mi mano para ayudarle. —Inclina la cabeza haciendo una reverencia—. Estaré encantado de hacerlo.

—¿Cuál ha sido la causa de la demora? —pregunta Hector con cierta brusquedad.

—¿Qué demora?

—¿Cuál es exactamente la razón por la que su bajeza real nos ha retenido durante tanto tiempo?

El gran rostro de Ibrahim Bey adopta una expresión confusa.

—No tengo ni idea. Ahora, de momento, tenemos que sortear al consejo de ancianos. ¿Les van a hacer un presente? Yo ya me he ocupado de Abou Bekr.

—¿Un presente? —El rostro de Hector se empaña.

—Un par de cabras deberían ser suficientes.

—No tenemos ninguna cabra —señalo.

—Y si la tuviéramos —añade Hector en un tono grave—, no las entregaríamos a cambio de permisos de viaje en un país por el que tenemos derecho a pasar libremente, como súbditos de Su Majestad Británica.

—Por supuesto —dice Ibrahim Bey pensativo—. No tenemos ninguna obligación de darles nada. —Atrae mi atención y me guiña un ojo—. Pero si no lo hacen, serán retenidos aquí durante mucho más tiempo.

—Yo pienso —dice Hector— que en el momento en el que un hombre blanco recurre al soborno, dificulta las cosas más si cabe para los hombres blancos que le sigan.

—Entonces, debo sentirme afortunado por no ser blanco, o al menos no del todo —responde Bey. Me doy cuenta de que es muy carismático: cualquier otro se hubiera sentido ofendido por el tono empleado por Hector, y eso sin tener en cuenta sus palabras, pero Ibrahim Bey actúa como si todo esto no fuera más que un chiste—. Pero dando por hecho que el *harour* nos da el permiso, ¿estaría de acuerdo en compartir los gastos de una caravana conmigo? Yo también necesito llegar a Harar, y cuanto más grande sea el grupo, menos riesgos correremos.

—¿Por qué? ¿Acaso es peligroso? —pregunto.

—Amigo mío, ese trayecto siempre es peligroso. Una vez fuera de la zona protegida por Abou Bekr —en este punto, Hector resopla con desdén— todos luchan contra todos. Menelik, el emperador abisinio, está inmerso en la lucha contra los italianos y en someter a los gala. Los gala están en guerra con las demás tribus. Los

egipcios generan problemas allí donde pueden, con la esperanza de que alguien les pida que los invadan. Pero nosotros tenemos pistolas y un trozo de papel firmado por Abou Bekr y la protección que nos ofrecen nuestros pasaportes. Es poco probable que nos maten.

Es extraño, pero después de la explicación de Bey acerca de la peligrosidad de la expedición, me siento tremendamente tranquilo. Supongo que en eso consiste su carisma, que me recuerda un poco a Samuel Pinker.

—Pero no vamos a sobornar a nadie —repite Hector obstinado.

—Le daría una propina a un portero o a un camarero. —Señala Bey con suavidad—. ¿Por qué no a un rey o a un jefe tribal?

—Una propina se da después —dice Hector con firmeza—. Un soborno se hace antes.

—Entonces lo acordamos así. Un presente de dos cabras, que se les entregarán *después* de la reunión. Estoy seguro de que aceptarán su palabra de que lo que recibirán serán dos cabras: la promesa de un inglés es fiable. —Bey da una palmada—. Y ahora, ¿puedo ofrecerles un café? Hemos acampado en la colina, aquí hace algo más de frío.

Hector, disgustado, dice:

—Tengo algunos preparativos que hacer.

Bey me mira.

—Gracias —respondo—. Me encantaría.

—Típico de los árabes. —Farfulla Hector mientras Bey avanza en dirección a la colina—. Sólo quiere viajar con nosotros porque sabe que no se atreverán a atacar una caravana británica. Apuesto que le ha pagado una buena cantidad a Abou Bekr para que nos retuviera aquí.

Mientras camino hacia el campamento, los porteadores están transportando agua y una cabra está siendo desollada. Justo en el centro hay una tienda más grande que las demás. El joven negro está fuera, supervisando a un grupo de mujeres que están cocinando sobre la lumbre. Cuando me ve, automáticamente levanta la portezuela de la tienda y me hace una señal para invitarme a pasar.

El interior de la tienda está cubierto por telas de seda y el suelo por una serie de alfombras que se solapan las unas con las otras. Una esencia picante, especiada, similar al incienso, predomina en el ambiente, aroma que, como me harán saber más tarde, es característico de la mirra. En el centro de la estancia, a ambos lados de una mesa baja, hay dos asientos con forma de trono.

—Robert, sea bienvenido.

Bey emerge de otra habitación. Se ha cambiado de ropa; ahora viste unos holgados pantalones de algodón, una camiseta de ese mismo tejido y un chaleco de seda. Cuando se acerca rápidamente a mí con esos pantalones holgados y pone sus manos sobre mis hombros a modo de bienvenida, no da la impresión de ser un hombre pesado como sin duda es.

—Es usted muy bienvenido —me repite—. Samuel me escribió acerca de la empresa que persigue viniendo aquí, o quizá debería decir aventura. Y también acerca del catálogo; estoy ansioso de conocer ese extraordinario sistema. Pero primero, ¡siempre primero!, tomemos un café. ¿Ha tenido ocasión de conocer la forma de servirlo que tienen los abisinios?

—No lo creo.

Sonríe.

—¡Mulu! ¡Fikre!

El negro entra en la tienda e intercambian unas pocas palabras en árabe.

Bey me señala un asiento.

—Tome asiento, por favor —me dice.

Se sienta en el otro asiento, con la mirada fija en mí. Al cabo de un momento entra una chica. Por un instante, me siento mareado, pues tal es el efecto que ella provoca en mí. La túnica de algodón que lleva puesta es ahora de un color más oscuro, casi marrón, y le llega hasta la cadera. Por debajo, viste unos pantalones de seda de un color suave bordado con perlas; un largo brazalete de cobre se enrosca en su brazo cual si fuera una serpiente. Hasta ahora, no había podido ver sus ojos. Son excepcionalmente claros, lo único claro en ese delicado rostro de color ceniza: puede que entre sus ancestros figure algún marinero europeo. Unos ojos pálidos, casi grises, que se encuentran con los míos por un instante —un instante interminable, su expresión inescrutable— y bajan la mirada después, mientras ella se arrodilla y enciende el incienso sobre un brasero. El humo perfumado invade la estancia. Sus labios son de un morado oscuro, casi negro, del color de la granada.

—La ceremonia del café —explica la voz de Bey— consta de tres tazas, *abol*, *tona* y *baraka*, que se toman una tras otra. La primera es para el placer; la segunda nos incita a la contemplación, y la tercera nos otorga una bendición.

Según la creencia abisinia, entre ellas se produce una especie de transformación del espíritu.

El negro regresa con una bandeja de cobre. En ella trae una serie de utensilios: tazas, una olla de barro, un saco con cordones, una servilleta y un plato con un líquido rosa. La chica moja la servilleta en el plato y se arrodilla frente a mí. El solo hecho de contemplar su rostro hace que quiera suspirar de puro placer.

Después, ante mi sorpresa, se inclina hacia delante y coloca la servilleta húmeda y perfumada sobre mi propia cara. La desliza sobre mi frente, mis párpados cerrados, alisa mis mejillas. El aroma del agua de rosas, dulce y acre a la vez, invade todos mis sentidos. Percibo sus dedos al otro lado de la tela. Su roce es sensual, ligero, pero extrañamente impersonal. Tengo su rostro perfecto muy cerca, y de pronto ya se ha alejado de nuevo. Tira de los cordones, cierra el saco y lo sostiene con ambas manos ante mí.

—Ahora tiene que oler los granos, Robert —dice la voz de Bey.

Cojo el saco y lo acerco a mi nariz. Inmediatamente me doy cuenta de que ya he

probado esos granos antes, en Londres, o unos muy parecidos.

Madreselva... regaliz... humo... manzana.

—He probado este café antes —digo—. Le vendió cierta cantidad a Pinker.

Bey sonríe.

—Le ha entrenado bien. Éste es el café de las tierras que están más allá de Harar, las tierras en las que pretende ubicar su plantación.

—¿Tiene nombre?

—Muchos nombres o ninguno, dependiendo de dónde estés. El mundo lo llama moca, si bien, como te habrás dado cuenta, es sustancialmente distinto de los mocas de mi país. Procede de las tierras bajas de Harar, a las que se accede por la misma ruta de esclavos que nosotros vamos a seguir. —Le miro, sorprendido—. ¿No lo sabía? Sí, el camino que vamos a seguir a través del desierto fue utilizado durante siglos por los esclavos. Ésa es, no tan sólo el café, la fuente de riqueza de Harar y la razón por la cual los forasteros no siempre son bien recibidos. Pero ambos comercios (el café y la esclavitud) también están relacionados de otra forma.

Guarda silencio un instante. Los granos silban en la olla a medida que se van tostado. La chica los revuelve con una cuchara de madera, en un movimiento rítmico, ritual. Sus dedos son largos y finos, el dorso de su mano es oscuro, casi negro, en cambio las palmas y las yemas de sus dedos son tan claras como las de cualquier europeo.

—¿De qué forma? —pregunto.

—Para mantenerse despiertos durante el viaje nocturno, los esclavos ingerían granos del arbusto *kaffa* untados con un poco de mantequilla. En regiones más cálidas, en ocasiones desechaban los granos; los tiraban en el borde del camino cada vez que se detenían. En los lugares en los que se arraigaban se generaban nuevas áreas de producción de café.

—Entonces fue una suerte que se detuviera el comercio.

—No para los que estaban cautivos. Fue en ese alto cuando empezaron a castrar a los esclavos hombres. Después los enterraban hasta el pecho en arena caliente a fin de cauterizar la herida. A unos pocos desafortunados, la herida se les infectó y los abandonaron a su suerte en el desierto condenándolos así a una muerte tremendamente dolorosa.

A pesar del calor sentí cómo un escalofrío recorría mi espalda.

—Pero todo eso quedó en el pasado.

No responde. Los granos han alcanzado el punto que los tostadores llaman el primer estallido, saltan y se agitan en la olla de barro. La chica los vierte en un plato. El olor se intensifica. Alquitrán caliente, ceniza, humo de turba, pero, por encima de todos ellos, una oleada de ese aroma meloso, floral. Me alcanza el plato e inhalo ese olor profundo y ligeramente chamuscado.

—Son buenos —le digo educadamente. Su hermoso rostro es tan inexpresivo que se asemeja a una máscara—. Creo que no me entiende —digo mientras le paso el

plato a Bey.

—En eso se equivoca, Robert. Fikre habla siete idiomas, incluyendo el francés, el inglés, el amhárico y el árabe. Pero no pronunciará una sola palabra en ninguno de ellos sin mi permiso. —Acerca el plato a su nariz e inhala profundamente—. ¡Ah!

Miro a la chica a los ojos. Durante un instante hay algo en ellos, un asentimiento, y algo más: una especie de desesperación, una petición, un silencioso ruego de una intensidad desesperada.

Frunzo un poco el ceño, como queriendo decir: «No te entiendo».

Durante un momento parece titubear, tras lo cual se encoge de hombros de manera casi imperceptible. «No se lo puedo explicar».

Vuelvo mis ojos en dirección a Bey. «¿Por qué? ¿Es por él?»

Otro pequeño gesto afirmativo prácticamente imperceptible.

«Sí».

Está ocupada cogiendo las tazas, moviéndolas de arriba abajo sobre el humo procedente de la mirra, girándolas a un lado y al otro para perfumarlas.

Después, machaca los granos en un mortero, rápido, con fluidez. Los introduce en una cafetera de plata y la sumerge en agua hirviendo. Una ráfaga de vapor.

El olor es similar al de una fanfarria: estático, exultante, una mezcla de madreSelva y especias, lirios y lima.

La cafetera tiene un pico largo y curvo como el de un colibrí. Vierte el café en un chorro continuo en las dos tazas que tiene delante. En el momento en el que me alcanza una de ellas se inclina deliberadamente un poco hacia delante para ocultar nuestras manos de la mirada de Bey. Noto que empuja algo a escondidas contra mi mano, algo pequeño y duro. Mientras me llevo la taza a los labios, miro hacia abajo de un modo totalmente casual.

En la palma de mi mano hay un simple grano de café.

¿Qué significa? Intento llamar su atención, pero ella evita mi mirada. Bebo el café. Sí, es tan bueno como la última vez que lo probé, en Limehouse, quizá incluso sea mejor: esta vez mi olfato está invadido por las esencias de la mirra y del agua de rosas, y siento un cosquilleo en mis sentidos, que se deriva del calor, el incienso y la presencia de la chica.

La segunda taza es ligeramente distinta, se ha dejado reposar un poco el café: los sabores son más intensos, tiene una textura más espesa. Observo todos sus movimientos; el modo en el que el holgado algodón corre por su cuerpo cuando se agacha. Es estrecha de cadera como el guepardo y sus movimientos tienen la misma cadencia, el mismo balanceo cuando camina. Es evidente que se ha dado cuenta de que está arriesgando demasiado: evita mirarme a los ojos, incluso cuando vuelve a mojar la servilleta en el agua de rosas y lava con ella mi cara para prepararme para tomar la siguiente taza. Pero percibo algo en sus gestos; su mano se entretiene casi imperceptiblemente mientras me humedece la cara con la tela. Vuelve a mojar la servilleta. Los dos la cogemos al mismo tiempo. Nuestros dedos se rozan. Abre más

los ojos, asustada.

«Por favor. Sea prudente».

Le aprieto la mano una sola vez, con la intención de tranquilizarla. «No te asustes. Confía en mí. Espera».

Bey, mientras tanto, habla sobre el café. Debatimos acerca de distintos tipos de procesos de curación, húmedos y secos.

—Pase al proceso húmedo tan pronto como pueda: los lotes son más consistentes y tan sólo se estropea una pequeña parte del cultivo.

Habla de Harar.

—Mover el café es complicado, pero, a partir de ahora será más fácil.

Menelik habla de construir una vía férrea que vaya desde la costa hasta Dire Dawa. Has llegado en el momento idóneo: pronto haremos fortuna aquí.

La tercera taza, *baraka*. Ahora, el café es un poco salado: la evaporación le ha dado un mayor espesor. Ella lo refresca con una ramita de hierba que sabe a jengibre.

—¿Tiene idea de lo que es esto, Robert? —pregunta Bey, cogiendo la ramita en sus manos y olisqueándola.

Muevo la cabeza haciendo un gesto negativo.

—*Tena adam*. Los abisinios dicen que es un afrodisíaco. La ceremonia del café, como ve, adquiere varios significados. Entre amigos, es un gesto de amistad; entre comerciantes, como es nuestro caso, un símbolo de confianza mutua. Pero entre los amantes es un ritual de otra clase. Cuando una mujer le ofrece un café a un hombre es una manera de expresar el deseo que siente por él.

En mi mano izquierda, mis dedos juguetean con el grano, pequeño, duro y redondo. ¿Es eso lo que esto significa?

—Y ésa es la ceremonia del café. Ahora sé a ciencia cierta que nunca me engañarás. ¡Ja! —El sonido de su repentina carcajada invade toda la tienda.

Fikre recoge las tazas vacías y las deja con mucho cuidado sobre la bandeja.

Desde la portezuela de la tienda, fuera del alcance de la mirada de Bey, vuelve la vista hacia mí. Un fogonazo de dientes blancos, labios del color de la granada, piel negra. Un segundo después ya se ha ido.

—¿Cuánto tiempo lleva Fikre a su servicio? —pregunto, de la forma más casual de que soy capaz.

Bey me mira pensativo.

—Es hermosa, ¿verdad? —Me encojo de hombros—. Sí, supongo que lo es.

Permanece en silencio un momento, y después dice de repente:

—No está a mi servicio, Robert. Es mía. Es una esclava.

Tenía la sospecha de que podría serlo. Pero de todos modos sigue siendo impactante, una atrocidad.

—Se lo digo —añade Bey, lanzándome una mirada feroz— porque, de todos modos, lo hubiera sabido más adelante, y porque no le quiero mentir.

Pero le doy mi palabra de que no es lo que parece. Algún día le contaré por qué

decidí comprarla. Pero no será hoy.

—¿Y qué me dice de Mulu?

Asiente.

—Él también. Él es su *lala*, su criado, protector, sirviente.

—¿Así que él es...?

—Un eunuco, sí. Fue apartado de su tribu cuando era un niño y le castraron en el camino, tal y como le he explicado antes.

Me estremezco. Eso explica algo que me ha estado rondando en la cabeza acerca del aspecto de Mulu: la altura de un hombre, la cara imberbe de un niño...

Bey dice cauteloso:

—Para ustedes, los británicos, la esclavitud es el mal. Pero las cosas aquí son muy diferentes. No es simplemente una cuestión de decirle a alguien: «Eres libre. Vete a casa». ¿Adónde podrían ir? Incluso en el caso de que supieran a qué tribu pertenecen, no serían aceptados en el grupo, no tienen un estatus. Les ofrezco una vida mejor de la que podrían esperar.

Asiento. Una parte de mí está horrorizada con sus palabras. Pero la otra parte está rabiosa y terriblemente celosa.

VEINTISIETE

—De veras —dice Ada enfadada—, sé que es tu prometido, Emily, pero desearía que Robert no escribiera sobre mí en un tono tan condescendiente.

Emily suspira.

—¿Te refieres a la carta que le escribió a Rana sobre los aldeanos y Wagner?

—Ésa misma. Tengo la firme intención de contestarle.

—En estos momentos debe de estar en Abisinia. No estoy segura de cuándo recibirá las cartas; no ha respondido a ninguna de las mías. De todas formas, Ada, sospecho que Robert sólo trataba de bromear. Es una forma de conservar el buen ánimo.

—Pues si quieres que te diga la verdad, yo diría que está demasiado animado.

—Sea como sea, no está siendo fácil para él. Lo menos que podemos hacer es mostrarnos un poco comprensivos.

—Para ti es muy fácil decirlo; a ti sólo te escribe zalamerías y cartas de amor.

—En realidad —dice Emily con una sonrisa irónica—, Robert no es muy bueno escribiendo cartas de amor. Creo que las considera una deformación de su arte.

Ada suelta un bufido.

—No sientes mucho aprecio por él, ¿verdad? —dice Emily en voz baja.

—Es sólo que no entiendo cuál es su atractivo. Y... —titubea, pues existe un límite para su deslealtad como hermana— supongo que me sorprende que te guste tanto como te gusta.

—Creo que me gusta porque me hace reír.

—Sólo hablo por mí —dice Ada con remilgo—, pero no me gustaría que mi marido fuera una fuente constante de diversión.

Es en ese preciso instante cuando su padre irrumpe en la estancia. Trae consigo un rollo de papel de medio metro de largo del teletipo de su oficina.

—¡Queridas! —les grita—. ¿Os gustaría ver algo realmente maravilloso?

—¿De qué se trata, padre?

—Coged vuestros abrigos, nos vamos a la Bolsa. ¡Los Lyle van a acabar con el monopolio del mercado del azúcar!

—¿Y en qué nos afecta eso? —dice Ada, frunciendo el ceño.

—Directamente, en nada. Pero lo que ellos hagan con el azúcar, nosotros lo podemos hacer con el café. Pase lo que pase, ¡será un primer paso!

Ninguna de las chicas comparte su excitación, pero se dan prisa en coger sus abrigos y sombreros. Mientras tanto, su padre llama a un coche de caballos y se ponen de camino a la City.

—Durante muchos años, la Compañía Lyle ha hecho frente a una situación como la nuestra —explica Pinker—. De la misma manera en la que nosotros dependemos

de Howell, ellos dependen de Tate. Pero ¡se niegan a dejarse vender! Comercializando su azúcar como sirope han conseguido hacerse un nombre en el mercado. Ahora, Lyle ha empezado a utilizar el azúcar de sus propios campos de remolacha en la Anglia oriental: y esperan que les sea útil para reventar el mercado.

—Sigo sin entender muy bien cómo lo van a hacer —dice Ada frunciendo el ceño.

—Lyle va a sacar al mercado una gran cantidad de azúcar de golpe —explica Emily—. La Organización Tate tendrá que comprar toda esa mercancía si pretende mantener el precio a un valor irreal. Después, se convierte en un pulso para ver quién resiste más tiempo; si Lyle se ve obligado a dejar de vender su producto, habrá perdido, y el precio seguirá siendo tan alto como hasta ahora; en cambio, si es la Tate la que se ve obligada a dejar de comprar, serán ellos los perdedores, y el precio del azúcar caerá en picado.

—Exacto. —Su padre le dirige una sonrisa.

—La compañía Tate está sometida a una gran presión debido a la cosecha. Y Lyle tiene muchas reservas almacenadas... Será un duelo fascinante.

En la Bolsa son conducidos a la galería pública. Es como estar en el teatro, piensa Emily, mirando a la escena que se está desarrollando en la planta baja.

Desde el lugar que ocupa, ve un vestíbulo de enormes proporciones alrededor del cual se levantan media docena de plataformas en forma octogonal fabricadas con caoba y latón.

—Ésos son parqués —explica su padre—. Ése de ahí es el parqué de Norfolk, el que está justo debajo de nosotros. —Hay una docena de hombres pululando alrededor del parqué que acaba de señalar, mirando atentamente una pizarra. A Emily le parece estar viendo a un grupo de niños expectantes en un teatro de marionetas, esperando la aparición de los protagonistas. El único movimiento en la sala es el de un hombre con un sombrero hongo de un color rojo brillante, que escribe una serie de cifras en el tablón; cuando llega al final de la pizarra, borra con un paño todo lo anterior y vuelve a empezar.

—¡Ah! Ahí está Nate —exclama su padre—. Y también Brewer. —Emily alza la mirada: el miembro del Parlamento que le presentó su padre se acerca hacia ella, acompañado por un hombre vestido con traje de negocios. Arthur Brewer la saluda con una sonrisa y una inclinación de cabeza antes de tomar asiento. Pinker, mientras tanto, habla a Nate al oído con cierta urgencia, y cuando se separan le da una palmadita en la espalda a modo de despedida.

—Nuestro corredor de Bolsa —les explica cuando vuelve a su asiento—. He invertido algo de dinero en Lyle.

—¿Una apuesta? —pregunta Emily.

—En efecto. Le acabo de dar una orden de venta. Si finalmente baja el precio, como espero que suceda, me embolsaré la diferencia.

Emily asiente, pero está claro que no entiende el funcionamiento del mercado tan

bien como él. En lo que a ella respecta, ésta es una nueva faceta de su padre, desconocida hasta ahora: en el pasado, cuando hablaba de sacos de café cual si fueran soldados y caballería, se había imaginado unas batallas muy distintas a esta que estaba presenciando en aquel mismo momento.

En el piso de abajo se oye sonar un timbre. Inmediatamente se empieza a generar un pequeño alboroto en torno al parqué. Los hombres agitan las manos en una especie de lengua de signos; otros elaboran expedientes, y los pasan hacia delante y hacia atrás por encima del mostrador. A pesar de no ser una experta conocedora del mercado, Emily es perfectamente consciente de que ahí abajo se está dando por concluido el drama que los tenía expectantes. Todas las miradas se centran en dos hombres situados en lados opuestos del octágono.

—El corredor de Bolsa de Lyle. Y ese otro de ahí es el de Tate —le explica su padre—. ¡Ah! Y si no me equivoco, éstos son los directores de las dos compañías, ven a ver.

Dos grupos bien diferenciados están entrando en la galería pública. Cada uno consta de media docena de hombres más o menos: se ignoran deliberadamente los unos a los otros, y avanzan entre la gente allí reunida hacia la primera fila sin perder un solo detalle de lo que está pasando abajo.

—Los hermanos Lyle. Y por lo que tengo entendido, ése es Joseph Tate, el hijo de *sir* Henry. —Pinker vuelve a fijar la vista en la escena que se está desarrollando en el piso inferior, intentando identificar las cifras variables del tablón—. Por lo que veo, los Lyle siguen comprando. Deben de estar aumentando su *stock*.

—¿A pesar de que esperan que el precio caiga en picado?

—No es más que un gesto. Quieren hacer la compra-venta para ver cuánto capital están comprometiendo.

Durante los siguientes veinte minutos no hay mucha novedad. Ada atrae la atención de Emily y le hace una mueca. Pero Emily, lejos de aburrirse, está fascinada. No es que todo esto le guste especialmente; de hecho encuentra bastante repulsiva la manera en que toda la actividad de la empresa Pinker queda reducida a unos cuantos papeles repartidos aquí y allá sobre las mesas de caoba. Encuentra que hay algo molesto en torno a la agrupación de los hombres en el parqué. Más que hombres parecen una jauría de animales salvajes y violentos, dispuestos a lanzarse en cualquier momento sobre cualquiera de los dos corredores...

—Esto es extraordinario —murmura Pinker.

Está de pie en el lado de la galería en el que un anciano caballero intenta abrirse paso con su bastón en dirección al grupo de hombres de la Tate. Un joven se levanta a su paso, solícito, dispuesto a prestarle ayuda en caso de que la pudiera necesitar.

—*Sir* Henry Tate en persona —dice Pinker en voz baja—. Debe de tener ya más de setenta años.

Como si la aparición del anciano fuera una señal, se intensifica el ruido en la planta baja. La gente grita al corredor de Lyle, agitando las manos delante de él en

esa extraña lengua de signos, forzándole a coger lo que parecen ser unos pedazos de papel. Él permanece imperturbable, los recoge, da a los hombres un golpecito en el pecho para confirmar que ha cogido su contrato, asiente continuamente, firma los recibos y se los devuelve a quien corresponda.

—Los Lyle están vendiendo —dice su padre—. ¡Eso es!

La histeria continúa otros cinco minutos más. Pinker mira hacia donde está sentado *sir* Henry, al lado de su hijo Joseph, con las manos unidas sobre su bastón. Los dos observan la escena de la planta baja en silencio, con rostro impasible.

—Tienen que estar a punto de quebrar —murmura Pinker—. Ya se han gastado una pequeña fortuna.

De repente, parece que el ruido empieza a disminuir. En el vestíbulo se hace el silencio, un silencio largo y expectante. Luego, el corredor de los Lyle agita la cabeza.

Los hombres presentes en la estancia, todos a una, se alejan de él y se dirigen hacia el corredor de los Tate.

Su padre suspira.

—Se acabó —dice—. Ha ganado Tate.

—¿Por qué, padre?

—¿Quién sabe? —responde él con brusquedad—. Quizá porque Lyle calculó mal el momento. Quizá tenían menos reservas de las que nos habían hecho creer. Quizá el anciano ha sabido manejar mejor la situación. —Se pone de pie—. Vámonos a casa.

La gente reunida en la galería ya ha comenzado a retirarse. El grupo de los Lyle es el primero en salir: entre el grupo de los Tate se reparten en silencio algunos apretones de manos. Es difícil asumir que se ha puesto en juego una fortuna y se ha perdido.

—La próxima vez no ganarán —dice su padre, mirando fijamente al vestíbulo—. No en una carrera de fondo. El mercado quiere ser libre, y no hay hombre más poderoso que el mercado. —Se vuelve hacia Arthur Brewer—. No se olvide de la cena, Brewer. Debemos aprender de las lecciones recibidas hoy, si no queremos tener su misma suerte.

VEINTIOCHO

«Ahumado»: el símbolo de la volatilidad por excelencia; se trata del aroma que emana de cierto tipo de madera y resinas a medida que se queman.

JEAN LENOIR, *Le Nez du Café*.

Salimos de Zeilah hace cuatro días; una caravana de treinta camellos, que no sólo nos incluye a nosotros dos y a Ibrahim Bey, sino también a Hammond y Tatts, ansiosos de llegar lo más lejos posible en la seguridad de nuestro grupo.

Fikre y Mulu caminan detrás de nosotros junto al resto de los sirvientes. A veces, cuando estamos cerca del final de una marcha, la veo tambalearse y buscar apoyo en el eunuco. Él le pasa un brazo por los hombros con dulzura y la ayuda a mantenerse erguida. Paramos en Tococho para proveernos de agua.

Rellenamos las *gherbes*, unos barriles fabricados con piel de cabra que atamos a las patas del camello cual si fueran descomunales pelotas de fútbol, dos por cada animal. El agua tiene un sabor rancio, a animal —*hircinos*— que empeora de manera sustancial tras un día entero bajo el sol. En Warumbot, unos dieciséis kilómetros más allá, alcanzamos al fin la zona interior del país. Está en la línea que hace frontera con el desierto: el pueblo parece estar bordeando las montañas de arena caliente como un pequeño muelle en la orilla de un amplio mar. A la luz de la luna —viajamos entre la última hora de la tarde y la puesta de sol— adopta el color de la sal, luminoso, brillante y resplandeciente cual si fuera una enorme llanura de cuarzo. Si pasas la lengua por tus labios, caes en la cuenta de que están cubiertos por un polvo de sal. Las partículas cristalinas centellean sobre las caras negras. Hammond dice que estamos por debajo del nivel del mar. A veces, tienen lugar los habituales escapes de vapor y fumarolas entre los matorrales rocosos; otras veces no se ve nada más que el interminable número de olas de arena petrificadas. Por la noche tan sólo nos encontramos con un ser vivo, un espino que, a juzgar por la cantidad de hojas que luce, bien podría estar muerto.

Me sorprende soñando con Emily, recordando escenas de nuestro noviazgo, el modo en que golpeó el suelo con el pie un día en el que tuvimos una discusión en la calle; la comida en el *pub* en la calle Narrow... Pero luego echo una mirada a Fikre; la luna resplandece en su piel de un tono gris pizarra, y su imagen me excita en el acto de un modo violento. El vaivén del camello, una vez te acostumbras a él, resulta hipnótico, casi sensual, un balanceo estimulante que no contribuye a disipar estas fantasías que rondan mi cabeza.

Cuando sale el sol, elevándose sobre la arena como un globo, seguimos en el mismo desierto, monótono e invariable. Detecto cierta alarma entre los conductores. Estar al aire libre aquí, a pleno sol, significa la muerte. Los *gherbes* están casi vacíos,

y nadie parece saber exactamente dónde estamos. Tras un breve debate, seguimos adelante siguiendo el mismo camino que antes. Al final, aparece ante nuestros ojos otro pueblo diminuto; las casas sin sombra se vuelven casi invisibles detrás de las rocas también sin sombra diseminadas a lo largo del desierto; un truco de perspectiva podría hacerlo parecer tan grande como un barco o tan insignificante como una mota de polvo. El pueblo se llama Ensa, y es donde damos por concluida la marcha de hoy. Todo el mundo respira aliviado. Hay una docena de cabañas destartaladas, unas pocas cabras que buscan alguna brizna de hierba entre las rocas, una negra amamantando a un bebé con un pecho plano, gris y tan vacío como una naranja exprimida.

Alrededor de las casas merodean buitres de gran envergadura cuando no están picoteando los malolientes restos de algún camello; pero hay un pozo en el que podemos rellenar nuestras cantimploras. Hemos recorrido unos sesenta y cinco kilómetros.

La noche siguiente soy yo quien monta en el camello, un poco avergonzado; no es correcto estar sentado a lomos de un camello cuando una mujer va a pie. Pero en este punto, aquí existe un protocolo: no puedo ofrecerle mi camello a la esclava de Bey, del mismo modo en que tampoco puedo ofrecerle a un sirviente un asiento en un ómnibus. Ibrahim Bey ve el modo en el que la miro y azuza a su camello hasta llegar a la altura del mío.

—Le dije que le contaría cómo la encontré.

—¿Sí?

—¿Quiere que se lo cuente ahora?

Pienso: estoy dirigiendo un camello a través del desierto. Sobre nosotros brilla una luna inmensa, tan grande y clara que, si me levantara ahora podría prácticamente tocar su moteada superficie. Llevo días sin dormir. Estoy de camino a un lugar en el que no hay ni un solo vestigio de civilización. Estos camellos apestan. Un comerciante árabe va a contarme la historia de su esclava.

Todo esto tiene que ser una pesadilla.

—Se lo ruego —le contesto.

VEINTINUEVE

Bey habla aproximadamente durante una hora, en voz baja y monótona. Al parecer, fue un accidente: una subasta de esclavos en Constantinopla y un amigo curioso que insistió en acudir; Bey le siguió para ver de qué trataba todo aquello, en contra de lo que le dictaba la prudencia.

—Entiéndame, por favor, Robert: aquél no era un lugar sórdido y polvoriento donde se efectuara la compraventa de jornaleros al peso. Era una subasta de los especímenes más valiosos, chicas que habían sido seleccionadas en su infancia por su belleza y habían sido educadas en el harén de un tratante prestigioso; les habían enseñado matemáticas, música, idiomas y a jugar al ajedrez. Algunas provenían de las tierras del este —Georgia, Circasia y Hungría— y el precio se establecía en función de su color de piel, y otras pertenecían a la familia del propio tratante.

Esas chicas, explica, no son adquiridas por un solo comprador, sino que están destinadas a ser vendidas de un agente a otro, y aquellas de belleza más exquisita son liberadas de las cadenas para incorporarse al harén imperial. Cada agente vende a la chica a un precio más alto que el que ha pagado por ella: el precio por el que se vende a una chica para que esté al servicio del sultán puede llegar a ser astronómico, una cifra muy superior a lo que Bey podría obtener a lo largo de toda una vida de trabajo. Pero eso sucede en casos excepcionales: las chicas que no alcanzaban esas cifras eran igualmente espectaculares.

Su mirada se queda fija en la oscuridad.

—Fuimos recibidos por el tratante y nos ofreció un refrigerio (sorbetes, café, pastelitos, etcétera) antes de conducirnos a nuestros asientos, colocados en función del estatus de los invitados. No éramos más de veinte, pero estaba claro que algunos estaban dispuestos esa tarde a gastar una pequeña fortuna.

»Habían separado un extremo de la sala con una serie de biombos, tras los cuales se podía entrever el revolotear de caras entusiastas, miradas curiosas, las risitas tontas propias de niñas nerviosas... era el lugar donde aguardaban su turno los bienes a subasta. Un escriba, sentado frente a una mesa, preparaba las plumas y los libros de cuentas para registrar los pagos. La madre del tratante, la *hanim*, vestida con sus mejores galas, andaba de un lado a otro ultimando los preparativos de última hora. El tratante pronunció un breve discurso de bienvenida. A continuación, presentó a la primera chica, al tiempo que la describía en términos elogiosos. Todo eso estaba muy bien, pero lo que nosotros queríamos era verla. Finalmente, salió, mostrándose tímida ante tantos hombres, pero también muy satisfecha de sí misma; era un honor haber sido la elegida para dar comienzo al evento. Era rusa de nacimiento, bastante bonita, apenas una niña. Vestía un *gomlek*, una chaqueta de brillantes, seda incrustada con joyas con una apertura a la altura de la garganta; pantalones de seda y botines. La

miramos y quedamos impresionados. Por supuesto, nadie la tocó.

Había un certificado de virginidad acreditado por una matrona, con el objeto de tranquilizar a cualquiera que cuestionara su pureza, pero toda esa puesta en escena había sido diseñada para enfatizar el hecho de que aquéllas no eran prostitutas sino chicas de harén.

Abrí la boca para hacerle una pregunta. La volví a cerrar, pues no le quería interrumpir, pero él ya se había dado cuenta para entonces de mi intención de decir algo.

—El harén, Robert, quizá te lo estés imaginando como una especie de burdel. Pero un serrallo no tiene nada que ver con un prostíbulo. Nadie pagará nunca por una chica que otros compradores hayan tocado antes; la rechazarían como si hubiera sido mancillada. Es como cuando compras un libro. Sabes valorar un buen libro, ¿verdad?

Asiento, aunque no recuerdo haber mantenido nunca con él ninguna conversación al respecto.

—Cuando compras una primera edición, tienes que cortar las páginas. ¿Por qué? Es un trabajo que el vendedor, o el impresor, podría hacer por ti. Pero lo cierto es que a todos nos gusta tener la prueba definitiva que demuestra que somos los primeros en leer esas palabras. Este mismo sistema se aplica también con las mujeres.

Hemos llegado a un área pedregosa. La caravana aminora la velocidad, los animales la atraviesan en turnos para sortear las rocas que se encuentran en nuestro camino. Miro hacia atrás. Mulu ayuda a Fikre a salvar las rocas, elevándola de una a otra. Su piel brilla como una moneda de plata, una luz de luna resplandeciente en medio de la oscuridad más absoluta.

—Y entonces comenzó la subasta —dice Bey con voz suave—. Y de repente algo se quebró en mí. No recuerdo los detalles. En realidad, no recuerdo casi nada. Por supuesto, no fue agradable para mí ver cómo la vida de unos seres humanos quedaba a disposición del organizador de la subasta. Y eso que la mayoría de las chicas mostraban una alegría casi infantil ante el evento. Era más que evidente que nunca habían tenido ocasión de vestir prendas tan finas y delicadas como las que lucían para la ocasión: se les veía caminar con orgullo detrás del biombo, deleitándose con su vestimenta, prácticamente saltando sobre sus botas de suave seda mientras avanzaban en dirección a la silla situada en medio de la sala. No, era otra cosa lo que hacía que me hirviera la sangre.

Como sabes, yo soy comerciante, llevo el comercio en la sangre. He asistido a muchas subastas, pero nunca a ninguna como aquélla. El subastador era un profesional muy hábil; su voz no era más que un murmullo, pero sus ojos estaban en todas partes; cuando detectaba una mano alzada, movía la cabeza en un gesto de asentimiento, y, en ocasiones, le bastaba con una ligera sonrisa para convencer a un postor desanimado de que diera batalla. La agitación entre los espectadores era máxima. Son contadas las ocasiones en las que chicas como ésas salen al mercado, y para aquellos hombres, sus fortunas eran insignificantes frente a la posibilidad de

hacerse con una de ellas... y de vencer al resto de postores, supongo. De haberlo querido, tampoco podría haber participado en aquella lucha. Las sumas que allí se ofertaban superaban con creces mis posesiones. Yo allí no era más que un comerciante de café, un observador, al que en distintas circunstancias jamás hubieran permitido acceder a esa sala para ver a aquellos hombres ricos en acción.

»Después de haber realizado la venta de una media docena de chicas, se anunció que se haría una pausa; aparentemente, el descanso estaba previsto para ofrecer a los allí presentes un refrigerio, pero en realidad se trataba de un modo muy efectivo de elevar la tensión hasta el grado máximo. Y mientras tomábamos un café, disfrutábamos de un espectáculo que nos habían preparado, un truco que mostraba claramente la astucia de la *hanim* y de su hijo.

No era nada vulgar: las chicas salían de detrás del biombo, algunas para tocar algún instrumento, otras para jugar al ajedrez con alguna compañera.

»Los hombres se levantaban de sus asientos y merodeaban alrededor de la sala, aparentemente para hablar los unos con los otros o admirar la decoración a base de azulejos de los pilares, pero resultaba evidente que, en realidad, lo hacían para poder observar mejor a las chicas que aún no habían sido vendidas.

Fue entonces cuando me llegó un rumor que estaba circulando entre los asistentes al acto. Había en la sala un hombre cuya vestimenta lo señalaba como un miembro rico de la corte. Se rumoreaba que tenía la intención de comprar a la más bella de las chicas para entregársela al sultán con la esperanza de que se le concediera, a cambio, el cargo que ambicionaba en algún ministerio de una u otra provincia. El resto de compradores especulaban acerca de cuál sería la chica escogida para ese fin.

»Paseé la mirada alrededor de la sala, intentando mirar a las chicas a través de sus ojos. Como ya he dicho, las chicas de piel blanca eran las más cotizadas.

¿Escogería acaso a la chica húngara, cuyo cabello era tan largo como hermoso?

Era obvio que la madre del tratante así lo creía: la *hanim* no le quitaba los ojos de encima, estirándole con manos nerviosas las ropas cual si fuera una novia camino del altar.

»Y después me fijé en otra chica, de piel muy oscura, muy bella, sentada a una de las mesas de ajedrez. Era africana de nacimiento; era evidente que había pasado algunos años en el harén. Vestía una chaqueta refinada, de seda roja y brillante, y su rostro adoptaba una expresión sombría mientras movía las piezas del ajedrez. Y eso me intrigó: no estaba utilizando el juego como excusa, como lo hacían las otras chicas, para mirar de reojo a los hombres: estaba concentrada en el juego con una determinación feroz. El resultado era importante para ella: quería ganar.

»Ésa era su respuesta a la subasta, a los compradores, a todo ese circo indigno: sencillamente los ignoraba, y en cambio, centraba su atención en la única actividad en la que todavía tenía alguna posibilidad de ganar. Y la admiré por ello.

»Cuando pasé cerca de su mesa, me detuve para observarla mejor. Su contrincante no era una buena jugadora, y, de todas formas, en aquel momento, no

estaba pensando precisamente en las piezas; estaba más interesada en cualquier cosa que pudiera estar pasando en la sala. Cuando la chica de piel oscura acabó con todas sus piezas en poco más de media docena de movimientos, di un paso adelante. “Me sentiría muy honrado —le dije— si me permitiera jugar la siguiente partida con usted”.

»La africana se encogió de hombros y recolocó las piezas. Realicé un par de movimientos fáciles de apertura. Quería ver cómo jugaba ella. El protocolo del harén exigía que me dejara ganar para halagar mi ego. Durante un par de turnos, creí que así lo haría. Pero luego, de repente, en sus ojos surgió una pequeña chispa de resolución tenaz, y empezó a jugar de verdad, y a intentar comerse mis piezas.

»Mientras jugábamos, estudié su rostro. No cruzamos ni una sola mirada, pues ésa hubiera sido una de las mayores imprudencias que habría podido cometer, sobre todo en las circunstancias en las que nos encontrábamos. Pero no podía dejar de admirar su belleza. Bueno, tú ya la has visto: no es necesario que te la describa. En cambio, quizá debiera explicarte algo sobre su espíritu. Era una chica que rechazaba por completo la idea de que alguien la poseyera. Todos los músculos de su cuerpo evidenciaban que estaba furiosa por lo que estaba pasando a su alrededor, por la manera en que otros disponían de ella. Comerme a mí era la única venganza que estaba a su alcance; una venganza quizá insignificante, pero, a fin de cuentas, era una afirmación de su actitud desafiante.

»Después caí en la cuenta de que alguien más se había acercado a la mesa en la que estábamos jugando. Era el joven cortesano. Nos estaba observando y algo en su quietud me hizo pensar que él también había visto algo en aquella chica africana, algo, cuando menos, extraordinario. Levanté la mirada y fruncí el ceño con la esperanza de asustarlo, pero para entonces ya se había ido.

»Cuando volvimos a nuestros asientos, el tratante anunció los siguientes lotes a subasta. La última chica en salir sería aquella de piel más clara, y cuya aparición constituiría el momento álgido del evento. El primer turno era el de la africana. El tratante enumeró todas sus habilidades: idiomas, música, tiro con arco, correr. Estaban intentando presentarla como una chica exótica, una especie de mono educado y novedoso. Dos hombres pujaron el uno contra el otro con cierta desgana hasta elevar el precio a una cantidad que consideraban bastante generosa. La competición se detuvo en el momento en el que, con un movimiento perezoso de la mano, el joven cortesano entró en la subasta.

»Enseguida vi cuál era su juego; quería hacernos creer que ésta era una idea de última hora, que había decidido adquirir más de una chica ese día, y que si bien aquella no era la que más le interesaba, tampoco le importaría llevarse a Fikre consigo. Su conducta podría haber engañado a algunos de los allí presentes, pero no a mí. Puede que yo no supiera mucho acerca de los esclavos, pero lo sabía todo sobre las subastas. Y había otra razón por la cual yo entendía tan bien las intenciones de aquel joven: las compartía.

»En ese breve instante, frente a la mesa de ajedrez, me había enam... No digo que me enamorara, pero quedé hechizado. Fue increíble, algo visceral, físico, absorbente: lo único que *sabía* a ciencia cierta era que no iba a dejar que aquel hombre, ni ningún otro, me la quitara y acabara con su espíritu.

»Aquello dio lugar a una pequeña ráfaga de pujas. El joven cortesano se encogió de hombros, indicando que era un precio muy alto. El resto de pujadores le hicieron una reverencia y retiraron sus ofertas. El martillo dio un golpe. Y después... un murmullo de excitación o, más bien, de perplejidad. Otro comprador acababa de entrar en la puja. Alguien tenía la osadía de intentar arrebatarse al cortesano una adquisición tan poco habitual delante de sus propias narices. Sorprendido, me di cuenta de que ese osado comprador no era otro sino yo. Había levantado la mano. El cortesano alzó las cejas, y volvió a alzar la mano en señal de que continuaba en la puja. Chasquéé los dedos, un gesto tachado de ordinario, pero eso no me preocupaba en absoluto. Los espectadores tomaron asiento. El cortesano frunció el ceño y dobló su puja anterior. Ahora no fingía haber tomado la decisión de compra en el último minuto. La quería. Y yo también. Pero el precio ya superaba con creces mis ganancias de aquel año. Volví a alzar la mano. De nuevo el otro volvió a doblar la cantidad. Sabía que si salía vencedor, tendría que hipotecar todo aquello que poseía, incluyéndola a ella. Y eso no me detuvo. Levanté el dedo en dirección hacia el subastador y sugerí una cifra insólitamente alta que, sin embargo, en aquel ambiente, no significaba prácticamente nada. Aceptó mi puja con un movimiento afirmativo de cabeza, y se volvió hacia donde estaba el otro en busca de una respuesta. De nuevo, éste dobló el precio. Y otra vez la puja estaba en mi contra hasta que, sin pensarlo siquiera, volví a doblar la cantidad.

»De repente, el cortesano parpadeó, se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Se había acabado. Se oyeron algunos aplausos, que duraron muy poco, pues los allí presentes recordaron que no era prudente aplaudir el triunfo de un pobre comerciante sobre un poderoso miembro de la corte. La subasta siguió su curso.

»Mientras todo esto tenía lugar, Fikre, sentada en medio de la sala, había mantenido la mirada fija en el suelo. En ese momento, levantó la cabeza y me miró. Nunca olvidaré esa mirada, pues encerraba un desprecio absoluto.

»Había arriesgado todo lo que tenía por convertirme en su dueño, en el hombre que tendría en sus manos su vida y su muerte, y no mostró más temor o miedo que si se hubiera tratado de algún estúpido pretendiente que le hacía cumplidos en mitad de la calle.

En algún lugar detrás de nosotros, en medio de la plateada oscuridad de la noche, un camello hace gárgaras y se lame los labios produciendo un ruido similar al de unos aplausos. Su dueño le habla, se oye el murmullo de un beduino.

—Sí, era su dueño —musita Bey, prácticamente para sí mismo—. Intente imaginar lo que aquello significó para mí. La responsabilidad, las decisiones que tuve que tomar. Imagínese el dilema en el que me encuentro ahora.

—¿Por qué? —le pregunto.

Bey empieza:

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué ese dilema?

Tengo la impresión de que me ha estado hablando tanto por su bien como por el mío. Sin duda le sorprende mi pregunta.

—Ésa, amigo mío, es una historia que dejaremos para otra ocasión —me dice brevemente, al tiempo que azuza a su camello para ponerse a la cabeza de la caravana.

TREINTA

Otra parada, otro día intentando dormir durante las horas más calurosas.

Cuando finalmente el sol se tiñe del color rojizo oscuro propio de una manzana madura, volvemos a cargar los camellos. La arena que nos rodea ya no es del color del cuarzo; ahora parece un conjunto de minúsculas camas de azabache.

Estamos en un país volcánico, el *samadou*.

Desmond Hammond va a mi lado, montado en su camello. Se ha cubierto el cuello con un pañuelo beduino para protegerse de las ventiscas de arena: con su rostro rudo y bronceado, da la impresión de ser un hombre africano. Permanece en silencio durante largo rato, tras el cual me dice:

—Perdóneme, Wallis, pero no puedo imaginarle a usted como hacendado.

—Hace un par de meses me hubiera tomado eso como el mayor de los cumplidos. Gruñe.

—Ha debido de perder la razón. ¿No es así?

—Más o menos.

—No habrá muchos europeos en el lugar al que se dirige. Ni qué decir tiene que tampoco encontrará muchos ingleses. Si tiene algún problema... Puede enviarnos un mensaje a través de los beduinos. Son sorprendentemente fiables, aunque también un poco lentos.

—Muchas gracias —le digo, presa de un sincero sentimiento de gratitud.

—Podríamos hacer negocios juntos, si le interesa. He oído que aquello es una fuente de ébano, oro y diamantes. Cualquier cosa que necesite para comerciar con esos bienes hágamela saber.

—Supongo que mi vecino más cercano será Bey. En Harar.

—Bey... —Hammond está a punto de decir algo, pero al final cambia de opinión y no lo hace. Señala con la cabeza hacia el lugar donde Fikre camina al lado del camello de Bey, apoyando una mano sobre el estribo—. ¿Conoce la historia de esa mujer suya?

—Sí. En realidad, me la contó anoche. Cómo la compró en una subasta.

Hammond vuelve a gruñir.

—Eso es lo que dice.

—¿No le cree?

—No creo que ésa sea la versión completa de la historia. No hay en el mundo un ser menos fiable que un árabe, y un comerciante árabe es el más peligroso de todos ellos.

—La empresa para la que trabajo ha tratado con él durante años. Yo mismo he probado sus cafés. Sus productos son siempre de primera calidad, cosa que es, cuando menos, poco común. Como digo, creo que es probable que ésa sea la

verdadera historia de Fikre y la subasta de esclavos; Ibrahim Bey no se puede resistir a la compra de los mejores productos, tanto si se trata de café como de esclavos.

—¿Sabe lo que dicen los beduinos acerca de Bey?

Sacudo la cabeza, en señal de negación.

—Dicen que es un sentimental. Creen que compró a la chica por la peor razón que un hombre podría tener: por amor.

—¿Tan terrible es eso?

—Significa mezclar los negocios con el placer. Piénselo. La compra. ¿Y después qué?

Podía imaginar perfectamente, y con todo detalle, el frenético y brusco acto con el que se desvirgaba a las chicas tras la compra. Hammond sigue hablando:

—No es lo mismo que si compraras una puta. Una chica así, en su cultura, es muy diferente a una puta, y desde luego mucho más cara. Su precio depende de dos cosas. La primera, es su virginidad; no olvide que él pagó por ella una pequeña fortuna. En el momento en el que él la posea, ella perderá todo su valor. Es el modo en el que funciona ese mercado tan particular. Ella sólo vale lo que se ha pagado por ella siempre y cuando se mantenga pura y no tenga relaciones sexuales con ningún hombre, incluido él.

—¿Y cuál es la segunda?

—Su juventud —dice Hammond sin rodeos—. Los árabes ricos compran a sus esposas cuando todavía son adolescentes, o al menos no mucho mayores.

Con dieciocho años, una mujer ya ha perdido prácticamente todo su valor. A los veinticinco años ya no vale nada; en ningún caso entrará a formar parte de un gran harén.

»Y ahora imagínese que es Ibrahim Bey. Paga una fortuna por esa chica, invierte todo su capital en ella. Es su dueño: puede hacer con ella lo que le plazca. Y sueña con hacerlo, por supuesto. Mírela, cualquier hombre lo haría.

Pero también sabe, como buen comerciante que es, que en el momento en el que lo haga, ella perderá todo su valor. Su dinero, su inversión, se desvanecerá tan claramente como el agua fluye en la arena. ¿Vender o joder? Es una decisión irrevocable. Así que, paralizado, decide esperar mientras intenta tomar una decisión. Pero, qué terrible ironía, durante el tiempo de esa espera, ella va perdiendo su valor, día tras día. Sin embargo, sigue sin decidirse. Transcurre todo un año. A estas alturas, todo el mundo tiene noticia del apuro en el que se encuentra. Se convierte en un objetivo fácil de burla y eso, para un comerciante, es algo terrible. La gente no querrá hacer negocios con usted; y si lo hacen, intentarán engañarle. Ha perdido toda la credibilidad. ¿Cómo no, cuando todo el mundo sabe que es incapaz de vender su activo más valioso? Sus rivales hacen chistes a sus espaldas. Y mientras tanto, la chica se vuelve malcriada y rebelde. Sabe a ciencia cierta que el único modo de salir de todo ese enredo es coger al toro por los cuernos y vender a la chica. Pero algo le detiene... el sentimentalismo.

—Mencionó algo acerca de un dilema —le dije—. Seguramente era a eso a lo que se refería.

Hammond asiente.

—Ya llevo un tiempo viajando alrededor del este de África. Se ve gente de todas las razas, árabe, africana, europea. Los europeos decidimos lo que vamos a hacer y lo hacemos. Ése es nuestro punto fuerte. Los africanos tienen una mentalidad distinta; esperan a ver qué pasa: la vida está fuera de su control. En cierto modo, podría decirse que ése es también su punto fuerte, su adaptabilidad. Pero los árabes son los que más me fascinan: con ellos nunca sabes a qué atenerte. Siempre hay algo que nubla su razón: la religión, la vanidad o el orgullo. —Hace una pausa—. Creo que lo que intento decirle es que mantenga una distancia prudencial con Bey. Después de todo, no es uno de ellos, ni tampoco uno de nosotros.

A lo largo de la noche atravesamos con dificultad el pedregal que va adoptando distintas tonalidades de negro. De vez en cuando, sopla un viento cálido y seco, y eso hace que los susurros de la noche se deslicen con mayor intensidad por las piernas de los viajeros. A veces imagino que estamos atravesando un desierto infinito de granos de café tostados.

Tenemos poca agua. Los conductores de los camellos tienen racionada la cantidad que les corresponde: dos tragos cada uno. Nadie se atreve siquiera a sugerir que la cantidad ingerida por el hombre blanco también debiera ser racionada, pero intento respetar los haremos establecidos para ellos.

Cuando le toca beber a Mulu, el chico se limita a mojarse los labios, y le pasa su taza a Fikre.

Esta noche no ha salido la luna; es necesario ir despacio. Gradualmente, alcanzamos a escuchar un murmullo en el aire: una vibración, que al final se revela como un sonido similar al de un trueno lejano. Pero no se trata de un trueno. Son tambores.

En la oscuridad absoluta es imposible saber a ciencia cierta de dónde provienen. Luego descubro sorprendido que están a nuestro alrededor; delante y a los dos lados de donde nos encontramos, la oscuridad habla consigo misma, y hace eco a través del desierto vacío, del mismo modo en el que el impacto del trueno suele resonar en el cielo.

Permanecemos en silencio. Nadie sabe lo que eso significa.

—Debe de ser de un asalto de los gala —dice al final Hammond.

Seguimos nuestro camino, pero con muchísima cautela. Luego, oímos que de la oscuridad surge una especie de cántico. Proviene de algún lugar muy cerca de nosotros, pero no vemos a nadie. Nos colocamos en cuatro filas y ponemos los camellos en la externa. Los beduinos, ansiosos, desenfundan sus dagas. Hammond prepara su rifle.

—¿Qué están cantando? —pregunto.

Hammond se encoge de hombros.

—Es en gala.

De repente, Fikre dice:

—Es una canción de guerra. Están cantando *El amor sin besos, no es amor. Una lanza sin sangre, no es una lanza*.

Es la primera vez que le oigo hablar en inglés. Tiene un acento fuerte, similar al inglés que hablaría un francés, pero su gramática es extrañamente correcta. Habla en voz baja: su pronunciación es ligeramente sibilante, como si tuviera la lengua atrapada entre los dientes.

—Yo los asustaré. —Hammond alza su rifle y dispara cuatro tiros al aire.

Los camellos, asustados, empiezan a trotar; luego, a medida que se van calmando, reducen la velocidad.

El canto se interrumpe de forma brusca. Ahora sólo se oye el crujido de la negra arena bajo nuestros pies.

Al amanecer tropezamos con un montón de huesos. Primero vemos a los buitres, que dan vueltas en círculo de forma perezosa sobre algo que se encuentra justo enfrente de nosotros, sobre la arena. Después distinguimos la silueta jorobada de un camello. Hay un pájaro posado en su espalda que rasga con el pico, de forma metódica, su piel.

A medida que nos vamos acercando, vemos otro camello; después un tercero. Antes de poder ver ninguna otra cosa, casi hemos llegado al lugar exacto donde se encuentran. Los buitres se alejan unos pocos metros, esperando a que nos vayamos para poder disfrutar del banquete.

Entre los camellos encontramos también restos de personas. Los cuerpos están en proceso de descomposición, con la carne negra a través de la cual salen unos huesos blancos, que los pájaros se han encargado de dejar relucientes. A un lado, hay otros huesos con las extremidades destrozadas, como si hubieran sido arrancadas y se hubiera luchado por ellas.

—Hienas —dice Hammond abruptamente—. Pero no fueron ellas las que los mataron.

Tuve que obligarme a mí mismo a mirar los restos. Los ojos, la cara y el estómago son lo primero que atacan los carroñeros, las partes más blandas.

Creo que una de aquellas caras destrozadas era la de una mujer. No quedaba ni rastro de la mandíbula, se la habían comido toda, a excepción de los dientes.

—Supongo que eran beduinos —dice Hector—. Pobres brutos.

—También podrían ser europeos —responde Hammond secamente—. Toda carne es negra cuando se pudre.

—Deberíamos continuar. —Señala Bey—. Biokobobo aún está a una hora de camino.

Retomamos nuestro trayecto. Nadie sugiere enterrar los cuerpos. El sol está ya alto. Los rostros sin ojos de los camellos, desplomados sobre la arena, nos ven marchar.

TREINTA Y UNO

«Especiado»: se suele asociar este calificativo al aroma de especias dulces tales como el clavo, la canela y la pimienta de Jamaica. Los catadores tienen mucho cuidado de no utilizar este término para describir ningún otro aroma procedente de especias más sabrosas tales como la pimienta, el orégano y las especias indias.

International Coffee Organization, *The Sensory Evaluation of Coffee*.

Biokobobo es un lugar para descansar, un oasis en todos los sentidos: se trata de una pequeña aldea que conforman una serie de casas del mismo color de la arena, situadas entre palmeras. Muy cerca del pueblo hay tres lagos de un brillante azul cobalto. A un lado vemos el desierto y al otro se extienden los empinados senderos que conducen a las montañas.

Vamos a permanecer aquí varios días, para recuperarnos y para mantenernos a cierta distancia de la celebración de la guerra de los gala. Hay un pequeño mercado; comemos dátiles, avellanas, cocos, insípidos panes y quesos hechos con leche de camello. Hector y yo nadamos en los *wadis* y desempacamos del equipaje tan sólo lo imprescindible. Es extraordinario cómo, después de largos días de viaje, prescindiendo de toda comodidad, un estanque de agua transparente y un buen lugar para acampar se nos antojan como el lujo máspreciado.

Intento escribir. «Querida Emily, le escribo estas líneas desde el medio del desierto. Están asando nuestra cena sobre una pequeña hoguera; otra cabra: me estoy convirtiendo en un verdadero experto en cabras...» Pero no puedo terminar la carta, y no es debido al calor. No consigo recordarla con claridad.

Saco el catálogo del equipaje y luego, con mucho cuidado, a la sombra de una de las casas, destapo un par de fragancias. Me parecen insípidas, inconsistentes.

O quizá sea que he soportado el hediondo olor de un camello sucio durante demasiado tiempo y mi olfato ha perdido la capacidad de distinguir los aromas.

Comemos la cabra asada untada con *berberi*, que viene a ser un polvo hecho a partir del chile: una vez lo pruebas, se convierte en una adicción. Fikre y Mulu no comen con nosotros, sino en un aparte. A veces, él le peina el pelo con un peine de acero, y en esos momentos suelen conversar, en voz baja pero animadamente, en una lengua que no consigo reconocer. La veo reír; tiene una risa fácil, espontánea. Cuando lo hace golpea intencionadamente su hombro con el de él, como si fueran dos colegialas. Él se limita a sonreír tímidamente.

En un par de ocasiones la he sorprendido mirándome, pero sus ojos son completamente inexpresivos: ya no queda rastro de aquella intensidad, esa muda desesperación que vi en ellos el día que tomé café en la tienda de Bey. Me pregunto si no la habré malinterpretado... Pero recuerdo perfectamente aquel grano de café que ella puso sobre mi mano.

La segunda mañana que amanecemos en Biokobobo me despierto muy temprano. Con un suspiro, me levanto, me estiro y salgo al exterior de la tienda.

En la penumbra veo una esbelta silueta cubierta con una larga túnica azul que corre en dirección al *wadi*.

Fikre.

Atraviesa el camino situado entre las palmeras y desaparece de mi vista.

Está claro: no pudo bañarse ayer, mientras lo hacían los hombres, así que ha venido ahora, buscando algo de privacidad. Inmediatamente, bordeo el *wadi* y llego al otro lado justo a tiempo para ver cómo se desprende de la larga túnica.

En la tenue luz del día, su piel cenicienta adopta un tono brillante e intenso.

A medida que se introduce en el agua alcanzo a ver el vello entre sus piernas, de un tono similar al del clavo oscuro: también los pezones, sobre los pequeños y musculados pechos, son prácticamente negros. Bebo esa imagen que estoy viendo ávido y sediento como si estuviera tomando un trago tras otro de café.

Después se da la vuelta y me da la espalda. Ésta es compacta, estrecha, tan flexible como la de una serpiente; coge en sus manos un poco de agua para lavarse la cara. Las gotas, bajo los primeros rayos de luz del día, se reflejan y brillan cual si fueran lágrimas de diamantes. Se sumerge en el agua, vuelve a salir a la superficie resoplando y nada en dirección a donde yo me encuentro.

Doy un paso atrás, antes de que pueda verme. Luego algo me hace cambiar de opinión. Doy un paso adelante, deliberadamente, de manera que pueda ver cómo la observo.

También deliberadamente, ella se levanta. El agua le cubre hasta la cintura y resbala sobre ella, limpiando la piel inmaculadamente negra. De sus pechos caen gotas que se asemejan a piedras preciosas.

Puedo oír claramente el ruido sordo del latido de mi corazón en mi garganta.

Durante largo rato nos limitamos a mirarnos el uno al otro. Luego, la brisa mañanera nos trae el sonido de los cencerros de las cabras.

Ella se vuelve y regresa al lugar donde ha dejado la ropa, moviendo las piernas lentamente en el agua cristalina.

Un amor sin besos, no es amor.

Una lanza sin sangre, no es una lanza.

Ésas siguen siendo las únicas palabras que le he oído pronunciar en inglés.

Las escucho de nuevo —ese tono extraño, afrancesado, que le da a las palabras— y caigo en la cuenta de que ya estoy completamente obsesionado.

TREINTA Y DOS

Estoy desesperado por hablar con ella a solas, pero Hector e Ibrahim me entorpecen el camino, pues el uno quiere aprovechar nuestra próxima parada para estudiar minuciosamente *Café: cultivo y aprovechamiento* y el otro para debatir sobre poesía.

—Su futuro suegro me ha dicho que es escritor, Robert. ¿Conoce las obras de Hafiz?

—Me temo que no.

—Pero quizá haya leído los versos de Said Aql.

—No, que yo sepa.

—¿Y los sonetos de Shakespeare?

—Sí, por supuesto. —Me molesta que, por el simple hecho de no haber leído a algunos autores árabes, se me tome por un completo ignorante.

—Algún día le recitaré los versos de Hafiz de Shiraz. Era persa, pero sus reflexiones son muy profundas. «He calculado la influencia de la razón sobre el amor, y he descubierto que es la misma de una gota de lluvia sobre el océano, que deja una pequeña marca en el agua y desaparece...»

—Eso sería, sin duda, muy interesante.

—¿Robber? —Retumba una voz cercana—. Escuche esto: «El escritor plantó café en el monte Kilimanjaro, y después de seis meses, descubre que las plantas, aún muy jóvenes, crecen estupendamente».

—Eso me tranquiliza, Hector.

—«Como Hafiz, bebe vino al son de las arpas, pues el mismo corazón está atado con cuerdas de seda». No sabe cómo envidio su vocación, Robert. Un poeta es un verdadero príncipe entre los hombres.

—Ya lo creo, Ibrahim.

—«En ocasiones, cuando andamos escasos de tiempo, hemos sabido de gente que se ha endeudado para financiar la compra de un pedazo de tierra en áreas labradas para cultivar y que después lo ha perdido todo; pero ése es un acuerdo muy poco eficaz. Haz tu área de cultivo tan extensa como tus finanzas y tu paciencia te lo permitan».

—Gracias, Hector. Lo tendré en cuenta.

Es prácticamente imposible. Entre el discurso de Bey acerca del amor y el de Hector acerca de áreas de cultivo, la sombra del vivero y el mantillo, no puedo hacer otra cosa que esperar a que la caravana se ponga en marcha de nuevo.

Guardo en secreto la imagen de un elegante cuerpo de piel negra que emerge desnudo de una charca en medio del desierto. Hacía semanas que no estaba con una mujer.

—¿Quiere un café, Robert?

Alzo la mirada. Es Bey, que viene a sentarse junto a mí. Estoy intentando leer un cuento en el *Yellow Book*, una comedia de época escrita por Meredith.

Pero lo cierto es que no me puedo concentrar, ni siquiera antes de que Bey me interrumpiera.

—¿Tiene café aquí?

—Por supuesto. Nunca viajo sin un saco de grano. —Se frota las manos—. Fikre, Mulu. Café, por favor.

Se acercan corriendo. En un instante han elaborado una pequeña hoguera, descargado el café, encontrado la olla de barro y las tazas y vertido los granos.

Encienden el fuego y lo alimentan hasta conseguir la temperatura adecuada. De algún lugar sale el diminuto cuenco con agua de rosas.

Y todo esto, pienso, lo hacen para que podamos disfrutar de una taza de café.

—¿Hector? —Llama Bey.

—Bueno, si lo va a hacer de todos modos, tomaré un poco.

Para cuando se acerca a mojarnos la cara con el agua de rosas, Fikre ya está sudando minúsculas motas plateadas en su piel. La miro a los ojos, pero están vacíos, es imposible leer nada en ellos.

Luego, lo noto: un grano de café ligeramente posado sobre mi mano.

Deslizo mi mano hacia abajo y toco la única parte de su cuerpo que está fuera del área de visión de Bey: su tobillo. Lo rodeo y durante un instante ejerzo un poco de presión sobre él.

Sus ojos siguen vacíos, completamente vacíos. Pero de repente me doy cuenta de que está temblando, como si le estuviera costando un gran esfuerzo mantener la compostura.

Desde Biokobobo atravesamos la llana cuenca de Dahelimale y empezamos a ascender hacia las montañas. A veces, pasamos al lado de campos de cultivo, tiras finas y largas dispersas al azar entre los matorrales. Negros muy altos pasean a través del paisaje, siempre en la misma postura: un bastón cruzado entre los hombros, los dos brazos encorvados sobre él y agitando las manos. Las mujeres van cubiertas por vaporosos vestidos de color verde, turquesa o escarlata. Llevan la frente adornada con piastras. Los niños van desnudos. Sus cabañas están hechas de pieles y alfombras. Uno tiene la extraña sensación de que aquí no perdura nada.

Este viaje sin fin se me antoja ahora tedioso. Ya no tenemos la sensación de estar constantemente en peligro que lleva implícito el desierto, y al final de toda una noche de marcha, las montañas parecen tan lejanas como lo estaban antes.

«Querida Emily»

Me quedo mirando fijamente la hoja de papel en blanco. Es como un desierto de sal, una luz blanca en la que rebotan los rayos de sol, que me deslumbran. Podría decirse que las palabras me han abandonado, igual que todo lo demás.

Cierro los ojos. Veo su cara que flota ante mí. Está frunciendo el ceño.

—Robert, présteme atención —dice. Sonrío, abro los ojos. Pero ahí sigue la

misma hoja en blanco, implacable.

Bey anuncia:

—Café.

Mientras el aroma de los granos de café tostados invade el campamento, doblo la hoja y la guardo en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Ya voy.

¿Son imaginaciones mías o Bey nos observa a Fikre y a mí con mayor atención que otras veces mientras ella prepara el café?

Los ojos son solemnes, impenetrables. Fikre lava nuestros rostros y nos alcanza las tazas. No tenemos oportunidad de pasarnos nada.

Sin embargo, lo encuentro en el fondo de la taza, una vez he terminado de tomar el café. Un único grano, en la base.

Paso muchas horas intentando averiguar qué significan estos obsequios.

¿Puedo obtener quizá alguna pista en la variedad del grano? Pero cuando los examino con más atención, descubro que son de un moca simple procedente de Harar, los mismos granos con los que se preparan todos los cafés.

De repente, me viene una idea a la cabeza. Los granos no son el mensaje: es el hecho de que me los pase en secreto. Lo que ella está intentando decirme es que confía en mí, la única cosa en el mundo que todavía posee, lo único que puede dar.

Por fin, la segunda noche después de abandonar Biokobobo, Bey se enfrasca en una interminable discusión con Hector acerca de los pros y los contras de la contratación y deja de prestarme atención. Me quedo intencionadamente rezagado hasta alcanzar la parte trasera de la caravana, donde Fikre sigue caminando. Mira a su alrededor, y después ella también retrocede. Como por casualidad, caminamos entre los beduinos, y sus camellos nos ocultan de las miradas indiscretas del resto de los integrantes del grupo.

Siempre existe el riesgo de que nos escuchen. Hablamos en código, o de trivialidades y tonterías.

—Hablas muy bien el inglés —murmuro.

—Hablo mejor el francés.

—Je suis Robert. Robert Wallis.

—*Oui. Je sais. Je m'appelle Fikre.* En abisinio mi nombre significa «amor».

—Me temo que mi nombre no tiene ningún significado.

—Pero al menos es su verdadero nombre —me responde ella con una mueca furiosa y retorcida.

—Oh. Así que Fikre...

—... Es el nombre que mi dueño me quiso poner. Soy igual que un perro; no poseo nada, ni siquiera mi nombre.

Por primera vez, siento la fuerza de esa mirada, ¿cómo la llamó Bey?

¿Desafiante? Quizá sería más acertado decir apasionada. Esta jovencita no es más que una violenta maraña de resentimiento y furia condensada. De repente, camina

veloz hacia delante. Bey está recorriendo la caravana con el ceño fruncido. En un momento, estamos únicamente a unos diez metros de distancia de él.

Ahora entiendo el segundo mensaje implícito en los granos de café. La he juzgado mal al entender ese temblor, esa intensidad como indicadores del miedo. Porque la emoción dominante en ella no es el miedo. Es una ira profunda, que la consume por dentro. Del mismo modo que otras mujeres se ciegan con el amor, ella está cegada por el odio que siente hacia el hombre que la compró; y lo que la mueve a acercarse a mí, en parte, no es sino la dulce posibilidad de la venganza.

TREINTA Y TRES

«Dulce»: un agradable café con sabor limpio y suave, carente de toda aspereza.

L. K. SMITH, *Coffee Tasting Terminology*.

La cena es todo un éxito. Además de Arthur Brewer, Pinker también ha invitado al mayor de los Lyle, convertido ahora en un honorable aliado en la guerra contra Howell's, así como a otros defensores del libre comercio. Emily desea que la sienten cerca de MP. Y, efectivamente, cuando se dirigen hacia la mesa, descubre que está sentada a su izquierda, cosa que provoca en ella un gran alborozo, mitad de alegría y mitad de alarma. No está preocupada por tener la responsabilidad de entretenerlo — está segura de su capacidad para conversar sobre temas políticos— sino porque sabe a ciencia cierta que su padre no la hubiera sentado a su lado a menos que pensara que aquella posición podría resultar beneficiosa para ambos. En efecto, tan pronto se recoge el servicio de la sopa, él interrumpe su conversación con la mujer sentada a su derecha y se vuelve hacia ella.

—Así que —le dice con una sonrisa—, ¿qué opina del intento de Lyle para acabar con el monopolio del azúcar?

—Me pareció espectacular —responde ella—. Pero dígame. Como representante liberal que es, ¿no cree que existe una contradicción inherente en el concepto de libre comercio?

Él alza las cejas, sorprendido.

—¿A qué se refiere?

—Si el precio del azúcar, por ejemplo, se mantiene a un valor irreal, eso permite que hombres como el señor Henry Tate traten mejor a sus trabajadores.

¿No es así?

—Lo es —le responde—, pero no tiene por qué ser así.

—El mercado puede funcionar de una u otra manera, pero el salario del trabajador nunca superará el mínimo establecido.

—Exacto.

—Así que el libre comercio podría ir en contra de las libertades individuales de los trabajadores —sugiere ella—, negándoles las oportunidades que supuestamente les confiere su libertad. No estarán libres de la enfermedad, ni de la pobreza, ni tendrán oportunidad ni incentivo alguno para promocionarse y ascender a un puesto mejor que el que ocupan en la actualidad.

Él la observa encantado.

—Señorita Pinker, Emily, acaba usted de resumir en dos palabras el debate en el que está *sumido nuestro* partido en este momento.

—¿De veras? —Ella está ridículamente encantada con el cumplido que le acaban

de hacer.

—Gladstone, por supuesto, creía que lo mejor era que las cosas siguieran su curso... *laissez-faire*. Pero estamos empezando a descubrir los inconvenientes de ese enfoque. ¿Sabe usted que la mitad de los hombres que fueron llamados para luchar contra los bóers fueron enviados de vuelta a las fábricas? Sencillamente, no eran aptos para luchar. El tema que algunos de nosotros estamos tratando aquí responde al nombre de liberalismo, o libertad positiva. El gobierno salvaguarda las libertades y el bienestar del individuo.

—Y en términos prácticos, ¿eso qué significa?

Él extiende los brazos.

—Nada más y nada menos que un cambio total en el papel que ejerce el Estado. De hecho, asumiríamos muchas de las responsabilidades de los trabajadores progresistas. Por ejemplo, ¿por qué los trabajadores no pueden tener derecho a un seguro médico? ¿A una baja? ¿A una pensión, incluso?

Ella hace un esfuerzo por ahogar una exclamación.

—¿Y ésa será la política de su partido?

—En efecto.

—¿Y cómo la van a financiar?

—Bueno, obviamente no lo haremos a través de aranceles de importación sobre el café o el té; nos hemos comprometido a reducirlos. Estamos trabajando en un modelo de seguros nacional, al que cada trabajador tendría que contribuir en la medida de sus posibilidades. —Sonríe—. Quisiera subrayar que aún tenemos mucho por hacer. Es evidente que la sombra de Gladstone es larga, incluso dentro del partido. Y —baja la mirada en dirección a la mesa— algunas de las personas cuyo apoyo nos es totalmente imprescindible no parecen estar aún del todo convencidas.

—¿Cómo puedo ayudar?

—¿Está hablando en serio?

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida. —Es exactamente aquello en lo que siempre ha creído: un punto medio entre el paternalismo de los conservadores progresistas y la ferocidad del libre comercio. Pero radical... excitante... no tan sólo un compromiso monótono y sombrío, sino un nuevo camino hacia delante. Todo lo que acaba de escuchar es más que suficiente para que se le acelere el pulso.

—¿Estaría dispuesta a colaborar en un distrito electoral? —le pregunta él sin mucha convicción—. Sin ir más lejos, en el mío necesitamos contar con más gente y con cierta urgencia.

—¡Sí! ¡Por favor! ¡Lo que sea!

—¿Qué está pasando ahí? —exclama Pinker jovial desde la cabecera de la mesa—. Brewer, ¿qué intrigas se trae con mi hija?

Arthur responde con la mirada fija todavía en ella.

—La señorita Pinker se acaba de ofrecer como voluntaria para nuestra campaña, Samuel. No sabía que estuviera tan interesada en la política. Claro que, antes que

nada, debería pedir tu aprobación...

Pinker sonrío indulgente.

—Lo que Emily haga en su tiempo libre es cosa suya. Si cree que puede serle de utilidad en su campaña, cuente con ella sin ninguna duda.

TREINTA Y CUATRO

«Rico»: es un indicativo de los gases y vapores que conforman un sabor con una marcada intensidad.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

La tarde del día siguiente, mientras tratamos de dormir un poco, tiene lugar un terrible alboroto. Me levanto, un poco aturdido, con el ruido de un disparo.

Tres beduinos retienen a otro. Tiene una actitud suplicante, y de sus labios no cesan de salir palabras. Le obligan a ponerse de pie, vuelven a empujarlo al suelo, le patean salvajemente, mientras el susodicho se lamenta una y otra vez.

Al parecer ha sido descubierto mientras intentaba robar algunas mercancías que eran propiedad de Bey.

Se convoca un tribunal improvisado. Un grupo de beduinos acucillados en círculo, una silla para Bey en el centro y otras dos sillas, una para Hector y otra para mí a ambos lados. Presiento que está a punto de pasar algo muy desagradable, por lo que intento renunciar a la mía, pero no parece que a los beduinos les haga mucha gracia mi negativa.

—Debe ejercer de testigo, Robert —me explica Bey, en voz baja—. En lo que a ellos les concierne, nos han hecho un gran favor entregándolo a la justicia.

Muy a mi pesar, me siento en mi silla. Colocan al hombre dentro del círculo y lo obligan a ponerse de rodillas ante Bey. Tiene lugar un breve intercambio de palabras: tan sólo unas pocas frases. Sacan una espada y se la ofrecen al comerciante.

Dos beduinos levantan al acusado del suelo y lo ayudan a ponerse en pie.

Tiene los brazos extendidos y un hombre lo sujeta de cada brazo. Sus protestas se vuelven gritos. Bey camina hacia él. La hoja de la espada se balancea. Uno de los hombres que sujeta al prisionero retrocede; un instante después el prisionero cae en la dirección opuesta.

El hombre que sujetaba la mano derecha del prisionero sigue haciéndolo. El prisionero, mientras, está en estado de *shock*, mirando fijamente el muñón en el que desemboca ahora su brazo. La sangre mana en gotas grandes y espantosas.

Sin darle importancia, sin prisa, uno de los conductores de camello le hace un torniquete alrededor de la sangrienta muñeca y ayuda al prisionero a salir de allí. La mano cortada se queda tirada en el suelo, frente a Bey, y éste la ignora. Deja caer la espada y sale del círculo. Los beduinos, que hasta ese momento se han limitado a observar en silencio, se reúnen en pequeños grupos y conversan entre ellos, cual si fueran espectadores de excepción de una velada privada.

Más tarde, encuentro a Bey cerca del lugar donde está la carga de la caravana; parece triste y apagado. No quiero molestarle pero, finalmente, es él quien se acerca a

mí.

—Supongo que cree que ésa no es la manera adecuada de hacer las cosas —dice en un tono cortante.

—Yo no le juzgo.

—Si yo no hubiera llevado a cabo esa sentencia (que es una sentencia de acuerdo a sus propias leyes) lo hubieran matado. Y me hubieran tomado, también a usted, y a todos nosotros *ferengi*, por un hombre débil, impotente. Y estando aquí, eso sería demasiado peligroso.

—Lo entiendo.

—¿En serio? —Escudriña mi rostro, como si estuviera buscando en él un amago de una reacción diferente a la que mis palabras acaban de expresar. Sea lo que sea lo que ve, hace que se sienta satisfecho, pues resopla y dice—: Si las personas que consumen su café en Londres tuvieran tan sólo una ligera idea de su coste real, ¿eh, Robert?

Estamos ascendiendo hacia las montañas. Vemos castillos, prácticamente en ruinas, situados en rocas inaccesibles; águilas y milanos rondan por sus almenas. Vemos reses, pequeñas y delgadas, con sus cabezas provistas de grandes cuernos en forma de liras. No es el paisaje lo único que ha cambiado.

También los pueblos son muy distintos. En lugar de las tiendas encorvadas de los nómadas, aquí se ven estructuras de madera y paja, habitantes de cara redonda y de nariz plana, como los aborígenes. Es una especie de mezcla entre el Medieval y la era prehistórica: creo que si ahora mismo me encontrara a un caballero de las cruzadas montado en su caballo en la siguiente esquina, apenas me sorprendería.

Acampamos alrededor de un lago rodeado de montañas, y lleno de pelícanos, y le compramos algo de pescado a un lugareño. Las brillantes y relucientes escamas parecen extraídas de algún objeto metálico. Encendemos las hogueras: clavamos el pescado en unas ramas y lo asamos. Los beduinos murmuran entre sí mientras comen, y después, uno tras otro, se retiran a descansar.

El suelo es duro y la noche es fría. Me levanto y me acerco un poco más al fuego.

De repente, una llamarada ilumina la cara que está frente a mí. Está mirando fijamente las brasas. Las llamas se reflejan en sus ojos brillantes y fieros; también en su piel. Bajo el pañuelo que cubre su cabeza se esconde una belleza delicada. Cualquiera chica londinense mataría por unos pómulos como los que tiene ella.

—No puedo dejar de pensar en ti —susurro.

Por un momento, tengo la impresión de que no me ha entendido. Luego, con su acento cantarín, dice con dureza:

—No diga eso. Es lo mismo que me dice *él*.

—Quizá sea cierto.

Hace un ruido desdeñoso.

—¿Le ha contado cómo me compró?

—Sí.

—Le gusta contar esa historia. Supongo que no se le ocurrió pensar que hubiera preferido ser comprada por otro hombre.

—¿Es así?

Se encoge de hombros.

—Antes de la subasta tuvimos que ir a recoger nuestras cosas. Sabía perfectamente dónde encontrar un azulejo de cristal que tenía una grieta. Me esforcé mucho hasta que por fin conseguí desprenderlo de la pared y cogerlo en mis manos. Después lo envolví entre mis ropas. Planeaba usarlo cuando mi nuevo dueño intentara apropiarse de aquello por lo que había pagado; primero cortaría su garganta y después la mía.

Sus ojos volvieron a los restos de la hoguera.

—Esperé una noche tras otra. Pero Bey no venía. Eso sólo podía significar una cosa: que me iba a vender de nuevo. Pero no lo hizo. Yo estaba perpleja... Y entonces empecé a entenderlo todo. Quería poseerme, pero al mismo tiempo también quería preservar la mercancía, como un objeto precioso que sólo él pudiera sacar de su caja, regodearse observándolo y volver a guardar después.

Se vuelve hacia mí y me mira, alzando la barbilla. En la penumbra, veo sus dientes, de un blanco inmaculado, tras sus labios entreabiertos.

Me inclino hacia ella. Vacilo un momento y después mi boca roza la suya.

Ella toma mi rostro en sus manos y entrecortadamente me dice:

—Pueden comprarme y pueden venderme, pero mi corazón es únicamente mío.

Nos volvemos a besar, esta vez el beso es más profundo. Ella mira a las siluetas dormidas a nuestro alrededor.

—Debemos ser muy cautelosos. Otros han muerto por mucho menos.

Coge nuestras mantas y las pone sobre nuestras cabezas, de manera que nos cubran completamente.

Ahí, en la oscuridad, en esa cueva construida a base de mantas, como en un juego de niños, percibo su aroma: mirra, canela, violetas, almizcle... y el sabor de su piel, de su lengua, la suave calidez de un beso, sus sonidos, sus jadeos.

Y las palabras que susurra mientras acaricia mis labios:

—Llevo toda mi vida esperándole.

TREINTA Y CINCO

«Cuero»: es el fuerte aroma animal de las pieles bien curtidas.

JEAN LENOIR, *Le Nez du Café*.

Además de sus otros intereses, ahora Emily colabora en el partido político liberal. Tres tardes por semana, coge el tren desde Waterloo hasta Ealing para ayudar en la oficina del distrito electoral de Arthur. Entre los voluntarios hay muchos otros sufragistas. Es un trabajo interesante, mucho más que interesante, en realidad: es emocionante; el sentido de la camaradería y del esfuerzo, toda esa gente tan distinta entre sí con bagajes y motivaciones muy diferentes que, sin embargo, unen sus fuerzas al servicio de un ideal.

Todos los ideales van unidos. Ahora lo entiende: el mundo está dividido entre aquellos que lo quieren explotar para sus propios fines y aquellos que lo quieren cambiar para obtener un beneficio global. Si eres partidario del cambio, haces causa común con otros idealistas. Aunque tus intereses particulares sean el sufragio, la reforma carcelaria, la Ley Pobre o las pensiones, estás en el mismo bando que el resto, luchando juntos para conseguir el poder.

Y Arthur... él es el líder de ese pequeño grupo, pero asume su liderazgo con naturalidad, acordándose siempre de agradecer a los voluntarios el trabajo que realizan a su favor. En ocasiones, lleva a pequeños grupos de voluntarios a tomar el té a la Cámara de los Comunes: cuando invita a Emily a formar parte de uno de esos grupos, ella se siente feliz, pues eso demuestra que no está siendo excluida ni está recibiendo un trato preferente por parte del miembro del Parlamento. En esas ocasiones, él la conduce hasta la Galería de las Damas, desde donde está permitido que las mujeres observen el funcionamiento de la Cámara, ocultas de las miradas de los allí reunidos por una especie de reja de hierro. El debate es acerca de la guerra. Los liberales presionan al gobierno para que garantice el empleo a aquellos que han sido enviados a luchar fuera de las fronteras. Emily está asombrada por el ambiente bullicioso que se respira en la sala: la Cámara le recuerda nada más y nada menos que al parqué del azúcar de la Bolsa. Pero las agresiones, las luchas, aquí son incluso más ritualistas. Ve cómo los unos insultan a los otros y cinco minutos después esos mismos personajes le pasan el brazo por los hombros a su oponente, con un gesto amistoso mientras se dirigen juntos hacia la salida de la Cámara.

Arthur formula una pregunta. Se hace oír, y da la impresión de haber ganado en una cuestión de orden. Se vuelve a sentar mientras se oye un coro de voces que dicen: —Escuchadle, escuchadle.

Más tarde, cuando se reúne con él en el vestíbulo, tiene la cara sonrojada por el triunfo.

—¿Ha visto cómo he hostigado al almirantazgo? —exclama—. No creo que les haya gustado en absoluto. —Ella le felicita. Un grupo de hombres pasa a paso rápido a su lado. *Uno* de ellos se detiene frente a ellos.

—Buen trabajo, Brewer —le dice jovial, dándole un pequeño golpe en el brazo.

—Muchas gracias, señor —responde Arthur orgulloso. Los ojos del hombre, encantadores y traviosos, se vuelven en dirección a Emily.

—¿Y quién es ella? —pregunta.

—Señorita Emily Pinker, le presento a *sir* Henry Campbell-Bannerman. Un gran reformador —añade.

—¿Y qué opina de nuestro Parlamento, señorita Pinker?

—Es maravilloso —responde ella con sinceridad—. Parece que aquí hay mucha gente haciendo todo lo que está en sus manos para poner en marcha cosas que nos permitan avanzar.

—Estoy de acuerdo. Claro que hay otros tantos intentando hacer exactamente lo contrario —dice *sir* Henry, agitando la cabeza en un gesto cómico. Los hombres que hay a su alrededor ríen. Por un instante, se siente invadida por una cálida oleada de orgullo por sentirse parte de un sentimiento compartido de camaradería inteligente y enérgica.

—La señorita Pinker tiene especial interés en el sufragio femenino —dice Brewer.

—¡Ah! Y como se habrá usted dado cuenta —dice *sir* Henry, señalando al grupo de hombres a su alrededor—, todos los aquí presentes somos hombres.

Lo llamamos la madre de todos los parlamentos, pero excluimos a aquellas que podrían ser madres de todas sus cámaras. Quizá, señorita Pinker, llegue el día en el que usted no sólo obtenga el derecho a voto que tanto anhela, sino que pueda también presentarse como candidata a esta Cámara.

—¿De veras cree que eso sea posible?

Él esboza una sonrisa, queriendo dar a entender que no le cabe la menor duda. Luego hace una ligera reverencia y se marcha, totalmente inmerso en una discusión con el asesor que le acompaña. La comitiva reunida a su alrededor le sigue. Emily todavía siente la fuerza del optimismo de *sir* Henry iluminándola como si se tratara de un foco.

Arthur la escolta hasta la estación de metro de Westminster Bridge para que coja el tren de vuelta a Limehouse y se despide de ella; en ese momento, ella siente como si le faltara algo, como si un ángel severo pero al mismo tiempo amable la estuviera expulsando del Jardín del Edén.

TREINTA Y SEIS

Otro día de viaje. Sin embargo, el paisaje a nuestro alrededor ha cambiado.

Ahora, las laderas están bordeadas por bancales para el cultivo. Cuando uno mira hacia abajo desde los senderos más altos, parece como si alguien hubiera allanado la tierra valiéndose de un peine gigante.

A veces, veo uno o dos arbustos, repletos de hojas oscuras y amarillentas.

Hector me da un suave codazo y gruñe satisfecho.

—¿Ve eso? Es café.

Intrigado, guío a mi camello hasta uno de esos arbustos para poder examinarlo más de cerca. Toda la planta está cubierta de pequeñas flores blancas; al romper sus pétalos entre mis dedos se desprende de ellos un aroma dulce y fragante. Son casi tan densas como los cactus, y están rellenas de savia perfumada. Huelen a café, pero también identifico el aroma de la madreselva y del jazmín que se impregna incluso por encima del hedor de mi ropa de viaje sudada y sucia.

De cada una de las ramas cuelgan cerezas amarillas, gordas y llenas de pulpa, que se mueven en un balanceo constante. Arranco una y la muerdo a modo de experimento. Pero su carne es más amarga y astringente que el interior de un limón.

Descubro que la fragancia que desprende es más intensa al atardecer. A medida que cae la noche, la oscuridad se impregna del característico aroma del arbusto del café, que se pega a mi paladar. Destruyo a mi paso esas telarañas de esencia que flotan delicadamente de un lado a otro en la quietud de la noche.

En cada alto en el camino, Fikre nos prepara café, fuerte y aromático.

Cuando roza mi cara con el paño húmedo, noto la ligera presión que ejercen sus dedos sobre mi piel. Me acaricia despacio, con suavidad, colmando mis labios, mis párpados e incluso parte de mi nariz, de sensaciones maravillosas. Apenas puedo respirar. Esas caricias se me antojan eternas, pero supongo que no duran más tiempo del que se toma para lavar las caras de Hector y de Bey.

Antes de alejarse de mí, siempre desliza un grano de café sobre la palma de mi mano. O, en su defecto, en algún otro lugar: en mi cuello o entre los botones de mi camisa. Siempre los encuentro más tarde, cuando estoy montado de nuevo en mi camello; son como pequeños y suaves montículos en algún punto de mi cuerpo que aparecen de repente, cual si fueran una pizca de arenilla en el corazón de una perla. Y, en ocasiones, hay alguna mirada, una resplandeciente sonrisa dirigida exclusivamente a mí, que se desvanece con la misma rapidez con la que aparece; un fogonazo de dientes blancos y mirada de hojiblanco ocultos bajo un pañuelo que oculta la belleza de su rostro.

Los días son calurosos, sofocantes; no sopla ni una sola brizna de viento.

Tengo los párpados caídos, como si estuviera bajo los efectos de una droga. El

balanceo de los camellos se introduce en los confines de mi mente y se convierte en un rítmico movimiento sexual.

Me rondan la cabeza ensoñaciones lascivas y obscenas cual si fueran moscas. Podría intentar espantarlas, pero sé a ciencia cierta que volverían irremediablemente a mí.

Otra parada. Consigo arreglármelas para hablar con Fikre. Mientras descargamos el equipaje, los camellos nos esconden de miradas indiscretas.

—En Harar hay un almacén que Bey está intentando subarrendar —dice ella con urgencia—. Pertenece a un comerciante de café francés. Dígame que será usted quien lo alquile.

—Muy bien.

Los camellos empiezan a moverse, pero, antes de que nadie tenga ocasión de vernos juntos, ella ya se ha ido.

Me encuentro en la parte trasera de la caravana, por lo que al principio no puedo ver el motivo por el que nos hemos detenido. Alcanzo a los demás, que han subido a lo alto de una pequeña montaña.

Debajo de nosotros, en la cuenca de una fértil llanura alpina, hay un gran lago. Al otro lado del lago hay un pueblo. Incluso desde la distancia a la que nos encontramos, podemos distinguir sin ningún problema los muros y las fortificaciones con los que está rodeado; las grandes y andrajosas banderas que ondean en los tejados; las casas de arcilla marrón y los blancos alminares con forma de cebolla, y también las aves carroñeras que vuelan todo el rato en círculos sobre la aldea, como moscas que se agolpan en torno a una pieza de fruta podrida.

—Harar —dice Bey, aunque la explicación era innecesaria—. Ya hemos llegado.

TREINTA Y SIETE

«Clavo»: este aroma tan complejo como delicioso recuerda al clavo, a la minutisa, a un botiquín, a vainilla y a productos ahumados. Es valorado y apreciado por su gran delicadeza, y por la complejidad de la especia que aporta intensidad al café.

JEAN LENOIR, *Le Nez du Café*.

Es posible detectar su olor nada más atravesar el portón de madera: el aroma acre, a tierra, de los granos en el proceso de tostado sale a grandes bocanadas de una docena de ventanas. Los comerciantes de café deambulan por las calles con una jarra de plata bajo el brazo. En el bazar, los puestos están apilados junto a los sacos de yute, y de éstos se desparraman los granos, cual si fueran brillantes abalorios. Ésta es una ciudad de café.

Ibrahim me conduce al almacén del comerciante francés; un magnífico edificio de dos plantas situado justo frente al mercado. El lugar está completamente vacío, excepto por unos pocos efectos personales que pertenecen al ocupante actual. Hay un libro de contabilidad escrito en francés, una serie de cartas, un pequeño arcón que almacena unos cuantos libros y una cama plegable. Da la impresión de que el edificio fue abandonado con prisas.

Según dice Bey, éste es claramente un caso de mala suerte. Al parecer, el comerciante había llegado a África de joven, ansioso por hacer fortuna en el negocio del café, pero se implicó en asuntos turbios. Al final, perdió la movilidad de una pierna. Volvió a Marsella, y poco después recibieron una carta de su hermana en la que se les informaba de su muerte. Cuando le hago saber a Bey que quiero alquilar ese espacio, se muestra exageradamente contento.

Mientras tanto, Hector contrata a un cacique, Jimo, con experiencia en el cultivo del café. Mi compañero de viaje no quiere permanecer en Harar más tiempo del que sea estrictamente necesario.

—Nos iremos mañana. Tan pronto como hayamos comprado las semillas necesarias para la cosecha.

—No creo que pase nada si nos adelantamos unos días a la fecha que teníamos prevista.

—Ahí es donde se equivoca. Ahora es un granjero, Robert; tiene que empezar a trabajar en función de las estaciones. Las lluvias...

—Oh, las lluvias. Siempre me olvido de las lluvias.

Mientras sale del edificio, entre dientes, masculla una palabrota.

En el mercado no sólo encuentro café, sino también azafrán, índigo, almizcle de algalia y marfil, además de alrededor de una docena de frutas que nunca antes había visto. También me encuentro a Fikre comprando algo de comida.

Viste una túnica de color rojo oscuro; lleva la parte superior anudada sobre el cabello. Vuelve la cabeza y se me acelera el pulso tan sólo de admirar su perfecto perfil.

—No deben vemos juntos —murmura ella, cogiendo un mango y presionándolo con sus dedos delgados y negros, como si lo único que importara en ese momento fuera la madurez de la fruta.

—He alquilado el almacén del comerciante francés —le susurro—. ¿Podemos encontrarnos allí?

Ella le da unas monedas al vendedor.

—Intentaré ir al anochecer.

Un instante después ha desaparecido de mi lado. No es más que una túnica roja que se desliza entre las sombras.

Al anochecer permanezco a la espera.

Deambulo por los alrededores. En las esquinas de las habitaciones hay docenas de avisperos; un papagayo ha anidado debajo de uno de los techos y el suelo que hay justo debajo de él está completamente salpicado con su guano.

Me entretengo echando una ojeada a los papeles del comerciante francés.

Artículo: estoy rodeado de lanas de colores. La lana azul merino es de muy buena calidad, al igual que la franela roja; no tienes nada que temer, sobre todo teniendo en cuenta el precio al que la estoy vendiendo; bueno, quizá con el tiempo le salga algún gusano que otro, pero ahora mismo está en perfectas condiciones...

Un ruido. Levanto los ojos. Es ella; sus pies descalzos pisan el suelo de madera del local, y corren hacia mí. Sus ojos, ocultos bajo la capucha roja, brillan en la penumbra. Se detiene. Por un momento, nos miramos el uno al otro: si vamos a echarnos atrás, es el momento idóneo para hacerlo. Luego, extendiendo mis brazos y corre hacia mí emitiendo una pequeña exclamación. Su piel sabe a café: ha trabajado durante todo el día entre los sacos de café de Bey, y de sus labios y de su cuello se desprende todavía ahora el aroma ahumado propio de los granos de café tostados. Y algo más: una *mélange* de especias, de fragancias: cardamomo, agua de rosas, mirra.

Al final, se suelta de mi abrazo.

—No pensé que fuera a ser así —susurra, acariciándome con una mano la mejilla.

—¿Así, cómo?

—Que le necesitaría tanto. Como si estuviera hambrienta.

Siento cómo introduce sus dedos por debajo de mi camisa, fríos sobre mi carne desnuda, al tiempo que nos volvemos a besar.

—No puedo quedarme —me dice—. Sólo tengo unos minutos, pero tenía que verte.

Pega su cuerpo al mío. De nuevo, me abalanzo sobre ella, ardiente.

—Debemos esperar —dice en voz baja, casi como si intentara convencerse a sí misma.

—¿Esperar a qué? —respondo con voz entrecortada.

Articular una frase completa se me antoja imposible, las palabras se pierden entre un beso y otro.

—A que él se vaya. De vuelta a la costa, con su café.

—¿Y entonces, qué?

—¿Es que no lo ve? Voy a entregarme a usted. Es la única salida.

Una expresión triunfante ilumina su rostro. Lo tiene todo muy bien pensado. Va a acostarse conmigo para perder su tan valorada virginidad. En el momento en el que lo haga, la inversión de Bey se habrá perdido irremediablemente, de la misma forma que si hubiera arrojado su fortuna en el desierto. Ésa será su gran venganza contra el hombre que la compró.

—Cuando lo sepa, se pondrá furioso.

—Sí —dice ella—. Me matará. Pero ya me está matando, de todos modos. Y si podemos disfrutar de una noche... —Me mira a los ojos—. Habrá merecido la pena. Al menos, moriré habiendo conocido el amor verdadero.

Es tal la ansiedad que experimento en ese momento que me siento totalmente mareado.

—Tiene que haber algún otro modo. Menos arriesgado.

Ella sacude la cabeza en señal de negación.

—No se preocupe, él nunca sabrá que fue usted. No diré una sola palabra, ni siquiera bajo tortura.

—No tienes por qué morir —digo con urgencia—. Escúchame, Fikre. Nadie tiene por qué morir.

—No me importa —susurra ella—. Una noche de amor, y después la muerte. Con eso basta.

—No. Fikre, te prometo que voy a pensar en algo.

—Béseme —dice ella. Lo hago—. Estoy preparada para cualquier cosa que él me quiera hacer. Sólo tenemos que esperar a que se vaya. Sólo hasta entonces.

Con un gemido, suavizo la presión de mi brazo sobre ella y la suelto. Ella se aleja de mí, duda un instante, se vuelve y me mira por última vez. Un segundo después, el único rastro que queda de ella en la estancia es esa fragancia: café, agua de rosas y especias.

TREINTA Y OCHO

Yamara
Agosto

Mi querido Hunt: Hemos dejado atrás los últimos vestigios de civilización y nos estamos introduciendo en lo más profundo de la selva, en busca de la tierra que vamos a labrar de ahora en adelante. Es como viajar a la Edad de Piedra: no hay edificios, excepto las cabañas con tejados de paja; no hay caminos, excepto aquellos que han abierto los animales a su paso, y el palio sobre nuestras cabezas es tan espeso que vemos la luz del sol en la misma proporción en la que lo hace una lombriz desde un parterre. A veces, atravesamos algunos claros en los que se amontonan unos enormes trozos de madera en forma de pene, tan altos como un hombre, y pintados con dibujos chillones. Creemos que se trata de algún tipo de talismán o fetiche.

Hemos topado con unos nativos muy curiosos; al parecer, cada valle está dominado por una tribu diferente. Los machos lucen brazaletes de marfil y pendientes de cobre, y las chicas se tiñen el pelo de un color escarlata o se embadurnan la cara de cal. Todos ellos —hombres, mujeres y niños— fuman una especie de cigarrillos estrechos hechos con hojas de tabaco enrolladas y no parece que nadie tenga unas obligaciones establecidas en lo que al trabajo se refiere. Ayer conseguí un collar hecho con dientes de león a cambio de un anzuelo. A juzgar por el olor, el león era carnívoro, y carecía de un cepillo de dientes. Pero imagino que causará sensación la próxima vez que atraviese la puerta de entrada del Café Royal.

Me ha pasado algo más, algo tan extraño que tengo mis dudas acerca de la conveniencia de contártelo, pues creerás que me he vuelto completamente loco.

Pero necesito confiárselo a alguien, y ciertamente Hector no es la persona indicada para eso. Ahí va, amigo mío: creo que me he enamorado. Sí: por increíble que parezca, he iniciado una gran historia de amor, aquí, en medio de la jungla. Me he enamorado de una chica llamada Fikre, una chica africana. Sé lo que estás pensando, más insólito si cabe; y además es una sirvienta, bueno, por decirlo de algún modo. Pero ha recibido una educación exquisita y ha tenido una vida extraordinaria. Como podrás imaginar, me encuentro en una situación muy delicada; la chica en cuestión está unida a otra persona, alguien por el que no siente absolutamente nada. Por muchas vueltas que le doy al asunto, lo cierto es que no veo la manera de que algún día pueda casarme con ella, y sería poco elegante romper mi compromiso con Emily estando como estoy a cargo de la plantación de su padre; como ves, lo mires por donde lo mires, la situación es peliaguda en todos los sentidos. Lo único que sé a ciencia cierta es que nunca había sentido algo así por

nadie, y creo que el sentimiento es mutuo. Estoy montado en mi camello, absorto en una especie de ensoñación, recordando con una sonrisa, nuestro último encuentro. Hector me ha acusado de masticar khat, ¡la droga local! Nada más lejos de la realidad; no estoy drogado, pero me siento más vivo de lo que me he sentido en los últimos meses.

No tengo ni idea de cuándo podré enviar esta carta: quizá pueda confiársela a alguien para que la lleve a la costa. A veces, cuando miro a través de los huecos en medio de estos verdes valles sin fin, tengo la sensación de estar atravesando un umbral, como si estuviera avanzando hacia el interior de un enorme seto y fuera a desaparecer para siempre.

Tuyo, Robert

Tercera parte

LA LEY DE LA JUNGLA

Las nuevas regiones se habían desarrollado mediante el abastecimiento de nuevos campos para la empresa y el capital, y cambiando para su prosperidad la cara de las zonas que, aunque una vez estuvieron cubiertas de densa jungla, ahora estaban remendadas con lujosos jardines característicos de la industria, y salpicados con los blancos bungalows de los superintendentes europeos. Otear sobre una extensión que cambia de manos —de la naturaleza al hombre— es una experiencia difícil de olvidar; las plantaciones hermosas y fructíferas, ya ganadas desde el barbarismo primitivo, tendidas a lo largo de las hondonadas puede ser un valle de meseta salvaje rodeado a cada lado por infladas masas de bosque que simplemente aguardan su turno para ir bajo el hacha del leñador...

EDWIN LESTER ARNOLD, *Coffee: its cultivation and profit*, 1886

De vez en cuando en la mente de un hombre se extiende una nueva idea o sensación, y nunca retrocede a su antigua dimensión.

OLIVER WENDELL HOLMES, *The Autocrat of the Breakfast Table*.

TREINTA Y NUEVE

«Pétalos de café»: éste es el dulce aroma de las preciosas flores blancas del árbol del café que solían llamarse, en el siglo XVII, jazmín árabe, ya que las dos plantas son muy similares. El aceite esencial del *Jasminium grandiflorum*, afrutado y más altamente perfumado que el jazmín sambac, es lo que nos da esta nota alegre en el café.

JEAN LENOIR, *Le Nez du Café*.

El alba se levantó sobre la selva. La luz y el sonido rozaban juntos el dosel de los árboles; las primeras luces tenues del día daban, como siempre, la bienvenida mediante una cacofonía de llamadas, gritos, rugidos y ruidos, que lentamente se amainaron en los letárgicos murmullos de la mañana. Sobre la colina, los hombres blancos roncaban en sus camas plegables. En el pueblo indígena, las mujeres ponen madera en el fuego común, muelen café y van al barranco a defecar antes de despertar a sus maridos. El alba era fría: el desayuno se tomaba de cuclillas alrededor del fuego, envuelto en mantas intensamente coloreadas.

Sólo había un tema de conversación: los visitantes. Los hombres blancos ya habían estado antes allí, pasando por el valle con sus largas caravanas de animales y provisiones; pero éstos eran diferentes: habían construido una casa.

En verdad, era una casa muy mala, demasiado cerca del arroyo, por lo que estaría plagada de hormigas cuando llegasen las lluvias, y demasiado cerca del barranco, por lo que sus animales tarde o temprano terminarían por romperse las piernas; pero, a pesar de todo, era una casa. ¿Qué querían? Nadie lo sabía.

Había uno de ellos que estaba particularmente inquieto. Kiku, la chamana, sentada sobre sí misma, estaba absorta en sus pensamientos. Era cierto que los hombres blancos no parecían agresivos, pero su miedo era que su llegada podía anunciar algo incluso más preocupante que la agresión. Ella no sabía lo que podría ser, o siquiera de dónde provenía su presagio, por lo que tal vez venía del *ayyanaa*, los espíritus del bosque, que a veces le decían cosas que de otra manera no podría saber. Por lo tanto se sentó aparte, tratando de escuchar al bosque, como cuando alguien puede dejar de prestar atención a las voces de su alrededor para escuchar los susurros de otra habitación.

Se dio cuenta de que el bosque tenía miedo al cambio. Esto la sorprendió, porque, aunque tener miedo a los cambios formase parte de la naturaleza de los hombres, el cambio no afectaba al bosque. Como el agua, podía ser removido; como el agua, podía ser desplazado, pero, también como el agua, siempre volvería, finalmente, a su propio nivel, y todas las cosas que un hombre le hubiera hecho en su vida, tarde o temprano, serían borradas.

—Le diré lo que es —dijo un joven llamado Bayanna—: han venido a matar al

leopardo.

Hubo un asentimiento general. Claro, el leopardo. Durante algunos meses había habido avistamientos de un leopardo en el valle, lo que causaba gran ansiedad en los niños. Si los hombres blancos hubieran venido a cazarlo, todos se beneficiarían; bueno, quizá el leopardo no, pero sí todos los demás: el hombre blanco que lo matase sería capaz de hacer una túnica con la piel del leopardo, mientras que los aldeanos estarían a salvo. La única persona en su propio poblado que había matado una vez a un leopardo era Tahomen, su jefe, y fue hace veinte años, cuando era un hombre joven. Aunque todavía de vez en cuando portase la piel del animal, ésta, con los años, había sido carcomida por larvas y otros insectos, y ahora parecía lo peor para vestir.

Como quisieron que el leopardo fuese la razón de la llegada de los hombres blancos, hubo una esperanza general de que fuera así. Rápidamente la esperanza se convirtió en consentimiento, y éste en certeza, así que enseguida todo estuvo atado, excepto quién mostraría a los forasteros dónde estaban los mejores sitios para cazar a un leopardo.

El bosque le dijo a Kiku que los hombres blancos no estaban interesados en los leopardos, pero no le indicó en qué lo estaban. Quizá no había escuchado al bosque correctamente, o tal vez éste no lo sabía; tal vez el bosque de los hombres blancos estaba tan lejos que la comprensión requería de un tiempo para viajar, como una ráfaga de viento necesitaba tiempo para pasar de un lado al otro del valle. Así que, por el momento, guardó silencio.

Justo entonces oyeron el sonido de estallidos y crujidos, seguidos de un golpe irregular en el sendero, como si dos personas que llevaban botas y una tercera descalza, pero que estaba acostumbrada a caminar a través del bosque, se acercaran al poblado. Los indígenas estaban atónitos, y en algunos casos alarmados. Algunas de las mujeres cogieron a sus hijos y corrieron hacia sus chozas por seguridad: otras cogieron a sus hijos y corrieron hacia fuera, pues era mejor ver lo que estaba pasando. El ruido se había incrementado, por ahora, con el sonido de unas voces resonantes y guturales, que hablaban palabras que los indígenas no podían entender.

—Están aquí en algún sitio —decía una voz.

—En cualquier caso, imagino que habrán escapado entre los árboles —dijo el otro confiadamente—. Su mente primitiva, Wallis, no funciona como la de sus trabajadores en nuestro país. Se ha probado que su sangre está bastante más diluida, y sus métodos, por consiguiente, más aletargados... Oh, ¿qué hay ahí?

—Me mira como si hubiéramos encontrado su casa, Hector.

Los indígenas miraban, perplejos, cómo tres hombres entraban a zancadas en el claro. Dos eran inmensamente altos, de piel blanca, con ropa extraña: uno de ellos resultaba aún más alarmante por su espesa barba roja, mientras que el otro llevaba un traje verde de lana de alpaca y un casco de médula blanco. El tercer hombre, Adari de piel morena, llevaba un traje de paño decorado y un palo largo, y miraba a su alrededor con un comportamiento arrogante.

—Bueno, Berrah —dijo mientras miraba fijamente y con desprecio a los indígenas—. ¿Quién es el jefe de este salvaje lugar?

—Un momento, Jimo —dijo el hombre pelirrojo. Cruzó dando una zancada—. Ahora escuchen todos —bramó—. Hemos venido aquí —señaló la tierra— a cultivar café.

Señaló el café que uno de los sorprendidos indígenas estaba bebiendo de una taza de madera.

—Si trabajan para nosotros, y trabajan duro, serán recompensados.

Hubo un pequeño silencio. Bayanna dijo:

—Creo que quiere café antes de ir a cazar al leopardo.

Los aldeanos asintieron, aliviados.

—¡Por supuesto! —dijo Bayanna amablemente a los visitantes—. Los conduciré hasta la bestia.

Consciente de que no entendían lo que estaba diciendo, señaló la túnica de leopardo de Tahomen e imitó el lanzamiento de una lanza.

—¿Caftán? —dijo con esperanza.

—Caftán, ¿no? —Hector rió en silencio—. Excelente, pensé que seríamos capaces de llegar a un trato con estos sujetos. Diles: mañana talamos el bosque.

Comenzó a imitar los gestos de un hombre cortando un árbol, o posiblemente golpeando con un garrote a un leopardo herido de muerte.

De momento, otro joven disputaba el derecho de Bayanna de conducir a los hombres blancos al leopardo.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Te llevaré al leopardo! —interrumpió, saltando a sus pies. Se señaló a sí mismo, luego comenzó a imitar con entusiasmo como si estuviera golpeando al leopardo.

—Lo primordial —bramó el hombre pelirrojo—. Parece que tenemos a nuestro primer leñador. ¿Y usted, señor? ¿Sí? ¿Y usted?

Otros jóvenes se empujaban ahora, ansiosos de estar entre el importante grupo que sería noblemente recompensado, simplemente por conducir a los hombres blancos al leopardo.

—¿Ve, Wallis? —dijo el hombre pelirrojo, volviéndose a su compañero—. ¡Observe la acción de un simple contrato sobre la mente salvaje! ¡Observe la lengua universal del comercio, que rompe barreras entre especies en un instante! Es una excelente visión, ¿no?

—Desde luego —dijo el otro hombre blanco sin convicción—. Eh... ¿deberíamos explicarles que hemos comprado esta tierra? ¿Que ahora somos, por así decirlo, sus propietarios?

—Dudo de si ése es un concepto que sus mentes primitivas pueden comprender.

Hector señaló los bosques con ambas manos.

—¡Bosque, todo esto, cortado! —gritó.

La partida de caza entendió que estaba pidiendo consejo acerca de si había que

buscar al leopardo en aquella dirección, hacia el este. Muchos estaban de acuerdo, y alentaban a Hector con movimientos de cabeza y sonrisas. Otros, conscientes de que el leopardo, en realidad, debía ser buscado al oeste, pensaban que tenía más sentido ir por ese camino. Después de todo, propusieron al primer grupo, el hombre blanco no sería feliz si le hicieran recorrer muchos kilómetros en un viaje infructuoso.

Los de la facción del este replicaron que, por el contrario, sería profundamente descortés decirle al hombre blanco que era un idiota ignorante en su primer contacto: lo correcto era estar de acuerdo con él, incluso si estaba claramente equivocado. Prosiguió un intenso debate durante el cual la partida del este se encontró con un argumento sin respuesta: si los hombres blancos fueran llevados al oeste, y llegaran a encontrar al leopardo, se irían pronto, mientras que si fueran llevados al este, como ellos habían dicho, necesitarían continuar con subsiguientes expediciones al oeste, haciendo así más pagos de caftanes con una perspectiva mucho más segura.

Jimo se movía entre los jóvenes distribuyendo unas tarjetas. Cada una de ellas, explicó, estaba dividida en treinta días. Cada día que los hombres cortaran árboles, tendrían que marcar la tarjeta, y cuando hubieran acumulado el valor de un mes con las marcas, se les pagaría. Los jóvenes de la partida de caza lo entendieron perfectamente; se trataba de unas etiquetas que demostraban que habían sido escogido como un campeón perseguidor del leopardo. Algunos de los que habían sido escogidos iniciaron una danza en la que saltaban con energía e imitaban la muerte del leopardo.

—¡Ajá! —gritó el hombre pelirrojo—. ¡Llevamos aquí sólo un momento, pero mira cómo los hemos impulsado! ¡Tendremos la cañada limpia en un abrir y cerrar de ojos!

—Realmente parece que podremos conseguirlo —asintió el otro hombre.

Kiku estaba observando estos preparativos con una sensación creciente de ansiedad. Le parecía como si los hombres blancos en realidad estuvieran hablando de cortar árboles, más que de matar leopardos. No fue esto lo que la molestó, pues los aldeanos talaban árboles si necesitaban la madera verde para construir chozas. No, lo que estaba molestando a Kiku era el hecho de que cuando miraba a los dos hombres blancos podía ver con bastante claridad que ambos, de forma distinta, estaban encantados. Y si no estaba equivocada, al menos uno de los hechizos era un poderoso hechizo de amor.

Esa noche los jóvenes del pueblo estuvieron danzando con el objeto de atraer la buena suerte para la caza del leopardo. Cuanto más ruido hiciesen, más probabilidades había de que los oyera el *ayyanaa* y les bendeciría su empresa, así que, deliberadamente, hicieron tanto ruido como les fue posible, gritando y chillando, ayudados por gran cantidad de cerveza fermentada.

—Por Dios, qué alboroto —se quejaba Hector, a dos kilómetros de distancia en su cama plegable—. ¿No se dan cuenta de que mañana tendrán que trabajar?

—¿Qué hacemos si no aparecen?

—Aparecerán. Ya vio qué entusiasmados estaban por los caftanes.

—Sí. —Robert guardó silencio durante un momento, en su propia cama plegable—. ¿No es extraño que nunca hayan tratado de cultivar este café por ellos mismos?

—¿Extraño? En realidad, no. ¿Por qué debería serlo? Nunca han tenido a nadie como nosotros para mostrarles cómo hacerlo.

—Pero nada de lo que hacen se parece ni siquiera remotamente a la agricultura, ¿verdad? —continuó—. O, al menos, no al tipo de agricultura al que nosotros nos dedicamos. Parecen no tener ningún deseo de... domesticar la selva. Solamente me pregunto por qué no. Tal vez sí lo han intentado y han visto que no ha funcionado. Es como si pudieran saber algo que nosotros no sabemos.

Hector resopló.

—Va por el camino equivocado, Wallis. Somos nosotros los que sabemos algo que ellos no conocen. —Alcanzó la lámpara de gas, que quemaba ligeramente, de la mesa hecha con cajas de embalar que estaba entre ellos—. Es hora de acostarse.

El silbido de la lámpara murió y la oscuridad llenó el espacio. Los tambores y los gritos del pueblo indígena parecían más altos que nunca.

—Buenas noches, Hector.

—... Noches.

Soñó con Fikre, con su delgado cuerpo negro agachándose encima de él, con sus ojos claros y pálidos que lo miraban mientras placeres anónimos fluían una y otra vez de entre sus entrañas.

—Pronto —susurró ella con ese acento melodioso—, muy pronto. Cuando Bey abandone Harar.

Medio se despertó. En la oscuridad, un animal se reía de él. Abajo, en el pueblo, el latido infinito de los tambores era como un nuevo latido del corazón, resonando el pulso en su ingle.

Los aldeanos estaban borrachos, y sus pensamientos también se volvían hacia el sexo. Con entusiasmo, los jóvenes bailaban el baile de la matanza del leopardo, pero realmente lo hacían para impresionar a las jóvenes, que por turnos bailaban la gran ovación que realizaban las mujeres cuando el cuerpo de un leopardo era devuelto al pueblo, y era realmente un baile de ánimo para los hombres.

Kiku, sentada a un lado, miraba. Era mejor dejar el baile a las muchachas más jóvenes; en su opinión, una vez que tus pechos comenzaban más bien a agitarse arriba y abajo, más que a moverse de manera incitante saltando por el aire, ya no eran tan atractivos. En cualquier caso, ya sabía quién dejaría su lanza fuera de su choza esa noche. Bayanna había hecho un gran espectáculo antes de traer su comida, recordando a todo el que estaba mirando que ellos dormían juntos. No le importaba, en parte porque era un amante fogoso, quizá un poco pagado de sí mismo, pero también porque ella tenía sus propios motivos para dormir con Bayanna.

En ese momento, uno de los motivos se sentó a su lado.

—No bailas —dijo Tahomen.

—Soy demasiado vieja para bailar —contestó con indiferencia. Por su tono, uno podría haber pensado un comentario sin más consecuencia que el de Tahomen. En realidad, esto llevaba la conversación directamente al núcleo de su desacuerdo.

Tahomen gruñó.

—Claro que no lo eres. ¿Quién te ha dicho eso? Es ridículo.

«Tú me lo dijiste. —Quería decir ella—. No con palabras, sino cuando tomaste a Alaya como tu segunda esposa». Ella miró a través del fuego a donde la muchacha bailaba con el resto de las jóvenes. La maldecía, sus pechos eran como pequeñas calabazas medio formadas, y cuando saltaba apenas se movían.

—Alaya baila bien —dijo ella.

—Sí. —Tahomen asintió con melancolía.

Él también sabía exactamente qué había detrás del problema con Kiku. «*¿Por qué eres tan poco razonable?* —Quería decirle—. Claro que he tomado a otra esposa. *¿Por qué no? Primero, porque soy el jefe. ¿Dónde se ha visto un jefe con una sola esposa? Segundo, porque tengo que tener hijos, y tú no me has dado ninguno*». Pero no dijo ninguna de estas cosas, porque sabía que Kiku ya las conocía. En cambio, dijo suavemente: La lanza de Bayanna ha estado pasando mucho tiempo fuera de tu choza.

Kiku dibujó un zigzag en la tierra.

—Es una lanza muy ocupada, y es un lancero muy bueno.

Tahomen hizo una pausa muy breve.

—Eso dice él.

Kiku no quería que Tahomen pensara que podía aliviar el daño que le había hecho con unas bromas inteligentes a expensas de su amante, así que ocultó su risa mirando al dibujo que aún estaba acabando de trazar.

—Y tú has estado demasiado ocupada para venir a mi choza —comentó Tahomen.

—Al igual que tú has estado demasiado ocupado para venir a la mía.

—Aunque hubiera querido visitarte, la lanza de Bayanna ha estado allí.

—Pero tú no has venido a visitarme, así que no hay diferencia.

—¿Cómo sabes que no he ido?

«Porque te estaba escuchando», quiso decir.

—Porque has estado demasiado ocupado con Alaya, claro.

—«Una nueva esposa es como una mata de café: ambas deben recogerse rápidamente» —citó.

—Exactamente. —Y entonces, porque no pudo remediarlo, citó otro proverbio a continuación—: «Un hombre tiene muchas mujeres, pero una esposa tiene muchos amantes».

Él asintió. Como muchos de sus proverbios, Kiku acababa de hablar expresando la importancia del *saafu*, o el equilibrio y la reciprocidad.

—Pero sabes que ese proverbio realmente comienza diciendo: «Un hombre tiene

muchas esposas».

Consciente de que acababa de caer en la trampa, Kiku se molestó.

—Desde luego. Nadie dice que no debes tener esposas. Ten tres. ¡Ten cuatro! ¡Ten todas las mujeres que quieras!

Tahomen suspiró.

—Sólo porque he tomado a Alaya como mi esposa no significa que piense menos en ti. Aún eres la esposa mayor.

—¿Qué quieres decir con «aún»? Nunca antes había sido la esposa mayor.

Era la única esposa.

—Quise decir que siempre tendrás el respeto.

Respeto. ¿Qué tenía de bueno el respeto, pensó Kiku, cuando lo que quería eran pechos, bebés y ser adorada? ¿Qué tenía de bueno la antigüedad, si quería decir que eras demasiado vieja para ser amada?

Tahomen suspiró de nuevo.

—Tal vez cuando Bayanna lleve su lanza a otra parte, entonces...

Se sentaron en silencio durante un rato. Tahomen dijo:

—Este leopardo.

—¿Sí?

—¿Realmente crees que los hombres blancos han venido aquí solamente para ayudarnos a matarlo?

Ella se encogió evasivamente.

—Esto me preocupa, también —dijo él. Escupió en el fuego—. En cualquier caso, me alegro de que no lo quieran. Más bien espero ocuparme de eso yo mismo.

—¡Tú!

—Sí. ¿Por qué no?

—La gente del clan de tu edad debería dejar la caza para los hombres más jóvenes.

—¿Crees que soy demasiado viejo? —dijo Tahomen simulando asombro—. ¿Es esto lo que la gente dice, que soy demasiado viejo para matar otro leopardo?

Ella suspiró. Tahomen tenía un modo de dar la vuelta a todo lo que decías sobre sí mismo. «Mira —estaba diciendo—, yo también me hago viejo. ¿Me ves desanimado por ello?» Y —aunque ella nunca hubiera expresado su pensamiento en voz alta— en la tácita disputa que estaban teniendo el uno con el otro, estaba forzada a gritar «¡No! ¡Pero para ti es distinto! ¡Simplemente puedes tomar otra esposa!».

Por fuera, por supuesto, se limitó a gruñir.

Tahomen escupió hábilmente en el fuego otra vez.

—En cualquier caso, hay más de una manera de atrapar a un leopardo —dijo pensativamente.

—Sí, y, según mi experiencia, todos los que lo intentan acaban siendo asesinados.

—Bien, lo veremos.

CUARENTA

Mucho antes del amanecer, el cocinero Kuma despertó a los dos hombres blancos con un fuerte café solo. Fuera, Jimo esperaba con una fila de estupefactos y resacosos indígenas. Muchos se habían embadurnado con el dibujo mágico para la ocasión; algunos incluso habían pintado sus caras para representar los bigotes y las manchas del animal que estaban a punto de cazar, aunque en muchos casos la pintura hubiera sido borrada por sus otras actividades nocturnas. Unos llevaban hachas, otros garrotes y los demás lanzas.

—Como niños —dijo Hector suspirando—. ¡Lanzas para cortar árboles!
¡Imagina! Jimo, coge algunas hachas más de la tienda.

Cuando todos los hombres estuvieron correctamente equipados, la partida de tala se adentró en la selva. Hector los dirigió cuesta arriba hasta que alcanzaron el punto más alto. Señaló a los árboles.

—¡Aquí! ¡Cortad éstos!

Los aldeanos miraron perplejos.

—¡*Bwana* dice talar árboles! —gritó Jimo—. ¡A la vez! ¡A la vez! ¡Ahora!

Los aldeanos se miraban unos a otros. Si dejaran de cortar estos árboles, seguramente no habría ninguna esperanza de encontrar hoy al leopardo.

—Venga, muchacho —dijo Jimo, empujando bruscamente a uno de los hombres más jóvenes hacia un árbol. De mala gana, el hombre levantó su hacha y comenzó a talar.

—¡Bien! ¡El siguiente! ¡Corta! —Jimo gritó, conduciendo al siguiente hombre al árbol adyacente. Pronto tuvo a una fila de indígenas perplejos trabajando duro cortando árboles.

Cuando los árboles casi estaban cortados, Hector hizo que Jimo pasase a los hombres a la siguiente hilera de abajo. De nuevo talaron hasta que los troncos estuvieron prácticamente cortados, y otra vez se detuvieron antes de que los árboles hubieran caído. Ahora, los aldeanos trabajaban de manera hosca; se habían dado cuenta de que, después de todo, no iba a haber ninguna caza de leopardo, pero todavía estaba la promesa de los caftanes. Se preguntaban gruñendo los unos a los otros mientras cortaban: ¿qué sería de toda esta madera? Los forasteros tendrán que construir una choza enorme, o quizá una serie de chozas. Pero ¿por qué no terminaban de cortar los árboles, y en cambio los dejaban medio cortados? Ésta debe de ser la manera de los blancos, pero ¿por qué?

Ellos continuaron con el trabajo hasta que avanzaron otra fila. Ahora uno de los árboles en el camino era un *quiltu*, un sicómoro. Automáticamente, los aldeanos se separaron, moviéndose de izquierda a derecha, así que no lo cortarían.

—¡Ahí! —gritó Hector—. Se lo han saltado.

Jimo tomó a uno de los hombres por el hombro y lo condujo de vuelta al árbol de sicómoro.

—¡Córtalo! —ordenó.

El hombre miró primero asustado, luego perplejo y al final alarmado. Los otros indígenas detuvieron su propio trabajo para explicarles el problema a los visitantes. Éste, dijeron, era un árbol sagrado para las mujeres y de él estaban hechos el *siqqee* de las mujeres o los palos de los rituales.

—Haz que paren de farfullar —le dijo Hector a Jimo, quien condujo a los indígenas protestones a sus propios árboles.

—¡Robert! Es el momento de mostrarles que no les pedimos que hagan algo que nosotros no estamos preparados para *hacer* por nosotros mismos. —Señaló la base del árbol—. Coja ese lado.

Los aldeanos miraron en silencio mientras las hachas de los hombres blancos escupían madera. Era un trabajo duro, y ambos hombres sudaban profusamente mientras el trabajo se completaba, o más bien casi: de nuevo, se dejaba un cono estrecho en el corazón del árbol.

Fue a primera hora de la tarde cuando Hector, finalmente, indicó que hicieran un alto. Por ahora, aproximadamente, treinta o cuarenta árboles habían sido cortados a medias. Todos caminaron con dificultad colina arriba, donde Hector hizo que los hombres terminasen el primer árbol en el que habían trabajado. Sonó un gran estruendo, pero su camino fue impedido por el árbol que estaba debajo, que de algún modo cargó con su peso. Aquel árbol también fue talado, y se apoyó contra su vecino cuesta abajo. El peso combinado de ambos árboles sólo estaba siendo soportado por la bóveda forestal que se extendía colina abajo.

El tercer árbol era uno gigante, alto y sobrecargado en la parte superior. Al venirse abajo el tronco se astilló: los hombres saltaron mientras su gran mole daba patadas en el aire. Sus ramas golpearon fuertemente el siguiente árbol.

Con un estruendo repentino, aquel árbol cedió bajo su propio peso, y luego el siguiente hizo lo mismo, y el siguiente; la ladera se convirtió en una ola gigante de troncos rodantes y ramas revueltas. La avalancha arrasó con todo, incluso con árboles que no habían sido tocados por las hachas, y se volcaron, como fichas de dominó, todo el camino ladera abajo. Era como si algún gigante todopoderoso hubiera abombado sus mejillas y hubiera aplanado la selva bajo su aliento. El sonido hizo un murmullo como el de un trueno lejos de los taladores, y luego volvió hacia ellos otra vez, una y otra vez; un rugido que resonó desde cada lado del valle. Los pájaros se impulsaron hacia arriba, el polvo estalló a través de las ramas caídas; todo parecía rebotar y asentarse a cámara lenta.

—Y eso —dijo Hector, mirando fijamente con satisfacción hacia la ladera desnuda— es la mejor vista de todo el condenado mundo.

En el pueblo, Kiku oyó el ruido y se quedó helada. Todos a su alrededor gritaban como mujeres, imaginando que se había producido un terremoto y corrían para

encontrar a sus hijos. Kiku se dio cuenta inmediatamente de que aquello no era un terremoto, pero era incapaz de decir de qué se trataba. Era algo que estaba completamente fuera de su experiencia vital: el bosque parecía estar derrumbado sobre sí mismo, como cuando la piel se rasga al rozarse con una roca. En el enorme y desnudo espacio, entre los restos flotantes de troncos rotos y ramas respingonas, pudo ver hombres, diminutos a aquella distancia, moviéndose a lo largo del otro lado de la ladera.

Esa noche los indígenas se sentaron alrededor del fuego y hablaron de lo que había pasado. Estaba claro para todos a qué habían venido los hombres blancos. No iba a haber ninguna caza de leopardo: era el bosque en sí mismo lo que los recién llegados habían venido a matar. ¿Qué significaba cuando todo un bosque, que estaba compuesto de espíritus además de árboles, era destruido de aquella manera? Cuando una persona moría, su espíritu trepaba a un árbol, cuando un árbol era talado, sus espíritus se unían a los espíritus del árbol de su alrededor. ¿Qué les pasaría ahora a todos los cientos, miles de espíritus que los hombres blancos habían dejado sueltos esa tarde? Nadie lo sabía, porque nadie había estado en una situación como aquella antes.

Algunos de los más ancianos creyeron que los jóvenes deberían abandonar su trabajo. Para los más jóvenes, sin embargo, el daño provocado al bosque no era tan importante como el hecho de que los hombres blancos les estaban prometiendo recompensarlos por su ayuda. Estos jóvenes podían sentir que todo estaba a punto de cambiar, y veían que podían sacar provecho de aquella situación. En vez de estar a merced de la selva, como en el pasado, ahora los aldeanos serían capaces de *controlarla*, justo como los hombres blancos. Algunos de los más jóvenes, en particular, habían encontrado el método con el que los hombres blancos habían limpiado la ladera, brillante y emocionante. Volvieron a revivir una y otra vez el sonido de los troncos de los árboles que se rompían: «Teníais que haber estado allí», aseguraron a los otros aldeanos: ¡era como la tormenta más poderosa que cualquiera de ellos hubiera oído alguna vez, y todo hecho por el hombre! Que pudieran trabajar para gente con tales poderes, y hacerse ricos al mismo tiempo, era un pedazo inimaginable de buena fortuna.

CUARENTA Y UNO

—Hoy voy a ver a unas personas —dijo Pinker tímidamente—. Me pregunto si te importaría acompañarme.

Emily alzó la vista.

—¿Oh? ¿Quiénes son, padre?

—Trabajan para un negocio estadounidense, ese del señor J. Walter Thompson. —Pinker hizo una mueca—. Por qué la mayoría de los estadounidenses ponen las fechas y las iniciales en el orden incorrecto, es algo que nunca sabré. De todos modos, son quienes han estado aconsejando a Arbuckle sobre su publicidad. Ahora tienen una oficina aquí. Me han escrito para decirme que tienen algunas ideas nuevas acerca de cómo vender al mercado femenino. Pensé que quizá tú estarías en mejor situación que yo para juzgar si tienen razón.

—Estaré encantada.

—Bueno —Pinker consultó su reloj—, estarán aquí a las once.

Para su decepción, sólo uno de los publicitarios es estadounidense. Su nombre es Randolph Cairns, y es casi todo lo contrario de lo que ella había estado esperando; en vez de un agradable y emprendedor publicitario, el señor Cairns es tranquilo, cortés y exigente, como un maestro o un ingeniero.

—¿Cómo comercializa su marca actualmente, señor Pinker? —pregunta cordial.

—Creo que con los mismos métodos que ustedes, pioneros en América — responde Pinker de inmediato—. Cada paquete de café Castle tiene un cupón en el envoltorio, que puede ser canjeado por un descuento de medio penique en la siguiente compra.

—Esto es perfecto, señor. Pero creo que ha entendido mal mi pregunta. No he preguntado cómo estaba vendiendo su producto, sino cómo comercializaba su marca.

Su padre parecía confuso.

—El producto —explica el señor Cairns— es lo que usted vende. La marca es lo que la gente compra.

Pinker asiente, pero Emily puede decir que todavía está tan desconcertado como ella.

—Para decirlo de otra forma —señala Cairns, dirigiéndoles una mirada altiva—, su marca es la expectativa que la gente tiene de sus mercancías. Es más, yo llegaría a decir que el producto actual desempeña una parte muy pequeña en ello. —Se recuesta en su silla—. Así que la pregunta es: ¿cómo creamos una expectativa de superioridad?

Parece contento de dejar la pregunta en el aire. Emily se pregunta si espera que ella o su padre respondan.

—¿Señor? —Es uno de los del séquito de Cairns, el que se inclina hacia delante,

un joven que, Emily ahora puede ver, es afable e impaciente. Cairns asiente.

—¿Philips?

—¿Por psicología, señor?

—Exactamente. —Cairns se vuelve hacia Pinker—. ¡Psicología! Llegará el momento, señor, en que los hombres de negocios se den cuenta de que los clientes son simplemente paquetes de estados mentales, y que la mente es un mecanismo en el que podemos influir con la misma exactitud con la que controlamos una máquina en una fábrica. Somos científicos, señor Pinker, científicos de ventas. No empleamos la conjetura o el aire caliente, nos adherimos a lo que funciona.

Emily puede ver que su padre está extremadamente impresionado.

—¿Y qué significa esto, concretamente, para Castle? —pregunta con escepticismo—. ¿Cómo cambiaría lo que hacemos?

—Se acabaron los cupones —dice Cairns con decisión—. Tenemos que crear una impresión favorable, una disposición. Tratamos de cortejar a la clienta, no sobornarla.

Asiente a Philips, que saca algunos periódicos de un maletín.

Cairns pone los dedos sobre la mesa.

—Primero, lo que tienen que conseguir es quitarse de encima la anticuada noción de que lo que vende es café —le anuncia—. Lo que vende, lo que el ama de casa compra, es amor.

—¿Amor? —Pinker y su hija miran igualmente asombrados.

—El amor —dice Cairns firmemente—. Servir a su marido una gran taza de café: ¿qué mejor manera que ésta, para una esposa, de demostrar su amor?

Una vez más, su pregunta queda en el aire. Pero esta vez Philips no deja surgir la respuesta: Emily se da cuenta de que es algo retórico.

—El olor del café es el olor de la felicidad —continúa Cairns soñando—. Porque, cuando mi esposa me prepara el café, es un placer para ella, porque sabe que me place. Y —levanta un dedo— ella tiene el consuelo de saber que no puede mostrar su devoción de ninguna otra manera mejor que sirviéndome un Castle.

—¿Y cómo lo sabe ella? —pregunta Emily. No puede decidir si esta extraordinaria charla es brillante o absurda, o una mezcla sin orden ni concierto de ambas cosas.

—Porque nosotros se lo diremos, por supuesto. —Cairns se vuelve hacia Philips, quien abre el primer periódico con fioritura.

La página que sostiene ha sido pegada: es, se da cuenta, un esbozo del anuncio que proponen. Un hombre sentado en mangas de camisa bebiendo café. Tiene una amplia sonrisa dibujada en la cara. Detrás de él, sosteniendo una cafetera, está su esposa sonriente. Algún truco de perspectiva hace que parezca como si se acercase a su abdomen. El titular dice: «El derecho de todo marido, la obligación de toda mujer». En letra más pequeña, en la parte inferior de la página, dice: «¡No lo decepcione! ¡Haga la elección correcta, elija Castle!».

—Es... diferente, desde luego —dice Pinker. Mira en vano a su hija—. ¿Emily?

¿Qué dices?

—Parece algo... negativo.

Cairns asiente gravemente.

—Esto es intencionado. En ventas, el principio negativo, ha sido probado, es más poderoso que el positivo.

—Bueno, si ha sido probado... —dice Pinker, aliviado.

Cairns le hace gestos a Philips, que sostiene un segundo anuncio.

—«Si lo quiere, demuéstrelo. ¡Escoja Castle, y lo sabrá!» —lee en voz alta—. «Una comida es siempre un banquete con una *mujer* encantadora al pie de la mesa, y un pote caliente de café Castle en su mano».

—¡Umm! —dice Pinker. Parece confundido.

Philips sostiene un tercer anuncio. Una esposa está de pie al lado de su marido, que está sentado. Desde detrás de su taza de café sonríe al lector. «¡Su placer es la satisfacción de su esposa! ¡Ahora él sabe que es Castle, está SEGURO de que ella le da lo mejor!»

—Pero aquí no hay absolutamente nada —dice Emily con desesperación—, sobre la calidad, sobre los ingredientes naturales, la proporción de moca, si usamos café *bourbon* o típica.

—El ama de casa no se preocupa por ese tipo de cosas —dice Cairns con desdén—. Se preocupa por complacer a su marido.

—Bueno, yo me preocupo —dice Emily—. Solamente puedo darle mi opinión.

—Exactamente —dice Cairns—, pero no nos guiamos por la opinión, querida, la suya o la mía. La opinión es subjetiva. Hemos probado estos conceptos con verdaderas mujeres.

Emily se pregunta por un momento si lo que quiere decir es que ella no encaja en esa categoría.

—Lo que tenemos en mente es nada menos que una campaña militar coordinada. Identificamos nuestros objetivos; calculamos cómo provocar el máximo impacto sobre ellos, y luego creamos nuestra estrategia. —Da un toque en la mesa—. Ésta es la nueva previsión de acercamiento a la publicidad. Estos anuncios venderán.

Una vez se hubieron marchado, Pinker dice:

—Noto que no estás segura.

—Al contrario, padre, mi mente está bastante decidida. Hay algo muy desagradable sobre la apelación tan directa a las inseguridades de la mujer.

—Emily —la mira con cariño—, ¿podría tu reacción tener algo que ver con todas tus creencias políticas?

—¡Desde luego que no!

—Nunca he criticado tu participación en el sufragio femenino. Pero debes estar de acuerdo en que te hace menos... —duda—, menos capaz, digamos, de ver la posición de la mujer normal.

—Padre, ¡qué tontería!

—Como dijo el señor Cairns, sus conceptos han sido probados, sabemos que funcionarán. Y si no adoptamos este nuevo acercamiento, este acercamiento psicológico, me preocupa la fuerza de Howell. Y luego seremos olvidados —asiente—. Debemos adelantarnos un paso sobre Howell de alguna manera, Emily, y éste puede ser el modo de hacerlo. Voy a decirle al señor Cairns que seguimos adelante.

CUARENTA Y DOS

Sin la protección de los grandes árboles, los delicados brotes y las plantas trepadoras del suelo forestal, salteado con orquídeas y mariposas, se marchitaban rápidamente al sol. En esas condiciones, la madera caída estaba lista para quemarse casi inmediatamente. En cuanto el viento llegó en la dirección correcta, Hector organizó a los hombres para encender una sucesión de fogatas a lo largo del borde del norte del valle.

Si la tala hubiera sido espectacular, la combustión sería otra cosa. Las fogatas corrían arriba y abajo a través de la tierra despejada, llenándolo con un nuevo crecimiento que llegaba casi tan alto como la bóveda original: un iluminado y crujiente bosque de llamas que brotaba, moría y se propagaba una y otra vez durante el transcurso de una semana. A veces, las llamaradas disminuían para darse un banquete con un árbol caído en particular; a veces alfombraban un claro con un bajo y parpadeante césped. En otras ocasiones, las llamas eran casi invisibles a la brillante luz del sol, como si el aire en sí mismo estuviera licuándose en el intenso calor.

A los nativos no les resultaba extraño el fuego, desde luego, pero a esta escala parecía llenarlos de una especie de temor supersticioso, y llevaron a cabo nuestras instrucciones con creciente renuencia. Hector juró que nunca había conocido trabajadores tan indisciplinados; el resultado, asumió, de nuestro carácter pionero. Independientemente de lo que yo pensaba sobre él, no podía haber nadie más contento que yo de que estuviera allí. Sin él, yo habría sido absolutamente incapaz de vencer los cientos de obstáculos diarios a los que tuvimos que enfrentarnos.

Después de la combustión, las malditas laderas no parecían más que un humeante paisaje lunar lleno de nieve gris. Aquí y allá los restos de los troncos carbonizados sobresalían entre lo gris, mientras un par de árboles gigantescos, que de algún modo habían sobrevivido intactos a la tala y al gran incendio, permanecían solos en la vasta extensión, con sus ramas más bajas marchitas como encaje.

—El mejor fertilizante del mundo —dijo Hector, agachándose de rodillas en un montón de ceniza y frotando un poco entre sus manos. Hice lo mismo: era como polvo, inimaginablemente suave, aún caliente días después de la quema. Mientras lo disolvía para quitar el polvo entre mis manos, se liberó una ráfaga de ceniciento y fuliginoso aroma—. El café agota incluso a la mejor tierra, Robert: es muy afortunado al tener mucho territorio aquí. Venga, vayamos a casa.

«La casa» era Wallis Castle, un estado colonial que llegó con el derecho de caza a través de las parroquias de Abisinia y Sudán, comprendida de vestíbulo, comedor, salón, biblioteca, sala de desayuno, incontables dormitorios y sus correspondientes vestidores, con la insólita característica de que todo aquello se concentraba en un espacio circular de aproximadamente cuatro metros y medio de diámetro. En otras

palabras, Hector y yo ahora vivíamos como dos hojalateros en una miserable choza nativa de fango, hierba y paja. La paja crujía toda la noche, y de vez en cuando pequeñas cosas venenosas que se meneaban, la abandonaban para visitarnos (en este sentido, no era tan diferente a mi escalera en Oxford). El suelo era tierra, aunque habíamos dejado dos pieles de cebra como alfombra, conseguidas mediante un trueque con los indígenas. Jimo estaba más bien sorprendido de que no fuéramos a compartir este alojamiento con una cabra (al parecer, una buena provisión de orina de cabra en el suelo mantenía a raya a las *jiggas*, independientemente de lo que podrían haber supuesto), pero decidimos que, tras pensarlo mucho, utilizaríamos alfombras y zapatillas.

Nuestro enemigo principal era el aburrimiento. La oscuridad venía temprano en los trópicos, y aunque tuviéramos lámparas de queroseno sólo teníamos combustible suficiente para usarlo durante una hora cada noche.

Hector me sorprendió al pedirme que leyera algo en voz alta de mi pequeña biblioteca: con indecisión abrí *La importancia de llamarse Ernesto*, y se rió en silencio con las primeras líneas:

Algernon: ¿Ha oído usted lo que estaba tocando, Lane?

Lane: No creí que fuese de buena educación escuchar, señor.

Algernon: Lo siento por usted, entonces. No toco correctamente todo el mundo al piano se refiere, el sentimiento es mi fuerte. Guardo la ciencia para la vida.

Lane: Sí, señor.

Algernon: Y, hablando de la ciencia de la vida, ¿ha hecho usted cortar los sándwiches de pepino para lady Bracknell?

Entonces continué; y al final me cogió el libro y le dio a Gwendolen un *falseto* bastante fino: «Rece para que no me hablen del tiempo, señor Worthing.

Siempre que la gente me habla del tiempo, me siento completamente segura de que les importa algo más. Y esto me pone muy nerviosa».

Sabe Dios lo que Jimo y Kuma habrá hecho de él, y sin pensar en los otros indígenas; el extraño *falseto* escocés emergiendo de nuestra choza, los estallidos nocturnos de risa y los aplausos entusiastas con los que Hector saludó a mi señora Bracknell. Incluso comenzó a dirigirse a mí como Ernesto cuando estábamos fuera de la granja.

Pero todo aquello era irreal, una especie de sueño, una alucinación. Yo participaba en las rutinas diarias de la plantación, pero mi verdadera vida la vivía después de que el quinqué se apagara por la noche y los ronquidos de Hector me liberaran de su mundo de estacas, plantaciones y trabajo. Entonces, mientras la oscuridad entraba en la choza, llenándola con la música de contrapunto de la selva por la noche (tanto más ruidosa que la selva de día), Fikre daba un paso hacia mi

cama sin hacer ruido, susurrando «pronto» y «ahora», poniéndose a horcajadas sobre mí, de modo que tenía a mi alcance sus caderas, su cintura y sus pechos colgando, entre mis manos...

A veces nombraba a otras mujeres que había conocido, incluso a Emily. Pero su cara siempre tenía una expresión ligeramente molesta, como si prestar su cuerpo a estas fantasías fuera una obligación desagradable que la distraía de asuntos más importantes en Inglaterra. Ella era ahora, casi literalmente, un recuerdo distante, menos real para mí que las putas con cuyos cuerpos había intimado alguna vez.

Era como el reloj Ingersoll que Pinker me había dado antes de que abandonara Londres, el cual había tratado de mantener con hora europea. Una vez que se paró en Zeilah, no hubo forma de volverlo a poner en funcionamiento. Parecía más fácil adaptarlo a las horas locales, y en última instancia abandonar por completo el uso del reloj. Los relojes son como el catálogo: sólo se utiliza si la persona con la que estás hablando tiene el mismo equipamiento que tú. Así es como estaba con Emily. No rompí con ella de golpe, pero la parte de mi corazón que debería haber seguido haciendo tictac con su recuerdo se detuvo, y de alguna manera nunca volvió a ponerse en funcionamiento.

Solamente una vez la recordé de una manera distinta. Los indígenas habían comprendido rápidamente que si sufrían cualquier mínimo contratiempo médico en nuestro trabajo, como cortarse un dedo con una hacha o perforarse un pie con una rama cortada, nosotros les vendaríamos las heridas con más eficacia de lo que lo su curandera podía hacerlo. El Diachylon, en particular, al principio sólo uno de los componentes más desconcertantes de nuestro botiquín, resultó ser una maravillosa invención; una mezcla de lino y pomada antiséptica que se endurecía sobre una herida y la mantenía a salvo tanto de la lesión como de la infección.

Un día una mujer nativa nos trajo a su niño enfermo. El niño estaba tremendamente aletargado, y aunque tenía una fiebre muy alta, su pulso era sepulcralmente lento. Incluso sobre la piel negra podías ver el tinte amarillo de la ictericia.

—Esto no es asunto nuestro —dijo Hector con brusquedad—. La mujer ni siquiera trabaja para nosotros.

—Pinker quería que hiciéramos lo que pudiéramos por ella.

—Pinker quería que conserváramos las medicinas para nuestros propios empleados. Y asegurarse de que el niño sea bautizado, de modo que al menos su alma se salve.

Pensé: «Pero la hija de Pinker discreparía». Busqué el libro de Galton y deduje que el niño sufría de fiebre amarilla. Según Galton, aproximadamente la mitad de los casos infantiles terminaban en muerte, pero, de todas formas, le di al niño algo de láudano. Se durmió más fácilmente tras esto, pero al día siguiente comenzó a sangrar por la nariz y los ojos, y yo sabía que no había esperanza.

Le lancé varias indirectas a Hector de que pronto yo necesitaría ir a Harar, pero

no hizo ni caso. Entonces, una noche, poco después de que nos hubiéramos acostado, oímos un alboroto fuera. Jimo vino corriendo a la choza, farfullando sin aliento.

—Massa ven una vez, ven. *Marrano* comer semilla café.

Cogimos nuestros rifles y salimos. Había una luna pequeña, y podíamos ver unas formas que se estrellaban alrededor de los viveros. Mientras nos acercamos, distinguimos una manada entera de jabalíes, gruñendo con éxtasis mientras escarbaban por nuestros preciados semilleros.

Los ahuyentamos y pusimos a Jimo a montar guardia. Por la mañana, pudimos ver que habían arruinado la cosecha. Eso era un desastre, y Hector se culpaba a sí mismo.

—Debería haber construido vallas. Nunca se me había ocurrido que los carroñeros pudieran hacer tanto daño —suspiró—. Parece que conseguirá su viaje a Harar después de todo, Ernesto. Todo esto tendrá que ser sustituido.

—Qué lástima —dije, aunque por dentro estuviera regocijante—. Iré mañana.

Mañana. Mañana y mañana y mañana... Esa noche apenas pude dormir; mi cerebro se calentó con representaciones eróticas.

Cuando me fui del campo al día siguiente, Hector puso a los trabajadores a quemar de nuevo. Mucho después de que hubiera dejado nuestro valle, todavía podía decir dónde, en esa infinita y ondulada expansión de montañas yacían, por la chimenea que se levantaba sobre éstas, las enormes ramas negras extendiéndose en el cielo como una nueva especie de árbol gigantesco.

CUARENTA Y TRES

«La miel»: esta nota está impregnada de flores perfumadas de mieles. También recuerda a la cera de las abejas, al pan de jengibre, al turrón y a ciertos tipos de tabaco. El fenilo etílico aldehído, aislado en el café, evoca muy bien este aroma.

JEAN LENOIR, *Le Nez du Café*.

Una vez en Harar alerté a Fikre de mi presencia enviándole una nota en la que reclamaba su ayuda con una traducción. Un criado compró su respuesta, algo igualmente inofensivo y comedido. No había ninguna referencia a Bey: lo que significaba que estaba lejos. Los dioses nos sonreían.

Esperé, y la espera era insoportable, mis sentidos parecían afinados con mayor tirantez, como los músicos de una orquesta antes de un concierto que volvían a afinar sus instrumentos a un diapasón más alto. Pasé el tiempo improvisando una cama con los sacos del café, extendido con mantones de seda. Era sorprendentemente cómodo, las legumbres iban cambiando bajo mi peso para hacer un suave y cedido hueco.

Y entonces, apenas había cogido el sonido, la puerta de abajo se abrió. Oí pasos que se apresuraban por la escalera.

Su belleza, cada vez que la veía, me impactaba: la cara oscura y angulosa, la luz, la mirada penetrante, el cuerpo delgado envuelto en un traje amarillo azafrán.

Ahora que finalmente estábamos juntos era como si ninguno quisiera comenzar. Me hizo café, el delicado y fragante café del campo, como lo había hecho en el desierto, mirándome solemnemente mientras bebía la primera taza.

Recordé que Bey me había hablado sobre la ceremonia del café la primera vez que estuve en su tienda: también era una ceremonia de amor.

Entonces, con una prisa repentina, el deseo me abrumó. Desenrollé el traje de su cuerpo con un impaciente tirón, hasta que estuvo ante mí desnuda, o casi desnuda: llevaba un fino cinturón de cadena sobre sus delgadas caderas negras.

Estaba colgado con piastras, los discos de oro se balanceaban y brillaban contra su piel mientras se dirigía hacia mí. Yo, que había hecho el amor con muchas mujeres (algunas dóciles, otras desganadas, unas resentidas y otras furtivas, pero todas ellas, en sus diferentes maneras, impacientes por terminar), nunca había conocido nada como aquello: lo que era amar a alguien cuya pasión era tan grande como la mía propia, que jadeaba, se agitaba y temblaba con placer cada vez que la rozaba. Olía a café: notaba su sabor en cada beso, el perfume de los hornos en su cabello... Sus manos eran café; sus labios eran café; estaba allí en el sabor de su piel y en el líquido brillante del borde de sus ojos. Y, sí, entre los muslos oscuros, donde la piel se abría como una sucesión de pétalos para revelar en su interior el rosado aroma de la madreSelva, encontré un grano de café solitario y diminuto, un bulto duro de carne

fresca con sabor a café. Lo deslicé dentro de mi boca y con cuidado lo mastiqué; y como por arte de magia, incluso cuando ya me había llenado, allí estaba de nuevo.

Estaba decidido, para no causarle ningún dolor, a ir despacio. Fue la misma Fikre quien, finalmente, se llenó de impaciencia. Retorciéndose, se alivió a sí misma sobre mí hasta que encontró una leve resistencia; entonces, apoyándose hacia delante de modo que pudo mirarme directamente a los ojos, ella misma se hundió. Hizo una mueca de dolor mientras le daba algo, y entonces me poseyó totalmente. Una mancha púrpura enmarañaba nuestros vientres, brevemente, pero enseguida desapareció mediante los movimientos circulares de sus caderas.

Sus ojos ardieron con mezcla de triunfo y furia.

—Pase lo que pase —susurró—, ahora he ganado.

Y luego, algo que nunca había visto antes, aunque hubiera leído sobre ello, mientras follábamos estuvo atrapada por una serie de espasmos estremecedores, profundamente dentro de ella, casi dolorosos en intensidad, cuyos efectos pasaron a través de su cuerpo e incluso se hicieron visibles sobre su piel, como una explosión que bajo el agua agitara brevemente la superficie.

Después de cada uno de estos espasmos, su cuerpo se relajó, y cubrió mi cara con besos, murmurando con placer, hasta que de repente su espalda se volvió a arquear, estirándose y jadeando como si el placer la poseyera de nuevo. Sentí músculos dentro de ella que me exprimían cuando la poseía un espasmo. Me di cuenta entonces de que todas las putas que en alguna ocasión habían gemido y habían jadeado en mis brazos habían estado haciendo una mala imitación de esto. Quizá ninguna de ellas jamás lo había sentido realmente; tampoco yo nunca me había parado a preguntar qué podían sacar de aquello aparte del dinero.

Más tarde hubo más café, y más amor, y luego se tendió en mis brazos y hablamos. No hablamos inmediatamente de Bey, ni de nada serio: eso era el mundo exterior, el mundo al que habíamos renunciado. En cambio, ella me habló sobre el comerciante francés que había vivido en la casa antes que yo.

—Era una historia muy triste. En su juventud había sido muy guapo, y un prodigio: escribió poemas que fueron alabados por todos los grandes hombres de letras. Uno de ellos, otro poeta, lo tomó como su pupilo. Pero también le exigió que el joven se convirtiera en su amante. Al final, el muchacho le pegó un tiro con un arma. Aun de una manera extraña, siendo el catamita del hombre también había sido la fuente de su talento. Después de eso nunca volvió a escribir nada más, y vino aquí al final del mundo, y vivió su vida como si ya estuviera muerto.

—¿Quién te contó eso?

—Ibrahim. ¿Por qué?

—Es una buena historia. Pero si realmente el muchacho francés había sido un genio como cuentas, creo que habría oído hablar de él.

—¿Cree que Bey se lo inventó?

—Pienso que Bey exagera.

Ella sonrió.

—¿Qué?

—No tendría ninguna necesidad de exagerar cuando lo oí.

—Pero nunca debiste oírlo —dije.

Ahora que la locura de nuestra cópula había terminado, era difícil contener el miedo. Lo que acabábamos de hacer era mucho más que un crimen. Había tomado a la mujer de otro hombre, había violado su propiedad y había arruinado su inversión, lodo en unos pocos minutos. No tenía ni idea de qué tipo de sistema legal había en Harar, pero sospeché que mi condición de ciudadano británico ofrecería una protección escasa. Sería el hazmerreír por la manera en la que había manejado a Fikre, y Bey sabría que el único modo de recuperar cualquier tipo de credibilidad sería, para ser exactos, una venganza de tal voluptuosa crueldad que incluso sus enemigos estarían impresionados.

—¿Qué es esto? —Fikre se levantó, por lo que pudo examinar mis ojos.

—Nada.

—Se estaba preguntando qué haría él. —Adivinó ella.

—¿Cómo lo has sabido?

Colocó su mano sobre mi polla.

—Como un caracol encogido en su caracola.

—Ah.

Estaba tocado porque lo que habíamos hecho no podía ser deshecho. No tenía sentido decir «nunca debemos volver a vernos» o «debemos parar esto antes de que sea demasiado tarde». Ya era demasiado tarde. Habíamos hecho la única y terrible cosa que nos condenaría. Pero incluso eso era una especie de libertad: no había punto de retorno.

Con la tercera taza de café traje una ramita de *tena adam*. Hicimos el amor despacio, casi reflexivamente; todo el apremio había desaparecido. Recordé algo más que Bey había dicho sobre la ceremonia del café, que la tercera taza era la bendición, la única que sellaba la transformación del espíritu. Pero en verdad esto me había pasado mucho antes.

Después dormimos, y nos despertamos juntos, y nos aprovisionamos en una íntima unión de risas y silencio.

—Pensaremos en algo —dijo ella, allanando mis pensamientos. Acarició mi abdomen con las puntas de sus dedos, ligeramente.

—Cuando le vi por primera vez, es cierto que mi único pensamiento fue que esto sería una maravillosa venganza sobre Ibrahim. Quería morir de todos modos, y quise causarle tanta vergüenza como me fuera posible. Pero ahora...

Un dedo cercaba mi ombligo con delicadeza, como una fuerza que frota el borde de un vaso.

—Ahora no quiero que esto se acabe.

—Yo tampoco. Pero es difícil saber cómo.

—Quizá pueda seducirlo. Luego creerá que me ha desflorado.

—¿Harías eso?

—Desde luego. Si eso significara que podría estar con usted de vez en cuando.

Pensé en Bey inclinando su gordo cuerpo sobre ella, su boca mojada sobre ella, babeando, donde hacía muy poco había estado la mía.

—Él sabría que no eres virgen.

—Hay maneras de fingirlo, pequeñas bolsas de sangre de oveja que revientan cuando lo haces. No engañaría a un médico, pero podría engañar a un hombre lleno de deseo, un hombre que creyera lo que quisiese creer.

—Demasiado arriesgado. Además, imagina que no funcionase, si te rechazara. Sabría con certeza que algo se está tramando.

—¿Entonces, qué?

—No lo sé. Pensaré en algo.

Era como un estribillo que uno u otro siempre decíamos: «Pensaré en algo».

Las palabras tranquilizaban, como las de una madre que ofrecía consuelo. «No te preocupes. Vuelve a dormir. Todo saldrá bien». No saldrá todo bien, estábamos condenados, pero las palabras, en todo caso, funcionaban.

—Debo irme. —Se sentó y alcanzó su traje.

—Aún no.

—Tengo que irme. Los criados sospecharán. Intenté asegurarme de que no me seguían hasta aquí, pero aun así no es seguro.

—No te vayas. —Rocé su pecho.

—No hay tiempo. —Pero tembló con placer y se recostó de todos modos—. Sea rápido. —Respiró, volviendo a abrir las rodillas para abrir sus muslos.

Se tumbó debajo de mí, en posición supina, sosteniendo mi cara entre sus manos, una palma sobre cada mejilla; sus ojos miraban fijamente a los míos.

Esta vez no hubo ningún espasmo dentro de ella, pero, mientras mi paso se aceleraba, estiró sus piernas aún más alto, puso las rosadas plantas de sus pies casi a la altura de mis orejas, y susurraba «sí, sí, sí», hasta que me hube gastado: entonces me besó, se levantó, se limpió de una manera natural con el agua que yo había traído para hacer el café y se marchó.

Pocas personas se dan cuenta de lo salado que es el café. Cuando es fresco, la sal está oculta: esto actúa como un apoyo para los otros sabores, y es la responsable del breve regusto amargo que constituye uno de los placeres de la bebida. Pero si dejas un pote durante una hora o dos, de modo que se evapore algo del líquido, encontrarás que la salinidad se intensifica hasta el punto de que el café es casi imbebible. Es por eso por lo que en la ceremonia del café sólo hay tres tazas largas: la tercera es la última que puede ser extraída antes de que el café se vuelva tan salado como las lágrimas.

Pero hay una cuarta taza que puede tomarse, una taza que no se nombra: la taza que es bebida, aunque amarga, por el amante recostado sólo en su cama, mientras

imagina a su amada escabulléndose por oscuras calles, en un vestido amarillo azafrán, de regreso a la casa del hombre que la posee.

CUARENTA Y CUATRO

«Salvaje»: un sabor fuerte que se encuentra a menudo en cafés etíopes.

L. K. SMITH, *Coffee Tasting Terminology*.

Las semanas pasaron. Como si fuera un animal hibernando, me las arreglé con mi tienda de recuerdos, recordando la suave, fresca, picante y lustrosa piel de Fikre, el sabor de sus pezones...

—Debo decir —observó Hector una mañana mientras caminábamos entre la cuadrilla de trabajadores— que está llevando esto sorprendentemente bien, Robert. Confieso que pensé que a estas alturas añoraría sus lugares favoritos de antaño en la calle Regent.

—¿La calle Regent? Es gracioso, pero no la extraño ni lo más mínimo. De hecho, me parece que mi antigua vida en Inglaterra estaba completamente apagada, comparada con la de aquí.

—¿Sí? —Hector parecía bastante desconcertado—. Todavía acabaremos haciendo de usted un aventurero.

—Aunque, ya que hablamos del tema —dije casualmente—, pronto tendré que volver a Harar.

Frunció el ceño.

—¿Otra vez?

—Entiendo que será mucho más difícil dejar la granja después de que usted se haya embarcado —dije persuasivamente—. Por tanto he de comerciar tanto como pueda antes de que se vaya, ¿no le parece?

De mala gana dijo:

—Supongo que sí.

—Bueno. Esto está decidido, entonces. Me marcharé el domingo.

Habíamos alcanzado la cima de la colina: a nuestros pies, las cuadrillas estaban trabajando cavando los hoyos de la plantación, uno cada dos metros a lo largo de las líneas de cinta blanca que habíamos delimitado. Hector las miró fijamente.

—Mire aquellas líneas, Robert. Al fin y al cabo, la civilización son sólo líneas rectas y una buena pintura blanca.

Un sonido venía hacia nosotros a través de la selva, el bajo e inconexo canto de los hombres que no cantan para expresar algo sino para mantener un ritmo de marcha. Todo el mundo paró de trabajar, Hector y yo incluidos, y miramos fijamente con expectación a los árboles empapados.

—¡No paréis! —gritó Jimo. Había cogido una vara estos días, una rama larga y elástica que meneaba por el aire para dar énfasis a sus gritos—. ¡No paréis! —Los aldeanos volvieron a su trabajo de mala gana.

A través de los árboles dos filas largas de hombres venían hacia nosotros.

No, no sólo eran hombres, había mujeres también, cargadas con cacerolas, sacos de maíz, incluso niños pequeños atados alrededor de sus espaldas. Eran negros, pero bastante distintos de los negros de nuestro pueblo. Eran bajos y morenos, con el pelo ondulado y las cejas espesas.

—Los coolies —dijo Hector con satisfacción. Me preguntaba cuándo llegarían.

El capataz de cada fila dio una orden y los recién llegados se detuvieron, dejaron sus paquetes en tierra y se agacharon al lado de ellos.

—¿De dónde han venido? —pregunté, perplejo.

—De Ceilán. Son hindúes-tamiles. Unos trabajadores fantásticos. No como estos africanos.

—Pero ¿cómo han llegado aquí?

—Los pedimos, por supuesto.

Hector parecía impaciente con mis preguntas mientras cruzaba de una zancada la cuesta hacia el líder de aquellos hombres. Estaba de pie esperándonos y bajó su cabeza con respeto.

—¿Los ha embarcado?

Hector extendió su mano al jefe de los tamiles, quien le dio un fajo de papeles manoseados.

—Los tenía reclutados. Pagan su propio pasaje.

—Me sorprende que puedan permitirselo.

—No pueden. —Hector suspiró, como si tuviera que explicárselo a un bobo—. Ahora no hay trabajo para ellos en Ceilán. Así que han firmado un contrato con un jefe de cuadrilla para que los trajeran aquí. El coste de su pasaje marítimo será deducido de sus ingresos. Ahora compraremos los contratos del jefe de la cuadrilla, con lo que sus gastos habrán sido cubiertos, y los tamiles conseguirán trabajo y alimento, y todo el mundo estará contento.

—Ya veo —dije, aunque en verdad todavía no pudiera entender cómo el mecanismo de la economía había embrujado de algún modo a esta gente, a tantos miles de kilómetros de sus casas.

Los tamiles eran bastante hoscos. Su expresión habitual era la de un ceño fruncido, bastante diferentes a nuestros aldeanos locales, que siempre se estaban riendo. Pero no podía negar que eran unos trabajadores extraordinarios. En pocos días habían erigido tres chozas grandes: una para que los hombres durmieran, otra para las mujeres y la última donde, según explicó Hector, se clasificarían los granos de café. Cuando cavaron los hoyos para la plantación cubrieron casi trescientos metros frente a los sesenta cubiertos por los vecinos.

—Es porque están contratados —dijo Hector—; trabajan mucho porque deben dinero.

Unos días más tarde reunió a los aldeanos africanos en nuestro campo. Se dirigió a la caja que guardaba nuestras herramientas de granja y sacó un par de hachas

européas.

—Éstas son buenas hachas, muy caras —dijo Hector, mostrándolas—. Cuestan cientos de rupias. De la manera habitual ninguno de ustedes podría permitirse una.

Jimo tradujo esto: hubo un asentimiento general.

—Pero para nuestros trabajadores, esto será diferente. Si aceptan trabajar hasta que recolectemos nuestra cosecha de café, les daremos a cada uno de ustedes una hacha, o, en el caso de las mujeres, una azada.

Jimo volvió a traducir. Esta vez hubo un silencio perplejo.

—Ahora no tienen que darnos ningún dinero —explicó Héctor—. Nos devolverán una rupia de sus salarios a la semana.

Jimo tradujo. Ahora hubo un barullo de ruido. Aquellos que habían captado el concepto estaban explicándoselo a sus vecinos más lentos. Otros habían corrido a examinar el hacha, deslizado sus manos sobre el suave mango pasado por el torno, tocando la superficie de la cabeza espejada, la hoja engrasada, murmurando con asombro.

—Hay más —gritó Hector por encima del barullo—. ¡Miren! ¡Aquí! —Fue a la caja que contenía nuestras mercancías para comerciar—. ¡Anzuelos! ¡Espejos!

¡Están todos disponibles a crédito para los que firmen!

Sostuvo un collar de cristal y lo zarandó.

—¿Ven?

Un aldeano perplejo se lo arrancó de la mano.

Se volvió hacia mí con una expresión de satisfacción.

—Estarán todos de acuerdo. ¿Cómo negarse? Ésta es la mejor oferta que jamás han tenido.

—Pero ¿una vez que ellos hayan pagado su deuda, no podrían decidir irse a cultivar su propia tierra con estas herramientas?

—Sí, en teoría. Creo que encontrará sólo a unos pocos que consigan hacerlo. —Frotó sus manos con satisfacción—. Lo mejor de esto es que habríamos tenido que conseguir más herramientas, de todos modos. De esta manera, todo el mundo gana.

En el pueblo esa noche había mucho de qué hablar. Kiku, una veterana de esos debates, sabía que la mejor política era no dar su propia opinión demasiado pronto, sino considerar lo que las otras mujeres dijeran antes de utilizar su jerarquía para conducir las a un acuerdo colectivo.

Sin embargo, en este caso era difícil, porque por primera vez desde que podía recordar nadie más parecía compartir su punto de vista.

—¿Qué le va a pasar al bosque, una vez que todos tengamos estas hachas? —preguntó con lástima—. ¿Qué les pasará a los árboles?

—Pero hay muchos árboles, y nosotros somos pocos. Sería lógico que nosotros pudiéramos cortarlos. Entonces habremos hecho más *saafu*, no menos, porque los números estarán más uniformemente equilibrados —dijo alguien.

Para fastidio de Kiku fue Alaya, la nueva esposa de Tahomen, la que había

hablado, y aún se molestó más cuando los demás parecieron estar impresionados por la lógica de Alaya.

—Decir que no deberíamos usar hachas para cortar árboles ¿no es como decir que no deberíamos usar potes para llevar el agua? —añadió alguien más—. Ya tenemos bastante trabajo sin hacer la vida más difícil.

—Y a mí, por mi parte, no me importa trabajar con la azada —añadió Alaya—, si la azada es buena, aunque por supuesto lo deje, probablemente, cuando esté encinta.

Las otras mujeres asintieron. Cuando Alaya estuviera embarazada del bebé de Tahomen, era evidente que no trabajaría. Pero ellas admiraron el hecho de que estuviera dispuesta a trabajar duro hasta entonces. No todas las mujeres de los jefes eran tan aplicadas.

Kiku casi pudo oír aquellos pensamientos pasando por sus cabezas, y cuando las mujeres la miraron, esperando su respuesta, era como si pudiera ver la pregunta que se estaba formando en sus ojos. «¿Y Kiku? ¡Ella no lleva al niño de Tahomen, pero tampoco quiere trabajar con la azada! ¡Ésa es la verdadera razón por la que no quiere que tengamos azadas y hachas; debería hacer algo de trabajo duro por sí misma por una vez en su vida!».

—Esta azada es tuya —dijo Kiku.

—¿Sí? —Alaya sonrió.

—¿Cómo le pagarás cuando estés encinta?

Alaya frunció el ceño mientras pensaba en eso. No se lo había planteado.

Entonces su frente se alisó.

—Si Tahomen tiene una hacha —comentó—, puede pagar por mi azada y por su hacha cortando árboles.

Hubo un suspiro colectivo mientras las mujeres respiraron. ¿El jefe cortar árboles? ¿Como si no fuera mejor que cualquier otro hombre? Pero entonces, y de nuevo Kiku, casi pudo oír el pensamiento mientras se formaba en sus mentes, ¿por qué no debería ser así?, ¿por qué debería el jefe estar exento del trabajo físico? ¡Déjalo trabajar al lado de su esposa estéril!

Cuando se dio cuenta de que Alaya había sido mejor estrategia que ella, Kiku dijo sin rodeos:

—Bueno, no estoy de acuerdo.

—Pero tú no tienes que estar de acuerdo, ¿no? —dijo Alaya—. Deja a aquellos que quieran hachas, y estén preparados para trabajar con ellas, que las tengan. Al igual que con las azadas. Todas podemos escoger por nosotras mismas, si realmente es eso lo que queremos hacer.

Se produjo otro silencio estupefacto. La idea de que esta decisión podría ser un asunto individual, más que de la tribu, fue también algo completamente nuevo. Kiku pudo ver cómo las mujeres se miraban unas a otras, valorando lo que se había dicho y luego asintiendo. Alaya estaba en lo cierto, estaban pensando; ¿por qué deberíamos estar obligadas a hacer lo que quieren otros?

¡Deja a esas cuyos maridos son fuertes y jóvenes y que están preparados para trabajar duro, que lo hagan y puedan ganar sus hachas! Algunos prosperarán, pero no todos, obviamente, ni los muy viejos, ni los muy jóvenes, ni los débiles, pero ellos no fueron los únicos que tuvieron, en primer lugar, que hacer el duro trabajo físico sin la ayuda de las hachas.

En ese momento, Kiku supo que aquello se había acabado. No puedes parar estos cambios, a menos que puedas parar el agua cuando quiera fluir cuesta abajo. Pero estaba preocupada: no sabía lo que se venía encima, o dónde acabaría.

Al día siguiente todos firmaron los nuevos contratos, también Tahomen.

Pero mientras miraba los collares que ahora adornaban el cuello de las mujeres, Kiku no podía evitar pensar que se parecían más a las cadenas llevadas por los esclavos que a cualquier cosa que los aldeanos hubieran podido hacer con materiales sacados del bosque.

CUARENTA Y CINCO

Para gran irritación de Emily, los anuncios condescendientes del señor Cairns han resultado un gran éxito. No sabe con seguridad si es por su mensaje o sencillamente porque Pinker ha atraído la atención a través de una campaña tan ambiciosa, pero el café Castle se ha convertido en el café envasado más vendido en las tiendas. Puesto que, en la actualidad, el sector se está expandiendo de forma masiva con gente como Thomas Lipton y John James Sainsbury, que están erigiendo vastos imperios con la misma agresividad con la que Pinker está expandiendo su negocio cafetero, la nueva forma de marketing conviene a todas las partes. Sainsbury puede hacer un pedido a Castle sabiendo que obtendrá exactamente el mismo producto en cada una de sus tiendas, mientras que Pinker sabe que la demanda masiva que está creando su publicidad se puede satisfacer a través de suficientes puntos de venta. Lipton, en concreto, se ha convertido casi en un socio empresarial; cuando sugiere una versión premolida de Castle para que acompañe su propia innovación del té en pequeñas bolsas porosas, Pinker acepta enseguida.

—Pero el café premolido no durará tanto, ni sabrá tan bien, como los granos recién preparados. —Señala Emily.

—Puede que haya una pequeña diferencia pero, hoy en día, no todas las mujeres tienen el tiempo suficiente como para moler café. Muchas tienen empleos, Emily. No querrás que las mujeres sean castigadas por trabajar, ¿no es así?

Por supuesto que no quiere, así que abandona las protestas; tampoco es que él tenga muy en cuenta su opinión, en cualquier caso. Su padre tiene ahora todo un ejército de consejeros: secretarios, factótums y una nueva raza de ayudantes llamados «ejecutivos». El lenguaje empresarial está cambiando junto con el negocio. Ha advertido que, a veces, se refiere a los almacenes como «depósitos» y a Castle como «el producto». En los libros de contabilidad puede ver que no compran café tan bueno como antes; la expansión se está viendo alimentada por cantidades cada vez mayores de material más barato, salpicado con un poco de buen arábigo. Ciertamente, el producto también es más barato (lo justo para rebajar el de Howell), pero la mayor parte del dinero que se ahorran en materia prima se emplea para financiar su publicidad. La expansión se ha convertido en el objetivo, y no las ganancias.

Un día, su padre la lleva a la calle para mostrarle algo extraordinario.

Aparcadas en la esquina de la acera hay tres furgonetas a petróleo pintadas con los colores distintivos de Castle, el negro y el dorado, cuyos motores llenan la calle de vapores de trementina. Cada una de ellas tiene el mismo dibujo de un castillo que domina los paquetes de Pinker, sobre el que aparecen las palabras «Café Castle. La elección de la esposa exigente».

—Ha sido idea de Cairns. Cuando las furgonetas viajen por Londres haciendo

entregas, la gente las verá y pensará en pedir Castle.

—Supongo que deberíamos estar agradecidos de que no haya puesto algo sobre el amor —murmura ella.

La única parte del imperio que no prospera es, de hecho, las tabernas de abstinencia. En ocasiones, Emily acompaña a su padre a visitar los establecimientos para intentar resolver el problema.

—No puede tratarse del concepto —dice Pinker, mirando a su alrededor en una cafetería casi desierta—. Mira a Lyons: venden su té en las tiendas, igual que nosotros y, no obstante, sus cafés siempre parecen estar llenos.

—Tal vez sea la ubicación. Los salones de té de Lyons están en calles concurridas, de manera que las mujeres pueden detenerse unos minutos durante sus compras. Sin embargo, nuestras tabernas están en zonas residenciales.

—Eso es porque antes eran bares —suspira su padre—. Creo que puedo haber juzgado mal al público esta vez, Emily. Y si no tienen beneficios, tendremos que cerrarlas.

—Pero creía que las tabernas eran el motivo... el motivo de todo —dice, confundida—. ¿La abstinencia ya no es su objetivo?

Pinker frunce los labios.

—La abstinencia es el objetivo, naturalmente. Pero, tal vez, los medios sean distintos... tal vez será el café empaquetado el que cambie los hábitos del hombre trabajador.

—Mientras haya bares y alcohol, seguirá habiendo borrachos. —Le recuerda ella. Él se encoge de hombros.

—Quizá, pero un negocio con el que no se gana dinero no puede ser un instrumento de cambio. No haremos nada aún. Puede que el mercado cambie.

CUARENTA Y SEIS

Estoy entre los brazos de Fikre. Cada vez que alguno de nosotros se mueve, nos envuelve una oleada de un aroma particular: antes de venir a verme, ella ha perfumado su piel con humo de mirra, permaneciendo desnuda frente a un brasero, tal y como acostumbran a hacer las mujeres beduinas, y ahora el aroma se ha mezclado con los olores provenientes de nuestra cama improvisada, derivadas de nuestro acto sexual; el olor de las arpilleras y la esencia de los granos de café.

De repente, me echo a reír pensando en el catálogo: tantas categorías cuando, en realidad uno acaba por seguir su instinto a la hora de escoger: «sí, quiero éste, ahora».

—¿En qué piensa? —me pregunta ella, moviéndose entre mis brazos.

—En un estúpido experimento que estaba realizando antes de venir aquí.

—Se lo expliqué todo acerca de la guía, y de Pinker, y de las cajas de muestras...

—¡Quiero verlas! —Se incorporó de un salto. Su energía no se agotaba nunca, al menos no por mucho tiempo: tan sólo unos minutos después de haber hecho el amor. Siempre quería más: más sexo, más charla, más pasión, más planes.

—¿Las tiene aquí?

—Sí, en alguna parte.

Localicé la caja con las esencias y se la llevé.

—¿Cuál es su favorito?

—Tal vez éste. —Abrí la ampolla en la que decía «manzana». Por un momento, pensé que se había evaporado, pues no quedaba prácticamente nada; luego percibí ligeramente el olor de algo suave y poco interesante, tan insípido como la leche—. Pero parece que se ha convertido en un aroma que es bastante más desagradable que el original. —Le pasé el frasco.

Ella lo olió y se encogió de hombros.

—Es un aroma muy tenue.

—Tú has cambiado mi modo de oler las cosas.

—Eso no lo he hecho yo, sino África.

—África y tú.

Volví a la cama y ella me siguió.

—He encontrado uno de sus poemas —me dijo.

—¿De quién?

—Del francés, el hombre que vivía antes aquí. ¿Quiere escucharlo?

—Si tengo que hacerlo, lo haré.

Ella se sentó sobre los sacos de café con las piernas cruzadas, todavía desnuda y con total naturalidad, y empezó a leerlo en voz alta.

—Suficiente —dije al cabo de unos momentos—. Fikre, para. Eso no son más que... sonidos sin ningún tipo de significado.

—Es como si estuviera borracho de palabras —insistió ella—. ¿No se da cuenta? —Se levantó de un salto y empezó a caminar por la habitación, marcando el ritmo del poema con ligeros golpecitos que daba con la mano que tenía libre mientras declamaba: *Est-ce en ces nuits sans fond que tu dors et t'exiles, Million d'oiseaux d'or, ô future Vigueur...*

No pude evitar esbozar una sonrisa. Tenía la energía de los niños, y de sus labios brotaban frases en francés, y aunque no tuviera ningún sentido, la combinación de ambas cosas me resultó deliciosamente erótica.

—Vuelve a la cama.

—*Mais, vrai, j'ai trop pleuré! Les Aubes sont navrante...*

—Quiero volver a follar.

—Bueno, pues yo no. ¡Quiero gritar este poema!

La agarré de los tobillos e hice que cayera sobre la cama. Se rebeló contra mí, arañándome, peleando y riéndose conmigo, intentando bramar el poema al mismo tiempo que yo la atrapaba. Esa energía, extraña y casi demoníaca, no se disipaba ni siquiera cuando estaba dentro de ella: se revolcó de modo que quedó apoyada sobre mí, y no se detuvo a pesar de ver que yo estaba ya exhausto; al contrario, cabalgó sobre mi debilitado miembro, mientras me decía: —*Ô que ma quille éclate! Ô que j'aille à la mer!*— al tiempo que me clavaba ferozmente las uñas en el abdomen.

No era más que un ripio, por supuesto, pero había algo en la cadencia de esas palabras, en su ritmo simple, que vibró y retumbó sobremanera en mi sangre.

Pensé: no soy un administrador de una plantación. No soy un comerciante de café. Y desde luego, no soy un marido.

«Cuando todo esto haya acabado —me prometí a mí mismo—, volveré a escribir, volveré a descubrir a aquel súcubo salvaje y exultante que solía vivir en mí y escribía poesía».

—Tengo una idea. —Oí que decía la voz de Fikre.

—¿Mmm? —Me estaba quedando dormido.

Sentía caer sobre mis dientes algo duro, ligero y seco. Lo escupí y abrí los ojos. De su mano se deslizaban granos de café que iban a parar a mi boca.

Sonrió y ella misma comió el resto de los granos que tenía en la mano, cogiéndolos directamente de su palma y masticándolos con rápidos y fieros movimientos de sus dientes, cual si fuera un gato que mascaba huesos.

—¿Comes granos sin moler? —le pregunté.

Ella asintió.

—Están buenos.

De forma experimental, probé unos cuantos. Era verdad, estaban muy buenos: tenían el sabor del café en estado puro, aún sin diluir.

—Y ahora, levántese. —Hizo una pausa—. Mi idea. He decidido que tenemos que matar a Ibrahim. Es la única manera.

—¿Cómo vamos a hacer algo así?

—Tendrá que contratar a una banda de *bashibazuks*, los mercenarios. Lo matarán y después usted y yo podremos estar juntos.

—Desafortunadamente, tú estás hipotecada. Me lo dijo cuando estábamos en el desierto. En caso de que él muriera, los prestamistas te llevarían consigo para cubrir la deuda.

Pude ver un fogonazo en sus ojos.

—No sabe cómo le odio. —Se echó para atrás, tumbándose de nuevo en la cama —. Cuando todo esto termine, tendremos que encontrar la forma de evitar que el mundo siga este rumbo.

Solté un gruñido.

—Ahora mismo, ésa es la última de nuestras preocupaciones.

Alargó el brazo para acariciar mi rostro.

—Ahora que le tengo, ahora que tengo *esto*, quiero vivir. Para estar con usted.

—Pensaré en algo. —Le prometí.

Otra vez esa mentira reconfortante.

CUARENTA Y SIETE

«Cáustico»: causado por el amargor que sustituye al dulce en la modulación básica del sabor.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

En el silencio de la noche se oyó un grito.

Kiku supo inmediatamente que no se trataba del grito de alguien que ha pisado una serpiente o ha golpeado con la mano una azada para el maíz. Ni siquiera el grito de alguien que sentía dolor. Se trataba del grito de alguien que intenta desesperadamente, difícilmente, decirles a los demás que algo va muy mal.

Salió corriendo de su cabaña. Alaya se tambaleaba por el camino del campamento del hombre blanco, con una mano apoyada sobre su pecho y la otra apretándose la boca, como si intentara no ahogarse.

Juntas, Kiku y unas cuantas mujeres que oyeron el ruido, la acompañaron dentro de una de las cabañas y, poco a poco, contó la historia. Un hombre se le había acercado, pero ella no estaba interesada en él, sólo lo justo como para aceptar ir a su cabaña. Él le había dicho que tenía un regalo para ella y, en efecto, le había dado un collar. Sin embargo, ella no había querido darle lo que quería a cambio, así que le había pegado, la había tirado al suelo y había tomado lo que quería a la fuerza.

—¿Qué hombre era ése? —preguntó Kiku—. ¿Quién ha sido el que te ha hecho esto?

—Vanyata Ananthan —susurró Alaya.

Era el capataz de los tamiles. Aquello hacía que la situación fuera aún más complicada. Los trabajadores temían a los capataces mucho más de lo que temían a Massa Crannach o a Massa Wallis. Eran los capataces los que te asignaban un trabajo fácil como pasar la azada, o un trabajo difícil como mover un árbol caído; eran los capataces los que te golpeaban las piernas a escondidas con una vara si creían que no trabajabas lo suficiente; eran los capataces los que podían descontar dinero de tu sueldo si no hacías lo que querían.

Kiku sabía que si los aldeanos no actuaban juntos ahora, sus vidas se volverían insoportables. Entró en su cabaña y buscó su vara *siqqee*.

Todas las mujeres tenían un *siqqee*: te lo entregaba tu madre cuando dejabas de ser una niña. Estaba hecha de sicómoro, el árbol de la mujer, al igual que las varas de las demás mujeres. Simbolizaba que estaban todas conectadas.

Cuando Kiku asistía un parto, o hervía hierbas para tratar una fiebre, golpeaba la frente de su paciente con la vara para mostrar que no sólo utilizaba su propio conocimiento, sino también el poder del *siqqee*, a través del cual fluía todo el poder de las mujeres que habían ocupado su lugar antes que ella. Sólo sostenerlo daba

fuerza; no la fuerza de un hombre, que podía levantar rocas o luchar, sino la fuerza de una mujer, la fuerza para aguantar. No obstante, el regalo de esa fuerza conllevaba una responsabilidad. Si una mujer necesitaba ayuda en una emergencia, lo único que tenía que hacer era coger su vara, salir de su cabaña y gritar. Era una especie de alarma; todas las mujeres que lo oían debían dejar lo que estuvieran haciendo y unirse al grito.

Kiku se tocó la frente con la vara, reuniendo su fuerza.

Entonces, salió y gritó:

—*Intala Aayyaa dhageettee?* Hija de la mujer, ¿me oyes?

Durante un momento, se hizo el silencio. Entonces, desde una de las cabañas, llegó una voz de respuesta:

—*Oduun na gahee!* ¡Te he oído!

—¡Te he oído! —gritó otra voz.

Las mujeres venían corriendo desde todas las direcciones. Todas decían que habían oído el grito del *siqqee*. Se reunieron alrededor de Kiku y Alaya, mirando hacia fuera con las varas alzadas, cantando la misma pregunta:

—*Intala Aayyaa dhageettee? ¿Intala Aayyaa dhageettee?* —Hasta que todas las mujeres de la aldea estuvieron allí. Los hombres se reunieron a su alrededor, meneando las cabezas.

Se hizo el silencio mientras esperaban a que Kiku hablara. Ella reunió sus ideas: era importante que toda la aldea entendiera exactamente por qué aquello era importante.

—Se ha perdido el *saafu* —dijo—. Primero se profanó el bosque. Habéis oído a algunos hombres alrededor del fuego diciendo que eso es bueno, que el hombre blanco puede enseñarnos a controlar los árboles con sus hachas. Pero ¿cómo restablecerá eso el *saafu*? El *saafu* significa nuestra convivencia con el bosque, sin que ninguno de los dos tenga el control.

Parte de su audiencia asentía, pero, fuera de su círculo inmediato de mujeres, Kiku observaba que los hombres más jóvenes no estaban convencidos.

—Ahora, han atacado a mi hermana Alaya —prosiguió—. Hoy ha sido Alaya: mañana podrían ser vuestras esposas o hijas. Y es por eso por lo que debéis decirle al hombre blanco que no volveremos a trabajar para él. En lugar de enseñarnos sus malas costumbres, debe permitirnos que le enseñemos el *saafu*. Hasta entonces, las mujeres cruzarán el agua.

«Cruzar el agua» era lenguaje ritual. Significaba que las mujeres iban a retirarse de la vida de la aldea. No cuidarían a los niños, no cocinarían ni tendrían vida familiar, hasta que se restablecieran la paz y el orden.

Kiku se llevó a las mujeres dentro de la jungla. Cuando pasaban, Tahomen se levantó y dijo formalmente:

—Sin mujeres, el fuego se apagará. Nosotros, los hombres, haremos lo que haga falta para restablecer el *saafu*.

Volví de Harar y me encontré la plantación en estado de alboroto. Parecía que los trabajadores africanos habían convocado una especie de huelga. No había afectado a los tamiles, así que no era una verdadera amenaza para el buen funcionamiento de la granja, pero Hector deseaba restablecer el orden lo más rápido posible.

—Ese hombre no debería haber hecho lo que ha hecho, naturalmente, pero en realidad es bastante oportuno. Tenemos que mostrarle a esa gente que lo que importa es su obligación, no sus sentimientos.

Se organizó un tribunal. Trajeron un tamil avergonzado ante él y, con todos los aldeanos presentes, confesó rápidamente lo que había hecho. Por aquello, le multaron con diez rupias.

—Así pues —dijo Hector, mirando a todos los aldeanos—, el asunto está resuelto. Podéis volver al trabajo.

Incluso cuando lo tradujeron, los aldeanos no se movieron.

—¿Qué pasa ahora, Jimo? —exigió saber Hector.

Tras consultarlo, Jimo informó de que los aldeanos querían que la multa se les pagara a ellos, y no al tribunal.

—En absoluto —dijo Hector, meneando la cabeza—. La justicia no funciona así.

—Y quieren que expulse a ese hombre, señor —dijo Jimo suavemente.

—¿Qué? De ninguna manera. Ha pagado su multa. ¿No entienden que eso es todo?

No parecían entenderlo. Incluso cuando Hector despidió al tribunal enfadado, los aldeanos se negaron a volver al trabajo.

—Búscame a la chica —dijo Hector, impaciente. Finalmente, trajeron a Alaya ante él, y le ordenaron que estrechara la mano del tamil, para demostrar que no había rencor. La chica se quedó allí, con los ojos bajos, negándose a hacer tal cosa, y aunque el hombre le tomó la mano muerta y se la estrechó, los aldeanos presentes parecían estar más amotinados aún.

—Esto ha llegado demasiado lejos. —Hector se puso en pie y caminó dando zancadas hasta el círculo de aldeanos—. Se ha hecho justicia —dijo, levantando la voz—. Si no trabajáis, estaréis rompiendo vuestros contratos. —Tomó una azada y la puso bruscamente en la mano de la chica—. Toma, cógela. —Ella la tomó sin mirarla—. Ahora marchaos. De vuelta al trabajo.

Nadie se movió.

—Jimo. Golpéala. —Saltó Hector.

—¿Señor?

—Doce azotes con el látigo. Después, elige a uno de los hombres y dale los mismos.

Jimo le hizo una señal a dos de los tamiles, que se acercaron y sujetaron a Alaya, mientras él la golpeaba en los hombros y en la espalda. Ella chilló pero no hizo ningún intento de moverse. Cuando la soltaron, cayó sobre sus rodillas.

Los tamiles sacaron a uno de los hombres que estaban mirando y le arrastraron al

círculo por las muñecas, como si estuvieran convenciendo a un bailarín reluciente a que se uniera a la fiesta. Él también recibió una docena de azotes con el látigo. Entonces, cogieron a otro aldeano...

—Hector —dije, asqueado—. Por el amor de Dios, hombre. No puede golpearlos a todos.

—Por supuesto que puedo. —Se volvió hacia mí—. Robert, ésta es su plantación. Si no puede mantener la disciplina, ya puede marcharse a casa.

¿Cómo mantendrá el orden cuando me vaya, si no les muestra quién está al mando?

Jimo, intuyendo nuestro desacuerdo, alternaba la mirada entre uno y otro, esperando órdenes.

—¿Y bien, Robert? ¿Qué será? ¿Los golpeará? ¿O tiene una idea mejor? —exigió saber Hector.

Dudé. Sabía que Emily hubiera dicho que tenía una idea mejor: se hubiera tirado en medio del verdugo y la víctima si hubiera sido necesario. Pero ¿qué sabía yo sobre el trabajo de una plantación? Estaba claro que Hector pensaba que cualquier escrúpulo que pudiera tener yo no era más que aprensión. Y lo cierto era que yo confiaba en él para que me enseñara cómo se hacía.

—Muy bien —dije con gran pesar—. Si tiene que golpear a las desdichadas bestias, entonces golpéelas.

—Sigue, Jimo.

Jimo alzó el palo y lo dejó caer sobre la espalda del hombre, azotándolo con un rostro inexpresivo hasta que cumplió con la cantidad de golpes ordenada.

Cuando se acercó al siguiente hombre, el aldeano levantó las manos en un gesto de sometimiento y murmuró algo.

—Dice que trabajará, señor —informó el supervisor.

Hubo un jadeo audible entre los presentes: un sonido extraño, más horrorizado que enojado.

—Bien. —Hector se volvió a los aldeanos—. ¿Quién es el siguiente? Tú... ¿trabajarás? ¿Tú? ¿Y tú? Excelente.

No hubo más resistencia. Era como si los aldeanos estuvieran sorprendidos de descubrir que su débil insurrección no soportaría el decidido ataque de Hector. Casi lo sentía por ellos.

Pensé que, en dos semanas, estaría de vuelta en Harar. Era lo único en lo que podía pensar. Fikre.

Tras acabar con la huelga, Hector estableció algunos cambios. Se tiraron las cabañas redondas de los aldeanos, y la zona llana sobre la que antes se erigían se despejó como explanada para el secado. Instalaron a los aldeanos en largos edificios de madera como los de los tamiles, los hombres en una cabaña y las mujeres en otra; así pues, tal y como dijo Hector, ya no había indios y africanos, sólo trabajadores de la plantación.

Unos días después, encontré una pequeña figura de hierba en nuestra cabaña. Me recordaba a las muñecas de maíz que los trabajadores del campo solían fabricar en la época de la cosecha, cuando yo era niño. Sin embargo, aquella figura estaba atada con los cordones de los zapatos de Hector, y justo en medio del cuerpo, tenía clavada una diminuta estaca de madera, como la astilla rota de un látigo.

CUARENTA Y OCHO

Volví a Harar tan pronto como pude. Sin embargo, cuando Fikre acudió a la casa del comerciante, su cara estaba llena de temor.

—Bey está aquí —dijo tan pronto se deslizó por la puerta.

—¿Puedes quedarte?

—No. Es demasiado peligroso. Pero tenía que verte. Pretende venderme.

—¿Qué?

—Perdió dinero en su último envío. Ahora no puede permitirse pagar el café que ha comprado. Ha dicho que lo ha estado meditando mientras cruzaba el desierto: pensando y llorando. Estaba sollozando cuando me lo ha dicho; me ha dicho que me quería, que no soporta venderme, pero que no tiene otra opción.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que no me importa a quién pertenezco —dijo con desdén—. Una esclava es una esclava.

—No estoy seguro de que sea inteligente enojarle ahora, Fikre.

—Quiere fingir que no es un mal hombre. ¿Por qué debería darle tal satisfacción?

—Pero eso significa que te irás...

Ella emitió una risa sardónica.

—No, no significa eso.

—Pero lo hará.

—Escuche, Robert —dijo ella, como si se lo explicara a un niño—. Antes de venderme, me examinará una matrona. Cualquier comprador insistiría en ello.

Así que me descubrirán. Y entonces me matarán, a menos que yo misma pueda hacerlo antes.

—No te matarás a ti misma.

—Será mejor que la alternativa. Al menos seré libre de elegir el momento de mi muerte. Ahora debo marcharme. ¿Me da un beso?

—No vas a morir —dijo, tirando de ella y sujetándola—. Nadie va a morir.

Te prometo que pensaré en algo.

CUARENTA Y NUEVE

«Turbio»: un sabor poco definido, apagado y espeso.
Puede ser el resultado de una serie de granos que han sido removidos
excesivamente.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Hector camina en silencio a través de la jungla, con el rifle en alto. Bayanna, que va delante de él, levanta el brazo. Ambos hombres se detienen de repente y permanecen inmóviles.

—Ahí, *sah* —dice Bayanna en voz baja.

Hector mira algo detenidamente entre los árboles. Las franjas resultantes de la combinación de los resplandecientes rayos de sol y las profundas sombras se asemejan a la piel de un leopardo (tanto que es prácticamente imposible afirmar a ciencia cierta que haya algo ahí). Le parece haber detectado un ligero movimiento, pero también podría tratarse simplemente de una hoja balanceándose con el viento.

—Por aquí, *sah* —susurra Bayanna, avanzado en el silencio más absoluto.

Hector todavía no le ha contado a Wallis que, cada vez que el otro hombre hace sus expediciones a Harar, él va a la caza de un leopardo. La razón es muy simple: se puede imaginar perfectamente las burlas de Wallis en caso de que no lograra su objetivo. No: primero hay que disparar, y después extender la piel del animal frente a la entrada de su choza y aguardar la llegada de Wallis. Así es como se hacen las cosas; así es como las hace un hombre de verdad. Su magnífica cabeza y sus mandíbulas viciosas son la única observación necesaria.

—Oh, sí —dice despreocupadamente—. Yo también tengo derecho a hacer algo de deporte mientras esté aquí.

Detrás de ellos, se oye el ruido seco de una ramita al romperse. Kuma, el cocinero, camina al lado de Hector. Es el portador de la segunda pistola y de una caja de balas.

—Yo no creo que esté ahí, *sah* —dice, mientras mira fijamente el punto que ha señalado Bayanna.

—Silencio, Kuma.

—Sí, *sah*. Perdona, *sah*.

Ojalá no estuviera tan oscuro bajo este palio. Los tres hombres se aventuran a adentrarse un poco más en la jungla. Hay un pequeño riachuelo y un conjunto de rocas. Hector piensa que ése es el tipo de lugar que si fuera un leopardo elegiría para...

Se oye un ruido similar al que haría una enorme cadena en movimiento.

Una forma salta sobre ellos, encorvándose en el aire, arañándolos. Hector eleva el

arma a la altura de sus hombros y dispara una vez, con un movimiento suave adquirido a base de mucha práctica. El leopardo cae al suelo, retorciéndose.

Hector lo observa: es una bestia magnífica, y cuantas menos balas utilice, menos daños sufrirá su piel.

Finalmente, el animal da su último suspiro y muere.

—Por Dios —dice Hector, acercándose con cautela—. Es una pieza enorme.

—Siente una repentina oleada de excitación. La bestia está muerta, y es él quien la ha matado. Ya se puede burlar Wallis todo lo que quiera: esta victoria, al igual que el botín, son suyos, sólo suyos. Podría incluso...

Hay un último alarido, otro rugido, y otra cosa más en el aire. El segundo leopardo es más pequeño, pero también más fiero. Hector extiende su brazo para alcanzar la segunda pistola, pero Kuma ha dado un culatazo involuntario, y la mano de Hector no encuentra otra cosa sino aire cuando se encuentra frente al animal. La enorme quijada de la bestia termina en su pescuezo. Oye gritar a alguien. Bayanna golpea al animal con su bastón, y luego también lo hace Kuma, valiéndose de la base del rifle. En el mismo momento en el que el animal abre la boca, Hector consigue liberarse. El leopardo intenta alcanzarlo un par de veces más; la visión de Hector se va haciendo cada vez más borrosa, y disminuye hasta convertirse en un punto diminuto.

Cuando llego, lo encuentro en nuestra choza, vestido aún con la ropa de caza, mientras su sangre tiñe de rojo la cama. Kuma desenrolla las vendas, al tiempo que yo abro nuestro botiquín.

—Aquí, *sah* —me dice suavemente Kuma. Me vuelvo hacia él. Un lado de la cara de Hector parece haber sido abierta con un cuchillo filetero. Su mejilla izquierda estaba al descubierto de tal modo, que podría haber visto su dentadura a través de la herida sin el más mínimo esfuerzo: en el otro lado de la cara lucía tres profundas marcas de las garras del animal, que se extendían desde la oreja ensangrentada hasta el cuello. Su estado era verdaderamente lamentable, y con pocas esperanzas de recuperación.

Mientras estudiaba los daños causados por el animal, Hector abrió los ojos.

Uno de ellos estaba lleno de sangre.

—Oh, Robber. Es usted.

—Estoy aquí, Hector. Vamos a curarle e iremos a buscar a un médico.

Se rió entre dientes... o, más bien, lo intentó: lo único que salió de sus labios fue, en realidad, un largo resuello.

—¿Qué médico, hombre? El más cercano está en Adén.

—Pensaré en algo.

—Sí. —Cerró los ojos—. No deje que me devoren.

—¿Qué?

—Cuando muera. ¿Lo promete? Asegúrese de que... me incineran correctamente.

—Es algo prematuro hablar ahora de incineración —le dije—, porque no va a

morir.

Intentó esbozar una sonrisa.

—¿No?

—No.

—Es usted un estúpido chiquillo, Wallis.

—Hector, me parece increíble que incluso en su... —estuve a punto de decir «lecho de muerte», pero me detuve a tiempo— lecho de enfermo me siga insultando. Supongo que sabe que no es recomendable cabrear al cirujano antes de la operación.

—¿Cirujano, ha dicho?

—Eso parece —le contesté—, puesto que es probable que sea necesaria una intervención, y en ausencia de un físico de la calle Harley, el residente que ocupará su lugar es un tal doctor R. Wallis.

De sus labios se escapó un suave suspiro.

—Voy a arreglarle lo mejor que pueda. —Añadí—. Y después le llevaremos a Harar. Seguro que allí encontramos a alguien que pueda ayudarnos. —Me volví en dirección a Jimo, y le dije mostrándome más confiado de lo que realmente estaba—: Necesitaré agua hervida, Jimo, y las agujas e hilos encerados.

Introduje cuatro cucharadas repletas de clorodina en su garganta y me puse manos a la obra. Pronto se hizo patente que ni siquiera aquella potente mezcla de láudano, tintura de cannabis, cloroformo y alcohol podía evitarle al paciente las terribles sensaciones que le provocarían mis labores de aguja, por lo que tuve que servirme de Jimo y de Kuma para mantenerlo quieto; uno lo sujetaba por los hombros, el otro por los pies. Los espeluznantes gritos que Hector emitía no contribuían a que consiguiera la concentración requerida para la tarea que estaba a punto de realizar, y la tarea en sí no era nada de lo que quisiera presumir. Cuando di por finalizada la intervención, su cara se asemejaba a un par de pantalones mal zurcidos, con un sacacorchos andrajoso de hilo sujetando las mejillas; pero al menos estaba hecho.

No me avergüenza decir que, después, yo mismo me tomé un buen trago de clorodina. Caí inmediatamente en un sueño multicolor, en el que soñaba que estaba de nuevo en Limehouse, analizando café con Emily, Ada y la Rana. En mi sueño, Emily se volvía a Ada y decía:

—¿Cuál es el siguiente líquido que tenemos que catar?

A lo que su hermana respondía:

—Oh, sangre, creo.

Entonces, me servían tres diminutas tazas de oscuro líquido rojo, que cataba delicadamente con una cuchara. Apenas había mencionado los sabores que contenía (caldo de carne, cobre, vegetación), cuando Emily se volvía hacia mí, y decía en una voz que pertenecía a Ibrahim Bey:

—Sé que nunca me traicionará.

Aquella noche, Hector parecía estar un poco mejor, y consiguió tragar algo de un guiso que Kuma le metió entre los labios. Sin embargo, a la mañana siguiente tenía

fiebre. Le di el sudorífico de Diver y algunas gotas de Warburg, pero pronto empezó a sudar a chorros, y tenía la cara tan hinchada que estaba casi irreconocible.

—Kuma —dije—, trae a la curandera. Quizá ella pueda ayudar. Y que los chicos empiecen a fabricar una camilla.

La curandera trajo hierbas y cortezas con las que preparó una cataplasma.

Tras aplicarla a las heridas de Hector, procedió a cantar sobre él en una voz elevada, acompañada por los giros y movimientos de manos rituales. Una vez más, durante un rato, aquello pareció resultar eficaz: hacia la noche, Hector recuperó la consciencia. Sin embargo, ahora sólo podía abrir un ojo: el otro estaba demasiado hinchado en su cuenca.

—¿Robert?

—Estoy aquí.

—Plante las semillas.

—¿De qué habla, Hector?

—Las nuevas bayas... ¿las ha conseguido en Harar?

—Sí, las tengo. Pero no se esfuerce demasiado...

—Mantenga las plantas de semillero sombreadas con hojas de platanero. Y procure que estén desherbadas. No use a la cuadrilla roja para desmalezar, son unos cabrones holgazanes.

—Muy bien, Hector.

—Ha empezado bien. Llegará... llegará la civilización algún día, si sigue adelante. Eso es lo importante... la civilización. Nosotros no. Nosotros somos prescindibles.

Hubo un largo silencio que sólo rompieron los murmullos de la curandera y la dolorosa oscilación de la respiración de Hector.

—Dígale a Emily que lo siento.

—¿Emily?

—Sí. Cuídela, Wallis. Es una gran mujer.

—Por supuesto —dije, desconcertado.

—No deje que me coman.

—Nadie quiere comérselo, Hector. Con la posible excepción de ese maldito leopardo.

—Cuando haya muerto, quiero que quemé mi cuerpo. ¿Me lo promete?

—Vuelvo a decirle, Hector, que eso no va a suceder. —Me levanté y me acerqué a la puerta de la cabaña—. ¿Kuma? ¿Dónde demonios está esa camilla?

Nos marcharemos a Harar en cuanto Massa se recupere lo suficiente como para viajar.

Me volví de nuevo hacia la cama. La curandera estaba inclinada sobre la cabeza postrada de Hector, haciendo gestos, como si fingiera sacar una cuerda de su boca, mano tras mano. Cuando llegó al final de su cuerda imaginaria, pareció quitarse algo y lo lanzó al aire.

Hector suspiró.

—Gracias.

Una especie de escalofrío lo atravesó, casi se podía sentir la lucha del cuerpo por vivir, el terrible esfuerzo de la fuerza vital que se aferraba a toda costa. Una vez más, la curandera fingió la extracción y el lanzamiento. Esta vez, Hector sólo asintió débilmente y, entonces, con un súbito quejido violento, se quedó inmóvil.

Vinieron más mujeres de la aldea para preparar el cuerpo, mientras hacía que los hombres cavaran una tumba. Esperé en el exterior de la cabaña, tomando grandes tragos de clorodina de vez en cuando.

La curandera salió con las prendas manchadas de sangre de Hector. Asentí mirando al fuego.

—Quémalo.

Ella dudó; después sacó algo de uno de los bolsillos y me lo entregó. Era un pequeño fajo de papeles; parecían cartas atadas con una cinta muy vieja y ajada.

—Gracias. Pueden ser algo que haya que enviar a los suyos. —Tiré de la cinta, y revisé la primera carta. Por un instante pensé que debía de estar alucinando de nuevo. Reconocía la dirección del remitente. Era la casa de Pinker.

«Mi querido Hector...»

Le di la vuelta a la carta. Estaba firmada con «Te quiere, Emily».

Dudé... pero no durante mucho tiempo. Hector estaba muerto, y Emily estaba a miles de kilómetros. En aquellas circunstancias, los escrúpulos no parecían importar demasiado.

Mi querido Hector: ¡Para cuando recibas esta carta, supongo que estarás en Ceilán! Qué emocionante... no sabes lo celosa que estoy, y lo mucho que desearía estar contigo.

Cuatro años... parecen una eternidad... pero sé que lo lograrás, y tu plantación irá tan bien que seguro que mi padre olvidará sus pegas antes de que acabe tu tiempo allí. Y, mientras tanto, ¿me escribirás y me contarás todo lo que veas, para que pueda experimentarlo a través de tus ojos, y absorber cada momento junto a ti? ¡Cuánto deseo estar casada como Dios manda, para poder estar allí a tu lado, y no tener que vivir nuestra vida juntos a través de una pluma y un papel! Tengo un atlas, y todos los días calculo la distancia que debe de haber recorrido tu pequeño barco (mientras te escribo esto, estás dejando la costa de Zanzíbar), e intento imaginar lo que debes de estar viendo...

Había más... había mucho más, pero nada de ello importaba: todo estaba allí, en las primeras líneas. «Mi padre olvidará sus pegas...» Hector y Emily.

Comprometidos. Parecía impensable, pero la prueba estaba allí, delante de mis ojos. No sólo había amado una vez a Hector, sino que le había amado físicamente, sin

reservas, intensamente. Aquello era lo que se insinuaba en esas cartas de amor, sobre todo: la pasión con la que describía su aventura, el deseo con el que anhelaba su unión: qué distinto al tono amistoso pero comedido de sus cartas dirigidas a mí.

El año no figuraba en aquellas cartas, pero era posible adivinarlo. Hector se había marchado a Ceilán cuando Emily tenía dieciocho años. Leyendo un poco más entre líneas, había habido algún tipo de escándalo. «Quería ir a Southampton a despedirte, pero mi padre opina que cuanto menos nos vean juntos, mejor...»

Hojeé las cartas hasta que encontré lo que buscaba.

Si fuimos impetuosos, fue sólo por un exceso de afecto: nosotros no seremos los primeros, ni los últimos, en «anticiparnos» un poco... o, al menos, hubiera sido un poco, si mi padre no hubiera intervenido y convertido unas semanas en cuatro largos años...

Se había acostado con él. Dejando a un lado los eufemismos, la verdad de lo ocurrido estaba clara. La señorita Emily Pinker, educada al estilo moderno (Pinker debía de haber pensado que era demasiado moderno; o quizá se lo achacaba a la ausencia de la influencia tranquilizante de una madre), se entregó a aquel escocés severo y poco atractivo.

Algunas cosas habían empezado a cobrar sentido: la ocasión en que había comparado un café especialmente delicado con el aliento de una doncella... no me extrañaba que Pinker no le hubiera prestado atención; con razón se habían sonrojado sus mejillas. Y cuando él se dio cuenta de lo que quería de ella, había dicho que debían evitar, no un escándalo, sino *otro* escándalo. No lo pensé en aquel momento, pero él debía de ser consciente de que la reputación de Emily podría no sobrevivir a otro embate.

Me sumergí en las cartas. Poco a poco, se percibían los matices de tono. Por su parte, Emily no era tan efusiva ni infantil; la mayoría de las veces parecía responder a los comentarios o peticiones de la mitad de la correspondencia de Hector. Y entonces, por fin, después de más de un año, allí estaba:

No veo cómo puedes decir que me «liberas», puesto que nada me ata a ti más que el amor: un amor que había creído mutuo. Nunca consideré que tuvieras ninguna obligación o contrato, y espero que tú tampoco lo vieras así en mi caso. Sin embargo, si los atractivos del viaje y la aventura son realmente mucho más deliciosos que la familia y la vida doméstica, tal y como dices, entonces, naturalmente, no debemos casarnos. En ningún caso puedo concebir nada más repulsivo que estar casada con alguien que no lo deseara con todo su corazón o conmigo.

Resultaba extraño cómo todo había virado de repente, como una brújula cuando se toma una nueva dirección. No me había gustado Hector; no obstante, de alguna manera, se había convertido en mi amigo. Él había sido mi único compañero, el único hombre blanco en más de cien kilómetros a la redonda, y resultaba que apenas le conocía. A Emily la entendía aún menos; lo irónico era que sabía más sobre ella ahora, que estaba a casi cinco mil kilómetros, de lo que había sabido de ella en Londres.

Había una carta más, no tan descolorida.

Querido Hector: Apenas sé cómo responder a tu última carta. Por supuesto que me alegra saber que estás considerando asentarte, y me halaga que aún pienses en mí después de todo este tiempo, pero tengo que decir que, después de tanto tiempo separados, difícilmente puedo considerarte un posible marido. Si me permites ser franca, la forma como se produjo nuestra separación y los sentimientos que me expresaste en ese momento me provocaron no poca angustia, y si a partir de entonces intenté dejar de pensar en ti con el afecto que hasta ese momento había sentido, fue en gran parte porque tú mismo me indicaste que así lo hiciera. No obstante, no puedo impedirte que vengas a Inglaterra y, sin duda alguna, mi padre querrá invitarte a casa, así que intentemos ser amigos, al menos...

Estaba fechada el 7 de febrero. Ocho semanas antes de que empezara a trabajar conmigo en el catálogo. Tanto dolor y miseria, y yo lo ignoraba completamente.

Aquella noche, los tambores comenzaron a sonar en la aldea. Cuando fuimos a enterrar a Hector a la mañana siguiente, descubrí que le habían extirpado los ojos y los testículos, se los habían arrancado de la entrepierna y la cara, dejando enormes heridas sin sangre.

—Es por *ju-ju* —dijo Jimo, acongojado—. Cuerpo de hombre blanco mucha magia grande. —Imitó a alguien comiendo. Yo me tambaleé fuera y vomité: eran secas sacudidas que no producían nada, más que una terrible agonía en mi estómago. Posteriormente, cambié de opinión sobre el entierro e hice que llenaran la fosa con astillas para encender el fuego. Contemplé cómo la carne de Hector se marchitaba y ardía como un cerdo asado demasiado cocinado: la grasa que goteaba sobre las llamas las hacía chisporrotear y las volvía verdes.

Tenía la impresión de que algunos de los nativos observaban con una ligera expresión de pesar, como si les pareciera un terrible desperdicio. Después de aquello, entré en un adormilado estado de aturdimiento terrorífico. Además de la clorodina había otros medicamentos, e incluso el *whisky* de emergencia.

También probé el *khat* de Jimo. Tenía un sabor amargo y ligeramente astringente, similar a mascar hojas de lima. Al principio, pensé que no hacía nada pero, poco a poco, fui consciente de un ligero cosquilleo, como si me hubiera vuelto demasiado

grande para mi cuerpo y, de alguna manera, me estuviera evaporando por cada poro, como si fuera un gas. Mantuve aquel estado de intoxicación gaseosa durante alrededor de una semana, mascando un poco más cada vez que los efectos se desvanecían, antes de caer finalmente dormido y levantarme con un terrible dolor de cabeza.

Y entonces me di cuenta de que, en algún lugar de aquella neblina etérea provocada por las drogas, había tomado una decisión.

Querida Emily: Me temo que tengo noticias muy trágicas. El pobre Hector ha muerto. Lo atacó un leopardo, y aunque hice lo que pude para salvarle, las heridas se infectaron casi de la noche a la mañana.

Expresó el deseo de ser quemado, deseo que llevé a cabo inmediatamente después de su muerte. Mientras revisaba sus cosas, me encontré sus cartas que aquí le adjunto. Las he leído. Probablemente no hubiera debido hacerlo, pero ya está hecho. Teniendo en cuenta lo que revelan, no le sorprenderá saber que, después de todo, no tengo intención de casarme con usted. No obstante, he de dejar claro que esto era algo que había comenzado a considerar incluso antes de leer esta correspondencia. En pocas palabras, me he enamorado de otra persona.

Le deseo la mayor felicidad en su vida futura.

Suyo (iba a escribir «con cariño» pero, quizá, con el fin de ser precisos, será mejor que diga «cordialmente»),

Robert Wallis

Así pues, ya era libre.

CINCUENTA

«Astringente»: una sensación de sequedad en la boca, poco deseable en el café.

International Coffee Organization, *The Sensory Evaluation of Coffee*.

—Déjeme que me asegure de que lo he entendido bien —dijo Ibrahim Bey con el ceño fruncido—. ¿Desea comprarme a Fikre?

—Así es.

—Pero ¿por qué?

—Estoy enamorado de ella.

—No se puede amar a un esclavo, Robert. Es algo que he aprendido por amarga experiencia.

—No obstante, deseo comprarla —dijo obstinadamente.

—Robert, Robert... —Dio una palmada—. Háblémoslo con un café, e intentaré explicarle por qué se trata de una idea estúpida.

Estábamos en casa de Bey, en una habitación llena de alfombras y faroles con filigranas. Las salas de visitas de las casas de Harar estaban en la primera planta, para atrapar las brisas frescas que bajaban de las montañas hacia el final de la tarde. Unas vistosas cortinas estampadas proporcionaban privacidad desde la calle, aunque a veces se podía mirar hacia abajo y atisbar la mirada grosera de un camello, apenas unos metros más abajo.

Dije:

—Hablo muy en serio, Ibrahim. Y le aseguro que no cambiaré de idea. Pero claro que tomaré su café, si así lo desea.

Mulu nos trajo diminutas tazas de un arábigo espeso y fragante. La fragancia a madreSelva me recordaba a Fikre, al dulce sabor a café de su cuerpo.

Cerré los ojos. «Pronto serás mía».

—Entonces —dijo Bey, dejando su taza—, ¿tiene esta extraña idea algo que ver con la muerte del pobre Hector?

Negué con la cabeza.

—Pero si estuviera vivo, ¿lo hubiera prohibido?

—No era mi guardián.

—Usted se dedica al café, Robert. No a la esclavitud.

—Ésta no es una cuestión de negocios, Ibrahim. He oído que está pensando en vender. Yo quiero comprar. No hay más.

—Desafortunadamente, es cierto que me siento tentado a venderla.

Desearía que no fuera así. Pero ¿se da cuenta de que a usted le resultaría imposible venderla después? Aunque el emperador permite la compra de esclavos, nadie excepto un árabe puede venderlos.

—No importa. No tengo intención de venderla.

Me lanzó una mirada afligida.

—Su futuro suegro se enfurecería si tuviera noticia de esta conversación.

—El señor Pinker —dije con cuidado— nunca se enterará.

—Robert, Robert... Creo que ya le dije que tuve que hipotecar todo lo que tenía para comprarla. Fue un momento de locura del que me arrepiento profundamente. Si pudiera impedir que cometiera el mismo error, lo haría. —Hizo una pausa—. Y creo que, tal vez, no es consciente de lo costosa que es una chica como ésta.

—Diga el precio.

Dijo suavemente:

—Mil libras.

Me tambaleé.

—Debo admitir que no creía que fuera tanto.

—Le dije que era desmesurado. Desde luego, no intento sacar beneficio del trato. Mi conciencia, y nuestra amistad, me impiden hacerlo, al menos. Mil libras es lo que pagué.

—Pero ahora vale menos.

Frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

«No sospecha. Cálmate».

—Porque es mayor.

—Cierto. ¿Qué precio le parece justo?

«No vale nada. —Quería gritar—. Ya no está intacta».

—Ochocientas. Es todo lo que tengo.

Dijo con gravedad:

—Ya regateé por ella una vez, y lo he lamentado desde entonces. No voy a regatear ahora. Acepto su oferta, aunque salgo perdiendo con diferencia.

¿Quiere que la examinen?

—Por supuesto que no. Usted no es el único hombre de honor aquí.

—Por favor, Robert. No lo haga. Puedo llevarla a Arabia y venderla allí.

Tómese un par de días para reconsiderarlo...

—¿Acepta dólares austrohúngaros?

Asintió con un gesto de impotencia.

—Sí.

—Traeré el dinero mañana.

—Y yo daré instrucciones a mi abogado para que redacte los papeles necesarios. —Meneó la cabeza—. Me temo que cuando entre en razón, de alguna manera, me culpará a mí por esto. Y cuando llegue ese momento, ya no será mi amigo.

«He estado tirándomela a tus espaldas, gordo patán».

—Puedo asegurarle que soy muy consciente de lo que hago. —Extendí la mano.

Él seguía dudando.

—Dicen que cuando estrechas la mano de un inglés, no hay vuelta atrás en el trato.

—Así es.

Tomó mi mano entre las suyas.

—Entonces estrecharé su mano, Robert, pero le digo honestamente que lo hago apesadumbrado.

Ochocientas libras. Tal y como había dicho Bey, era abusivo. Implicaba no sólo emplear el anticipo que me había dado Pinker, sino también el dinero de los gastos para la plantación, y lo poco que había obtenido de mi propio comercio.

Era el dinero que, si las cosas hubieran sido distintas, me hubiera permitido casarme con Emily Pinker.

No obstante, aún me quedarían alrededor de cincuenta libras. No era mucho, pero las semillas de café estaban plantadas y pagadas; había suficiente para pagar a los aldeanos, y el resto de mis necesidades eran escasas. Una vez el cultivo creciera, podría pedir un préstamo contra su consiguiente venta.

Podríamos sobrevivir. Entonces, una vez tuviéramos algunos ingresos, podríamos marcharnos... no a Inglaterra, desde luego, sino a alguna otra parte de Europa: a Italia, tal vez, o al sur de Francia. Viviríamos fuera de la sociedad: artistas y rebeldes, libres de la crítica de la moralidad convencional.

El cofre de dinero era demasiado pesado para un solo hombre, así que fui al mercado a buscar a dos soldados que lo transportaran. Cogí mi pistola, por si hubiera ladrones, y juntos nos abrimos paso por el laberinto de calles oscuras.

La oscuridad nos envolvió como si se derramara sobre la ciudad desde una cafetera gigante. No obstante, cuando por fin llegamos, la casa de Bey estaba llena de luces, de diminutas velas dentro de faroles con filigranas que centelleaban como estrellas.

El abogado, un taciturno adari, esperaba en la sala de estar de la primera planta. Me hizo algunas preguntas para asegurarse de que entendía lo que estaba haciendo. Respondí pacientemente, a la vez que lanzaba miradas a la puerta para ver si Fikre se iba a unir a nosotros. Pero, naturalmente, Bey no quería arriesgarse a tener un numerito: hasta donde él sabía, ella acogía aquel acontecimiento con su furia habitual.

El abogado me entregó un documento en árabe.

—Ésta es su procedencia, un contrato de venta de la última casa que la vendió. ¿Quiere mostrárselo a su propio abogado?

—No es necesario.

Se encogió de hombros.

—Éste es un documento que certifica que era virgen cuando fue vendida. —Puso otro documento en árabe frente a mí—. Tengo entendido que no desea que la examinen.

—No es necesario. —Repetí.

—Muy bien. —Colocó un tercer documento sobre la mesa—. Tendrá que firmar esto, donde declara que la acepta tal como está.

Firmé. Esta vez también había una traducción en un inglés pobre pero comprensible. «Yo, el abajo firmante, por la presente acepto a la esclava conocida como Fikre, por la que pagaré...» Le eché un vistazo y lo firmé también.

—Y por fin, el contrato de venta. —El abogado miró a Bey—. ¿Contará el dinero?

—Robert no me engañaría —dijo Bey con firmeza.

Una vez más, firmé con mi nombre mientras que Bey firmaba el recibo.

—Es suya —me dijo el abogado. Dirigí la vista hacia la puerta, pero me estaba entregando la última hoja, un sencillo certificado con apenas unas líneas en árabe—. Esto lo confirma. Si alguna vez la libera, debe romper esto.

—Entiendo.

Aun así, no venía.

El abogado tomó una última taza de café. Era el mejor café de Bey, o eso me dijo el mercader. Yo era incapaz de saborear nada, sólo sentía un vivo deseo por Fikre que saturaba mis sentidos y se extendía por mis venas como si fuera miel.

Al fin, el abogado nos dejó.

—Robert —dijo Bey seriamente—, sabe que creo que lamentará este día.

Cuando llegue ese momento, quiero que recuerde que fue usted quien insistió en que se la vendiera, y no al revés.

—Lo entiendo.

Fikre entró por fin en la habitación, con expresión huraña. Mulu estaba detrás de ella, cargando con un saco de café.

—Le he dado algunas prendas y demás —explicó Bey—. Como esclava no puede tener nada, pero se las llevará con ella.

—Gracias. —Tomé el saco. Las lágrimas brotaban de los ojos de Mulu, pero no dijo nada mientras me lo entregaba.

Extendí mi mano hacia ella.

—Fikre... ¿vendrás conmigo?

—¿Tengo opción? —dijo furiosa.

—No.

Seguimos fingiendo hasta que llegamos a la primera esquina. Entonces no pude soportarlo más. La empujé contra un portal y la besé, recorrí su cintura con mis manos, busqué su cabeza y la presioné contra mis labios, devorándola.

Finalmente, nos separamos.

—Entonces, ahora soy tuya —dijo, sonriente.

—Exacto.

—¿Y ya sabes lo que vas a hacer conmigo?

—Bueno —dije—, sea lo que sea, creo que implicará bastante sexo.

CINCUENTA Y UNO

«Caramelo»: los catadores deben tener la precaución de no emplear este atributo para describir un toque a quemado.

International Coffee Organization, *The Sensory Evaluation of Coffee*.

Creo que no puedo escribir mucho sobre los días siguientes. Puedo describir el escurridizo aroma de un indio malabar; puedo encontrar las palabras para distinguir entre el café de Trinidad y el de Tanganica; puedo definir las sutiles variaciones entre las *distintas calidades de Java*. No obstante, de las docenas (veintenas) de revolcones que Fikre y yo disfrutamos en el periodo que siguió a mi compra a Bey, el sexo más extático de mi vida, apenas puedo recordar más de un par de detalles, ni mucho menos encontrar las palabras para describirlos. Y, sin embargo, todos fueron distintos, igual que los cafés lo son, o más aún, pues probamos todas las variantes posibles que dos cuerpos pueden permitir.

Lo que sí puedo recordar, pero aun así, desgraciadamente, no puedo describirlo con facilidad, es el sentimiento de deleite físico, la pícara intoxicación de un mundo reducido a una sola habitación, dos cuerpos y una cama, interrumpiendo el sexo únicamente con incursiones ocasionales al mercado para comprar comida. Incluso aquellas incursiones eran extraordinariamente poco frecuentes: cuando teníamos hambre, sencillamente masticábamos puñados de granos de nuestro colchón improvisado y, reanimados, volvíamos a proporcionarnos placer mutuamente. O, en ocasiones, salíamos al mercado, pensando que estábamos hambrientos, y volvíamos con enormes ramos de flores, como si pudiéramos vivir sin nada más sólido que su fragancia embriagadora, café y la carne del otro.

La unión entre sus piernas era el altar ante el que me arrodillaba, la copa de la que comulgaba. Yo era Alí Babá, susurrando «Ábrete, Sésamo» a la cueva, mientras desenrollaba mi lengua como la zapatilla de un califa. Era un colibrí, deslizándose mi pico en el cáliz lleno de rocío. Y a cambio, ella se arrodillaba ante mí, adorándome con su boca, y sus ojos fijos en los míos, incluso cuando derramaba mi semilla en sus labios y sus mejillas, engalanando sus perfectos hombros negros con perlas opalescentes de semen. Aquellas perlas también sabían a café, según me dijo mientras las lamía de sus dedos; condimentadas por los granos que constituían nuestra adicción y nuestra constante dieta.

No tenía vergüenza alguna y, amándola, yo también me volví descarado.

No había nada que no quisiera probar, ningún punto en el que ella dijera «basta». Si estaba demasiado dolorida, me pedía que comprara opio en el mercado: lo fumábamos al estilo árabe, en un *narguile* burbujeante. Entre el *khat*, el café, el opio y el sexo, los días pasaban en una escena borrosa de sensaciones.

Según había escrito el esteta Walter Pater: «Quemarse con esa llama fuerte, similar a una piedra preciosa, es el éxito en la vida». Yo lo sabía con certeza: había vivido más intensamente en aquella habitación de lo que nunca lo había hecho antes, o lo haría en adelante.

En ocasiones, cuando dormía, me despertaba a medias para encontrarla jugando con mis testículos, balanceándolos entre sus dedos, observándolos fascinada. Los rodeaba con su palma, los pinchaba con las puntas de los dedos... Una vez le pregunté qué era lo que le fascinaba tanto de ellos. Dijo en una voz que sonaba casi cautivada:

—Porque son el centro de todo. Sin esto no hay nada. —No entendí a qué se refería, y tampoco lo intenté; en ocasiones tendía al misticismo. En cualquier caso, el estímulo de sus dedos me había excitado, y pronto estuve listo para deslizarme dentro de ella una vez más.

Y entonces, por fin, el banquete de nuestros sentidos llegó al último plato.

Estábamos saciados, y aunque aún follábamos a la menor oportunidad, era como rellenar la copa de vino cuando aún está casi llena; no necesitas apurar cada gota. Nuestras mentes comenzaron por fin a mirar hacia el futuro.

—¿Qué quieres hacer?

—Tendré que volver a la plantación. Hay que trasplantar las plantas de semillero. No es justo dejar que Jimo se ocupe de todo solo, y he desatendido el lugar.

—¿Puedo ir contigo?

—Te lo advierto, es bastante duro. No hay ninguna comodidad femenina.

—Puedo vivir sin ellas.

—Entonces, ven.

—¿Robert...? —preguntó.

—¿Sí?

—¿Tienes planes para mí?

Señalé la cama.

—Hasta aquí llegaba mi planificación.

—Me refiero a mi... estatus.

Me reí.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? ¿Vestido blanco, iglesia y todas las ceremonias burguesas?

Negó con la cabeza.

—No quiero casarme. Quiero ser libre.

—Somos libres.

Me lanzó una intensa mirada.

—Robert, lo que he hecho contigo... lo hago voluntariamente, no porque tengas un pedazo de papel.

Sabía que esperaba que dijera que rompería los papeles. ¿Por qué no lo hice? Hubiera probado mi amor. Y, sin embargo, había algo que me lo impedía.

Después de todo, se trataba de un gesto irrevocable. Y en lo más profundo de mi ser, creo que aún necesitaba sentir que tenía aquel poder sobre ella, como si el amor y la propiedad estuvieran unidas de alguna manera.

Lo convertí en un chiste.

—Pero tengo toda la intención de venderte en cuanto encuentre a alguien mejor. —Creo que dije, o quizá fuera algo aún más burdo, no lo recuerdo. Fuera lo que fuera, creí ver algo que se endurecía durante un instante detrás de sus ojos. Entonces, asintió dócilmente con la cabeza, y dejamos el asunto.

Sólo lo volvió a mencionar otra vez. Estábamos en la cama, con nuestros cuerpos pivotando juntos en el lento y sencillo baile de los amantes que no tienen prisa. Una mariposa agitaba sus alas al sol.

Susurraba «sí» y «ahora», y entonces, de repente, tomó mi cabeza entre sus manos y dijo con fiereza:

—Si me devuelves la libertad, me entregaré de nuevo a ti. Entera. Seré completamente tuya.

Gemí y dije:

—Te quiero.

Que no es lo mismo, como verá.

Un par de días antes de marcharnos a la plantación volvimos del mercado y nos encontramos con Mulu sentado en la puerta de entrada. Fikre le abrazó tan contenta que pasó bastante tiempo antes de que pudiera entregarme la carta de Bey.

Mi querido Robert:

Mulu sufre sin Fikre, y no tengo trabajo para él aquí, así que me he tomado la libertad de enviárselo. No necesita pago, sólo comida y alojamiento. Verá que es un buen siervo, siempre que se le permita atender las necesidades de Fikre así como las suyas. Si no lo quiere, envíemelo de vuelta. Si se lo queda, no tiene que pagármelo (a diferencia de Fikre, vale muy poco, aunque lamentaré no tenerlo).

Su amigo, Ibrahim

No había ninguna posibilidad de devolverlo. Fikre estaba encantada de verle, y él rebosaba de alegría al verla. Supongo que, en ocasiones, se sentía sola, privada de compañía femenina. Sin embargo, yo no estaba acostumbrado a tener un eunuco cerca: a decir verdad, me incomodaba la forma en la que estaban juntos, casi como si fueran dos chicas, parloteando en una lengua que no podía entender. A veces, él la ayudaba a vestirse o a bañarse, y aquello también me resultaba extraño: se trataba de una intimidad más parecida a la de una dama y su criada que a la que hay entre un hombre y una mujer.

Una vez que me levanté para mear, me encontré a Mulu ocupado en la misma tarea. Se volvió un poco y atisbé las terribles cicatrices de su mutilación: brillantes

zigzags de carne torturada, rosas sobre la piel negra. En cuanto a todo lo demás, tenía los genitales de un niño.

Dio un grito de vergüenza y se alejó a esconderse. No dije nada, ¿qué podía decir? Era horrible, espantoso, pero no había nada que yo pudiera hacer.

CINCUENTA Y DOS

«Acre»: un sabor quemado, ácido, amargo, tal vez irritante.

MICHAEL SIVETZ, *Coffee Technology*.

El correo desde Harar es lento, y pasan varias semanas hasta que llega la carta de Robert, llena de matasellos de numerosos países. Es la Rana quien la trae, corriendo por el pasillo para entregar su premio a las manos de Emily.

—¿Puedo leerla, por favor? —Suplica—. ¿Por favor?

—Ni siquiera yo la he leído aún. Además, las cartas que Robert me escribe a mí son privadas.

—¿Puedo quedarme con el sello y el sobre, por favor? ¿Y puedes leerme las partes que no son privadas, por favor? —dice la Rana, esperanzada—. Mira, hay algo dentro. ¿Te ha enviado un regalo?

Emily no responde. Ha abierto la carta, que es más bien un paquete, dado que contiene sus viejas cartas a Hector. Durante un instante, no lo entiende; entonces se queda blanca. Echa un vistazo a la nota.

—¿Qué es? —Exige saber la Rana—. ¿Va todo bien?

—No, no va bien —dice Emily. Se pone de pie—. Será mejor que busque a mi padre. Tengo muy malas noticias sobre Hector. Y Robert... Robert ha... —Las palabras le fallan, y la Rana tiene el extraordinario privilegio de ver a su hermana mayor, su competente, eficaz y todopoderosa hermana mayor, echándose a llorar.

Un rato después, Pinker sale de su estudio y se encuentra a la Rana esperando.

—Philomena —dice, sentándose junto a ella—, me temo que tu hermana ha sufrido una conmoción.

—Lo sé. Robert la ha plantado.

—Yo... —Le lanza una mirada—. ¿Cómo lo sabes?

—Le he preguntado a Ada por qué lloraba Emily, y me lo ha dicho.

—Entiendo. Bueno, ahora debes ser especialmente buena con Emily. Por ejemplo, quizá no sería apropiado emplear la palabra «plantar». Sencillamente, han decidido que sus futuros llevan caminos separados.

—Pero si no la ha plantado, ¿por qué llora?

—La otra mala noticia —continúa— es que Hector se puso muy enfermo en la jungla. Desafortunadamente, ha fallecido.

—¿Lo han enterrado?

—Sí, lo han enterrado.

—¿No se lo han comido los caníbales?

—No. Hubo un breve y solemne funeral, con un ataúd y un sermón, y todos los nativos rezando.

La Rana lo medita.

—Probablemente haya llegado al cielo más rápido desde África de lo que lo hubiera hecho desde aquí. Porque África está en el medio.

—Exacto. —Pinker se pone de pie.

—¿Con quién se casará Emily ahora, si no se va a casar con Robert?

—Bueno, a su debido tiempo, encontrará a otra persona que le guste, y se casará con esa persona.

Algo golpea de repente a la Rana, un pensamiento tan atroz que la obliga a abrir sus ojos saltones de rana tanto como le es posible.

—Aun así, Robert seguirá escribiéndome *a mí*, ¿verdad? —dice con preocupación.

—Dudo mucho que lo haga —dice su padre, meneando la cabeza. Entonces, para su sorpresa, se encuentra con que ya no es una de sus hijas la que llora, sino dos.

CINCUENTA Y TRES

Encontramos la plantación en mal estado. Aunque llegamos a media mañana, no había ningún trabajador a la vista. La excavación de los hoyos para plantar, que avanzaba a un ritmo de unos cinco metros al día antes de marcharme, parecía haberse ralentizado a menos de una décima parte, y aunque Hector y yo habíamos marcado con cinta las líneas que las cuadrillas debían seguir, los nuevos hoyos estaban desperdigados por la ladera como si los hubiera excavado un topo gigante. Sin la disciplina de hierro de Hector, parecía que era imposible que aquello funcionara. Pero lo peor de todo estaba en los macizos del vivero. Las hojas de las nuevas plantas de semillero estaban decoloradas con unos tenues círculos de color óxido, parecidos a las manchas que se encuentran en las páginas de los libros viejos.

Era alguna especie de hongo. No podía entenderlo. Hector y yo habíamos examinado cuidadosamente todos los arbustos silvestres de café del bosque cercano, y ninguno de ellos había mostrado señales de mala salud. Sentí una repentina punzada de pesar... Hector hubiera sabido qué hacer. En su lugar, acudí a las páginas de Lester Arnold, que aconsejaba lavar las plantas afectadas con una solución de jabón y café fuerte.

Cuando resultó evidente que las plantas de semillero iban a morir de todas formas, tuvimos que decidir qué hacer a continuación. Había dinero para comprar otra cosecha de semillas, pero sólo una: después de eso, no podríamos pagar a los empleados.

Se lo expliqué todo a Fikre una noche, mientras cenábamos.

—Estás preocupado —dijo.

—Claro que estoy preocupado. Si el próximo lote muere, no habrá más: sencillamente, no hay más dinero —dije con más fuerza de la que pretendía: la preocupación me causaba estrés.

Se quedó callada durante un instante.

—¿Me culpas a mí?

—Por supuesto que no.

—Pero si no me hubieras comprado, habría más dinero.

—No tiene sentido pensar en eso. Lo hecho, hecho está.

No era lo más diplomático que hubiera podido decir.

—Entonces, te arrepientes —insistió.

—Fikre, ¿puedes ceñirte al asunto? Tengo que decidir qué hacer.

Por un instante, sus ojos centellearon de nuevo. Entonces, pareció controlarse.

—¿Se te ha ocurrido cultivar café igual que los nativos?

—Los nativos no cultivan café. Simplemente recogen las bayas que crecen salvajes en el bosque.

—Exacto. Tal vez no necesites todo esto. —Su brazo abarcó las laderas despejadas, el vivero y las hileras de hoyos para plantar—. Podrías convertir a tus excavadores en forrajeros. Podrían traerte el café silvestre, y entonces podrías pagarles y sacarlo al mercado para obtener beneficio.

—No es lo que Lester Arnold dice.

—Lester Arnold no está aquí.

—Tal vez no, pero su libro es la única orientación que tengo. No puedo ignorar sus métodos comerciales demostrados... por café que ha crecido salvaje de cualquier manera en la jungla —suspiré—. Hay otra cosa que podría intentar. Hay un hombre blanco, un comerciante de marfil, establecido en Zeilah. Se llama Hammond. Me dijo que si alguna vez necesitaba ayuda, me pusiera en contacto con él.

—Pero ¿cómo puede ayudarte ese comerciante?

—El emperador necesita armas, todo el mundo lo dice. Está comprando todos los rifles medio decentes que llegan a Harar. Los hombres blancos, hombres como Hammond, pueden hacer que los envíen desde Adén. Con el beneficio que sacaría de eso, podría volver a poner la granja en marcha.

—¿Qué hará el emperador con esas armas?

—Hector cree, creía, que quiere expandir su territorio hacia el interior.

—Para emplearlas contra los nativos, en otras palabras.

—Mientras que sólo masacre a los negros, no es asunto nuestro.

Me lanzó una mirada. Durante un instante, había olvidado el color de su piel.

—Ya sabes a qué me refiero —dije, impaciente.

—Es un negocio peligroso.

—No creo que tenga más opción. En cualquier caso, lo consultaré con la almohada.

—Entiendo. —Se apartó—. Hazme saber tu decisión.

—Lo haré. Después de todo, también te afecta a ti.

Estimado Hammond:

Le escribo para pedirle un favor. Me dijo que podría interesarle hacer negocios conmigo. Si aún es así, ¿puede conseguirme tantas Remington último modelo que pueda comprar el crédito de un inglés y enviarlas a Harar? Si alguien pregunta, diga que las cajas contienen herramientas para la plantación. Por motivos en los que no entraré, necesito una fuente urgente de ingresos, y hay un mercado muy receptivo a ese tipo de mercancía en la actualidad.

Le adjunto veinte dólares austrohúngaros como anticipo.

Un saludo, Wallis

Envié la carta a través de un representante que pasaba de camino a la costa, aunque sabía que llevaría semanas o incluso meses recibir respuesta.

Mientras tanto, yo estaba ocupado, demasiado ocupado. Era como si la plantación estuviera gafada. Las plantas de semillero que no estaban afectadas habían sido atacadas por las hormigas negras. Un jabalí verrugoso entró en los macizos del vivero y causó estragos. Los trabajadores se volvieron cada vez más agresivos. Las garrapatas plagaron mis pies, y hubo que sacarlas con la punta de una aguja. La oxida enfermedad se extendió entre las plantas que quedaban, sin terminar de exterminarlas, pero impidiendo que crecieran con fuerza.

Replanté las plantas de semillero afectadas en arriates más espaciosos, volví a excavar el vivero con tierra fresca y planté nuevas semillas donde habían muerto las anteriores. Algunos días me dormía sin ni siquiera sacarme las botas, lo que al menos impedía que las garrapatas me atacaran.

Y aun así, aun así... Cada noche, cuando oscurecía (aquéllas ridículamente tempranas noches ecuatoriales, con la negrura que caía como una manta sobre la jungla), los martín pescadores y los loros aparecían fugaces desde y hacia el crepúsculo, los colobos se colgaban sin esfuerzo entre los árboles elevados y las luciérnagas revoloteaban en la oscuridad como si fueran mágicas. Fikre y yo cenábamos juntos, con la lámpara siseante como nuestra única acompañante.

No era difícil sentir satisfacción en esos momentos. Fuera lo que fuera lo que había imaginado que acabaría haciendo cuando me expulsaron de Oxford, nunca, ni en mis sueños más disparatados, hubiera imaginado que acabaría haciendo nada parecido.

CINCUENTA Y CUATRO

Si el dolor fuera un café, en ocasiones Emily creía que sería capaz de enumerar sus numerosos componentes. El corazón roto, naturalmente, pero el corazón roto es sólo uno de los elementos que está sintiendo ahora.

Está la humillación: saber que por segunda vez en su vida había hecho el ridículo. Su padre y Ada la quieren demasiado para decirle «Te lo dije», pero se lo habían dicho, y ella los había ignorado: ahora resultaba que habían tenido razón en cuanto a Robert desde el principio. Fracaso: se siente estúpida, inútil, incompetente. ¿Cómo puede esperar cambiar el mundo, si ni siquiera puede elegir marido? Enfado: ¿cómo se atrevía a traicionarla así, con unas cuantas líneas superficiales, como si estuviera cancelando la suscripción a un periódico? No obstante, se da cuenta de que la elegante y helada brevedad de la nota era parte del mensaje. Soledad: le echa de menos, daría lo que fuera para recuperarle. Recuerda las tardes que pasaban catando cafés en el despacho de su padre, los descriptores que rebotaban entre ellos como frases musicales, un dueto, un lenguaje privado y sensual que transmitía mucho más que el sabor del café... Y después había una emoción para la que no había una palabra, o ninguna que a ella se le ocurriera: la terrible y desgarradora amputación de un deseo físico que ahora jamás se expresará. Se siente como una solterona deforme, raquítica y grotesca... «Maldito seas, Robert Wallis», piensa para sí misma mientras recoge peticiones de sufragio. «Maldito seas», piensa mientras redacta las actas de las reuniones del distrito electoral de Arthur. «Maldito seas», piensa, cuando se despierta por la noche y recuerda de repente lo que ha ocurrido, porque sus ojos están irritados y su nariz inflamada, y espera a que vuelvan las lágrimas, tan inevitables como un ataque de fiebre.

CINCUENTA Y CINCO

«Sinuoso»: un café con características dudosas en cuanto a su fiabilidad.

J. ARON Co., *Coffee Trading Handbook*.

—Tengo que ir a Harar —le dije a Fikre—. Tengo que sustituir esas semillas.

—Por supuesto. ¿Quieres que vaya contigo?

Dudé.

—¿Podrías soportar quedarte aquí? Los chicos trabajarán mejor si hay alguien que los vigile.

—Naturalmente. Hay otras cosas que podrías comprar para la casa. Puedo hacerte una lista.

—Eso sería magnífico. —La miré—. ¿Sabes que te quiero?

—Sí, lo sé. Vuelve pronto.

Mi negocio en Harar concluyó con rapidez, así que se me ocurrió visitar a Bey y ver si había sabido algo de Hammond.

Había algo distinto en su casa. Las lámparas de filigrana que habían colgado del balcón habían desaparecido, así sin más. Golpeé la puerta. Me abrió un hombre al que no reconocí.

—¿Cómo puedo ayudarle? —preguntó en francés.

—Busco a Ibrahim Bey.

Me sonrió amargamente.

—Igual que todos los demás. Bey se ha marchado.

—¿Se ha marchado? ¿Adónde?

El hombre se encogió de hombros.

—A Arabia, tal vez. Se marchó repentinamente, para evitar a sus acreedores.

No tenía sentido.

—¿Está seguro?

Rió forzosamente.

—Desde luego... yo era uno de ellos. Yo fui afortunado: tenía esta casa como garantía. El muy sinvergüenza llevaba tiempo planeándolo... no queda nada que vender.

De repente se me ocurrió algo: algo tan terrible que ni siquiera podía considerarlo.

—¿No leerá árabe por casualidad? —dije lentamente.

Asintió.

—Sí, un poco.

—¿Puedo mostrarle unos documentos?

—Si lo desea...

Volví a casa del mercader francés y encontré los papeles que había firmado cuando compré a Fikre. Volviendo sobre mis pasos a través de las calles, volví a tocar la puerta ornamentada y tallada de la casa donde había vivido Bey.

El hombre extendió los papeles junto a la ventana y los revisó.

—Es una escritura de venta —dijo.

Gracias a Dios...

—Es el recibo de diez cajones de los mejores pistachos de El Cairo. Y esto —golpeó otro documento— es un contrato de carga de una remesa de café. Esto —levantó el certificado de propiedad— es una carta. Más bien una nota. Parece dirigida a usted.

«Si alguna vez la libera, debe romper esto...»

—¿Está bien? —preguntó atentamente—. Tal vez desee un poco de café —dijo algunas palabras en adari, y entró un sirviente con una cafetera.

—No. Por favor... ¿qué dice?

Dice: «Amigo mío, no nos juzgue con demasiada dureza. Es sorprendentemente difícil seguir haciendo dinero con el café, y mis deudas han ido aumentando durante años. Cuando esté menos enfadado, espero que recuerde que pagó sólo lo que quería. En cuanto a la chica, perdónela. Está enamorada, y era la única manera».

No lo entendía. ¿Qué significaba? ¿Qué manera era la única manera? ¿Por qué tenía que perdonar a Fikre? ¿Cómo sabía que estaba enamorada de mí?

A menos que...

Algo más revoloteó en mi mente, una serie de recuerdos separados que de repente se unieron y crearon un patrón coherente.

«No engañaría a un médico, pero podría engañar a un hombre lleno de deseo, un hombre que creyera lo que quisiese creer».

Tenía que volver a la granja.

Era imposible acelerar aquel viaje: la jungla te agarraba, trataba de cogerte los pies y los enredaba con las vides, te alcanzaba con ramas y hojas, colocaba su mano en tu pecho y decía *espera*; minaba tu fuerza y agotaba tu voluntad.

Además, ya sabía lo que encontraría.

Fikre se habría marchado. Mulu se habría marchado. Una nota ondearía sobre la cama del campamento. «No intentes encontrarnos».

Y después, en un giro distinto de los acontecimientos, como si hubiera vuelto en el último momento, incapaz de marcharse sin su última y apresurada explicación: «Él es el único hombre al que he amado».

No intentaré describir cómo me sentía. Tal vez pueda imaginárselo. No era sólo desesperación, sino dolor: un horror total, aplastante y asfixiante, como si todo el mundo se hubiera desmoronado sobre mí. Como si lo hubiera perdido todo.

Pero claro, como entenderá, así era efectivamente.

Al final, son los cuentos que nos contamos a nosotros mismos los peligrosos, los que nos matan, nos salvan o nos dejan perdidos en medio de la jungla, a casi cinco

mil kilómetros de casa.

Debían de haberlo planeado mucho antes de conocerme. Quizá eso era lo que hacían cuando Hector y yo nos veíamos obligados a quedarnos en Zeilah: revisando los detalles, corrigiendo los matices, perfeccionando todo el paquete (el señuelo) y haciéndolo tan *delicioso* que no podía más que tragármelo.

¿Habían preparado el cebo especialmente para mí? Desde luego, la llegada de un inglés debía de haberlos impulsado. Y qué inglés: joven, ingenuo, impetuoso, ajeno a todo excepto la inocencia que rugía en sus venas...

Se contaban cuentos en el desierto. Redes enjovadas hiladas para atrapar una mosca confiada. Quizá algunas de ellas eran ciertas. Por ejemplo, creo que tal vez Fikre había sido criada en un harén, tal y como ella describía... ¿cómo, si no, se explicaban sus lenguas, su educación? Supongo que era poco probable que fuera virgen cuando nos conocimos: desde luego, sabía actuar bien en la cama. Ésa debía de ser la razón por la que necesitaba seducirme, naturalmente: para que renunciara a mi derecho a que la examinaran.

Pero había un hecho indiscutible: que todos ellos necesitaban dinero. Bey para pagar sus deudas, Fikre y Mulu para iniciar una nueva vida juntos. Y yo tenía dinero, una caja fuerte llena de dinero. Había pagado por sexo antes, aquello era evidente para ellos, pero el tipo de cantidades que un hombre pagaría por eso era irrisorio en comparación con lo que querían.

Sabían que el verdadero premio era conseguir que yo pagara por amor.

No podía saber exactamente cómo se había desarrollado la historia. No obstante, podía empezar a hilar posibilidades, probabilidades; a construir distintas versiones de acontecimientos y cruzarlas en busca de autenticidad, de la misma manera que un hombre podría hacer chocar dos monedas y escuchar el repique que dice que una es falsa y la otra es auténtica...

Y así, laboriosamente, yo mismo comencé a crear historias.

Comenzó en el harén, en algún lugar de los confines del Imperio otomano.

Una venta de esclavos. Un joven mercader al que no le correspondía estar allí, entre aquellos ricos cortesanos. Y un juego de ajedrez: un juego que el mercader perdió ante la esclava, llena de furia y resentimiento.

Debía de haberse percatado de lo lista que era, lo ágil que era su inteligencia incluso bajo presión. Y ambos habrían visto al joven y rico cortesano que debía ser su destino.

¿De quién había sido la idea? De Fikre, supongo. Después de todo, no tenía nada que perder. Tal vez se lo había murmurado mientras le ganaba.

«Si me ayuda, le ayudaré».

«¿Qué quieres?»

«Ser libre».

«¿Cómo podría ayudarte?»

«Cómpreme».

«¿Con qué? Su puja superará fácilmente la mía».

«Cueste lo que cueste, me aseguraré de que saque provecho del trato».

Ella le habría mirado entonces: no suplicando, sino con esa mirada llana que había llegado a conocer tan bien. Pero ella aún no sabía que iba a funcionar, al menos hasta que Bey entró en la puja en el último minuto, agitando los brazos con excitación, como un hombre poseído por un encaprichamiento repentino.

Y después los años de planificación. Mulu, supongo, se les unió más tarde, aunque es posible que viniera de la misma casa, vendido dentro del lote cuando se despachaba a las chicas.

El amor sin besos, no es amor.

Una lanza sin sangre, no es una lanza...

Mulu y Fikre. Se amaban intensamente, ahora lo veía. ¿Cómo podía haberlo pasado por alto? Era el tipo de amor entre un hombre y una mujer que yo, en mi ignorancia, ni siquiera había considerado. Un amor que nada tenía que ver con el sexo.

Y aun así, y aun así... Supongo que Bey había prometido su libertad a sus esclavos si podían hacer que me desprendiera del dinero. Por supuesto, aquello no explicaba aquellas semanas en las que ella y yo habíamos follado sin parar, cuando me despertaba con el toque de su mano, haciendo girar mis testículos en sus dedos ahuecados... Si era Mulu a quien amaba, ¿por qué se entregó a mí tan entusiasmada?

«Él es el único hombre al que he amado de verdad...»

Pero Mulu no era un hombre, ¿o sí? No lo era en ningún sentido. Entonces, quizá, sólo quería saber cómo era el amor en realidad, o más bien el *sexo*, antes de comprometerse a una vida sin él. Tal vez, incluso esperaba que funcionara (nosotros tres: amo, esclava y siervo) dar su cuerpo a uno y su corazón a otro, viviendo todos juntos bajo un techo; hasta que yo, en mi torpeza, con mi negativa a escucharla, le había hecho darse cuenta de que una mezcla tan poco convencional era imposible.

O quizá (mis pensamientos se aceleraban, buscaban otra explicación, querían rechazarla pero no podían), quizá no sólo quería sexo.

Había otra cosa que un eunuco no podía proporcionar.

Recordaba sus palabras mientras miraba mis testículos fascinada, ahuecados entre sus dedos. «Sin esto, no hay nada».

Por eso me follaba tan insaciablemente.

Esperaba un niño.

Nunca me había retirado de ella. Era otra de las maneras en las que había estado ciego respecto al futuro. No obstante, sólo había que leer a Darwin para recordar que todo esto, la lujuria que me había empujado ciegamente de un desastre a otro, era, en última instancia, una expresión del mismo poder que hacía que los arbustos de café explotaran al florecer.

Qué imbécil había sido.

No sólo había caído en su trampa; la había abrazado, atando sus hilos a mi alrededor con un grito de alegría. El deseo me había cegado, me había encadenado; me había dirigido, como si tuviera una cadena atada alrededor de mi pene, por el camino de las calaveras a Harar, y a esto.

Dios no es un relojero. Dios es un chulo.

CINCUENTA Y SEIS

«Suave»: se caracteriza por una ausencia de cualquier sabor predominante en ninguna parte de la lengua, excepto por una sutil sequedad.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Arthur Brewer entra en su despacho de la oficina electoral con una carta en la mano.

—Me temo que habrá que responder ésta. Algún pobre defensor de la ley que sabe a ciencia cierta que todo aquel de su parroquia que no trabaja se hace el enfermo... —Se detiene—. Emily. ¿Está bien?

—¿Mmmm? —Comienza a volverse hacia él, y entonces se da cuenta de que él verá que sus ojos están irritados y rojos.

—Sí, por supuesto —dice ella, volviéndose a su máquina de escribir.

—Quizá podría garabatear algo, algo conciliatorio y totalmente y evasivo. —Coloca la carta en la mesa que está junto a ella—. ¿Está segura de que está bien?

Para su sorpresa, da un grito estremecedor. Su mano vuela a su boca, como si acabara de hipar o hacer cualquier otra metedura de pata vergonzosa.

—Lo siento. Estaré bien en un... —Pero no puede seguir. Su cuerpo se ve sacudido por grandes gritos y sollozos atroces.

—Querida —dice, consternado. Como un mago, saca un pañuelo de su mano. Ella lo toma: es suave, grueso y blanco, y el lino está perfumado con un cálido perfume de canela. Trumper's, piensa ella automáticamente: su padre usa el mismo. Entierra la cabeza en sus vastos y reconfortantes pliegues. Una mano toca entonces su hombro, y desciende hacia la mitad de su espalda, dándole palmaditas amables mientras llora.

Cuando se ha recuperado lo suficiente para hablar, él le dice amablemente:

—¿Qué ocurre?

Ella se encuentra dividida entre el impulso de contárselo todo y la necesidad de ocultar su estupidez, su excesiva confianza, su vergonzosa y femenina credulidad.

—Nada. Una decepción, eso es todo.

—Pero está disgustada. Debería tomarse el resto de la tarde libre. —Él levanta la cabeza—. Ya lo sé: iremos a ver una película. ¿Ha visto alguna ya?

Ella niega con la cabeza.

—¡Lo ve! —chilla él—. Seguramente somos las dos únicas personas de Londres que no han ido. La he estado haciendo trabajar demasiado.

Ella se seca los ojos y fuerza una sonrisa.

—Somos los dos los que *te* hemos estado haciendo trabajar demasiado.

—Bien, sea lo que sea, el remedio está en nuestras manos. —Ella intenta devolverle el pañuelo—. Quédeselo.

Mientras la acompaña a la puerta, rodeando aún sus hombros con su brazo de forma protectora, se da cuenta de que ha olvidado lo agradable que es que la cuiden así.

CINCUENTA Y SIETE

«Áspero»: sensación primaria de sabor relacionada con la presencia de componentes de sabor amargo.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Tahomen se agachó entre los árboles, muy quieto. El barro que caía por su pecho y hombros repetía exactamente el patrón de los rayos de sol que salpicaban a través de la copa de los árboles, haciéndole casi invisible. Sus dedos estaban ligeramente curvados alrededor del mango de una hacha. La cabeza de la hacha estaba cubierta de barro, por si acaso el reflejo de la luz del sol sobre el acero le delataba, y el mango estaba cortado a la mitad de su largura, de manera que ahora valía tanto para lanzarlo como para cortar madera.

Llevaba tres horas esperando así, cerca del lugar donde Massa Crannach había sido atacado. Era posible que el leopardo se hubiera asustado y se hubiera marchado ya, pero no lo creía. Los insectos se posaban sobre su piel, y el barro seco sobre sus brazos se descamaba y picaba. Un *gongololo*, un enorme milpiés naranja, se abrió paso por una ramita, cayó sobre su pierna y a continuación rodó hasta las capas de hojas caídas que cubrían el suelo del bosque, donde se desvaneció.

Momentáneamente distraído, Tahomen alzó la vista. A seis metros, una sombra en los árboles relampagueó en blanco y rosa mientras un leopardo bostezaba, mostrando sus dientes.

Tahomen luchó contra el impulso de ponerse tenso, aunque sus dedos se estrecharon involuntariamente alrededor del hacha. Hubiera jurado que no había hecho ruido, pero incluso así, la cabeza del leopardo osciló hacia arriba, con sus fosas nasales abiertas.

Estaba demasiado lejos como para arriesgarse a lanzar. Ambos esperaron durante largos minutos.

En un ágil movimiento, el leopardo se puso de pie y caminó delicadamente sobre las ramas y los árboles jóvenes. Su pelaje brillaba en la verde penumbra del bosque como las ascuas de una hoguera. Tahomen se obligó a quedarse quieto. Ahora no había más de tres metros entre ellos. Unos cuantos metros más, y atacaría.

El leopardo maulló en voz baja. Desde algún lugar detrás del animal, dos cachorros, no más grandes que una liebre, se acercaron. Cuando alcanzaron a su madre, uno se metió inmediatamente debajo de su vientre y comenzó a mamar: el otro, más valiente, saltó intentando alcanzar una mariposa azul que pasaba, golpeándola con sus enormes garras.

Por eso había atacado el leopardo a Massa Crannach. Tahomen lo había sospechado siempre, pero ahora estaba convencido. Había estado protegiendo a sus

crías, no vengando a su compañero.

Ahora, el leopardo había rodado hacia un costado y había golpeado al cachorro que quería mamar. Entonces se volvió a observar a su hermano e imitó sus movimientos al saltar hacia la mariposa con la boca abierta. Fue un golpe de suerte: el cachorro no podía estar más sorprendido al encontrarse con la mariposa en sus mandíbulas. Durante un instante, tuvo una brillante lengua azul; después abrió la boca y la mariposa salió revoloteando mareada.

Tahomen se encontró a sí mismo pensando en Kiku, y en sus hijos que habían muerto siendo bebés. Se preguntaba en qué lugar del bosque habían acabado sus espíritus.

La madre hizo otro sonido y los tres leopardos avanzaron por el bosque.

Pasaron a apenas unos metros de Tahomen, pero la madre aún estaba demasiado absorta en sus crías como para verle.

«Si voy a atacar —se dijo—, debo hacerlo ahora».

Cuando ya se habían marchado, se levantó. Estaba rígido por haberse escondido durante tanto tiempo: era otra señal, pensó con pesar; ya no era tan joven como antes. Probablemente, aquella había sido su última oportunidad de matar a un leopardo.

Mientras caminaba de vuelta al pueblo, desenrolló el collar de cuero del que colgaban los testículos y los ojos de Massa Crannach y los tiró al bosque. Ya no necesitaba su *ju-ju*.

A medida que se acercaba al pueblo oyó un ruido extraño. Procedía de un matorral de espinos. Con cuidado, Tahomen separó las ramas con el mango de su hacha y miró dentro.

Massa Wallis estaba tendido contra los espinos enredados. Sus prendas estaban rasgadas y mugrientas, su pelo estaba enmarañado con hierbajos, y parecía estar sollozando.

Tahomen se abrió camino a machetazos hasta el arbusto, y sacó a Massa Wallis. Pero estaba claro que había algo mucho peor que quedarse atrapado en un espino. Sus ojos no enfocaban, y gemía y farfullaba entre dientes.

Tras colocarse el hacha en el cinturón, Tahomen puso sus brazos alrededor del hombre blanco y le acompañó hasta el pueblo.

CINCUENTA Y OCHO

«Delicado»: se caracteriza por una dulce y sutil sensación justo detrás de la punta de la lengua, cuando se da el primer sorbo.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Arthur se encuentra con Samuel Pinker en su club. Discuten algunos temas de interés para ambos: el alza de los Laboristas Independientes, ¿qué implicará para los dos partidos tradicionales? Después estaba la guerra de Sudáfrica, que en la actualidad dominaba los titulares de los periódicos: ¿cómo afectará al Imperio?

Pinker piensa cada vez más sobre asuntos de carácter mundial. Los hermanos Lever, con su jabón Sunlight, han mostrado que es posible comercializar un producto de Gran Bretaña en el extranjero. ¡Vaya, si se *fabrica* en el extranjero, con fábricas satélite en Canadá y Brasil! ¿Por qué no debería Castle seguir su ejemplo? Después de todo, los daneses y los franceses beben aún más café que los británicos, y resulta que, con el símbolo de Castle, Pinker tiene una imagen universal. Ha estado estudiando la manera en la que lo ha hecho Lever: abrir una fábrica allí, montar una planta procesadora, dividiendo los costes donde sea posible, pero siempre manteniendo el control. Es el futuro, está convencido. De la misma forma que las naciones están formando complejas alianzas entre sí en materia de política extranjera, las empresas que hay detrás de dichas naciones deberían unirse de la misma manera.

Hay una dificultad, por supuesto: una dificultad política. Algunos de los periódicos dicen que esas alianzas empresariales no son buenas para el cliente, que no son mucho mejores que los cárteles. Es una estupidez, naturalmente: hay una diferencia abismal entre dos empresas que acuerdan no competir de forma demasiado agresiva en algunos ámbitos, y algo como el sindicato del café, donde una pequeña cantidad de nobles, gobiernos y ricos caciques se han unido para negarles a dichas empresas el acceso a materias primas. Confía en que el libre comercio prevalezca, pero el caso debe exponerse correctamente, y a los oídos más convenientes del gobierno... Por tanto, él y Arthur Brewer tienen mucho de lo que hablar.

Por fin terminan, y se sientan dando bocanadas a dos puros mientras terminan sus bebidas. No obstante, Pinker percibe que aún hay algo que preocupa al joven.

—Señor Pinker. —Comienza Arthur.

—Samuel, por favor.

—Samuel... Hay algo que llevo tiempo queriendo preguntarle. —Pinker le hace un gesto de ánimo con su puro.

—Es sobre Emily —dice Arthur con una sonrisa tímida. Los ojos de Pinker se entrecierran, aunque no dice nada.

—Naturalmente, no le he dicho nada a ella, y no lo haría sin su permiso. Sin

embargo, he observado que ella y yo tenemos muchos intereses en común, y su compañía es tan deliciosa... debería enorgullecerse de su educación, si me permite decírselo.

Pinker alza las cejas.

—Me preguntaba si me permitiría conocerla un poco mejor —explica Arthur.

—¿Permitir? —dice Pinker, ladrando humo de puro como un dragón furioso—.

¿Permitir? ¿Quiere mi permiso para cortejar a mi hija?

Arthur, intentando mantenerse sereno, asiente.

—Así es.

La cara de Pinker se pliega bruscamente hasta convertirse en una sonrisa.

—Mi querido amigo, esperaba que ya lo estuviera haciendo.

CINCUENTA Y NUEVE

Las lluvias habían llegado por fin, y un gran diluvio de agua gris caía del cielo, como si se tratara de una cascada gigante.

Mientras tanto, los aldeanos discutían qué hacer con Massa Wallis. Los tamiles participaban poco en aquellas discusiones. Ahora que la granja no tenía un amo real, tampoco tenían la seguridad de cobrar, y se escabullían a la jungla solos o en parejas, en busca de otras plantaciones en las que trabajar.

El agua entró en los edificios de la granja, así que los aldeanos los desmontaron y emplearon la madera para construir cabañas redondas con tejados de paja que sabían que serían impermeables. La lluvia ablandaba el suelo, así que sacaron algunas de las plantas de semillero afectadas y plantaron ñames y maíz. Después de todo, ya había mucho café en la jungla, y un hombre no podía llenar el estómago sólo con café.

No obstante, parecía que había un hombre que iba a intentarlo. Massa Wallis se quedaba en la cabaña de Kiku, viviendo únicamente a base de café y *khat*, durmiendo apenas unas horas cada vez antes de despertarse de nuevo y, en ocasiones, sollozando y golpeando su cabeza contra el suelo en su locura.

—El encantamiento desaparece lentamente —les dijo Kiku a los demás—, y no hay mucho que podamos hacer para apresurarlo. Así que lo mismo podría mascar, si ayuda a aliviar el dolor.

Massa Wallis sólo despertó una vez de su sopor, y fue cuando un comerciante llegó a la granja. Se trataba del representante de una de las compañías que traían y llevaban mercancías a y desde la jungla. Venía acompañado de dos mulas, cada una con un pesado cajón de madera sujeto a su lomo. El comerciante, un somalí, vestía las prendas de un hombre blanco, cosa que los aldeanos jamás habían visto antes.

—Vengo a entregar la mercancía que ha pedido el señor Wallis —informó a un sorprendido Tahomen—. ¿Dónde está?

Tahomen se sorprendió aún más al ver a Massa Wallis surgir de la cabaña de Kiku, con ojos brillantes.

—Mis armas —gritó—. Las armas han llegado.

Descargaron los cajones de las mulas, y Jimo empezó a abrir los cajones haciendo palanca con el filo del hacha. Había una nota que Wallis abrió y escudriñó.

Wallis:

Le envío doce Remingtons último modelo, tal y como me pidió. Si cree que puede vender más, envíe más dinero.

Atentamente, Hammond

—¿Vender más? —murmuró Wallis—. Por supuesto que puedo vender más. Abre eso, ¿quieres, Jimo? Por fin...

Dio un paso adelante y sacó algo pesado del cajón. Lo desenvolvió rápidamente de su cubierta de hule.

Era un dispositivo que los aldeanos no habían visto jamás: cuatro hileras de botones colocados sobre palancas, y sobre ellos, un amplio semicírculo de dientes, que hacían que el aparato pareciera rematado con una mandíbula sonriente. Por un momento, Wallis pareció bastante estupefacto. Entonces bajó el aparato y comenzó a reírse. Siguió carcajeando durante largos minutos, retorciéndose como si le doliera, y con lágrimas que manaban de sus ojos. Los aldeanos miraban a uno y a otro, sonriendo educadamente, inseguros de la verdadera naturaleza del chiste pero dispuestos a divertirse.

—Hammond, pobre estúpido —jadeó Wallis. Observando a Tahomen, pronunció una serie de palabras incomprensibles para el capataz.

—Sólo me ha enviado una docena de malditas máquinas de escribir.

Después de la llegada de los cajones, el hombre blanco volvió a retirarse a la cabaña de Kiku. Era como si le hubieran lanzado un nuevo hechizo de muerte: sencillamente volvió su cara a la pared.

—¿Morirá? —preguntó Tahomen a su esposa.

—Tal vez, si lo desea. No es como si le hubiera maldecido un hechicero.

Massa Wallis se ha maldecido a sí mismo, y sólo él puede decidir si dejará que se disipe.

Ella le preparaba café todas las mañanas, espeso y oscuro, murmurando la antigua plegaria mientras lo molía:

Tetera, danos paz.

Tetera, deja que nuestros hijos crezcan.

Protégenos del mal, danos lluvia y hierba.

Sin embargo, Massa Wallis dejaba el café intacto, y sólo mascaba más *khat*.

«Le preguntaré al bosque qué debo hacer», decidió Kiku. Se adentró en la jungla y se sentó muy quieta, escuchando la miríada de susurros del *ayyanaa*. La tierra que se había despejado para las plantas de café ya estaba llena de maleza: pronto, los árboles comenzarían a extenderse hacia dentro desde la jungla y, finalmente, el enorme agujero del bosque se cerraría de nuevo, de la misma manera que la piel vuelve a crecer para cerrar una herida que se cura.

Como tantas otras veces, el bosque no le dio ninguna respuesta directamente. En su lugar, permitió que su mente se asentara, hasta que la respuesta resultó evidente, y se dio cuenta de que la había tenido frente a ella desde el principio.

SESENTA

«Medicinal»: una sensación de sabor a café secundaria, relacionada con
«áspero».

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Llevaron a Massa Wallis a la cabaña reservada para la curación, y lo tendieron en el suelo. La cabaña contenía un fogón, pero no tenía salida de humo en el techo. En el fogón, Kiku había apilado un buen montón de hojas y corteza de arbusto de iboga. También había café, porque éste hacía que la iboga fuera más poderosa, y una pasta fabricada con raíces machacadas de iboga.

Mientras el humo acre de iboga inundaba la cabaña, Kiku cortó las prendas de Massa Wallis y pintó su cuerpo con los dibujos de su clan. Entonces, tomó el cuenco de pasta y untó un poco sobre sus labios y sus encías cuidadosamente, antes de hacerse lo mismo a sí misma.

—¿Qué haces? —murmuró.

—Allí donde vamos, iremos juntos —le dijo ella en gala. Entonces, se sentó junto a él y esperó, con su mano descansando ligeramente sobre su muñeca, de manera que los espíritus *zar* no llegaran y se lo llevaran a él sin llevársela a ella también.

El tiempo en la cabaña del sueño casi nunca transcurría a la misma velocidad que fuera, pero, aun así, a Kiku le pareció que pasaba mucho tiempo hasta que sintió el golpeteo de los espíritus en el techo cuando llegaron. Massa Wallis se tensó, y se elevó unos centímetros sobre el suelo cuando los *zar* intentaron levantarlo desde los hombros, pero Kiku lo agarró firmemente hasta que se dignaron a fijarse en ella.

—¿Quién eres tú? —le preguntó uno de los espíritus amenazadoramente.

—Soy su guía, para cerciorarme de que está seguro.

—¿Por qué? No te pertenece.

—Él es nuestro visitante, y debo cuidar de él.

Podía oír cómo los *zar* conversaban entre ellos.

—Nosotros no somos tu *zar* —dijeron finalmente—. Hemos recorrido un largo camino para llevarnos a este hombre. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Vosotros no sois nuestros *zar*, pero ésta es nuestra cabaña, y él está bajo la protección de nuestra hospitalidad. Le hemos pintado con nuestros dibujos.

—Tenemos que viajar lejos, y no podréis volver.

—Aun así, estoy dispuesta a ir con vosotros —respondió ella.

Se elevaron sobre el valle y, por primera vez, Kiku pudo mirar hacia abajo y ver los cambios que los hombres blancos habían realizado: no sólo los físicos, como despejar el bosque, sino las complejas redes de parentescos y uniones que la pasta de iboga hizo visibles, y que habían sido diezmadas de forma aún más salvaje que los

árboles. Aunque el bosque acabaría curándose, no estaba segura de que la estructura social de la tribu tuviera la misma capacidad de recuperación.

Siguieron volando, sobre Harar y sobre el desierto, sobre el ancho mar y las montañas cubiertas de nieve. Volaron a un lugar extraño incluso para lo habitual en los viajes de iboga, un lugar lleno de cajas de piedra gris y muchas líneas rectas, y se dio cuenta de que era el pueblo del hombre blanco.

Los *zar* trataron de separarlos, pero haciendo un esfuerzo de voluntad, Kiku sujetó a Massa Wallis, volviéndose mientras caían, de manera que él montó sobre ella. Por tanto, ella podía ver lo que ocurría a continuación, como si lo hiciera a través de los ojos de él.

Una mujer de mediana edad está de pie junto a una mesa. Se ocupa de una enorme pila de panfletos, doblándolos y colocándolos en un ordenado montón.

Justo cuando parece que el montón se va a desmoronar, otra mujer más joven entra, los toma y los lleva a otra mesa donde se emparejan con sobres. Está claro que llevan tiempo trabajando así.

Ambas mujeres tienen los trazos multicolores que la gente adquiere cuando se toma iboga, pero se puede ver que la más joven es hermosa. Por la manera en la que Massa Wallis se sobresalta al verla, Kiku se da cuenta de que esa mujer es importante para él. Así pues, se mueven a la segunda mesa, donde observan cómo introduce folletos en sobres.

La mujer no puede verlos, pero sus delicadas fosas nasales se abren y se vuelve en dirección a ellos, con una expresión confusa en su rostro. Parece olfatear el aire durante un instante.

—¿Mary? —Llama.

La otra mujer alza la vista.

—¿Huele a café?

—No. Sólo a tinta de imprenta. Y me he cortado los dedos tres veces con estos malditos folletos. ¿Podemos parar para tomar un poco de té?

—Sí, desde luego, deberían parar —dice un hombre que entra en la habitación—. Será nuestro primer artículo legislativo: nadie debería doblar panfletos electorales durante más de dos horas sin hacer una pausa para el té.

—En ese caso, tendremos que seguir trabajando. Porque sólo llevamos cuarenta minutos haciendo esto —dice la mujer más joven secamente. No obstante, sonrío al recién llegado.

—Pondré a calentar la tetera —dice Mary. Cuando pasa junto a la mujer más joven, murmura—: Puede que tarde un rato. Es una tetera lenta.

Cuando se marcha, se hace el silencio. Puede que Kiku no entienda las palabras de la gente blanca, pero su silencio es algo completamente distinto. En gala, hay muchos tipos de silencio, desde la pausa incómoda hasta el silencio amigable, y ve inmediatamente que este silencio en concreto es el que anticipa el flirteo.

—Hay una reunión esta noche. —Comienza el hombre—. Me temo que se espera

que asista, pero me preguntaba... si no está muy cansada... si vendría conmigo, como mi invitada.

—¿De qué trata?

—Autonomía política. —Extiende sus brazos—. Debemos encontrar la forma de que los lords aprueben una ley. Tal y como están las cosas, los terratenientes han dejado claro que bloquearán cualquier intento de solucionar la cuestión irlandesa.

—Me encantaría, Arthur.

—¿De verdad? ¿No se aburrirá?

—Me fascinará —le asegura—. ¿Asistirá *sir* Henry?

Asiente.

—Es orador principal.

—Entonces, lo estoy deseando. Dicen que es un orador fantástico y, en cualquier caso, será un placer acompañarle.

Sobre la espalda de Kiku, Massa Wallis emite un terrible sollozo.

Massa Wallis resultaba cada vez más pesado, y los trazos de la gente de la habitación eran más coloridos. Era hora de marcharse. Kiku sintió las fuertes manos de los *zar* bajo sus brazos, mientras la levantaban. Sin embargo, habían viajado muy lejos y se habían quedado demasiado tiempo: Massa Wallis pesaba tanto, y Kiku estaba tan cansada, que los *zar* no podían levantarlos. Por un instante, parecía que no podrían marcharse. Sabía que había ocurrido en algunos casos: la gente caía en el trance del *iboga* y, por una u otra razón, nunca volvían, condenando a sus espíritus a deambular por la tierra para siempre, invisibles y sin hogar. Con un enorme esfuerzo, ella se lanzó al aire. Sintió a los *zar* que tiraban de ellos, y de repente estaban en el aire de nuevo, alejándose del bullicioso nido de termitas que era la aldea del hombre blanco, lentamente al principio, y a creciente velocidad después, sobre el mar.

De vuelta en la cabaña de curación, Massa Wallis cayó en un profundo sueño. Kiku pronunció los encantamientos que daban las gracias a los *zar* por su ayuda, deseándoles un viaje de vuelta seguro allá de donde venían. A continuación, tomó una púa afilada de puercoespín y la introdujo cuidadosamente, primero en la ceniza de *iboga* del fogón y después en las marcas tribales dibujadas sobre el pecho de Massa Wallis. La punta afilada atravesó la piel: la ceniza gris, aún ligeramente tóxica, levantaría la piel y la endurecería en el diseño de puntos que describía la iniciación de Robert Wallis en su clan.

Mientras Massa Wallis dormía, Kiku fue a buscar a Tahomen.

—He tenido una idea —dijo tímidamente.

Él la conocía demasiado bien como para creer que sólo se trataba de una idea.

—Sigue.

—Creo que Massa Wallis debería tener a Alaya como su sierva. —Tahomen trató de asimilarlo.

—¿Por qué Alaya?

—Porque es la más bonita de las jóvenes.

—¿Quieres que comparta su cama?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que Massa Wallis está demasiado enfermo para eso ahora mismo.

Pero una cara bonita le hará bien. Y a ella le dará algo que hacer.

Tahomen miró a lo lejos, intentando asimilarlo. Incluso para tratarse de Kiku, aquella sugerencia era difícil de entender.

—Si Alaya se convierte en sierva del hombre blanco —dijo él—, no estará cuando yo quiera acudir a ella.

—Entonces, es una suerte que tengas otra esposa.

—Por tanto, ¿la lanza de Bayanna ya no volverá a estar fuera de tu cabaña?

—La lanza de Bayanna... —dijo Kiku, pensativa— no siempre vuela tan recta, ni tan lejos, como le gustaría creer.

Tahomen cacareó.

—¿Los hombres son tan simples —dijo él— que sólo una cara bonita puede alejar una maldición?

Ella se molestó.

—¿Estás diciendo que mi sugerencia es evidente?

—Por supuesto que no —dijo Tahomen rápidamente—. Sólo simple, que es algo muy distinto.

—Mmm —dijo ella, aplacada—. Bueno, sí, los hombres son simples. Sin embargo, a la hora de la verdad, también lo son las mujeres.

—¿Por qué? ¿Qué desean las mujeres?

—Desean... —Hizo una pausa—. Que nunca les pregunten lo que desean.

—Venga, ahórrame tus acertijos, vieja —refunfuñó.

Ella le golpeó con fuerza en el hombro.

—No soy tan vieja —dijo ella—. Por ejemplo, no soy tan vieja como para que, si vuelves a empezar a venir a mi cabaña...

—¿Sí?

Ella ladeó la cabeza.

—Digamos que el bosque me ha hecho una promesa.

—Ah —dijo él. Ella vio que él lo entendía, y también que no iba a estropearlo todo expresando con palabras su esperanza. Se dio cuenta de que ésa era una de las cosas que amaba de él: el hecho de que, generalmente, no sabía qué decir.

SESENTA Y UNO

Es un cortejo extraño, en particular porque la mayor parte de él mismo tiene lugar en la carrera a unas elecciones generales. Está toda la intensa actividad de una campaña política: escribir panfletos, imprimir panfletos, doblar panfletos, ir de puerta en puerta repartiendo panfletos; asistir a reuniones, organizar debates, ejercer presión, visitar el distrito... Es excitante, pero casi nunca están juntos más que unos momentos cada vez; él es el general, y ella está entre los soldados de infantería. Arthur muestra su afecto preguntándole, tiernamente, si no está trabajando demasiado, diciéndoles al resto de los voluntarios que deben insistir en que ella se tome un breve descanso con él. Su fragilidad se convierte en un mito conveniente entre ellos: se trata de una referencia no expresada a sus lágrimas, aquel día en su despacho, y al regalo de un pañuelo perfumado con colonia Trumper...

A los demás les resulta evidente que ambos tienen un acuerdo. Su caballerosidad y su galantería se han centrado en ella. Cuando, en una reunión pública, él habla de los más débiles, sus ojos buscan los de ella en la audiencia.

Cuando habla del papel de la mujer, es una mujer en particular a la que favorece con una sonrisa. Cuando habla sobre los liberales como el Partido de la Familia, busca su mirada y tiene aspecto solemne, de manera que ella no puede evitar sonreír, y tiene que mirar al suelo, temerosa de hacerle sonreír también.

Ella no piensa en Robert Wallis. O si lo hace (porque por mucho que lo intente, en ocasiones, es imposible decirle a su mente en qué no tiene que pensar), de entre todas las emociones iniciales, es la ira la que aún prevalece. En esas ocasiones, no se siente para nada la frágil mujercilla que Arthur cree que es.

En esas ocasiones, aún le apetece buscar a ese joven estúpido, irresponsable y egocéntrico y darle un buen puñetazo en la nariz.

Las elecciones coinciden con el regreso de miles de soldados de la guerra contra los bóers en Sudáfrica. El gobierno conservador organiza un desfile de la victoria tras otro. En ocasiones, es difícil diferenciar entre las elecciones y las celebraciones.

Los conservadores retienen el poder con un cómodo margen.

Posteriormente, Pinker se enfada al descubrir que William Howell, de Howell's Coffee, ha sido nombrado caballero; aparentemente, por sus servicios a la filantropía pero, en realidad, todo el mundo sabe que es por su aportación a los fondos del Partido Conservador.

Los liberales más tradicionales se quejan de que cuestiones como el sufragio femenino les impiden gobernar. Alegan que lo que hace falta son políticas para atraer *electores*, en lugar de a aquellas que, por definición, no tienen un solo voto que dar para apoyarlos. Baja por enfermedad, pensiones, subsidio de desempleo... ésas son las formas de atraer al hombre trabajador.

En Londres, el Sindicato Sufragista redobla sus esfuerzos para ganar influencia. Emily trabaja tanto para ellos como lo hacía para Arthur en su distrito electoral. Ahora tiene un aspecto frágil, está terriblemente delgada; pero sus ojos brillan y, en cualquier caso, cuanto más delgada y frágil está, más parece adorarla Arthur.

En cuanto a Arthur, la decepción que sintió cuando su partido perdió las elecciones se ha visto atenuada por el hecho de que, en su propio distrito electoral, su número personal de votos ha aumentado. Ahora es un hombre importante entre los liberales, un posible futuro ministro.

Es hora de resolver sus asuntos domésticos. Afortunadamente, ha encontrado la perfecta esposa para un ministro: trabajadora, sensata y, gracias a los esfuerzos de su padre, rica. Nada resulta más natural que una propuesta de matrimonio.

Lleva a cabo una petición de mano deliberadamente sencilla: a ninguno de los dos les gusta el histrionismo. La lleva al balcón de la Cámara de los Comunes. Es de noche; el incesante ir y venir del tráfico del canal se ha calmado. Arthur habla durante un rato, subrayándole que no es un paso que se dé a la ligera, que nadie tiene en mayor consideración la santidad del amor, expresado en su forma más pura como una unión eterna entre dos personas, que él.

—En conclusión —dice—, me gustaría que me dieras tu permiso para hablar con tu padre, y pedirle tu mano.

—Oh, Arthur —dice. No se trata de algo completamente inesperado: durante las últimas semanas, ha dejado clara su estima por ella—. La respuesta es sí. Por supuesto que es que sí.

Naturalmente que es que sí. ¿Cómo podría no serlo? Esto es lo que ella siempre ha querido. Es una persona racional: abandonar todo esto ahora, abandonar todo lo que había imaginado para sí misma, sería algo profundamente irracional.

Si, durante los siguientes días y semanas, tiene dudas (y ha de tenerlas), esas también son naturales. Es un gran paso, un cambio en las vidas de ambos.

Y si, cuando él habla de matrimonio, a ella a veces le parece que para él implica algo distinto, algo más abstracto y posiblemente más noble de lo que a ella le parece, eso también es de esperar. Él es un idealista: es una de las cosas por las que más le admira.

No es el amor lo que sostendrá su matrimonio: más bien, será el matrimonio el que sostenga su amor. Ella lo cree fervientemente: no obstante, no puede evitar preguntarse qué pasará si finalmente no es así.

Pinker se da cuenta de que se ha equivocado al confiar en políticos. Si hay que hacer algo, serán los negocios los que lo lleven a cabo. Las ventas de Castle son más elevadas que nunca, y sus arcas están llenas. Ciertamente, Howell ha copiado su estrategia y ha lanzado ahora su propio café empaquetado con el nombre de Howell's Planter's Premium, pero Pinker avanza un paso por delante con seguridad. Él se expande a otras formas de empaquetado: media libra, un cuarto de libra, e incluso un nuevo tipo de contenedor, una lata al vacío que le permite conservar café molido durante

semanas. Los redactores de anuncios del despacho de J. Walter Thompson en Londres lo denominan el «café eterno».

Están ocupados en sacar una docena de anuncios por semana, y todos ellos subrayan el mensaje de que el Café Castle es un ingrediente vital en un matrimonio feliz («Cuando le preparas esa taza especial de Castle... ¡estás creando un hogar!»).

Pasa largas horas en su despacho, conspirando, intrigando y pensando.

SESENTA Y DOS

En general, determinó Kiku, las cosas estaban funcionando. Alaya estaba contenta de atender a alguien tan importante y distinguido como Massa Wallis.

Aunque aún no hablaba mucho, Massa Wallis volvía a comer y trabajaba todos los días en el bosque recogiendo café. Y Tahomen y ella pasaban varias noches por semana juntos, no siempre para hacer el amor (porque, aunque ella aún era lo suficientemente joven como para tener un hijo, desde luego era demasiado mayor como para agotarse así), sino para hablar, preguntarse en voz alta cómo iban las cosas, compartir los chismes de la aldea y dormir acurrucados en las conocidas formas del cuerpo del otro. Y aunque era demasiado pronto para saber si tendría otro hijo y, desde luego, era demasiado temprano para saber si dicho hijo se quedaría con ellos o se lo llevarían, los susurros del bosque eran tranquilizadores.

Sin embargo, la cuestión de Massa Wallis aún no estaba resuelta, y Kiku por fin decidió que había llegado el momento. Esperó hasta que el consejo de los ancianos del clan se reuniera para discutir una serie de asuntos de la aldea, y levantó su bastón *siqqee* para señalar que tenía algo que decir.

—Hijos de mujer, hijas de mujer —comenzó.

Tahomen le hizo un gesto.

—Habla y te escucharemos.

—Recordaréis —dijo— que cuando los hombres blancos llegaron, el *saafu* se rompió. El bosque era infeliz; pero el bosque sabía esperar. Ahora, los campos que despejaron están llenos de maleza y arbustos, y los árboles están creciendo de nuevo. Pero no creáis que todo vuelve a su ser. Ya nos llegan historias de otros granjeros blancos que llegan a otros valles. Los comerciantes ya están llegando a este lugar, con cajones llenos de mercancía que vender, buscando cosas que comprar o intercambiar. El bosque puede volver a crecer de nuevo, pero no puede defenderse del próximo hombre blanco que llegue con ganas de destruirlo y plantar líneas rectas. Podemos decirle al hombre blanco que sus plantas morirán, que los jabalíes se comerán sus semillas y que el sol marchitará sus plantas de semillero, pero el hombre blanco no nos escuchará, porque ésa es su naturaleza.

—¿Qué sugieres? —preguntó alguien—. ¿O eres como el perro que ladra cuando la hiena ya se ha marchado?

Ella negó con la cabeza.

—Soy como la araña que dice: una telaraña se rompe con facilidad, pero mil telarañas pueden sujetar a un león. Lo que sugiero es lo siguiente. El hombre blanco nos ha pagado, nos ha pagado dinero por trabajo. En lugar de emplear nosotros ese dinero, debemos devolvérselo.

Se hizo un gran silencio mientras los aldeanos ponderaban aquella extraña

propuesta.

—Massa Wallis no puede quedarse aquí —explicó—. Hasta que se vaya, no habrá *saafu*. Para volver a su propio valle, necesita dinero, mucho dinero. Si le devolvemos el dinero que hemos ganado, tendrá suficiente.

—Pero entonces no tendremos dinero para comprar ropa o comida para nuestros hijos. Todo el trabajo que hemos hecho para el hombre blanco no servirá de nada —objetó un oyente.

—Sí, pero cuando se haya marchado, podremos recoger bayas de café silvestre del bosque y llevarlas a Harar para venderlas. Valdrán más que antes, porque los hombres blancos nos han enseñado a lavar la pulpa y secarlas al sol.

A continuación, todos compartiremos el dinero que obtengamos. Y, lo más importante de todo, ningún otro hombre blanco podrá venir y decir «creo que me quedaré con esta tierra». No funciona así: tendrían que venir a buscar a Massa Wallis y comprarle la tierra, y él estará muy lejos de aquí.

—Seguramente, el bosque ya nos pertenece —objetó alguien.

—Debería ser así, pero no lo es. No hay nada que podamos hacer en ese aspecto. A eso es a lo que me refiero cuando digo que las cosas han cambiado.

—¿Y por qué deberíamos ayudar a ese hombre? —preguntó otro—. ¿Por qué se merece nuestra generosidad?

—Deberíamos ayudar a ese hombre —dijo Kiku— porque es un hombre, hijo de una mujer, de la misma manera que todos nosotros somos hijos e hijas de mujeres.

Hubo un largo silencio. Entonces, Tahomen se aclaró la garganta.

—Gracias, Kiku —dijo—. Nos has dado mucho en lo que pensar.

Hablaron durante días. Así era como lo hacían: lo que podía parecer un parloteo sin sentido era, en realidad, un lento proceso de búsqueda de consenso, observando una cuestión desde distintos puntos de vista, probando cada perspectiva según los proverbios que constituían la sabiduría recibida, hasta que por fin se llegaba a un acuerdo colectivo. Era un proceso de toma de decisión muy distinto al del hombre blanco, que asumía que lo más crucial en cualquier situación era la velocidad, y no el acuerdo, y por tanto permitía imponer órdenes a los poco dispuestos en nombre de la disciplina. Los aldeanos no tenían disciplina, pero tenían algo mucho más poderoso: la necesidad de *saafu*.

SESENTA Y TRES

«Caramelo»: este maravilloso olor evoca el caramelo, el café, la piña asada y las fresas, lo cual no es sorprendente, pues todo ello contiene furaneol. Este aroma es un poderoso potenciador del sabor y una parte importante del aroma del café.

JEAN LENOIR, *Le Nez du Café*.

Estoy sentado en mi cabaña cuando cae la noche. Es la mejor parte del día, aquélla en la que el dolor por la ausencia de Fikre se ve amortiguado por la perspectiva de la noche que llega. Debajo de mí, en el valle, las nubes se juntan y burbujan. Las aves tropicales se lanzan repentinamente contra las copas de los árboles, como destellos de colores brillantes contra la penumbra. Estoy estupefacto por lo elegantes que son: uno con una larga serpentina naranja como cola se balancea y zigzaguea; otro de un azul iridiscente salta impaciente alternando sobre sus patas, y un tercero ahueca las plumas rojas de su garganta dándose importancia mientras pía (para todo el mundo como un trío de petimetres en un café).

Aparece Tahomen, que sube lentamente la colina hacia mí. Lleva sus mejores galas de jefe: mi vieja chaqueta de alpaca, sobre un pedazo de tela alrededor de sus muslos. Detrás de él está Kiku. El pelo de la curandera está teñido de rojo, y lleva al cuello un collar de cuentas de ébano. Detrás de ella está Alaya, y detrás de ella hay una larga hilera de aldeanos. No obstante, no hay nada de su habitual frivolidad: la procesión se lleva a cabo en un silencio sobrecogedor y atento.

Tahomen se detiene frente a mí.

—Massa, váyase a casa —dice. Solemnemente, coloca dos monedas, táleros, en el suelo junto a mis pies. A continuación, camina un poco y se agacha a observar.

Kiku dice algo en gala. Ella también deja un par de monedas a mis pies.

Alaya me sonrío y me da un tálero. La persona que hay detrás de ella hace lo mismo, y también la siguiente... Aquellos que no tienen dinero dan un espejo, o un collar de cristal, o alguna otra baratija que les ha dado Hector o yo.

Un caballero mayor rebusca en su taparrabos y saca un puro a medio fumar que añade al montón. Aquellos que no tienen nada depositan un puñado o dos de granos de café.

A cualquier observador le parecería que me están pagando tributo: estoy sentado allí en mi silla plegable, como un rey en mi trono, y pasan uno por uno, haciendo su ofrenda. Pero el humillado soy yo, el que agacha la cabeza a medida que pasa cada uno, con mis manos entrelazadas, y las lágrimas fluyendo por mis ojos, mientras digo una y otra vez *Galatoomi. Galatoomi*.

Gracias.

Al día siguiente, Jimo, Kuma y yo cargamos mis escasas posesiones sobre una

mula. Sólo me llevo lo que puedo vender en Harar, y el resto se lo dejo a los aldeanos. A día de hoy, en algún lugar de las montañas elevadas de África tal vez haya una aldea que disfrute del uso de una Máquina de Agua de Soda de Gasógeno Recargable, un retrete de madera, una copia del *Yellow Book* de abril de 1897, una taza de Café Wedgwood resquebrajada, una docena de máquinas de escribir Remington y diversos accesorios de la civilización.

La última cosa con la que me encuentro es una sólida caja de caoba que contiene una serie de tubos de cristal de aromas y un panfleto titulado *El Método Wallis-Pinker para la Clarificación y la Clasificación de los Diversos Sabores del Café. Con notas, tablas de degustación e ilustraciones, Londres, 1897*. Es demasiado pesada para montarla sobre la mula, y bastante inútil. No obstante, me alegra ver que tanto las muestras como el texto han desafiado la predicción de Hector, y han sobrevivido intactas al terrible calor de los trópicos.

Cuarta parte

LECHE

SESENTA Y CUATRO

«Regusto»: la sensación de los vapores del café preparado, que van del carbono al chocolate, a las especias y al aguarrás, y que se liberan de los residuos que se quedan en la boca.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

—Dicen que el precio del café pronto doblará el del año pasado. —Arthur Brewer le lanzó una mirada desde su periódico a su esposa—. Por lo visto, en Nueva York, los inversores que especulaban por su bajada se están tirando desde los rascacielos, antes de pagar sus deudas.

—Haces que parezca como si el suicidio fuera una medida económica —dijo Emily bruscamente, empujando sus huevos a un lado de su plato y dejando su cuchillo y su tenedor—. Probablemente, las pobres criaturas no creían tener otra opción.

Arthur frunció el ceño. Lo cierto era que su intención no era iniciar una conversación sobre las noticias del día, sino llenar el silencio de la mesa del desayuno con un comentario ocasional. Lo hacía principalmente para mostrar que, al leer el periódico, no desatendía a su mujer: de hecho, ahora que lo pensaba, era como si lo estuviera leyendo para los dos, fileteando los pequeños pedazos adecuados para el consumo. La mirada de silencioso reproche que ella le lanzaba cada mañana cuando levantaba el *Times* mientras desayunaban, una mirada que ya era habitual, estaba probablemente injustificada. La manera en la que ella tosía ostentosamente mientras él encendía su pipa...

Se volvió hacia el periódico, buscando algo con lo que cambiar de tema.

—Veo que se ha dado un paso para hacer que trasladen los restos de Oscar Wilde al cementerio de Père Lachaise. Incluso se habla de levantar algún tipo de monumento conmemorativo.

—Pobre hombre. Es una vergüenza que lo enviaran a prisión en primer lugar. Cuando su único crimen...

—Querida —dijo Arthur, con suavidad—, *pas devant les domestiques*. —Hizo un gesto hacia la joven sirvienta, Annie, que estaba recogiendo el aparador.

A Arthur le pareció que Emily había dado un pequeño suspiro, pero no dijo nada. Él sorbió su té y pasó la página.

El timbre sonó, y la sirvienta salió a responder. Aparentando que no lo hacían, ambos escucharon para ver quién era.

—El doctor Mayhews se encuentra en la sala de estar —anunció Annie.

Arthur se levantó inmediatamente, mientras se limpiaba los labios con una servilleta.

—Iré y le explicaré antes el asunto —dijo. No añadió «hombre a hombre», pero era evidente lo que quería decir—. Si esperas aquí, querida, enviaré a Annie cuando esté listo para verte.

Emily esperó. De vez en cuando, el ruido sordo de voces masculinas penetraba desde la sala de estar en la habitación de al lado, aunque eran demasiado vagas como para que pudiera distinguir las palabras. No obstante, no importaba. Sabía lo que Arthur estaría diciendo.

Se sirvió algo más de café. Las tazas Wedgwood eran un regalo de boda de su padre. Sin embargo, el café no era de Pinker. Después de que Castle comenzara a anunciarse tanto a las clases medias, ya no se consideraba suficientemente bueno para mesas como la de Arthur. De hecho, el café que compraba (o, más bien, el café que el ama de llaves le compraba) no era mucho mejor: era un brasileño barato disfrazado de una mezcla de java, pero Emily elegía sus batallas una a una, y la honestidad del ama de llaves no era una de las batallas que se sintiera inclinada a pelear aún.

—Llevamos casi dos años casados —explicó Arthur—. Y ella es... —Se detuvo—. Esto me resulta algo complicado.

El doctor Mayhews, un hombre huesudo de poco más de cincuenta años, dijo:

—Puede estar seguro de que no me dice nada que no haya oído muchas veces.

—Sí, naturalmente. —Incluso así, Arthur volvió a dudar—. Después de la boda, mi mujer pareció sufrir un cambio. En nuestra luna de miel fue deliciosa, pero desde entonces se ha vuelto cada vez más... obstinada. Regañona, casi se podría decir, si uno la estuviera criticando. Se aflige con facilidad. Se rebela contra las restricciones de la vida de casados... bueno, tal vez sea algo natural; es un gran cambio en comparación con la libertad de la que disfrutaba antes. En mi opinión, su padre la malcriaba. Siempre ha sido animada, y eso no me supone ningún problema. Pero su humor actual... puede quedarse callada durante una hora, y después vociferar tan fuerte que es difícil meter baza. Y no se trata de habladuría femenina: habla sobre ideas radicales, política, con una pasión tan frenética como la de un *sans-culotte*. A veces, apenas tiene sentido. —Se detuvo, consciente de que tal vez estaba mezclando su historial médico con sus propios rencores. Sin embargo, el doctor Mayhews asentía con expresión solemne.

—¿Hay incompatibilidad conyugal? —preguntó delicadamente.

—Bueno, naturalmente... Ah. —Arthur se dio cuenta de lo que le preguntaba el doctor Mayhews y se ruborizó—. En la luna de miel, no. Pero sí después.

—¿Un exceso de amorosidad?

—En ocasiones, sí.

—Y en esas ocasiones, ¿es lasciva?

—En serio, doctor. Estamos hablando de mi esposa.

—Claro, pero debo conocer todos los detalles.

Arthur asintió a regañadientes.

—En ocasiones, sí. Terriblemente.

—¿Y está más tranquila después del acto? Mentalmente, quiero decir.

—Sí, generalmente sí. Pero también puede resultar más difícil. —Aclaró su garganta—. Hay algo más. Cuando nos casamos, mi mujer no estaba intacta.

El doctor alzó las cejas.

—¿Está seguro?

—Sí. Me sorprendió mucho. Me he estado preguntando si podría tener algo que ver con su situación actual. Si le ha afectado alguna experiencia desagradable de su pasado.

—Desde luego, es posible. ¿Sufre crisis nerviosas o agotamiento?

—Supongo que a veces sí.

—¿Ha sospechado de su histeria alguna vez? —preguntó el doctor en voz baja.

—Nunca se ha puesto hecha una fiera, ni se ha desmayado públicamente, ni ha salido corriendo a la calle en camión, si es a eso a lo que se refiere.

El doctor Mayhews negó con la cabeza.

—La palabra «histeria» es un diagnóstico, no la descripción de un tipo de comportamiento. Corresponde a enfermedades que emanan de las partes femeninas: de ahí el término, del griego *hysteros*, o útero. Existen distintos grados de histeria, de la misma manera que hay distintos grados de gravedad en los casos de gripe, de lepra o cualquier otra enfermedad.

—¿Y cree que la histeria podría ser el problema?

—Por su descripción, estoy casi seguro. ¿Toma mucho café?

Arthur miró al doctor.

—Sí, así es. Su padre es un empresario cafetero. Siempre ha bebido grandes cantidades.

El doctor Mayhews volvió a negar con la cabeza.

—La mujer es muy distinta del hombre —anunció—. La fuerza reproductiva es tan intensa que puede irradiar toda la estructura. Cuando se desordena, cosa que puede ocurrir fácilmente (incluso a causa de algo tan sencillo como el exceso de café), puede provocar confusión en todos los departamentos, aun en lo más recóndito de la mente. ¿Conoce la obra del doctor Freud?

—He oído hablar de él.

—Ha demostrado que dichas molestias generalmente son de origen histeroneurasténico. Una vez se congestiona la pelvis... ¿Ha notado alguna inflamación poco habitual? ¿Alguna humedad abdominal?

Arthur asintió miserablemente.

—Creía que sencillamente era... la forma en la que está hecha. Un signo de su naturaleza apasionada.

—La pasión y la histeria son parientes muy cercanos —dijo el doctor misteriosamente.

—¿Puede curarse?

—Sí. Más bien, puede tratarse. Y puede volverse menos aguda con el tiempo.

Generalmente, las mujeres son menos propensas a estos problemas una vez que tienen un hijo, ya que su cuerpo ha cumplido su función natural.

—Entonces, ¿qué hay que hacer?

—Examinaré a su esposa, pero estoy bastante seguro de que habrá que derivarla a un especialista. No se preocupe, señor Brewer. Hay una serie de médicos excelentes que se ocupan de este tipo de enfermedades.

Tres días después, un coche motorizado llevó a Emily a la calle Harley para su cita con el especialista. Era una zona próspera, y las salas de consulta eran más grandes que el laberinto de callejuelas de los doctores de Savile Row. Una hilera de vehículos esperaban junto a la acera, y la calle estaba atestada de gente que entraba y salía de las imponentes puertas. Observó que la mayoría eran mujeres.

—Espere —le dijo a Billit, el chófer.

Él asintió y desplegó el peldaño para que ella pudiera apearse sobre la acera.

—Muy bien, señora.

El número 27 era el portal más amplio y espléndido. Entró y le dio su nombre al portero uniformado.

—Por favor, siéntese —dijo, señalando una hilera de asientos—. El doctor Richards estará con usted enseguida.

Se sentó y esperó con los ojos cerrados. Señor, qué cansada estaba. Era agotador pelear constantemente con Arthur. No es que se pelearan exactamente, ésa no era la palabra correcta. Era más bien un roce, una lucha contra el arnés que cada uno le había puesto a su matrimonio, como si este último fuera un carruaje y ellos fueran dos caballos desacostumbrados a la tarea, que tiraban en direcciones distintas. Al principio, ella había intentado vehementemente ser la esposa que él quería que fuera. Ella sabía que se suponía que tenía que manejarle mediante indicios y sugerencias, mostrándole lo que la hacía feliz, en lugar de gruñirle o pincharle. No obstante, lo cierto era que a ella le gustaba tener una buena discusión, siempre le había gustado. A ella le parecía que las discusiones entre amigos eran sencillamente la forma más rápida de que dos personas inteligentes intercambiaran opiniones firmes. Sin embargo, para Arthur, una esposa que discutía era un desafío a su autoridad. Se notaba que él deseaba silencio, orden y consentimiento; mientras que ella quería... no estaba completamente segura de lo que quería exactamente, pero desde luego no el aburrimiento asfixiante de la casa de Eaton Square, ni la interminable sucesión de elevadas habitaciones llenas del tictac de los relojes, como corazones mecánicos, ni todas las cuestiones importantes del mundo reducidas a «la esfera de la mujer»; unos cuantos metros de territorio doméstico, e incluso aquello entraba en el feudo de su esposo.

El problema no había sido tanto el matrimonio como las expectativas que lo acompañaban. Por lo visto, una cosa era que ella repartiera panfletos y fuera catadora de cafés cuando estaba soltera y otra muy distinta la esposa de un miembro del Parlamento cuya función, de repente, era ceremonial. Se esperaba que estuviera junto

a Arthur en todas las visitas sociales, todas las citas para el té, todos los debates... nunca para hablar, sino sólo para aplaudirle con indulgencia, como personificación visual de la Aprobación de la Mujer.

Sin embargo, simultáneamente, él la había estado traicionando. Era una palabra melodramática, pero no se le ocurría ninguna mejor. Los Liberales para los que ella e innumerables sufragistas habían trabajado incansablemente durante años habían decidido repentinamente abandonar la cuestión del sufragio femenino. El mismo Campbell-Bannerman, el líder jovial y amable que había conocido en la Cámara de los Comunes, lo había denominado una «distracción». Y Arthur, con quién estaba prometida por aquella época, había aceptado obedientemente (no, con entusiasmo) la nueva línea de su partido.

—Es política, querida. Y la política es sencillamente una cuestión de prioridades. ¿De verdad darías prioridad al voto de las mujeres ante las pensiones de los mineros? —Por su tono, era evidente que ahora consideraba lo primero una especie de lujo—. Vamos —añadió—, no podemos dejar que esto cambie nada entre nosotros. Los vínculos entre marido y mujer son, seguramente, lo bastante fuertes como para superar una discrepancia política.

—Él no era consciente de que sus sentimientos hacia él y sus principios políticos nacían del mismo impulso. No había sido una cuestión de estrategia política, sino una cuestión de confianza.

Arthur no era un hombre cruel, pero sí un hombre convencional, y si las convenciones eran crueles, entonces el hombre lo sería también, sin darse cuenta de ello ni pretenderlo. Se percató demasiado tarde de que no todos los idealistas eran radicales. En la Cámara, Arthur expresaba su personalidad política a través de una devoción fanática a la miríada de reglas y mociones de la institución; en casa, la expresaba con desaprobación y crítica... y ahora con este ridículo asunto con el doctor Mayhews.

Curiosamente, el hecho de que le hubieran dicho que ella estaba enferma había hecho nacer en Arthur una ternura que antes no había visto. Él había descubierto por fin cuál era su papel: el de marido protector. Tal vez también se sentía un poco culpable, ahora que podía clasificar su comportamiento como una enfermedad, en lugar de como un defecto de carácter. Así pues, había comenzado a llevarle tazas de té, le había pedido una serie de platos reconstituyentes a la cocinera y le preguntaba atentamente por su salud siempre que se le presentaba la ocasión. La estaba volviendo loca. Y si ella profesaba la más mínima opinión sobre cualquier asunto, su cara adoptaba una expresión nerviosa mientras le recordaba que el doctor Mayhews había dicho que, por el momento, era mejor que evitara la pasión.

¡La pasión! La falta de pasión era el problema y no el exceso: Dios sabía que ella había intentado mostrárselo. Después de tanto tiempo limitada por los códigos distintos, pero igualmente restrictivos, que coartaban el comportamiento de una mujer soltera, durante su compromiso había esperado con impaciencia la mayor libertad que

ella creía que le proporcionaría el lecho matrimonial. Gracias a los hombres que la habían adorado hasta entonces, había llegado a esperar cierta cantidad de adoración por derecho. Sin embargo, la realidad había sido muy distinta. Después de una cierta incomodidad inicial (que ella suponía inevitable en dos personas inteligentes de su tiempo y lugar), había comenzado a llegar a lo que ella creía su límite cuando acabó la luna de miel y, con ella, cualquier inclinación aparente de Arthur de continuar sus placeres. Las relaciones tuvieron lugar, pero fueron mecánicas, y cualquier placer que ella obtuvo fue completamente fortuito. De hecho, las señales de placer por su parte parecían haberle causado rechazo: en un par de ocasiones, su entusiasmo la había alarmado tanto que había interrumpido el acto.

Evidentemente, su gusto por el orden en los asuntos domésticos también se extendía al dormitorio. Así pues, se había resignado a quedarse insatisfecha en ese aspecto. No era para tanto (después de todo, había vivido así durante la mayor parte de su vida adulta), pero era una decepción.

Naturalmente, ella sabía perfectamente que ninguna visita al médico iba a cambiar nada, pero negarse a ir ante el diagnóstico del doctor Mayhews la hubiera perjudicado. Mayhews hubiera podido enviarla a un manicomio incluso (no sería la primera vez). Así que allí estaba ella.

—¿Puede decirle a mi chófer que traiga mi coche a la entrada? Hay tantos, que no estoy segura de saber cuál es el mío.

Alzó la vista. La mujer que le hablaba al portero era alguien a quien ella conocía: Georgina Dorson, la esposa de uno de los amigos de Arthur.

—Hola, Georgina —dijo Emily.

La otra mujer se dio la vuelta.

—Vaya, Emily. No la había visto. Entonces, ¿usted también está en la lista del doctor Richards? Es maravilloso, ¿verdad?

—No sabría decirle. Ésta es mi primera consulta.

—Ah —dijo la señora Dorson con aire soñador—. Es una cura muy estimulante. Me siento una persona distinta después de su tratamiento. Más viva.

—Me alegra oírlo. —Emily pensó que, en realidad, no parecía muy viva. La otra mujer siguió contemplándola con una sonrisa extraña y beatífica, como si la hubieran drogado. Emily anotó mentalmente que no debía tomar ningún medicamento que le pudiera prescribir el doctor Richards.

—En cualquier caso, ahí está nuestro coche. Y mi chófer. Señor, creo que dormiré durante todo el viaje de vuelta a casa. Estoy agotada. Pero es maravilloso, querida. Maravilloso. ¿Qué hacíamos antes de tener doctores como él? —Georgina extendió un brazo para sostenerse mientras bajaba las escaleras.

—¿Señora Brewer?

Emily se volvió. Le hablaba un joven apuesto con un elegante traje de corte moderno, el cabello perfectamente peinado y una amplia sonrisa. La cadena plateada de un reloj colgaba como una segunda y más amplia sonrisa desde la lisa parte

delantera de su chaleco. Le hubiera tomado por un joven y próspero banquero o, tal vez, por el ayudante de un ministro o algo parecido antes que por un médico.

—Soy el doctor Richards —dijo, estrechándole la mano—. Sígame, por favor.

Caminó con brío hacia la parte trasera del edificio.

—Aquí —dijo, abriendo una puerta.

En la consulta había un escritorio, una pantalla y un par de sillas. Él le indicó dónde sentarse y, a continuación, se sentó junto a ella.

—Bien —dijo alegremente—. ¿Cuál es el problema?

—Creo que soy yo.

Él alzó las cejas.

—¿Perdone?

Ella se dio cuenta de que le gustaba o, más bien, que le resultaba agradable, lo que probablemente no era lo mismo.

—Parece que soy una decepción para mi esposo.

La sonrisa del doctor Richards se amplió.

—Bueno, he leído el informe del doctor Mayhews, que sugiere algo así. —Hizo un gesto hacia unos papeles que había sobre la mesa—. Aunque, por el momento, me interesa más saber si su esposo es una decepción para *usted*.

—¿A qué se refiere? —dijo ella, considerando si debía admitir la verdad ante ese joven. Aún podría tratarse de algún tipo de trampa: informaría al doctor Mayhews, y el doctor Mayhews a Arthur...—. Arthur tiene toda mi lealtad.

—Por supuesto. Pero, tal vez, ¿usted necesita ser leal? —preguntó él, clavando en ella sus rápidos ojos claros—. La lealtad sugiere un vínculo de obligación en lugar de amor, señora Brewer.

—¡Amor! —dijo ella, sin saber aún cómo responder.

—Quizá el amor... no ha resultado ser todo lo que usted esperaba.

—Sí —dijo ella. Era ridículo, pero la necesidad de confiar en alguien era tan poderosa, tan imperiosa que sintió que su pulso comenzaba a hacer un ruido sordo—. El amor no ha resultado ser lo que yo imaginaba.

Tomó un estetoscopio de la mesa y acercó aún más su silla, con sus rodillas casi entre las de ella.

—Voy a escuchar su ritmo cardíaco —dijo él, colocando la placa entre sus pechos. De repente, notó que el latido de su pecho aumentaba—. Está un poco acelerado —dijo él, desenganchándose de los oídos—. ¿Duerme bien?

—No siempre.

—¿Se siente inquieta?

—En ocasiones.

—¿Sabe usted cuál cree el doctor Mayhews que es la causa?

—Creo que le ha mencionado a mi esposo algún tipo de histeria. —Él alzó sus cejas.

—Percibo por su expresión que no está de acuerdo.

Ella dudó.

—¿Puedo hablar en confianza?

—Naturalmente.

—Me cuesta creer que sufra una enfermedad cuando las circunstancias que han ocasionado este problema están claras: concretamente, mi matrimonio con un hombre al que resulta que no le gusto demasiado.

El doctor Richards asintió.

—Es una reacción comprensible.

—Gracias —dijo ella, agradecida de haber encontrado a alguien que por fin no la consideraba defectuosa.

—No obstante —dijo el doctor Richards vivamente—, puesto que no podemos cambiar las circunstancias, debemos intentar alterar la reacción.

Vamos a tratarla, señora Brewer, y me refiero a ambos sentidos de la palabra.

¿Conoce la teoría ondulante de la salud?

Ella negó con la cabeza. En su interior sentía que había revelado demasiado, y ahora estaba enfadada consigo misma.

—La ciencia ha descubierto que toda existencia se basa en la oscilación —dijo el doctor, entrelazando sus dedos y fijando en ella su alegre mirada—. En las células que constituyen el tejido animal hay una pequeña oscilación en la velocidad oscilatoria que produce una víbora o un vertebrado, un puma o una lechera. ¡Toda naturaleza palpita, literalmente, con fuerza vital!

Y concretamente, en el caso de la mujer, que es la fuente de la vida, el espécimen saludable es aquél cuya sangre oscila al unísono con las leyes naturales del ser.

Si inducimos esa armonía, sentirá instantáneamente los beneficios. Cada nervio se refrescará, cada fibra se estremecerá con poderes renacidos. Viva sangre roja recorrerá sus venas. Se sentirá vigorizada y revitalizada. Muchas de mis pacientes salen de estas salas con el mismo optimismo de espíritu de quien ha estado bebiendo champán.

—Entonces, ¿por qué no lo hacen?

—¿Por qué no hacen qué?

—¿Por qué no beben champán? Desde luego, debe de ser más barato.

El doctor Richards frunció el ceño.

—Señora Brewer, creo que no entiende lo que le estoy diciendo. Vamos a devolver el tono y el vigor a todo el sistema. Volveremos a revivir su energía femenina.

—¿Y cómo pretende conseguirlo, exactamente?

—Ritmoterapia. O, para ser más precisos, mediante el uso del principio percusivo en el tejido afectado. Es una sensación relajante, se lo aseguro, pero pronto la sacará de la histeria. Detrás de ese biombo encontrará un camisón; si se lo pone, la llevaré a la sala de tratamiento.

Se puso el camisón, un vestido suelto de fino algodón que se ataba por delante.

En la habitación de al lado había una mesa acolchada con cuero sobre la que habían extendido una sábana. Había una especie de aparato instalado en su base: veía un motor eléctrico y varios misteriosos objetos hechos de lo que parecía ser gutapercha, conectados al motor a través de cables, como los extremos de una cuerda para saltar.

—Por favor —dijo Richards, señalando la mesa.

Encendió un interruptor y, mientras se subía sobre el diván, el motor comenzó a vibrar.

Después, cuando todo acabó, se vistió con dedos temblorosos y cayó desplomada sobre la silla del doctor, mientras él llevaba a cabo algunas pruebas a sus reflejos y su pulso.

—Su ritmo cardíaco ya ha mejorado —comentó.

—Me alegro de oírlo.

—Y la congestión pélvica que describe el doctor Mayhews... ¿puede sentir si se ha aliviado?

—Desde luego, me siento distinta —dijo, entumecida.

Él la miró con una sonrisa.

—¿Casi como si hubiera estado tomando champán? —Se volvió a su escritorio y comenzó a redactar sus notas—. Tómese unos minutos, señora Brewer. Muchas de mis pacientes experimentan una sensación de sopor después del tratamiento. Es perfectamente normal: una señal de que la histeria ha sido derrotada, al menos temporalmente.

—¿Temporalmente?

—En la mayoría de los casos, no hay cura para los desórdenes histerocloróticos. Hay que volver periódicamente para repetir el tratamiento.

—¿Y con qué frecuencia debería volver?

—A la mayoría de mis pacientes una vez por semana les parece suficiente.

Debería mencionar que muchas complementan mi propuesta con los tratamientos de mis colegas. En este mismo edificio tenemos al doctor Farrar, que ofrece la irrigación ascendente, que consiste en dirigir un chorro de agua presurizada sobre la zona pertinente; es un método muy eficaz. Después están el doctor Hardy, que se especializa en electroterapia, por la que se aplica una suave corriente farádica; el señor Thorn, que es un experto en la administración del masaje sueco, y el doctor Clayton, que proporciona la fustigación eléctrica del útero. Incluso tenemos un partidario de la cura de habla vienesa, el doctor Eisenbaum, mientras que en el sótano hay en funcionamiento un balneario equipado con diversos aparatos hidráulicos.

—¿Y cómo se paga todo esto?

—A cuenta, naturalmente. Se le enviará una factura a su esposo todos los meses.

—¿Es caro?

Él pareció sorprendido ante su pregunta.

—Éste es un establecimiento costoso, señora Brewer. Después está el equipo... Un tratamiento tan eficaz no es barato.

Cuando ella se marchó, él miró su reloj. Aún le quedaba un cuarto de hora hasta su siguiente cita.

Alzando su pluma, volvió a leer lo que ya había escrito, haciendo unas cuantas correcciones mientras lo hacía. Añadió:

Se observan casi inmediatamente los penetrantes efectos del aparato oscilatorio.

Después de algunos minutos, el cuerpo comienza a temblar violentamente, señalando el comienzo del paroxismo histérico. Hay un grito; su cuerpo se curva en un arco y mantiene dicha posición durante algunos segundos. A continuación, se observan algunos ligeros movimientos de la pelvis. Poco después, se alza, vuelve a tenderse, profiere gritos de placer, ríe, realiza diversos movimientos lascivos y se hunde sobre la cadera derecha. A continuación, se transforma: el rápido nerviosismo impaciente que mostraba antes del tratamiento se ve sustituido por una disposición amable, una sonrisa ahuyenta el ceño, la furia reprimida característica de la histérica se ve suplantada por la calma y el dulce razonamiento. Verdaderamente, el descubrimiento del principio de apoyo transformará la medicina psiquiátrica en el próximo siglo.

Frunció el ceño. El día anterior había leído el artículo de un hombre llamado Maiser, que sugería que aquellas mujeres podían ser tratadas en casa, por sus propios maridos, y que «lo que en la actualidad llamamos tratamiento no es distinto a lo que cualquier esposo atento hace por su mujer». Era absurdo, por supuesto. Dejando a un lado todo eso, las histéricas eran pacientes excelentes: nunca se recuperaban ni empeoraban, y en la mayoría de los casos volvían para años de tratamiento. Alzando de nuevo su pluma, escribió:

La mecanización del tratamiento es indudablemente la clave de su éxito. No obstante, la habilidad anatómica y la pericia manual del médico, puto de la larga práctica, son los que dan los resultados.

Alguien llamó a la puerta. Dejó la pluma: su siguiente paciente había llegado.

SESENTA Y CINCO

El doctor Mayhews tenía razón; Arthur notó inmediatamente un cambio en su esposa. Después de visitar al especialista, había dormido durante la mayor parte de la tarde, pero la mañana siguiente había sido casi una mujer distinta.

Parecía... Buscó un término. Más calmada, eso era. Había una tranquilidad en ella que no había visto desde su compromiso. Y ya no protestaba cuando leía el periódico durante el desayuno. Lo único que parecía no haber mejorado eran sus pulmones: aún tosía cuando encendía su pipa después de las comidas, pero quizá no se podía tener todo.

Estaban desayunando juntos en un silencio amigable unos días después cuando él rió en alto por algo que había leído.

—Este escritor. Es muy divertido —dijo—. Algunas de las cosas que vio en África...

—¿Me lees un poco?

—Bueno. Probablemente, deberías conocer el contexto. —Sacudió las hojas y las levantó un poco—. Relativo a los franceses, ya sabes. En Teruda —dijo su voz espectral.

—¿En serio?

—Se llama Wallis. Robert Wallis. —Dejó a un lado el periódico para coger su pipa.

—¿Estás bien, querida? Pareces un poco pálida.

—Me siento un poco indispuesta. Y la habitación está bastante viciada.

Observó su pipa.

—¿Quieres que espere unos minutos antes de fumar?

—Gracias.

—O siempre puedes marcharte a la sala de estar.

—Sí, querido —dijo, mientras se ponía en pie—. Quizá, si me siento junto a la ventana, me sentiré mejor.

—Bien, ten cuidado de no coger frío.

—Si lo cojo, lo soltaré de nuevo inmediatamente.

Él la observó fijamente.

—¿Qué?

—Estaba bromeando, Arthur. No sé por qué. Estaba pensando en otra cosa en este momento.

—Por el amor de Dios —dijo él, volviendo a su periódico.

Más tarde, durante la comida, se produjo otro incidente. Él le explicaba a su invitado, un visitante de Francia, que los Liberales eran el gobierno más reformista que jamás había visto el país, que habían transformado las vidas de las clases

trabajadoras de forma irreconocible...

—Si es usted un hombre, claro —interrumpió su esposa—. No hay cambios para la mujer.

Su visitante sonrió. Arthur le lanzó una mirada preocupada a su esposa, temeroso de que fuera a retomar su obsesión.

—Recuerda tu afección, querida —murmuró, mientras Annie le servía unas verduras a su invitado.

Su mujer le miró; entonces, para su sorpresa, asintió mansamente y se quedó callada durante el resto de la comida. Pensó para sí que el cambio provocado por un diagnóstico médico era extraordinario.

SESENTA Y SEIS

Se había estado preguntando si los efectos del oscilador del doctor Richards serían distintos en su segunda visita. Quizá la fuerza de su reacción se debía a años de congestión pélvica, tal y como lo había denominado él, y esta vez no habría demoledora y abrumadora liberación de la histeria. De hecho, resultó ser todo lo contrario. Sólo pasaron unos minutos antes de que sintiera las palpitaciones que se acumulaban en olas, anticipando el incontrolable y aterrador comienzo del paroxismo.

Después, se sentó una vez más en su asiento, viéndole redactar sus notas.

Le gustaba la forma en la que escribía, rápida y hábil, con la pluma moviéndose rápidamente hacia arriba en pequeños movimientos rápidos, antes de bajar de nuevo a medida que formaba letras y palabras. Trazo... trazo... había algo hipnótico en ello.

—¿Qué escribe sobre mí?

Él no levantó la vista.

—Algunas de las cosas son técnicas.

A ella le pareció ver un acento circunflejo.

—¿Es eso francés?

A regañadientes, él respondió:

—En parte, sí. El trabajo pionero se llevó a cabo en el Instituto Salpêtrière de París. Los términos médicos aceptados son en francés. Y —dudó— aseguran la privacidad.

—¿La del paciente, quiere decir?

Pero se dio cuenta inmediatamente de que no se refería a eso; se refería a sí mismo, a las notas, no fuera que alguien las encontrara y pensara que lo que hacía era indecoroso. Se inclinó hacia delante. *Trop humide... La crise vénérienne...*

Viendo que ella miraba, él tapó la página con su brazo.

—Las notas de un médico son confidenciales.

—¿Incluso para el paciente?

Él no respondió.

—Pensaba —dijo ella con cuidado— que lo que hacemos aquí, la naturaleza del tratamiento, hace que semejantes finuras resulten redundantes.

Él bajó su pluma y la miró. Sus ojos azul grisáceo, apacibles y bastante bonitos la contemplaban pensativamente.

—Al contrario, señora Brewer. Las hace aún más necesarias.

—¿Tiene muchas pacientes?

—Más de cincuenta.

—¡Cincuenta! ¡Son muchas!

—La mecanización del aparato lo posibilita.

—Pero también debe de ser más difícil para usted.

Él frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Algunas de sus pacientes le gustarán más que otras.

—¿Y cuál es la diferencia?

Ella se dio cuenta de que buscaba cumplidos pero, de alguna manera, no podía parar.

—Debe de ser más fácil con aquellas que encuentra simpáticas. O las que son bonitas. Las que le parecen bonitas, quiero decir.

Él frunció aún más el ceño.

—¿Y qué tiene eso que ver?

Desesperada, dijo:

—¿Está usted casado, doctor Richards?

—En serio, señora Brewer. Debo pedirle que pare de hacerme esas preguntas. Si desea hablar, debería pedir cita con el doctor Eisenbaum para la cura de habla.

—Por supuesto —respondió ella, retrocediendo. Sentía una repentina e irracional necesidad de gritar. Después de todo, tenían razón, pensó: no soy más que una estúpida mujer histérica.

El coche esperaba fuera, pero le dijo a Billit que se marchara sin ella.

—Caminaré hasta John Lewis —le dijo.

Mientras caminaba hacia el sur por la calle Harley, le sorprendió la cantidad de mujeres que entraban y salían de los edificios. ¿Cuántas de ellas estaban allí por la misma razón que ella? Parecía inconcebible que las llevaran a todas a aquellas espléndidas habitaciones de techos altos y las arrastraran a paroxismos histéricos.

Siguió caminando hasta Cavendish Square y, a continuación, giró hacia la calle Regent. Aquél era el linde del Londres respetable: justo al este se extendía la barriada de Fitzrovia, mientras que al sur estaba el Soho. Al echar un vistazo a la calle Mortimer vio una fila de prostitutas que se inclinaba contra las verjas, inconfundibles en sus vestidos mugrientos y pasados de moda, con sus caras maquilladas como caricaturas de cabaré. Hubo un tiempo en el que hubiera cruzado para hablar con ellas, temeraria en su entusiasmo por salvarlas, pero ya no era tan rígida en sus certezas.

No entró en John Lewis: era el paseo que hubiera querido hacer, la posibilidad de quemar parte de la pesadez que había sentido después del tratamiento del doctor Richards. Y, si era honesta consigo misma, también parte de su vergüenza, la vergonzosa comprensión de que él no tenía más sentimientos hacia ella que si le hubiera estado operando un juanete o un hueso roto. ¡Qué fácil era confundir la atención con el afecto! Lo mismo ocurría con Arthur. A aquellos hombres no les disgustaban las mujeres exactamente, pero tenían en sus cabezas una especie de patrón de lo que debía ser una mujer, y cualquier desviación de la norma requería intervención, como si una fuera un reloj que debe atrasar a la hora correcta.

Como si se tratara de una burla, pasó directamente debajo de una valla publicitaria gigantesca que anunciaba Café Castle. Una pareja de novios, aún con sus trajes de boda, brindaban el uno con el otro con tazas de Castle. El titular decía: «PROMETO... darle Castle. ¡Lo que todo marido quiere!»

Como si el matrimonio fuera tan sencillo, pensó.

Un ruido al otro lado de la carretera llamó su atención. Un pequeño grupo de mujeres se había reunido en la acera. Una de ellas sostenía una pancarta: «¡HECHOS, NO PALABRAS!» Coincidió tanto con lo que ella estaba pensando que, por un momento, se sintió como si alguien lo hubiera escrito para ella. Entonces vio que eran sufragistas. Otras dos mujeres estaban desenrollando un cartel que decía en pintura negra: «Votos para las mujeres». El grupo alzó su andrajosa reclamación, lo que provocó que unos cuantos viandantes se detuvieran a mirarlas. Antes de que la vieran mirando embobada, Emily se volvió para ver su reflejo discretamente en un escaparate.

—¿Está comprando aquí, hermana? —Las palabras procedían de una mujer que estaba de pie junto a ella.

—No, no. Voy de camino a casa.

—Entonces, no le importará que haga esto. Apártese, por favor. —La mujer levantó la mano e hizo ademán de atacar la ventana. Emily se sobresaltó, pero se dio cuenta de que la mujer sólo estaba garabateando el trazo inferior de una enorme V con un lápiz de labios que escondía en su mano. Unos momentos después, el mismo eslogan de la pancarta estaba escrito en letras de color granate de un metro de alto sobre la ventana del escaparate.

Los gritos de indignación surgían por toda la calle a medida que el resto de las ventanas sufrían, simultáneamente, el mismo destino. Hubo un estrépito de cristales rotos. Se oyó el silbato de un policía. Cerca, alguien gritó:

—¡Eh, aquí! —Un hombre señalaba en dirección a ella—. ¡Es una de ellas!

—De repente, la mujer parecía alarmada.

—Rápido, tome mi brazo —dijo Emily. Dio un paso adelante y enganchó el brazo de la mujer en el suyo. Entonces la volvió de cara a la calle—. Mire hacia allí, como si usted también pudiera ver algo —instó a su acompañante—. Pero, haga lo que haga, no se mueva.

En efecto, un grupo de cuatro hombres pasó junto a ellas corriendo, en la dirección en la que ambas mujeres miraban, con los pies golpeando pesadamente sobre el pavimento. Sintió cómo el cuerpo de la otra mujer se ponía en tensión, y después como se relajaba.

—Creo que ya se han marchado —dijo Emily.

—Gracias. —Los ojos de la mujer brillaban triunfantes—. Hemos dado un golpe por la libertad.

—Pero ¿qué tienen que ver los escaparates con los votos?

—Nos hemos cansado de tanta cháchara. Tenemos un nuevo grupo: nos vamos a

volver un incordio. Si no lo hacemos así, nunca llegaremos a ninguna parte.

—Pero si se convierten en un incordio, puede que molesten tanto a los hombres que nunca nos concedan nada.

—¿Conceder? —Ahora caminan hacia Piccadilly, con la mujer dando zancadas junto a ella, como si supiera adónde va. No obstante, de alguna manera, ninguna de las dos ha soltado el brazo que las une—. Hace que la igualdad suene como un regalo, como un ramo de rosas o un sombrero nuevo.

No lo es. Es nuestro derecho, y cuanto más lo pidamos educadamente, mayor es la falsa impresión de los hombres de que pueden negárnoslo. ¿Tiene dinero?

—Estoy casada.

—Pero ¿tenía dinero propio antes? Entonces paga impuestos. No hay un político vivo que crea en un régimen fiscal sin representación, excepto cuando se trata de las mujeres. ¿Por qué deberíamos permitirles que nos quiten dinero, cuando no podemos decirles cómo gastarlo?

—Créame —dijo Emily—. Estoy completamente a favor del voto para la mujer. He sido un miembro activo del Sindicato durante años. Es sólo que no estoy segura sobre lo de ser un incordio.

—Entonces venga a una reunión y déjenos convencerla. Esta noche, si es posible.

Emily dudó. La otra mujer dijo, impaciente:

—Tome, le anotaré la dirección. —Garabateó algo en una tarjeta y se la entregó—. ¡Despertaremos la fuerza femenina!

Eran casi exactamente las mismas palabras que había empleado el doctor Richards. Entonces, algo más la golpeó. Aquella mujer se sentía más fortalecida por su acto de vandalismo que ella, Emily, tras el tratamiento del doctor Richards.

Sintió una oleada repentina de emoción.

—Muy bien —dijo impulsivamente—. Iré.

SESENTA Y SIETE

«Picante»: un sabor amargo a carbón que, generalmente, se debe a un excesivo tostado.

L. K. SMITH, *Coffee Tasting Terminology*.

Tardé dos años en volver. Tal vez por casualidad, mi intento de viajar por Sudán coincidió con una pequeña confrontación militar entre Gran Bretaña y Francia, posteriormente conocida como el Incidente de Teruda. Descubrí que tenía ciertas dotes como corresponsal extranjero y, al menos durante una temporada, evité la inanición. Desde Egipto subí hasta Italia. Pasé el verano en las orillas del lago Como, el mismo periodo durante el que terminé, y destruí, una novela sobre un hombre que se enamora de una esclava. Era un libro terrible, pero escribirlo era el paso siguiente para pasar página, y, una vez las llamas engulleron hasta la última página del manuscrito, supe por fin que me había liberado de ella.

Durante aquel largo retorno descubrí algo importante. Había amado a Fikre, quizá no como merecía ser amada, sino con una absoluta pasión física, e incluso un poco más. A pesar de lo que había sucedido, descubrí que esperaba que fuera feliz. Puede que aquello no fuera un gran descubrimiento, como darle nombre al lago Victoria o localizar las fuentes del Nilo. Pero para mí era territorio virgen que había que marcar en el hasta entonces blanco atlas del corazón.

Durante el tiempo que había estado fuera, Londres se había reinventado a sí misma una vez más. Oscar Wilde, John Ruskin y la reina Victoria habían muerto con apenas unos meses de diferencia, justo al final del siglo; todas aquellas imponentes reinas victorianas se habían acompañado unas a otras a la tumba. Ahora, en lugar de Pater y Tennyson, la gente hablaba de J. M. Barrie y H. G. Wells. Las calles estaban llenas de lo que Pinker había denominado autocinéticos, pero que ahora se conocían como coches motorizados. El electrófono se había convertido en teléfono, y se podía usar para hablar con cualquier lugar del país, e incluso con Estados Unidos. Y el ambiente, aquel indefinible perfume de una ciudad, también había cambiado. Londres estaba bien iluminada, bien administrada y bien regulada. Los bohemios, los decadentes y los dandis habían desaparecido, perseguidos por las sombras de las farolas eléctricas, y en su lugar, las respetables clases medias habían tomado el mando.

Había querido evitar Covent Garden. Pero las viejas costumbres no se olvidan fácilmente, y tenía algunos asuntos en la calle Fleet que me llevaron en esa dirección: se trataba de unos cuantos articulillos sobre mis viajes que había conseguido colocar. Dejé las oficinas del *Daily Telegraph* con un cheque de doce libras en mi bolsillo. Casi inconscientemente, mis pies me llevaron a la calle Wellington. Allí también

habían cambiado muchas cosas: había tiendas y restaurantes donde una vez sólo había habido casas de placer. No obstante, el número 18 seguía en el mismo lugar de siempre. Incluso los muebles de la sala de espera de la primera planta parecían ser los mismos, y si la *Madame* no me reconoció, mucho mejor (yo tampoco estaba seguro de reconocerla a ella).

Elegí una chica y me la llevé arriba. Ella también era nueva, pero había practicado lo suficiente su profesión como para ver que no quería que me molestara parlotando, y tras exclamar ante los extraños tatuajes de mi pecho, me dejó seguir adelante. Sin embargo, había algo que no iba bien. Al principio sólo pensé que estaba desentrenado. Entonces me di cuenta de qué era lo que me incomodaba: de alguna manera, me resultaba extraño llevar a cabo el acto sexual sin intentar dar placer. Traté de recordar cómo solía hacerlo antes. ¿O sencillamente había dado por hecho que todos aquellos gruñidos y gemidos implicaban que lo estaba haciendo bien?

Extendí los brazos y acaricié diversas partes de su cuerpo: jadeó atentamente, pero estaba actuando. Traté de frotar y acariciar con más fuerza, y me pareció que suspiraba.

Me detuve.

—¿Harás algo por mí?

—Por supuesto, señor. Cualquier cosa. Aunque puede que tenga que pagar un poco más...

—No es un... servicio. O, en cualquier caso, no uno que normalmente proporcionas. Quiero que me muestres cómo te das placer.

Se incorporó, sonriendo, recorrió mis brazos con sus manos y frotó sus suaves pechos contra el mío.

—Usted me da placer con su enorme y duro miembro, señor —murmuró—. Cuando me lo da fuerte y duro.

—Ojalá fuera cierto. Pero si te toco... aquí... suavemente, y muevo mis dedos así... ¿te gusta?

—¡Ohhh! Es exquisito, señor. ¡No pare! ¡No pare!

Ahora me tocaba a mí suspirar.

—No, dímelo de verdad.

Parecía confusa. Pensé: «La pobre muchacha ni siquiera conoce las reglas del juego. Está intentando decidir qué decir».

Por fin, dijo con cautela:

—Todo lo que me hace es agradable.

—¿Tienes novio? ¿Un amigo? ¿Qué te hace?

Ella se encogió de hombros.

—Túmbate —dije—. Te voy a tocar, y, cuando te guste, dímelo.

Aún confusa, se tendió sobre su espalda y se sometió a mis dedos.

—Pero señor —dijo después de un rato—, ¿por qué quiere hacer esto?

—Quiero saber cómo complacer a una mujer.

Hubo una pausa. Entonces, dijo con una voz distinta:

—¿De verdad quiere saberlo?

—Por supuesto. Si no, no lo preguntaría.

—Entonces, deme otra libra y se lo diré.

—Muy bien. —Fui a buscar su dinero.

Lo guardó en lugar seguro. A medida que volvía a subir a la cama, dijo:

—Acaba de hacerlo.

—¿Qué? Ah. —Sonreí—. El dinero.

—Eso es, señor. Ahora estoy más contenta que unas Pascuas.

—Me refiero a la cama.

Volvió a encogerse de hombros.

—Es lo mismo.

Insistí:

—Pero imagina que quisiera hacerte sentir... lo que tus clientes sienten.

¿Cómo lo consigo?

Ella negó con la cabeza.

—Pero no funciona así, ¿no es verdad? Si no, no tendría trabajo. Si las mujeres necesitaran lo que necesitan los hombres, no habría lugares como éste.

—¿Sabes...?, tienes razón —dije, golpeado por la profunda verdad de lo que había dicho.

—Bueno, sólo confirmo lo puñeteramente obvio. —Señaló mi miembro—. ¿Quiere que se la pele? Lo ha pagado.

Me gustaría decir que la escena terminó cuando yo me negué noblemente a que hiciera tal cosa, y que la conversación que acabábamos de tener era más valiosa para mí que una paja. Pero no sería cierto.

Hubo algo más: cuando me marchaba, dijo:

—¿Sabe?, me ha gustado hablar con usted. Puede volver, si lo desea.

—¿Y darte más dinero?

Rió.

—Eso también.

Me gustó. No la volví a ver, pero me gustó. Durante unos minutos de una soleada tarde, hablamos honestamente, y nos acostamos, antes de volver a nuestros asuntos y tomar caminos separados. Pensé que, tal vez, era lo máximo que se le podía pedir a la vida civilizada.

Mis artículos se publicaron y, durante unas semanas, supe lo que era ser agasajado. Recibía invitaciones a casas particulares: *soirées* en las que se esperaba que entusiasmara a la compañía con historias de salvajes sedientos de sangre y la exótica extrañeza de África, perfectamente envueltas con el tópico de que, algún día, el comercio convertiría el lugar en otra Europa. Los decepcioné. En mis artículos me habían obligado a rebajar el tono de mis opiniones o enfrentarme a que los rechazaran, pero en los salones de Mayfair y Westminster era menos circunspecto.

Observaba que los únicos salvajes sedientos de sangre a los que había conocido vestían piel blanca y uniformes caqui; que lo que ahora llamábamos comercio era sencillamente la continuación de la esclavitud a través de métodos más taimados; que los nativos entre los que había vivido eran tan sofisticados a su manera como cualquier otra sociedad que había conocido en Europa. La gente me escuchaba con educación, lanzándose mutuamente miradas de vez en cuando llenas de significado, y a continuación decían cosas como:

—Pero, en ese caso, señor Wallis, ¿qué debemos hacer con África?

Y yo respondía:

—Vaya, pues nada. Deberíamos marcharnos: admitir que no nos pertenece y marcharnos. Si queremos café africano, deberíamos pagar a los africanos para que lo cultiven. Pagarles un poco más, si es necesario, para que tengan la oportunidad de empezar a hacerlo. A la larga, revertirá en nuestro propio beneficio.

No era aquélla la respuesta que querían oír. En esa época, Londres estaba paralizada por una extraña manía cafetera. El gobierno brasileño participaba ahora en el cártel de los cultivadores, y estaba sosteniendo el precio mundial con enormes préstamos sacados de la Bolsa de Valores de Londres: generalmente, se presentaban a las horas de expedirlos, y a medida que aumentaba el precio, la gente intentaba invertir desesperadamente lo que podía.

Nadie quería oír que aquel milagro económico se basaba en la desesperación y la miseria y, generalmente, aquellos que habían empezado la noche absorbiendo cada palabra mía se habían marchado mucho antes de que terminara. Aquello me convenía: no estaba allí para hacerme famoso.

Sin embargo, en ocasiones, también era consciente de las miradas de reojo, incluso antes de haber dado mi opinión: mujeres mayores que alejaban rápidamente a sus hijas casaderas, maridos que dirigían a sus esposas al otro lado de la habitación. Parecía que no me aprobaban, y no sólo por mis opiniones sobre África.

Y en una de esas ocasiones, volví a encontrarme con George Hunt. Mi viejo amigo se había vuelto gordo y afable: ahora tenía su propia revista, una publicación literaria llamada algo así como *The Modern View*. Después de haber ahuyentado a mis oyentes con mis propias opiniones modernas, caminamos juntos hasta su club y nos acomodamos en un magnífico salón de la primera planta, donde pedimos brandis y puros.

Parloteamos de esto y aquello durante un rato y entonces, de repente, dijo:

—¿Conocías a Rimbaud?

—¿Quién?

—Arthur Rimbaud, el poeta francés. No me digas que no has oído hablar de él. — Me encogí de hombros—. Resulta extraordinario. Estaba instalado en Harar, como tú. Era comerciante de café también, aunque debía de estar trabajando para un negocio francés. Sus poemas son fantásticos; no obstante, deduzco que había dejado de escribir para entonces: escribió la mayoría aún en su juventud, como catamita de ese

viejo sapo de Verlaine, aquí en Londres... —Se detuvo—. ¿De verdad que no sabías nada de esto?

—Alguien me habló de él —dije secamente—. Me temo que no me creí ni una sola palabra. Y no, no coincidimos: se marchó de Harar justo antes de que yo llegara. De hecho, alquilé su casa.

—Increíble. —Hunt hizo señas a un sirviente del club para pedirle otros dos brandis—. Naturalmente, su etapa allí fue un tanto escandalosa. Había un rumor sobre una concubina nativa, alguna esclava que le compró a un comerciante árabe y después abandonó cuando volvió a Francia. No obstante, dicen que para entonces era un hombre roto.

Asentí lentamente. Algo hizo un pequeño clic en mi mente, y de repente mi historia se reescribió una vez más. «Habla inglés como un francés...» ¿Qué más le podía haber enseñado un hombre así? ¿La certeza de que algunos se mentirían a sí mismos por amor? Pero aquéllas eran cosas para reflexionar en otro momento, en privado.

Hunt le daba una bocanada al puro.

—Pero imagino que ese tipo de cosas allí no son tan extrañas. Sin duda, tú también habrás tenido ese tipo de aventuras. —Me contempló con ojos ávidos.

—¿Son buenos sus poemas? —pregunté, haciendo caso omiso de su pregunta. Se encogió de hombros.

—Son revolucionarios, y eso es lo que importa hoy en día. *Vers libre*: eso es lo que se escribe ahora. Los poetas irlandeses son bastante interesantes en este momento; después, naturalmente, están los estadounidenses... todos quieren ser Whitman. La lírica inglesa se ha ido a la mierda. —Sacudió la ceniza en un platillo—. Pero ibas a hablarme de tus correrías.

—Ah, ¿sí? —dije con aspereza.

—Si mal no recuerdo, en su momento me escribiste... ¿algo sobre haberte enamorado de una nativa? —preguntó sin inmutarse. Miró a su alrededor—. Vamos, hombre. No nos oye nadie. Y, por supuesto, no repetiré ninguna... confidencia interesante.

De repente comprendí por qué había sido objeto de aquellas miradas desaprobadoras.

—Entonces, ¿ha habido chismorreo?

Sonrió con satisfacción y, a continuación, dio marcha atrás apresuradamente mientras recordaba que, si lo había habido, sólo podía haber procedido de él.

—Especulación, Robert, especulación. Pero *hubo* una nativa, ¿no es así? ¿Una venus hotentote?

—Hubo una chica —dije—. Y, durante un tiempo, creí estar enamorado de ella.

—Entiendo. —Le dio otra chupada a su puro y me observó a través de una gruesa madeja de humo gris, suave como la lana—. Tal vez sea una historia que preferirías reflejar sobre el papel. Necesito autores, ¿sabes?

—Mis días como poeta han acabado.

—No me refería a la lírica, necesariamente. —Alzó su *brandy* y se dirigió a sus profundidades de color ámbar—. El *View* no es lo único que publico.

También hay libros para caballeros exigentes. Hago que los impriman en París.

—¿Te refieres a pornografía?

—Si quieres llamarlo así... He pensado que tal vez... dado que eres escritor, y probablemente necesitas ingresos... Y el enfoque africano sería fantástico. He oído que esas mujeres, con sangre más caliente, son extraordinarias. ¿Qué te parece una *Fanny Hill* negra o *Mi vida secreta* entre los nativos? Sé que se vendería.

—Estoy seguro de que sí —dije, posando mi vaso—. Pero yo no soy el hombre adecuado para escribirlo. —De repente, sentí náuseas. El humo de su puro alcanzó mi garganta, agrio y bilioso. Me puse de pie.

—Buenas noches, George. Búscate otro idiota que te caliente.

—Espera —dijo rápidamente—. No te precipites. Debes saber que no podrás vivir de Teruda para siempre. Mis escritores... los cuido. Un artículo aquí, un poema colocado allá... Eres justo el tipo de hombre que podría beneficiarse de ser leído en nuestras páginas. Hemos publicado a Ford Madox Ford, ¿sabes?

—Vete a la mierda, George.

Sonrió con suficiencia.

—No seas tan puñeteramente convencional.

Según salía, me dijo:

—A veces veo a la hija de Pinker, Emily.

Me detuve en la entrada.

—Se casó bien. Con un completo pelmazo. Hiciste bien en huir.

No me volví. Seguí mi camino.

SESENTA Y OCHO

Emily era un capítulo de mi vida que sabía que estaba cerrado, pero su padre era otra historia. Definitivamente, no podía retrasarlo más. Bajé a Limehouse y dejé mi tarjeta en su oficina.

Me hizo esperar, por supuesto. Mientras me sentaba en una de las antesalas, observé una interminable sucesión de mozos que pasaban en fila india junto a mí con sacos de yute sobre sus hombros (de hecho, no era tanto en fila india, sino *desfilando*, pues cada hombre caminaba a paso rápido hacia una hilera de camiones que esperaban en la calle). Me pregunté por qué no los guardaban en el almacén, pero tal vez ahora se emplearan para otras cosas.

Entonces vi una cara que reconocí: Jenks, el secretario, aunque estaba claro que ahora era mucho más que un secretario. Tenía dos ayudantes que corrían detrás de él mientras se apresuraba de un lado a otro dirigiendo la carga.

—Jenks —le llamé.

—Ah, hola, Wallis. Habíamos oído que había vuelto. Y se ha cortado el pelo. — Fue un comentario extraño: me había cortado el pelo varias docenas de veces desde que le vi por última vez—. Nos preguntábamos cuándo le veríamos. —Siguió caminando mientras hablaba, así que, al igual que sus ayudantes, me vi obligado a levantarme y seguirle—. Ahí —le dijo a uno de ellos—, ahí arriba, en la segunda planta. ¿Lo ves? Hay espacio para otros quinientos, como mínimo.

Me detuve, sin habla por lo que veía frente a mí.

El almacén no sólo estaba lleno: estaba hasta los topes. A cada lado, los muros de sacos de café alcanzaban el techo. No había ventanas, tan sólo un par de estrechas hendiduras en las lejanas alturas, donde los sacos se habían apilado contra las verdaderas ventanas, y se colaban un par de rayos de luz. Apretados entre los grandes montones había diminutos y sinuosos pasillos, escaleras hechas de sacos, agujeros de gusano... tan sólo en aquel almacén debía de haber, al menos, más de cincuenta mil sacos.

Había uno abierto cerca de donde estábamos. Me agaché y saqué unos cuantos granos para olerlos.

—Típico indio, si no me equivoco.

Jenks asintió.

—Su paladar siempre fue certero.

Levanté la mirada allí donde las torres de sacos se desvanecían en la penumbra.

—¿Es todo igual? ¿Para qué es?

—Será mejor que suba —dijo Jenks.

Pinker estaba sentado frente a su escritorio. La máquina de la cinta de teletipo repicaba silenciosamente para sí misma; él sostenía el papel en sus manos ahuecadas,

leyendo los símbolos y soltándolo, recogéndolo de nuevo casi inmediatamente para leer los símbolos que los habían sustituido, como alguien que bebía de un río caudaloso.

—Ah, aquí está, Wallis. De vuelta, por fin —dijo, como si sólo hubiera ido al West End a comer—. ¿Qué tal África?

—África no ha sido un éxito.

—Eso supuse. —Apenas me había mirado aún, pues recorría continuamente sus pulgares sobre la extraña rúbrica que emitía la máquina.

—El almacén está repleto —comenté cuando no dijo nada más.

—¿Eso? —Sonó sorprendido—. Eso no es nada. Debería ver los depósitos.

Ahora tengo cuatro; todos más grandes que éste, y completamente llenos. He tenido que alquilar espacio extra hasta que termine.

—¿Hasta que termine, qué?

Entonces me miró, y me quedé perplejo ante lo mucho que se parecía a Emily físicamente. Sin embargo, en sus ojos había una luz extraña, una especie de agitación nerviosa.

—Mi ejército está casi listo, Wallis —dijo—. Estamos casi a pleno rendimiento.

Pinker explicó que había tenido una revelación. Por fin había comprendido que el mercado cafetero era cíclico. Si el precio subía, los propietarios de las plantaciones plantaban más, pero puesto que las plantas semilleras necesitaban cuatro años para producir una cosecha, los efectos sobre el mercado no se percibían hasta entonces. Por tanto, cuatro años después de un aumento de precio se daba una saturación; el café que se había plantado en los años de escasez llegaba al mercado en cantidades constantemente crecientes, hasta que el exceso de oferta provocaba, inevitablemente, que los precios cayeran, y los propietarios de las plantaciones se quedaban sin negocio o cambiaban de cultivo. Entonces, cuatro años después, aquello provocaba otra escasez; los precios aumentaban y los cafeteros se expandían de nuevo.

—Un ciclo de ocho años, Wallis. Tan inmutable e inexorable como la luna creciente y menguante. El cártel puede enmascararlo, pero no pueden erradicarlo. Y cuando me di cuenta, supe que le tenía.

—¿Tenía a quién?

—Bueno, a Howell, por supuesto. —Pinker sonrió tenso—. Pronto aullará. —Se detuvo, pareció casi sorprendido—. Me ha hecho usted ingenioso, Robert.

Llevaba años esperando, según dijo, a que el ciclo llegara al punto en el que el precio estaría bajo la presión de los ritmos naturales del mercado.

—¿Y éste es el momento? Pensaba que el consenso en Londres era que el precio aumentaría.

Se encogió de hombros.

—El gobierno brasileño afirma que así será. Tienen un nuevo plan: lo llaman valorización. Están pidiendo grandes préstamos para comprar todo el café de sus granjeros, y así suavizar su paso al mercado. Pero no puede durar. El mercado es

como un río: sólo se puede contener durante un tiempo, y cuando el dique revienta, se lo llevará todo.

Cruzó hasta un mapa del mundo que dominaba la pared.

—He estado haciendo preparativos, Robert. Ha visto algunos de ellos abajo... pero éstos son sólo los visibles. Lo que no se ve es lo que provocará el cambio. Redes, alianzas, tratados. Arbuckle en la costa oeste. Egbert en Holanda. Lavazza en Milán. Cuando actuamos, actuamos juntos.

—¿Han creado un cártel?

—¡No! —Pinker se volvió—. Hemos formado lo contrario a un cártel. Se trata de una asociación de empresas que creen en la libertad, en el libre movimiento del capital. Se vuelve a unir a nosotros en un momento prometedor.

—Ah. No he vuelto para pedirle que me devuelva mi empleo. Sólo quería pedir disculpas.

—¿Pedir disculpas?

—Por defraudarle.

Pinker frunció el ceño.

—Está todo bien. Emily está bien casada. Naturalmente, la muerte de Hector fue una tragedia, pero fue un accidente que él mismo provocó: esas cosas pasan. Y, mientras tanto, Robert, necesito a alguien con el conocimiento que usted tiene sobre el café.

—Lo que tiene ahora en su almacén apenas puede llamarse café.

—Sí. ¿Y sabe qué? Gracias a nuestra publicidad, el cliente piensa que sabe mejor que el arábigo de más calidad. Si pone una taza de Castle junto a una taza de moca de Harar, preferirían Castle. Parece ser que la nariz de una ama de casa es más fácil de guiar que lo que usted tiene en sus pantalones.

—Menosprecia a sus clientes —dijo, sorprendido.

Pinker negó con la cabeza.

—No los menosprecio. No siento absolutamente nada por ellos. En un negocio de éxito no hay lugar para los sentimientos.

—Sea como sea, éste no es lugar para mí. Pretendo vivir de mi pluma de ahora en adelante.

—Ah, sí... he leído esos artículos suyos. Eran muy divertidos, aunque iban un poco desencaminados. Sin embargo, Robert, no hay ninguna razón por la que no debería seguir escribiendo para los periódicos, al mismo tiempo que trabaja para mí. De hecho, podría ser útil. Podría sugerirle algunas vías que explorar, aclararle ciertos asuntos...

—No es así como funciona.

—Entonces querrá establecerse. —Su voz apenas había cambiado, pero había una chispa peligrosa en su mirada que no había antes—. Trescientos al año, ¿no era así? Y trabajó... ¿cuánto? ¿Seis meses? Digamos que debe mil, y no se olvide de la calderilla. —Extendió la mano—. Un cheque servirá.

—No puedo pagarle —dije en voz baja.

Sonrió ligeramente.

—Entonces más le vale que se quede con nosotros hasta que pueda hacerlo.

A mi salida, me volví a encontrar con Jenks. Tenía la sensación de que había estado esperándome.

—¿Y bien? —dijo.

—Parece que me quiere como empleado de nuevo.

—Me alegro de oírlo, Wallis.

—¿En serio?

—Sí —suspiró—. El viejo... a veces creo que se ha vuelto un poco raro, ¿sabe? Tal vez juntos podamos... bueno, calmarle.

SESENTA Y NUEVE

Lo curioso era que, en realidad, Pinker no tenía ninguna función real para mí.

En ocasiones me buscaba y me echaba un sermón sobre lo malo de fijar los precios o las iniquidades de la Bolsa. A veces hacía que Jenks me trajera recortes que ensalzaban el éxito del plan brasileño: un modelo para un futuro próspero; uno que probablemente seguirán de cerca aquellos que quieran traer la estabilidad al azúcar, la goma, al aceite de palma y al resto de los mercados del mundo, según escribió un autor. En el margen, Pinker había garabateado una sola palabra: IDIOTAS.

Una vez, cuando recibió una crítica especialmente mordaz de sus oponentes, me miró y dijo:

—Escriba una nota sobre ello, Robert. Nunca lo recordará con precisión, a menos que lo haga.

—Pero es poco probable que necesite recordarlo.

—Escríbalo todo —insistió—. Así, cuando vaya a contar la historia, no tendrá que conjeturar: tendrá la prueba.

—¿La historia? —dije, pensando aún en cuál de mis bolsillos había colocado la pluma. Entonces entendí a qué se refería, y por qué me quería por allí.

—Quiere que sea su biógrafo —le dije a Jenks cuando nos quedamos solos.

Asintió.

—Cree que está haciendo historia. Siempre lo ha hecho. Emily solía registrar sus palabras. Desde que se casó, no ha tenido a nadie que lo haga.

—Hablando de Emily, ¿suele tener noticias suyas? —le pregunté con indiferencia.

Me miró, y parte del antiguo antagonismo volvió a su voz.

—¿Por qué las iba a tener? —dijo con frialdad—. Ahora está casada, tiene sus propias preocupaciones. No necesita mezclarse con gente como usted o como yo.

Después de aquello, hice lo que me pedía y mantuve un registro de las observaciones de mi patrón en mi cuaderno, el mismo en el que registraba mis apuntes poéticos.

Sí que capté algunos fragmentos de las noticias de la familia Pinker. Ada se había quedado en Oxford y se había casado con un catedrático; Philomena había «debutado», y asistía a fiestas sociales y se mezclaba con un grupo de artistas de Bloomsbury. Ya no había motivos para que fueran a las oficinas de su padre. En cuanto a Emily, desde que se casó se le había prohibido participar en el negocio.

—Su trabajo ahora consiste en ser una esposa, y la esposa de un político, además —dijo Pinker, irritado, la única vez que lo mencioné—. Sin duda alguna, pronto tendrá una familia propia de la que preocuparse. Y, mientras tanto, tenemos un negocio que llevar.

Llevaba el negocio de maneras cada vez menos convencionales. Por ejemplo, sin aviso previo, una huelga en los muelles paralizó los movimientos del café hacia el interior y el exterior del puerto de Londres. Aquello no era raro en sí (las huelgas eran habituales en aquella época), lo curioso era que había huelgas exactamente al mismo tiempo en Antwerp y Nueva York.

En consecuencia, el precio del café para el vendedor corriente subió. Sin embargo, en la Bolsa era otra historia. El café se guardaba en barcos que esperaban descargar: el *Támesis*, el *Hudson* y el *Scheldt* daban marcha atrás como cintas transportadoras defectuosas. Nadie podía comprar más hasta que se resolviera la disputa, y el precio bajó bruscamente... hasta que el gobierno brasileño se involucró y lo respaldó.

Naturalmente, para aquellos que habían almacenado café fuera del puerto de Londres no había problema: podían vender con grandes ganancias. Recordé aquella interminable fila de mozos que desfilaban por el almacén de Pinker, y me maravilló el alcance de su planificación.

Hizo una fortuna aquella semana, pero no se quedó satisfecho. Lo que de verdad ansiaba era la victoria, no el dinero.

—Eso ha sido una refriega, Robert. Hemos explorado su fuerza. La verdadera batalla está al llegar.

Comenzó a instruirnos a Jenks y a mí sobre el funcionamiento de la Bolsa.

Si Emily me enseñó a degustar y Hector a cultivar, fue Samuel Pinker quien me enseñó la misteriosa alquimia mediante la cual se creaba la riqueza en la City.

—Hemos vendido medio millón de sacos de café este mes, y hemos sacado un beneficio de dos chelines de cada uno. Ahora bien. ¿Y si hubiéramos tenido diez millones de sacos bajo contrato?

—No hay tanto café en la cadena de suministro —dijo Jenks, desconcertado.

—Sí. Pero supongan que nuestros sacos son hipotéticos. ¿Entonces qué?

—Entonces hubiéramos sacado veinte veces más en beneficios —dije.

—Exacto —asintió Pinker—. Y todo añadiendo unos cuantos ceros a nuestra situación. Entonces. Queremos esos diez millones de sacos. ¿Dónde los encontraremos?

Jenks se echó las manos a la cabeza.

—Es un acertijo, una estupidez. El café no existe, y nada de lo que digamos cambiará eso.

—Sin embargo, existirá en el futuro —insistió Pinker—. ¿Y si lo pudiéramos traer al presente, donde nos será de más utilidad?

Jenks hizo un ruido que sugería que la conversación se había vuelto ridícula.

Dije con calma:

—Si alguien tuviera un contrato para suministrar ese café en una fecha posterior...

—¿Sí? —dijo Pinker, ansioso—. Siga, Robert.

—Y si usted pudiera comprar ese contrato... bueno, su valor aumentaría o disminuiría en función de si el precio actual indica que representará beneficio o pérdida.

—Exacto —dijo Pinker con satisfacción.

—Pero ¿cómo le ayuda eso a nadie? —exigió saber Jenks.

—Por ejemplo, implicaría que un cultivador podría tener un seguro frente a una futura caída de los precios —dije—. Podría comprar un contrato que asumiera que caerían, y sacar un pequeño beneficio para compensar una pérdida mayor en sus cultivos.

—Sí —dijo Pinker—. Pero hay más, Robert... mucho más. Piense en ello como un acuerdo en el tiempo, un contrato en cuatro dimensiones. Un hombre que en su vida ha cultivado un paquete de café podría crear tal contrato: siempre podría comprar la mercancía para cumplir con el contrato si fuera necesario. Simplemente podría sustituir un contrato por otro llegado el momento. Estaría cultivando... —Hizo una pausa, buscando la palabra.

—Estaría cultivando capital, en lugar de café —dije.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros? —dijo Jenks, quejumbroso—. Tenemos café, Café Castle. La gente lo toma. La gente lo elige sobre el producto de nuestros competidores. Tenemos el deber de asegurar que sigue estando ahí, en las estanterías, y no sólo en el sentido hipotético.

—Sí —dijo Pinker, con un suspiro—. Tenemos un café. Y tiene razón, Simon: el acuerdo en el tiempo no debe distraernos en exceso. No importa lo fascinantes que sean las posibilidades.

Jenks creía que nuestro jefe se había vuelto un poco loco. Desde luego, Pinker tenía algunas ideas extrañas. En una ocasión, entró de un salto en el despacho que Jenks y yo compartíamos ahora y anunció que debíamos investigar el control del clima.

—¿Disculpe? —dijo Jenks, confundido.

—Concretamente, las heladas. La escarcha en Brasil mata millones de plantas de café pero, por lo visto, son impredecibles. —Hizo una pausa—. ¿Y si hay un patrón? ¿Un ciclo, incluso? ¿Y si... un verano seco en Australia, por ejemplo, o un tifón en Jamaica... y si pudieran hacer que las heladas fueran más probables en las tierras altas de Brasil?

—Nunca he oído nada parecido.

—No obstante, investigúenlo, ¿quieren? Tengo un sexto sentido sobre estas cosas.

Y así nos pusimos en contacto con diversas sociedades meteorológicas, y una sucesión de hombres raros con aparatos aún más extraños recorrían la calle Narrow. Un hombre trajo un artefacto en el que una docena de sanguijuelas vivas estaban unidas a diminutas campanas con cables: cuando las condiciones atmosféricas eran adversas (circunstancia a la que, según nos aseguró, las sanguijuelas eran especialmente sensibles), las sanguijuelas se contraían, tirando así de las cuerdas de

las campanas. Otro afirmó que el clima estaba condicionado por la conjunción de los planetas, como el horóscopo; otro, que la lluvia veraniega sobre el Pacífico era un vaticinio seguro de las heladas invernales en Brasil. Pinker escuchaba a todos con la misma firme atención.

Pero, a continuación...

—¡Pruebas! ¡Quiero pruebas! —farfullaba, y buscaba incansablemente al siguiente charlatán que viniera a tomarnos el pelo.

A veces, hacía referencia a acciones y valores y a otras formas más esotéricas de contrato, como *instrumentos financieros*. Era una descripción apropiada: era algo parecido a un músico, o un director, creando grandes sinfonías de flujo de caja con un movimiento de mano perfectamente programado.

Jenks era incapaz de oír aquellas melodías invisibles. Creo que se veía a sí mismo como el pragmático, el siervo diligente que se aseguraba de que su excéntrico amo siempre tuviera una camisa limpia que vestir y calcetines en los pies. Era Jenks quién se ocupaba de la agencia de publicidad ahora, quien negociaba los términos con Sainsbury y Lipton. En ese mundo de sentido común, un mundo en el que las mujeres compraban café porque se les decía que las convertiría en mejores esposas y los propietarios de las tiendas compraban café porque se les ofrecía mejor beneficio, él se sentía como en casa. Era el mundo más filosófico y teórico de la Bolsa el que le desconcertaba.

Pinker me dijo un día:

—Tiene instinto para las finanzas, Robert.

—Eso parece poco probable, dado que nunca he conseguido vivir sin deudas durante más de un día o dos en toda mi vida.

—No hablo de dinero. Hablo sobre las finanzas, un asunto completamente distinto. Y sospecho que el motivo es precisamente su actitud ante la deuda.

Simon no puede sacudirse la idea de que pedir prestado es algo malo, que el dinero que se debe se ha de ganar, y que se ha de pagar a los acreedores. Pero en este nuevo mundo de café hipotético y acuerdos en el tiempo, se pueden comprar y vender deudas y contratos con tanta rentabilidad como se venden los granos de café. —Me miró, tamborileando los dedos sobre la mesa—. Lo entiende, ¿verdad, Robert? Ya no somos comerciantes de sacos y granos. Somos comerciantes de *compromisos*.

SETENTA

El mismo café, servido al mismo tiempo, mostrará características aromáticas ligeramente distintas a personas diferentes. Asimismo, los mismos cafés mostrarán características ligeramente distintas cuando se sirven a la misma persona en momentos diferentes.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Para entonces, tanto los artículos como las invitaciones prácticamente habían desaparecido, tal y como había predicho Hunt. Sin embargo, había una casa en Pimlico a la que solía ir, más para llenarme de canapés y vino que para volver a contar de nuevo la historia de Teruda.

Y allí estaba ella.

Me daba la espalda, pero la reconocí al instante. Cuando se alejó de la persona con la que hablaba, y la vi de perfil, vi que había cambiado. Parecía un poco más preocupada, y su pelo, pese a habérselo cortado a la moda, no era tan brillante.

Ella no pertenecía al grupo de los que escuchaban mis palabras, pero su marido sí, y la hizo venir, como un estúpido.

—¿Puedo presentarle a mi esposa? —dijo—. Emily tiene un interés especial en África, señor Wallis.

Su apretón de manos fue breve, y la expresión de su cara, inescrutable.

—Claro —dije—, la señorita Pinker y yo somos viejos conocidos. Ambos trabajábamos para su padre.

El hombre se sonrojó ante aquello.

—Ya no es la señorita Pinker.

—Claro. Mis disculpas, señora...

—Brewer —dijo ella—, señora de Arthur Brewer.

—Y, en realidad, nunca fue empleada de su padre. Debería dejarlo claro —dijo Brewer, nervioso, mirando a su alrededor para ver quién podría estar escuchando—. Antes de su matrimonio solía echarle una mano con el papeleo y demás pero, hoy en día, ser mi esposa le da suficiente trabajo.

—Por supuesto —dije—, el trabajo no tiene nada de malo. —Ella alzó ligeramente las cejas ante aquella observación.

—¿Tiene trabajo, señor Wallis?

—No tanto como debiera.

—¿Vuelve a ser un *boulevardier*? —preguntó ella, con un deje de su antigua aspereza.

—Me refiero a que no el suficiente como para ocupar mi tiempo. Su padre me mantiene empleado, pero no tengo mucho que hacer allí.

—Pero es usted escritor —dijo Brewer—. He leído varios de sus artículos sobre

África... eran muy evocadores; casi se podía oler el polvo... —Y así se marchó, parlotando, mientras mis ojos permanecían fijos en su mujer.

Sí, había cambiado. Sus mejillas tenían ahora menos color, y su cara era más afilada. Sus ojos estaban ligeramente amoratados, como si no durmiera lo suficiente. Sin embargo, también había una beligerancia en su mirada que no había antes.

Brewer seguía parlotando sin parar. Evidentemente, no tenía idea de que ella y yo habíamos estado comprometidos. Aquello me sorprendió. ¿Por qué no se lo había dicho? Pero, asimismo, pensé que cualquier mujer querría mantener en secreto la forma en la que me había comportado con ella.

Era imposible. No podía hablar con él allí, y, además, la gente empezaba a mirar: tal vez su marido no conociera nuestra conexión previa, pero había gente en la sala que sí lo sabía, y de reojo vi a un par de mujeres que ya chismorreaban mientras se tapaban la boca con las manos. Le dije a Brewer:

—Señor, coincido con usted en todo lo que ha dicho hasta ahora, y, puesto que eso me lleva a creer que seguramente coincido con usted en todo lo demás, no parece haber motivo para prolongar nuestra conversación. —Saludé con un gesto de cabeza a su esposa—. Señora Brewer, me ha encantado volver a verla.

Me trasladé al otro lado de la habitación. Detrás de mí, oí a Brewer decir «¡Bien!» en tono dolido. No me importaba haberle ofendido: sólo me preocupaba si su mujer vendría tras de mí.

No lo hizo directamente, no podía con tantos ojos puestos en nosotros.

Estaba preparado para aquello. Di vueltas por la sala, hablando brevemente con uno, después con otro... permitiéndome a mí mismo ser arrastrado, como por accidente, a esquinas tranquilas y rincones discretos.

Aun así, no vino. Hasta que, por fin, justo cuando la sala comenzaba a despejarse, me di la vuelta y me la encontré detrás de mí, sustituyendo un vaso vacío de una bandeja.

—Dígame una cosa —dije en voz baja—. ¿Es feliz en su matrimonio?

Ella se puso tensa.

—Es usted muy directo.

—No hay tiempo para la diplomacia. ¿Es feliz con ese hombre?

Lanzó una mirada al lugar donde estaba Arthur, que no paraba de hablar.

—¿Es la felicidad el objetivo de un matrimonio?

—Tomaré eso como un no. ¿Puedo verla?

Ella se quedó callada durante un instante.

—¿Dónde?

—Dígamelo usted.

—Venga a la calle Castle mañana a las cuatro —dejó el vaso—. ¿Sabe, Robert?, se ha vuelto usted verdaderamente intenso —murmuró, mientras se alejaba.

Intenso: podría decirse así. Lo que había sentido cuando miré al otro lado de la habitación y vi su perfil, incluso antes de encontrarme con la agotada acusación de

sus ojos, fue ciertamente una emoción intensa. Pero era mucho más que eso.

A lo largo de mi vida he experimentado el deseo por muchas mujeres; la ternura por unas cuantas, el afecto y la admiración por muchas menos. Algunas de ellas eran un desafío; otras eran una diversión; otras por las que mi propia lujuria era una especie de dulce tormento extasiado.

Pero había una única mujer por la que había sentido aquel terrible dolor, aquel vacío anhelante y aquella desesperación. Y lo que lo hacía aún peor era saber que podría no haber sido así... que una vez la tuve casi al alcance de mi mano, y a continuación, sencillamente, la había tirado por la borda: la había destrozado con tanta seguridad y con tanto salvajismo como un niño destroza una nuez con una piedra.

«El amor sin besos, no es amor», cantaban los guerreros gala. ¿Qué es, entonces? ¿Qué es eso que permanece después de que el puro deseo ha desaparecido? ¿Cómo se llama esa cosa sin besos que quema con más ardor que un beso? ¿Esa cosa más terrible que el amor?

*Sin ella estoy vacío, una vasija a la espera de ser llenada.
Sin ella no soy nada, un libro sin palabras.*

Al día siguiente, yo estaba allí a las cuatro, pero ella no. El *café* estaba cerrado, los postigos también lo estaban, y por el aire de decadencia estaba claro que llevaba así algún tiempo. Observé que, aunque Pinker había cambiado el letrero que originariamente decía Taberna de Abstinencia de Pinker, no había podido resistirse a dejar alguna señal de su objetivo filantrópico. Debajo de las ventanas, una inscripción pintada sobre la madera negra aún decía: «Pues él será grande al ver al Señor, y no beberá vino ni ninguna bebida fuerte». No era una sorpresa que el lugar no hubiera prosperado.

Caminé de un lado a otro, esperando. Eran más de las cinco cuando por fin apareció, caminando con determinación hacia mí.

—Aquí —dijo, sacando una llave.

La seguí dentro. Capas de polvo cubrían las mesas de mármol, pero la cafetera que había detrás de la barra parecía limpia. Emily se acercó a un armario y sacó un tarro de granos de café.

—Están frescos.

—¿Cómo puede estar segura?

—Yo misma los traje la semana pasada.

No lo entendía.

—¿Por qué?

—A veces vengo sola a tomar un buen café. Lo que tenemos en casa es terrible. Y en ocasiones necesito un lugar tranquilo para reunirme... con ciertas personas. Un lugar que mi marido desconoce.

—Entiendo.

Me miró con dureza.

—¿Lo entiende?

—No la juzgaré por tener amantes, Emily. Dios sabe que yo he tenido las mías.

Molió el café, y el aroma inundó la habitación.

—¿Hay alguien ahora? —pregunté.

Ella sonrió.

—¿Un amante?

—¿Qué es lo que le hace gracia?

—Es sólo que se ha vuelto muy franco. No, no tengo ningún amante en este momento. Estoy demasiado ocupada para eso.

La observé durante un rato.

—¿Qué tipo de café es éste?

—Pensé que sabría decírmelo sin que yo se lo dijera.

Me acerqué a ella y olí los granos que estaba moliendo. El aroma era fragante, pero no tan floral como los que había llegado a conocer en África: tenía cierta vivacidad, también una acidez cítrica...

—Jamaicano —dije.

—En realidad, es keniano. La baya es grande. Hace poco que ha llegado al mercado. Lo recibo de un importador de Spitalfields.

—Parece que me equivoco en otra cosa más.

Cuando el café estuvo preparado, lo llevó a una de las mesas. Levanté mi taza: además de las notas cítricas y fragantes había un fondo suntuoso a grosella negra.

—Ha pasado mucho tiempo —dije por fin— desde la última vez que tomé un café tan bueno como éste. De hecho, me sorprende que aún posean estos cafés.

—No los poseemos. Perdían dinero y hubo que venderlos. Pero cuando descubrí que los nuevos propietarios pretendían convertirlos en bares, insistí en quedarme con éste. No creo que Arthur se haya dado cuenta siquiera de que existe: sólo le interesan las acciones y los valores, los que dan dinero. —Suspiró—. Es la ley de la jungla, ¿verdad? La supervivencia del más fuerte, y al infierno con el resto.

—Tras haber pasado algún tiempo en la jungla —dije—, puedo decirle que sus leyes son bastante más complejas de lo que se imagina.

Ella dejó su taza.

—¿Robert?

—¿Sí?

—¿Me dirá cómo murió Hector?

Así pues, se lo conté todo, sin dejarme nada excepto los detalles sobre los globos oculares y los testículos. Ella lloraba mientras yo hablaba, y las lágrimas se derramaban silenciosamente por sus mejillas. No hizo gesto alguno para secárselas, y pese a que anhelaba besarlas de su piel pálida, no me acerqué a ella.

—Gracias —dijo ella suavemente, cuando terminé—. Gracias por contármelo, y

también por lo que hizo. Sé que no le tenía mucho cariño a Hector, pero me alegro de que estuviera allí al final. Debió de ser un consuelo para él.

—Usted le amaba.

—Era muy joven.

—Pero usted le amaba... —Ahora me tocaba a mí dudar—. Le amó completamente. No como me amó a mí.

Ella volvió la cabeza.

—¿A qué se refiere?

—Tal y como le dije a su padre aquella mañana en su despacho, usted y yo éramos amigos. No amantes.

Fuera, en algún lugar, se produjo un súbito estrépito a medida que un ruidoso puñado de niños bajaba corriendo la calle, mientras hacían rodar sus aros con varas. Hubo un chillido, un grito entusiasmado y, a continuación, se marcharon.

—Lo que le dije a mi padre —dijo ella— fue que me quería casar con usted.

Aquello hubiera sido suficiente, sin duda.

—Pero usted estaba enamorada de Hector.

—Aquello había acabado mucho tiempo atrás. Tal y como supuestamente sabe, puesto que ha leído mis cartas. Él prefería la libertad de la soltería. Y usted... —se volvió hacia mí por fin, con ojos acusadores— usted se enamoró de otra persona bastante pronto.

—Sí.

—¿Quién era ella?

Me encogí de hombros.

—Se llamaba Fikre.

—Y usted... —hizo un gesto irónico— ¿la amó completamente?

—Supongo que sí.

—Entiendo.

—Emily... he pensado mucho durante los últimos años. Le pedí que se reuniera conmigo hoy porque quería disculparme.

—¡Disculparse!

—Sí. Mi carta. Fue... descortés.

—¡Descortés!

—Significaría mucho para mí que me perdonara.

—A ver si lo entiendo, Robert —dijo ella, dejando la taza con firmeza sobre el platillo—. Me pide perdón por la manera en la que rompió nuestro compromiso, ¿y por nada más?

—Soy consciente de que probablemente hay otras cosas...

—Bueno, pensemos en cuáles podrían ser esas cosas —dijo—. Le pidió a mi padre mi mano en matrimonio, sin ni siquiera mencionarme a mí que estaba considerando hacerlo. Pasaba cada noche después de estar conmigo en los burdeles de Covent Garden. ¿Creía que no lo sabía? Jenks le vio en más de una ocasión, y no

le supuso ningún problema informarme de ello, créame. Se marchó a África terriblemente enfurruñado, y me escribía aquellas horribles cartas en las que dejaba bastante claro que se sentía atrapado, incluso antes de enamorarse de otra persona...

Observé el interior de mi taza.

—Créame que haría lo que fuera, cualquier cosa, para enmendarlo. —Hizo un sonido de desdén—. ¿Es demasiado tarde? —dije.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para dejar todo aquello atrás. Para empezar de nuevo.

Incrédula, dijo:

—Se refiere a ser... ¿a ser lo que aquella mujer era para usted?

Le lancé una mirada. Dos manchas de color habían surgido en sus mejillas.

Lentamente, dije:

—Hasta que hayamos hecho eso... hasta que nuestros cuerpos hayan estado juntos... es como oler sin catar. Sería lo mismo que hablar por teléfono.

Quiero abrazarla, y estar dentro de usted, y hacernos sentir... bueno, no puedo explicar esa parte con palabras, pero quizá ya lo sepa. Sólo puedo decirle que aprender a sentir placer, el placer del amor, es como aprender a catar. El paladar cambia, al igual que cuando se aprende a degustar café.

—Y eso es lo que ha aprendido en sus viajes, ¿no es así? —dijo furiosa—. Cómo insultar a las mujeres.

—Pensaba que la continuación de mis sentimientos por usted después de tanto tiempo era más bien un cumplido —murmuré.

—En cualquier caso, es imposible.

—¿Por Arthur?

—No en la forma que se imagina.

—Tal vez con el tiempo...

—No. No lo entiende. En primer lugar, porque no soy ese tipo de mujer. No proteste, Robert, no hay nada que ninguno de los dos pueda hacer para cambiarlo. En segundo lugar, porque no puedo permitirme un escándalo.

—¿Y qué hay de los demás? ¿De los hombres con los que se reúne aquí?

—La gente con la que me reúno aquí son mujeres.

—Ah... —dije, confuso—. Pero ¿por qué?

Me miró a los ojos.

—Necesitamos un lugar privado donde planear nuestras acciones delictivas.

Seguía sin entenderlo.

—Soy lo que llaman una sufragista —explicó—. Aunque es un nombre que nos desagrada mucho. Es un intento de la prensa de hacernos parecer féminas inútiles.

—Ah —reflexioné—. Ha habido una serie de actividades delictivas, ¿no es así? Eslóganes pintados en paredes, mujeres intentando manifestarse en la Cámara de los Comunes...

—Ésas éramos nosotras. Al menos, algunas.

—Pero ¿qué pasará si las cogen?

—Iremos a prisión. Y no es «sí». Es «cuando».

—Podrían tener suerte.

Negó con la cabeza.

—Llegará un momento en el que el movimiento necesite prisioneros... mártires, si lo prefiere. Imagínese, Robert: esas «estúpidas», esas «sufragistas», dispuestas a ser encarceladas por nuestra causa. No podrán llamarnos el sexo débil entonces.

—¿Y su esposo?

—No lo sabe. Acabará descubriéndolo antes o después. Pero estoy preparada para eso.

—Tal vez le pida el divorcio.

—No lo hará. Daría mala imagen.

—Y... ¿por qué es tan importante? Quiero decir... la oportunidad de elegir a un miembro del Parlamento... de enviar a un patán pomposo como Arthur a la Cámara... ¿merece la pena ser encarcelada?

Me lanzó una mirada que sólo contenía certeza absoluta.

—Es la única forma que nos queda. Nos lo prometieron muchas veces, y siempre mentían. ¿Importa un miembro del Parlamento? Quizá no. Pero que te lo nieguen... que te nieguen el reconocimiento de que somos seres humanos con los mismos derechos que cualquier hombre... eso importa. Cuando un ejército avanza, Robert, no son ellos quienes eligen el lugar de la batalla sino aquellos que quieren detenerlos. El voto, la representación, es a lo que nuestros rivales se resisten. La Cámara de los Comunes es una ciudadela. Y, por tanto, debemos asaltarla o aceptar para siempre que no somos sus iguales.

—Entiendo.

—¿Nos ayudará?

—¡Yo! —dijo, estupefacto—. ¿Cómo?

—Este café... si nuestro grupo crece, necesitaremos lugares como éste.

Lugares donde podamos dejar las pancartas, reunirnos, y donde la gente interesada pueda venir a obtener más información. He estado buscando a alguien que lo dirija por mí. Ayer, cuando dijo que no tenía nada que hacer, se me ocurrió que lo haría muy bien. Podría pedirle a mi padre que le liberara, al menos por las tardes. Estoy segura de que aceptaría. Y usted podría vivir encima del café. Hay dos pisos completamente vacíos arriba: se ahorraría pagar el alquiler.

Negó con la cabeza.

—Me siento halagado, Emily, pero estoy seguro de que entenderá que es imposible. He publicado artículos, las cosas me empiezan a ir bien. No puedo renunciar aún más a mi libertad.

—Oh, sí. Lo entiendo perfectamente —dijo, con un súbito arranque de ira—. Cuando ha dicho que haría cualquier cosa para enmendarse, no era más que otra pose, ¿no es así? Cuando me ha pedido que me acueste con usted, era un bonito discurso,

¿verdad? Habla de buena gana sobre los placeres del sexo, siempre que se trate de placer sin responsabilidad, otra de sus «exquisitas sensaciones». ¿Recuerda aquella frase, Robert? Es la forma en la que describió una vez cómo era besarme. Pasó largo tiempo antes de que me diera cuenta de lo horrible que era aquello, lo que decía de la forma en la que me veía. —Me fulminó con la mirada.

—Será mejor que se marche.

Hubo un largo silencio.

—Muy bien —dije.

—Entonces, ¿a qué espera? Márchese. —Volvió la espalda, preparándose para ignorarme.

—No... quería decir «muy bien, dirigiré su condenado café».

—¿En serio? —Sonaba sorprendida.

—Eso es lo que he dicho, ¿no? No me pregunte por qué. Parece que tengo una ridícula incapacidad para decir que no a nadie de su familia.

—Sería una empresa considerable. Una vez se sepa que es aquí donde nos reunimos... Dicho de otra manera, será mejor que guarde un pico detrás de la barra.

—Estoy seguro de que nos las arreglaremos.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Se da cuenta de que nunca me acostaré con usted?

—Sí, Emily. Lo entiendo.

—Y el sueldo será bastante reducido. No podrá permitirse sus habituales cohortes de putas y concubinas. ¿Por qué sonrío?

—Sólo recordaba una negociación anterior con un Pinker sobre los términos de mi contrato. Estoy seguro de que, me paguen lo que me paguen, será suficiente para mis modestas necesidades.

—La modestia no es una palabra que asociaría con usted inmediatamente.

—Entonces, quizá pueda sorprenderla. No obstante, tengo algunas condiciones.

—¿Como cuáles?

—Me gustaría deshacerme de esas ridículas consignas. Ya resultará bastante difícil conseguir que la gente entre aquí sin que piensen que les voy a sermonear sobre la dicha de la abstinencia.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Nada de mezclas. Que me condenen si cojo cafés de todo el mundo para mezclarlos todos juntos en un lodo indescriptible.

—¿De verdad cree que puede sacar beneficio de esa manera?

—No tengo ni idea —dije—. Pero ¿le importa? Supongo que espero evitar las pérdidas.

Ella extendió su mano.

—En ese caso, Robert, tenemos un trato.

SETENTA Y UNO

La experiencia es fundamental a la hora de desarrollar un completo lenguaje gustativo, y la comprensión de una tremenda cantidad de matices de sabor que se esconden en el fondo de las sensaciones olfativas generales y gustativas concretas que identificamos como café. Obtener este tipo de experiencia lleva tiempo. No hay atajos.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Emily se había equivocado: la reacción inicial de Pinker a nuestra propuesta no fue favorable. Supongo que lo que le molestaba era la falta de decoro, que su hija casada empleara a alguien que una vez había sido cercano a ella. Recalqué que mi papel se limitaría a ayudar a poner en marcha el lugar y, finalmente, transigió.

—Una cosa, Robert. Recuerde que no podemos atrasar el reloj. Es mejor olvidar nuestros fracasos. Son nuestros triunfos los que nos llevamos al futuro.

En aquel momento no tenía claro si se refería a mi fracaso en África o a mi fracaso a la hora de casarme con su hija. Había otra posibilidad que no se me ocurrió hasta muchos años después: que podía no referirse a mí y hablar sobre sí mismo y sus propias relaciones con Emily.

Estuve ocupado durante las semanas siguientes. Había albañiles que supervisar, empleados que contratar, abogados con los que discutir... hubo una breve escaramuza legal cuando resultó evidente que ya no podíamos llamarlo Café Castle: al final lo llamamos el Café de la Calle Castle, y todo el mundo se mostró satisfecho. Me reuní con Frederick Furbank, el importador que le había suministrado a Emily su café keniano. Para mi sorpresa, el tipo había oído hablar de mí; de hecho, estaba bastante orgulloso de conocerme.

—¿Robert Wallis? —chilló, dándome un fuerte apretón de manos—. ¿El mismo Wallis que creó el Catálogo Wallis-Pinker? He de decirle, señor, que todos los comerciantes menores han adoptado una versión modificada de ese sistema. ¡Espere a que les diga a los demás que estoy comprando café para Wallis! —Resultaba raro pensar que había creado algo que tenía vida propia. Sin embargo, no sentía un gran orgullo de autor: lo cierto era que la fuerza impulsora había sido Pinker, y no yo.

Furbank y yo catamos algunos cafés juntos, y llevamos a cabo una selección inicial. Era extraordinario ver lo rápido que los africanos estaban sustituyendo a los sudamericanos en términos de calidad y cómo los cafés de proceso húmedo estaban desplazando los de proceso seco... Hablamos alegremente en jerga del comercio cafetero durante horas y, para cuando terminamos, supe que Emily tenía un proveedor que no la engañaría.

Una vez abrimos el café estuve ocupado en otro sentido: supervisando a los camareros, ocupándome de la máquina Toselli e incluso lavando tazas y platos

cuando la ocasión lo requería. Y, casi desde el principio, hubo una corriente constante de mujeres que entraban en busca de información. Siempre se les podía distinguir con expresiones decididas e inquietas mientras se colaban por la puerta, como si hubieran tenido que armarse de valor para dar aquel paso irrevocable.

El movimiento sufragista militante (la Causa, tal y como lo llamaban) ahora crecía rápidamente, avivado por las noticias de los periódicos sobre lo que estaba ocurriendo en Manchester y en Liverpool. Emily y sus compañeras pasaban largas horas en la habitación de atrás, debatiéndolo todo: su constitución, su ética, cuál era una acción legítima y cuál no lo era, cómo presentar sus argumentos... Para ser un movimiento cuyo eslogan declarado era «Hechos, no palabras», desde luego parecía tener mucho de esto último.

Hablaban sobre arengar a todo Londres, pero nunca parecían tener sellos suficientes.

De hecho, había ocasiones en las que pensaba que se trataba de entusiasmo, de aventuras de niñas. Pero entonces, al final de sus interminables reuniones, se ponían sus sombreros, se ataban las botas y, en lugar de subirse al ómnibus para irse a casa, salían solas o en parejas para pintarrapear eslóganes en edificios del gobierno con cubos de cal o para empapelar paredes con su manifiesto. Molly, Mary, Emily, Edwina, Geraldine y el resto ya no eran «ángeles domésticos», sino ángeles vengadores. He de admitir que aquellas escapadas nocturnas me llenaban de desazón. Me habían enseñado desde pequeño que las mujeres eran criaturas frágiles, y me resultaba una idea difícil de quitarme de la cabeza.

—No tiene que quedarse ahí con el ceño fruncido —dijo Emily una noche, mientras se preparaba para pegar carteles en el puente de Chelsea—. Si está preocupado, venga con nosotras.

—¿Qué le hace creer que estoy preocupado?

—Tiene que ver con la forma en la que ha lustrado esa taza tan a fondo, que casi la ha agujereado. En serio, estaré perfectamente, pero venga si lo desea... de hecho, sería útil, podría sujetar el cubo mientras extiende el engrudo.

—Muy bien. Si me necesita, iré.

—No he dicho que le necesitara, Robert. He dicho que resultaría útil.

—¿Hay alguna diferencia?

—Tal y como mi padre diría, hay una distinción.

Paramos coches de caballos en la calle: cinco damas con rollos reivindicativos bajo el brazo, cada una con un pequeño cubo de engrudo y una brocha, y yo. Me encontré pensando que, si alguna vez el gobierno decidía sofocar aquella sedición, no le resultaría muy difícil.

Emily y yo nos apeamos en el Embankment. Ella comenzó a desenrollar los carteles pero, pese a la neblina, corría un viento fresco, y no era fácil cubrirlos de engrudo.

—Nunca hubiera conseguido hacer esto sola —le dije, mientras uno de los

carteles volaba por el puente por cuarta vez. Me abalancé a recuperarlo.

—Sí, bueno, tiene la satisfacción de saber que, después de todo, resultaba necesario —dijo ella, enojada, tratando de sujetar su sombrero.

—¡Está molesta!

—Claro que estoy molesta. No consigo que estas malditas cosas permanezcan en el enladrillado. —Me entregó un fajo de carteles—. Si es usted tan útil, péguelos usted.

—Encantado.

Los pegué mientras ella vigilaba.

—Musulmanes —dijo ella de repente.

—¿Qué?

—Musulmanes. Eso es lo que se dice cuando aparece un policía, ¿no?

—Ah... quiere decir *moros*. De moros en la... —Miré al otro lado del puente. Dos agentes de policía paseaban por el lado de Lambeth hacia nosotros—. De hecho, se dice «¡Corra!».

Se oyó el sonido de un silbato y, a continuación, el ruido sordo de los pies resonó sobre el puente.

—¡Más rápido! —la insté, tomándola del codo.

Nos abrimos paso hacia Parliament Square, empapelando todos los edificios públicos a nuestro paso. Entonces, junto al puente de Westminster, vimos un coche motorizado. Estaba aparcado a un lado de la calle; era evidente que el chófer había salido a comer un bocado. Sobre el capó había una bandera del gobierno.

—Ése es el coche del ministro del Interior —dijo Emily.

—¿Está segura?

—Segurísima. Arthur le conoce. Vamos, empapelémoslo.

—¿Qué?

—Es una oportunidad fantástica —dijo ella, impaciente—. Es mucho más probable que lea un cartel pegado en su propio coche motorizado que en un puente. Y sólo para asegurarnos, también empapelaremos el interior.

—Pero Emily... no puede.

—¿Por qué no? —Ella ya estaba desenrollando media docena de carteles.

—Porque es... bueno, es un coche. Es una máquina hermosa. Algo hermoso.

—Bueno, en ese caso —dijo, sarcástica—, demos una vuelta hasta encontrar algo feo que empapelar, ¿le parece? No es culpa mía que el ministro del Interior haya elegido este precioso aparato para que le lleven. Es el mensaje lo que cuenta.

—Pero piense en el pobre chófer... el lío en el que se meterá.

—Es desafortunado, pero mírese a sí mismo —dijo ella, extendiendo engrudo en el reverso de cuatro o cinco carteles—. Vigile, ¿quiere?

—No es justo —protesté, aun mientras hacía lo que me pedía.

—El problema de las mujeres, Robert —dijo mientras pegaba el dorso grasiento del primer cartel en la inmaculada carrocería del coche—, es que no somos

caballeros. Y no estamos jugando el juego, estamos peleando la lucha.

—¡Eh! —Se oyó un grito. Me volví. Nuestros amigos policías nos habían localizado de nuevo.

Bajamos numerosas callejuelas a toda velocidad, hasta que por fin la arrastré a una entrada tranquila y oscura, el porche de alguna distinguida mansión. Esperamos, escuchando. Las calles estaban silenciosas.

—Creo que los hemos perdido —dije—. Deberíamos esperar cinco minutos, para asegurarnos.

—¿No es maravilloso? —dijo. Sus ojos brillaban.

—¿Maravilloso? —dije, poco convencido.

—Usted siempre quiso ser un rebelde. Ahora lo es.

—Y usted es mi ayudante.

—Es al revés, sin duda. Usted es *mi* ayudante. Y muy bueno, además.

No pude evitarlo... aquellos ojos centelleantes; los labios jadeantes; el movimiento ascendente y descendente de su pecho mientras recuperaba el resuello... era tan similar a una situación en la que alguien desea ser besado, que la besé.

Ella me devolvió el beso, estaba seguro: profundamente, persistentemente, con un suspiro de placer. Pero cuando fui a besarla por segunda vez, me detuvo posando su mano sobre mi pecho.

—Debemos encontrarle una esposa, Robert —dijo en voz queda.

—¿A qué se refiere?

—Usted y yo... ahora somos amigos, ¿no? Hemos dejado a un lado las trivialidades del romance, a cambio de los profundos lazos de la camaradería.

—No se burle de mí, Emily.

—Lo siento. Sólo intentaba... quitarle importancia, supongo. Pero lo decía en serio. Usted y yo somos compañeros. Si me quiere de otra manera, debe buscar a otra persona.

—No quiero a nadie más —dije. Pero liberé sus hombros.

SETENTA Y DOS

Poco a poco, fui haciendo más cambios en el café: aumenté el número de mesas, traje carteles publicitarios coloridos como aquellos que había visto en las cafeterías de Italia y Francia y coloqué una larga estantería detrás del mostrador para las botellas de absenta y otros aperitivos. Emily soportó todo aquello sin hacer comentario alguno, pero cuando me gasté los ingresos de una semana en una enorme muestra de plumas de pavo real, me detuvo.

—¿Qué demonios es esto, Robert?

—Solía haber algo parecido en el Café Royal. Le da cierto ambiente al lugar, ¿no le parece?

—Ambiente —dijo Emily con firmeza— es precisamente lo que *no* queremos.

—¿Cómo?

—El ambiente (que, en realidad, significa el aire decadente de un burdel parisino... no, déjeme terminar) sugiere algo superficial. Lo que necesitamos aquí es conversación e intercambio de ideas, no plumas y fruslerías. Lo que yo tengo en mente se parece más a un salón de reuniones metodista: austero, serio y funcional.

—¿Por qué querría nadie venir a un lugar así?

—Robert, parece habersele olvidado que estamos planeando una insurrección masiva. Vendrán por la política, no por los pavos reales. En cuanto a su absenta... ¿la ha pedido alguien?

—Aún no —admití—. Ustedes, las sufragistas, son gente abstemia.

—Gracias a Dios. Sirvamos café, y dejémoslo así.

Hice lo que me pedía, pero no podía evitar pensar que a las sufragistas les hubiera dado igual beber té o agua, en realidad. La escasa pericia que tenía se desperdiciaba en aquel lugar.

El gobierno había oído hablar sobre el éxito de las sufragistas en Manchester, y había optado por una política distinta en Londres: menospreciarlas. La impresión que quería dar era que las militantes eran mujeres demasiado excitables sin nada mejor que hacer, en lugar de la amenaza al orden natural que habían representado en el norte.

PUDÍN DE GABINETE

Tómese una joven sufragista fresca, añada una buena rebanada de sus aires de importancia, y tanta salsa como desee; permítale situarse en la entrada de un ministro del Gabinete hasta la excitación; mézclela a su gusto con uno o dos policías, estírela en el lodo, y mientras esté caliente, corra a una comisaría; permita que hierva a fuego lento, y condiméntela con salsa de

martirio. Coste: un poco de respeto por sí misma.

—Es tan irritante... —dijo Emily, arrojando el *Daily Mail* sobre la mesa—. Somos como mosquitos atacando rinocerontes.

—Incluso los mosquitos son molestos cuando forman una nube —dijo Geraldine Manners—. Debemos organizar una manifestación.

Edwina Cole suspiró.

—Sin duda, el *Daily Mail* informará a sus lectores de que no es elegante manifestarse.

—Entonces no lo llamaremos manifestación. Lo llamaremos procesión: difícilmente pondrán objeciones a que las damas lo hagan.

La procesión había sido planeada para el lunes de Pascua. Los periódicos la denominaron «la cabalgata de las Valquirias» y «el ataque de los soldados con enaguas», pero a Emily todo aquello le resbalaba para entonces.

—¿Quiere que las acompañe? —pregunté.

—¿Por qué no?

—¿Me llevo mi pica?

—Oh, dudo mucho que le haga falta. Sólo estamos organizando una procesión: la batalla campal puede esperar a otra ocasión.

Iban a manifestarse (o, más bien, a desfilar) desde Trafalgar Square hasta Westminster, donde las mujeres presentarían su petición en la Cámara de los Comunes. Emily no tenía ni idea de cuántas personas aparecerían. Doscientas, dijo el *Daily Mail*. Yo no tenía ni idea de dónde habían sacado aquella cifra: supongo que buscaban un justo equilibrio entre una cantidad lo suficientemente grande como para justificar ante sus lectores que apareciera en los periódicos y lo suficientemente pequeña como para que no se dijera que las manifestantes representaban una parte significativa de la población.

Llegamos al inicio bastante antes de la hora anunciada. Mi primer pensamiento fue que Emily lo había hecho bien: el lugar ya estaba abarrotado.

Pero entonces, vi con desazón que muchos de los que pululaban eran hombres.

Alrededor de cincuenta mujeres y unos cuantos partidarios masculinos de aspecto vulnerable, situados en el pedazo de césped en medio de la plaza, esperaban nerviosos.

En cuanto empezamos a cruzar la plaza, un policía nos detuvo.

—Si permanece aquí, la arrestaré por obstaculizar la acera —le dijo a Emily.

Algunos de los hombres que nos observaban aplaudieron con entusiasmo.

—No estoy en la acera —respondió Emily con calma.

—Sí, sí que lo está —dijo el policía, levantándola a la fuerza y colocándola sobre la acera. Emily soltó un grito ahogado. Entonces oí un grito por parte de los hombres que estaban detrás:

—¡Empújala! —La masa de cuerpos masculinos avanzó en tropel, empujándola a

la carretera.

Me volví al policía, horrorizado.

—¿Va a permitirles que le hagan eso a una dama?

Me miró sin expresión alguna.

—¿Quién es la dama?

No superábamos los sesenta cuando por fin nos pusimos en marcha, y en el otro lado había una turba de unas doscientas personas. Algunos agitaron los puños y otros aullaron insultos, pero la mayoría observaba a las mujeres con un interés abiertamente sexual. De vez en cuando, la hostilidad se volvía violencia.

Dos mujeres transportaban una pancarta bellamente ornamentada con las palabras «Comité de Representación de Trabajadoras Textiles de Cheshire». Vi tres hombres que corrían hacia ellas. Arrancaron la pancarta de los brazos de las mujeres, la patearon y la desgarraron hasta que todo lo que quedó fueron unos palos rotos y unos cuantos harapos pisoteados en un charco. Había más policías a apenas seis metros, observando.

Pocos participantes en la procesión éramos hombres, pero éramos un objetivo especial. Para empezar, no entendía por qué seguía oyendo un peculiar chasqueo, hasta que también oí los gritos de «¡Calzonazos! ¡Calzonazos!» y «¡Lavad los cacharros!».

Sentí el brazo de Emily que rodeaba el mío mientras caminábamos.

—Ignórelos.

—Al contrario —dije—, estaba pensando en el placer que supone ser confundido con su esposo.

A medida que íbamos llegando a Westminster, la multitud comenzó a escupir. Algunos eran extraordinariamente prolíficos. Grandes marañas relucientes de flemas volaban por el aire a nuestro alrededor. Una cayó sobre la chaqueta de Emily, donde colgó sobre su solapa como un broche viscoso y opalescente.

—Tendrán que hacerlo mejor —dijo en tono grave, sacando un pañuelo.

Mientras íbamos entrando en Westminster Square, la muchedumbre se coló detrás de nosotros. Frente a nosotros, bloqueando el camino a la Cámara, había una fila de policías montados. Parecía que, después de todo, no se nos permitiría presentar nuestra petición, pero tampoco podíamos volver atrás.

A nuestro alrededor, las consignas se intensificaron a medida que los transeúntes se aprovechaban de nuestra inmovilidad para insultarnos más. Y entonces, sin aviso alguno, hubo un alboroto a nuestra derecha. Un grupo de hombres se precipitó contra los manifestantes, agarrando a las mujeres y forcejeando con ellas hasta tirarlas al suelo.

—¿Por qué la policía no hace nada?

—Por fin se mueven. Mire.

Era cierto, los agentes de policía habían sacado sus porras. Sin embargo, observé con sensación de asco que no separaban a los atacantes: el objetivo eran las

sufragistas. El aire se llenó de gritos femeninos. No podíamos escapar: la presión de la muchedumbre aterrada a nuestro alrededor era demasiado fuerte, y aunque nos empujaban de un lado a otro como algas marinas sobre una roca, siempre nos arrastraban de nuevo al mismo lugar. Los uniformes azules y sus porras estaban a unos seis metros, después a tres y, finalmente, tan cerca que nos podían tocar. Podía ver el sudor en la cara roja del policía más cercano a mí mientras tiraba a una mujer al suelo. Ella le dio una patada y él la aporreó en las espinillas.

—Colóquese detrás de mí —le dije a Emily.

—No servirá de nada.

—Hágalo igualmente.

Me volví y la sujeté con firmeza, dando la espalda a aquella ola azul que se preparaba para atacarnos.

Esperé en una celda durante horas, ensangrentado, amoratado y meditabundo.

La lealtad es algo extraño. Puede ser intelectual... pero también visceral, una decisión provocada por los acontecimientos. No tenía motivos para preocuparme por la causa de las mujeres, pero había estado junto a ellas cuando fueron atacadas y, ahora, de repente, entendía la justicia natural de lo que intentaban hacer. Si sus exigencias eran tan triviales como afirmaban los periódicos, ¿por qué se esforzaban tanto en negárselas? Si las mujeres eran realmente unas criaturas tan dulces y valiosas como para abrirles puertas y protegerlas del tráfico en las aceras, ¿por qué aporrearlas hasta tirarlas al suelo al primer signo de discrepancia? ¿Eran realmente el sexo débil?, ¿o sencillamente se trataba de un cuento que se habían inventado los hombres para que pudiéramos mantenerlas así?

Mientras sopesaba aquellas preguntas sin respuesta, se abrió la puerta. Un agente de policía miró dentro y dijo:

—Venga conmigo.

Aún esposado, me llevaron por el pasillo hasta una lúgubre sala revestida de baldosas blancas, como un baño. El marido de Emily estaba sentado frente a una mesa de acero. Junto a él se sentaba un tipo de aspecto adusto con un traje negro.

—Wallis —dijo Brewer, observándome con desdén de arriba abajo—. Supongo que debería haberlo sabido.

—¿Saber qué?

Se recostó, engancho el pulgar en el bolsillo del reloj de su chaleco.

—Cuando me dijeron que mi esposa y yo habíamos sido arrestados, lógicamente me preocupé. Estar en dos lugares a la vez ya es bastante difícil, pero crear disturbios civiles fuera de la Cámara mientras que, simultáneamente, lo denuncio dentro resulta, sin duda, algo excepcional.

—Ese error concreto no es mío, se lo aseguro.

—No. Fue mío. Debería haberme dado cuenta de que alguien, o algo, había infectado a mi esposa con esta obscenidad.

La idea era tan ridícula que me puse a reír. Me observó agriamente.

—¿Qué le resulta tan gracioso?

—¿Dónde está ella?

—La liberarán por razones médicas.

—¿Por qué? ¿Está herida?

—No es asunto suyo. —Gruñó el hombre de traje negro.

Brewer dijo con calma:

—Sufre histeria. ¿Era consciente de ello antes de arrastrarla a un disturbio?

—¿Histeria? ¿Y quién lo dice?

—Yo —dijo el hombre de negro.

—El doctor Mayhews es su médico. Resulta que hace tiempo que no asiste a las citas con su especialista. —Brewer me miró con repugnancia—. En cualquier caso, ahora recibirá el tratamiento que necesita.

—Si le ha hecho daño...

—La voy a enviar a un sanatorio privado en el campo —interrumpió—. El aire fresco y la calma le harán bien. Y *usted* nunca volverá a ponerse en contacto con ella. ¿Está claro?

Respondí:

—Tengo la intención de escribir un informe completo de la procesión de hoy, incluyendo las actividades ilegales de la policía, y lo enviaré a un periódico.

—Hágalo, por favor. Verá que ningún editor del país querrá publicarlo.

—Lléveselo de nuevo a la celda —le dijo al agente.

Con insolencia deliberada, dije:

—Dudo mucho que quiera que mi asociación con su esposa sea de conocimiento público, Brewer. —Le di a la palabra «asociación» una entonación especial. Sabía lo que deduciría.

Su expresión se congeló.

—Si la encierra, daré a conocer nuestra relación en todos los clubs y cafés de Londres.

Se repuso.

—Las sufragistas no pueden permitirse ese tipo de escándalo.

—Tal vez. Pero yo no soy las sufragistas. Y no me detendré ante nada, ante nada, hasta que libere a Emily.

—¿Y si la libero? —dijo lentamente—. ¿Qué gano yo entonces?

—Mi discreción.

Bufó, incrédulo. Yo me encogí de hombros.

—Es la única garantía que obtendrá.

Hubo un largo silencio.

—Saquen a este hombre de aquí —dijo por fin—. Doctor, haremos planes alternativos para el tratamiento de mi esposa en Londres.

SETENTA Y TRES

—¿Que ha hecho qué? —chilló ella.

—Le dije que no haría pública la aventura que mantenemos si la dejaba marchar.

—Le acabo de ver —dijo ella, consternada—, y ni siquiera lo ha mencionado.

—Quizá sentía demasiada vergüenza.

—No —dijo ella—, creo que infravaloramos a los hombres como Arthur. Lo buenos que son manteniendo en secreto sus verdaderos sentimientos. Es por eso por lo que nunca nos darán poder, a menos que se vean obligados a ello. —Ella me miró—. Así que ha hecho un trato por mí.

—No fue así.

—No tenía derecho a hacerlo. Incluso si hubiera sido cierto, no hubiera tenido derecho.

—Lo siento. No se me ocurrió nada más.

—Y ahora tendré que ver a Arthur cada día, y nunca dirá nada, pero creerá que lo sabe... —suspiró—. Bueno, he perdido la superioridad moral, pero es culpa mía. Tal vez me venga bien humillarme un poco.

—Naturalmente —dije—, hay una posible compensación...

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

—Si su esposo piensa que nos acostamos, entonces lo mismo podríamos ser culpables del delito que se nos imputa.

—¿«Lo mismo podríamos»? Es usted un romántico, Robert. Nunca se me han insinuado de una forma tan encantadora.

—Pero ¿entiende lo que le digo? ¿Qué nos lo impide?

—Además del pequeño detalle de que me dio su palabra, y yo tengo que enfrentarme a Arthur cada mañana frente a la mesa del desayuno. Ah, y su ligera tendencia a marcharse y enamorarse de otras mujeres. Lo siento, Robert.

Aun cuando su propuesta resulta irresistible, tengo que rechazar su oferta.

SETENTA Y CUATRO

«Sabor Río»: un sabor pesado y áspero, característico de los cafés cultivados en la región de Río en Brasil, y en ocasiones presente incluso en elaborados cafés suaves.

UKERS, *Coffee Buyer's Guide*.

A medida que el precio aumentaba cada vez más, también lo hacían las cantidades de café procedentes de Brasil y de otros países sudamericanos, que pasaban de ser un aluvión a una inundación. Ahora había otra nube en el horizonte: la superproducción. ¿Quién se bebería todo aquel café? Ciertamente, la estandarización del envasado había mantenido bajo el precio del artículo acabado en las tiendas; pero, probablemente, había un límite en cuanto a lo que se podía expandir la demanda. El precio se tambaleó brevemente y, no obstante, el suministro aumentó, azuzado por las decisiones de cultivo que se habían tomado cuatro o cinco años antes. Pinker vigilaba los mercados como un halcón, esperando a saltar.

El gobierno brasileño anunció que se ocuparía de cualquier superproducción, destruyendo los excedentes, antes de que llegaran al mercado. Los mercados de valores lo aprobaron, y el inexorable alza del café, y los diversos bonos y divisas vinculados al mismo, no disminuyó.

—Necesito que vaya a Brasil por mí, Robert —dijo Pinker.

Le miré algo dudoso. Él rió.

—No se preocupe. Esta vez no espero que dirija una plantación. Hay algunos asuntos que debo investigar, y ha de ser alguien en quien pueda confiar... alguien que pueda ver más allá de su ombligo.

Me explicó que quería que yo inspeccionara la destrucción del café y que me asegurara de que era realmente lo que parecía.

—Bueno, la teoría es bastante sólida. Reduzca el suministro y controlará la demanda. Pero resulta extraordinario que un gobierno emita semejante decreto.

Aquellos que tengan que llevarlo a cabo siempre tendrán un conflicto de intereses. Para cualquier granjero, quemar su café sería como quemar dinero. Y según mi experiencia con los granjeros, Robert, raramente son más altruistas de lo que se ven obligados a ser.

Difícilmente podía decir que no. Había un barco desde Liverpool que llegaría a Sao Paulo en dieciséis días, así que reservé un pasaje.

Fue una experiencia muy distinta a mi viaje a África. Para empezar, no había misioneros a bordo; nada de sermones sobre la necesidad de mantener las apariencias o iluminar la oscuridad. Mis compañeros de pasaje tenían un único motivo para viajar: el café. De alguna manera u otra, todos estábamos conectados con el

comercio; el único comercio que Sudamérica conocía, por lo visto.

No les dije que tenía otro motivo secundario para mi viaje. Antes de marcharme de Londres, Pinker me había confiado un mensaje que debía entregar personalmente.

—No a un secretario, no a un capataz, ni siquiera a un miembro de su familia. Déselo directamente y, si es posible, quédese con él mientras lo lee.

Quiero que me diga cómo reacciona.

Puso la carta en mi mano. El sobre estaba cerrado: fue el nombre que figuraba en él lo que me sobresaltó.

«*Sir William Howell*».

—A nadie más, Robert —dijo, observándome—. Póngalo en la mano de *sir William*, y no le mencione a nadie su existencia.

Sao Paulo no se parecía a ningún otro lugar en el que hubiera estado jamás: una ciudad de energía furiosa, con nuevos edificios que crecían en todas partes, palacios de piedra y mármol que construían hombres descalzos con harapos por ropa y palos por andamios. Pensé que África podría convertirse en aquello, pero no podía creérmelo; me resultaba inimaginable pensar que aquellos feroces cielos africanos pudieran tolerar dicha ambición, dicha actividad incesante y apasionada.

Pinker me había dado cartas de presentación para el secretario de Agricultura, que se mostró encantado de organizarlo todo para que presenciara la destrucción del café de primera mano. Me llevaron a los muelles en Santos, donde estaban cargando una flota de gabarras con sacos.

—Estos sacos se lanzarán al mar —dijo mi guía, haciendo un gesto con la mano—. Y la misma cantidad la semana que viene, y la siguiente. Tal y como puede observar, hay guardias armados para asegurarse de que nadie los roba.

—¿Puedo inspeccionar los sacos? —pregunté.

—Como desee.

Pasé junto a los guardias hasta donde se acumulaba el montón de sacos y abrí uno de ellos. Lo olfateé. Los granos no estaban tostados ni molidos, pero no había duda alguna: se trataba de un vasto arábigo brasileño, el mismo café que se exportaba por toneladas a San Francisco y Ámsterdam. Tomé un puñado y lo froté entre mis dedos para asegurarme. A continuación, pasé a otro saco y comprobé que el contenido era el mismo.

—¿Y bien? ¿Está satisfecho? —preguntó el guía, con un ligero tono de fastidio en su voz.

—Lo estoy.

—Entonces puede decirle a su jefe que cuando el gobierno brasileño dice que hará algo, lo hace.

Pinker dejó en mis manos cómo aproximarme a *sir William*. Al final, decidí que sencillamente le escribiría, diciéndole que tenía algo para él. Le di la dirección de mi hotel, pero le dejé claro que para cuando le llegara la carta ya estaría de camino.

Había un ferrocarril desde la costa hasta las montañas; el mismo ferrocarril que

bajaba el café para su exportación. La locomotora era una estadounidense de último modelo, con un morro puntiagudo. Durante tres días, traqueteó a través de interminables valles y subió innumerables laderas. Sin embargo, lo extraordinario era que la vista desde la ventana de mi vagón jamás cambiaba.

Cada colina de aquel país, cada valle, cada panorama era igual. Mirando tan lejos como la vista lo permitía, como surcos en una grabación de gramófono, no se veía nada más que brillantes hileras de café de un color verde oscuro. Habían pulido los arbustos, de forma que no sobrepasaran la altura que un hombre pudiera alcanzar, y en ocasiones atisbaba peones que cuidaban las plantas pero, en su mayoría, los enormes campos estaban tan inquietantemente vacíos como un desierto, un desierto de café. Habían hecho retroceder la exuberante jungla original hasta convertirla en unos cuantos barrancos y otros rincones inhóspitos que no merecía la pena cultivar, mientras que, a medida que ascendíamos, la tierra se volvía de un profundo color rojo ladrillo, tan seco y fino que, al menor soplo de viento, parecía amontonarse en los campos como humo colorado. Las hileras de café eran tan rectas y se extendían a tanta distancia que pasar junto a ellas en tren provocaba extrañas ilusiones ópticas: a veces casi parecían oscilar y saltar, como si los mismos arbustos estuvieran en movimiento, marchando con precisión militar hacia el interior.

Cuando nos detuvimos para cargar carbón y agua, me puse a charlar con el conductor de la locomotora.

—Esto no es nada —dijo, señalando el paisaje peinado y reglamentado, con un ojo cerrado a causa del cigarrillo que sostenía en la boca—. Cuando sube... a Dupont... eso es una *fazenda*. Cinco millones de árboles. ¡Imagínese! Yo tengo veinte árboles, y me considero un hombre rico. ¡Imagínese tener cinco millones!

—¿Cómo es que un maquinista cultiva café? —pregunté, estupefacto.

Él rió.

—En Brasil, todo el mundo cultiva café. Alquilo un pequeño terreno con mi sueldo, así que empecé con el maíz y planté unos cuantos granos. Con la mitad del dinero que consiga, compraré maíz; con el resto, compraré más tierra y plantaré más árboles. Es la única forma de hacer dinero.

—¿No le preocupa que el gobierno destruya las cosechas?

—Dan una paga compensatoria, ¿no es así? Bueno, para mí es lo mismo.

Por fin llegamos a la parada que marcaba el linde de las plantaciones de Howell. Había un pequeño andén, y al otro lado esperaba otro tren más pequeño.

—Es de Howell —dijo mi conductor—. Debe de haberlo enviado a buscarle.

Me monté en un lujoso vagón Pullman, con ventanas de cristal grabadas con tanta delicadeza como las de cualquier hotel del West End. Los mozos subieron mis bolsas al furgón del equipaje, se oyó un silbato y el tren se deslizó hacia las colinas.

La vista aún se formaba de interminables líneas rectas. No obstante, junto con el café, se atisbaban otros signos de actividad humana. Había caminos que atravesaban aquellos campos: los tractores y los carros avanzaban lentamente por ellos, y

generaban nubes de aquel polvo colorado. Los hombres marchaban en grupos (en cuadrillas de trabajo, supongo) pero, a diferencia de los peones solitarios que había alcanzado a ver en las colinas más bajas, aquéllos vestían blusones, cada grupo de un color, mientras que los capataces tenían pañuelos blancos atados alrededor de la cabeza. El agua refulgía en los canales de riego, mientras que, de vez en cuando, pasábamos enormes terrazas para secar los granos lavados. Me preguntaba cómo las granjas sencillas, o incluso lo que Hector y yo habíamos intentado montar en África, podrían competir jamás con una operación comercial tan extensa como aquélla.

El tren entró en otra estación. Una serie de almacenes y algunas oficinas se alzaban alrededor de una plaza central. Los mozos ya estaban descargando mi equipaje, así que lo seguí, y los seguí a ellos, hacia una larga mansión baja que daba a la finca.

—¿Señor Wallis?

El que hablaba era un hombre pequeño y moreno. Pese al calor, vestía el uniforme completo de un banquero inglés: cuello almidonado, traje oscuro, gafas de estilo quevedo.

—¿Sí? —dije.

—*Sir William* dice que puede exponerme el asunto a mí.

—Me temo que mi mensaje es sólo para *sir William*.

—No está aquí.

—Entonces tendré que esperar.

El hombre frunció el ceño.

—Es posible que no se le permita.

—Bueno, difícilmente le preguntará si me lo permite a menos que esté aquí, ¿no es así? —dije con voz altiva—. Será mejor que me busque algún lugar donde acomodarme hasta que llegue.

—Yo me ocuparé, *Novelli* —terció una voz cortante.

Me volví. Un joven caminaba hacia nosotros. Vestía de forma más informal que el hombre al que le había hablado, pero *Novelli* asintió obedientemente y se retiró.

—*Jock Howell* —dijo el joven—. ¿Le importaría decirme qué demonios quiere?

—Tengo un mensaje para su padre.

—Yo se lo daré.

Negué con la cabeza.

—Puede decirle que es de *Samuel Pinker*. Pero sólo puedo entregárselo en persona.

El joven frunció el ceño y se marchó ofendido. Me quedé donde estaba alrededor de media hora, hasta que volvió.

—Sígame.

Le seguí a la mansión. En el recibidor revestido de mármol fresco con las ventanas cerradas contra la humedad exterior golpeó una puerta.

—Pase —respondió una voz.

Reconocí a *sir* William Howell por el retrato de cada paquete de Howell's Planter's Premium. En persona era más pequeño de lo que había imaginado; más enjuto, más intimidante.

—Señor Wallis —dijo—, cierre la puerta, por favor.

Me volví para llevar a cabo lo que pedía, y encontré el camino bloqueado por el hijo, que parecía no saber con seguridad a qué lado de la puerta cerrada debía estar.

—Te llamaré si te necesito —dijo el anciano, con brusquedad.

Cuando nos quedamos solos, *sir* William me miró de arriba abajo.

—Espero que no haya realizado un viaje tan largo sólo para ver cómo es una verdadera plantación —dijo con mala intención—. Me temo que es un poco tarde para usted.

Estaba claro que conocía bien mis propios intentos frustrados de cultivar café.

—Tengo una carta para usted.

—¿Del señor Pinker de la calle Narrow? —Sonó divertido.

—Sí.

Extendió la mano y puse la carta en ella. Tomó un abridor de cartas del escritorio, abrió el sobre y sacó su contenido: eran dos páginas cubiertas de la pulcra escritura de Pinker.

La revisó una vez y gruñó (me pareció que sorprendido). A continuación, me contempló y volvió a leerla. Esta vez pareció sopesarla con más cuidado.

Dejó la carta y miró por la ventana. Seguí su mirada. La vista mostraba una gran extensión de la plantación, unos treinta o cuarenta kilómetros.

—¿Y de verdad desconoce el contenido de esta carta?

—Pinker debía de mencionarlo en el texto, porque yo no lo había hecho.

—Así es —admití. Bruscamente, dijo:

—¿Qué clase de hombre es? Pinker, quiero decir.

—Es inteligente —dije—, pero es una inteligencia especial. Le gusta soñar, imaginar posibilidades que nadie más ha visto. Y resulta que, la mayoría de las veces, tiene razón.

Howell asintió lentamente.

—Quédese aquí unos días. Jock se lo mostrará todo. Necesito meditar mi respuesta para su jefe.

Cumplieron su palabra. Durante tres días me permitieron presenciar todas las facetas de su funcionamiento: desde los macizos de vivero que en sí ya ocupaban más de cuarenta hectáreas hasta los vastos cobertizos donde se reducían a pulpa y se procesaban los granos. Incluso las terrazas en las que se extendían los granos a secar al sol estaban hechas de cemento, de manera que el polvo rojo no contaminara el producto acabado. Los hombres que caminaban entre ellos para dar la vuelta a los granos con rastrillos iban descalzos, y sus cuerpos estaban brillantes por el sudor.

Había dos tipos de trabajadores: negros e italianos. Según me dijo Jock, los negros eran antiguos esclavos, pero, desde la abolición, la empresa sólo había

reclutado inmigrantes italianos. Decía que los italianos trabajaban más duro; en parte, porque tenían que pagar los costes de su transporte, y en parte porque pertenecían a un linaje racial mejor (con lo que imagino que quería decir que eran de un color más similar al suyo).

—¿Qué ocurrió con los negros que sustituyeron? —pregunté.

Se encogió de hombros. Le comprendí perfectamente: una vez habían dejado de ser esclavos ya no le preocupaban.

Los trabajadores se alojaban en pueblos contruidos especialmente para ellos que se llamaban «colonos». En cada uno había una panadería y una tienda en la que podían gastar su sueldo. Incluso había una escuela en la que los niños aprendían a contar, pues Jock Howell aseguraba que contar era una de las habilidades más útiles que un peón podía adquirir. Todos los niños, fuera cual fuera su edad, estaban eximidos de la escuela si sus padres se dedicaban a la recolecta, pues las bayas más bajas de los arbustos (aquellas que estaban al alcance de sus pequeñas manos) se les solían dejar a ellos. La recolecta duraba hasta bien entrada la noche. Más de una vez vi familias volver cansadas a sus pueblos en la oscuridad, sosteniendo sobre sus cabezas grandes cestas de bayas recogidas, mientras un niño pequeño dormía sobre la cadera de la mujer.

—Hay muchos niños aquí —comenté.

—Naturalmente. Mi padre siempre ha alentado las familias.

—¿Le gustan los niños?

Jock me miró de reojo.

—Por decirlo de alguna manera. Esos niños serán nuestros futuros labradores. Y para los trabajadores no hay mayor estímulo para aplicarse que tener bocas hambrientas que alimentar.

—¿Qué ocurre si no pueden?

—Nunca dejamos que nadie muera de hambre —me aseguró—. Un peón siempre puede pedir un anticipo en efectivo contra las futuras ganancias de su familia.

Recordé a Pinker y sus tratos temporales.

—¿Cómo se devuelven las deudas?

—Si es necesario, mediante los niños, de sus sueldos.

—Entonces, ¿heredan las deudas de sus padres? ¿Y empiezan su vida laboral endeudados?

Se encogió de hombros.

—Es mejor que la esclavitud. Y los trabajadores parecen felices. Júzguelo por sí mismo.

Era cierto que los trabajadores parecían satisfechos, aunque observé que, allá donde íbamos Jock y yo, nos acompañaban *capangas*, guardias armados con rifles y machetes.

En la mansión había varias mujeres blancas que trabajaban como doncellas y criadas. Me sorprendió que la finca hubiera podido reclutarlas tan lejos de la ciudad.

Jock frunció el ceño.

—Esas mujeres no son blancas, Robert. Son negras.

—He visto claramente una cara blanca en la cocina cuando pasábamos esta mañana...

—Ésa era Hettie. Y, desde luego, no es blanca. Es mustifina.

No conocía el término, así que me lo explicó.

Un niño de raza mixta se llamaba mulato; los hijos de una persona blanca y un mulato eran cuarterones; el hijo de una persona blanca y un cuarterón era un mestizo, y así sucesivamente, pasando por los mustifinos, los quinterones y los octorones.

—Pero ¿dónde...? —Comencé, y enseguida me detuve. Había una única familia inglesa en Dupont. La pregunta que iba a hacer era superflua.

—Venga, esto puede interesarle —dijo Jock, mientras me llevaba hacia uno de los enormes cobertizos de procesamiento—. Aquí es donde se clasifica el café.

Dentro, una larga mesa culebreaba continuamente por la habitación. En la parte posterior de la mesa había una caja abierta como un comedero. Había más de cien chicas italianas alrededor de la mesa, de entre diez y veinte años. Cada una de ellas introducía la mano en la caja y sacaba un puñado de granos verdes que extendía frente a ella. A continuación, los examinaba, extraía los malos y los tiraba en otra caja que había detrás de ella, mientras, al mismo tiempo, barría los granos buenos a través de un agujero hacia el saco que había debajo. Una gran proporción de las chicas eran bastante bonitas, con los lustrosos ojos negros y la piel oscura de los campesinos italianos. En cuanto Jock y yo entramos en el cobertizo, levantaron la mirada hacia nosotros. Clavaron sus rosados dedos de los pies en los sacos, y me dio la impresión de que eran muy conscientes de nuestra mirada mientras continuaban con su trabajo.

—Cualquiera de ellas estaría encantada de llamar su atención —murmuró Jock en mi oído—, si no tiene nada que hacer durante su estancia...

Resulta que me encontré sin nada que hacer bastante pronto. Pero aunque intenté disfrutar todo lo que pude de mi bonita compañera de piel oscura, nunca podía sacudirme del todo el recuerdo de Fikre, retorciéndose sobre mí en un falso éxtasis. Y tampoco podía sacudirme la inquietante idea de que, hiciera lo que hiciera, Emily también lo veía todo, fría y sardónica: «así que esto es lo que hace con sus putas y concubinas».

Por las noches, *sir* William y su esposa se unían a nosotros para cenar.

Tenían una espléndida mesa con sirvientes uniformados que nos atendían, rellenando copas de cristal grabadas con el monograma de Howell, una elegante H, mientras que *sir* William hablaba sobre los problemas a los que se enfrentaba su país.

—¿Ve esta comida, Wallis? —dijo, señalando lo que se extendía frente a nosotros—. Apenas un bocado de todo ello se ha cultivado en Brasil. En lo que a nuestros peones se refiere, la comida es algo que llega en barco.

—Tiene razón, por supuesto —señaló su hijo—. Los buques cafeteros también pueden traer grano en su viaje de vuelta, en lugar de viajar vacíos.

—Y así, el país se vuelve más dependiente del café —dijo su padre—. Todos los campesinos cultivan unos cuantos arbustos. Si tenemos superproducción, no es por fincas eficientes como la nuestra: es por todos esos pequeños productores, que están protegidos de la competencia por el programa de valorización. —Bajó su tenedor—. Quizá, después de todo, él tenga razón. Tal vez debamos destruir lo débil, antes de poder construir algo fuerte. —No tuve que preguntar quién era «él».

En otra ocasión, dijo:

—¿Sabe, Wallis?, yo fui uno de los que apoyó la abolición de la esclavitud aquí.

Yo no lo sabía, y así lo expresé.

—La esclavitud es, a la larga, una forma poco efectiva de administrar una plantación. Es como intentar trabajar con burros en lugar de mulas. El sistema actual es mucho más barato.

—¿Cómo puede ser? —pregunté, sorprendido.

—Si posee un esclavo, tiene capital atado a él. Después, debe alimentarle cuando está enfermo, pagar a alguien para que le azote cuando es perezoso, y alimentar a sus hijos incluso antes de que sean lo suficiente mayores como para ser útiles... La abolición fue un gran cambio, y muchos se opusieron a ello por ese motivo, pero ha resultado ser lo mejor que ha hecho Brasil. —Contempló su plato durante unos instantes—. Me parece que su patrón es una persona que entiende el cambio.

—Así es —dije—, es su mayor preocupación.

Sir William tamborileó sus dedos sobre el mantel.

—Le escribiré mi respuesta mañana. Podrá marcharse a mediodía... Haré que Novelli pida el tren.

A la mañana siguiente me entregó un sobre dirigido a Samuel Pinker.

—Usted sabrá qué hacer con esto.

—En efecto —dije, cogiéndolo.

—Hay algo más... Creo que le mostraron café que se iba a tirar al mar, ¿no es así? —asentí—. Debería saber que nuestro gobierno es demasiado corrupto y avaricioso como para destruir cualquier cosa que tenga valor económico. Mire más de cerca, señor Wallis, y hágale saber al señor Pinker lo que vea.

De vuelta en Sao Paulo bajé a los muelles (sin guía del gobierno esta vez) y realicé algunas preguntas. Había un convoy de barcas programado para lanzar sacos al mar aquella noche. Encontré un pescador con una pequeña chalupa, y le pagué generosamente para que me llevara detrás de ellas.

Efectivamente, a unos tres kilómetros, las barcas se acercaron a un carguero y comenzaron a descargar su cargamento en una nave mayor. Cuando terminaron, el carguero se dirigió hacia el sur mientras que las barcas volvían a la orilla. Me las había arreglado para acercarme lo suficiente como para ver el nombre del carguero, el *SS Nastor*, y de vuelta en tierra firme, me puse a averiguar todo lo que pude sobre él.

Estaba registrado en un sindicato de navegación; un sindicato que, según me revelaron mis investigaciones, incluía al hijo del secretario de Agricultura.

Lo que resultaba aún más fascinante era que se dirigía a Gran Bretaña, vía Arabia. No se me ocurría ningún motivo por el que un barco cafetero debería navegar de un país productor de café a otro, excepto uno.

Telegrafíé a Jenks, que rastreó una remesa de café de uno de los viajes anteriores del *Nastor*. Era lo que sospechábamos: los sacos podían etiquetarse como moca, pero el contenido era brasileño. El SS *Nastor* había estado enviando granos a Arabia, donde, tras un breve intervalo, se volvían a cargar y se enviaban a Gran Bretaña, para venderlos a lo que suponía un precio bajo para un moca, pero bastante bueno para un brasileño.

De retorno a Inglaterra, Pinker estaba exultante. Una vez más, había comprobado que sus instintos eran correctos.

—Debe contárselo al mundo, Robert. Sus contactos en la calle Fleet... coma con algunos de ellos, y hágalos saber cómo honra el gobierno brasileño sus compromisos. Pero sea sutil... no debe parecer que procede de nosotros: la gente dirá que es en nuestro provecho, y no debemos permitir que su cinismo se interponga en el camino a la verdad. —Hice lo que me pidió, y cuando se publicaron artículos que criticaban el programa de valorización, se mostró muy satisfecho. El mercado se tambaleó, y explotamos la fluctuación todo lo que pudimos.

No obstante, pude observar que lo que de verdad deleitó a Pinker fue la carta de Howell. Yo no sabía lo que contenía pero, evidentemente, eran buenas noticias.

—Ha logrado exactamente lo que esperaba, Robert —me dijo—. Howell hubiera sospechado si hubiera enviado a un embajador zalamero. Usted dijo la verdad, y eso es lo que importa.

SETENTA Y CINCO

Si el café se ha contaminado, el sabor rancio comienza a detectarse en el aroma del café recién hecho.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Durante mi estancia fuera, las sufragistas habían cambiado sus tácticas, y ahora interrumpían a los políticos en mítines públicos.

Escondían un cartel bajo sus abrigos (pronto aprendieron a guardar dos o tres, pues los carteles solían ser las primeras bajas), y se sentaban en distintos lugares de la sala, nunca juntas. Una mujer se levantaba y vociferaba una pregunta mientras desenrollaba su cartel: en el momento en que los auxiliares la expulsaban, la siguiente se levantaba en un lugar distinto de la sala y volvía a hacer lo mismo.

Acompañé a Emily a una de aquellas salidas, en una misión para interrumpir el discurso de un ministro veterano del gobierno. Quizá había oído que podría ocurrir algo. En cualquier caso, después de esperar media hora, un portavoz anunció que el Gran Hombre se había retrasado en sus labores parlamentarias, pero que otro miembro del Parlamento, el señor Arthur Brewer, ocuparía su lugar.

Le lancé una mirada a Emily. Había palidecido.

—No tiene que hacer nada —le dije—. Hay muchas otras que pueden montar el número.

Negó con la cabeza.

—Un principio no es un principio si se abandona al primer signo de adversidad. Las otras esperarán que haga mi parte.

Comenzó el debate. Arthur habló bien: el escritor que había en mí tomó nota y aprobó las frases elegantes, la forma en la que planteaba preguntas y él mismo las respondía inmediatamente, la forma en la que construía un ritmo de énfasis, uno-dos-tres; todos los trucos del comercio. El tema era la libertad y la seguridad y el equilibrio que debía guardarse entre ambas; cómo las libertades duramente ganadas de Gran Bretaña no debían tirarse por la ventana, y cómo el primer deber de un libertario era, en realidad, la defensa...

A mi derecha, una pequeña figura con un elegante vestido verde se levantó de su asiento. Molly Allen, tan temeraria como siempre.

—Si tanto cree en la libertad —dijo en voz alta—, no se la guarde para los hombres. —Sacó su cartel y lo agitó—. ¡Voto para la mujer!

Alboroto. Al instante aparecieron tres auxiliares que se abrían paso hacia ella, pero se había sentado deliberadamente en el centro de una fila. Un clérigo furioso sentado detrás de ella le arrancó el cartel de la mano.

—Puede pasar ése —dijo, desenrollando otro—. Tengo más, si alguien quiere

uno. —Entonces, los auxiliares la alcanzaron, uno a cada lado, y hubo un tira y afloja en cuanto a quién conseguiría tirar de ella.

Sobre la tribuna, Arthur observaba todo aquello con una expresión de divertida tolerancia.

—Observo que las damas nos honran con su presencia —dijo con una sonrisa—, pero tal y como decía...

Geraldine Manners se puso en pie. Geraldine era frágil, apasionada y tenía casi cincuenta años; era ella la que había reclutado a Emily como militante tras el episodio de la calle Regent.

—¡Responda la pregunta! —chilló—. ¿Le dará un gobierno liberal el voto a la mujer?

Los auxiliares cargaron contra aquella pequeña dama inofensiva con tanta furia como si estuviera huyendo de ellos con un balón de rugby. Apenas había tenido tiempo para desenrollar su primer cartel, antes de que un auxiliar la arrastrara hacia atrás, fuera de la sala.

Sobre la tribuna, Arthur mantuvo la compostura. Aquel hombre era admirable: parecía bastante inofensivo, pero era obstinada y decididamente inofensivo. En cuanto pudo hacerse oír por encima del barullo alzó la mano y dijo:

—La dama ha tenido que irse volando —risas—, pero responderé a su pregunta en su ausencia. La respuesta es: no. —Muchos aplausos—. Ahora volvamos al verdadero problema de hoy en día, y que preocupa a muchos de los presentes en esta sala: el empleo...

Desde la parte posterior de la sala, oí la voz de Edwina Cole.

—¿Por qué cobran impuestos a las mujeres si no les permiten votar? —Esperó a que todo el mundo la mirara para ponerse de pie, con el cartel en la mano—. ¡Voto para la mujer!

En su prisa por llegar hasta ella, los auxiliares trepaban sobre las sillas.

—Muestre algún respeto por su miembro en el Parlamento —chilló la voz de un hombre con enojo.

—No es mi miembro en el Parlamento —respondió—. Soy una mujer, no tengo miembro. —Un par de personas se rieron ante el comentario, aunque otros hicieron una mueca por la vulgaridad del chiste. A continuación, la derribaron. Hubo un alarido; era como si alguien le hubiera dado un puñetazo.

Emily aún estaba mortalmente pálida.

—No tiene por qué hacerlo —dije en voz baja.

Ella no me miró ni me respondió. Se puso en pie: estaba temblando, temblando como una hoja. Sacó un cartel. Durante un largo y angustioso instante, pensé que iba a secarse.

—¿Qué hay de las mujeres? —chilló—. ¿Por qué nadie vota por nosotras?

Brewer la miró... y su sonrisa se heló. Más auxiliares (aquellos que no habían tenido éxito en la carrera por atrapar a Edwina Cole) se abalanzaron hacia nosotros.

—Muy bien —dijo Arthur lentamente—. Estoy a favor de la libertad de expresión: responderé a esa pregunta. —Hubo un breve aplauso, mezclado con un par de abucheos. Los auxiliares siguieron abriéndose paso entre la multitud.

Arthur enganchó el pulgar en su chaleco.

—Señora, sus amigas nos han hecho un favor hoy —dijo con desdén—. Han reflejado mucho mejor de lo que hubiera podido hacerlo yo lo peligroso que sería dar el voto a gente como ustedes, gente que abusaría del proceso democrático sin pensárselo dos veces. —Se oyeron aplausos y ovaciones en la audiencia—. Nos recuerdan que mujeres que pueden recurrir a este tipo de comportamiento para conseguir el voto, si tuvieran éxito, recurrirían a los mismos métodos para obtener cualquier otro objetivo político. Aquellos que no se comportan como ciudadanos no pueden esperar los derechos de los ciudadanos.

Más aplausos, sobre los que se podía oír a Emily gritar:

—¡Otros métodos han fracasado! Es precisamente porque...

Pero Brewer estaba en pleno auge, y la multitud sólo tenía oídos para él.

—No sólo buscan lograr sus objetivos mediante métodos histéricos... traerían la histeria de forma permanente a la vida política de la nación. Buscan el voto para la mujer... no obstante, están dispuestas a traicionar la feminidad y todas las hermosas virtudes de su sexo para conseguirlo. ¿Qué dice eso de ellas?

¿Qué tipo de ejemplo les dan a sus hijos? ¿Qué clase de mensaje les envían a nuestros enemigos en el extranjero?

Y así había vuelto, hábilmente, a donde quería estar: con los asistentes al mitin de pie ovacionándole, mientras que los auxiliares atacaban violentamente a su esposa.

—Quítenme las manos de encima —gritó a los hombres, mientras tiraban de ella y la empujaban por el pasillo, pero no había forma de que la dejaran marchar.

Había dejado el cartel detrás de ella sobre el asiento. No me detuve a pensar. Me puse en pie. Al principio, nadie me miró: todos estábamos de pie, aplaudiendo al glorioso protector de nuestras libertades, y un hombre más entre todos aquéllos apenas era perceptible. Grité «¡Voto para la mujer!» para llamar su atención y, en cuanto hubo una pausa entre el ruido, chillé:

—¿Qué dice sobre su matrimonio, Brewer, que su esposa sea una militante?

Hubo una pausa. La gente nos miraba a ambos. Durante apenas un instante, pareció no saber qué responder. Entonces, dijo lánguidamente:

—Ya le he dedicado a este tema mucho más tiempo del que se merece.

¿Queremos hablar sobre mujeres... o sobre trabajo?

La gente gritó «trabajo» pero, para entonces, los auxiliares ya me estaban arrastrando fuera de la sala, con unas cuantas patadas fuertes en los riñones mientras lo hacían.

Naturalmente, aquella noche tuvo que enfrentarse a él: era lo que, por aquella época, llamábamos un *mauvais quart d'heure*. Se había instalado en la sala de estar con sus papeles alrededor, a la espera de que ella volviera: el señor en su dominio.

Ella se entretuvo recogiendo las cartas de la cómoda. Él parecía bastante sereno, pero ella sabía que, en el caso de Arthur, aquello no reflejaba su verdadero estado de ánimo.

Finalmente, dijo:

—Me ha sorprendido verte en ese mitin esta tarde.

Ella inspiró profundamente. Así que iban a hablar sobre ello. Y ella iba a decirle por qué había hecho lo que había hecho y por qué no se iba a detener.

Era difícil... más difícil que el mitin, incluso. Una cosa era ponerse en pie y chillar un eslogan entre la multitud, pero que una mujer se enfrentara a su esposo en su propia casa era impensable.

Ella igualó la modulación plana de la voz de él.

—Creo que ya conocías mis opiniones políticas.

—Sabía que apoyabas el extremismo. No sabía que ahora estabas activamente involucrada en el ataque al proceso democrático.

—No es un proceso democrático. La democracia requiere el sufragio de toda la población, no sólo la mitad masculina...

—Por favor —dijo con acritud—, ambos hemos tenido suficientes discursos por un día. —Ella se mordió el labio—. Lo que olvidas es que, cuando te comportas así, es mi nombre el que pisoteas en el barro.

—No creo que...

—En primer lugar, porque ahora llevas mi apellido: como una Brewer, la reputación de la familia está en tus manos. En segundo lugar, porque, como mi esposa, tus actos se reflejan en mí. Si me atacas en público, la gente pensará que me comporto mal contigo en privado.

—Eso es ridículo.

—Ah, ¿sí? Creo que no estabas allí cuando tu amigo Wallis ha argumentado eso mismo frente a varios cientos de votantes.

—Robert no tenía derecho a hacer eso —masculló ella—. No le pedí que lo hiciera.

—Tal vez tengas menos control sobre él del que crees. Gente como ésa usará tu movimiento para sus propios fines. Al igual que te usará para sus propios propósitos.

—Arthur, no lo entiendes. No hay nada entre nosotros.

—Bueno, ya no importa. Emily, he tomado algunas decisiones sobre este asunto. He decidido que debes renunciar completamente a Wallis. Y debes renunciar al Voto para la Mujer.

—¿A qué te refieres con renunciar?

—A eso mismo. No volverás a involucrarte. De ninguna manera.

—Arthur... no puedo aceptar eso.

—Ya no busco tu aceptación. Te estoy dando una orden. Es mi decisión, y, como tu esposo que soy, espero que la acates.

—¿Y si no lo hago?

—Eres mi esposa...

—Pero no me tratas como a una esposa. Me tratas como algo inferior a un criado...

—Te recuerdo tus votos matrimoniales...

—¿Es de eso de lo que se trata? —chilló ella—. ¿Como si hubiera roto un contrato de venta y debieras ser recompensado?

—Por mi parte —dijo él en voz baja—, decía en serio cada palabra de esos votos. Los pronuncié ante Dios, y los honraré hasta el día de mi muerte.

Era tan claramente sincero que, por un instante, la sorprendió con la guardia bajada.

—No lo parecía cuando me hablaste de esa forma tan horrible frente a todas aquellas personas.

—Yo no elegí ni el momento ni el lugar —dijo él, secamente—. Además, intentaba protegerte.

—¡Protegerme!

—Si no me hubiera dirigido a ti cuando lo hice, los auxiliares te hubieran tratado mucho peor. Así, se han visto obligados a esperar hasta que he terminado. Los ha calmado.

No estaba segura acerca de si debía creerle o si era la forma que tenían los políticos de volver a contar los acontecimientos para su propio beneficio.

—En cualquier caso —añadió él—, quiero decir algo más.

—¿De qué se trata, Arthur?

—Lo que Wallis chilló... preguntó qué decía de mi matrimonio que mi esposa fuera una militante. Fue ofensivo y personal: típico del hombre. Pero admito que podría tener razón. Nuestras relaciones... Quizá no he prestado tanta atención a los asuntos domésticos como debiera.

De repente vio hacia dónde se dirigía aquello.

—El doctor Mayhews opina que tu histeria disminuirá cuando cumplas el propósito para el que te creó la naturaleza. Desde luego, he observado que pocas de esas militantes parecen ser madres jóvenes.

—Eso es porque las madres jóvenes no pueden dejar a sus hijos...

—Lo que sea. —Hizo una pausa—. He decidido que ya es hora de que empecemos a formar una familia.

—¿Qué?

—El doctor Mayhews está completamente de acuerdo. Aunque eres un poco frágil, ha observado que, a menudo, el embarazo es la forma que tiene la naturaleza de reforzar la constitución femenina, con los correspondientes beneficios para la salud mental.

—¿Tiene esto algo que ver con la política? —dijo ella, horrorizada—. ¿Ha decidido alguien que vuestro partido está a favor de la familia?

—Todos los partidos están a favor de la familia. Las familias fomentan la

estabilidad, como sin duda alguna descubrirás cuando tengas la tuya.

—Arthur, estoy demasiado ocupada como para tener niños ahora.

—Pero ya dejarás de estarlo, porque vas a renunciar a todo eso —dijo, razonablemente—. Empezaremos inmediatamente.

—¿Qué? ¿Aquí? ¿Ahora? —dijo ella, con desesperación.

—No hace falta ser ordinarios. —Se detuvo—. No me lo negarías, ¿no?

—Por supuesto que no —dijo ella, débilmente—. Si me disculpas, iré a pedirle a Annie que me prepare un baño.

—Y yo estaré listo enseguida —señaló los papeles—. Tengo algo de trabajo que terminar, pero no tardaré mucho.

No puedo pensar siquiera en los detalles de lo que ocurrió a continuación.

En cualquier caso, ella no me hubiera hablado de ese tipo de cosas. Lo poco que me contó sólo se le escapó porque la estaba interrogando sobre la reacción de Arthur a su encuentro.

Por fin, dijo con un pequeño jadeo que pretendía ser una risa:

—Estamos intentando tener un niño.

—¿Lo dice en serio?

—Arthur es... muy serio. No puede imaginarse lo serio que... bueno, no importa —suspiró—. No estoy segura de si pretende castigarme con el embarazo o si realmente cree que me curará de la Causa.

—Pero ¿se lo va a permitir?

—No tengo elección. Tal y como me recordó, pronuncié ciertos votos.

—Fue cuando los pronunció, cuando no tenía elección. Después de todo, no se le puede pedir a un abogado que reescriba los votos matrimoniales, cláusula por cláusula.

—No. Tal vez sería mejor si eso fuera posible, pero sospecho que seguiríamos metiéndonos en los mismos líos. En cualquier caso, no es tan sencillo como lo expone.

—¿Por qué no? —dije, y entonces entendí lo que insinuaba—. ¿Desea un bebé?

—Una familia. Sí. ¿Por qué se sorprende? Es lo que desea la mayoría de las mujeres. Y Arthur, como mi esposo, es la única persona que puede proporcionármela. Al menos, para eso necesito su cooperación.

—Pero no puede ser madre y militante.

Dos manchas rojas habían aparecido en sus mejillas. Debería haber reconocido las señales... ya la conocía bastante bien para entonces.

—¿Por qué no, exactamente? —exigió saber.

—Bueno, ayer, por ejemplo. Cuando aquellos auxiliares la arrastraron.

Imagínese si hubiera estado embarazada.

—Tal vez, si hubiera estado embarazada, hubieran visto la brutalidad de sus acciones.

—Pero ¿y si no lo hubieran hecho?

Sus ojos centellearon.

—Si no se puede confiar en los hombres, no tienen derecho a echarnos de las reuniones en primer lugar.

—En principio, tiene razón, Emily... pero ¿de qué servirán sus principios cuando yazca en un hospital?

—¿Está diciendo que mis obligaciones hacia mis hijos son más importantes que mis creencias?

—Bueno... sí. Supongo que sí.

—¿Cuándo ha entrado mi marido en la habitación? —chilló—. ¿Y cuándo se meterá en ese estúpido y egoísta cráneo suyo, Robert, que los principios no son algo que uno se pone y se quita como... como una de sus estúpidas chaquetas?

—En realidad —dije—, en la actualidad, tengo muy pocas chaquetas, a causa de los reducidos honorarios por los que trabajo. Mi jefe es...

—En cualquier caso, todo es culpa suya. —Saltó ella.

—¿Mía? —dije, estupefacto.

—Fue el insulto que le soltó a Arthur lo que ha provocado esto en primer lugar.

—Ah.

—En efecto, ah. Aunque apreciaría un «ah» un poco más abyecto, dado el precio que tengo que pagar por él.

—Emily, lo siento mucho.

—¡Lo siente! ¿De qué sirve sentirlo?

Podía resultar exasperante cuando estaba enojada.

—No debería haber dicho lo que dije. Quería irritarle... supongo que fue al ver lo mal que la trataban, y sobre todo él, nada menos.

Suspiró. En un tono diferente dijo:

—Y tengo que renunciar a usted. Usted y la Causa. Insiste en que lo haga.

—Entiendo. Bueno, eso sí que es serio... más que serio, diría yo. —Hablé con ligereza, pero mi corazón daba bandazos—. ¿Qué va a hacer?

—No puedo renunciar a la Causa —dijo con brío, evitando mirarme a los ojos—. Supongo que podría renunciar a usted pero, puesto que usted y la Causa ahora van unidos, y puesto que ya he decidido desafiarle en el ámbito político, supongo que no se va a ninguna parte.

—¿Significa eso que...?

—No, Robert. No significa eso.

—¿Cómo sabe lo que iba a preguntarle?

—Porque es lo que pregunta siempre. Y la respuesta es siempre no.

Hubo otra consecuencia de aquel momento en el mitin. Estaba trabajando en el café una mañana cuando apareció un individuo desaliñado con un cuaderno.

—¿Robert Wallis? —preguntó.

—¿Sí?

—Henry Harris, del *Daily Telegraph*. ¿Tiene cinco minutos?

Hablamos sobre la Causa y, como siempre, mostró curiosidad sobre cómo se había involucrado un hombre en ella. Entonces, dijo:

—He oído que estuvo involucrado en los disturbios de Wigmore Hall.

—Sí, estaba allí.

Eché un vistazo a su cuaderno.

—¿Es cierto que cuestionó a Arthur Brewer sobre su matrimonio?

—Sí.

—¿Y era realmente su propia esposa a la que acababan de expulsar?

—Así es —dije. Lo apuntó en su cuaderno—. ¿Publicará eso?

—Probablemente no —admitió—, dado que es un miembro del Parlamento.

No obstante, tengo amigos en otros periódicos con líneas menos respetuosas.

Estas cosas suelen extenderse.

SETENTA Y SEIS

El hombre del periódico tenía razón. No fue en las páginas de los diarios, pero en los diarios de sociedad, en los esbozos parlamentarios y en las caricaturas fue apareciendo gradualmente un hazmerreír anónimo: el miembro del Parlamento que se oponía al sufragio, cuya esposa era una militante. *Punch*, que anteriormente se había apresurado a mofarse de las sufragistas, se alegraba también de fastidiar al sistema. Había una divertida caricatura de una pareja durante el desayuno.

Miembro Honorable: ¿Me pasas la sal, querida?

Esposa del Miembro Honorable: ¿Aprobarás^[3] la Ley de Sufragio?

Bueno, supongo que parecía gracioso en aquella época.

Para Emily, naturalmente, no era asunto de risa. Recordé lo que me había dicho años atrás en cuanto a que el matrimonio era una especie de violación legalizada. Lo más positivo que se puede decir de lo que ahora soportaba es que no creo que Arthur lo disfrutara más de lo que lo hacía ella. Estoy seguro de que él pensaba que cumplía con su deber, no humillándola para su propio placer.

Ella no quería hablarme de ello. Con tacto, intenté preguntarle un par de veces si había algún signo de embarazo, pero hacerlo suponía correr el riesgo de que me arrancara la cabeza de un mordisco.

—Es usted como una horrible campesina anciana, siempre hablando sobre la ropa de cama. —Era una de sus respuestas más destacadas.

SETENTA Y SIETE

Pinker hizo más dinero con los movimientos del precio del café tras las revelaciones sobre el *Nastor* de lo que Castle había generado en seis meses. El clima de la calle Narrow era de sosegado triunfo, pero también de sorpresa: creo que a todos nos había sorprendido lo fácil que era aquella nueva manera de generar riqueza. No requería almacenes, ni maquinaria, ni mozos, ni criados que clasificaran, descascarillaran y tostaran; sólo unas cuantas firmas en algunos contratos temporales. Eran beneficios sin gastos; ganancias que casi parecían pasar de ser un pensamiento en la cabeza de Pinker a dinero efectivo en el banco sin ninguna agencia intermediaria, excepto su voluntad.

Pinker era generoso con su personal: todos recibían primas en función de su tiempo de servicio. Aquellos que, como Jenks, habían trabajado para él durante muchos años eran ahora hombres ricos.

También conmigo era mucho más amable de lo que necesitaba serlo. Me mandó llamar a su despacho y le encontré sentado frente a unos libros de contabilidad.

—Ah, Robert. Estoy revisando los libros, aclarando algunas anomalías —sonrió—. Supone un gran placer poder cancelar los antiguos errores de uno de un plumazo.

Asentí, aunque no estaba del todo seguro de a qué se refería.

—Voy a cancelar la iniciativa etíope —explicó—. Ya es hora de dejar atrás todo eso, de volver a mirar al futuro. Una nueva hoja de balance, una página en blanco, a la espera de ser rellenada con nuevas empresas. —Empujó a un lado los libros de contabilidad—. No me debe nada, Robert. Sus deudas quedan saldadas.

—Gracias —dije—. Pero...

—De ahora en adelante, recibirá el mismo salario que Jenks o cualquier otro de mis hombres de mayor antigüedad. Y, como ellos, recibirá una prima cada año, en función de lo bien que nos vaya.

—Es muy generoso, pero...

Alzó la mano.

—Va a decir que es usted un artista. Lo sé. Y ése es, precisamente, el motivo por el que le valoro tanto, Robert, y por el que deseo persuadirle a que se quede. Algunos de los otros... —Frunció los labios— algunos de los otros no ven el panorama general. O, más bien, lo ven, pero no consiguen apreciar su belleza. Jenks, Latham, Barlow... En ocasiones me pregunto si de verdad tienen la imaginación para llevar adelante una compañía como ésta. Usted y yo, Robert... entendemos que no es suficiente tener un producto. Uno debe tener *visión*.

—¿Se refiere a sus ambiciones políticas? ¿La abstinencia, la reforma social y demás?

Hizo un ademán impaciente, como si espantara moscas.

—En parte. Pero eso no son más que nimiedades, Robert... pequeñeces. El arte no es moral ni inmoral: existe por sí mismo. Eso es lo que usted opina, ¿verdad? Bien, pues... ocurre lo mismo con el comercio. ¡El negocio por el negocio! ¿Por qué no? Me pregunto por qué una empresa no debería sencillamente *existir*, sin otro propósito que el de ser extraordinaria; perdurar para siempre, ser admirada, y así cambiar la manera que tienen los hombres de pensar, de trabajar o vivir... Usted lo verá, Robert, con el tiempo. Verá lo grande que puede llegar a ser esta compañía nuestra.

Parecía estar esperando a que yo dijera algo.

—Claro —dije educadamente.

—Permítame que le deje claro que le estoy ofreciendo un puesto como uno de mis hombres de confianza. La costumbre suele ser responder que sí o que no.

Dudé... pero lo cierto era que no había decisión que tomar. Seguía necesitando un empleo, y nadie más iba a ofrecerme otro. No me hacía ilusiones sobre las espléndidas visiones de Pinker: no me hacía ilusiones sobre prácticamente nada. El hombre era un Napoleón, pero era un Napoleón condenadamente capaz, y pagaba estupendamente.

—Será un placer aceptar —dije.

—Bien. Entonces está decidido. Y Robert... pronto podrá dejar sus habitaciones de la calle Castle, ¿mmm? Puede permitirse un alojamiento mejor con el salario que le voy a pagar. Y tengo entendido que mi hija pronto tendrá otras cosas de las que preocuparse, además del café.

Si Pinker creía que me estaba obligando a elegir entre él y su hija, estaba equivocado. Aunque no tenía intención de mudarme de la calle Castle hasta que tuviera que hacerlo, ahora apenas veía a Emily. Tenía todas sus energías enfocadas hacia su trabajo político.

A medida que se intensificó la lucha de las sufragistas, también se volvió más autocrática su organización. Anteriormente, había habido una constitución y delegadas electas, con decisiones que se tomaban a mano alzada. Ahora la constitución había quedado hecha trizas.

«Los líderes deben liderar: las tropas deben llevar a cabo sus órdenes. —Escribió la señora Pankhurst, su presidenta o, tal y como ahora se hacía llamar, la “comandante en jefe del Ejército de Sufragistas”—. No hay obligación de unirse a nuestras filas, pero aquellas que vengan deberán venir como soldados, dispuestas a desfilar en orden de batalla».

—Pero ¿no es eso exactamente lo contrario de lo que usted cree? —le dije a Emily en una de las escasas ocasiones en las que conseguíamos tomar una taza de café juntos—. ¿Cómo pueden tener una organización que lucha por la democracia cuando prohíbe la democracia en su propia maquinaria?

—Es el resultado lo que cuenta, no los métodos. Y tal y como dice, yo me he unido de forma voluntaria.

Me parecía que los objetivos del movimiento se estaban volviendo más importantes que sus principios, pero ¿qué sabía yo? Dado que yo nunca había tenido ni una cosa ni otra, no estaba en situación de juzgar.

A Emily le ordenaban que chillara eslóganes a cierto ministro, y así lo hacía.

Le ordenaban que entregara octavillas en cierto barrio, y lo hacía. Le ordenaban que hablara fuera de una fábrica del East End y lo hacía, aunque le lanzaran huevos podridos por los problemas que causaba.

Una de las tácticas de aquellos que se les oponían era soltar ratones o ratas en el escenario cuando hablaba una sufragista, con la esperanza de provocar un chillido de niña y, así, despertar las risas de la audiencia. Yo estaba presente en el Exeter Hall cuando intentaron aquello con Emily. Sin cambiar el paso, se agachó y cogió el ratón que correteaba a su alrededor. Alzándolo de forma que la audiencia pudiera verlo, dijo:

—Yo también fui un ratón una vez. Ahora el ratón es Asquith. ¡Y miren!—. Señaló una enorme rata gris que corría a toda prisa por el escenario—. ¡Ahí está el señor Churchill! —Aquello le supuso una ovación.

Pero entonces, unos minutos después, la vi tambalearse. Al principio pensé que era a causa del calor: estábamos apretujados; todos los mítines estaban atestados en aquella emocionante época. Volviéndose al organizador, le dijo:

—¿Puedo tomar un vaso de agua? —Estaba tremendamente pálida. Le trajeron el agua, pero mientras tomaba el vaso, volvió a tambalearse de nuevo, y derramó un poco sobre su vestido. Pude oír al organizador decirle, con voz preocupada:

—¿Se encuentra bien? Tiene mal aspecto.

—Estoy un poco mareada. —Apenas respondió aquello, se desplomó.

La sacaron de allí y yo me apresuré a la puerta lateral, donde la encontré sentada en una silla, mientras la abanicaban.

—Es por el calor —dijo, lanzándome una mirada de advertencia—. El ambiente está muy cargado.

No lo discutí, pero ambos sabíamos que estaba embarazada.

—¿Se detendrá?

Ella negó con la cabeza.

—No puedo.

—Si sigue así, se perjudicará a sí misma.

—Menuda tontería, Robert. Las mujeres llevan millones de años dando a luz, y han tenido que llevar tareas mucho más arduas durante sus embarazos que unos cuantos discursos. No es más que la primera fase, eso es todo... dicen que las náuseas se pasan en unas cuantas semanas.

—¿Se lo ha dicho a Arthur?

—Aún no. Es casi seguro que él y el doctor Mayhews intentarán hospitalizarme. Así que, por el momento, pretendo no decir ni pío.

—Esto no me gusta nada.

—Ahora no puedo detenerme, Robert. Nos encontramos en un punto crítico... otro empujón, y creo que el gobierno se derrumbará.

Personalmente, yo opinaba lo contrario... otro empujón y el movimiento sufragista se quemaría. Pero no lo expresé.

Mi reticencia era, en parte, egoísta: sabía que cuando su embarazo fuera de dominio público, la obligarían a apartarse de la política, a pesar de sus protestas. Y una vez aquello ocurriera, todo lo demás cambiaría. El Café de la Calle Castle cerraría. Una vez se convirtiera en madre, tendría que convertirse inevitablemente en esposa también: la esposa que su marido quería que fuera.

Tomé mi recién descubierta riqueza y la llevé a Sotheby's, donde compré una serie de bellos dibujos de un maestro del Renacimiento, incluido uno de un busto de una chica italiana que me recordaba a Fikre. Cubrí mis habitaciones de la calle Castle con alfombras turcas, rematé mi mesa con candelabros de plata y volví a frecuentar las secciones más caras de Liberty. Por fin parecía que mi vida había tomado rumbo. Yo era un comerciante de café, un peón, trabajando en el negocio más importante de Londres. El arte y el placer eran mi consuelo.

También observé un tono más oscuro en los anuncios de Castle por aquella época. Además de las mujeres sonrientes y maleables de los primeros carteles, cada vez se mostraba más un nuevo tipo de esposa: la mujer rebelde que se había llevado su merecido. Las mujeres que habían fracasado a la hora de dar Castle a sus maridos se mostraban junto a maridos que las regañaban, las golpeaban o, en uno de los casos, les derramaban el ofensivo líquido por la cabeza, exigiéndoles total obediencia tanto en el café como en todo lo demás.

Un nuevo eslogan («¡El hogar de un hombre es su castillo!») acompañaba textos como «Tienes derecho a un buen café: tu esposa tiene el deber de servírtelo. ¡No seas víctima de la tacañería femenina!» Incluso había uno que mostraba a una mujer que sujetaba una pancarta (evidentemente, una sufragista a punto de abandonar a su marido para ir a una manifestación) con la siguiente leyenda: «¿Quién está al mando? ¡Hombres, imponeos! ¡Si ella no sirve Café Castle, realmente no sois vosotros!» Sin duda, las líneas de combate se estaban levantando.

SETENTA Y OCHO

«Amargor»: este sabor se considera deseable hasta cierto punto.

International Coffee Organization, *The Sensory Evaluation of Coffee*.

El bombo por los informes anuales de cultivo brasileño había comenzado.

Rumores absurdos barrían la Bolsa: que las cifras serían desastrosas, que las cifras serían increíbles, que las heladas, la enfermedad, que la política o la guerra iban a afectar a la cosecha. Llegado un punto, surgió un pánico súbito a que el presidente de Brasil hubiera sufrido un ataque al corazón: el precio aumentó dos céntimos por bolsa, lo que forzó a los brasileños a intervenir, antes de que se probara que los rumores eran infundados.

Pinker observaba todo aquello divertido.

—Se están irritando, Robert. Los comerciantes saben que la situación es inviable; sencillamente esperan a que se les diga hacia dónde correr. Todo es útil.

—Algunos de mis amigos periodistas han estado preguntando si el mercado dará la vuelta.

—¿En serio? —Pinker lo meditó—. Dígales... dígales que usted cree que caerán, pero que no puede revelar aún por qué. Y Robert... quizá quiera explicarles cómo hacer una venta corta en la Bolsa.

—Pero si lo hago, ¿no los estamos alentando a que inviertan para sí mismos? ¿Qué ocurre si nos equivocamos?

—No nos equivocaremos. Además, no los perjudicará tener intereses personales en esto.

Pasaba cada vez más tiempo encerrado con sus banqueros, pero ahora mantenía reuniones con otro tipo de personas también: jóvenes con trajes a cuadros elegantemente cortados y voces altas y seguras.

—Especuladores —dijo Jenks con un lloriqueo—. He reconocido a uno de ellos, a Walker; dicen que es uno de los futuros triunfadores de la City. Creo que comercia con divisas.

—¿Qué significa?

Jenks se encogió de hombros.

—El viejo nos lo dirá cuando quiera.

Pinker estudiaba detenidamente los informes meteorológicos y otros arcanos. Un día encontré el *Moore's Almanack* sobre su escritorio: los márgenes estaban repletos de extraños garabatos y notas en lo que podía haber sido álgebra, pero lo mismo podrían ser signos astrológicos.

—Habrà otra manifestación —dijo Emily—. Ésta será la más grande hasta ahora. Todas las sociedades sufragistas se han unido para organizarla. Están convocando a

un millón de personas para llenar las calles desde Hyde Park hasta Westminster.

—Y supongo que pretende ir, a pesar de su estado.

—Naturalmente.

—No se notará si falta una persona.

—Si todo el mundo dijera eso, no tendríamos causa. Robert, hay mujeres que realizarán sacrificios increíbles para ir a esa manifestación: criadas que se arriesgan a perder sus empleos, esposas que se arriesgan a recibir palizas. Lo mínimo que puedo hacer es caminar junto a ellas.

—Déjeme sustituirla.

—¿Qué?

—Si acepta quedarse sana y salva en casa, yo iré en su lugar. Y si insiste en ir, yo no iré. Así que las cifras serán exactamente las mismas.

—¿De verdad que no entiende por qué no sería lo mismo? —dijo ella.

Me encogí de hombros.

—En realidad, no.

—No somos simples objetos que contar. Somos voces, *gente* que debe ser oída.

—Me miraba, desesperada—. Robert, no podemos seguir así.

—¿A qué se refiere?

En voz baja, dijo:

—Desde que volví de África, es usted distinto.

—He crecido.

—Tal vez. Pero también se ha vuelto más cínico y amargado. ¿Qué le ocurrió a aquel despreocupado fanfarrón que mi padre conoció en el Café Royal?

—Se enamoró —dije—. Dos veces. Y ambas fue incapaz de ver que se estaba comportando como un estúpido.

Ella recobró el aliento.

—Quizá mi marido tenga razón. Quizá usted y yo deberíamos dejar de vernos tanto. No puede ser fácil para usted.

—No puedo renunciar a usted —dije brevemente—. Me he liberado de la otra, pero no me puedo liberar de usted. Lo odio pero no puedo detenerlo.

—Si de verdad le hago tan infeliz, entonces debería marcharse. —Algo en su voz se había espesado. La miré: el rabillo de su ojo brillaba.

—Debe de ser el bebé. —Tragó saliva—. Me ha vuelto más emotiva.

Al verla llorar no podía pelearme con ella. Pero tampoco podía seguir como estábamos. Ella tenía razón: la situación se estaba volviendo insoportable.

En la calle Narrow encontré a los mozos descargando sacos del almacén.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a Jenks.

—Parece que estamos vendiendo nuestras existencias —dijo secamente.

—¿Qué? ¿Todas? ¿Por qué?

—No tengo el privilegio de conocer esa información. Tal vez a usted le diga más.

—¡Ah, Robert! —me llamó Pinker, al verme—. Venga, nos marchamos a

Plymouth. Solos usted y yo... el tren sale en una hora.

—Muy bien. Pero ¿por qué a Plymouth?

—Vamos a reunirnos con un amigo. No se preocupe, todo se aclarará a su debido momento.

Nos sentamos en primera clase y observamos pasar el campo. Pinker estaba curiosamente callado; había menos sermones improvisados en aquella época, pero también había observado que estaba más relajado cuando estaba en movimiento, como si el furioso y precipitado ímpetu del tren calmara, de alguna manera, su propia inquieta necesidad de actividad.

Saqué un libro.

—¿Qué lee? —preguntó.

—Freud. Es bastante interesante, aunque es casi imposible adivinar hacia dónde se dirige en algunas ocasiones.

—¿Cuál es el tema?

—Los sueños, principalmente. —Entonces, algo me hizo añadir de forma maliciosa—: Aunque en este capítulo, habla de padres e hijas.

Él sonrió ligeramente.

—Me sorprende que pueda abarcarlo todo en un capítulo.

—Estoy observando las ovejas, Robert —dijo un poco más tarde, mirando por la ventana—. Es algo curioso: cuando pasa el tren se aterran, pero siempre corren en la misma dirección, la dirección a la que se dirige el tren, aunque sería más lógico correr en dirección opuesta. Huyen de donde estaba el tren, ¿entiende?, no hacia dónde va; no tienen en cuenta su movimiento.

—Bueno, son sólo ovejas —dije, sin saber con seguridad a qué se refería.

—Todos somos ovejas... excepto aquellos que deciden no serlo. —Creí oírle murmurar a su vaso.

Debí de quedarme dormido. Cuando abrí los ojos, vi que me estaba observando.

—Cada vez que compramos y vendemos en la Bolsa obtenemos beneficio —dijo con suavidad, como si sencillamente continuara una conversación cuyo inicio me había perdido—. Pero es mucho más que eso. Cada vez que los brasileños se ven obligados a intervenir y comprar más café tienen que almacenarlo, lo que les cuesta dinero. Y, por consiguiente, todos los beneficios que obtenemos los presionan aún más. Lo último que quieren ahora es una buena cosecha: no pueden permitirse almacenar la superproducción de los años que ya tienen. Una helada hubiera podido salvarles, pero no ha habido heladas. —Meneó la cabeza—. No puedo creer que sea un accidente. De verdad que no puedo. Pero ¿cómo denominarlo? ¿Cuál es la palabra?

Asentí, pero no dijo más, y pronto volví a dormirme.

En Buckley, una pequeña estación de pueblo cerca de Plymouth, nos esperaba un coche. Las puertas llevaban un pequeño monograma, una H heráldica. Intenté recordar dónde la había visto antes. Entonces lo recordé: era el mismo símbolo que

había visto en la fazenda de Brasil.

—Es el monograma de Howell —dije, sorprendido.

Pinker asintió.

—Vamos a su casa inglesa. Ambos hemos creído que sería más discreto que reunirnos en Londres.

El hogar inglés de Howell era una casa solariega isabelina. Las ovejas pastaban a cada lado del largo camino de entrada: a través de los huecos de las zonas verdes se atisbaba el mar lejano. Los jardineros estaban ocupados recortando setos, y un guardabosques con un terrier en el bolsillo de su abrigo y un arma bajo su brazo se quitó el sombrero cuando pasamos a su lado.

—Bonita finca —comentó Pinker—. A *sir* William le ha ido bien.

—¿Ha pensado alguna vez en llegar a tener algo así? —No me hacía falta preguntar si podía permitírselo ahora.

—No es de mi gusto. ¡Ah! Ahí está nuestro anfitrión, que ha salido a saludarnos.

Se encerraron juntos en una sala de espera durante media hora, antes de hacerme llamar. El espacio que había entre ellos estaba sembrado de papeles; parecían documentos legales.

—Entre, Robert, entre y únase a nosotros. *Sir* William nos ha traído un regalo. —Pinker extendió un gran sobre—. Échele un vistazo.

Saqué las páginas y les eché un vistazo. Al principio, no tenía ningún sentido: una lista de nombres extranjeros con cifras junto a ellos y una serie de subtotales al final.

—Ésas son las cifras de las cosechas de este año de las cincuenta fincas más grandes de Brasil —explicó *sir* William.

—¿Cómo demonios las ha conseguido?

—Es mejor no realizar esa pregunta —dijo con una sonrisa—. Y, desde luego, será mucho mejor no responderla.

Volví a mirar las cifras.

—Pero sólo esto constituye más de la producción anual total de Brasil.

—Cincuenta millones de sacos. —Coincidió Pinker—. Mientras que el gobierno brasileño sólo declara treinta millones.

—¿Qué le ha ocurrido al resto? ¿Se ha destruido?

Sir William negó con la cabeza.

—Es un truco de contabilidad; o, más bien, una serie de trucos. Han creado cifras falsas para las pérdidas, han degradado algunas fincas, han creado pérdidas que no existen... en definitiva, cualquier cosa para que parezca que producen menos café de lo que en realidad producen.

No tenía que preguntar por qué querían hacerlo.

—Si la Bolsa supiera de esto...

—Exacto —dijo Pinker—. Robert, creo que debería tener un par de almuerzos con sus amigos periodistas. Hay que elegir el momento con cuidado... necesitamos que las noticias comiencen a extenderse la semana que viene. Sin embargo, no de

golpe. Queremos provocar el pánico, y los inversores siempre se alarman más cuando saben que ignoran los datos reales.

—¿Estas cifras son precisas?

Howell se encogió de hombros.

—Lo suficiente para nuestros propósitos... soportarán un escrutinio considerable.

—Sólo debe decir, Robert, que habrá un gran escándalo —continuó Pinker—. Entonces, cuando el próximo miércoles la Cámara de los Comunes emita una declaración...

—¿Cómo saben que se emitirá una declaración ese día?

—Porque sé quién la emitirá, y por qué. Pero no es más que el inicio. Se anunciará una investigación de Comercio e Industria, y el comité de monopolio pedirá sanciones contra Brasil...

Mi mente iba a toda velocidad.

—Comercio e Industria... ése es el ministerio de Arthur Brewer, ¿no es así?

Y él es el presidente de ese comité.

Los ojos de Pinker brillaron.

—¿De qué sirve tener un yerno en el gobierno si uno no puede proporcionarle información sobre asuntos de interés nacional? Pero, incluso entonces, no publicaremos las cifras... no todas: debe filtrar diferentes partes del documento a distintos periódicos, de manera que nadie tenga el panorama completo. Todos harán suposiciones, especularán, y la especulación se retroalimentará...

—Los mercados se precipitarán.

—Los mercados se darán cuenta de la verdad: de que han sido demasiado confiados. Los brasileños publicarán sus propias cifras el jueves. Y podemos estar seguros de que esas cifras serán otro cuento, una estimación a la baja. La diferencia es que, esta vez, la gente podrá verlo. —Cruzó las piernas y se recostó en su asiento—. Éste es el momento, Robert —dijo suavemente—. He esperado siete años para esto.

Estaba perfectamente sereno; ambos lo estaban. Entonces supe que todo lo que había hecho: la especulación, el dominio de los nuevos instrumentos financieros, el acercamiento a Howell, incluso el bombardeo a mis contactos en los periódicos... todo había sido cuidadosamente dirigido en esa dirección. Lo que los mercados y yo habíamos creído cambios de dirección habían sido, de hecho, la paciencia más terrible e implacable.

Me volví a *sir* William.

—Si el mercado se desploma, se arruinará.

—Solía pensar eso —dijo en voz baja—. Como cualquier otro estúpido productor del mundo, solía pensar que necesitábamos sostener el precio del café. Pero no es así. Son los demás, los productores menos eficientes, los que se estamparán primero. Cuando todo se acabe y el precio se estabilice, mis plantaciones aún obtendrán beneficios: una cantidad pequeña por hectárea, tal vez, pero sustanciales si se

considera la operación en general —asintió a Pinker—. Fue su jefe el que hizo las cuentas.

—Eso es lo que le envié —dije—. Eso es lo que contenía la carta. Cuentas.

—¿Por qué deberían sostener los esfuerzos de *sir* William a granjeros con menos éxito que él? —exigió Pinker.

Howell asintió.

—La vida será mucho más fácil cuando sólo queden las grandes *fazendas*.

Podemos negociar entre nosotros: las sanguijuelas que se sientan en São Paulo y nos sangran pueden valerse por sí mismas por una vez.

—El futuro es un número menor de compañías más grandes —añadió Pinker—. Estoy seguro.

Dije lentamente:

—Pero ¿qué pasa con esos pequeños productores? ¿Qué hay de los más pequeños? Durante veinte años se les ha alentado a plantar café... a erradicar cultivos de los que puedan comer, y vivir, a favor de un cultivo que sólo pueden vender. Debe de haber millones en todo el mundo. ¿Qué les ocurrirá?

Ambos me miraron inexpresivos.

—Morirán de hambre —dije—. Algunos morirán.

—Robert —dijo Pinker con calma—. Nos hemos embarcado... nos hemos embarcado en una gran empresa. De la misma manera que, una generación atrás, los hombres británicos de visión e industria liberaron a los esclavos del yugo de la tiranía, ahora tenemos la oportunidad de liberar a los mercados del puño del control extranjero. Esa gente de la que habla... encontrarán cultivos mejores, formas más eficientes de ganarse la vida. Prosperarán y crecerán.

Liberados de las restricciones imposibles de un mercado artificial, se dedicarán a nuevas empresas e iniciativas...; algunas de ellas podrían fracasar, pero otras se transformarán y enriquecerán sus países como el café nunca lo haría.

Recuerde a su Darwin: el progreso es inevitable. Y nosotros, los tres reunidos en esta habitación, somos privilegiados de ser sus instrumentos.

—Hubo una época en la que hubiera podido tragarme esa tontería —dije—. Pero ya no.

Pinker suspiró.

—Podría hacer fortuna cuando tenga lugar esa corrección del mercado —dijo *sir* William bruscamente. «Corrección»... percibí su elección de palabras, lo hábilmente que implicaba la inevitable rectitud de lo que iban a hacer.

—Sólo un puñado de personas en todo el mundo sabe lo que usted sabe. Si decidiera llevar a cabo una venta corta sobre el café mañana...

Pinker le lanzó una mirada de advertencia.

—No se trata sólo del dinero. Robert, piense en lo que esta oportunidad puede significar para usted. ¡Imagine el respeto que se ganaría en la City! *Sir* William y yo... somos ancianos; pronto se acabará nuestro tiempo, y una nueva generación

saltará a la palestra. ¿Por qué no usted entre ellos, Robert? Tiene aptitudes, sé que las tiene. Es como nosotros dos: entiende la necesidad de los gestos audaces, de las grandes decisiones. Es usted joven, y a veces está desorientado, pero nosotros estaríamos allí para dirigirle; se beneficiaría de nuestras manos sobre sus hombros, pero usted tomará sus propias decisiones, encontrará sus propias aventuras...

—Y después están los inversores —dije—. Todos los que han puesto sus ahorros en bonos de café. También lo perderán todo.

—La especulación implica riesgo. Se han beneficiado magníficamente de nuestro trabajo en el pasado. —Pinker se encogió de hombros—. No estoy pensando en ellos. Estoy pensando en usted.

Me observaban a la espera. Durante un instante pensé que se parecían muchísimo a dos perros viejos, con los colmillos expuestos, esperando a que me rindiera y les mostrara mi cuello.

Pensé en Emily, preparada para desafiar a su propio esposo para hacer lo que creía correcto. Pensé en Fikre, comprada y vendida como un saco de granos, sencillamente por dónde y cómo había nacido. Y pensé en mis aldeanos, mi clan, recogiendo bayas de café, puñado por puñado cuidadosamente, en los bosques nublados de las tierras altas abisinias; un café que pronto apenas valdría nada.

—No puedo ayudarlos —dije.

—No puede detenernos —dijo *sir* William.

—Quizá no. Pero no participaré en esto. —Me puse en pie y abandoné la habitación.

SETENTA Y NUEVE

Caminé de vuelta a la estación por aquella larga y elegante entrada; pasé junto a las ovejas que pastaban, los jardineros y los guardabosques... aquella idílica escena inglesa pagada a costa del sudor de cientos de miles de peones. Pinker tenía mi billete de vuelta: volví a Londres en tercera clase, entre hombres que fumaban cigarrillos baratos, en asientos que manchaban mi elegante traje con polvo de carbón.

El plan que Pinker iba a ejecutar era sencillo. En el lenguaje común de la Bolsa, iba a tomar una posición corta. No le vendería a nadie el café que tenía, sino el que no tenía, haciendo contratos para suministrarlo en el futuro, con la esperanza de que, para entonces, el precio habría caído y él podría comprarlo a un precio más bajo del que iba a fijar para su venta.

Pero la venta corta no es una simple apuesta sobre el camino que tomará el mercado. En volúmenes lo suficientemente importantes, la misma venta corta provoca un exceso de oferta, lo que a cambio impone más presión sobre el precio. Naturalmente, el exceso de oferta no es real; más bien, es la *esperanza* del exceso de oferta: no hay más café en el mundo pero, de repente, hay más vendedores que compradores; y los comerciantes que, después de todo, deben dinero, comprarán lo que puedan para cerrar sus posiciones, es decir, para equilibrar sus libros.

Si esa presión se combina con otras (como el pánico del mercado, con los inversores corrientes apresurándose a vender), ni siquiera un gobierno podría comprar lo suficiente como para mantener el precio. Pinker arruinaría la economía brasileña con cualquier otro país lo suficientemente estúpido como para alinearse con ellos. Y el precio mundial (el precio por el que se vendía el café desde Australia hasta Ámsterdam) se tambalearía.

No tenía duda alguna de que había algo más detrás de aquello. Aquellos especuladores de divisas y el resto de los hombres de la City también estarían metidos en ello: sin duda, los derivados e intercambios, préstamos y apalancamientos, y todo el arsenal de las herramientas financieras modernas avanzaban hacia aquel pequeño campo de batalla, pero en esencia era una partida de póquer hermosamente clara. Pinker y sus aliados venderían café que no poseían: el gobierno brasileño compraría café que no quería. El ganador sería aquel que mantuviera el valor durante más tiempo.

De vuelta en la calle Castle me encontré a Emily preparando un cartel.

—Su padre va a colapsar el mercado —dije brevemente—. Está confabulado con *sir* William Howell. Y también con su marido. Están conspirando para provocar el pánico en la Bolsa.

—¿Por qué querrían eso? —dijo con serenidad, mientras seguía acabando su cartel.

—Todos harán fortuna. Pero, para ser honestos, creo que ése es sólo parte del motivo. Su padre está obsesionado con dejar su huella en la historia: no le importa lo que ocurra si puede conseguirlo. Es como una adicción para él. Tanto si destruye o crea, hace el bien o el mal, gana dinero o lo pierde, no creo que nada le importe de verdad, excepto que sea Pinker quien esté detrás de ello.

Se volvió contra mí.

—Eso es completamente injusto.

—¿Lo es? Cuando los conocí, afirmaba defender la abstinencia... ¿cómo ayudará a hacer caer el precio? Y entonces solía hablar sobre África, y cómo el café acercaría a los salvajes hacia Dios. ¿Cuándo le oyó hablar así por última vez? Eran sólo ideas arrancadas al aire y exprimidas de cualquier energía que pudieran tener. Nunca creyó en nada más que en sí mismo.

—No lo juzgue según su propio rasero, Robert —dijo, furiosa.

Suspiré.

—Emily, sé que no he hecho mucho servicio al mundo, pero tampoco lo he perjudicado demasiado. Lo que están haciendo ahora... es algo terrible, provocará una miseria indecible.

—Los mercados deben ser libres —dijo obstinadamente—. Si no lo hace él, lo hará otro.

—¿Destruir las vidas de las personas supone la libertad? ¿O el abuso de la misma?

—¿Cómo se atreve, Robert? —Saltó—. Sólo porque usted no ha conseguido nada, intenta subestimarle. Sé lo que intenta hacer, por qué intenta desautorizarle ante mí.

—¿A qué demonios se refiere?

—Siempre ha estado celoso de mi admiración hacia él...

Entonces nos peleamos. No discutimos, nos peleamos: ambos dijimos cosas cuyo objetivo era herir. Creo que le dije que sólo podía seguir con su campaña por el dinero obtenido a costa del sufrimiento de otras personas; ella me dijo que no era digno de limpiarle los zapatos a su padre; creo que incluso pude haberle soltado algunos insultos por la gracia de Freud. No obstante, creo que lo que más le dolió fue que acusara a su padre de actuar sin ninguna moral o escrúpulo.

—No lo toleraré, ¿lo entiende? Es un gran hombre, un hombre brillante...

—No niego su brillantez...

—Le importa. Sé que le importa. Porque si no le importara... —Entonces se marchó, dando un portazo que hizo retumbar las bisagras.

Pensé que volvería enseguida.

No había contado con su obstinación.

Jenks me diría después que Pinker había vuelto a la calle Narrow tras mi marcha, como si nada hubiera ocurrido. Le dio las cifras de Howell a Jenks, y le dio instrucciones para que llamara a los periódicos en mi lugar. Los periodistas se

mostraron encantados de hacerle el favor; en muchos casos, ellos mismos habían tomado la posición corta por mi propio consejo, y estaban ansiosos de ayudar a extender los rumores que destruirían el mercado. ¿Eran ciertas las cifras de Howell? Cuanto más lo pensaba, más lo dudaba... pero tal y como había dicho él, soportarían el escrutinio superficial necesario.

Jenks me dijo que cuando Pinker se hizo cargo de aquello, entró en su almacén. Para entonces ya estaba vacío: cada saco, cada grano que poseía estaba comprometido en aquella batalla. Entró en el amplio y resonante espacio y dijo:

—¿Jenks?

—Aquí, señor.

—Véndalo, ¿quiere? Véndalo todo.

—¿Vender qué?

—Todo esto, hombre. —Pinker levantó las manos y su ademán abarcó cada rincón vacío del almacén.

—Aquí no hay nada, señor.

—¿No puede verlo? ¡Mis invisibles! ¡Mis hipotéticos! Cada alianza y futuro, cada centavo que podamos tomar prestado, cada contrato que podamos formalizar. Véndalo todo.

El día de la manifestación llovió: no fue una ligera lluvia de verano, sino un aguacero como los que apenas se ven en Inglaterra; la lluvia era tan intensa que era como si los dioses estuvieran arrojando enormes brazadas de canicas a las calles de Londres. Westminster era un lodazal de barro hediondo. Las interminables filas de mujeres desaliñadas salieron igualmente, pero todo el mundo tenía la cabeza gacha. En aquellas circunstancias, las amigas pronto se separaron, incapaces de llamarse unas a otras a través del ruido de la lluvia, y las manifestantes no veían nada más allá del pegajoso barro que se arremolinaba alrededor de sus pies...

A las dos y media, en la Cámara de los Comunes, Arthur Brewer se levantó para hacer una pregunta. Tenía en su mano las cifras de cultivo de *sir* William.

Por lo visto, incluso en la Cámara, la lluvia hacía prácticamente imposible ser oído sin chillar. Cuando los periodistas del vestíbulo se dieron cuenta de lo que decía, de que se confirmaban los rumores, se apresuraron a los teléfonos y, a continuación, corrieron hacia fuera... También los honorables miembros con inversiones en café estaban ocupados intentando ponerse en contacto con sus corredores; al no poder hacerlo, también se unieron al éxodo. Pinker había deseado provocar el pánico, pero ni siquiera él hubiera podido predecir lo rápidamente que crecería.

Ella no debería haber estado allí. Aquello resultaba evidente para todo el mundo, en retrospectiva. Cuando se desmayó en el barro, nadie se dio cuenta al principio: todas se tropezaban, deslizándose y resbalándose con sus botas y enaguas, y las calles se paralizaron por la confusión.

Tal vez, si hubiera tenido más cuidado, no hubiera perdido al bebé. No obstante, nunca lo sabremos.

En la calle Castle observé cómo el clima pasaba de soleado a tormentoso; las nubes negras del color de un torrefacto oscuro se acumularon sobre la City.

Puede parecer descabellado, pero cuando el diluvio comenzó, me dio la impresión de que no era lluvia, sino granos de café, lo que caía del cielo, inundándonos a todos.

No deseaba presenciar la victoria de Pinker en la Bolsa, pero el importador, Furbank, asistió. Después me diría que, cuando terminó, cuando el gobierno brasileño por fin admitió la derrota y las cifras cayeron en picado, estaba observando la expresión de Pinker. Había esperado ver al empresario exultante.

Sin embargo, Furbank dijo que la expresión de Pinker no expresaba nada: sólo un interés fascinado y educado mientras veía cómo se tambaleaban los números, como si estuviera en una especie de trance.

Surgió un murmullo en la galería pública. Aquellos que, en lugar de perder su fortuna, la habían hecho, aquellos que habían previsto cómo iría todo, aplaudían; aplaudían en pie ante el gran golpe de Pinker. Pero, incluso entonces, él no parecía oír nada. Tan sólo estaba aquel foco intenso y parpadeante en las pizarras que había abajo.

OCHENTA

«Alquitranado»: un defecto de sabor que le da al café un desagradable regusto a quemado.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

La lluvia se había detenido. Mientras Furbank y yo cruzábamos el río a través del Tower Bridge, los barcos descargaban sus cargamentos en el muelle de Hay. No obstante, en lugar de introducir los sacos de café en el almacén, los mozos creaban una enorme pila en el espacio abierto frente a los edificios.

—¿Qué hacen? —preguntó Furbank, confundido.

—No estoy seguro. —Mientras observábamos, vimos un hilo de humo que procedía del extremo más lejano de la pila.

—Le han prendido fuego. ¡Mire! —Debían de haber rociado con petróleo la pila: en unos instantes, las llamas lo rodeaban como un pudin gigante de Navidad—. Pero ¿por qué lo queman?

Con una sensación de náusea, me di cuenta de lo que había ocurrido.

—El nuevo precio... ahora, el coste de almacenarlo no merece la pena.

—Resulta más barato quemarlo, y liberar los barcos para otras mercancías. — Miré hacia abajo en el río. Columnas de humo similares salían de otros muelles de la orilla: el muelle de Butler, el puerto de St Katharine, incluso el muelle Canary...

Olía el café en el aire: aquel perfume amargo y cautivador que siempre asociaba con los hornos de tostado del almacén de Pinker se extendía ahora como una niebla fina y fragante sobre Londres.

Con ironía, dije:

—Lo van a quemar todo.

No era sólo Londres. Se estaban encendiendo hogueras similares en toda Europa, y también en Sudamérica, a medida que los gobiernos se sometían a las inevitables y azuzadas quemaduras masivas de las plantaciones que ya no tenían oportunidad de resultar rentables. Los peones se quedaban a un lado y observaban, sin poder hacer nada.

En Brasil, un periodista olió el aroma de los granos que se asaban desde el interior de un avión, a casi un kilómetro de altura. El humo de las hogueras formaba grandes nubes que chocaban contra las montañas, y, cuando por fin llegaron las lluvias, lo que cayó del cielo aún sabía a café.

Jamás olvidaré aquel olor ni aquellos días.

Caminé por las calles del este de Londres durante horas, incapaz de dejar de mirar. Era como algo sacado de una pesadilla. Maravillosos aromas a fruta y cítricos, a humo y cuero inundaban el aire. Mis pulmones estaban tan atiborrados de aquel

olor que, después de un rato, ya ni siquiera podía percibirlo... y después de un rato, el viento se burlaba de ti, y una ráfaga te lo arrebatava, despejando tu paladar e inundando tus sentidos de nuevo con la fragancia del café que se tostaba.

Y detrás de la fragancia había algo más oscuro y amargo, como si los granos pasaran de tostarse a chamuscarse y de chamuscarse a carbonizarse... crepitando, derritiéndose y fundiéndose entre sí como brasas ardientes.

Olía el brasileño, el venezolano, el keniano, el jamaicano e incluso el moca ascendiendo en aquellas hogueras. Un millón de tazas de café, quemadas como si se tratara de la ofrenda a un nuevo y terrible dios.

Cuando estuve en Etiopía y comencé a aprender un poco de gala, los niños del pueblo me enseñaron algunas de sus historias infantiles. Había una sobre los orígenes del café: no aquel conveniente mito árabe sobre aquel cabrero que se dio cuenta de que sus cabras estaban más alegres, sino algo mucho más antiguo.

Muchos siglos atrás hubo un gran hechicero que era capaz de comunicarse con los *zar*, los espíritus que gobiernan, o más bien desgobiernan, nuestro mundo. Cuando el hechicero murió, el dios del cielo se entristeció, porque ya no habría nadie lo suficientemente poderoso como para mantener los espíritus a raya. Las amargas lágrimas del dios cayeron sobre la tumba del hechicero; y allí donde cayeron, brotó el primer arbusto de café.

A veces, cuando los aldeanos se servían mutuamente café, en una especie de brindis, se decían: «Venga, el agua ya casi hierve. Bebámonos las amargas lágrimas de Dios».

OCHENTA Y UNO

No volví a la oficina de Pinker, pero un par de semanas después, cuando cerraba el café, oí a alguien que golpeaba la puerta. Me acerqué y grité a través de ella:

—Hemos cerrado.

—Soy yo —dijo una voz cansada.

La dejé entrar. Llevaba un abrigo, y había una maleta sobre la acera.

—He venido en coche de caballos —dijo—, y ya lo he dejado marchar.

¿Puedo pasar?

—Por supuesto. —Dirigí la mirada hacia la bolsa—. ¿Adónde va?

—Vengo aquí —dijo—. Si me acoge, claro.

Preparé café mientras me contaba lo que había ocurrido.

—Arthur y yo hemos tenido una pelea. Los dos dijimos cosas... Bueno, ya sabe cuánto me puedo llegar a enfadar. Le dije que no era más que una creación de mi padre y, por una vez, perdió su autocontrol.

—¿La ha golpeado?

Ella asintió.

—No ha sido especialmente fuerte, pero ya no puedo quedarme con él.

Pensé en lo extraño que resultaba que, después de todo lo que había ocurrido (las palizas policiales, los discursos despectivos, el maltrato de los auxiliares y las violaciones maritales), fuera aquello, un simple bofetón provocado por la ira, lo que por fin había inclinado la balanza.

Como si leyera mis pensamientos, dijo:

—Ha roto su propio código, ¿entiende? O yo lo he roto por él.

—¿Qué va a hacer?

—Me quedaré aquí... si no le importa.

—¿Importarme? Por supuesto que no. Estaré encantado.

—No obstante, entenderá, Robert, que no debe haber indecencia alguna. La gente podrá decir lo que quiera, pero nosotros debemos saber que no tenemos nada que reprocharnos.

Suspiré.

—Muy bien.

—No se ponga así. En cualquier caso, sospecho que entre Arthur, el bebé y el doctor Mayhews estoy hecha polvo para todo eso.

—Se recuperará. Y cuando lo haga...

—No, Robert. No quiero darle falsas esperanzas. Si le resulta difícil ser sencillamente mi amigo, dígamelo y me quedaré en otra parte.

—¿A qué se refería con el doctor Mayhews? —le pregunté después.

—¿Mmmm?

—Ha dicho que entre Arthur, el bebé y el doctor Mayhews no le apetecen las relaciones sexuales. Entiendo los dos primeros. Sólo me preguntaba sobre el tercero.

—Ah. —No podía mirarme, pero su voz era bastante firme—. ¿No le han dicho que me han diagnosticado histeria?

—Sí. Es una estupidez, por supuesto. Nunca he conocido a nadie menos histérico en mi vida.

—No, Robert. Resulta que tenían razón. Incluso he recibido el tratamiento de un especialista.

—¿Qué clase de tratamiento?

Al principio, no respondió. Finalmente, dijo:

—Tienen una máquina eléctrica... una especie de dispositivo oscilante.

Expulsa la histeria. Provoca una especie de... convulsión. Lo llaman paroxismos. En realidad, es bastante demoledor. Y así es como saben... saben que de verdad eres histérica. El paroxismo es la prueba.

La interrogué un poco más y, poco a poco, comencé a entender lo que le habían hecho.

—Pero, Emily —le dije, cuando terminó—, eso no era histeria. Eso es lo que se supone que las mujeres deben sentir... con sus amantes.

—No me lo creo.

—Vamos, Emily. Escuche...

—No, Robert, de verdad que no quiero hablar sobre eso.

Pese a sus órdenes, y mi enojo por lo que los doctores le habían hecho, me dio una curiosa especie de esperanza... la esperanza de que, cuando dejara todo aquello atrás, quizá algún día empezara a ver sus experiencias, a mí, con otra luz.

En algún momento, muy tarde aquella noche, me despertó el sonido de los sollozos.

Estaba sentada en las escaleras que llevaban al café, como una bola arrugada en un camisón blanco.

Se me ocurrió que nunca antes había visto su pelo suelto. Me senté junto a ella y rodeé sus hombros con el brazo. Era tan menuda que casi no quedaba nada de ella.

—He fracasado —sollozó—. He fracasado en todo. No sirvo como esposa, ni como madre, ni como sufragista.

—Chissst —dije—, todo irá bien. —Y la sostuve, muy quieto y callado, mientras ella sollozaba hasta la mañana.

OCHENTA Y DOS

«Duro»: con una referencia concreta a los brasileños.

J. ARON Co., *Coffee Trading Handbook*.

Cuatro semanas después, Pinker celebra una Reunión General Extraordinaria de su consejo. Puesto que el consejo está formado por él, Emily, Ada y Philomena, la reunión se celebra en forma de comida: las hijas asumen que se trata de una comida de celebración, para celebrar los fantásticos éxitos de su padre en la Bolsa.

Las hermanas no se han visto últimamente, y hay muchas noticias familiares sobre las que ponerse al día. Sólo Emily está un poco callada, pero los demás, con mucho tacto, no lo mencionan.

Es cuando llega el café (que resulta que no es Castle, sino un fino keniano, servido en la porcelana Wedgwood favorita de Pinker), cuando por fin menciona el asunto del día, golpeando la taza que tiene frente a sí con una cucharilla para pedir silencio.

—Queridas —dice, mirando alrededor de la mesa—. Ésta es una ocasión familiar, pero también una reunión del consejo, y hay un par de asuntos que debemos discutir. Le he pedido a Jenks que se tome el tiempo necesario. Es una formalidad, pero una formalidad que tenemos que cumplir. No nos llevará mucho tiempo. —El secretario entra y se sienta a un lado, saludando a las hermanas con una sonrisa. Sostiene una carpeta sobre su rodilla, y saca una pluma—. Éste es un negocio familiar. —Comienza a decir Pinker—. Es por eso por lo que podemos llevar a cabo estas reuniones de esta manera. Me temo que ahora se considera una forma anticuada de hacer las cosas. Las empresas públicas incluidas en la Bolsa que abren sus existencias a las fuerzas y las oportunidades del mercado son empresas que, en el futuro, tendrán los recursos y la flexibilidad para expandirse por todo el mundo.

—¿Está diciendo que quiere introducir Pinker en la Bolsa, padre? —pregunta Ada. Ahora es una joven segura: casarse con un hombre al que adora ha suavizado sus cantos afilados y le ha dado brillo a sus ojos.

—Ten paciencia conmigo, Ada —dice Pinker, con indulgencia—. Puede que hayáis observado que esas compañías también pueden comprarse y venderse unas a otras. De hecho, en Estados Unidos, ya estamos viendo el nacimiento de lo que llaman conglomerados: compañías que poseen más de una filial. Aquí también, los viejos enemigos se están viendo obligados a forjar nuevas alianzas.

Lyle y Tate, por ejemplo... dos viejos rivales que ahora forman una sola entidad. —Hace una pausa—. He estado discutiendo con uno de nuestros competidores —dice—. Un rico terrateniente. La combinación de nuestros intereses favorecería a ambas partes: Castle tiene la marca más fuerte y la mejor cuota de mercado, mientras que él

es un experto en la producción de la materia prima que, desde la muerte del pobre Hector, nos falta. Él es rico en activos; nosotros somos ricos en efectivo. Creo que, juntos, crearemos una empresa capaz de enfrentarse al mundo.

—¿Quién es esa persona, padre? —pregunta Ada.

—Es Howell —dice Pinker—. *Sir William Howell*.

Se hace un breve silencio de sorpresa. Philomena dice:

—Pero ¿podría trabajar con él? ¿No se odian?

Pinker está muy sereno; de hecho, les sonrío.

—Para nuestra sorpresa, nos hemos dado cuenta de que tenemos mucho en común en los asuntos más importantes. Dudo que nunca seamos amigos pero, desde luego, podemos hacer negocios.

—Le traicionará —dice Emily.

Su padre niega con la cabeza.

—Él nos necesita mucho más de lo que nosotros lo necesitamos a él. Y no lo olvidéis, esta empresa entrará en Bolsa. Habrá accionistas que mantengan el equilibrio de poder.

Esta vez, el silencio dura más tiempo.

—El anuncio tendrá lugar mañana por la mañana, cuando la Bolsa abra.

Deberíais ser conscientes de que esto supondrá el fin de Pinker como empresa familiar. La nueva empresa se administrará de forma distinta. Debe ser así, pues la Bolsa lo exige. Por ejemplo, todos los accionistas tendrán derecho a asistir a las reuniones generales. —Mira a la habitación—. Dudo que quepan en nuestro pequeño comedor.

Nadie sonrío.

—¿Nosotras seremos accionistas? —pregunta Ada.

—Vosotras tendréis algunas acciones, sí. Pero no tendréis derecho a voto.

—Entonces... ¿se nos está pidiendo realmente que vendamos? —Es la voz de Philomena.

—Sí. Todas recibiréis dinero, una gran cantidad de dinero, de la venta de vuestras acciones a la nueva empresa.

—No sé... —dice Emily.

—Lo he pensado mucho —dice Pinker firmemente—. Si no queremos que nos engulla una de las grandes empresas estadounidenses, debemos convertirnos en una gran empresa. —Hace una pausa—. Hay algo más que ha influido en mi decisión. *Sir William* tiene un hijo.

Todas le miran.

—Jock Howell ha sido educado en todos los aspectos del negocio de su padre. Después de haber formado la compañía, tendrá que venir a dirigir su parte de las cosas durante un tiempo, bajo mi protección, por supuesto, para completar su comprensión. Entonces, con el tiempo, cuando *sir William* y yo nos retiremos, él estará bien preparado para asumir el funcionamiento de toda la operación combinada.

—¿Entregaría el negocio... al hijo de Howell? —Emily está horrorizada.

—¿Qué remedio me queda? —dice Pinker en voz baja—. Él tiene un hijo. Yo no. Mientras las implicaciones de todo eso calan en ellas, Pinker alza su taza.

—Yo, por mi parte, quiero un poco más de ese café. ¿Se puede repetir?

—Entonces, si una de nosotras hubiera sido un chico... —dice Emily, súbitamente furiosa.

—No, no, no —dice Pinker con dulzura—. Para nada es así. Pero tú estás casada, y con un miembro del Parlamento... Ada y Richard tienen Oxford...

Phil está más que ocupada con fiestas y bailes. Por supuesto que no puede ser ninguna de vosotras.

—Yo me hubiera hecho cargo, si me lo hubiera pedido —dice Emily—. Hubiera evitado el matrimonio, si ésa hubiera sido la alternativa...

—Es suficiente —dice su padre bruscamente—. No quiero ninguna crítica hacia tu marido. Ya ha habido suficiente escándalo.

—Entonces, por lo visto, hay mucho que no desea oír —dice amargamente.

—Emily... no toleraré que me hables así.

Ella se muerde el labio.

—Ahora tomaré ese café —dice, señalando la mesa—. Jenks, gracias, puede marcharse. —Jenks cierra su carpeta y se pone en pie.

—Espere —dice Emily.

—Emily, ¿qué dices? Por supuesto que se puede marchar.

—Deberíamos votar —dice ella. Mira alrededor de la mesa, a sus hermanas—. Si todas tenemos acciones, deberíamos votar.

—No seas ridícula —dice su padre.

—No obstante, ésa es la forma correcta de hacer las cosas, ¿no es así? —Ella se dirige a Jenks—. ¿No es así?

Asiente de mala gana.

—De hecho, creo que es necesario, técnicamente.

—Y si votamos en contra —dice ella, hablando a sus hermanas—, no puede ocurrir. Somos mayoría.

—¿Qué demonios te pasa? —Truena su padre—. Por Dios, mujer, esto no es una reunión de las sufragistas. Ésta es mi empresa...

—*Nuestra* empresa...

—*Mi* empresa —insiste él.

—No podréis discutir así con los accionistas, cuando entréis en Bolsa. —Señala—. Puede que ni siquiera aprueben a vuestro Jock Howell. O quizá os expulsarán a vosotros... ¿se os ha ocurrido eso? —Él la observa furioso—. Todos aquellos que estén en contra de la propuesta —dice ella, alzando la mano.

—Suficiente. —Salta su padre, recuperándose—. Jenks, puede marcharse.

Registre que la propuesta ha sido aceptada sin oposición.

—Sí, señor —dice Jenks. Abandona la habitación.

Se hace un prolongado y pesado silencio y, con un súbito chillido, Emily hace lo mismo.

OCHENTA Y TRES

Manténia una habitación en la calle Castle y, a medida que aumentaba su malestar, pasaba cada vez más tiempo allí. En todo ese tiempo, nunca la oí hablar de su marido o su padre de forma irrespetuosa; de hecho, apenas hablaba de ellos. Ella y yo casi formábamós un hogar, aunque poco convencional.

—¿Robert?

Levanté la vista. Sobre el mostrador había una caja de caoba. Emily la abrió.

Dentro había hileras de viales de vidrio y una serie de tazas y cucharas para la degustación.

El catálogo.

Ella colocó cuatro paquetes pequeños de café sobre la mesa y comenzó a abrirlos.

—¿Qué hace?

—Lo único que podemos hacer —dijo ella—. Éstos son los mejores cafés nuevos de Furbank: dos de Guatemala y dos de Kenia. —Vertió agua con cuidado sobre la primera serie de molidos—. ¿Y bien?

Suspiré.

—No sirve de nada.

—Al contrario, Robert... sirve de mucho. Éstos son cafés buenos, inconfundibles. Eso dice Furbank. La gente que los ha producido no debería hundirse, sólo porque se vean forzados a venderlo al mismo precio que el producto industrial de Howell. Aún hay suficiente gente en el mundo a la que le importa el café. Sólo necesitan una forma de diferenciar el bueno del malo... Y el catálogo no puede hacerlo, a menos que lo mantenga actualizado. —Empujó una de las tazas hacia mí.

Gruñí.

—¿Qué quiere que haga?

—Catarlos, por supuesto. Aspirar, aerear y, finalmente, expectorar. ¿Listo?

Juntos, empujamos el café molido hacia abajo y sorbimos un poco de café.

—Interesante —dijo ella, pensativa.

Asentí.

—Un aroma a plátano.

—Y sobre la lengua, cierta aspereza natural...

—Incluso un toque de uvas de moscatel.

El mismo sabor en nuestras bocas, en nuestras lenguas y nuestros labios: las sensaciones pasan de uno al otro entre los dos, como besos.

—¿Mora, o melocotón?

—Más bien, creo que son ciruelas. O, quizá, ciruelas damascenas.

—Y algo cálido... carne asada, o quizá tabaco de pipa.

—¿Carne asada? No debería... lo haría salado. Cátelo de nuevo.

—Yo diría que corteza de una hogaza recién horneada.

—Muy bien... haré una nota. ¿Quiere cambiar las tazas?

Le dije:

—¿Sabe? Podríamos empezar a pedirle a Furbank que el café que vendamos aquí proceda de granjas africanas, en lugar de grandes plantaciones.

No serviría de mucho en sí, pero si lo hacía la gente suficiente, podría darles a algunos pequeños granjeros una alternativa a trabajar para el hombre blanco.

—Me parece una idea excelente.

—Naturalmente, eso implicará que el café será más caro.

—¿Tendremos pérdidas?

—No tengo ni la más remota idea.

—Querido Robert, de verdad que no tiene ni idea de cómo dirigir un negocio, ¿no es así?

—Al contrario... son los hombres de negocios los que no tienen ni idea de cómo hacerlo, según mi experiencia.

—Muy bien... ¿Cuál es ese proverbio africano que tanto le gusta citar?

—«Una telaraña se rasga con facilidad, pero mil arañas pueden inmovilizar a un león».

—Exacto. Seamos arañas, y comencemos a tejer.

—En cuanto a éste —dije—, me recuerda a África. Arándanos, arcilla, y esa picante tierra marrón sobre la que se han secado los granos.

—Bueno, yo no he estado allí, así que no sabría decirle. Pero puedo saborear las especias: laurel, tal vez, y cúrcuma. Y hay algo más: algo tenue...

—¿Sí? ¿Qué es?

—No estoy segura. Pero es algo dulce.

De las cenizas de aquellas hogueras surgió una diminuta espiral de algo que merecía la pena conservar. No era esperanza, exactamente, ni siquiera amor; sino algo frágil, delicado y etéreo como el humo: algo que ella y yo compartimos en aquella habitación y que después compartimos con otros... con Furbank y otros importadores, con algunos clientes apasionados, y después con algunos más, que fueron creciendo poco a poco, como una serie de diminutos mensajes que titilaban por todo el mundo.

OCHENTA Y CUATRO

Y entonces, tal y como había predicho Emily, llegó un momento en el que el movimiento necesitaba mártires.

La decisión de las sufragistas de iniciar huelgas de hambre cambió el ambiente de su rebelión. Planteaba la terrible posibilidad de que hubiera bajas: el gobierno mataría a quienes se refería como el sexo débil.

Las primeras huelguistas fueron liberadas discretamente de prisión por razones médicas, pero, con los periódicos sobre el caso, era imposible volver a hacer nada más discretamente. Por tanto, el gobierno (algunos dijeron que instigado por el mismo rey) decidió someter a aquellas que no querían comer a «tratamiento hospitalario»: en castellano sencillo, alimentación forzada.

Hubo una ola de repulsión. Las mujeres que antes no habían apoyado a las militantes estaban tan impresionadas por las huelguistas como horrorizadas por los extremos a los que estaban dispuestos a llegar los hombres para conservar el poder para ellos mismos; en cuanto a las sufragistas, la violencia que sufrían garantizaba mayor violencia a cambio.

El gobierno sabía que dar marcha atrás se consideraría una debilidad.

También sabían que implicaría entregar un nuevo millón de votos a otros partidos en bandeja de plata. Aquélla era una contienda que no se podían permitir perder.

Así estaba la situación en septiembre, cuando enviaron a Emily a tirar una piedra contra una ventana de la Cámara de los Comunes.

—No tiene por qué ir.

—Por supuesto que no tengo por qué. Pero quiero ir.

—Debe de haber otras...

—Y ¿cómo me sentiría, entonces, si otra persona ocupara mi lugar? —Ella negó con la cabeza—. No lo entiende, Robert. Si es mi destino ser encarcelada, no será un sacrificio. Será... —Buscó la palabra—. Será un privilegio, la realización de todo aquello por lo que he trabajado.

Dije miserablemente:

—Cada día se parece más a su padre, ¿lo sabe? Una vez se compromete con algo, no hay manera de quitarle la idea de la cabeza.

Por un instante, sus ojos centellearon enojados. A continuación, dijo con serenidad:

—Sí, Robert. Claro que sé que soy como él. Y por eso debo hacerlo yo, y no otra persona.

La arrestaron al primer intento. Después me pregunté si se había asegurado de que lo hicieran, si había esperado a estar segura de que algún agente de policía la observaba.

Su juicio fue extraordinariamente rápido. Puesto que no negaba la acusación, no había discursos para su defensa. El oficial que la arrestó leyó sus notas; el fiscal dijo unas cuantas palabras y el magistrado estipendiario dictó sentencia: diez chelines o tres semanas en la cárcel.

Emily dijo con calma:

—Iré a prisión.

Hubo un prolongado aplauso de la galería, que estaba llena de sufragistas.

El magistrado dio golpes con su mazo para pedir silencio.

—¿Se niega a pagar su multa?

—Me niego a reconocer la autoridad de este tribunal, que se paga con mis impuestos sin mi consentimiento.

—Muy bien. Llévensela.

Intenté verla en su celda, pero no me lo permitieron. Así que me quedé fuera con el resto de la multitud, con la esperanza de alcanzar a verla mientras la trasladaban a Holloway. Reconocí a Brewer, vestido como si fuera a un funeral. Abriéndose paso entre la muchedumbre, gritó:

—¿Está contento ahora, Wallis? ¿O desea rebajar aún más a mi esposa?

—No tengo mayor deseo que usted de verla en prisión —dije miserablemente.

Justo entonces, el camión de los presos abandonó el tribunal. Tuvo que moverse lentamente a través de la aglomeración, haciendo sonar la bocina para despejar el camino. No se veía a Emily en la parte trasera, pero comenzamos a vitorear y aplaudir para intentar alentarla. No podía evitar ponerme en su lugar e imaginar cómo debía de sentirse.

Entonces vi otra cara conocida. Avancé apresuradamente para alcanzarla.

—¿Ada? —dije—. ¿Ada Pinker?

Ella se volvió.

—Vaya, es Robert. —Se detuvo y lo mismo hizo la mujer que estaba con ella—. No sabía que estaría aquí.

—Yo tampoco sabía que estaría usted. ¿Ha bajado desde Oxford? Emily me dijo que se había casado con un catedrático.

—Sí... el movimiento es muy fuerte allí, pero no hemos sufrido la violencia que están sufriendo aquí, en Londres. —Ada suspiró—. Tengo un terrible presentimiento sobre esto.

—Yo también. Emily es muy osada. Sospecho que puede haber decidido someterse a la huelga de hambre.

—Esperamos que nos permitan visitarla —indicó Ada a su acompañante—. Después de todo, somos familia.

Me volví a la otra mujer.

—No creo que haya tenido el placer.

—Claro que sí, señor Wallis —dijo en una voz ligeramente familiar—. Aunque dudo que fuera un placer. Sospecho que sus recuerdos sobre mí no serán demasiado

favorables.

Mi desconcierto debió de reflejarse en mi rostro, porque Ada dijo:

—Philomena ha crecido bastante desde la última vez que la vio.

—Por el amor de Dios... ¿la Rana?

La joven asintió.

—Aunque ya no hay muchas personas que me llamen así hoy en día.

Ahora que la observaba con más cuidado podía ver cierta semejanza con los rasgos infantiles que recordaba. Pero los ojos saltones de rana habían cambiado o, más bien, su cara había cambiado alrededor de ellos.

Ahora le daban un aspecto fuera de lo común, como alguien que se acaba de levantar.

—Guardé todas sus cartas —añadió—. Volvía locas a mis hermanas, exigiendo saber cuándo llegaría la siguiente. Solía aprendérmelas de memoria.

—Dudo mucho que mereciera la pena leerlas repetidas veces —dije. Ahora bajábamos de la colina caminando, alejándonos del tribunal, junto al resto de la multitud.

—«Puedes decirle a Ada que no hace lo correcto al sujetarse el cabello hacia atrás, si quiere ser casadera —citó Philomena—. Aquí lo aceptable es sacarse un par de los dientes frontales, untarse la cabellera de pintura ocre y grabarse un patrón de zigzags en la frente con un cuchillo caliente. Entonces, se te considera una belleza, y te invitan a todos los bailes». No habrá olvidado que escribió esas palabras, ¿no es así?

—Por el amor de Dios —dije de nuevo. Le lancé una mirada a Ada—. ¿De verdad era tan frívolo? Me disculpo.

—Está bien —dijo ella secamente—. Mi marido es etnólogo, así que me he acostumbrado bastante a que me comparen en tono desdeñoso con ésas con pintura ocre en sus cabezas. —Llegamos a la estación de metro, y se detuvo—. Vamos al oeste. ¿Quiere que le avisemos si nos enteramos de algo sobre Emily?

—Por favor. —Les entregué mi tarjeta—. Y ha sido un placer volver a verlas de nuevo, a pesar de las circunstancias.

—También ha sido un placer verle a usted —dijo Ada con seriedad, y estrechamos las manos. Cuando tomaba la mano enguantada de Philomena en la mía, dijo:

—Siempre he querido saber, señor Wallis, si escribió más poemas sin sentido.

Negué con la cabeza.

—Espero haber dejado las tonterías atrás. Aunque, últimamente, parece que el gobierno las expulsa a chorros.

—Sí —dijo Ada, con aspecto preocupado—. Están muy decididos a no ceder. Espero que Emily esté bien.

Su celda era de cuatro metros por dos, y las paredes estaban pintadas de gris, como en el interior de un barco. Había una lámpara de gas, una pequeña ventana

demasiado alta como para ver el exterior, un jergón y una silla. Sobre la madera desnuda había dos sábanas dobladas y una funda de almohada. Había dos cubos con tapas de latón bajo una estantería en la esquina. La estantería sostenía un libro de oraciones, una tarjeta de normas, un pedazo de pizarra y tiza. En la puerta había una pequeña ventanilla. No había nada más.

Extendió las sábanas sobre la cama y examinó los cubos. Uno contenía agua, el otro había sido empleado claramente como un inodoro. La funda de almohada estaba llena de paja; los afilados fragmentos dorados agujereaban el tejido.

Cada sonido parecía que retumbaba, resonaba y rebotaba de forma tenebrosa de un lado a otro de los interminables pasillos. Oyó un lejano estruendo rodante que, poco a poco, se acercaba más: puertas, gritos y pasos. Se abrió la ventanilla. Una voz incorpórea dijo:

—Ha llegado la cena.

—No voy a comer —dijo Emily.

Un cuenco de latón apareció en la ventanilla. Ella no se movió. Tras un instante, el cuenco desapareció de nuevo, dejando un tenue olor grasiento a tubérculos templados. El estruendo se alejó rodando. Con el tiempo, la lámpara de gas se atenuó. Se dio cuenta de que debía de haber un botón fuera, de manera que la guardiana pudiera bajarla: incluso aquella pequeña libertad le era denegada.

La mañana siguiente se tendió sobre la cama, desafiando las normas escritas. La ventanilla se abrió.

—¿No se ha levantado aún? —dijo una voz sorprendida—. Ha llegado su desayuno.

—Estoy en huelga de hambre.

La ventanilla se volvió a cerrar.

Entonces comenzó el desfile de visitantes. El capellán, la matrona, el supervisor de trabajo... todos venían a ofrecer lugares comunes.

—Se espera —explicó el capellán— que emplee este tiempo para la reflexión, señora Brewer... para mejorarse a sí misma.

—No quiero mejorarme a mí misma. Espero mejorar al primer ministro. — Pareció cogerle desprevenido, y la advirtió contra las faltas de respeto.

Se la llevaron para un baño: el cubículo tenía una puerta de medio metro, y la guardiana venía y la miraba cada minuto. Había un inodoro pero la puerta también era pequeña, y la cadena estaba en el exterior, de forma que era la guardiana la que tiraba de ella, y no la prisionera.

Cuando volvió a su celda, el gobernador la visitó: se trataba de un hombre alto y hostigado que tenía el aspecto de trabajar en un banco.

—No crea que puede crear problemas aquí —le advirtió—. Nos hemos ocupado de asesinas y ladronas violentas. Sabemos lo que hacemos, pero, si no nos crea dificultades, pronto recuperará su libertad.

Ella respondió:

—Puede sacarme de este lugar, pero no puede darme mi libertad. Sólo cuando las mujeres tengan el voto tendré libertad.

Él suspiró.

—Mientras esté a mi cargo, se dirigirá a mí como señor. —Él la observó—. Su marido es un miembro del Parlamento, ¿no es así?

Ella asintió.

—Si hay alguna pequeña comodidad que necesite, hágamelo saber. Jabón, por ejemplo, o una almohada mejor...

—Insisto en que se me trate como a cualquier otra prisionera.

—Muy bien. —Se volvió para marcharse, pero parecía incapaz—. Lo que no entiendo, señora Brewer, es lo siguiente —dijo, volviendo bruscamente a su celda—: si tienen éxito, si las mujeres obtienen el voto, se destruirá la cortesía entre los sexos, ¿se le ha ocurrido? ¿Por qué deberían tratar los hombres a las mujeres de forma distinta a la que se tratan entre sí?

—¿Ha sido la cortesía la que le ha impulsado a ofrecerme jabón? —dijo ella en voz baja—. ¿O el cargo de mi esposo?

Trajeron el almuerzo: más sopa, aunque el iluso que la trajo la llamó estofado. Ella la rechazó. Vino un médico y le preguntó cuándo había comido por última vez. Ella respondió.

—Debe cenar esta noche —dijo él.

Ella negó con la cabeza.

—No lo haré.

—La alternativa es ser alimentada a la fuerza.

—No cooperaré.

—Bueno, ya veremos. Según mi experiencia, muchas de esas personas que hablan sobre huelgas de hambre y demás sólo duran un par de días. Después de eso, sus cuerpos les dicen que no sean tan estúpidas.

Él también se marchó. Ella esperó durante mucho tiempo. Hubo una hora de ejercicio, caminando por un patio exterior en fila india y en silencio.

A la hora de la cena (que, en realidad, era a media tarde), la guardiana le preguntó si comería. Emily respondió que no lo haría.

Al anoecer se apagaron las luces. Se tendió sobre la cama, para entonces bastante mareada por el hambre.

A través del resonante estruendo de la prisión alcanzó a oír una canción.

Era *El cuerpo de John Brown*. La letra era distinta, pero ella la conocía: era uno de los himnos de las sufragistas. Con una ráfaga de felicidad, se apresuró a la ventanilla. Arrodillándose junto a ella, orientó su cabeza hacia el pasillo exterior y unió su voz a las demás.

Alzaos mujeres, pues la batalla es dura y larga, alzaos a miles, cantando alto la canción de batalla.

El derecho es el poder, y en su fuerza seremos fuertes, y la Causa sigue marchando.

El resto de las sufragistas parecían muy distantes, y su voz alta resonaba en su pequeña celda. Con el tiempo, una voz más cercana chilló:

—Basta ya, ¿vale? —Y se detuvo.

Intentó dormir, pero las punzadas provocadas por el hambre le impedían descansar durante más de unos minutos cada vez. Al día siguiente rechazó el desayuno. Ahora, el dolor parecía reducirse, en lugar de aumentar. A veces sentía desesperación y otras, sin previo aviso, la recorrían grandes oleadas de euforia. «Puedo hacerlo —se decía a sí misma—. Puedo matarme de hambre.

Pueden controlar todo lo demás, pero mi cuerpo me pertenece».

Más tarde, aquella mañana, alguien deslizó una bandeja en su celda. Sobre ella yacía una tarta recién hecha. No era comida de prisión: debían de haberla traído especialmente. Se cubrió el abdomen con las manos para aliviar el dolor y la ignoró.

Para la noche, casi deliraba de hambre. «Soy más ligera que el aire», decidió, y la frase parecía retumbar una y otra vez dentro de su cuerpo vacío.

«Soy más ligera que el aire... soy más ligera que el aire...»

A veces creía poder oler café, a través de la rejilla de ventilación, pero, cuando trataba de identificar el tipo, la fragancia cambiaba y se transformaba como una quimera.

Vino el médico.

—¿Comerá? —dijo brevemente.

—No. —Su voz sonó extraña.

—Comienza a apestar, ¿lo sabía? Es el olor de la cetosis: el cuerpo se alimenta de sí mismo. Si sigue así, le causará un daño irreparable a su sistema, comenzando por sus órganos reproductores. Nunca podrá tener un hijo.

—Sé cuál es la función de los órganos reproductores, doctor.

—Estropeará su pelo, su aspecto, su piel... todas las cosas que la hacen tan atractiva.

—Si se trata de un cumplido, es muy indirecto.

—Después, podría dañar su sistema digestivo, sus pulmones...

—No voy a cambiar de idea.

Él asintió.

—Muy bien. Entonces debemos salvarla de sí misma.

Ahora, sus sentidos estaban muy despejados, casi de forma sobrenatural.

Podía distinguir entre los olores distantes; incluso los podía traer a la vida.

Percibió un olorcillo escurridizo a keniano fresco, que tenía el aroma de los arbustos de grosellas negras; a continuación, un instante después, el estupendo olor de los tallos de cebada que quedan después de la cosecha. Una nota afrutada... a albaricoques, la intensa fragancia que conserva un albaricoque...

Cerró los ojos e inhaló profundamente; así tuvo la impresión de que el dolor disminuía.

Finalmente, cuatro celadoras entraron en su celda. Habían elegido a las mujeres más grandes para la tarea: iba a resultar imposible resistirse.

—¿Vendrá al médico?

—No.

—Muy bien. Agárrenla. —Dos de ellas se acercaron por detrás y la cogieron. A medida que la levantaban, otra la agarró de los pies. Ella luchó, pero no sirvió de nada. La llevaron a la fuerza al pasillo.

—Quizá ahora quiera caminar —dijo una de las celadoras.

Sintió un afilado dolor bajo el brazo. Una de ellas pellizcaba su carne suave.

Emily chilló.

—Acompañenos, querida —dijo la mujer.

La medio empujaron y la medio arrastraron por el ala del edificio. Atisbo rostros que se esforzaban por mirar a través de las ventanillas para la comida.

Tras el paso de su pequeño grupo, las prisioneras golpeaban las puertas y chillaban. Ella era incapaz de distinguir las palabras: el eco se lo tragaba todo.

Finalmente, llegaron a la enfermería. El médico que había conocido anteriormente estaba allí junto a otro hombre más joven, y ambos llevaban delantales de goma sobre sus trajes. Sobre el escritorio había un tubo, un embudo y una jarra de lo que parecían gachas casi líquidas. También había un vaso de leche. Era tan incongruente que casi se echó a reír, pese al terror que sentía.

—¿Se beberá su leche? —dijo el doctor.

—No lo haré.

—Pónganla en la silla.

Las mujeres la manipularon gradualmente a una enorme silla de madera.

Ahora tenía una sobre cada brazo, empujándola hacia abajo, y una en cada rodilla. El doctor más joven se colocó detrás de ella para sostener su cabeza hacia atrás, mientras que el otro agarraba el tubo. Untando los dedos en un tarro de glicerina, los pasó por el extremo del tubo.

—Ahora manténgala quieta —dijo él.

Ella apretó los dientes y los mantuvo cerrados con todas sus fuerzas. Pero no era a su boca a donde apuntaba. En su lugar, empujó el tubo por su fosa nasal derecha. La sensación resultó tan desagradable que abrió la boca para gritar, pero descubrió que apenas podía realizar sonido alguno, tan sólo un jadeo inarticulado.

Centímetro a centímetro, podía sentir el tubo en la parte posterior de su garganta, provocándole arcadas. Trató de menear la cabeza de un lado a otro, pero el médico más joven la agarraba con demasiada firmeza. Había lágrimas en sus mejillas, sintió un agudo dolor en la tráquea, y, con un último y nauseabundo empujón tenía aquella cosa dentro.

—Debería ser suficiente —dijo el hombre más mayor, apartándose.

Respiraba con dificultad.

Enganchó el embudo al extremo del tubo. Cogiendo la jarra de gachas, comenzó a verterla por el embudo, levantando todo el montaje en el aire mientras lo hacía. Un líquido cálido y asfixiante inundó su tráquea. Ella tosió y sintió arcadas, pero el grueso y caliente líquido no se movía. Sentía que la cabeza le iba a explotar: notaba presión detrás de sus ojos, un tamborileo en los oídos y una sensación de ahogo.

—Eso equivale a una comida completa —dijo el doctor.

Le sacaron el tubo de la fosa nasal: fue una extracción prolongada y agonizante. En cuanto salió, vomitó.

—Tendremos que sustituir eso —dijo el doctor—. Manténgala quieta.

Así pues, repitieron el espantoso proceso. Esta vez esperaron unos minutos antes de sacar el tubo. El doctor lo llevó a un fregadero, mientras que Emily tosía, contenía las arcadas y escupía.

—Llévenla de nuevo a su celda.

Ella dijo:

—Caminaré de vuelta. Y son ustedes unos despreciables peleles, al tratar a una mujer de esta manera.

—Ah, así que ahora se debería tratar a una mujer de forma diferente, ¿no es así? —dijo él, con aire despectivo.

—Si fuera usted un hombre decente, no accedería a esto.

—¿Quiere decir que no salvaría su vida? —Hizo señas a las guardianas para que se la llevaran.

Aquella noche prendió fuego a su celda, despedazando su almohada y acercando puñados de paja al quemador de gas. A continuación, se atrincheró dentro, enganchando el jergón bajo el pomo de la puerta para impedirles que la abrieran. Tuvieron que quitar las bisagras para sacarla. Después de aquello, le quitaron la ropa y la trasladaron a una celda con una cama de hierro atornillada al suelo.

Aquella noche y durante todo el día siguiente, alguien fue a vigilarla cada diez minutos. Al principio pensó que sólo iban a mirarla embobados, y les gritaba.

—La estamos controlando —le respondió una voz con frialdad—. Nos han ordenado que nos aseguremos de que no se pueda hacer daño a sí misma.

A la hora de la comida se presentó la matrona con un vaso de leche, que ella rechazó.

—Intente comer un poco. —La persuadió la matrona. Emily negó con la cabeza.

Ahora que sabía en qué consistía, le tenía pavor a la alimentación forzada.

Para cuando volvieron para llevarla al médico de nuevo, estaba casi enferma de miedo. No obstante, no había nada que ella pudiera hacer: sabían lo que se hacían, e introdujeron el tubo rápidamente. Ella lloró mientras lo hacían: las lágrimas, el vómito y el agrio olor de las gachas se mezclaron. A continuación, se desmayó.

Cuando volvió en sí, el doctor la observaba con nerviosismo.

—Será mejor que abandone esto —dijo—. Es usted una mujer delicada, no está

preparada para este tipo de cosas.

—¿Hay alguien que lo esté? —dijo ella amargamente.

—No está acostumbrada a un tratamiento duro. Podría dañarla.

—Usted es médico. Debería negarse a hacerlo.

—A nadie le importa —dijo él, súbitamente—. Eso es lo que no entiendo.

Usted está aquí sentada, haciéndose esto a sí misma, y nadie del exterior tiene la más remota idea. ¿De qué sirve?

—Sirve para demostrar que sólo pueden gobernar con el consentimiento de los gobernados...

—Ahórrese sus eslóganes. —Hizo señas a las guardianas—. Llévensela.

Cuando la acompañaban a su celda, una de las mujeres le dijo en voz baja:

—Se quedan con los impuestos de mi sueldo, así que no entiendo qué derecho tienen a decir que no puedo votar. —Miró a Emily de reojo—. Y usted ha sido valiente ahí dentro.

—Gracias —consiguió decir.

—En cualquier caso, lo que le ha dicho no es verdad. Sale usted en todos los periódicos. No los detalles, pero la gente sabe lo que está ocurriendo.

Aquella noche no podía respirar con normalidad: tenía algo en la tráquea, como un poco de comida que no quería pasar. Entonces, volvió a sentir náuseas, y vio un poco de sangre en su vómito.

No pudo enfrentarse al tubo al día siguiente. Aceptó un vaso de leche de la matrona, y después un poco de sopa. Pero después de aquello, volvió a la huelga de hambre.

OCHENTA Y CINCO

Yo estaba en el café, limpiando la cafetera, cuando entró su marido. Era media mañana, un rato tranquilo. Supongo que lo había elegido por ese motivo.

—Así que es aquí donde difunde su veneno, Wallis —dijo una voz. Levanté la vista.

—Si se refiere a mi café, es el mejor que hay.

—No me refería a su café. —Dejó su sombrero sobre el mostrador—. He venido a hablarle sobre mi esposa.

No dejé mi cometido.

—Ah, ¿sí?

—Los médicos me dicen que, si sigue así morirá.

—¿Son los mismos médicos que una vez la declararon histérica?

—Eso es distinto. —Hizo una pausa—. Le han hecho daño. Un intento de alimentación forzada que fue mal. Parece haber dañado sus pulmones.

Me quedé mirándole, consternado.

—Tenemos que sacarla de prisión —dijo—. O, como mínimo, ponerla fuera de peligro.

Recuperé la voz.

—Entonces, convenza a su gobierno para que les dé el voto a las mujeres.

—Sabe que eso no va a ocurrir. —Pasó su mano enguantada por sus cabellos. De repente, me di cuenta de lo cansado que parecía—. Este gobierno nunca cederá. Más que nada, porque enviaría el mensaje equivocado a nuestros enemigos. El Imperio puede parecer inexpugnable, pero hay países europeos que se aprovecharían de cualquier crisis interna... Lo que Emily está haciendo es peligroso para todos nosotros.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque es posible que a usted le escuche, aunque no me escuche a mí.

Pensé que hacía falta valor o, al menos, nervios de acero para presentarse allí de esa manera.

—Lo dudo —dije, meneando la cabeza.

—Pero debe intentarlo.

—Tal y como yo lo veo, no desea que nadie la disuada.

—¿La ama?

Resultaba extraño discutir algo así, y con él, precisamente. Sin embargo, era una época extraña. Asentí.

—Sí.

—Entonces, ayúdeme a salvarla. Escríbale —me instó—. Dígale que ya ha hecho suficiente, que otras pueden continuar la lucha. Dígale que no quiere que eche a

perder así su vida.

Respondí.

—Si le escribo, y debilita su decisión, puede que nunca me lo perdona.

—Aun así, debe hacerlo. Por ella, no por nosotros. —Recogió su sombrero—. Hay algo más que debe saber. El gobierno habla de promulgar una nueva ley. Permitirá liberar a las huelguistas bajo permiso.

—¿Por qué querrían hacer eso? —dije, confundido.

—Para evitar que mueran en prisión, naturalmente.

—Pero si las liberan, saldrán y crearán más disturbios.

—Sólo si se encuentran suficientemente bien. Y si se encuentran lo suficientemente bien, volverán a arrestarlas y regresarán a prisión. De esa manera, si mueren, no lo harán en prisión, como mártires, sino en el hospital, como inválidas. Así que ya lo ve, al final, su protesta no servirá de nada, ni siquiera a su propia causa. Debe escribirle una carta. ¿Lo hará?

—No le prometo nada. Lo pensaré esta noche...

—Una última cosa —me interrumpió—. Si consigue que deje todo esto, le concederé el divorcio.

Lentamente, dije:

—No creo que quiera el divorcio.

—No, no lo quiere. Pero no hablo con ella. Hablo con usted. —Me miró desapasionadamente—. Si puede convencerla de que se mantenga con vida, Wallis, es suya. Me lavo las manos.

Cuando se marchó, pensé en lo que había dicho. No me hacía ilusiones sobre sus motivos: mientras que no tenía duda de que se preocupaba por Emily a su manera, era el tipo de hombre para quien el amor no se diferenciaba de sus propios intereses. Si lo que me decía era cierto, y Emily moría, le perjudicaría a él. Dirían lo que había dicho yo: que había permitido que su propio gobierno matara a su esposa, mientras él se quedaba a un lado y no hacía nada. Desde su punto de vista, era mejor divorciarse de ella.

Brewer era un político: sabía cuál era la mejor manera de hacerme su petición. No obstante, aquello no alteraba el hecho de que tenía razón. Una carta mía diciéndole que había hecho lo suficiente, y formulada en la forma correcta, podría cambiar la opinión de Emily. Podía ser obstinada, pero la conocía lo suficiente como para saber cómo convencerla.

No podía imaginar un mundo sin ella. La amaba, quería que viviera. En cuanto a si se casaría conmigo... la conocía demasiado bien como para darlo por sentado, pero podía soñar.

Por fin, después de tanto tiempo, teníamos la oportunidad de ser felices.

Me quedé despierto hasta tarde, bebiendo una taza de café tras otra.

Finalmente, cogí una hoja de papel y una pluma y, para cuando amaneció, ya había escrito mi carta.

OCHENTA Y SEIS

Emily murió en el hospital de Paddington cuatro semanas después. Tal y como había predicho Brewer, el gobierno la liberó por razones médicas, antes de permitir que muriera en prisión. Tenían ciertas esperanzas de que, con el cuidado médico adecuado, mejoraría. Pero fue demasiado tarde.

Para cuando murió, el movimiento sufragista había conseguido lo impensable, pese a los esfuerzos del gobierno: una ley de conciliación apoyada por la mayoría de los miembros del Parlamento. Las militantes declararon una tregua. Sin embargo, aunque parecía que la victoria estaba por fin al alcance de su mano, Emily se apagaba.

Conseguí verla un par de veces en el hospital, pero para entonces ya estaba muy débil. Nunca recuperó el peso que había perdido en prisión: su hermoso rostro, que una vez había parecido tan fresco y lleno de pasión, se había reducido a ángulos, como algo trasquilado con un cuchillo. Su pelo había perdido su brillo, y tenía la piel muy oscura: al mirarla de cerca, estaba cubierta de finas arrugas, como si fuera un retal de muselina vieja. Incluso sus ojos se oscurecieron, y su voz, que era poco más que un susurro, pronunciaba con dificultad las palabras, como si se hubiera atragantado con algo.

No obstante, su mente estaba tan aguda como siempre. Le había llevado flores.

—Gracias —dijo, con voz quebrada, mientras las sostenía para que las oliera—. Son preciosas, Robert, pero la próxima vez debe prometer que me traerá otra cosa. Las flores cortadas mueren muy rápido: me hacen pensar en la muerte.

—¿Qué quiere que le traiga?

—Tráigame algunos granos de café y un molinillo para molerlos.

—¿Lo permitirán los médicos?

—No puedo beberlo. Pero puedo oler el aroma de los granos, y quizá usted podría tomarse una taza por mí.

Me reí.

—Es la orden más extraña que he recibido nunca.

—Siempre le asocio a usted con el olor del café. De alguna forma, estaba mal que, cuando se reunió conmigo en la calle Castle después de volver, no oliera a café. Pero ha recuperado el olor, así que está bien.

—¿Huelo a café? —El olor era tan omnipresente en la calle Castle que ya no era consciente de él.

—¿Cómo va el café? —preguntó.

—Va bien. El nuevo keniano es muy bueno, tal y como usted predijo.

Ella cerró los ojos. Entonces, dijo en una voz ligeramente más fuerte:

—Recibí su carta. Gracias.

—¿Sirvió de algo?

Asintió.

—Entonces, me alegro.

Su mano buscó la mía.

—Debió de resultarle difícil escribirla.

—Fue la cosa más fácil del mundo.

—Mentiroso —suspiró—. Yo le he escrito una carta de respuesta. La recibirá cuando muera.

—No hay duda...

—Por favor, Robert. No me insulte fingiendo. Los médicos han sido bastante francos. Mis pulmones casi han desaparecido. Me dan láudano para aliviar el dolor, pero también me embota la mente. Así que, cuando tengo visitas, no lo tomo. Entonces me duele, y cuando siento dolor, no me encuentro bien como para ver a nadie.

—¿Le duele ahora?

—Un poco. Me darán mis gotas cuando se marche.

—Entonces me marcharé enseguida.

—Quizá debería hacerlo. Estoy un poco cansada.

—Pero volveré. Y la próxima vez le traeré ese café.

Murió aquella noche, mientras dormía.

OCHENTA Y SIETE

Llegó unas cuantas semanas después del funeral, en un pequeño paquete.

Dentro había una serie de documentos legales relacionados con la tienda. La carta de un abogado que explicaba que, en pleno descargo final de las propiedades de la señora Emily Brewer, fallecida, tenía la obligación de informarme de que... etcétera. Y después estaba la carta que ella misma había escrito, con su letra pequeña y decidida, como si empleara cada ápice de energía.

Mi querido Robert:

Quería que supiera que les dejo el café a mis hermanas. No es un gran legado, dados los escasos beneficios que da, pero nunca fui capaz de ser tan poco sentimental con los negocios como mi padre, y he sido feliz allí. Espero que decida quedarse allí, al menos por el momento. La Causa necesita la calle Castle, y la calle Castle le necesita a usted.

Robert, creo que los hombres y las mujeres sólo serán capaces de comunicarse como es debido cuando sean iguales. Podrá decir que no tiene nada que ver con el voto, pero la igualdad de derechos es un primer paso necesario hacia lo que de verdad importa.

Por eso hay algo que debo decirle, por muy difícil que me resulte escribirlo tan claro... ¿Recuerda aquella mañana en la que le dije a mi padre que quería casarme con usted y el motivo? Creo que usted siempre ha asumido que las razones que le di a él eran las verdaderas. No lo eran. Sólo le dije lo que creí que le convencería con más rapidez.

Ya había habido un potencial escándalo con Hector... ¿Cómo podía quedarme allí y decirle lo que sentía en realidad? ¿Lo mucho que le deseaba? Pero es cierto. Lo mucho que he deseado siempre sentir su cuerpo contra el mío... Lo he imaginado tantas veces... He cubierto cada centímetro de su cuerpo con mis besos, he imaginado cómo debe de ser estar en la cama con usted. Ahí está, ya lo he dicho. Siempre he deseado compartir esa experiencia con usted, y después despertarme por la mañana, sentir su cálida piel contra mi espalda, y su aliento sobre mi cuello, y saber que, si me vuelvo, estará ahí...

Me sentía avergonzada. Nosotras, las mujeres, no debemos sentir tales pasiones, ¿no es así? Después de Hector, le juré a mi padre que había cambiado, que controlaba mis emociones, pero lo cierto era que no era así. Y así, dejé mucho sin decir. Entonces, después, con Arthur, cuando pude haber dicho algo... Bueno, ya conoce algunos motivos por los que no lo hice pero,

quizá, también, para entonces era demasiado prisionera de mis principios.

Usted se volverá a enamorar... Por supuesto que lo hará, es lo que suele ocurrir.

Cuando lo haga, debe prometerme algo. Cuénteselo todo... sobre mí, sobre usted y sobre lo que ocurrió en África. Exprésele sus verdaderos sentimientos y, tal vez, un día, a cambio, ella será capaz de hablarle a usted sobre sus deseos.

Hay algo más que quiero que haga por mí: quiero que lo escriba todo. Cuente nuestra historia. Sé que usted lo hará mejor que nadie. Estoy segura de que todo el mundo siente que su vida ha sido vivida en un momento crucial... tal vez ésa es una de las cosas extraordinarias de la vida, que en realidad es una interminable sucesión de momentos cruciales... pero siento que esta historia, este momento sobre todas las cosas, no debe olvidarse.

Diga la verdad, Robert, y dígala con amabilidad. Al final, eso es lo único que podemos hacer.

Algunas veces, cuando mi deseo por usted era casi insoportable, me recordaba a mí misma que los hombres y las mujeres se han acostado durante miles de años; que millones de personas lo hacen a lo largo y ancho del país todos los días. Sin embargo, la amistad entre un hombre y una mujer es todavía algo raro y precioso. Robert, le amo... pero, sobre todo, me alegro de haber sido su amiga.

Con amor,

Emily

El resto de las cosas que había en el paquete eran otra carta y una pequeña caja de caoba. Reconocí la caja al instante: probablemente era el único ejemplo superviviente de la Guía Wallis-Pinker original.

La carta era la última que yo le había escrito a ella, con una nota del abogado: «El señor Brewer ha pedido que le sea devuelta».

OCHENTA Y OCHO

Calle Castle

28 de abril

Mi querida Emily: Su esposo ha venido a verme. Está preocupado por su salud, todos lo estamos. Eso no debe sorprenderla: lo que debe sorprenderla es que me ha hecho una oferta respecto a su bienestar.

Ha dicho que si abandona su huelga de hambre, él renunciará a usted: se apartará a un lado, para que pueda divorciarse de él. Naturalmente, lo hace en la creencia equivocada de que usted y yo somos amantes, y de que nos casaremos si usted es libre.

Quiere que la convenza de que lo haga.

Mi querida Emily, cuando pienso en la dicha que sería estar casado con usted, debe saber que no puedo concebir nada más maravilloso. Y no obstante, no voy a intentar convencerla de que tome ninguna decisión. No le digo que abandone ni que siga con la huelga. Lo único que le diré es que ha hecho algo grande, y, decida lo que decida hacer, estaré orgulloso de usted. Y nunca dejaré de amarla.

La decisión es suya.

Con todo mi amor, Robert

OCHENTA Y NUEVE

Los componentes de sabor que se encuentran en el regusto pueden tener una característica dulce que recuerda al chocolate; se pueden parecer al humo de una hoguera o de tabaco de pipa; pueden ser similares a especias picantes, como el clavo; pueden parecer resinosos, reminiscentes de la savia de pino; o pueden mostrar cualquier combinación de estas características.

TED LINGLE, *The Coffee Cupper's Handbook*.

Mientras se mantenía la tregua entre el gobierno y las militantes, a ninguna de las partes le convenía sacar provecho de la muerte de Emily. No obstante, tal y como había sugerido Brewer, su sacrificio no sirvió de mucho a la larga. En el último minuto, el gobierno dejó de apoyar la ley de conciliación. Las militantes, coléricas, respondieron pidiendo que Inglaterra resultara ingobernable.

A continuación, se produjo el caos. Introdujeron lino ardiendo en los buzones, rompieron las ventanas de los edificios gubernamentales y las tiendas, prendieron fuego a los pabellones de críquet e incluso a las iglesias. Años después, a las sufragistas les gustaba decir que la suya había sido una insurrección pacífica, pero no lo parecía en la época. Asquith fue un objetivo concreto. Intentaron arrancarle la ropa mientras jugaba al golf, y sólo pudo evitarlo su hija Violet, quien las repelió con sus puños desnudos. Cuando su coche aminó la marcha para esquivar a una mujer tendida en la carretera, apareció un grupo de la nada y comenzó a golpearle con látigos para perros, con la cabeza únicamente protegida por su chistera. Un hombre al que confundieron con él fue azotado en la estación de Euston; el secretario de Irlanda fue herido en la rodilla cuando lo protegían en Whitehall, y un miembro del Parlamento irlandés que se sentaba junto a él en un carruaje resultó herido en la oreja con una hacha. Mientras tanto, casi doscientas mujeres estaban en huelga de hambre.

Al principio, como muchos otros, yo creía que el gobierno se merecía todo lo que le ocurriera. A los partidarios masculinos ya nos habían organizado en una entidad separada para entonces. Yo mismo rompí unas cuantas ventanas y quemé unos cuantos edificios vacíos, y cada vez pensaba, con un arrebató de satisfacción, que lo hacía por Emily. No obstante, una vez más, como muchos otros, con el tiempo me di cuenta de que no tenía tanto apetito por el conflicto como los líderes del movimiento.

Me di cuenta de aquello el día en el que íbamos a atacar la National Gallery.

El plan consistía en que dos de nosotros entráramos como si sólo fuéramos a contemplar los cuadros y, después, simultáneamente, sacáramos cuchillos de carnicero con los que rajaríamos las pinturas. El objetivo concreto de nuestro ataque había de ser la *Venus del espejo*, un famoso desnudo que la National Gallery había adquirido poco antes. Para aquella época, todos los edificios públicos estaban protegidos por la policía: por ese motivo, se consideraba fundamental enviar juntos a

un hombre y una mujer, como si atrajeran menos la atención.

Nunca había visto la *Venus* antes. Ocupaba el lugar de honor en la galería posterior, bajo una claraboya. La mujer estaba tendida en un sofá, mirando en un espejo. Su piel parecía brillar con vida, y la depresión de su espalda era tan realista en todos los detalles que parecía que estuviera allí en la habitación con nosotros.

Pensé: esa mujer está muerta ahora, hace siglos que lo está, pero el sensual poder de su mirada, la forma en la que Velázquez había respondido a ella, como hombre y pintor, durarían para siempre.

Recordé una frase de la última carta de Emily, la carta que, incluso entonces, llevaba doblada en mi chaqueta. «Despertarme por la mañana, sentir su cálida piel contra mi espalda, y su aliento sobre mi cuello, y saber que, si me vuelvo, estará ahí...»

Me situé frente a la pintura, y cuando el reloj de St Martin-in-the-Fields dio las cuatro (la señal para atacar), me di cuenta de que no podía moverme. Fue la mujer junto a mí la que levantó su cuchillo: la mujer que con un grito desesperado rajó la larga y blanca espalda desde el hombro hasta la cintura, de forma que el lienzo colgó lacio en tiras y, súbitamente, se podía ver lo que no había resultado aparente antes: que la *Venus* no era más que una pintura, una ilusión, completamente frágil.

Los guardias detuvieron a la sufragista inmediatamente. Permanecí unos instantes frente a la obra destrozada, mientras mil lágrimas empezaban a rodar; a continuación, me di la vuelta y me marché. Dejé caer mi cuchillo en la fuente de Trafalgar Square y seguí caminando. Fue la última vez que me involucré con la Causa.

Quinta parte

AZÚCAR

NOVENTA

«Nueva cosecha»: un ligero sabor y aroma a café fresco que mejora las características naturales de la mezcla de café, especialmente en lo que a sabor y acidez se refiere.

MICHAEL SIVETZ, *Coffee Technology*.

Había pasado un año. Visitaba la tumba de Emily; dirigía el café y mantenía el catálogo; no prestaba atención a la política, y mucho menos al arte. Lo cierto era que tampoco le prestaba demasiada atención al café. Apenas tenía clientes: las militantes ya no necesitaban un lugar donde reunirse y, puesto que yo prefería que me dejaran en paz, no hacía ningún esfuerzo especial por aquellas que aún acudían.

Y entonces, un día, Ada y Philomena me hicieron una visita. Yo llegué tarde, y me las encontré contemplando el lugar con un aire ligeramente perplejo. Ada recorría los mostradores con su mano enguantada, inspeccionando el resultado con una expresión molesta en el rostro.

—¿Puedo ayudarlas? —dije agriamente.

—Ah, Robert, aquí está —dijo Ada—. Quizá será mejor que nos prepare un café. Suspiré.

—Traeré un poco de java. El moca está demasiado pasado.

Ellas intercambiaron miradas, pero no dijeron nada mientras preparaba el café. No las había visto desde el funeral. Naturalmente, entonces iban de luto.

Ahora llevaban vestidos de seda plisada y estampada, con cuellos altos y blandos y anchos cinturones blancos. Bailes como el Turkey Trot requerían prendas amplias como aquéllas, aunque las piernas separadas también eran útiles para escandalizar a las generaciones más mayores.

—¿Es consciente de que este café ahora nos pertenece? —preguntó Ada.

Asentí.

—Según las pocas cuentas que se han conservado, parece perder dinero.

—La ubicación no es la más idónea —dije bruscamente—. Es una zona residencial. Nadie necesita un lugar como éste en su umbral.

Una vez más, las dos mujeres intercambiaron miradas.

—La cuestión es que —dijo Philomena— parece una lástima cerrarlo.

No dije nada. Yo también lo pensaba, pero tampoco veía ninguna razón para mantenerlo abierto.

—Phil tiene algunas ideas —dijo Ada—. ¿Le gustaría oírlas?

Con los hombros encogidos, dije:

—Supongo que sí.

Saqué una silla. Philomena dijo:

—Creo que tiene razón en cuanto a que éste no es el mejor lugar para un café. Sin embargo, la gente no bebe café sólo en los cafés. También hay que considerar el hogar.

Gruñí.

—Hasta donde yo sé, nadie bebe café en casa. Es todo basura empaquetada.

Como Castle. Granos baratos, pretostados y premolidos y, a continuación, almacenados en paquetes de papel sobre las estanterías de Lipton y Sainsbury, hasta que el poco sabor que le queda se evapora por fin.

—Bueno, sí —dijo Philomena. Me contempló con aquellos ojos adormilados de quien se acababa de despertar. Parecían mostrar un rastro reprimido de diversión.

—Nos preguntábamos —dijo Ada—, por qué no podemos vender café de calidad a la gente.

Las contemplé, confundido.

—Verá, nosotras crecimos con café: buen café —explicó—. La clase de café que ahora es casi imposible conseguir. —Se encogió de hombros—. Nos parece que, si nos resulta difícil de conseguir, entonces debe de haber otros con el mismo problema. Tal vez no sea un gran número, pero... —permitió que sus ojos volaran por el vacío y, he de admitir, el café algo pasado—... quizá el suficiente como para mantener un negocio.

—Entonces, sugieren que...

—Es una operación pequeña, no muy distinta a lo que solía ser la de Pinker. —Philomena terminó por ella—. Básicamente, sería una tienda con un par de hornos de tostado, que estarían expuestos con orgullo para que los vieran todos. —Casi inconscientemente, señaló con un delicado dedo la pared del extremo, donde, ahora podía ver, había espacio para dos pequeños hornos, uno junto al otro.

—Será el espectáculo del tueste lo que marque la diferencia...

—Y el olor... —dijo Ada.

—Y el olor. —Philomena inhaló profundamente—. ¡El olor a moca recién tostado! ¡Imagínese!

—Ya sé —dije secamente— cómo huele el café tostado.

—Y la chimenea... —dijo Ada, ignorándome. Señaló una esquina que, en la actualidad, no tenía chimenea.

Philomena asintió.

—Con dicho aroma flotando por la calle...

—... de manera que, incluso si no quieres llevarte medio kilo de bogotá a casa...

—... podrías decidir entrar y tomarte una taza en su lugar...

—... o una jarra...

—¿Una jarra? —dije, confundido.

Philomena volvió la mirada hacia mí. Ahora veía que la somnolencia era una ilusión. Sus ojos eran agudos, sagaces y rápidos.

—De la misma forma que se pide una jarra de cerveza para la cena, ¿por qué no

una jarra de café para el desayuno?

—Hacen algo similar en África —admití—. Allí, los vendedores de café deambulan por las calles de Harar al amanecer, y todo el mundo se acerca a su puerta a comprarles.

Philomena palmeó la mano de Ada.

—¿Lo ves? Robert ya ve cómo funcionaría. —Me sonrió.

—Entonces, tostaríamos y venderíamos granos frescos —dije—. Pero eso *significaría* que competiríamos directamente con... bueno, ¿el café preenvasado?

¿Como Castle?

Ada asintió.

—Pero, puesto que Castle ya no nos pertenece, no es un problema. Y, afrontémoslo, si no podemos producir mejor café que ése, quiere decir que algo va muy mal.

—Y *nosotros* no gastaremos dinero en publicidad —añadió Philomena—. Sólo en buenos granos... granos africanos, si lo desea. —Abrió su bolso y sacó algunos esbozos y fotografías—. No obstante, lo pondremos bonito. —Los colocó frente a mí—. Éstos son unos salones de té que visité hace poco en Glasgow. El estilo es *art nouveau*... muy *art nouveau*. He pensado que, tal vez, podríamos hacer algo similar aquí. —Agitó su mano enguantada hacia el espacio que había a su alrededor—. Con su paladar y nuestra inversión, no hay razón por la que este lugar no pueda ser un éxito.

—Tendríamos que cerrar —dije, estudiando los bocetos—. Este reacondicionamiento llevará meses.

—Tres semanas —me corrigió Philomena—. Empezamos pasado mañana.

—Por el amor de Dios. Eh... ¿«empezamos»?

Philomena retiró los bocetos.

—Seremos jefas bastante exigentes. Espero que eso no le suponga un problema... trabajar para una mujer, quiero decir.

—Pero... ¿no es éste un trabajo poco apropiado para las hijas de Samuel Pinker? Deben de ser mujeres ricas.

—En serio, Robert, ¿mis hermanas no le han enseñado nada? Nosotras decidimos por nosotras mismas lo que es apropiado.

—A su padre no le gustará.

—Al contrario. Le subestima, Robert. No hay nada que le guste más que ver a sus hijas triunfar. —Hizo una pausa—. Por cierto, le envía sus saludos.

Gruñí.

—No hay ni un solo grano de café en la calle Narrow en la actualidad —dijo Ada—. Ahora, el almacén es una enorme oficina, con escritorios en lugar de sacos. Pero creo que echa de menos los viejos tiempos. Debería hablar con él alguna vez.

—¿De verdad creen que las ayudará?

Las dos hermanas se miraron entre sí.

—¿Por qué queríamos su ayuda? —preguntó Philomena—. Son *negocios*.

En la puerta, cuando se marchaban, Philomena se volvió.

—¿Está escribiendo algo sobre Emily?

—¿Qué le hace pensar eso?

—Porque sé que se lo pidió. Lo sé... me lo contó.

Me encogí de hombros.

—No es tan sencillo.

—Pero ¿lo está intentando? —insistió.

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—Porque me gustaría mucho leerlo, Robert —dijo, sencillamente—. Así que póngase a ello, ¿quiere?

Me acerqué a la ventana para observarlas mientras se marchaban. Era evidente que Philomena ya tenía más ideas; señalaba la calle de la esquina, y después de nuevo el café, hablando animadamente a su hermana mientras se volvía. Atisé el perfil de su rostro, el borde de aquella sonrisa adormilada...

Y, de repente, sentí algo que se agitaba en mí, algo que no esperaba sentir.

Oh no, pensé. No, por favor. Eso no. Otra vez no.

NOVENTA Y UNO

Abrimos la tienda y nos enamoramos. Pero ésa es otra historia... una historia tan distinta a ésta como la tiza y el queso, aunque interesante a su manera: una historia con su propio argumento, sus propias sorpresas, sus prólogos, estribillos y súbitos giros de fortuna; una historia que no puede ser contada porque, a diferencia de la historia entre Emily y yo, aún no ha terminado.

Goethe dijo que «exigirle propósito moral al artista es hacerle arruinar su obra». En otro momento, hubiera defendido aquella afirmación como un artículo religioso pero, ahora, llegando al final de mis propias breves memorias, veo que el Victoriano que hay en mí no estará satisfecho sin una moraleja... o, quizá, sería más justo decir sin una conclusión. Y puesto que no escribo esto para complacer a nadie, excepto a mí mismo, una conclusión es lo que escribiré.

¿Qué he aprendido?

He aprendido lo que todo hombre debe aprender y nadie le puede enseñar... que, pese a lo que los poetas puedan decir, existen distintos tipos de amor.

Lo que quiero decir no es que cada aventura amorosa sea distinta de cualquier otra, sino que el amor en sí mismo no consta de una sola emoción, sino de muchas. De la misma manera que el buen café puede oler (quizá) a cuero, tabaco y madreSelva a la vez, el amor es una mezcla de una serie de sentimientos: encaprichamiento, idealismo, ternura, lujuria, la necesidad de proteger o ser protegido, el deseo de violar, la camaradería, la amistad, la apreciación estética y otros mil.

No hay carta o código que pueda guiarte a través de esos misterios.

Algunos deben buscarse en el fin del mundo y otros en la mirada de un extraño.

Algunos pueden encontrarse en el dormitorio y otros en una calle atestada.

Algunos te harán arder como una polilla en llamas y otros te calentarán con un agradable resplandor. Algunos te provocarán placer, otros te provocarán felicidad y otros (si tienes suerte) te provocarán ambos.

La risa de una mujer, el olor de un niño, la preparación de un café... ésos son los diversos sabores del amor.

NOVENTA Y DOS

Iba a dejarlo ahí pero, tras leer estas páginas, Phil tiene algunos comentarios.

Ése es el problema de que tu esposa sea también tu jefa: te domina el doble, y sé que no me dará descanso hasta que acepte.

Así que, para que conste, por lo visto no es verdad que una vez se me prometió «una proposición muy ventajosa: tres adioses por dos poemas».

También afirma que el poema que entonces compuse para ella era mucho más corto que el que doy aquí, y no tan bueno: por lo visto, ni siquiera rimaba adecuadamente.

También dice que Hector era un personaje bastante más simpático de lo que le hago parecer aquí: «un tipo gallardo y elegante, una especie de héroe-aventurero inquieto y muy leído, que hablaba fluidamente varios idiomas, y que era un antropólogo antes de que el término fuera siquiera acuñado». Así que, quizá, no le he hecho justicia... pero si, tal y como escribió Oscar Wilde, cada retrato es una representación precisa, no del sujeto, sino de su creador, creo que ello justifica que deje mi descripción parcial original.

Ella también siente que mi retrato de Emily puede estar un poco sesgado, pero por razones opuestas: el amor puede haberme cegado ante sus defectos.

«Mi hermana era admirable en muchos aspectos —ha garabateado Phil en un margen—, pero también podía ser inflexible y estricta. Desde luego, jamás se hubiera tirado un pedo frente a mí, por miedo a alentarme en lo que ella denominaba mi paganismo, aunque Ada sí que recuerda alguna competición de ese estilo en su adolescencia. No obstante, creo que lo más importante es que Emily se sentía atraída hacia las militantes, en parte, porque admiraba su autocracia absoluta... la forma en la que aquellas sufragistas se referían a Emmeline Pankhurst como “la Líder” siempre me hizo sentir algunas náuseas.

No mencionas en ningún lugar que fueron las moderadas, y no las militantes, las que finalmente nos consiguieron el voto, y fue muchos años después de los acontecimientos que describes».

En cuanto a la parte relativa a Fikre, Phil (que, por supuesto, ni siquiera estaba allí) ha llenado los márgenes con una serie de signos de exclamación (!, !!, e incluso!!!). En cualquier caso, reserva todo el arsenal de su puntuación a la escena en la que Fikre y yo nos acostamos por primera vez en la casa del comerciante francés, cuando Fikre me sirvió café en la ceremonia del amor.

Hacia el final del pasaje, una nota en el margen dice: «¡¡¡¿Qué?!!! Según mis cuentas, con ésta ya van cuatro (!) ¿¿¿Hablamos del mismo Robert Wallis???»

Bueno, ella puede elegir no creerme si quiere... pero la respuesta a su pregunta es: no, no es el mismo Robert Wallis; entonces yo era un hombre joven, y no se

pueden tener las ventajas de la madurez sin algunos de los inconvenientes también.

«Háblales sobre Arthur», ha escrito al final de la última página. En realidad, pretendía hacerlo pero, de alguna manera, no encajaba en ninguna parte. Tras la muerte de Emily, Arthur Brewer, miembro del Parlamento, tuvo un extraordinario cambio de actitud, y comenzó a pronunciar discursos a favor del sufragio. Sería fácil ser cínico y decir que por fin había visto el cariz que tomaban las cosas; también sería fácil tomar una perspectiva más comprensiva y decir que la muerte de Emily, y las circunstancias en las que ocurrió le hicieron darse cuenta de que le había hecho daño a su esposa. Sus propios comentarios públicos sobre el asunto podrían apoyar cualquiera de las dos interpretaciones.

En una entrevista en el *Daily Telegraph* diría: «Mi trabajo consiste en representar las opiniones de mis electores en el Parlamento. Me ha quedado claro que la mayoría de ellos ahora desean el sufragio femenino, incluso si condenan sus métodos, que han hecho tanto para desacreditar la causa de las mujeres».

Durante una época, el Café Castle fue la marca envasada más exitosa del país. Sin embargo, cuando Jock Howell asumió el mando, tomó algunas malas decisiones; en concreto, fracasó a la hora de anticipar la forma en la que el café instantáneo transformaría el mercado después de la guerra. Finalmente, el nombre de Castle se vendió a otra empresa, que se embarcó en una agresiva batalla de precios con un competidor que, al final, los destruyó a ambos.

Mientras tanto, varios pequeños importadores desarrollaban sus propias versiones de la guía de cata, puliendo y mejorando la obra que Emily y yo comenzamos. El Catálogo Wallis-Pinker ya no es único, ni siquiera es uno de los sistemas más exhaustivos. No obstante, me gusta pensar que, si nunca hubiera existido, aquellas versiones posteriores nunca hubieran llegado a ser lo que son hoy en día.

Huelga decir que la cafetería marcha viento en popa. Las hermanas Pinker no estaban siendo completamente honestas cuando me visitaron aquel día: les remitiría a un pequeño pero significativo comentario que hizo Phil, cuando me preguntó si me resultaría difícil trabajar para «una mujer» (obsérvese el uso del singular). Quedó claro rápidamente que los planes y el ímpetu para implementarlos procedían completamente de Phil: le había pedido a Ada que la acompañara aquella mañana para apoyarla, y porque, según admite ahora, ya sospechaba que su relación conmigo iba a estar cargada de sentimientos que iban más allá de la relación profesional.

Dos años después abrimos una segunda sucursal, y después otra, y otra... y entonces nos dimos cuenta de que, a menos que tuviéramos cuidado, acabaríamos teniendo el mismo tipo de negocio que ambos aborrecíamos, en el que uno comienza a apoyarse en los números para saber lo que ocurre, en lugar de en el aroma del java tostado, la textura en boca de un keniano, el sabor de un café de Guatemala recién preparado, fuerte y vivo en la taza... Así que nos detuvimos, y en la actualidad no tenemos planes de abrir ninguno más.

Confieso que aún soy un poco esnob en cuanto a las mezclas. Me parece que las

cosas deben saber a lo que son, en lugar de a lo que quieres que sean: los defectos de un café forman parte tanto de su carácter como de sus virtudes y, en lo que a mí respecta, no me gusta enmascararlos. Sin embargo, Phil insistió, y he suavizado unos cuantos lo suficiente como para vender algunos: están entre nuestras líneas más populares.

Y entonces, cinco años después de los acontecimientos que he relatado aquí, Phil y yo produjimos nuestra propia mezcla. Olía intensamente a vainilla y merengues, crema quemada y pan crujiente, y ese tenue y remoto aroma a sexo que perfuma la piel de los recién nacidos cuando salen del útero. Es absolutamente perfecta, y lleva el nombre de Geraldine Emily Wallis.

AGRADECIMIENTOS

Gran parte del Catálogo Wallis-Pinker se debe a diversos manuales de cata, tanto nuevos como antiguos, y especialmente a *The Coffee Cupper's Handbook* de Ted R. Lingle, publicado por la Specialty Coffee Association of America.

También tiene una deuda con *Le Nez du Café*, una serie de aromas embotellados creada por Jean Lenoir, así como con el cuadernillo adjunto que incluye las definiciones sensoriales y que publican Jean Lenoir y David Guermonprez, traducidas del francés por Sharon Sutcliffe.

Me he sumergido en numerosos libros sobre el café, incluyendo *Uncommon Grounds* de Mark Prendergast, *Black Gold* de Antony Wild, *The Devil's Cup* de Stewart Lee Allen y *Coffee: the Epic of a Commodity* de Heinrich Jacob. Lo poco que sé sobre el cultivo del café en la era victoriana es lo que he aprendido en *Coffee: its Cultivation and Profit* de Lester Arnold, publicado en 1886.

He cambiado un par de fechas en la historia del movimiento sufragista para acomodarlas a mi historia, pero los acontecimientos tuvieron lugar tal y como los describo. Como fuentes primarias, incluyendo relatos de primera mano sobre el encarcelamiento y las huelgas de hambre de las sufragistas, estoy especialmente en deuda con *Votes for Women: the Virago Book of Suffragettes*, editado por Joyce Marlow, y *Literature of the Women's Suffragette Campaign in England*, editado por Carolyn Christensen Nelson.

Mis descripciones sobre los tratamientos para la histeria en el cambio de siglo se basan en *The Technology of Orgasm: «Hysteria», the Vibrator, and Women's Sexual Satisfaction* de Rachel P. Maines (trad, cast.: *La tecnología del orgasmo: la «histeria», los vibradores y la satisfacción sexual de las mujeres*, Santander, Mirazon, 2010). Lo que relata suena tan extraño a oídos modernos que me he tomado la libertad de poner directamente en las bocas de mis médicos ficticios algunas de las fuentes contemporáneas que ella menciona.

Algunas de mis descripciones sobre la ciudad de Londres de finales del siglo XIX, así como diversos menús, comidas y observaciones, también proceden de algunos relatos de la época, que incluyen *Scenes of London Life* de Henry Mayhew y John Binney y *Dinners and Diners* del teniente coronel Newnham-Davis, ambas obras archivadas en la excelente <www.victorianlondon.org>.

Las cartas de Robert Wallis mientras viaja por África se basan en diversos diarios de viaje del final de la era victoriana, como los de Gustave Flaubert y Mary Kingsley (ambos fueron exploradores del continente más entusiastas que Robert). Tengo una deuda especial con la obra de Charles Nicholl, *Somebody Else: Arthur Rimbaud in Africa 1880-91* (trad, cast.: *Rimbaud en África*, Barcelona, Anagrama, 2001), y en

concreto con la parte en la que recrea el viaje de Rimbaud desde Adén hasta Harar a partir de las notas de Alfred Bardey, comerciante de café y aventurero.

Para la descripción de la venta de esclavos en la época victoriana recurrí a *To The Heart of the Nile* de Pat Shipman (trad. cast.: *Hacia el corazón del Nilo*, Barcelona, Ediciones B, 2004). Se trata de la biografía de *lady* Florence Baker, que el explorador Samuel Baker encontró en una circunstancia semejante a la que aquí se narra y, posteriormente, se convirtió en su esposa.

Mi más profundo agradecimiento va para aquellos que leyeron mis primeros borradores. En concreto a Tim Riley, Judith Evans y Elinor Cooper: defensores apasionados, relectores infatigables y críticos; a Peter Souter por su entusiasmo inicial, y a mis agentes Caradoc King y Linda Shaughnessy por su ayuda y compromiso a lo largo de todo el proceso. Y, naturalmente, a Jo Dickinson y Kate Miciak, mis editoras en Little, Brown y Random House respectivamente, sin las que *Catálogo de los aromas del café* hubiera sido un preparado muy distinto.

Catálogo de los aromas del café está dedicado a mis hermanas: Clare, Carolyn y Jane.



ANTHONY CAPELLA nació en Uganda, África, en 1962. Se educó en el Colegio San Pedro, Oxford, donde se graduó con un primer puesto en la literatura Inglés.

The Food of Love (Manjar de amor), su primera novela ha sido traducida a diecinueve idiomas.

Vive en Oxfordshire, Inglaterra.

Notas

[1] Se refiere a Oscar Wilde (1854-1900), que fue condenado a dos años de trabajos forzados (1895-1987) por sodomía e indecencia. (N. de la T.). <<

[2] Referencia al cuento de «Juan y las habichuelas mágicas». En su versión inglesa, el gigante emplea dicha expresión cuando detecta a Juan. (N. de la T.). <<

[3] El verbo *pass* en inglés tiene doble significado: «pasar» y «aprobar», lo cual lleva al juego de palabras. (N. de la T.). <<